

## La obra poética de Carolina Coronado

Por José María Martínez Cachero

**José María Martínez Cachero** (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de *La novela española entre 1936 y 1980*.

¿Podría entenderse el verso inicial del poema *A los poetas de Madrid*, escrito en Lisboa (junio de 1880), una emotiva recreación de otro datado en Madrid (1848), —verso que dice: «Se fue mi sombra, pero yo he quedado»—, como la convencida autoafirmación de Carolina Coronado respecto a la perennidad de su poesía por encima de la acción corrosiva del tiempo? «Sombra» sería así equivalente a apariencia circunstancial —determinados tópicos de época o de tendencia vigente entonces, o ciertos modos expresivos—, presidida por el romanticismo, y contrastaría con otros elementos de mayor solidez e intemporalidad. A la altura de 1880, nuestra poetisa tenía sesenta años, había sacado ya dos ediciones de su obra en verso y preparado una tercera que no llegó a distribuirse, había obtenido el aplauso de ilustres colegas, todo lo cual apoyaba semejante supuesta seguridad. Algunos de quienes la acogieron con entusiasmo en su visita a Madrid el año 1848, cuando era poco más que una incógnita prometedora, habían desaparecido tiempo atrás —caso de Quintana («el gran maestro», «aún me siento a su influjo estremecida»), Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Pastor Díaz o Tassara—, y los caminos de la poesía española eran otros y distintos a los que Carolina Coronado había conocido y seguido; este cambio de rumbo podía servir asimismo de fiel contraste para la poesía precedente —para su validez o no—, en cuyo conjunto figuraba nuestra escritora.

Lo que hubo de más destacado en la existencia de Carolina (nacida en Almendralejo, provincia de Badajoz, 1820) antes de dicho viaje a la capital de España fue —como suceso favorable— la respuesta que dio Espronceda —paisano suyo y hombre cimero de



MARISOL CALES

la tropa romántica— en 1839 (diez y seis versos endecasílabos publicados en *El Piloto*) al poema *La palma* de la joven poetisa, que lo era ciertamente y de voz aún tímida y titubeante, aunque superara en algunos años las «trece primaveras» que su prestigioso colega le atribuía; otro hecho también destacado, pero de signo negativo, fue su condición de «poetisa en un pueblo» (título de un poema fechado en Badajoz, 1845), víctima propiciatoria de la burla y la envidia de sus compoblanos (mujeres y varones), no dispuestos a aceptar en aquellas calendas semejante anormalidad («—Jesús, qué mujer tan rara. / —Tiene los ojos de loca», comentan algunos chismorreadores, personajes anónimos del poema). El traslado, primero, a

Madrid (1850) y, después, a Lisboa, donde residió, casada o viuda, desde 1873 hasta 1911, año de su muerte, cambió considerablemente las cosas para Carolina, que no corrió ya el peligro de sacrificar «mi decidida inclinación a la literatura», bien lejos ahora de aquella población «tan vergonzosamente atrasada [donde] fue un acontecimiento extraordinario el que una mujer hiciese versos, y que los versos se pudiesen hacer sin maestro».

### Situación de una poesía

¿Dónde colocaríamos, dentro de la poesía decimonónica española, a Carolina Coronado, cuya aparición pública como escritora data de 1839? Desde entonces y hasta 1910 (con un poema compuesto semanas antes de morir) van muchos años, a lo largo de los cuales se produjeron por sus pasos contados variaciones y novedades de las que sería testigo, aunque no seguidora. Asistió, cronológicamente hablando, a la extinción del romanticismo de la primera hora, desmedido a veces y farragoso en la expresión; igualmente, al nacimiento de otra clase de poesía romántica más lírica e íntima, pues abandona ciertos asuntos ya tópicos, agotada su posible virtualidad, mientras se sirve de una dicción más desasida y eficaz —aludo a Bécquer y a sus seguidores, cuya poesía tuvo anticipa-

ciones en la obra de varios poetas, Carolina Coronado entre ellos, como lo confirma el léxico de algunos pasajes de su célebre poema *El Amor de los Amores*, cuya divinidad protagonista, de perfiles tan poco netos materialmente, es invocada como «vago, sin forma, sin color, sin nombre, / espíritu de luz y agua formado» (secuencia tercera), o como «sólo eres luz, eres ambiente, / eres aroma, eres vapor del río» (sexta y última).

Ni Campoamor, a quien conoció cuando éste era un poeta militante del romanticismo, ni Núñez de Arce (los dos más conspicuos representantes de la llamada poesía posromántica, coincidente en el tiempo de su vigencia con el naturalismo) dejaron huella apreciable en sus poemas, a los que tampoco afectaría el modernismo, implantado en la poesía hispánica durante la primera década del siglo XX.

Romántica de principio a fin es la poesía de Coronado, y tanto sus fechas de composición como las de la vida de la autora, cuidadosamente atendidas, dan como resultado que nuestra poetisa pertenece a una generación del romanticismo distinta y siguiente a la de Espronceda, cuando ha pasado ya el esplendor de lo que Allison Peers denominó «annus mirabilis» y cuando nuestra literatura «atraviesa un momento de liquidación y bús-



### En este número

#### Artículos de

José María Martínez Cachero	1-2	Ramón Pascual	8-9
Antonio Colinas	3	Manuel García Doncel	10-11
Francisco López Estrada	4-5	José María López Piñero	12
Eloy Benito Ruano	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## La obra poética de Carolina Coronado

queda de nuevas orientaciones, titubeando en un período de marcado eclecticismo», medida en la aventura de encontrar una poesía que fuera «alternativa a la extroversión» que distinguió muy principalmente la de los autores de la primera generación (Espronceda, a su frente); por lo mismo, conviene a la poesía de Carolina la calificación de (a un tiempo) «epigonal y de transición hacia la estética del medio siglo y años sucesivos».

### Poemas de variado asunto

Excepto el poema extenso (histórico o de otra índole) cultivó Carolina Coronado todos los tipos y formas propios de la poesía romántica, con una marcada y comprensible insistencia en el tema de la mujer, para la que desea una situación libre de prejuicios y convenciones sociales, lo que habría de permitirle ser bastante más que «ángel del hogar». La poesía intimista, que tiene como base argumental el sentimiento amoroso, y el re-

curso a la naturaleza en cuanto «referente comparativo (y ponderativo) del mundo interior de la poetisa, de su alegría, de su tristeza, de su miedo, de su melancolía»; la poesía civil, cuyos asuntos eran, además de la señalada militancia feminista, aquello que deparaba de interés la actualidad histórica —«la aparición de Lincoln, la victoria del Callao, la catástrofe de Maximiliano, la muerte de Méndez Núñez, la derrota de Sedán hirieron mi imaginación»; y, ampliamente entendida la denominación, una poesía de circunstancias que tiene su manifestación más abundante en la llamada poesía de álbum («poemas de compromiso, de amistad, composiciones escritas para expresar un pésame, para felicitar un natalicio, para corresponder a una invitación»). Tales son algunas de las especies temáticas beneficiadas por la poetisa, a quien se debe una obra no demasiado extensa, dado que en una vida tan larga como fue la de Carolina Coronado hubo épocas muy desiguales por lo que atañe al ritmo o frecuencia de escritura; una obra en la que lo personal y lo circunstancial se reparten el grueso de los poemas. En el aspecto formal no es una poesía que llame la atención por innovadora, pues, de una parte, «responde a una serie de modelos de raigambre clasicista» así en estrofas como en versos, y de otra, el empleo de la polimetría y de otros procedimientos gratos a los poetas románticos es bien escaso; quizá ocurre que, si bien Coronado no se sustrae al influjo de algunos colegas españoles (como Espronceda) y extranjeros (como Lamartine), en su poesía pesan además autores de otras procedencias: algunos clásicos españoles (siglos XVI y XVII) y neoclásicos (Lista y Quintana), aunque de aceptar la opinión de su amigo y valedor Hartzzenbusch —«sus versos pintan su corazón, su gusto, su edad, su estado, su posición social y hasta la noble compostura de su semblante: sus versos son ella misma»—, tales ecos quedarían reducidos a meras semejanzas externas.

### Una edición excelente

El catedrático universitario Gregorio Torres Nebrera, preparador de esta edición de la obra poética de Carolina Coronado, ofreció en 1986 un anticipo de su trabajo en forma de antología que seleccionaba cuarenta

poemas; parte ahora de las ediciones hechas en vida de Carolina y a su cargo (aparecidas en 1843 y 1852) y añade el texto de «más de medio centenar de composiciones aparecidas en diversos lugares, y que nunca fueron recogidas en volumen por la autora», y el de otros 21 poemas de muy variada procedencia, amén de un par de homenajes en verso a la poetisa.

La ordenación de este conjunto está hecha de acuerdo con un criterio temático que lleva a establecer los diez grupos siguientes, cuyo título respectivo viene dado por un verso caroliniano indicativo al respecto de su contenido; tenemos así: «La soledad del campo y su belleza», «Amor es gloria de las glorias» y «En despedidas nuestra vida pasa», cuyos integrantes responden a un sentimiento amoroso expresado muy recatadamente; se trata por lo común de composiciones muy próximas en tono y ambiente a las *Rimas* becquerianas. «Y la poesía levante la cabeza entre tanta aspereza», «Por qué no eternos son los reyes», «Las nuevas de este mundo tormentoso» y, acaso, «La planta en el campo estéril nacida» son cuatro apartados que engloban la que cabría llamar poesía civil, por el estilo de la debida a algunos colegas dieciochescos (Quintana, destacadamente) o contemporáneos de Carolina. «Nunca vuestras luces esplendentes hubieran mis tinieblas disipado» es el título elegido para una posible sección de poesía conceptual, de pretendida trascendencia filosófica combinada a veces con un sentimiento posromántico. «Aquí de la creadora fantasía» es una breve división cuyas piezas son poemas que se mueven entre «la modalidad de la fábula y la leyenda en verso». Quedan, finalmente, las composiciones más de circunstancias,

poesía de salón y para álbum (que por eso las rotula el verso «De álbumes tan fecundo semillero»).

Algún riesgo se corre adoptando como norma clasificadora determinaciones temáticas no siempre bien precisas, motivo por el cual advierte Torres Nebrera que tales o cuales poemas de un concreto apartado se relacionan ostensiblemente con los de otro u otros, lo que permitiría cambiar sin grave trastorno la adscripción propuesta; por otra parte, el editor actual reconoce que, aunque maneja un corpus poético más abundante que el ofrecido en la edición de 1852, su distribución temática «algo se inspira en la que ya Carolina —o Hartzzenbusch, más probablemente— fijó» para aquella. La colocación de los poemas dentro del apartado respectivo se hace atendiendo a su cronología, desde los primeros en el tiempo hasta los penúltimos y últimos, donde el acierto y la madurez resultan más evidentes. Al texto de cada composición siguen las oportunas notas, relativas a fechas de la misma, métrica, cuestiones de estilo, etc., anotación precisa e ilustradora que prueba la información erudita y la perspicacia crítica de Torres Nebrera.

Leída hoy la obra poética de Carolina Coronado, compuesta a lo largo de una extensa vida en la que pesaron decisivamente acontecimientos muy diversos, aparece bastante de acuerdo con lo más habitual en la poesía española de su tiempo, signada fuertemente por el romanticismo; reparemos en su tono primordialmente confidente, que traduce los pensamientos y los sentimientos de la autora que, como apuntó Gerardo Diego, no fue sólo «la poetisa de las flores, de los versos de enamorada al misterioso Alberto o de tantas poesías de juventud (...)». □

### Qué es

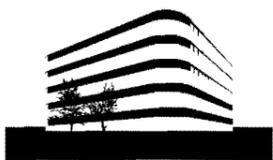
**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

Al ocuparse de la obra poética de Carolina Coronado, Martínez Cachero se pregunta dónde debería colocarse ésta dentro de la poesía del siglo XIX, pues van muchos años desde 1839, en que se data su primera aparición pública, has-

ta el último poema escrito días antes de morir en 1910, un largo período en el que se producen muy diversos movimientos poéticos, desde el romanticismo al modernismo. De todos modos ella fue, señala, romántica de principio a fin.

Carolina Coronado

Obra poética

Ed. de Gregorio Torres Nebrera, Editora Regional de Extremadura, Mérida, dos volúmenes, 1993. 996 páginas. 3.195 pesetas.

## SUMARIO

	Págs.
«La obra poética de Carolina Coronado», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Obra poética</i> , de Carolina Coronado	1-2
«Prosas en libertad», por Antonio Colinas, sobre <i>Papeles que fueron vidas</i> , de Alvaro Cunqueiro	3
«Recordando a Goldoni en su bicentenario», por Francisco López Estrada, sobre <i>Memorias</i> , de Carlo Goldoni	4-5
«Actualidad de Alfonso X el Sabio», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>Alfonso X el Sabio. 1252-1284</i> , de Manuel González Jiménez	6-7
«La diosa de las partículas», por Ramón Pascual, sobre <i>The God Particle: If the Universe is the Answer, What's the Question?</i> , de Leon Lederman	8-9
«Cosmos, leyes, tiempo y Dios», por Manuel García Doncel, sobre <i>Quantum Cosmology and the Laws of Nature: Scientific Perspectives on Divine Action</i> , de autores varios	10-11
«El imperialismo científico», por José María López Piñero, sobre <i>Civilizing Mission: Exact Sciences and French Overseas Expansion, 1830-1940</i> , de Lewis Pyenson	12

# Prosas en libertad

Por Antonio Colinas

**Antonio Colinas** (*La Bañeza, León, 1946*) es poeta, narrador, traductor y ensayista. Ha recibido el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros más recientes cabe destacar *Tratado de Armonía*, *Los silencios de fuego*, *Días en Petavonium* y la recopilación de su obra poética *El río de sombra* (Poesía, 1967-1990).

En estos tiempos en que los medios editoriales parecen seguir, en su mayoría, por fin primordial, el criterio del máximo beneficio, hay editores que todavía creen en otros fines. Por ejemplo, en la recuperación de los textos dispersos de autores de probada valía, algunos de ellos ya desaparecidos. Tal es el caso de la editorial barcelonesa Tusquets, que ha emprendido una clara y encomiable recopilación, en varios volúmenes, de los artículos («hojas sueltas») del gran escritor gallego Alvaro Cunqueiro.

Una de las grandes evidencias de la literatura auténtica es que, más allá de silencios y de olvidos pasajeros, al cabo de los años, vuelve a poner de relieve su valía. No cabe sepultar en olvido la autenticidad. Así está sucediendo con estos escritos recuperados de Cunqueiro. Primero, resurgen para gozo de sus lectores más fieles, y luego, para felicidad de los que los descubren por vez primera. Siete son hasta ahora los libros de Alvaro Cunqueiro recuperados por la editorial Tusquets: *La cocina cristiana de Occidente*, *Fábulas y leyendas de la mar*, *Tesoros y otras magias*, *Viajes imaginarios y reales*, *Los otros caminos*, *El pasajero en Galicia* y *La bella del dragón*.

A ellos hay que añadir el volumen que hoy comentamos, *Papeles que fueron vidas* (*Crónicas literarias*). Todas estas recuperaciones se deben también, en buena medida, a la labor de algunos escritores y críticos que han sabido sintonizar excelentemente con el autor gallego, y que han sido sus prologuistas: Néstor Luján, César Antonio Molina y, para este último volumen, el traductor y crítico gallego Xesús González. Se convierte así la mejor literatura —modestamente recogida en periódicos— en una revelación que es fruto del anhelo y de la sensibilidad de sus mentores. En este caso, el editor y el crítico. Este tipo de frutos literarios también pone de relieve excelentes etapas periodísticas. Así (y por referirnos ya al libro que comentamos) la que en los comienzos de los años 70 llevó a cabo *El Noticiero Universal*, de Barcelona, de la mano de Enrique Badosa y Julio Manegat.

## Lejos de toda erudición

*Papeles que fueron vidas* es, pues, la recopilación de una buena parte de los artículos —se acercaron al centenar— que entre septiembre de 1973 y diciembre de 1975 Alvaro Cunqueiro publicó en *El Noticiero Universal*. Xesús González analiza en su introducción algunas de las claves para entender correctamente la aventura creadora de Cunqueiro y subraya lo lejano que este autor se halla de toda aparente erudición. («Yo no soy un erudito, por eso pido perdón si alguna vez parezco tal», escribe Cunqueiro con la clara concisión que le caracteriza.)

Otras veces, en la introducción se desvelan, en síntesis, nuevas claves para la correcta valoración de los artículos (y de toda la literatura, creo yo) de Cunqueiro: que estamos ante un autor que «no hace crítica, sino literatura», que el autor gallego «está contra el experimento literario, que a nada conduce sino a un callejón sin salida» (colóquense aquí sus severas críticas a temas como



Alvaro Cunqueiro

el «nouveau roman» o el teatro experimental) o el carácter plenamente bilingüe de su literatura. Nostalgia, sarcasmo, azar, amor, poesía son otras claves que el lector irá descubriendo al ir pasando con deleite las páginas de *Papeles que fueron vidas*.

Tampoco está de más —ahora que es tema erizado y motivo de polémicas— que subrayemos ese carácter natural del bilingüismo de Cunqueiro, ante quienes tienden a defender con exclusividad una sola lengua. El, como Josep Pla o Joan Perucho —por citar al azar a otros dos excelentes prosistas—, no se hace un problema con las lenguas que indistintamente utiliza. Para él éstas parecen ser simples medios y no tensos fines. Es por ello que cuando Cunqueiro o Pla escriben, los resultados son magníficos en ambas lenguas. Es también paradójico que estos escritores que han hecho del bilingüismo su razón natural de ser, hayan sido precisamente algunos de los mejores prosistas españoles del presente siglo.

El caso de Alvaro Cunqueiro no puede ser más evidente. Es un estilo claro, ameno, culto y, a la vez, intenso y lleno de sentido trascendente el que permite la sabiduría y milagro de su prosa, que a veces nos parece que vuela. Sorprende también la ausencia de sectarismo en el tratamiento de los más diversos temas. Y si disiente de alguno, para éste guarda la ironía. Temas que pueden ir desde la Francia de los poetas provenzales a la China de Confucio o de los poetas, de los asuntos homéricos a la épica germánica. Pero ya acabamos de decir que —aunque no lo parezca— Cunqueiro no es un erudito al uso, sino un creador y un fabulador nato. La clave, una vez más, al hablar de temas aparentemente «culturales», no radica en la vanidad y en la ligera utilización de los nombres propios (Chaucer, Lear, Zurbarán, Merlín, Sem Tob...), sino en la vivencia profundamente «universalista» que tiene de ellos, en cómo los aborda y asume.

Esta es una de las características primordiales de la literatura de Alvaro Cunqueiro: él tiene el don de universalizar incluso lo más local. Hay, por ejemplo, en el libro que co-

mentamos, un capítulo, «El almirante del mar», en el que ese don se pone especialmente de relieve. A la sombra de dos encinas, en un descampado de Ciudad Rodrigo y «echando un trago de vino de la tierra», el escritor se lanza a desvelar intuiciones abiertas y conocimientos líricos, versos de los cancioneros medievales, meditaciones sobre la eternidad de las rosas rilkeanas y sobre el carácter «terrible y sacro» de dos realidades tan distintas como pueden ser los reyes y la mar.

Este don de universalizarlo todo, incluso partiendo del ámbito más seco y áspero, no es sino una consecuencia del arraigado amor que Cunqueiro siente hacia la naturaleza en general y hacia su propia tierra —Galicia— en particular. Pero, como en el tema del bilingüismo, no se llame tampoco aquí a engaño el lector. Cunqueiro ama como el que más su propia tierra (y sobre ella es mucho lo que ha escrito), pero sin cortedad de miras, sin miopía, sino con sentido abierto y afán de trascendencia. Cunqueiro nos está diciendo a cada momento que toda realidad aparente es engañosa y que detrás de ella hay otra mucho más escondida y rica.

Especialmente frecuente y delicado es el recuerdo que tiene en esta obra para el cancionero galaico-portugués —son continuas las alusiones al *Cancionero de la Vaticana*— y se demora con fruición en los paisajes de sus valles nativos, pero unas líneas más abajo ya está saltando al tema de los reyes de León y de Castilla, a la simbología alquímica de

## RESUMEN

Antonio Colinas se felicita de que la obra dispersa de un escritor tan prolífico como el gallego Alvaro Cunqueiro, esa obra de hojas volanderas aparecidas en prensa —pues Cunqueiro, además de periodista, fue un auténtico

Jung o a la estética —ésta sí que en verdad «povera»— de Zurbarán. Insisto: nunca hay parcialidad ni sectarismo en las ideas de Cunqueiro, sino un claro universalismo, el vuelo flexible y humorístico de las frases, la consciencia lúcida de un ser que, amando la aldea de Antonio de Guevara, se sabe a la vez habitante de un planeta lleno de misterios. Y siempre se muestra en intimidad, solidario, con «todas» las culturas de éste.

## Desenmascarar el artificio

Sin embargo, sí sabe desenmascarar Cunqueiro lo que en cualquier espacio o cultura es señal de falsedad o artificio. En este sentido, hay un tema ejemplar en estos *Papeles que fueron vidas*. Me refiero al del teatro tantas veces mal llamado «experimental». El varapalo que éste recibe de Cunqueiro es de antología. Una cosa es, afirma el escritor, hacer o decir teatro y otra bien distinta, «por mor del experimento, ir y venir, brincar y gritar». ¿No es esto mismo lo que muchos espectadores sentimos en nuestros días al contemplar este tipo de teatro? ¿Qué tiene que ver el texto que sólo los labios del actor debieran transmitir —dice Cunqueiro— con tanta «gimnasia corporal y bucal», con tanto «jolgorio», con tanta divagación «de saltimbanquis»? El juicio del escritor gallego termina siendo contundente: «El teatro, para estos grupos, ha dejado de ser un género literario, literatura. Y yo salgo de la representación preguntándome para qué necesitan un texto». Por parecidas razones, Cunqueiro afirma en otro lugar que «la Yourcenar va a durar mucho más que Simone de Beauvoir» y la obra de Jean Giono más que la de Robbe-Grillet.

Pero donde la pasión de Cunqueiro por un género (y el exquisito respeto) se decantan de manera esencial es cuando alude a la poesía. Bien podemos confirmar, sin ponerlo en duda, el carácter «poético» de toda su prosa, pero resulta confortador en estos tiempos de ligerezas ver el alto concepto que el escritor gallego tiene de la poesía. Y ello no sólo por la continua referencia que hace a poetas y a obras poéticas. Lo más importante es la claridad conceptual que él tiene de ese fenómeno universal del espíritu que es la poesía. Escuchemos, por ejemplo, una de sus afirmaciones más significativas sobre «el poder mágico, revelador de la poesía, poder santificador y poder de convocatoria, medio de aprehender otros mundos, y el tras-mundo». Porque para nuestro autor, «la poesía es como un exorcismo de las contradicciones, pero también la forma más grave del rito».

Y todo esto dicho, en principio, no en una obra concienzudamente teórica, sino en las dispersas páginas de un periódico, allá a mediados de los años 70, cuando el periodismo parecía mantener con vigor sus resonancias literarias, y en él brillaba la prosa con una ternura, una belleza y una verdad como sólo escritores de la talla de Alvaro Cunqueiro sabían y podían ofrecernos. «Hojas sueltas» de pura y libre creación literaria, ahora afortunadamente rescatadas. □

## Alvaro Cunqueiro

### *Papeles que fueron vidas*

Ed. de Xesús González, Tusquets, Barcelona, 1994. 281 páginas. 2.000 pesetas.

# Recordando a Goldoni en su bicentenario

Por Francisco López Estrada

**Francisco López Estrada** (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente por Andalucía de la Real Academia Española y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha sido vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas y es autor de estudios sobre libros de viajes medievales y de una Introducción a la literatura medieval española, así como de distintas ediciones críticas y monografías sobre textos y autores de la Edad Media y de los Siglos de Oro.

En Europa, cada nación a su manera, se ha celebrado el bicentenario de la muerte de Carlo Goldoni (1707-1793); y esto se ha hecho así porque la obra de este autor teatral nos es común a todos los que integramos esta unidad de trasfondo europeo, que antes de ser económica fue formándose a través de muy diversas experiencias culturales. Goldoni fue uno de los autores que, siendo original y específicamente veneciano, pronto alzó el vuelo, primero sobre Italia y después sobre las otras naciones europeas, incluyendo España.

La aportación más decisiva que en España se ha hecho en el curso de este bicentenario para recordar de algún modo su memoria procede de la Asociación de Directores de Escena de España, dirigida por Juan Antonio Hormigón. Es de destacar, en primer término, que haya sido la entidad que reúne a los directores de escena la que haya puesto el mayor énfasis en recordar al italiano. Esto subraya una peculiaridad de la obra del veneciano, y es su profunda teatralidad. Para conseguir este logro, que todos le reconocemos en esta recapitulación bicentennial de su vida y obra, el autor hubo de concebir su quehacer teatral contando desde un principio con la experiencia del teatro de la calle, con la labor de los comediantes profesionales que sabían ellos representar sin atenerse a un texto establecido, con sólo seguir la inercia de las figuras dramáticas, personajes en potencia siempre y que pasaban a serlo en acto en el curso de cada representación, que satisfacía al auditorio reunido. Esto era la síntesis de la vieja comedia del arte italia-

no, siempre reviviéndose en cada representación. Es decir, se trataba de un teatro puro, siempre posible con tal de que hubiese actores preparados y escena conveniente en la que esta potencia pasase al acto; potencia que estaba en la experiencia de los espectadores (venecianos, primero) y que se convertía en el hecho dramático de la representación sobre las tablas, contando con este previo acuerdo entre auditorio y compañía teatral, convenientemente gobernada. El autor o no existía o era así sólo un orientador de este cauce dramático que fluía sobre la escena por un acuerdo armonioso de los reunidos. Goldoni supo aprovechar esta corriente e imponer en ella lo que él llamó muchas veces la «reforma» y que era la función propia del autor en el conjunto de la teatralidad. Y esto fue establecer el texto que resultase más óptimo para la efectividad dramática, contando con la experiencia de los actores y los gustos de los públicos. El gran acierto de Goldoni fue, después de varios ensayos, partir de esta teatralidad básica para escribir los textos. Las palabras de su teatro están concebidas siempre desde dentro de la misma constitución poética de la obra dramática; y esto lo logró de tal manera que su obra pudo sobrepasar la condición veneciana de su origen hasta llegar a ser italiana y después europea, a través de las versiones francesas del propio autor. Luego el influjo de Goldoni se trasvasó a otras lenguas europeas, entre ellas a la española, que es la que nos atañe.

## El esfuerzo de los directores de escena

Esto justifica en principio que hayan sido los directores de escena los que en este caso hayan hecho este esfuerzo por recordar a Goldoni con la dignidad que merecía. Haré un breve repaso de estas publicaciones.

La revista *ADE* dedicó su número 30 (junio, 1993, 144 páginas) a Goldoni, «nuestro contemporáneo», como lo llama J. A. Hormigón en un artículo en el que recuerda la renovación que supuso el montaje de *La locandiera* que hizo Visconti en 1952 y la aplicación de los métodos de las críticas de la época a los presupuestos dramáticos del escritor. Faltaba divulgar a Goldoni entre los españoles porque sólo

unas quince obras han sido traducidas a nuestra lengua en los últimos años. Este número de la revista trata sucesivamente del universo goldoniano, la máscara y el personaje, las escenificaciones y Goldoni en la música. La pieza central del mismo es la traducción que hace A. Chiclana de *Il teatro comico*, que el mismo Goldoni considera como un prólogo común a sus comedias; su gran acierto fue escribir ágilmente una poética de su teatro valiéndose de la misma acción escénica, o sea, del mismo teatro como motivo teatral, nunca mejor dicho, el teatro en el teatro. A. Chiclana vierte la difícil experiencia en una ágil y limpia traducción. La mayor parte de los artículos publicados en este número de la revista son de críticos e historiadores del teatro extranjeros; y entre las aportaciones españolas destacamos las de V. Pagán, que no publicó (¡lástima!) el libro sobre *Goldoni y España* que tenía anunciado.

## Variedad goldoniana

Otro tomo está puesto bajo el título de *Goldoni: mundo y teatro* (Publicaciones de la ADEE, Madrid, 1993, 494 páginas), y está compuesto de dos partes. La primera consta de las aportaciones de F. Fido, M. Baratto, D. Aron, G. Herry y L. Lunari, seguidas de una breve bibliografía sobre Goldoni, realizada por F. Doménech y J. A. Hormigón, con mención de las ediciones del autor en lenguas castellana, catalana y gallega, y de los estudios sobre Goldoni en España. La segunda parte contiene la referencia de 227 comedias de Goldoni, con los datos esenciales sobre ellas, lista de personajes y sinopsis del argumento.

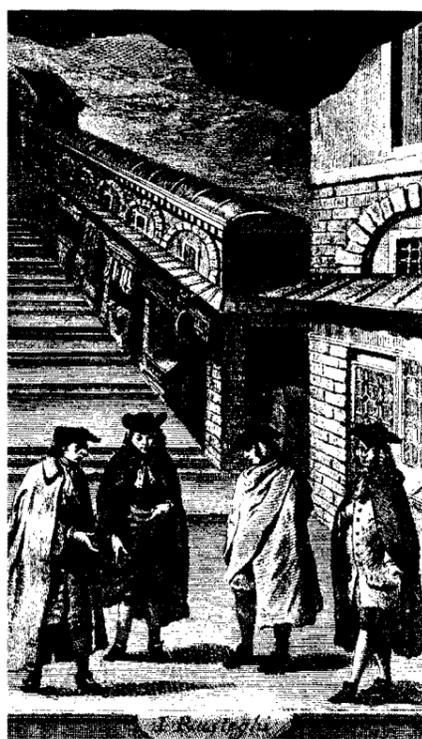
Las obras escogidas para la memoria de Goldoni han sido diez, completas y publicadas en parejas en sucesivos volúmenes. La elección ha querido mostrar la variedad de la manera goldoniana. Se inicia con tres comedias sobre *Los desvaríos por el verano*, *Las aventuras del verano* (ADEE, Madrid, 1993, 342 páginas) y *El retorno del verano* (ADEE, Madrid, 1993, 322 páginas), o sea, *La trilogía della Villeggiatura*, traducida por L. Perotto y con artículos previos de L. Lunari, J. Joly, F. Fido y G. Strehler, precedida de una cronología sobre el autor de F. Doménech. Los problemas de toda índole que trae consigo el verano para las familias, una cuestión de



la Europa de hoy, está tratada con la gracia y una diversidad temática que le permite establecer una trilogía ciertamente cómica en todos los sentidos; en ella se intuye la continuidad y entramado de la producción goldoniana, que aquí prolonga un mismo asunto a través de una pluralidad de personajes que hacen y deshacen nudos dramáticos con la maestría que él sabía hacerlo.

Cierra el segundo volumen una comedia de interés para los españoles: *Don Juan Tenorio o sea el Disoluto*, precedida por estudios de V. Pagán y J. Urrutia; la obra está primorosamente traducida en endecasílabos blancos por J. Urrutia y L. de Luis. Se trata de una comedia muy apreciada en los estudios comparatistas sobre la figura de este personaje en Europa.

Las otras obras se dirigen al examen de aspectos de la sociedad; son las comedias *El adúlador* (ADEE, Madrid, 1993, 410 páginas), vertida por M. García, precedida de un estudio de G. Herry y seguida de las variantes de las ediciones Bettinelli



Viene de la página anterior



y Paperini; y *La plazuela (Il campiello)*, que está traducida por L. Perotto y J. A. Hormigón, con artículos de M. Gallerani, G. Ortolani y G. Strehler, y varios testimonios de J. Joly sobre la obra.

### Un autor variopinto

Otras tres comedias se reúnen en el tomo siguiente (ADEE, Madrid, 1994, 410 páginas). Una es la tan conocida de *La criada amorosa (La serva amorosa)*, vertida por J. Melendres y con estudios de G. Herry y del propio traductor, y con una conversación de la misma G. Herry con L. Ronconi; la otra es *La guerra*, traducida por J. Casas, con un artículo de M.-F. Sidet. Y la tercera es una pieza corta complementaria, *La hostería de la Posta*, traducida por A. Alonso, con una nota previa de G. Ortolani.

Y las últimas son: una, *La casa nueva* (ADEE, Madrid, 1994, 356 páginas), vertida por L. Perotto, con un estudio de G. D. Bonino y una nota de G. Ortolani; y la otra es *Una de las últimas tardes de Carnaval* (tema muy propio de Venecia), que la tradujo la misma L. Perotto, con estudio de G. Geron. Completa el volumen un arreglo francés de una comedia italiana con divertimento, *El hijo de Arlequín perdido y hallado*, en traducción de S. Cantero con una nota de R. Cuppone.

Este es el abanico goldoniano que ha seleccionado J. A. Hormigón, quien justifica los motivos de su elección en cada volumen. Con estas obras disponemos, pues, de un conjunto variado de obras de Goldoni, a través del cual los lectores españoles pueden formarse una idea de un autor tan variopinto como éste. Hemos visto que alrededor de las traducciones se reúne una diversidad de ensayos, artículos, fragmentos de estudios más amplios y notas, que ilustran la variedad de la crítica que se ocupa de este escritor. Ciertamente que son pocos los nombres españoles en el conjunto, pero es de esperar que nuestros italianistas y comparatistas prosigan con esta labor de erudición, historia e interpretaciones para los estudios sobre Goldoni en España que tanto echamos de menos, aun contando inicialmente con algunos de ellos.

Menciono en último lugar la obra que se aparta de la escritura dramática de este autor, pero sólo hasta cierto punto: las *Me-*

*memorias del señor Goldoni, para servir a la historia de su vida y su teatro*, dedicadas en Francia por el autor al rey Luis XVI; el título ya es de por sí suficientemente significativo. Es sabido que en el siglo XVIII abundan los diarios y memorias que preparan la eclosión romántica. J. A. Hormigón escribe el prólogo de esta edición destacando la diferencia entre unos y otras. Los diarios están escritos al pie de los hechos, como el magistral de L. F. de Moratín, y las memorias son una exposición de recuerdos desde una perspectiva que es casi siempre la vejez. Con acierto escribe Hormigón que son «más la imagen de lo que se quiere ser que lo que se es» (pág. 12). Y en este caso las *Memorias* de Goldoni son sustancialmente teatrales por su contenido y su redacción, pues en gran parte se refieren a sus experiencias dramáticas y a las circunstancias que las rodearon, expuestas de una manera teatral: entradas y salidas de personajes, diálogos. Las escribe entre 1783 y 1786, ya viejo, lejos de su Venecia y de los otros lugares italianos, en París y en francés. En este volumen se traducen por vez primera al castellano sobre la edición de 1787.

### Sin profundidad subjetiva

Estas *Memorias* de Goldoni no resultan una obra decisiva, pues están escritas para afirmar su condición de reformador del teatro italiano y defender su propia obra. Dedicadas al rey de Francia en un tiempo crítico para esta nación, no tienen la profundidad subjetiva de otras semejantes ni abundan los testimonios de época que no se refieran al teatro o a su entorno, pero resultan ser un testimonio necesario para el conocimiento de la intención de Goldoni. Con todo, no falta tampoco alguna nota de observación sobre la vida de este siglo en el que apuntan tantas inquietudes, sobre todo en lo que se refiere a la sociedad italiana con su multiplicidad política, propia del tiempo. Un cuerpo de notas suficiente completa lo que el texto presupone y que conviene que se le aclare al lector actual.

En conjunto, estos siete volúmenes y el número de la revista *ADE* representan un digno esfuerzo para que podamos por mediación de estas obras acercarnos y abordar en lengua española el conocimien-



Carlo Goldoni  
nato in Venezia nell' anno 1707.

to de la vida y obra de Goldoni. Los originales italianos resultan a veces difíciles de leer por el carácter dialectal de las obras, aun conociendo el italiano. Los preliminares y las notas de pie de página orientan al lector actual que no esté al tanto de la crítica goldoniana, preferentemente en lo que tiene de espectáculo teatral la obra del autor. Resulta, por tanto, una edición propia para divulgar la teatralidad

de un autor que él mismo es vital y esencialmente teatro. Y, como decía al principio, la obra de Goldoni es siempre una lección de eficacia dramática que convendría que tuviesen en cuenta los autores de nuestro tiempo. Siendo, por su origen, una obra local (Venecia, al fondo), se convierte en una manifestación artística de amplia resonancia, necesaria para el conocimiento del moderno teatro europeo. □

### RESUMEN

López Estrada da noticia del esfuerzo llevado a cabo por la Asociación de Directores de Escena de España, que, con motivo del bicentenario de la muerte del dramaturgo italiano Carlo Goldoni, ha publicado varios volúmenes con

sus obras, así como sus *Memorias*. Se trata de un valioso intento de difundir en español la obra de este autor, cuya intensa teatralidad orientó con maestría una determinada corriente del teatro europeo y cuya lección dramática perdura hoy.

### Carlo Goldoni

#### Memorias

Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España (ADEE), Madrid, 1994, 620 páginas. 1.800 pesetas.



# Actualidad de Alfonso X el Sabio

Por Eloy Benito Ruano

**Eloy Benito Ruano** (Madrid, 1921), catedrático emérito de Historia Medieval, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, es autor de un considerable número de libros y trabajos sobre variados aspectos del pasado medieval español, señaladamente en relación y proyección con aspectos extrapeninsulares: España y las Cruzadas, La banca toscana y la Orden de Santiago, Granada o Constantinopla, etc. Recientemente ha editado en reproducción facsímil, con transcripción y estudio histórico, El libro del Limosnero de Isabel la Católica.

La historia es una ciencia recurrente. Como la realidad histórica misma, que corre y recorre «corsi e ricorsi» semejantes —«eadem sed aliter»—, de mano de sujetos análogos (los «héroes» de cada momento) y por parajes semejantes, aunque vistos desde planos diferentes (los sucesivos del tiempo), el historiador de cada época vuelve una y otra vez sobre los mismos hechos, la mayor parte de las veces ateniéndose a los mismos y no renovados testimonios subsistentes de ellos.

Aunque, a decir verdad, éstos no son siempre los mismos. Unos, porque dejaron de existir, consumidos por la propia historia; otros, los menos, porque se pusieron de manifiesto tardíamente, apareciendo en recientes fechas. La totalidad, porque fueron sometidos a nuevos interrogantes, enfoques, procedimientos metodológicos nuevos, que el historiador de cada época aporta a la comprensión e interpretación de un pasado que sigue siendo único.

Esta acumulación o estado sucesivo de conocimientos acerca de un mismo sujeto justifica —y constituye— la pervivencia de la Historia como ciencia permanentemente «in fieri», cuya realidad a lo largo del tiempo es precisamente su propia historia: la de la Historiografía.

Reflexión general que es susceptible de contrastarse en lo particular, como pretendemos hacer en las líneas que siguen.

Después del *Alfonso X* de don Antonio Ballesteros Beretta (obra póstuma de su autor, fallecido en 1949, aparecida en 1964 y reimpresa con útiles índices veinte años después), libro elaborado en función de una «totalidad» de elementos informativos fehacientes acumulados a lo largo de toda su vida por el autor, ¿qué nuevos datos cabría aducir para el mejor conocimiento fáctico de la vida y obra de su protagonista? Prácticamente «todos» los documentos relacionados con la actividad política e intelectual del monarca (los emanados de su Cancillería, los a él dirigidos, los producidos por las Cortes convocadas en su tiempo, los concernientes a la elaboración de los libros por él escritos, dirigidos o encargados) están cuidadosamente registrados en el apartado crítico de la obra citada y en la anterior y copiosa bibliografía provocada por su figura y obra. El caudal historiográfico producido por la crónica coetánea e inmediatamente posterior al reinado fue no menos aprovechado e integrado en la moderna elaboración.

Queda, sin embargo, abierto el permanente estudio de la personalidad del monarca y las perspectivas crítico-analíticas —jurídicas, literarias y científicas— inherentes a toda obra cultural; planteados, como más arriba decimos, desde los sucesivos planos de cada tiempo historiográfico.

Así lo prueba la imponente —por lo cuantiosa— producción publicística al res-



pecto aparecida a lo largo de este último casi medio siglo (1949-1994), signo del apasionado interés científico que siguen ofreciendo la figura y la época de las que es epónimo el rey «Sabio».

Una suma (mejor, «Summa») de lo que esa producción reciente ha aportado al saber de lo alfonsino, asentada sobre su previo conocimiento «clásico», es lo que viene a significar el novísimo libro de Manuel González Jiménez, catedrático de la Universidad de Sevilla, titulado simplemente *Alfonso X el Sabio. 1252-1284*. De una parte, están en la base de su elaboración los ricos repertorios bibliográficos citados en su Prefacio acerca de cada uno de los aspectos de la producción regia (Sánchez Pérez, Snow, Gardiner London, Cárdenas, Craddock, García-Sabell); de otra, las «novedades» documentales alumbradas —aunque pocas, casi milagrosamente— por el autor (*Diplomatario andaluz de Alfonso X*, Sevilla, 1991); especímenes concretos, e incluso inéditos, de Portugal... Pero, sobre todo y además, el «modus» o tratamiento de todos estos materiales, acreditando la capacidad sistematizadora y agudamente interpretativa del autor, que refleja ese «aggiornamento» generacional de la producción histórica denominada en su actual panorama «Nueva bibliografía» y «Nueva Historia política» (Francia dixit).

## Formado para la guerra

Ambos sistemas de valores históricos se conjugan en la obra para presentar al personaje titular como formado, prácticamente desde su infancia, en cuanto futuro monarca, para la guerra (como la sociedad de su reino, según afortunada expresión de la historiadora británica Elena Lourie); futuro monarca que, a sus diez años, «tiene» que asistir al «descabezamiento» nada menos que de 500 moros cautivados en una simple cabalgada por tierras de Jerez; que, al ser proclamado rey, es alzado sobre el pavés junto a la tumba misma de su padre, al modo de los antiguos caudillos godos; y quien, entre sus más tempranas empresas («fechos»),

cuenta con la cruzada sobre Africa como prolongación de la actualmente negada (por incomprendida) tarea perdurable de la llamada «Reconquista». Empresa transmitida como un legado por su propio progenitor, al transferirle, según palabras de su testamento, íntegramente las Españas perdidas en su día por Don Rodrigo: «la una conquistada, la otra tributada». «Fecho de Espanna» por rematar, «del mar de Sant Ander fastal mar de Cádiz». Toda una misión militar, bélica, neutralizadora de las incursiones maríneas («invasiones tardías») que «como nube de langosta» amenazaron la integridad del reino cristiano. Como la represión por el nuevo monarca de la revuelta mudéjar, que supondrá la «profunda castellanización (éxodo y expulsión intensa de musulmanes) fundamental para la historia posterior de la región». (Una realidad histórica que el profesor González Jiménez puso netamente de manifiesto en su libro *En torno a los orígenes de Andalucía*, aparecido en 1980, 2.ª ed. en 1988, en momento oportuno para desmontar fantasmagóricas imaginaciones coyunturales de un supuesto país oriental de *Mil y una noches*, poco menos que subsistente hasta nuestros días.)

La guerra civil suscitada por el problema sucesorio tras la muerte del primogénito de don Alfonso aparece como un factor más de este costado de hierro en un reinado al que no consigue empañar la esplendorosa fachada de su panorama cultural. «Años de decepciones», «decenio trágico», denomina el moderno autor el tiempo de «honda cuita», como designara Ballesteros Beretta la amarga etapa durante la que el ilustrado monarca se vio obligado hasta a maldecir a su hijo, el futuro Sancho IV, después de desheredarle. Circunstancia que permite ahondar en el aspecto íntimo de una relación familiar que no fue sino prolongación del rechazo (esposa, hijo y hermanos) prácticamente unánime, junto a ciudades, nobleza, órdenes militares, iglesias, etc., enfrentados a la política y a la persona del monarca. Cuya «deposición técnica», «suspensión indefinida de poderes» o «verdadero golpe de estado», consumado en el «conciliábulo» —ya que no Cortes— de Valladolid en 1282, nos hace evocar la «farsa

de Avila» de que fuera víctima Enrique IV de Castilla en 1465.

Otro «fecho», el del Imperio, nos es presentado no sólo como el fracaso que en definitiva significó en sí mismo para la política internacional de don Alfonso, sino también bajo el aspecto positivo que entrañó como fortalecimiento del papel peninsular perseguido por el rey, tal como el cronista catalán Ramón Muntaner reconociera en su perseguido designio de al menos «esser Emperador d'Espanya».

La obra repobladora o, por decirlo de modo más actual, «la ordenación del territorio» durante el reinado ha sido facilitada al autor por las tareas investigadoras de primera mano realizadas en los últimos años por actuales especialistas en las áreas gallega, asturiana, murciana y andaluza (dentro de ésta, el propio autor), y sus frutos aparecen ahora conjuntados y articulados —con excelente efecto— por primera vez.

Hasta aquí, la historia política y «externa» del reinado, bien comprendida y explicada en su profundidad.

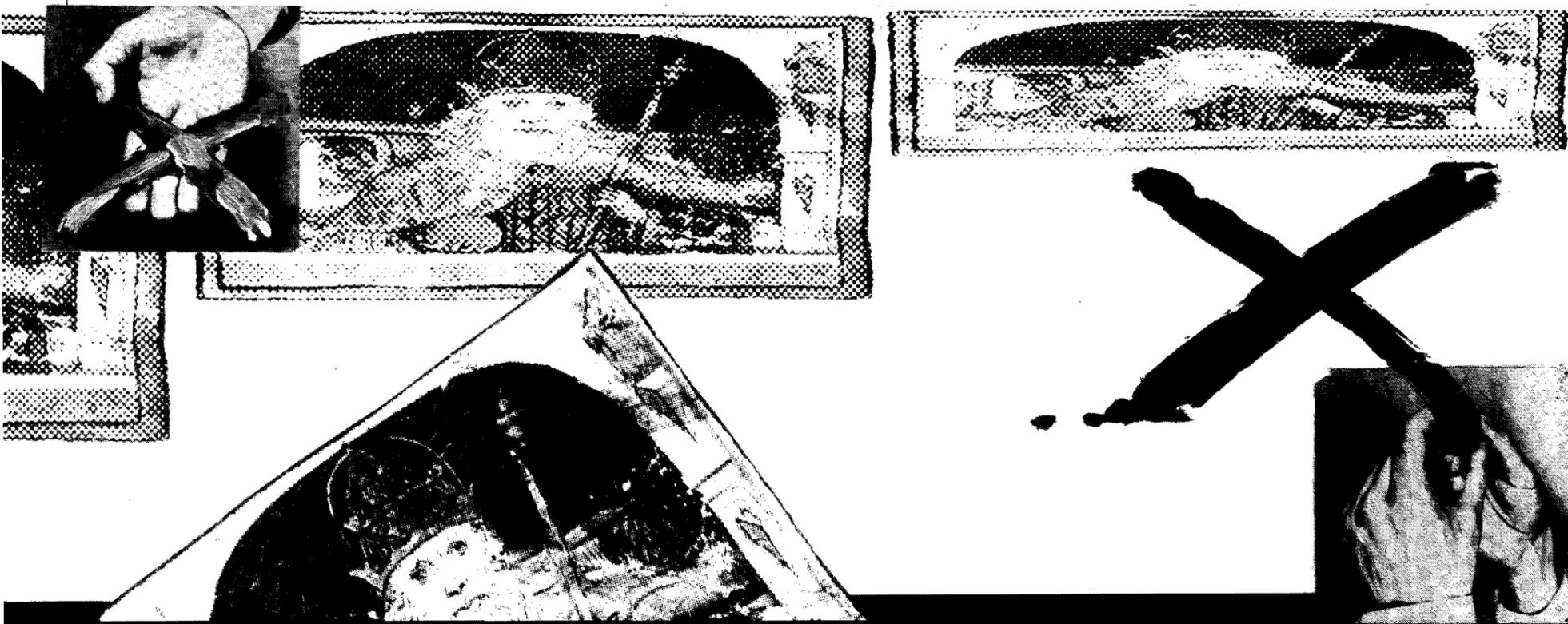
## Un proyecto revolucionario

Pero el pensamiento que mueve esa acción es presentado a continuación por González como un paso decisivo hacia la monarquía corporativa, programa que entiende como doctrina profesada por el rey. Su renuncia al principio del origen divino del propio poder, confirmada por la convocatoria de hasta veinticuatro Cortes en treinta años, entraña (como señalara en su día el profesor González Alonso, de la Universidad de Salamanca) todo un proyecto verdaderamente revolucionario en el que González Jiménez se atreve a encontrar una raíz lejana del «tan traído y llevado "Estado Moderno" que tanto ocupa la atención de los medievalistas de nuestra generación».

En cuanto a los múltiples aspectos culturales de la labor de Alfonso el Sabio (¿cuántas vidas se justificarían con cada uno de ellos!), es un acabado cuadro de



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

sus respectivos estudios: jurídicos, históricos, poéticos, músicos, científicos, lingüísticos, pictóricos (miniaturísticos), arquitectónicos..., el que se ofrece.

Pero acerca de este otro verdadero mundo de la actividad creadora del monarca, permítasenos que contemplemos el enfoque en primer plano que ha permitido al doctor Francisco Márquez Villanueva devanar por su parte un personal hilo de Ariadna para guiarnos por tan variadas estancias.

### «El fecho» intelectual

*El concepto cultural alfonsí* (Ed. Mapfre, Madrid, 1994, 284 páginas, 3.000 pesetas) es la fórmula bajo la que el profesor de Harvard nos ofrece su, más que vasto, penetrante análisis de la concepción y —lo que es aún más importante— la realización de lo que personalmente me atrevo a llamar «el fecho» intelectual de Alfonso el Sabio: su verdadera acción «fundacional de una cultura de valor permanente y universal», en palabras del actual autor. Para quien, remachando la apreciación, su conjunto constituye «el hecho unitario de una experiencia interdisciplinar» que, ya desde las páginas prologales, define y describe como «la precoz opción del vernáculo castellano como clave de un ambicioso proyecto de renovación cultural».

El desarrollo de este concepto y su prueba mediante el cómo, el porqué y el para qué de este designio constituyen los 27 capítulos integrantes de la sugestiva obra.

Entendida por el propio rey la suya como parte intrínseca de su función política («Rex magister», esto es, con concepto político de la cultura: «Cómo el Rey debe ser acucioso en aprender a leer, et de los saberes lo que pudiere»), Márquez Villanueva polariza toda su argumentación en la consagración del castellano como nueva lengua de cultura, vehículo de contenidos seculares que se hacen accesibles a un conocimiento «popular» y que hasta entonces habían sido obviados e ignorados por la tradición culta de base y expresión latinas. Lengua y contenido el de esta otra producción que se hallaba a su vez en la época en abierta decadencia,

incluso dentro del ámbito eclesiástico al que servían.

Quizá los orígenes mozárabes y alto-medievales de esa cultura no hayan sido justamente tratados siempre por el autor al cotejarlos con el panorama de los saberes coetáneos europeos, al no tener suficientemente en cuenta la difícil circunstancia en que aquella producción «prosperaba». De hecho, su evolución ofrece un evidente «décalage» respecto a la cultura europea de su tiempo (siglos XII y XIII), lo que es puesto reiteradamente de manifiesto en estas páginas, en contraste con la que la innovadora gestión alfonsí desencadenara.

Como artífices materiales de esta tarea son presentados, siguiendo a Américo Castro, los judíos e hispanohebreos colaboradores del rey Sabio, identificados con la cultura árabe: «únicos dueños de vastas provincias del saber apenas representadas dentro ni fuera de la península»; capacitados para «ofrecer al monarca un programa de castellanización de la cultura islámica».

Toda una exposición del significado de la labor traductora producida en torno a la ciudad de Toledo desde antes, pero sobre todo durante el reinado de don Alfonso, se desarrolla en las siguientes páginas. El verdadero sentido de la llamada «Escuela de Traductores» (movimiento, no institución, así bautizada a principios del siglo XIX por Amable Jourdain) es la encarnación de un «ideal toledano» que llegará a producir frutos bastante más positivos de lo que durante mucho tiempo se tuvo en Europa por «ciencia toledana».

### Hombre y naturaleza

Magia, astrología, ciencias físicas constituyen, en efecto, la mayor parte de esos saberes. Pero radicalmente ajenos a la nigromancia y a las prácticas de agoreros, adivinadores y «saludadores», perseguidos, por el contrario, por las leyes alfonsinas. Ciencias basadas, en cambio —señala Márquez Villanueva—, en inefable y misteriosa conexión y orden entre el hombre y la naturaleza, que nada tienen de raíz diabólica.

La ubicación social de los judíos en la comunidad del reino cristiano es descrita

por nuestro autor con precisión a la que anticipadamente podríamos habernos mostrado adheridos con ocasión de recientes conmemoraciones: sujetos valiosos, necesarios colaboradores de la Corona, «sufridos», por tanto, por el monarca (Partida VII, tít. 24, ley 1); aceptados de «facto» como «una realidad ineludible»; y enmarcados, por consiguiente, dentro de un «status» jurídico en el que los conceptos y sentimientos de «tolerancia» podrían ser intercambiados con los de «convivencia», «coexistencia», etc.

El grado de intervención personal del monarca en la obra conocida por su propio nombre (papel harto mayor que el de mecenas o «editor») es deducido y matizado desde la total originalidad y directiva propia de «un estudioso en activo», tal como permiten suponer las dilatadas permanencias en un mismo lugar —Toledo, por ejemplo—, insólitas en un rey de la época y permisivas de continuadas consultas de libros y asesores, revisión de lengua y estilo, y responsabilidad, en definitiva, del «producto final». Con oportunidad se trae aquí el pasaje de la *General Estoria* en el que don Alfonso afirma: «El rey faze un libro, non porqué escriba con sus manos, mas porque compone las razones dél, e las emienda e yegua, et enderessa, e muestra la manera de cómo se deuen fazer, e desí escriue las qui él manda...». Como se dice que construye un palacio aunque no lo haga con sus manos.

De modo muy especial es considerada la intensa labor del monarca como historiador. Historiador, que no cronista, revelado en la *Primera Crónica General* o *Es-*

*toria de España*, en la que ratifica como autor la «creación de una conciencia hispánica de signo integrador» (según palabras de Carlos de Ayala). Un signo característico más de la concepción cultural —en este caso, de la cultura histórica— como acción (una vez más, «fecho») político del rey «Sabio».

La transmisión de los saberes es otro de los rasgos de la ambición cultural alfonsí; mostrada en su ratificación universitaria salmantina, en la frustrada empresa latino-arábiga de Sevilla, en la intuida voluntad de la difusión «privada» toledana, etc. Así como es puesto de relieve el trasfondo racionalista, averroísta, que subyace y aflora en la generalidad del flujo intelectual desatado por el soberano.

Una corriente cultural que, en parangón con las realizaciones de un Federico II, un Jaime I de Aragón o un san Luis de Francia, ostenta a su favor, según su actual estudioso, dimensión y perspectivas verdaderamente incomparables.

El testimonio masivo de una bibliografía extranjera, no toda ella difundida o accesible, incluso en los medios especializados españoles, no es la menor contribución que Márquez Villanueva aporta con esta obra al mejor conocimiento de las directrices de un hispanismo universal, avézado y actualísimo, en la penetración comprensiva del «concepto cultural alfonsí».

(La calificación de «mudéjar» aplicada a la solera de esta concepción daría materia para una reapertura de la polémica Castro-Sánchez Albornoz, tan fecunda en consecuencias en su momento, pero que no cabe suscitar aquí.) □

### RESUMEN

*De la constante renovación de la ciencia histórica son producto reciente dos notables síntesis sobre la obra política y cultural de Alfonso X el Sabio. La primera, señala Eloy Benito Ruano, abarca el estudio integral del reinado, explicado desde la personalidad mis-*

*ma del monarca; y en la segunda, el vasto quehacer enciclopédico es presentado como una verdadera revolución cultural, en la que el castellano actúa de vehículo y caracterización de valores y saberes nuevos para su época.*

Manuel González Jiménez

*Alfonso X el Sabio. 1252-1284*

La Olmeda, Palencia. 1993. 361 páginas. 2.400 pesetas.

# La diosa de las partículas

Por Ramón Pascual

**Ramón Pascual** (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982) y actualmente preside la Comisión Promotora del Sincrotrón de Catalunya.

Casi todo el mundo sabe cuántos kilos pesa, pero muchos menos, ni tan sólo muchos bachilleres, son capaces de distinguir entre la masa y el peso. Prueba de ello es lo usual de la frase «peso 70 kilos», en la que se confunde una fuerza, el peso (que se mide en newton) con la masa (medible en kilogramos). La confusión subsiste a pesar de que la conmemoración del veinticinco aniversario de la llegada a la luna del Apolo XI ha permitido recordar una imagen que nos muestra la diferencia: el astronauta Aldrin, sin adelgazar, es decir, sin perder masa, salta ligeramente por la luna a causa de su menor peso. Y aun muchos menos, incluidos muchos estudiantes de ciencias, son capaces de distinguir entre la masa inercial, la que indica la resistencia de un cuerpo a modificar su estado de movimiento, y la masa gravitatoria, aquella «carga» que tienen los cuerpos que es responsable de que se atraigan unos a otros según la Ley de Newton de la Gravitación Universal. Quizás la confusión no sería tan grande si la naturaleza no hubiera optado por satisfacer el Principio de Equivalencia que asegura que todos los cuerpos caen, en el vacío, con la misma velocidad, cosa que permite establecer una relación de proporcionalidad entre ambas masas y, en consecuencia, tomarlas iguales tanto en magnitud como en unidades. El magnífico grado de cumplimiento del Principio de Equivalencia, desde su comprobación por Galileo, no ha dejado de progresar hasta llegar a precisiones de una parte en un billón ( $10^{12}$ ) en los recientes experimentos de Dicke, de Braginski y de la propia misión Apolo. El acuerdo es tan satisfactorio como profundas son las implicaciones del Principio de Equivalencia y el sentido último de ambos conceptos de masa. Recordemos que, para Einstein, el Principio de Equivalencia fue una de las bases de su teoría de la Relatividad General.

Sin embargo, ¡la masa es algo tan habitual! Cuando analizamos un objeto, al asirlo, una de las primeras cosas que observamos es su masa (o, ¡resignémonos!, su peso). Ya sea una maleta o un guijarro. Incluso aquellas cosas que, por pequeñas, son invisibles, se caracterizan por su masa: las masas de los átomos, la masa del electrón, etc. Cuando hace casi un siglo J. J. Thompson descubrió el electrón, una partícula aparentemente sin estructura, la caracterizó por dos propiedades: la masa y la carga eléctrica. Más adelante se constató que a estas propiedades «intrínsecas» se le debía añadir el «spin», una nueva propiedad necesaria para comprender su comportamiento cuántico. El hecho de que el electrón tuviera una masa unas dos mil veces menor que la del átomo más ligero, el de hidrógeno, y el porqué el átomo de hidrógeno tiene la masa que tiene, parecía algo impuente, fuera del alcance de la ciencia del momento. De aquí el desconcierto que se produjo cuando al final de los años treinta se descubrió en la radiación cósmica una partícula no prevista semejante en todo al electrón, pero con una masa unas docenas de veces mayor. Los físicos suelen recordar el desconcierto creado por el descubrimiento del muón con la frase de Rabi: ¿Quién lo ha encargado?



EMMA FERNÁNDEZ

En cincuenta años de progreso de la física, en los que se han realizado avances espectaculares en el conocimiento del mundo subatómico y, en conexión con él, del origen del universo, seguimos ignorando no sólo qué pinta el muón en nuestro universo, sino también qué pintan dos familias enteras de partículas elementales que, aparentemente, no hacen falta para nada, al lado de la familia formada por los componentes de todo lo que nos rodea: el electrón con su neutrino y los quarks «up» y «down» (componentes de protones y neutrones). Se trata de la familia del muón (y su neutrino) con su par de quarks asociados, el «charm» y el «strange», y la familia del leptón tau (¡de masa casi dos veces la del átomo de hidrógeno!) con su neutrino y con los quarks «bottom» y «top», de los cuales el último parece haberse creado por fin en el gran acelerador de Fermilab, cerca de Chicago. Este problema de las familias, con los correspondientes valores de las masas de sus componentes, es, pues, uno de los que se han arrastrado durante decenios sin haber hallado soluciones razonables. A esta clase de problemas también pertenece el problema de la masa del neutrón, que, según todas las teorías, debería ser más ligero que el protón, al contrario de lo que sucede. En este caso, en lo único que hemos avanzado es en trasladar el problema de la diferencia de masas entre protón y neutrón a los quarks que los componen, pero seguimos sin entender por qué el quark «down» (de carga  $-1/3$ ) es más masivo que el «up» (de carga  $+2/3$ ), al revés de lo que sucede con sus equivalentes en las otras dos familias en las que el quark de carga positiva es más masivo que el otro.

La diosa de las partículas (en femenino, tal como le gustaría a Lederman, que en todo el libro se refiere a Dios en femenino) sobre la que trata el libro que comentamos puede que aporte un rayo de luz a la tan esperada

solución del problema. El bosón de Higgs, su nombre técnico, podría ser la causa de que todas las partículas de la naturaleza tengan la masa que tienen. Los físicos apreciarían que las partículas elementales, los seis quarks y los seis leptones (el electrón, sus primos masivos y los neutrinos asociados) no tuvieran masa, contrariamente a lo que se observa. También querrían ver sin masa a las partículas que transportan las distintas fuerzas conocidas, cosa que si bien sucede en el caso del fotón y de los gluones, no sucede en el caso de las partículas mediadoras de la fuerza débil, las W y la Z, que tienen una masa de casi un centenar de veces la del átomo de hidrógeno. La teoría más aceptada asegura que este mundo sin masa y con un elevado grado de simetría existió en los primeros instantes de nuestro universo, pero que, cuando éste se enfrió, se rompió la simetría y el campo de Higgs generó las masas de los componentes primarios del universo, ocultando la simetría original.

## La detección del bosón

Explicar este mecanismo de generación de masas y excitar la curiosidad para la detección del bosón de Higgs es lo que intenta la obra que comentamos. No se trata de una tarea fácil, como tampoco ha sido fácil la tarea de los científicos que han tenido que convencer a sus dirigentes políticos para que concedieran los elevados presupuestos necesarios para la detección. Que no es tarea fácil nos lo indica el premio (una botella de champagne) que ofreció William Waldegrave, el ministro británico de Ciencia, a la mejor descripción del mecanismo de Higgs de una página de extensión. Y no obstante fue necesario explicarlo cuando Lederman, tal como relata, tuvo que convencer al presiden-

te Reagan de que aprobara la construcción del Supercolisionador Superconductor (el SSC, de «Superconductor Super Collider»), cuyo coste se elevaba a unos 10.000 millones de dólares y que, en principio, no tenía más utilidad práctica que la curiosidad de saber. De la misma manera que los científicos europeos están teniendo que convencer a sus autoridades para aportar los 2.000 millones de dólares necesarios para realizar la versión europea del proyecto, el LHC (de «Large Hadron Collider»), del Laboratorio Europeo de Física de Partículas, el CERN.

Ambos proyectos tienen como uno de sus objetivos principales detectar el bosón de Higgs o bien obtener pistas de algún mecanismo equivalente hasta ahora desconocido. Uno de los dramas del libro de Lederman es que, aunque fue publicado en febrero de 1994, se debió de entregar a la editorial antes de que el gobierno de los Estados Unidos de América acordara, unos meses antes, cancelar la construcción del SSC, un gran acelerador de 90 kilómetros de circunferencia que ya se había empezado a construir en Texas y en el que ya se había invertido una quinta parte del presupuesto. Un tema de reflexión y de interés sería analizar las causas de esta decisión que tanto perjudica a la física de altas energías americana y de todo el globo. Si bien el SSC tenía muchos enemigos, sobre todo entre los no físicos, que criticaban su elevado coste, que, opinaban algunos, se podría emplear en otras investigaciones más baratas, no creo que nadie se haya sentido satisfecho por el acuerdo de interrumpirlo, entre otras razones porque nadie va a recibir ni un dólar del presupuesto cancelado y porque representa un paso más en la peligrosa dirección de financiar sólo aquello que es útil a corto plazo, dejando de



Viene de la página anterior



lado las investigaciones cuyo objetivo principal es el placer de conocer.

Afortunadamente, como hemos dicho, sigue en pie y parece que se aprobará próximamente el proyecto equivalente europeo. Sus grandes ventajas sobre el proyecto americano son que se va a construir en un túnel de 27 kilómetros ya existente, el del acelerador LEP, con el consiguiente ahorro, y que se trata de un proyecto muy avanzado desde un punto de vista tecnológico. Si las cosas van como están previstas, es probable, pues, que dentro de unos diez años los experimentos del LHC nos permitan encontrar el bosón de Higgs y confirmar el mecanismo de Higgs o bien obtener las bases de mecanismos alternativos y, en cualquier caso, obtener pistas para resolver el problema de las masas.

### Alta divulgación

El lector no especialista que se disponga a leer la obra no debe pensar en llevárselo a la playa o leerlo como una novela. Como para cualquier obra de alta divulgación, ha de estar dispuesto a hacer un esfuerzo. Probablemente el esfuerzo no será mayor que el que representa leer cualquier ensayo o cualquier obra de filosofía, ya que en el fondo la ciencia básica no es más que la actual filosofía. El problema es que, a veces, hay ciertos prejuicios sobre las ciencias duras, ya que se cree que el conocimiento de sus bases no es esencial para el bagaje cultural de las personas. En este caso el lector no tiene que preocuparse ni por las matemáticas, ya que no hay fórmulas. Por otro lado, el estilo de Lederman es ágil y divertido, de manera que juzgo que la lectura —me gustaría no ser víctima de ninguna deformación profesional— es muy agradable.

Para llegar a explicar el problema de las masas de los componentes del universo y, por tanto, de nuestras masas y las de los objetos que nos rodean, Lederman se remonta a los inicios del atomismo, utilizando divertidos (y profundos) diálogos con Demócrito, que le visita en su laboratorio. Los modelos atómicos, la física moderna y la física de las partículas elementales han sido objeto de innumerables libros de divulgación, pero éste presenta rasgos propios que le distinguen de la gran mayoría, tanto por el protagonismo de su autor como por su estilo e imaginación y como por el acierto con el que elige y trata los aspectos más importantes. El relato de la constante búsqueda de lo indivisible, el «átomo», y el papel que en tal búsqueda han jugado las diversas generaciones de aceleradores de partículas están descritos de manera genial. También se distingue la obra por acertados comentarios marginales, como pueden ser los referidos al auge de criterios anticientíficos en la sociedad, o la importancia de los proyectos de mejora de la formación científica, y más en concreto por lo que se refiere a la física, tema por el que Lederman se ha preocupado activamente.

Buena parte de la obra consiste en la presentación de la actual situación de la física de las partículas elementales, o física de altas energías, como también se la conoce. Al final acomete la explicación de lo que es la partícula de Higgs, cosa que, sin optar al premio del ministro británico, querría intentar. Por descontado que lo haré de manera parcial e incompleta, sólo para animar al lector a emprender el esfuerzo de leer el libro. Para ello, conviene recordar que a finales del siglo XIX se pensaba que las ondas electromagnéticas, la luz, se propagaban por un medio que lo invadía todo, el éter. No se concebía que la luz pudiera viajar por el vacío. El trabajo experimental de Michelson y Morley



EMMA FERNÁNDEZ

y las ideas de Einstein condujeron al destierro la idea del éter y a su sustitución por la idea usual de «vacío», una región donde no hay «nada». Pero en mecánica cuántica el vacío es algo más complicado: en cualquier vacío siempre hay una constante aparición de toda clase de pares de partículas y antipartículas que se aniquilan al cabo de un corto lapso de tiempo determinado por el Principio de Incertidumbre de Heisenberg. Si el viejo éter tenía características que costaba imaginar y que eran irreconciliables con la física del momento, el nuevo vacío es quizás aún más extraño, al estar poblado por multitud de pares de partículas y antipartículas en constante aparición y aniquilación, pero por lo menos es compatible con las teorías actuales.

Es en este tumultuoso vacío cuántico donde se manifiesta la partícula de Higgs. El campo cuántico de Higgs (cuyo «quantum» es la correspondiente partícula) es un campo que invade por igual todo el espacio, como lo hacía el viejo éter. En este campo uniforme, las partículas aparentan una inercia adicional, de la misma manera que nos cuesta más andar dentro de una piscina que por fuera de ella. Si, como nos gustaría, todas carecieran de masa, adquirirían masa, en función del grado con el que las partículas interaccionaran con el campo. Volviendo a las imágenes espaciales de los astronautas, vemos que, al no estar éstos afectados por la gravedad, se mueven sin esfuerzo, aparentemente con menos inercia, de manera muy distinta a como nos movemos por la superficie de la Tierra, donde la pesadez de los movimientos nos recuerda constantemente la presencia del campo gravitacional. Y si fuera en la Luna, donde la

gravedad es menor, la inercia sería intermedia debido a una menor intensidad del campo gravitatorio.

La propuesta de explicación del mecanismo de Higgs de uno de los ganadores de la competición lanzada por Waldegrave, David Miller, ha sido recogida por un ilustrador catalán que trabaja en el CERN, George (Jordi) Boixader, mediante la visión de una recepción en la que todo el mundo charla distribuido uniformemente por la sala. Es el campo uniforme de Higgs. Cuando se introduce un cotilleo en la sala (la partícula sin masa) y se va propagando, la gente se acumula en torno a la trayectoria que sigue el rumor, observándose una mayor densidad de personas (una masa adicional) por los puntos por los que pasa.

El libro que comentamos, aunque constan dos autores, es un relato de Lederman en primera persona. Leon Lederman es un científico muy distinguido que pertenece a una generación gloriosa. Su historial científico incluye aportaciones fundamentales a la física actual, algunas de las cuales relata

en el libro de manera fascinante. Así, por ejemplo, es apasionante la descripción que hace del experimento en el que, justo después de que Lee y Yang sugirieran (en 1956) que la simetría especular podía violarse en las interacciones nucleares débiles y de que Wu lo comprobara en el famoso experimento de la desintegración del cobalto-60, comprobó en un fin de semana, ayudado por un par de colaboradores, la violación de la simetría especular en la desintegración del pión. Actualmente, cuando muchos experimentos de física de altas energías exigen una planificación de ocho o diez años, extensas discusiones previas con diversos comités y participación de decenas de laboratorios con centenares de científicos, es bueno recordar cómo hace unos decenios se podían hacer experimentos tan importantes con poco más que algunas (geniales) ideas, equipos muchas veces reaprovechados y un elevado grado de voluntarismo.

### ¿Hacia el fin de la física?

Lederman estuvo involucrado también en la medida de la razón giromagnética del muón, una de las medidas más precisas de la física; en el descubrimiento de los mesones K neutros; y en el descubrimiento del neutrino muónico (lo que le valió el Nobel). Quizás es ésta una de las razones por las que no se le adjudicó otra vez el Nobel por su descubrimiento del quark «bottom». Su papel como director del Fermilab le implicará también indirectamente, si se confirma, en el reciente descubrimiento del quark «top» en el detector CDF de dicho laboratorio. Mucho menos probable es que en Fermilab, su laboratorio, se descubra el bosón de Higgs, que seguramente deberá tener que aguardar a las mayores energías del LHC. A lo largo del libro, el autor se nos manifiesta como un físico de primera línea, enamorado de los experimentos y con una simpática manía hacia los físicos teóricos, a los que ataca de vez en cuando diciendo, por ejemplo, que los teóricos son aquellos que no suelen poner nunca los seminarios en miércoles, ya que ello les estropea dos fines de semana.

¿Será el descubrimiento de la partícula de Higgs el final de la física? Lederman es aquí mucho más prudente que los que vaticinan el final. Intentar acertar cuáles van a ser las nuevas preguntas que los físicos se van a plantear dentro de veinte o treinta años es tan difícil como hubiera sido para un físico del siglo XIX prever el carácter cuántico de la luz, la relación masa-energía o la aparición de la antimateria. Lo que sí parece que va a suceder es que las nuevas teorías van a dejar de ser comprobables en laboratorios de maneras controladas, ya que es muy probable que estemos cerca del límite máximo alcanzable con los aceleradores y que, para seguir la búsqueda de los átomos (cosa que Lederman imagina protagonizada por los laboratorios situados en el tercer mundo), no nos quede más remedio que acudir al único y gran experimento que fue la creación del universo. □

### RESUMEN

El libro que comenta Ramón Pascual trata de resolver algunos enigmas del mundo subatómico referidos a la masa. Esa diosa de las partículas, a la que se refiere el título del artículo, el bosón de Higgs, su nombre técnico, podría

ser la causa de que todas las partículas tengan la masa que tienen. Explicar el mecanismo de generación de masas y suscitar la curiosidad para la detección del bosón de Higgs son algunos de los fines que pretende conseguir esta obra.

### Leon Lederman

*The God Particle: If the Universe is the Answer, What's the Question?*

A Delta Book by Bantam Doubleday, Nueva York, 1994. 434 páginas. 12,95 dólares.

# Cosmos, leyes, tiempo y Dios

Por Manuel García Doncel

**Manuel García Doncel** (Santander, 1930) es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido visitante de l'Institut des Hautes Etudes Scientifiques de Bures-sur-Yvette (Paris) y del CERN de Ginebra. Actualmente se dedica a la historia y a la filosofía de la física moderna y dirige en su universidad un seminario sobre Historia de las Ciencias.

El diálogo teológico-científico es un tema de enorme actualidad. Son hoy numerosas las asociaciones, los congresos y las revistas dedicadas a él. Como símbolo, vamos a presentar un libro que constituye un fruto maduro de ese diálogo a nivel mundial, y pretende ser un anticipo de un proyecto cinco veces más amplio, que se realizará durante toda una década.

El libro se ha elaborado mediante la colaboración interdisciplinar de una quincena de especialistas en diversos campos: física y cosmología, filosofía e historia de las ciencias y de la religión, teología fundamental y sistemática. Por naciones: seis norteamericanos, cuatro ingleses, tres continentales europeos (de Holanda, Polonia y Rusia), un sudafricano y un australiano. Esa elaboración ha sido dirigida por una comisión conjunta del Observatorio Vaticano y del Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza (CTNS) de Berkeley. Una primera versión fue discutida en una semana de trabajo en octubre de 1991. Tras ulteriores retoques, la publicación fue concluida a finales de 1993.

El tema científico del libro es el de la «Cosmología cuántica y las leyes de la naturaleza». Tal cosmología pretende ir más allá del modelo estándar de universo en expansión a partir del «big bang» inicial, y atiende propuestas como las de Stephen Hawking, que mediante un proceso cuántico eliminan la discontinuidad propia del instante inicial o incluso introducen un tiempo imaginario, con lo que el universo resulta de duración finita, pero ilimitada (sin instante inicial). Se comprende que tales concepciones cosmológicas radicales pongan en cuestión el fundamento y la validez de las leyes de la naturaleza. Según reza el subtítulo, este libro y los cuatro programados abordan además el tema teológico general de «la acción de Dios» en el mundo.

La presentación científica, divulgativa pero autorizada, de estas concepciones cosmológicas está en dos artículos que constituyen la sección inicial del libro. El primero de ellos está redactado en colabo-

ración por George F. R. Ellis (matemático de El Cabo) y William R. Stoeger (astrofísico de Arizona y del Observatorio Vaticano). En él exponen las implicaciones de la relatividad general einsteniana, en relación a la cosmología estándar, en la que la discontinuidad inicial (en el momento  $t=0$ ) problematiza seriamente las leyes de la naturaleza. Las innovaciones de las cosmologías cuánticas son expuestas en un extenso capítulo redactado por Chris J. Isham (físico teórico de Londres). En él subraya los nuevos conceptos de tiempo que así aparecen, como autofabricación de una temporalidad interna al universo, y aun como emergencia de un universo clásico con tiempo real a partir de otro con tiempo imaginario. Isham no oculta el carácter excesivamente técnico y provisional de tales especulaciones. Reconoce que: «Cuando se intenta aplicar la teoría cuántica al cosmos como un todo, surgen diversos problemas conceptuales. Son tan graves que varios físicos profesionales creen que todo el programa de la cosmología cuántica podría estar básicamente mal dirigido» (pág. 78). Alude a problemas cuánticos como quién es el observador de un proceso que abarca todo el cosmos, o cómo se ha de entender la probabilidad de un proceso que implica el origen cósmico.

El problema del observador cósmico es ampliamente desarrollado en un ulterior capítulo lógico-filosófico de Andrej A. Grib (matemático de San Petersburgo). El cosmos en sus primeros estadios ha de concebirse como un conjunto de partículas elementales, que cabe describir mediante una cierta función de ondas cuánticas, en la que ni siquiera el número de partículas está determinado. Toda determinación exige un observador que decida medir, y la medición produce el «colapso de la función de ondas», un proceso aleatorio cuyo resultado sólo es predecible con probabilidad. Pero, tratándose de Cosmología cuántica, «¿Quién es el observador? ¿Qué significa colapso de la función de ondas del universo? ¿Puede encontrarse alguna relación entre este colapso y el «big bang»...?» (página 172).

No hay que amedrentarse ante tales cuestiones científicas. La segunda sección del libro está dedicada a la metodología que ha de orientar el diálogo entre esas cosmologías científicas y su interpretación teológica. Michael Heller (filósofo y teólogo de Cracovia) analiza cuál es el tipo de interpretación ideal. No lo es ni la que pretende contradecir la formulación matemática de la teoría ni la que pretende explotarla teológicamente (que una teoría

físico-matemática difícilmente puede aportar un contenido teológico). La interpretación ideal es la que resulta neutra ante la formulación científica, pero, junto con otros elementos filosóficos o teológicos, es capaz de interactuar con ella. Porque, como dice Heller, «la teología siempre ha interactuado —e interactuará— con las ciencias de múltiples maneras. Por ejemplo, las ideas científicas pueden resultar para los teólogos fuente de inspiración para alcanzar nuevas intuiciones teológicas o para inventar metáforas más atrayentes...» (pág. 100). Pero, subraya Heller, «la existencia misma de teorías físicas y su eficacia para elaborar nuestro conocimiento del mundo es de mucha mayor trascendencia para la teología que cualquier interpretación teológica de una teoría particular». Es la cuestión de «¿por qué es el mundo matemático?... ¿por qué es comprensible?» (pág. 101). El citado tema de las metáforas en teología y ciencias es ampliamente tratado en el capítulo de Stephen Happel (religión-cultura, Washington).

La sección tercera trata de las cuestiones filosóficas, y las dos últimas secciones, cuarta y quinta, de las implicaciones teológicas sobre los dos grandes temas del tiempo y de las leyes de la naturaleza. Vamos a comentarlas conjuntamente, comenzando por este segundo tema.

## El porqué de las leyes

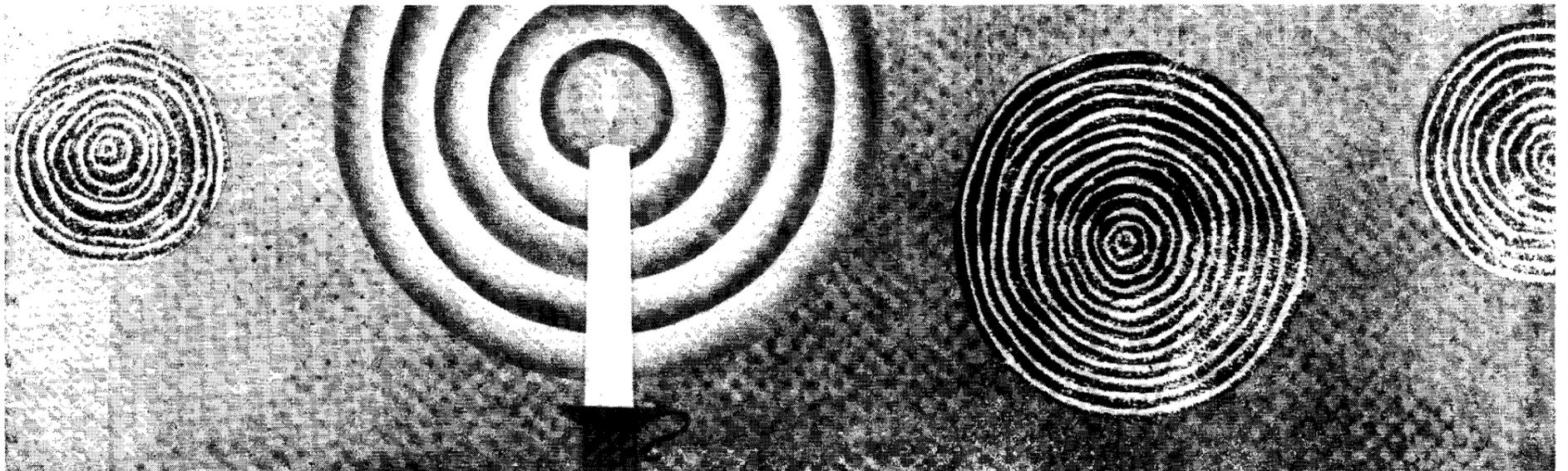
Paul C.W. Davies (físico teórico de Adelaide, Australia) ataca la cuestión de la inteligibilidad de la naturaleza a través de las leyes. Adopta para ello su peculiar punto de vista filosófico, desde el cual el dinamismo de la naturaleza le lleva a hablar de «la mente de Dios» sin basarse para nada en la revelación («teología sin teología», que dice él). Intuye así una cierta «conciencia» común a la mente humana y al dinamismo del cosmos. Ella, mediante las leyes, dirige necesariamente ese dinamismo hasta la emergencia de una vida capaz de entender esas leyes. Davies concluye con preguntas: «Querriamos saber por qué las leyes de la naturaleza son como son, y en particular por qué son tan ingeniosas y acertadas que habilitan a la materia y la energía para auto-organizarse de la manera sorprendente que he descrito, una manera que sugiere diseño o propósito («design or purpose») —en cierto sentido convenientemente modificado—. Para mí, eso apunta a un nivel de explicación más profundo que el de aceptar simplemente las leyes como un hecho bruto.

Si ese nivel más profundo puede legítimamente llamarse Dios, corresponde a otros decidirlo».

Estas cuestiones filosóficas sobre las leyes llevan directamente a implicaciones teológicas. George F. R. Ellis aborda «La teología del principio antrópico». Este principio reflexiona sobre el hecho de que la evolución biológica hasta niveles de vida intelectual humana («anthropos»), requiere, por ejemplo, una enorme complejidad química y una inmensa duración temporal en situación favorable. Y éstas no son posibles sin un «afinado ajuste» («fine tuning») de las constantes básicas que intervienen en las leyes físicas (por ejemplo, la relación entre las masas de electrón y protón, o entre las intensidades de las cuatro interacciones fundamentales). El principio antrópico débil (WAP) afirma que se da el afinado ajuste que «permite» la existencia de vida humana (¡al menos la nuestra!), y el principio antrópico fuerte (SAP) afirma un ajuste que «exige», en algún tiempo y lugar, tal vida inteligente. Ellis, desde su perspectiva teológica basada en el prólogo del evangelio de Juan y en comentarios de William Temple a este evangelio, introduce un nuevo principio antrópico cristiano (CAP): «El universo existe para que la humanidad (o, al menos, un conjunto de seres auto-conscientes y éticamente responsables) pueda existir» (página 386). Nótese que, desde esta perspectiva teológica, el «diseño» o «propósito» se convierte en explícita finalidad; no se argumenta ya la existencia del Diseñador, sino que se presupone. Pero, como dice Ellis, con tal principio cristiano «se responde a la cuestión de la existencia del universo y a la de la naturaleza de las leyes físicas» (ibídem).

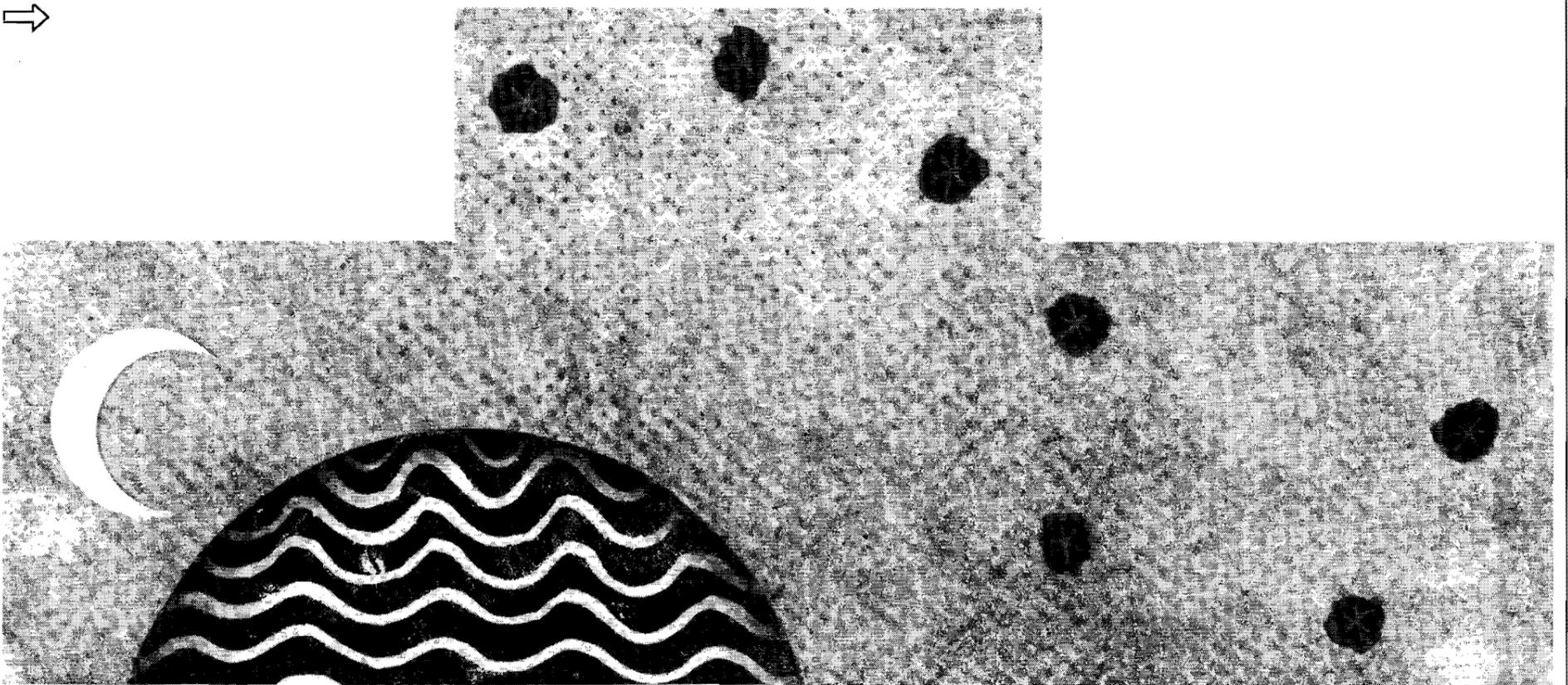
Esta combinación de principios cosmológico-teológicos es analizada en detalle por Nancy Murphy (filósofa del CTNS de Berkeley). Murphy defiende la epistemología de los «programas de investigación científica» de Imre Lakatos, y la aplica a la teología, a la que considera además suprema en la jerarquía de las ciencias. Desde esa perspectiva epistemológica, analiza la aportación de Ellis como una implementación del programa teológico de Temple, que claramente le hace progresivo. No sólo se confirma con datos de otras ciencias, sino también con datos de la teología misma. Por ejemplo, el diseño explícito de seres dotados de libertad se articula con la existencia del pecado.

John Polkinghorne (físico de Cambridge) amplía así esta consideración sobre la libertad y el mal: «Es una intuición impor-



G. MERINO

Viene de la página anterior



G. MERINO

tante de la teología, que en el acto de la creación se entrega libertad al conjunto del cosmos para que sea y se haga a sí mismo. Yo he basado en ello una defensa del proceso libre («free-process») respecto al mal físico (enfermedad y catástrofe) totalmente análoga a la defensa del libre albedrío («free-will») respecto al mal moral (las decisiones equivocadas y pecaminosas de la humanidad). Dios no quiere ni la acción de un criminal ni la incidencia de un cáncer, pero permite que ambas ocurran en un mundo que Él ha dotado con la capacidad de ser él mismo» (págs. 445-446).

Polkinghorne ataca otro problema de las leyes de la naturaleza, el de su compatibilidad con la acción de Dios. Ya en la sección filosófica se plantea el problema del determinismo de las leyes y la libre acción de Dios. William Alston (filósofo de Siracusa, USA), pensando en el carácter cuántico de las leyes, llega a afirmar allí que «Dios quizá diseñó un universo que obrara según leyes probabilísticas de forma que le dejaran espacio para entrar en el proceso como agente» (pág. 189). Pero a renglón seguido se arrepiente de haber recurrido a sistemas cuánticos y discute cómo los sistemas clásicos nunca son totalmente cerrados. Contra lo que creía Laplace, hoy vemos al universo como un sistema abierto, a su juicio, «altamente permeable al influjo divino» (página 191).

### La libre acción de Dios

Pensando en este mismo problema, William R. Stoeger dedica un capítulo a desmitificar nuestra concepción platonizante de las leyes. Para él, las leyes científicas son «elementos clave de modelos descriptivos, no prescriptivos, que sólo imperfectamente representan y explican las regularidades subyacentes de la realidad física» (pág. 232). Esos modelos son construcción humana. Las realidades subyacentes, «Dios las conoce desde dentro con todas sus conexiones y relaciones —incluyendo las que determinan... su fundamentación en Él—» (pág. 234). Stoeger pretende que esa «apreciación más realista del verdadero carácter de las leyes de la naturaleza... proporciona un contexto científico y filosófico más fecundo en el que discutir la acción de Dios en el mundo» (ibídem).

Keith Ward (teólogo de Oxford) concluye esta problemática en su capítulo sobre «Dios como principio de explicación cosmológica». Esa explicación última no es tanto nomológica, por leyes, como axiológica, por los valores de conciencia,

libertad, creatividad... que van apareciendo en el universo. El milagro no es una violación de las leyes (como decía Hume), sino una realización inflacionaria de esas leyes, para acelerar la implantación de los valores. «La moderna cosmología puede conducirnos a ver el cosmos físico como una totalidad emergente orientada hacia los valores, que es la solución óptima de un conjunto de condiciones de contorno sumamente ordenado y elegante... La ciencia moderna, habiendo surgido del contexto de fe cristiana, parece que está volviendo ahora a sus raíces, la comprensión del cosmos físico como expresión visible de la mente de Dios» (pág. 262).

El otro tema de gran actualidad es el del tiempo. Su actualidad le viene de las concepciones de tiempo sugeridas por la moderna cosmología, y de la reflexión teológica sobre la eternidad de Dios como tiempo. Chris J. Isham y John Polkinghorne plantean claramente el primer aspecto, «el debate sobre el universo en bloque» («block universe»). Esta concepción de un mundo atemporalmente existente se opone a la de un mundo en devenir, como lo concibe una filosofía del proceso («process philosophy»). Los defensores del universo en bloque se inspiran en la cinemática relativista, que pone en pie de igualdad todos los sucesos espacio-temporales pasados y futuros, y excluye una simultaneidad absoluta, una barrera del ser presente que avance a través de ellos. Ni Dios mismo podría actuar en el presente teniendo en cuenta el pasado. Los oponentes a ese universo en bloque se basan más bien en una dinámica cuántica y aun caótica, en la que el resultado físico se obtiene a través de un proceso que define un tiempo interno. El proceso mismo de expansión del universo señala un referencial relativista privilegiado (el de la radiación de fondo cósmico). A un tal referencial podría acomodarse la acción de Dios. Por otra parte, del debate resulta que aunque esas diversas teorías científicas sugieran una u otra noción de tiempo, no las exigen. Cabe reinterpretarlas conceptualmente sin cambiarlas.

Robert J. Russell (teólogo del CTNS de Berkeley) estudia el significado teológico secundario que tiene la existencia de un instante inicial del universo ( $t=0$ ) dentro de la cosmología. La idea teológica de creación «ex nihilo» se refiere propiamente a un origen ontológico, no a uno histórico-empírico. Éste se da en el «big bang» ( $t=0$ ) de la cosmología estándar, y es una simple confirmación del programa de investigación teológica (en sentido lakatiano). Pero una cosmología cuántica, como la desarrollada por Hawking y otros, en la

que no existe instante inicial ( $t=0$ ), sino una duración finita e ilimitada, es para Russell conceptualmente mucho más enriquecedora. Ella permite intuir al teólogo, incluso al nivel histórico-empírico, una «creación finita sin comienzo».

Willem B. Drees (teólogo de Amsterdam) se interroga sobre «el realismo crítico temporal» («temporal critical realism»). Llama así a la posición, compartida por varios de sus dialogantes, en la que a una ontología de realismo crítico se añade la convicción de la realidad temporal del cosmos en evolución y del carácter temporal de la eternidad divina. Comparten además una epistemología de jerarquización de las ciencias bajo la teología. Tal postura armoniza bien la evolución cósmica a partir del «big bang» y Dios como explicación profunda de esa evolución. Pero Drees insiste en que el concepto de tiempo de las teorías relativistas, y más aún el de las teorías cuánticas de la gravedad (¡por problemáticas que sean!), no apoya el del realismo temporal. Drees sugiere complementar toda teología cosmológica con otros elementos platónicos y axiológicos.

### La temporalidad de Dios

El tema de la temporalidad de Dios es filosóficamente introducido por William Alston, en relación con la libertad humana: si esa libertad se toma en serio, parece que Dios ha de dirigir la historia con sucesivas decisiones en el tiempo. Pero los argumentos decisivos son teológico-bíblicos. John R. Lucas (filósofo de Oxford) los desarrolla en su capítulo sobre «la temporalidad de Dios». Dios no puede ser atemporal siendo personal y consciente, pues «ser consciente es darse cuenta del paso del tiempo». Y «si creemos que cuando Jesús rezaba «Abba», el Padre oía su oración y le respondía, tenemos que datar ese oír y ese responder en el mismo tiempo en que Jesús reza y recibe la respuesta» (pág.

236). Pero el tiempo, concreto con el mundo, «depende de Dios, no Dios del tiempo» (pág. 237). Keith Ward comienza presentando la concepción clásica atemporal de Dios, que resulta bien compatible con la visión del universo en bloque sugerido por la cinemática relativista. Pero hace ver cómo, al crear el espacio-tiempo, introduce nuevas relaciones temporales en el ser mismo de Dios. Y cómo su omnipotencia ha de ir tomando nuevas decisiones en correspondencia a las decisiones libres de los seres creados.

El fundamento último de esa temporalidad de Dios está en la manifestación de su realidad trinitaria. Así lo desarrolla Ted Peters (teólogo luterano de Berkeley) en su capítulo sobre «la Trinidad en el tiempo y más allá de él». Observa que «la eterna Trinidad inmanente incluye ya relacionalidad y dinamismo» (pág. 263). Pero es la denominada «Trinidad económica», es decir, «la forma trinitaria por la que Dios se relaciona con el mundo» en la creación, la encarnación y la inspiración, la que claramente explicita esa realidad temporal de Dios. «Dios entra en el mundo mediante la encarnación de Jesucristo, tomando en la misma divinidad las limitaciones de la finitud temporal y espacial. Dios se hace un ser físico como los demás, sometido a las mismas leyes... Luego, como Espíritu, Dios continúa influyendo el curso de los sucesos en la historia. Este Espíritu, así nos lo promete la Escritura, tiene el poder de transformar este mundo, y lo hará así al final de los siglos...» (págs. 263-264).

El diálogo entre cosmología y teología ha resultado bien sugerente: naturaleza de las leyes y concepciones del tiempo, la acción divina a través de unas y otro, el dinamismo antrópico cristiano y la temporalidad trinitaria de Dios. Esperamos que no lo será menos el diálogo con la teología de los otros cuatro campos científicos proyectados: el caos y la complejidad, la biología evolutiva y molecular, la investigación cerebral, las teorías cuánticas de campos. □

### RESUMEN

La obra, de la que se ocupa el profesor García Doncel, constituye un fruto maduro del diálogo teológico-científico de enorme actualidad, sobre todo en Norteamérica. Su tema científico central son las modernas cosmologías

cuánticas, las que intentan eliminar cuánticamente la discontinuidad inicial del «big bang», y su tema teológico se centra en la acción de Dios en el mundo; y para ello han colaborado quince especialistas en física, filosofía y teología.

R. J. Russell, N. Murphy y C. J. Isham (eds.)

*Quantum Cosmology and the Laws of Nature: Scientific Perspectives on Divine Action*

Vatican Observatory Publications, Estado del Vaticano, y The Center for Theology and the Natural Sciences, Berkeley, California, 1993. 468 páginas.

# El imperialismo científico

Por José María López Piñero

**José María López Piñero** (Mula, Murcia, 1933) es catedrático de Historia de la Medicina en el Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia (Universidad de Valencia - C.S.I.C.). Ha publicado, solo o en colaboración, 66 libros sobre temas de su disciplina. Entre los más recientes figuran *La anatomía comparada antes y después del darwinismo* y *la dirección de los volúmenes colectivos La ciencia en la España del siglo XIX y Viejo y Nuevo Continente: la medicina en el encuentro de dos mundos*.

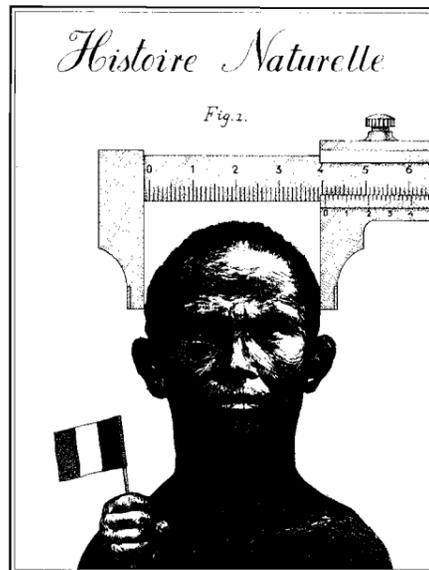
El poder es un aspecto generalmente ignorado por las imágenes intuitivas de la actividad científica que, paradójicamente, sirven de presupuestos más o menos inconscientes a una buena parte de los responsables de la política científica. Tampoco suele estar presente en los distintos niveles de la enseñanza y en la divulgación, las dos grandes vías de difusión de la ciencia. Ello se debe principalmente a que la ciencia está sometida a una especial idealización y mitificación que la sitúa en un limbo aparte, solamente abordable para muchas mentalidades con acercamientos ennoblecedores propios de lo inefable: los ensayos y las reflexiones especulativas, a ser posible de eminentes figuras de la propia ciencia y, a lo sumo, la filosofía y las humanidades tradicionales. En dichas imágenes intuitivas permanece enquistado el mito de la «neutralidad» de la ciencia, que ha sobrevivido a pesar de su rotunda falsación por los estudios sociales sobre la ciencia, precisamente porque entre sus toscas raíces ideológicas figura la negativa a considerar la actividad científica como un fenómeno social.

El imperialismo científico es uno de los procesos centrales de la relación entre ciencia y poder. Ha sido esgrimido como argumento político hasta la saciedad, pero los estudios acerca del mismo no han estado a la altura de la importancia del tema ni por su número ni por su fundamento conceptual. En este contexto, la publicación por Lewis Pyenson del artículo «Cultural Imperialism and Exact Sciences» (1982) fue un hito, hoy reconocido generalmente, en el que se formuló un planteamiento preciso de la cuestión capaz de servir de base a un análisis riguroso. En un período como el actual, en el que se han convertido en excepcionales los programas de investigación a largo plazo, tanto en los estudios sobre la ciencia como en otras áreas, Pyenson viene dedicándose con continuidad desde entonces a la tarea de esclarecer el complejo entramado de factores que integran el imperialismo científico con muy diversos materiales y en distintos escenarios socioculturales, económicos y políticos. Fruto de dicha tarea ha sido una amplia serie de trabajos, entre los que destaca la trilogía que ha completado en 1993 el volumen que motiva el presente comentario: *Civilizing Mission: Exact Sciences and French Overseas Expansion, 1830-1940*. Anotemos que los dos anteriores son los titulados *Cultural Imperialism and Exact Sciences: German Expan-*

*sion Overseas, 1990-1930* (Nueva York, 1985) y *Empire of Reason: Exact Sciences in Indonesia, 1840-1940* (Leiden, 1989).

En el prólogo de *Civilizing Mission*, Pyenson declara explícitamente, con la perspectiva de más de una década, los objetivos de su programa y también la razón de haber elegido, entre las diversas áreas, las ciencias exactas. «Como las cifras y las ecuaciones son entendidas directamente por todos sus lectores —comienza diciendo—, las ciencias exactas permiten analizar lo que sucede cuando el discurso científico atraviesa barreras lingüísticas y culturales». Reconoce que en otros campos, entre ellos la salud pública, se desarrollan también mecanismos de dominio político, pero considera que en ellos es más difícil identificar ideologías directamente relacionadas con el imperialismo, debido a que su discurso científico y la posición de sus cultivadores están abrumadoramente condicionados por intereses y prejuicios. En otro lugar del volumen vuelve sobre esta diferencia con una expresión en la que es perceptible cierto irónico distanciamiento: «La generación de estudiosos anterior a la nuestra nos ha enseñado que las ciencias exactas se desarrollan de forma distinta que las biomédicas. Por esta razón, cabe pensar que el patrón del imperialismo cultural francés expuesto en el presente libro no puede aplicarse a otras áreas del saber». Se trata de un problema que, aunque pueda hacer felices a los aficionados a los debates escolásticos y a los ensayistas irresponsables, solamente puede ser resuelto mediante una investigación paralela a la realizada por Pyenson. En cualquier caso, éste afirma inequívocamente en el prólogo que su trabajo «ha estado especialmente motivado por el deseo de entender cómo el conocimiento abstracto se relaciona con el poder político».

El volumen examina sucesivamente el imperialismo científico francés en varios escenarios de características muy diferenciadas: por una parte, las grandes colonias (Indochina, Argelia, Tunicia y Marruecos) y territorios periféricos del imperio (Líbano y Madagascar); por otra, «esferas de influencia francesa» tan distintas como China, a través de los misioneros, Latinoamérica, en competencia con otros imperialismos, y Quebec y la Martinica, como «confirmación de la autoridad metropolitana». Las conclusiones de este recorrido, que recapitulan la retórica y la realidad del imperialismo científico francés, incluyen cargas de profundidad que pulverizan algunos lugares comunes de las imágenes sobre la ciencia acriticamente «consensuadas», como decíamos al principio, por la mayoría de los responsables de la política, la enseñanza y la divulgación científicas. Los físicos y astrónomos franceses en las colonias y en las «esferas de influencia» fueron funcionarios más que investigadores; funcionarios de un poder político estrictamente centralizado, cuyas carreras dependían del cumplimiento de los objetivos fijados en París. Sin embargo, esta condición no limitó en modo alguno su actividad a tareas de explotación lucrativa, sino que se ocuparon de cuestiones teóricas, frente a lo que de antemano haría suponer la dicotomía sacralizada entre



FRANCISCO SOLÉ

«sciences fondamentales» y «sciences appliquées». La coartada retórica central fue, por supuesto, la «mission civilisatrice» que encabeza el título del libro, basada directamente en la idea de la inferioridad de los pueblos colonizados: en una fecha tan tardía como 1930, un libro oficioso con pretensiones teóricas afirma que superarían su «eterna infancia» mediante «el progresivo ejercicio de la razón» a través de la asimilación de la ciencia francesa. El idioma fue el instrumento primario de la dominación. Se suponía que la lengua francesa estaba dotada de «virtudes particulares» para la comunicación científica y se tenía clara conciencia de que su funcionamiento como «lingua franca» era una de las más firmes garantías de que se mantendría la dependencia de los que la utilizaban.

## «Lingua franca» de información científica

A propósito de la dependencia que significa el uso de un determinado idioma como «lingua franca» de la información científica resulta adecuado recordar, cuando se asumen desde nuestro país los resultados de los estudios de Pyenson, el artículo «La ciencia y el idioma», de Pío del Río Horteiga, que el gran neurohistólogo publicó en 1937, en las dramáticas circunstancias que siguieron a su traslado a Valencia, a comienzos de la guerra civil, junto a otras figuras de la ciencia y la cultura. Se lamentaba en él de algunas graves torpezas: «¡Qué tristeza ver —decía, por ejemplo— que la famosísima publicación dirigida por Cajal... *Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas* abandonaba hasta su título en español para convertirse en una revista de apariencia francesa, editada en España bajo el epígrafe de «Travaux du Laboratoire de Recherches Biologiques de l'Université de Madrid!»». Sin embargo, Río Horteiga, cuyas publicaciones en castellano continúan, por cierto, siendo citadas en la actualidad con frecuencia por científicos de todo el mundo, no se limitaba a lamentarse, sino que demostraba tener una aguda percepción de algunos mecanismos del imperialismo científico: «Es notorio que todo aquel que publica sus memorias en revistas francesas, inglesas o alemanas cede a los respectivos países derechos de prioridad sobre la ciencia del suyo y acrecienta la producción científica en otras lenguas que así adquieren cada día nueva savia y mantienen su fama... Es de todos sabido que no toda la rica cosecha científica que figura en las publicaciones alemanas es obra de los sabios tudescos... Una gran parte de ella corresponde a los de Austria y Hungría,

Holanda, países bálticos y eslavos, etc. La ciencia de algunos de estos pueblos pasa casi inadvertida y se tiene por germana. Algo análogo, aunque en menor grado, ocurre con la literatura francesa, nutrida también en parte a expensas de aquellos mismos países y de Bélgica, Rumanía, Portugal y toda la América hispana».

Pyenson no ha estudiado de modo directo, que yo sepa, la actividad científica española. Por el contrario, ha sido de primera importancia su contribución al análisis de Latinoamérica desde el punto de vista del imperialismo. No solamente se ha ocupado extensamente de ella en este volumen que comentamos y en el primero de la trilogía, sino en otras publicaciones, algunas dedicadas exclusivamente al tema. La más importante apareció en castellano con el título de *Macondo científico: instituciones científicas en América latina a principios del siglo XX* (1988). En ella examina las instituciones en una docena de países, que se mantuvieron aislados bajo el peso de prejuicios, ya que, «como en la selva de García Márquez, los fantasmas de un pasado a la vez erudito y sombrío hacían continuamente sentir su presencia». El lector mínimamente interesado por la actividad científica en nuestra sociedad puede encontrar en este trabajo, de forma resumida y particularmente inspirada, buena parte de los resultados de las investigaciones de Pyenson, que deberían funcionar como auténticos revulsivos de muchos enfoques tan mezquinos como petulantes. Quizá los de mayor interés son la ceguera despreciativa de los «sabios noratlánticos» ante las tareas científicas desarrolladas en ambientes ajenos al suyo, el peso negativo de la autoimagen de los científicos latinoamericanos, «avergonzados de un pasado imaginario» construido por la dependencia ante el imperialismo, y la visión excluyente y tergiversadora que impone el nacionalismo. Se tiende habitualmente a limitar la vigencia de este último en relación con la ciencia a los países dependientes, pero Pyenson incluye a los Estados Unidos entre «los estados hoy en día más nacionalistas». Desde su vida cotidiana en el Canadá francés y su puesto de trabajo en la Universidad de Montreal, afirma que «se pueden establecer muchos criterios para determinar quién es miembro de una nación, pero éstos frecuentemente se reducen a la cuestión de los orígenes tribales, herencia racial o a una apaciguadoramente inocua mitología común».

Pienso que asimilar en profundidad los planteamientos y las conclusiones de los trabajos de Pyenson en torno al imperialismo científico va a ser de gran provecho para los estudios sobre la actividad científica en España. Por un lado, para reorientar los estudios históricos, que apenas se han desprendido de la perspectiva de la insoponible «polémica de la ciencia española» y están, además, cargados de otros lastres ideológicos y nacionalistas de diversos géneros. Por otra parte, para depurar de lugares comunes indefendibles las imágenes subyacentes a la política, la enseñanza y la divulgación científica que han llevado al paroxismo, la subordinación al imperialismo y el desmantelamiento de las infraestructuras propias. □

## En el próximo número

Artículos de *Francisco Rodríguez Adrados, Vicente Verdú, Emilio Lorenzo, Alfonso de la Serna, Miguel Angel Alario, Carlos Gancedo y Román Gubern*.

### RESUMEN

Con motivo de la publicación del último volumen de la trilogía de Pyenson dedicada al imperialismo científico, López Piñero comenta sus planteamientos y conclusiones acerca de este complejo proceso, uno de los aspectos

centrales de la relación entre ciencia y poder político. Entre otras cosas, el articulista señala que el prejuicio ideológico obstaculiza la consideración científica como un fenómeno social.

### Lewis Pyenson

*Civilizing Mission: Exact Sciences and French Overseas Expansion, 1830-1940*

The Johns Hopkins University Press, Baltimore/Londres, 1993. 377 páginas.

## Teorías políticas antiguas y modernas

Por Francisco Rodríguez Adrados

**Francisco Rodríguez Adrados** (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la colección «Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Libro ambicioso éste, que intenta seguir la historia de las ideas políticas en toda la Antigüedad, en principio a partir del tema del estado ideal, pero rebasándolo. Y que añade la historia de los hechos políticos que dieron lugar a nuevas conformaciones del estado (el principado de Augusto y el imperio cristiano, por ejemplo), así como, también, el tema del influjo de las ideas antiguas desde la Edad Media a nuestros días.

Quizá sea excesivo el programa, en el que el autor, en mi opinión, se mueve con pie más seguro en el dominio latino que en el griego. Apasionante en todo caso. Siempre coloca los hechos y las teorías antiguas al lado de sus contrapartidas modernas y de los juicios de autores que van de Goethe, Nietzsche y Schopenhauer a Carl Schmitt y los modernos; con predominio de la bibliografía alemana, siempre.

La Antigüedad fue la gran escuela de la Modernidad, se nos dice, y en una escuela hay múltiples variantes. Del Imperio cristiano de tipo constantiniano al romano-germánico (se nos recuerdan los versos del Arquipoeta en honor de Federico Barbarroja, restaurador del Imperio romano), al inglés (que resucitó los términos imperio y colonia), a los sistemas absolutistas, incluso a los fascismos, todos buscan su justificación en la Antigüedad. Pero también Montesquieu y Rousseau y la Revolución francesa y el parlamentarismo británico y la Constitución americana y Marx. Hay tantos aspectos de la Antigüedad, tantas voces contrapuestas en ella, que para todos ha servido de modelo.

Y lo que es absolutamente notable es el alto conocimiento de la Antigüedad, de la romana sobre todo, en tantos teóricos



STELLA WITTENBERG

modernos de la política. Es claro, de otra parte, que de ella arrancan conceptos como los de estado, democracia, pueblo, política, república, teoría y tantos otros.

La exposición es histórica, comenzando por Homero, nada menos. Pero quizá sea más útil aludir aquí a algunos temas esenciales.

### El estado ideal

Por ejemplo, al concepto de estado ideal, perfecto, en la *República* platónica. Al debate sobre cuál es el mejor estado, en Heródoto (diálogo de los tres persas) y Diógenes Casio (debate entre Agripa y Mecenas), luego continuado por Hobbes. A las dos vías que siguieron, la del utopismo (que tanto eco tuvo en fecha moderna, en Moro y Campanella, entre otros) y la del reformismo moderado en las *Leyes* de Platón, la *Política*

de Aristóteles y otras obras más. Para su ciudad de Magnesia, Platón prefiere, en efecto, al estado perfecto, el segundo en perfección.

O bien al tema de la constitución mixta, en realidad ya en las dos obras últimamente citadas y en Catón y Cicerón. Al tema del ciclo de las constituciones, en Platón y Polibio. Al de la sucesión de monarquía, república y monarquía otra vez, como en un ciclo biológico, en Séneca, etc.

Temas eternos, así como la desconfianza en que haya soluciones duraderas y el desengaño de la política en la Atenas de fines del siglo V y en el siglo IV y siguientes, tanto en la vida como en ciertas escuelas filosóficas que, nos dice el autor, no proponían programas, sólo evasión de lo existente: de «pose parásita» habla el autor a propósito de epicúreos y cínicos. Pero no hubiera estado de más explicar las circunstancias que propiciaron ese estado de espíritu.

Así como Platón edificó su *República* a partir de una desconfianza en la política y el estado de su tiempo, Catón y Cicerón consideraron la república romana como lo más excelente. Y el primero y los segundos fueron ciegos ante el hecho de que los modelos que proponían estaban superados por los tiempos que corrían, que llevaban en un caso a las monarquías helenísticas, en otro al principado y al imperio. Había hechos que escapaban a la observación de los pensadores. Y que nuestro libro pone de relieve con la mayor frecuencia: así, cuando habla de los factores pragmáticos que crearon el principado de Augusto, ese curioso sincre-

tismo (otro fue la primera democracia ateniense).

Así, es muy notable lo que dice Demandt sobre el irrealismo y el realismo de Platón y Aristóteles. Las proposiciones «irrealistas» de Platón sobre la movilidad social y la igualdad de las mujeres se han hecho reales; la «realista» de Aristóteles sobre la necesidad de la esclavitud ha quedado desmentida por los hechos.

### Desfile de teorías y de hechos

En fin, es tan sugestivo el desfile de teorías y de hechos, apunta a tantas cosas modernas, que es difícil señalar qué es lo que más atrae. Si, por ejemplo, la creación de conceptos como el de la libertad o el de la tolerancia o el de la separación (en Cicerón) del derecho civil y el derecho natural (que tenía precedentes griegos) o el de los debates sobre la guerra justa, antecedente de Grotius. Es absolutamente notable, por ejemplo, la autocrítica de los escritores latinos respecto al imperio (en Catón y Cicerón, entre otros). Y la voz que los historiadores romanos prestan a las críticas contra Roma de un Arminio, un Critognato, una Boudicca: nos recuerdan la voz de Las Casas a favor de los indios o la que Hurtado de Mendoza presta a los moriscos de Granada.

Por otra parte, la voz de los «consejeros de príncipes» y teóricos del imperio como



### En este número

Artículos de			
Francisco Rodríguez Adrados	1-2	Miguel Angel Alario	8-9
Vicente Verdú	3	Carlos Gancedo	10-11
Emilio Lorenzo	4-5	Román Gubern	12
Alfonso de la Serna	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## Teorías políticas antiguas y modernas

son Séneca, Plinio y Arístides anticipa una buena parte del pensamiento político posterior; el debate continúa en nuestros siglos XVI y XVII. En realidad, la justificación del imperio fue comenzada por Virgilio en versos bien conocidos del canto VI de la *Eneida* que nunca dejaron de ser citados por los que justificaban el imperio español o el británico.

Y luego están las diversas posiciones cristianas, desde la sumisión al imperio a partir de una vida centrada en la propia comunidad al imperio constantiniano y a la crítica augustiniana. Todo ello dejó amplísima huella.

Ahora bien, si tanto hay de común, en la praxis política y en la teoría, ¿qué es lo diferencial entonces?, podríamos preguntarnos. El autor se hace, a veces, también esa pregunta. Contesta que el absolutismo y el nacionalismo (los historiadores nacionalistas han sido los mayores críticos de Roma).

Creo que es cierto, pero que deben añadirse muchas cosas más. Al ideal de la es-

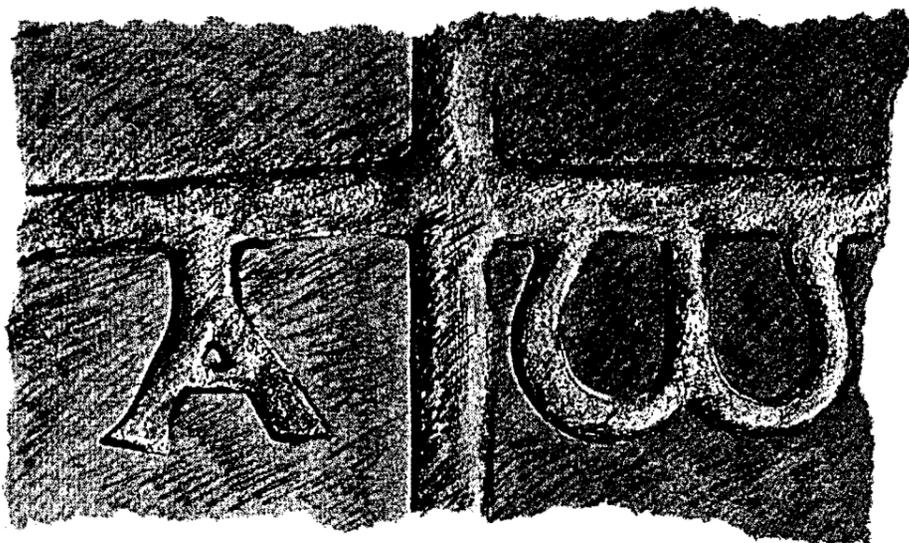
tabilidad ha seguido el del progreso indefinido, en cierto modo (en una versión espiritual) anticipado ya en San Agustín. Al de esa estabilidad y al de la «virtus» y el ocio cultivado ha seguido el de la «eudaimonía» o bienestar material, anunciado y aun realizado en la Antigüedad varias veces, de Pericles a Augusto, pero criticado por los filósofos (aunque el papel de los factores económicos fue subrayado, por ejemplo, por Aristóteles).

Y luego, el reformismo económico y social ha sido en la Antigüedad en buena medida utópico, desde Faleas y Platón a Teopompo, Eforo, Hecateo de Abdera, etc. (nuestro autor da una buena descripción, pero con notables lagunas). No ha habido propiamente ideales revolucionarios, sólo hechos localizados como la revolución de Agis IV. en Esparta y las de los Gracos y Espartaco en Roma.

Evidentemente, las circunstancias sociales y económicas han cambiado, e incluso cuando las palabras son las mismas, cuando hablamos de democracia, por ejemplo, las cosas varían. Pero las constantes no dejan de ser importantes: por ejemplo, la del peso de la política y las guerras exteriores en la política interna, lo que nuestro autor ejemplifica bien para Roma y podría ejemplificarse igual de bien para la democracia de Atenas.

Dado lo ambicioso del tema, no podemos extrañarnos ni de las lagunas ni de los puntos en nuestra opinión más flojos. Es lagunoso, por ejemplo, el tratamiento de la tragedia, cuyo significado político es importante, así como falta un estudio en profundidad de la dinámica que llevó de las aristocracias griegas a la democracia o la que llevó del democratismo ateniense al desengaño platónico. La oración fúnebre de Pericles en Tucídides no está estudiada en profundidad. Apenas se dice nada del pragmatismo del propio Tucídides ni del tradicionalismo de Isócrates. Hay luego otras lagunas menos graves, pero importantes, al tratar de la política de estoicos (apenas se menciona a Helvidio Prisco y a Peto Traseas) y cínicos.

Y hay puntos en que yo discreparía del autor. Por ejemplo, a propósito de Heráclito, cuyo tratamiento es superficial, y sobre todo de los sofistas, que no pueden meterse todos en el mismo apartado a base de escepticismo y de teoría de la justicia como



STELLA WITTENBERG

expresión de la fuerza. No es verdad que Protágoras colocara en las masas toda la conciencia del derecho.

La atención a las teorías políticas implícitas en la fábula es grata porque es algo generalmente desatendido. Pero el tratamiento es insuficiente, no se pueden aplicar expresamente al imperio romano ideas que, en todo caso, venían de la tradición antigua de la fábula, son más bien de tipo general.

En cuanto a las referencias a la modernidad, son tan sugestivas como lagunosas, como no podía ser menos. Ya dije que la bibliografía en lengua alemana es la más utilizada. España sale perdiendo. También

aquí hubo, en la Antigüedad, abusos romanos y crítica de los mismos, como hubo crítica, luego, en autores que antes he citado. Y ecos de las ideas antiguas en nuestros teóricos de la política, desde el XVI y el XVII sobre todo, son tan importantes como desconocidos por el libro.

Este es interesante, sobre todo, por lo que sugiere sobre las constantes de las sociedades y estados, sobre sus variaciones también. Por lo mucho que hace pensar por causa de los paralelismos que presenta. Por el relato coherente de la evolución histórica y política de Roma, más que de Grecia: con reflejo en las ideas, como ya dije. □

### RESUMEN

Rodríguez Adrados comenta un libro ambicioso que pretende seguir la historia de las ideas políticas en la Antigüedad, y en el que su autor, que se mueve, según el comentarista, con mejor pie en el dominio latino que en el griego, contrapone las teorías po-

líticas con las modernas, apoyándose para ello en un predominio de la bibliografía alemana, desde Goethe a Carl Schmitt. Y es que, en opinión del autor del texto, la Antigüedad fue la gran escuela de la Modernidad.

Alexander Demandt

*Der Idealstaat. Die politischen Theorien der Antike*

Böhlau, Colonia, 1993. 477 páginas.

### Qué es

**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### SUMARIO

	Págs.
«Teorías políticas antiguas y modernas», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Der Idealstaat. Die politischen Theorien der Antike</i> , de Alexander Demandt	1-2
«La moda de lo menudo», por Vicente Verdú, sobre <i>Global Paradox</i> , de John Naisbitt	3
«Un diccionario de noble linaje», por Emilio Lorenzo, sobre <i>El Diccionario Oxford (Español-Inglés / Inglés-Español)</i>	4-5
«Estrecho de Gibraltar: abismo y puente», por Alfonso de la Serna, sobre <i>Marruecos: Islam y nacionalismo</i> , de Abdallah Laroui	6-7
«Lavoisier, un revolucionario de la química», por Miguel Angel Alario, sobre <i>Lavoisier</i> , de Bernadette Bensaude-Vincent	8-9
«El ascenso de la genética de la levadura», por Carlos Gancedo, sobre <i>The Early Days of Yeast Genetics</i> , de autores varios	10-11
«El arte como disciplina útil», por Román Gubern, sobre <i>Más que discutible</i> , de Oscar Tusquets	12

# La moda de lo menudo

Por Vicente Verdú

**Vicente Verdú** (Elche, 1944) es licenciado en Económicas y periodista. Ha sido redactor jefe en Cuadernos para el Diálogo y jefe de Opinión y de Cultura del diario El País. Fue finalista en el premio Anagrama de Ensayo con el libro *Días sin fumar*. Es autor, también, de *Héroes y vecinos* y *El éxito y el fracaso*.

Las aportaciones de la electrónica han hecho más que cambiar la productividad; están cambiando la cualidad de la nación, del negocio y de la cultura.

Muy apoyado en el desarrollo de las telecomunicaciones y en su experiencia empresarial, John Naisbitt, profesor visitante en Harvard y en la Universidad de Moscú, pero también ex-ejecutivo de IBM y Kodak, fundador de una compañía propia, ha desarrollado una tesis global sobre este globo: «A medida que se agiganta la economía, se hacen más poderosos los protagonistas pequeños». Esta es la sentencia con que subraya el título de su libro *Global Paradox*, convertido en un «best-seller» norteamericano durante 1994. Editado ya en Alemania, Inglaterra y Japón, la obra ha tomado la trayectoria ascendente de otros de sus libros. *Megatrends* en 1984 y *Megatrends 2000*, este último en colaboración con Patricia Aburden, se vendieron en 18 y 32 países, respectivamente, y colocaron su nombre junto al de Alvin Toffler (*El Shock del futuro*, *La Tercera Ola*), entre los más leídos exégetas del futuro.

El porvenir, según Naisbitt, se está definiendo por una aparente contradicción: la globalización del mundo en comunicaciones y culturas, junto a la vindicación de lo pequeño y lo folclórico.

El desarrollo de esta tesis se realiza en un triple plano. Primero es el caso de las empresas, después es el de la cultura y, finalmente, el funcionamiento político. Hilvanando el libro discurre un pensamiento individualista y pragmático norteamericano que ha de chocar a los europeos. De hecho, en su parecer, si existe un panorama poco prometedor en la organización económica, es el que patrocina Europa. Cree que Asia o América Latina despegarán espectacularmente en lo que resta de siglo, confía en que Estados Unidos mantenga un crecimiento sostenido y piensa que Japón se estancará. Sobre Europa opina que vivirá en la postración a menos que se deshaga del lastre de sus Estados protectores y de su fantasía unitaria.

En verdad lo que más se opone a la imaginación del futuro en Naisbitt es el Tratado de Maastricht. Mientras desde Maastricht se convoca a la unión, a la moneda única, a la dirección política centralizada, el autor cree que el mundo camina en dirección opuesta. Las gentes apoyan el libre comercio, pero demandan soberanía, independencia y diferenciación cultural por todas partes.

A su juicio, de aquí al final de siglo las naciones pasarán a ser 300 en lugar de las 184 actuales y se convertirán en más de mil a mitad de la próxima centuria. Basa sus cálculos a medio plazo, en la progresiva fragmentación de la ex-Unión Soviética, capaz de generar hasta 70 países, y en las 52 nacionalidades que existen ya en China. Y apoya además su cálculo para un horizonte de cincuenta años, en las diversidades étnicas y lingüísticas de Asia, África o Latinoamérica que vindicarían una u otra clase de autonomía. Hay un centenar de grupos lingüísticos en América del Sur, hasta 40 grupos étnicos en Kenia, 200 lenguas en Zaire, tres mil diversidades en otras tantas islas de Indonesia. Los ejemplos rebosan y pueden parecer extremos, pero cuando se tiene en



VICTORIA MARTOS

cuenta que en 1993 Andorra obtuvo la condición de Estado con 47.000 habitantes, cualquier archipiélago parece posible. La ONU estaba integrada por 51 países en 1945 y por 195 en 1984. De 1985 a 1989 no se agregó ningún otro miembro, pero de súbito, entre 1991 y 1993, se han sumado 25. Por supuesto, no olvida los casos de Cataluña y el País Vasco como fuerzas independentistas ni tampoco sus conquistas en la consolidación de sus propias lenguas. Se lucha, en ocasiones a muerte (Bosnia-Herzegovina, Tibet, Irak, Burundi, Bangladesh, Fiji), por afirmar las peculiaridades religiosas o étnicas, mientras el mundo se interconecta con referencias comunes, desde las películas a la música pop, desde las marcas de ropa hasta la comida. El 60% de las emisoras de todo el mundo transmiten en inglés, el 85% de las conversaciones telefónicas internacionales son en inglés, el 80% de la información en los cien millones de ordenadores censados es en inglés, pero simultáneamente se pelea por escribir y comunicarse en la lengua de una región pequeña.

Los dos fenómenos del universalismo y del tribalismo han persistido en la historia

de la Humanidad. Pero el deseo de equilibrar lo universal con lo tribal sólo ahora, gracias a la propagación de la democracia y la electrónica, parece posible. De hecho, a la red informática del Internet están conectadas actualmente más de 30 millones de personas de 70 naciones haciendo real la convivencia de individuos remotos y heterogéneos anudados por lazos de intereses concretos. Dentro del Internet interaccionan las universidades y los colegas de una disciplina, se intercambian información los empresarios y los estudiantes. Pero también

## RESUMEN

Muy apoyado en el desarrollo de las telecomunicaciones y en su propia experiencia profesional —como ejecutivo en multinacionales—, el autor del libro sobre el que escribe Vicente Verdú defiende la teoría de que cuanto más se

juegan partidas de «bridge» los aficionados de Australia con los de Oregón, se cruzan cartas de amor africanos con canadienses, se forman clubes de coleccionistas especializados en la vastedad de un espacio de bazar.

## El mundo es diferente

El mundo es diferente y a esta nueva configuración debe corresponder, dice Naisbitt, otra forma de organización política. En su opinión es un anacronismo mantener la democracia representativa con las fórmulas anteriores a la invención de la electricidad, del telégrafo, el teléfono, el ordenador o el correo electrónico. La capacidad de obtener información se ha democratizado y ahora el ciudadano se encuentra en condiciones de decidir sobre las materias que le afectan sin necesidad de intermediarios. La política ha muerto y en su lugar sólo queda la figura de un gestor. Las grandes decisiones deberán someterse a votaciones sucesivas utilizando la comunicación electrónica. Ahora los líderes políticos no existen o se han debilitado, a los partidos políticos no se afilia nadie. La política debe emprender una deriva que la acerque a los modos actuales de la sociedad multilocal que, para Naisbitt, la empresa ha empezado a resolver con sus recientes reformas.

La empresa grande, de carácter mundial, con dirección centralizada y un gran patrón ha dejado de tener viabilidad. Cualquier empresa de gran escala que desee sobrevivir necesita trocarse en pequeñas unidades coaligadas. Los súbitos y sucesivos cambios del mercado requieren la ductilidad de una compañía reducida y vivaz. Cada vez más los gigantes padecen el torpor de la burocracia y son vencidos por la velocidad de invención, por la diversificación y la rapidez de los menores. De hecho, en Estados Unidos o en Alemania, el 50% de las exportaciones se generan ya por compañías con menos de 19 obreros. El más fácil acceso a la financiación, la supresión de barreras administrativas internacionales, la facilidad para copiar, la diversificación del mercado, ha colocado a los más pequeños en ventaja.

Aquella obra de Schumacker de hace veinte años, *Small is beautiful*, recobra otra versión en términos económicos, políticos y culturales. La diferencia respecto al manifiesto «achicador» de aquel tiempo es que en las postrimerías del siglo las telecomunicaciones han creado una biosfera perfecta para el desarrollo. Lo que hace apenas veinte años era un alegato visionario se convierte ahora en una constatación, lo que a veces ha parecido ser una regresión se recupera como un porvenir. El «nacionalismo» es regresivo, pero el «tribalismo» es la vanguardia. Para Naisbitt, un porvenir de mil naciones destruye el sentido del viejo estado-nación e inaugura un mosaico progresivo y pacífico basado en la necesidad de mayores comunicaciones e intercambios. El mundo, según Naisbitt, prepara ya su nueva arquitectura «deconstructiva» para una optimista inauguración del nuevo siglo. □

## John Naisbitt

### *Global Paradox*

The Easton Press, Nueva York, 1994. 303 páginas. 23 dólares.

# Un diccionario de noble linaje

Por Emilio Lorenzo

**Emilio Lorenzo** (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense, de Madrid, y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición, El español y otras lenguas y de una edición de Obras Selectas de Jonathan Swift.

La Philological Society, institución inglesa a la que durante cuarenta años pertenezco como único español y que, ya jubilado, todavía me acoge entre sus miembros a título honorífico, en sesión del 8 de diciembre de 1859 acordó designar una comisión que elaborara un proyecto de diccionario de la lengua inglesa para relevar de su misión orientadora el legado, más o menos actualizado, de los de Samuel Johnson (1755) y de Noah Webster *American Dictionary of the English Language* (1828). El proyecto fructificó en la idea, aprobada en 1862, de hacer un diccionario restringido, un *Concise Dictionary*. En 1875, cuando James Augustus Henry Murray, maestro de escuela y lexicógrafo, luego convertido en Sir James, fue encargado de llevar a cabo el proyecto, éste estaba a punto de ser abandonado. Es historia conocida que en 1879, la Philological Society y la Oxford University Press llegaron a un acuerdo, cuyo fruto inmediato fue la publicación del primer volumen (1884) de lo que se llamó *A New English Dictionary on Historical Principles*, conocido mundialmente como *Diccionario de Oxford*, seguido dos veces de suplementos actualizantes y convertido hoy en una obra unificada de veinte tomos que abarca más de cien años de colecta y ordenación de materiales léxicos.

Puede parecer digresión inútil este largo preámbulo; mas para el asunto que nos ocupa, bien mirado, resulta imprescindible, pues el recién publicado –verano de 1994– *Diccionario Oxford* (ése es el título español del instrumento bilingüe que comentamos; en inglés, *The Oxford Spanish Dictionary*) es fruto de la larga tradición lexicográfica de esta editorial, ahora extendida al español, para, haciendo el cotejo de ambas lenguas, siempre parcialmente logrado, tratar de hallar la simetría entre dos sistemas de expresión que reflejan visiones del mundo, experiencias e historia diferentes.

La presencia hispanohablante en el producto final es patente. Basta consultar alguna de las entradas más conspicuamente ilustradas, para comprobar que los datos ofrecidos en tal abundancia sólo pueden atribuirse a redactores nativos bien versados en el uso actual. Sobre esta presencia dice el prólogo de la obra que es «el fruto de casi diez años de labor llevada a cabo por equipos de lexicógrafos basados en Madrid y Londres, con la colaboración de corresponsales y asesores de los Estados Unidos y diversos países latinoamericanos». El proceso de elaboración, según dicho prólogo, consistió en redactar, para empezar, «el esqueleto monolingüe correspondiente a cada idioma. Para garantizar la autenticidad e idiomática de los ejemplos, la compilación fue encomendada a equipos [el prólogo inglés precisa más: “large teams”] de redactores residentes en sus países de origen [...]. La estructura monolingüe inicial fue luego traducida a la lengua de destino por hablantes nativos de la misma, mientras que el proceso de revisión final fue llevado a cabo por equipos de hablantes de ambas lenguas trabajando conjuntamente en Londres». Sólo nos falta añadir que «uno de los objetivos del equipo editorial ha sido que el diccionario [...] sea un fiel reflejo de la lengua que se habla y se escribe en la década de los

90, tanto en Europa como en el continente americano».

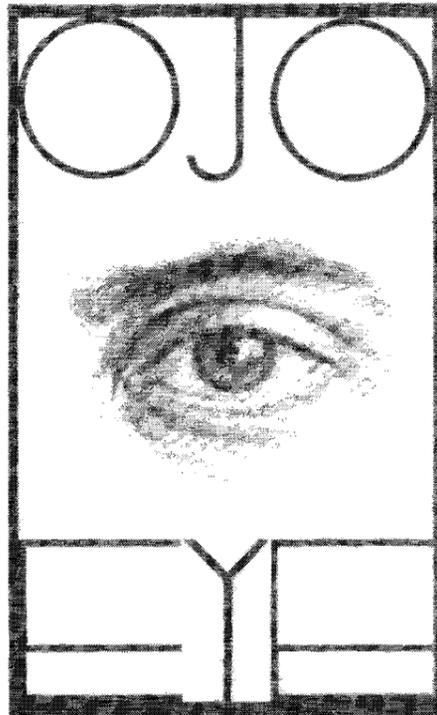
Esta explicación espontánea de una fórmula, que creemos en principio acertada, para la elaboración de un diccionario bilingüe, es claramente una revelación de secretos editoriales a la que no estábamos acostumbrados. Si es totalmente original o no, es algo que ignoramos. En cualquier caso, según mi experiencia, es la primera vez que lo he visto declarado. Por ello, y como contraste, me permito recordar, como anécdota oportuna, el ofrecimiento que hace unos treinta años me hizo el representante de cierta editorial española de acreditada solvencia y prestigio: se trataba de «compilar» –creo que es el verbo adecuado– dos diccionarios, inglés-español, alemán-español y viceversa, a cambio de unos honorarios, probablemente normales en aquellos tiempos, que implicaban cesión absoluta a perpetuidad de mis posibles «derechos de autor», derechos cuestionables por otra parte, pues, para hacer más atractiva la oferta, se me allanaba el camino brindándome descaradamente el uso de la tijera sobre los diccionarios publicados. No pareció comprender este intermediario que si mi nombre figuraba como autor, el interés de la editorial y el mío, por supuesto, debía ser hacer una obra digna, y siendo digna, de ella se habrían de beneficiar las dos partes. No fui yo lo suficientemente categórico en mi negativa, pues años después, consultados sus superiores, volvió a la carga brindando un sustancioso aumento de los mencionados honorarios. Esta vez hebe de mostrarme más firme y el encargo pasó a uno de mis discípulos, más apremiado por problemas de numerario que por afanes de gloria lexicográfica, a la que renunciaba.

## Compleja lexicografía

No es ésta práctica general, supongo, en el mundo editorial, pero se podrían citar sin esfuerzo más casos de obras léxicas de autor anónimo publicadas por editoriales sin escrúpulos, ajenas al complejo y delicado mundo de la lexicografía, en el que entran un buen día «para abrir una nueva línea comercial», sin grandes pretensiones, pero que, bien promocionada en el mercado, puede reportar pingües ganancias, a sabiendas de que la crítica no va a perder el tiempo examinando con rigor estos productos marginales.

Hay también en el mundo hispánico editoriales de noble tradición lexicográfica, pero ninguna, que yo sepa, se ha especializado en otra lengua que el español y el catalán. Por eso, cuando se aventuran en el mundo del bilingüismo, se advierten las carencias que el abandono secular de los idiomas modernos extranjeros –excluyo, como se ve, las lenguas clásicas– ha causado en el panorama editorial español. Y así, basta consultar los estantes de las librerías –ya las hay especializadas en diccionarios– para advertir que en los bilingües, en su mayoría publicados por empresas extranjeras, la presencia española es a menudo meramente testimonial. Evito citar excepciones que, como reza la manida sentencia, confirmarían la regla.

La reciente aparición de la prestigiosa editorial oxoniense en el sector de los diccionarios bilingües hispano-ingleses, motivo de este comentario, tiene seguramente sus antecedentes en los de otras lenguas. Mi ejemplo de *The Concise French Oxford Dictionary* (1.ª ed., 1934; 5.ª reimpr., 1950) entra en la categoría de los «compilados», es decir, es un trabajo realizado sobre una base documental previamente colectada. No está claro si el diccionario que estamos comentando, llamado en la portada, mas no en la cubierta, *El Diccionario Oxford* (¿por qué el artículo?) –en lo sucesivo D.O.–, es el primero de la serie que se anuncia como «una nueva gama de dic-



FUENCISLA DEL AMO

cionarios bilingües basados en su tradicional rigurosidad y excelencia académica, características esenciales de sus diccionarios monolingües (el estilo de la promoción, por las muestras citadas, admitiría mejoras). Sea el primero o no, cabe augurarle a la idea una buena acogida. En todo caso, el proyecto es sumamente importante y supone a mi juicio un sinfín de innovaciones, algunas leves, otras más valientes, inspiradas y desarrolladas con antecedentes en criterios adoptados con éxito desigual por otras editoriales. Me permito destacar el trabajo realizado por los profesores Colin Smith, Manuel Bermejo, Arthur Montague y sus colaboradores o sucesores en otra editorial. El prestigio de que para el inglés goza la Oxford University Press (OUP) permite anticipar, como decimos, un éxito de ventas merecido. Deseando que sea permanente y tras haber examinado con interés durante unas semanas el contenido, que suscita en general aplauso sin reservas, justo es señalar también, con vistas a futuras ediciones, algunos descuidos o discrepancias con el firmante que los redactores, estoy seguro, habrán de agradecer, ya sea para discrepar también, ya para advertir el error.

Debe mencionarse en primer lugar entre las virtudes del D.O. su propósito de actualizar las dos lenguas. Sin conocer la edad de las más de ochenta personas implicadas en la redacción y otras treinta que colaboraron en informática, corrección de pruebas, administración, etc., listas que sin cicatería editorial ocupan la página entera que sigue al prólogo, tiende uno a pensar, por los nombres de algunos que fueron alumnos míos, que los usos de las nuevas generaciones están bien representados, cosa que se advierte con sólo asomarse al vocabulario y giros de nuevo cuño visibles en toda la obra. No ha de pasar por alto el público comprador la mención publicitaria de las «más de 275.000 palabras y expresiones» y las «más de 450.000 traducciones», pues vive, en una sociedad de consumo, perfectamente condicionado para recibir el impacto de las cifras gruesas y no digamos de las novedades léxicas que lee u oye a diario. Hace bien la editorial señalando que el diccionario incluye neologismos como «ethnic cleansing», «virtual reality», «PC (politically correct)», «serial killer», «multipropiedad», «reforestar», «CEI», «reflejo terapia», etc. (falta, en cambio, el manoseado «reality show», que no parece invento de angloparlantes). Ahora bien, el usuario que se adentre en los misterios de las distintas jergas populares, no siempre juve-

niles, ha de tropezar con gratas e insospechadas sorpresas. Así, por ejemplo, si lee en un texto español el anglicismo, condenado por algún manual de estilo, «flipper», asociado a un tipo de máquinas tragaperras y busca en el lugar correspondiente de la 2.ª parte –inglés/español–, descubre que la voz equivalente «en español» es también «flipper». Llegado a este punto, debe consultar en la 1.ª parte qué es este «flipper» hispánico y averigua que eso se llama en inglés «pinball machine». La ordenación es perfecta y la lengua inglesa no tiene la culpa de que fuera de sus dominios, «flipper», que significa «palanca, aleta (en natación)», y era el nombre de un famoso delfín de película, acabe designando, en bocas extranjeras, algo muy distinto. También hay que aplaudir otro caso, bien resuelto para el lector, de trasplante léxico; es el del chilenuismo «gásfiter» (en Perú «gasfitero»), que, pese a su apariencia inglesa –ing., «gas-fitter» sería en buena ley «instalador de gas, gasista», significa en los dos países andinos citados «fontanero» (ing., «plumber»), y su derivado «gasfitería» es la variante andina de fontanería (ing., «plumbing»).

Pero no siempre la coordinación entre los dos equipos citados –Londres y Madrid– ha sido tan lograda. El hispanohablante ajeno a los nuevos comportamientos sociales se ha de sorprender al averiguar que para el neologismo inglés «drag queen», que falta aún en los diccionarios corrientes «no actualizados» o se traduce simplemente como «travestí», se dice en el español novísimo «reinona» (así en el *Diccionario de argot*, de V. León). Y ésa es, efectivamente, la equivalencia que nos brinda el D.O. En cambio, el angloparlante que no esté al día en vano buscará en la entrada «reinona» el significado que registra V. León, «reina, homosexual pasivo». La misma falta de ajuste de los resultados finales alcanzados por ambos equipos se advierte en el tratamiento del concepto deportivo designado hace más de medio siglo con el pseudo-anglicismo «recordman» (hoy generalmente «plusmarquista»). Conscientes de la vitalidad del término en español, los redactores del D.O. lo incluyen en el lugar correspondiente y lo explican al usuario no hispanohablante con el equivalente «record breaker», pero también, por si esto fuera poco, en la entrada «plusmarquista» se opta por el término, más usual, que venimos recomendando hace decenios, «record-holder», lo cual sería un acierto si en español hubiera diferencia denotativa entre «recordman» y «plusmarquista», es decir, la que, partiendo de la etimología –y ello sería gran sutileza–, pretendiera distinguir en inglés entre «record breaker», «el que bate el record», y «record-holder», «el que ostenta el record». No salimos de dudas porque «record-holder» falta en el lugar correspondiente. Otra omisión advertida: falta «slam» en todas sus acepciones; sí figura, en cambio, como equivalente del español «portazo», o en el derivado «slammer», s.v. «trena», «talego».

Hay que reconocer que todas éstas son menudencias si se tiene en cuenta lo ambicioso del proyecto, la cantidad de materiales nuevos allegados por los lexicógrafos en dos continentes y la aspiración, rara vez frustrada, de buscar equivalencia de significado y de registro entre las dos lenguas, matizando en la explicación, cuando se trata de voces de gran polisemia, el campo semántico en que aparecen y tratándose de estilos –no se usa el término registro– si es arcaico, anticuado, argot, coloquial, enfático, familiar, formal, humorístico, irónico, poético o vulgar (como se ve, las nociones de registro y estilo no obedecen a un riguroso planteamiento taxonómico, pero el lector corriente no pide mayor precisión terminológica). Esa búsqueda de correspondencia, en neologismos sobre todo, antes



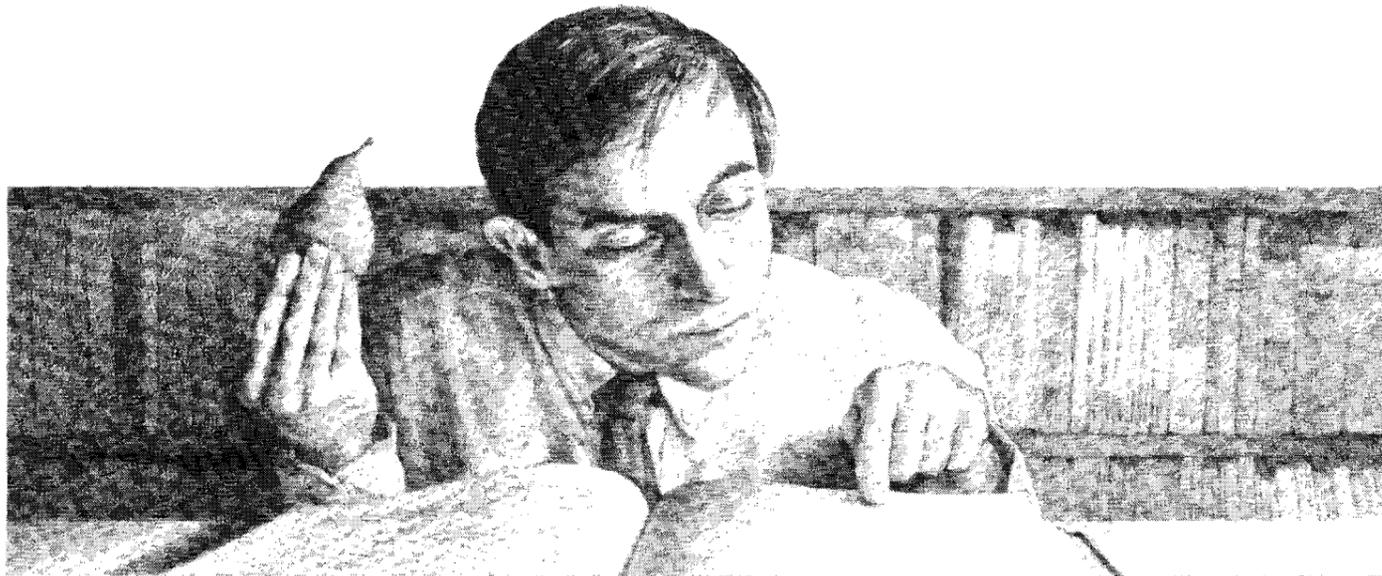
Viene de la página anterior



mencionada, hace que veamos admitidos vocablos y expresiones que acaso resulten pasajeros o estén ya en trance de serlo, pero que el usuario actual, más atento a entender la letra de la música «rock» o los titulares del *Financial Times* o de *Newsweek*, agradece más que los que facilitan el entendimiento de *Hamlet* o del *Quijote*. Así, el extranjero que lee en un periódico mexicano la palabra «avionazo» como pie de una fotografía donde se ve un avión destrozado y acude a sus conocimientos de los sufijos españoles difícilmente entenderá qué afinidad puede haber entre «suedazo», «buenazo», «sablazo», «garrotazo», etc., y lo que ve retratado en el diario. El D.O. le dirá oportunamente que «avionazo» en México significa 'air crash'. Pero también puede descubrir que para la embarcación llamada «hydrofoil» en inglés ofrece cuatro términos en español —«aliscofo» (creo que es errata por aliscafo, usado en el Río de la Plata con el significado de 'aerodeslizador', que D.O. identifica con «hovercraft»), «hidrodeslizador», «acuaplano» y, en otra acepción, «hidroala»— y que «safety pin», 'imperdible', se llama «alfiler de gancho» en el Cono Sur y Venezuela, «alfiler de nodriza» y «gancho» en Colombia, y «seguro» en México (pero algunos mexicanos, como Carlos Fuentes y Fernando del Paso, calcan del inglés «alfiler de seguridad»). Del mismo modo y como prueba de la copiosa documentación de usos hispánicos, encontramos «regadera» en México para 'ducha' y «regaderazo» para la acción de ducharse. También incluye el D.O. la marca registrada «jacuzzi», hoy usual a ambos lados del Atlántico y también escrita «yacuzzi», para el tipo de bañera que tanto en México como en España hemos visto traducido como «hidromasaje». Al mundo de lo coloquial español, mezclado con lo vulgar, pertenecen modismos como ser «la rehostia» (vulg.), «reoca» (fam.), «repera»='to be the limit'; «huelepedos» (Perú), «asskisser» (Amér.), «arselicker» (Brit.); «me da repelús», 'it gives me the creeps, the shivers' (colloq.); «drogata», «tener buen saque», «repiipi», «chapero», «guaperas», «papear», 'comer', etc. Y viceversa, ofrece a menudo acertada correspondencia de voces o frases inglesas como «love at first sight», «flechazo»; «it's no good crying over spilt milk», «a lo hecho pecho»; «state-of-the-art», 'último modelo, terminología punta'; «P.C.=politically correct, personal computer»; «beyond [all] reasonable doubt», 'más allá de toda duda fundada' (lo más castizo sería 'sin lugar a dudas', pero ignoro los usos jurídicos). No considero un acierto, aunque sí testimonio del mal uso de traductores precipitados o ignorantes, la equivalencia de «the benefit of [the] doubt» como 'el beneficio de la duda', calco torpe para lo que nuestros juristas llaman 'presunción de inocencia' o, latinizando, «in dubio pro reo».

El descuido de lo antiguo o clásico a favor del último grito en el lenguaje cotidiano permite, como en otros diccionarios españoles y bilingües, el arrinconamiento del término, de resonancias arturianas, «Tabla Redonda», para modernizarlo, olvidando toda la literatura caballeresca, en «Mesa Redonda», variante que, también admitida, sirve para designar el tipo de debate, tan de moda, en que hoy se tratan cuestiones de mayor o menor trascendencia. El diccionario de Cuyás, de gran tradición en lo literario, no duda en usar el aparente barbarismo —no lo es, «tabla» es voz anticuada para 'mesa'—, y el diccionario VOX, que se define como «actual», también recuerda al rey Arturo y la Tabla Redonda (ing., «Round Table», frente a «round table», 'mesa redonda').

Posiblemente encontraríamos más casos de abandono de lo desusado a favor de lo reciente. Ello es coherente con el propósito de la obra de servir al hombre moderno y sus exigencias, que no coinciden con las de la tra-



FUENCISLA DEL AMO

dición lexicográfica española, incluso en diccionarios centrados en reflejar usos actuales y prescindir de lo supuestamente anticuado.

La cuestión de las formas verbales irregulares no ha quedado todavía zanjada en los diccionarios. Ya María Moliner, tal vez alguien antes, consideró necesario ayudar al lector, por muy hispanohablante que fuera, incluyendo aparte las formas irregulares «dijo, fuera, yergo, quise, yerro, puse, quepa», etc., remitiéndolas a sus respectivos infinitivos «decir, ir/ser, erguir, querer, errar, poner, haber». No fue consecuente —faltan «huelo, yendo, cupe, huyo», etc.—, pero abrió un camino hasta entonces poco transitado en diccionarios monolingües. Yo propuse sin éxito, en la Academia, que se incluyeran estas formas irregulares en el DRAE, o por lo menos, como es práctica habitual en los modernos diccionarios, cuando no se recogen en el cuerpo del léxico alfabetizado, que se añadieran tablas de los verbos irregulares más frecuentes, como las que ofrece el *Diccionario de dudas* de Manuel Seco. Confío en que en las próximas ediciones se tengan en cuenta estas tendencias lexicográficas, que el usuario sabrá agradecer. Sabido es que los verbos, por analogía, si son poco frecuentes, tienden a regularizarse. «Complugo» (Unamuno) deja paso a «complació» en la lengua hablada, según el *Esbozo* de la Academia, reconociendo que las formas en -g- de «placer» tienen cierto uso literario. Fiel a estas tendencias, el D.O. excluye «plugo» y sus variantes, e incluye «cupe, huelo, leyó, oiga, oyó, quepo, quise»; no recoge «frío, fríes» ni «frió» (de «freír»); sí, en cambio, el verbo «refír», que se conjuga igual, y el americanismo «fritar».

### Algunas discrepancias

No todo puede ser acierto en una obra de este alcance. Ya hemos señalado algún descuido u omisión, pero en buena crítica constructiva hay que señalar algunas discrepancias que merecerían atención en las previsibles reediciones y reimpressiones. He aquí algunas, anotadas en una primera cala:

La voz «cartabón», desde que se importó, al parecer, del «quartabono» italiano, tiende, deformado, a confundirse con escuadra (eso significaba en italiano). Así le ocurre al D.O. y a otros diccionarios. He tratado de aclarar las cosas, por haber usado en las clases de dibujo del Bachillerato ambos utensilios y comprobar que las definiciones no eran satisfactorias. Tampoco lo era, hasta 1992, la del diccionario académico, que hoy aclara, tras consultar a la Academia de Ciencias, que la figura geométrica formada por él es la de un triángulo rectángulo escaleno, o sea, que tiene recto uno de los ángulos y desiguales los tres lados. La escuadra tiene figura de triángulo rectángulo isósceles, o sea, con dos lados iguales. La definición de María Moliner no es aceptable: con tres lados iguales no puede haber ángulo recto, que es la característica común a la escuadra y al cartabón.

También me ha llamado la atención la entrada «balonmano» ('handball'), ya que dudo de que, con un diccionario inglés en la mano, pueda entender el usuario angloparlante lo mismo que un español. La voz es originariamente alemana («Handball») para designar este deporte olímpico, y en francés el segundo componente del compuesto se pronuncia /bal/ y no /bol/ como en /fútbol/. Lo que se describe como «handball» en los diccionarios ingleses se parece más a la pelota vasca y a un juego isabelino (de Elizabeth I) que al mencionado deporte olímpico, por lo que se ve, poco practicado en los países de habla inglesa.

Otra prueba más del carácter actualizador de la obra nos la ofrece el caso del anglicismo «leggings», llegado a España, probablemente por vía oral, a principios de siglo e incorporado al diccionario académico en 1992 con la forma hispanizada «legui»: «(Del ing. «legging», polaina). m. Polaina de cuero [...]. Ú. m. en pl., cuando ya asomaba en el mundo hispánico el uso cotidiano y escrito en correcto inglés de la versión femenina de la prenda, «leggings», recogida en el D.O. y descifrada como «leggings "mas.pl.", leotardos "mas.pl.", mallas "fem.pl." calzas "fem.pl."». Es decir, el D.O. se adelanta a los tiempos y casi prescinde del pasado, pues sólo incluye como 2.ª acepción 'polainas'. Naturalmente, el rezagado «legui» del DRAE ha llegado tarde.

Atentos a la actualidad autonómica española, los redactores han incluido nombres que, aunque no castellanos, reflejan y explican su aparición frecuente en los diarios, desde «ertzaina», «etarra», «Generalitat» y «Xunta» hasta «charnego» y «Gasteiz». Para ser consecuentes deberían haber incluido «maqueto», que es el charnego del País Vasco, y Lleida, que es el equivalente de Gasteiz, 'Vitoria', en Cataluña. Claro que al inglés nostálgico de su historia que busque el escenario de la última y decisiva batalla napoleónica en la Península, la de Vitoria, el nombre Gasteiz le dirá poco, y está bien que se lo expliquen en un diccionario español-inglés.

Quedan siempre muchas cuestiones de materia opinable en que no se puede impugnar el criterio adoptado por los redactores. «Chovinismo» y «chovinista» remiten a las grafías más afrancesadas en «chau-», aunque la Academia ha adoptado la forma hispanizada. El verbo inglés «to test», cuyo sustantivo «test» figura en el *Diccionario Manual* académico, con plural invariable, ha dado lugar

en el español publicitario al verbo «testar», con una variante registrada en Suramérica, «testear», verbo que implica que en ciertos productos «debidamente testados» se ha comprobado su eficacia. No significa esto censura, sino, como queda advertido, desacuerdo en materia opinable.

También se presta a discrepancia la entrada «horario», en la que, muy oportunamente, se señalan los distintos tipos de jornada observados en los países hispánicos. Es un acierto explicar que en América «horario corrido» se opone a «horario partido», conceptos que requieren en inglés, más que traducción, una larga explicación: «continuous working day (usually from eight to three) with no break for lunch»; pero «horario intensivo», que es el así definido, debe ser, al menos en España, «jornada intensiva», que es la que justifica el «working day».

Finalmente, «acid test» creo que debería remitir a «litmus test», expresión que implica el papel de tornasol y los ácidos, y que además, en el mismo diccionario, se explica como 'prueba de acidez o de tornasol' (sentido recto) y 'prueba decisiva o prueba de fuego' (sentido figurado). La metáfora 'prueba de fuego' suele faltar en los diccionarios de español y dudo de que la entiendan muchos lectores.

En los millones de datos de información acumulada que representa una obra de esta naturaleza es fácil, como se ve, encontrar motivos para discurrir de los ejecutores de la gran empresa. Ello no obsta, sin embargo, para proclamar, conocidos los objetivos del empeño, que este despliegue de resultados resulta abrumador, aunque no nos hayamos detenido, por no alargar la reseña, en los macrosegmentos del discurso que, lindando con el terreno de la fraseología o del modismo, constituyen, para el traductor, verdaderas antepasadas de misterios, que así quedan desvelados. Sabido es que un buen diccionario de dos lenguas vivas —y bien vivas, como éstas— no se puede dar nunca por concluido. Es de desear, por tanto, que el competente equipo editorial dirigido por Beatriz Galimberti Jarman y Roy Russell no se disperse cuando parece acabada la obra y nos siga ofreciendo, en sucesivas ediciones, una puesta al día de este valioso instrumento que viene a salvar, como sus predecesores, los caminos, cada vez más transitables, que separan, a la vez que unen, dos comunidades lingüísticas. □

### RESUMEN

El *Diccionario Oxford*, de español-inglés e inglés-español, que comenta Emilio Lorenzo, es fruto de la larga tradición lexicográfica de la editorial que lo publica, ahora extendida al español, y que trata de hallar la simetría en-

tre dos sistemas de expresión, entre dos lenguas que reflejan visiones del mundo, experiencias e historias diferentes. El comentarista advierte la patente presencia hispanohablante en la elaboración de este diccionario.

Beatriz Galimberti y Roy Russel (dirección editorial)

El *Diccionario Oxford* (Español-Inglés/Inglés-Español)

Oxford University Press, Oxford/Madrid, 1994. 1829 páginas. 5.950 pesetas.

# Estrecho de Gibraltar: abismo y puente

Por Alfonso de la Serna

**Alfonso de la Serna** (Santander, 1922) ha sido embajador de España en Túnez, Suecia, Marruecos y Naciones Unidas (Ginebra). Fue director general de Relaciones Culturales (Ministerio de Asuntos Exteriores) en 1963-68 y 1976. En 1962 obtuvo el «Premio Mariano de Cavia». Es autor de *Imágenes de Túnez y Embajadas de España y su historia*.

Creo que raras veces en la historia unas pocas millas marítimas habrán servido tan eficazmente para separar y para unir, al mismo tiempo, a dos países, como las que se extienden entre las dos orillas del Estrecho de Gibraltar. Sin alejarnos demasiado en la prehistoria ni recordar que por ese brazo de mar transitó, probablemente, una de las primeras y magnas migraciones de la raza humana, que venía del fondo de África hacia Eurasia, no podemos desembarazarnos del hecho histórico de que el Islam árabe y beréber entró en nuestra tierra por Gibraltar, en el año 711, y que desde entonces España ha quedado marcada indeleblemente por el acontecimiento y, en su virtud, convertida en el país más «diferente» de todos los que forman la Europa occidental. A partir de ahí, el Estrecho ha sido, y es todavía, un abismo y un puente.

Es un puente porque a través de esas millas marítimas se ha movido secularmente el gran flujo humano y cultural que de manera tan profunda nos transformó. No es éste, claro está, el sitio para repetir, una vez más, lo que significó en la historia de España la aparición del Islam en nuestras costas, ni para volver a señalar la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada y la Giralda de Sevilla como los hitos majestuosos de ese largo capítulo de nuestro pasado que es el correspondiente a la España musulmana. Insistir sobre ello sería, casi, caer en el tópico excesivamente usado. Pero sí me parece que podríamos, al evocar aquí aquella convivencia nacida del fácil paso del puente, aludir al sinfín de huellas menores, menos impresionantes a primera vista, más íntimas, cotidianas y hasta humildes, pero no menos hondas, que quedaron impresas en los entresijos del ser español —en las letras, las artes, las formas de la vida popular, los oficios, «los trabajos y los días»...—, en la «intrahistoria» de nuestro pueblo y en su psicología, y que yo, personalmente, tiendo a discernir, entre todas como la más simbólica, la huella de las reliquias arquitectónicas que, con unos ladrillos en la mano, nos dejaban en Aragón,

Levante o las Castillas, los artesanos mudéjares o, con su cincel, los canteros mozárabes que erigían sus capillas en las provincias noroesteñas, envueltas en montañas y bosques verdes, lejos de la luminosa Andalucía de las grandes joyas arábigas. Mozárabes y mudéjares: las dos caras opuestas de la misma medalla que era la España mestiza de entonces y a la que sirvió de lugar de tránsito el «puente» de Gibraltar. Por él subió hacia el norte la gran corriente de la Conquista y por él descendió hacia el sur el reflujo causado por la Reconquista. Fue el puente del gigantesco vaivén que ocupó —desde el año 711 hasta el 1610, fecha de la última salida de los moriscos— novecientos años de nuestra historia: casi un milenio. Y sigue siendo hoy el camino por el que pasan nuestras amistades y nuestros enfrentamientos, nuestras disensiones y nuestros proyectos de convivencia y acción común.

Y ha sido también un abismo. El encuentro, tantas veces un verdadero choque, entre dos razas, dos religiones, dos culturas, dos empujes conquistadores, dejó un peso espeso de mutuos malos recuerdos, reproches, animadversiones; a veces, francos odios. Dejó también toda una «imaginería», una colección de imágenes del «otro», fuese el «morro» o el «cristiano»; y esas imágenes quedaron instaladas en la conciencia colectiva —y frecuentemente en el inconsciente— de los hombres de un lado y otro del Estrecho, creando una suerte de abismo de incompreensión, una barrera psicológica que impedía el claro entendimiento del ser humano que está «enfrente».

En la memoria de los españoles del siglo XX, las imágenes se han reavivado y han acudido como fantasmas que turbaban nuestros espíritus. En efecto, en el primer tercio de este siglo la guerra de Marruecos, la desgraciada guerra de Marruecos, contemporánea de nuestros padres y abuelos, reencendió la llama de los fuegos de ese abismo. Aún viven españoles en cuyos oídos resuena hondamente, con un eco trágico, el recuerdo del desastre de Annual —1921—, y en la literatura descriptiva de aquel episodio nefasto de la historia moderna hispano-marroquí, el dramatismo de las imágenes alcanzó niveles estremecedores. Es fácil imaginar que en los espíritus marroquíes los recuerdos de aquella guerra sangrienta habrán suscitado imágenes igualmente dramáticas y habrán puesto en marcha mecanismos mentales de la misma o mayor intensidad, tanto más cuanto que aquella guerra era, para Marruecos, una guerra de agresión extranjera con la que se abría un período de ocupación colonial.

Proximidad y lejanía, pues. Sobre estos dos pivotes se apoya la ambivalencia de nuestros sentimientos hacia Marruecos, oscilando a veces, en un movimiento pendular, hasta llegar a los dos puntos extremos del amor y el odio.

Me ha parecido que este breve recordatorio histórico y las consideraciones que de él se desprenden eran imprescindibles antes de abordar el motivo del presente artículo, que es la presentación del libro que aquí comentamos y que considero importante por lo que me permito recomendarlo al lector español.

## Tiempo de reflexión

Pienso que el tiempo en que los residuos psicológicos del pasado y la fuerza de las «imágenes» elaboradas por unos y por otros gobernaban nuestros sentimientos debe dejar paso a un tiempo de reflexión objetiva y serena, de estudio de la realidad, que nos permita, en la medida de lo posible, dialogar con nuestro vecino del sur en términos racionales. No es admisible que nuestra relación con el inmediato Magreb siga condicionada, como en general lo ha estado hasta ahora, por la ignorancia cuando no por las más elementales emociones.

El Magreb es un área geográfica de la máxima importancia para España: el Estrecho de Gibraltar —casi un simple canal— y ese brazo de mar que ha sido llamado «la Mancha mediterránea» y que separa las costas del sureste español de las de Marruecos y Argelia nos están poniendo en contacto con unas realidades cada día más acuciantes. La presión demográfica creciente, que ha lanzado sobre Europa, a partir del final de la II Guerra Mundial, a millones de emigrantes magrebíes; las tensiones raciales y políticas que este hecho ha suscitado; el fundamentalismo religioso, que agita en lo profundo, como si fuera en una caldera hirviente, los espíritus; la crisis económica y los desórdenes sociales que frenan el desarrollo magrebí; la contradicción, que a veces no se sabe superar, entre «tradición» y «modernidad», y que es problema que aqueja mucho al mundo árabe y musulmán; todas estas causas y otras más confluyen para hacer del Magreb un área de alta tensión que debe inquietarnos por su proximidad. Bien es verdad que también existen inmensas posibilidades de desarrollo, de cooperación pacífica, de estabilidad, que nos brinda dicha región, si se saben aprovechar y explotar debidamente, pero ésta es una razón más para que nuestro interés y nuestra atención se afilen al máximo.

Para reducirnos al Magreb «central», dejando por el momento sin examinar sus dos márgenes —Libia y Mauritania—, pensemos primordialmente en Túnez, Argelia y Marruecos.

Túnez, en período de transición después de la «era de Bourguiba», el gran fundador del país moderno que hoy conocemos, redescubre su fragilidad económica, la peligrosidad de sus vecinos y —contra lo que era de esperar de una sociedad, la burguésista, que en apariencia se había secularizado tranquilamente— unos inquietantes rebrotes del fundamentalismo islámico que ya habían empezado a turbar el final del período de Bourguiba, acelerado quizás por este motivo. Equilibrando, por fortuna, tan preocupantes circunstancias, debemos, sin embargo, contar también con el sentido de la moderación, el talento para el compromiso, la finura política que son tradiciones características de la sociedad tunecina —heredera de una ilustre historia antigua: Cartago, Roma, los reinos aglabíes o hafesíes, por ejemplo—, que otorgan su crédito a la esperanza.

Argelia, ya lo vemos a diario, atraviesa un período hartado más dramático. Tal vez, los siglos de vasallaje turco, los ciento treinta años de ocupación colonial francesa —implantada en territorio argelino una abundantísima población procedente de Francia—, los ocho años de guerra contra la metrópoli —guerra que escindió la sociedad argelina estructurada por Francia— y los treinta años de régimen político socialista —es decir, de ideología «europea», enteramente foránea y ajena al alma autóctona— hayan dificultado grandemente la cristalización de una auténtica identidad nacional argelina, y Argelia busque ahora penosamente su personalidad histórica, su camino. Se trata de un gran país, no sólo por su extensión territorial —el segundo de África— y por sus riquezas, sino por la vitalidad de su pueblo y el importante nivel de su integración en la comunidad internacional; pero un país que necesita reencontrarse a sí mismo, salir de la «alteración» —empleando un término muy orteguiano— o enajenación de su raíz profunda en que le habían sumido las circunstancias que hemos enumerado.

Y, en fin, tenemos a Marruecos. Se trata de un caso a mi juicio distinto y en distintas condiciones a las de sus vecinos. Ciertamente, es un país musulmán y árabe como los otros —con un importante factor étnico beréber—, pero es, también, un reino milenario que, aun con interrupciones, cesuras en la



TINO GATAGÁN

Viene de la página anterior



TINO GATAGAN

continuidad del estado, períodos de anarquía y múltiples divisiones internas, no ha dejado, prácticamente, de ser un reino con un aparato estatal que iba evolucionando de lo rudimentario a lo complejo, una sucesión de siete dinastías y una personalidad conocida desde el siglo XI. En el centro de ese reino ha habido siempre, de hecho, un sultán, un rey, cuya corte se ha movido, a través de los siglos, entre Fez, Marraquech —la antigua «ciudad de Marruecos» como se decía en español—, Mequínz y Rabat: las hoy llamadas «ciudades imperiales»; y ese monarca o llevaba consigo el prestigio de pertenecer a una familia «cherif» (en plural, «chorfa») o de encabezar un vasto movimiento religioso, como en el caso de las dinastías almorávide y almohade. Es decir, que junto a la suprema autoridad política, civil, poseía la autoridad religiosa, espiritual, que continúa poseyendo hoy el rey de Marruecos como «emir al-muminim» o «príncipe de los creyentes». Ello ha permitido al soberano marroquí estar al mismo tiempo enraizado en lo profundo del Islam, en la tradición espiritual, en el terreno primigenio y permanente de la sociedad musulmana —rodeada su persona de un halo como sagrado—, y por otro lado asumiendo la potestad sobre lo actual, el dominio de lo cotidiano y mudable, la proyección del futuro, lo que ha incluido su dirección personal de la entrada de Marruecos en la «modernidad», sin alejarse por ello —como fue el drama de otros líderes de países musulmanes, v.g., Irán, Argelia—, de la raíz inmemorial de lo religioso, del contacto diario con la sociedad islámica. Tal vez esta doble posición en la que ha preservado su relación cotidiana con el pueblo creyente explica que sea menor, aunque no inexistente, el desarrollo en Marruecos del fundamentalismo religioso.

Marruecos ha sido, además, un reino independiente. El dominio turco sobre el norte de África a partir del siglo XVI incluyó a Egipto, Libia, Túnez y Argelia, en donde se organizaron reinos o «beilicatos» avasallados a la Sublime Puerta, pero ese dominio se detuvo ante la frontera del reino de Marruecos, aproximadamente señalada por el obstáculo natural constituido por el río Muluya, que desemboca en el Mediterráneo no lejos de la ciudad de Melilla. Desde entonces, y esto es muy importante de tener en cuenta para comprender muchos problemas actuales, la frontera oriental de Marruecos ha significado, en la mente colectiva marroquí, una frontera con el peligro, fuera éste el peligro

otomano, el peligro francés desde la ocupación colonial de Argelia y la expansión de sus territorios a costa de los vecinos tunecino y marroquí; o, en fin, el peligro del propio hegemonismo argelino.

La proximidad de Marruecos a la Península Ibérica en primer lugar, y a la Europa meridional en todo caso, hizo a este país objetivo inmediato de lo que podríamos llamar el «contragolpe» de la invasión islámica del territorio ibero en la Edad Media. Entre el siglo XV y el XVI, Portugal y España, dos países en «plena forma» histórica, emprenden sobre las costas de Marruecos —pero también sobre las de los otros países magrebíes: Argelia, Túnez y hasta Libia— una acción militar en la que se mezclan restos del concepto de «cruzada» —cuando ya la idea medieval cristiana de cruzada, respuesta a la antigua «yihad» islámica, había perdido su fuerza— con razones estratégicas —protección de las rutas africanas atlánticas hacia el Oriente Lejano, seguridad de la navegación en el Mediterráneo o defensa contra la amenaza turca— y, en fin, con intereses económicos: el oro del Sudán, las riquezas del Golfo de Guinea, etc. Aquí están algunos de los motivos que llevaron a la instalación de una verdadera red de posiciones militares portuguesas y españolas en la costa magrebí, desde Agadir, en el Atlántico, hasta Trípoli, en el Mediterráneo.

### Contactos y tratados

El «contragolpe» ibérico fue debilitándose con el paso de los tiempos y fueron perdiéndose bastantes de aquellas posiciones conforme las circunstancias históricas iban mudando, pero en el siglo XVIII una nueva atención se produjo hacia el Magreb, la de los países europeos que, en el caso concreto de Marruecos, se materializaba en contactos diplomáticos, tratados de comercio, intercambios diversos que revelaban un interés nuevo por un país al que la Europa que empezaba a desarrollarse a un ritmo más acelerado contemplaba con mayor aplicación. (Para una visión rápida, de conjunto, de esa atención que luego fue presión sobre Marruecos, ver Charles-André Julien, *Le Maroc face aux impérialismes. 1415-1956*, Editions Jeune Afrique, París, 1978.)

El siglo XIX fue, ya, el de la franca penetración colonial, primeramente en una forma económica que tuvo unas decisivas

consecuencias políticas y que el historiador francés Jean-Louis Miège ha estudiado minuciosamente (*Le Maroc et l'Europe (1830-1894)*, Editions La Porte, Rabat, 1989). Después vino el intento militar español de la guerra de Tetuán (1859), y, en fin, ya en el siglo XX, a partir de 1912, el establecimiento del «protectorado» franco-español sobre el Reino de Marruecos, hasta 1956, año de la independencia.

Todos estos hechos, tan sumariamente evocados aquí —quizás con un exceso de simplificación en aras de la brevedad—, creo que pueden ayudar a adentrarnos en el entendimiento de Marruecos como un país de fuerte entidad histórica, de comprensible sensibilidad frente al exterior, celo de su integridad territorial, enraizado hondamente en el Islam —un enraizamiento más individual, popular y pragmático que intelectual, pues se halla identificado con la estructura misma del reino; de arriba abajo— y, al mismo tiempo, como fruto del contacto que para bien o para mal ha tenido con el exterior —salvo en sus largos períodos de retraimiento y soledad—, abierto hoy día al diálogo con Europa occidental, a la que Marruecos contempla como un espacio de convivencia y cooperación.

Por cuanto queda dicho, a título de proemio, el libro cuya lectura propongo aquí es del máximo interés. Su autor, el escritor marroquí Abdallah Laroui, es uno de los más eminentes intelectuales del Magreb. Su múltiple formación —profesor en la Universidad de Rabat; licenciado y doctor por la Sorbona, de París; profesor visitante en la Universidad de Los Angeles (California); historiador, ensayista, diplomático— le habilita perfectamente para explicarnos a los europeos, en un lenguaje intelectual que nos es familiar, pero desde una profunda y fiel adscripción a su propia raíz cultural e histórica, algunas claves para un cabal entendimiento de Marruecos.

### RESUMEN

*Pocas veces en la historia de la humanidad tan escasas millas marítimas como las que separan —o unen— África de Europa en el Estrecho de Gibraltar han tenido tal trascendencia. A España, desde luego, esta cercanía, recuerda Alfonso*

La colección de ensayos que aquí presentamos apareció originalmente en versión francesa, bajo el título *Esquisses historiques* (Centre Culturel Arabe, Casablanca, 1992) y contiene una serie de trabajos sobre «El Islam en África del Norte», «Marruecos a principios del siglo XIX», «La resistencia a la penetración colonial», «Aproximación al estudio del nacionalismo» y «La colonización en perspectiva». Laroui nos advierte en su propio prólogo de la heterogeneidad de los temas tratados, pues cada ensayo correspondía a circunstancias muy diversas —conferencias, comunicaciones a congresos, contribuciones a obras colectivas, etc.—, pero él mismo piensa que en el fondo todos responden a un tema que les une: el nacionalismo marroquí y su raíz profunda, que yo creo que se encuentra en su pertenencia al sentimiento colectivo de ser una parte del «Dar el-Islam» —la casa común de los musulmanes— y, al mismo tiempo, en su orgullo de viejo país con una larga historia.

La traducción al español que Malika Embarek ha llevado a cabo del original francés, y la edición que nos presenta Mapfre dentro de su colección «El Magreb», ponen en manos del lector español una obra que está llena de inteligencia y claridad; que nos ofrece, en algunos temas, el «otro lado» de la medalla de hechos históricos o recientes sobre los cuales el lector español podrá poseer una visión diferente, pero que pienso que podrá aceptar, por su corrección y seriedad, como aportación enriquecedora de aquella. Una obra que puede ser un «puente».

Al presentar al lector de SABER/Leer el libro del profesor Laroui, precediendo estas líneas finales de unas consideraciones que me parecían útiles para «poner en situación» a quien las leyere, renuncio a un análisis detenido del libro, convencido de que es su lectura la que rendirá mayores frutos al lector. □

### Abdallah Laroui

#### Marruecos: Islam y nacionalismo

Mapfre, Madrid, 1994. 238 páginas. 2.500 pesetas.

# Lavoisier, un revolucionario de la química

Por Miguel Angel Alario

**Miguel Angel Alario** (Madrid, 1942) es catedrático de Química Inorgánica en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense, de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Premio de Investigación «Rey Jaime I», su línea de investigación se centra en el estudio de no estequiometría y defectos extensos en materiales inorgánicos.

En los últimos doscientos años, multitud de artículos, capítulos de libros e incluso libros relativos a la Historia de la Ciencia, y en particular a la Historia de la Química, comienzan diciendo: «El diecinueve de Floreal del año segundo, el Tribunal Revolucionario juzgaba (?) y condenaba a muerte a Antoine Laurent de Lavoisier...». La Química perdía así a uno de sus más destacados cultivadores, quizá al más famoso químico de todos los tiempos; tal y como dijo Lagrange, otro ilustrísimo sabio de ese especial período histórico: «Ha bastado un momento para cortar esa cabeza y quizá hagan falta cien años para producir otra parecida...».

Lo que desde luego no dicen todos los libros de Química es que con Lavoisier fueron condenados, y aquella misma tarde guillotinado, sus 27 compañeros, los «fermiers généraux», recaudadores de impuestos del, en gran medida gracias a Lavoisier, eficaz sistema tributario de Luis XVI de Francia. Cabe señalar también que, entre ellos, figuraba su propio suegro, Jacques Paulze, jefe de la inspección hasta que le sucedió el propio Lavoisier. Con este comienzo, parece que queremos apuntar que la Química, la Ciencia, no tuvo nada que ver con la condena del célebre sabio; o, lo que es lo mismo, que fue el odio generado por la perfección alcanzada en el proceso tributario lo que le llevó al cadalso. Basta para ello un ejemplo: su idea, llevada a la práctica en 1787, de erigir una muralla en torno a París para evitar el contrabando.

Sin embargo, en asunto tan complejo como la situación de la Francia revolucionaria, en realidad en cualquier situación revolucionaria, nada era irrelevante a la hora de condenar –a los más– o perdonar (al menos temporalmente) –a los menos–. Y, ciertamente, la enemistad de Marat, de raíces en gran medida científicas, como luego veremos, tuvo bastante que ver con esa condena.

El 8 de mayo de 1994 se cumplieron doscientos años de la ejecución y con ese motivo, dentro de un sinnúmero de bicentenarios, que van desde el de la toma de la Bastilla al de la fundación de l'École Polytechnique, pasando por un curioso plebiscito en torno a una obra de teatro sobre la figura de la reina María Antonieta, se conmemora en Francia la desaparición de Lavoisier. Esto ha dado lugar a bastantes libros esencialmente biográficos sobre tan importante figura, que se vienen a añadir a los que ya aparecieron en 1989 referentes a la evolución de las Ciencias durante y, sobre todo, tras la Revolución francesa, y también al viaje de los científicos franceses a Egipto acompañando a Napoleón.

Lavoisier es, ciertamente, uno de los científicos más biografiados de todos los tiempos y su figura, su obra y su trágica desaparición han sido durante estos dos siglos fuente de inspiración inagotable para, por lo menos, las ¡cuatrocientas! obras citadas en la indudablemente excelente bibliografía del libro que vamos a comentar. Y quizá se pregunte el lector de qué libro se trata, pues, a estas alturas, lo único que sabe es que tiene que ver con un famoso químico... Y, efectivamente, se trata de un estudio sobre la figura de Lavoisier; pero no una biografía –¿qué podría aportar, en términos estrictamente biográficos, la cua-

dringentésima primera obra sobre Lavoisier, doscientos años después de su muerte?– sino un análisis casi exhaustivo de la importancia de su labor científica. Y no tanto en la Química o, mejor aún, no sólo en la Química, sino en el contexto de la Revolución Científica, de las revoluciones científicas, tratando de elucidar si efectivamente se puede hablar de «revolución» en la Química, como se suele hablar de revolución en la Física –con Newton, claro; o con Einstein una segunda vez–; o de revolución en Biología con Darwin, o de revolución en..., etc. También, ¿qué se entiende por revolución?: ¿vuelta a los orígenes, como en el sentido astronómico, o ruptura con los principios?

Más aún, haya habido o no revolución, ¿cuál fue el papel realmente desempeñado por Lavoisier en el desarrollo de la Química? Indudablemente, al doblar el siglo XVIII, la Química cambia de aspecto con la nueva nomenclatura, cambia de metodología con la balanza y la precisión en las medidas, cambia de objeto con el desarrollo de múltiples aplicaciones y el descubrimiento, a lo largo de todo el XIX y, por supuesto, también en el actual, de numerosos procesos útiles y, sobre todo, cambia de concepto al sustituir el modelo del «flogisto» por las ideas de Lavoisier y, ¿o?, de sus contemporáneos sobre la combustión y la naturaleza –composición– de los ácidos y tantísimas otras cosas.

Por lo demás, la obra de Bernadette Bensaude-Vincent que comentamos escruta minuciosamente la evolución histórica de la figura de Lavoisier, que ha pasado sucesivamente de aristócrata cultivado y figura señera de la capital cultural de Occidente, como era el París de su época, a traidor y expropiador en nombre de los poderosos; de jefe de fila de un movimiento científico que transformó la Química a un simple plagiario que, gracias a su potencia económica, pudo reproducir lo que otros, como los químicos ingleses, en particular Priestley y Cavendish, o suecos, como Scheele, o incluso el propio Stahl –el propagador de las ideas sobre el flogisto, en gran medida formuladas inicialmente por su maestro Becher–, habían desarrollado antes que él, pero sin tantos medios como los que le suministraba su participación en los beneficios de la recaudación, de los que devengaba un porcentaje. Se estima así que Lavoisier ganaba unas 145.000 libras francesas al año, lo que equivale a la nada despreciable suma de 600 millones de pesetas actuales (pág. 90). Y a ello hay que añadir su propio patrimonio –a los veinticuatro años, cuando aún no es más que uno de los muchos abogados de la corte, adquiere un lote de libros científicos por valor de 500 libras, unos dos millones de pesetas– y la dote de Madame Lavoisier, hija del recaudador principal. El inventario de su laboratorio, confiscado por la Revolución, realizado por Bertollet y Leblanc, es enorme, incluso con los patrones actuales. De ahí que su estipendio como académico, unas cuatro mil libras anuales –algo más de 17 millones de pesetas actuales–, era, con relación a su sueldo, poco más que el error en las medidas que hacía para comprobar lo que se ha dado en llamar el «principio de Lavoisier»: «Nada se crea, nada se destruye, todo se transforma», lo que, por cierto, si bien es válido en las reacciones de combustión o de reducción, a las que se refería Lavoisier, no lo es en las reacciones nucleares. Pero es que, además, ¡no es de Lavoisier! De hecho se trata de un principio ya conocido en la Antigüedad (pág. 214), establecido de forma axiomática por Epicuro y por Lucrecio, y tenido en cuenta de manera implícita tanto por los físicos «neumáticos», que estudiaban el comportamiento de los gases, como Boyle y Pascal, como por los químicos prelavoisianos como Macquer, por lo demás creyente fiel del flogisto. De manera que Lavoisier, en realidad,

no lo reivindica, sino que se limita a formularlo de forma explícita en su celebrado *Traité élémentaire de Chimie*. Es ésta una obra ciertamente extraordinaria y que coloca a su autor –pese a lo controvertida que sea su contribución personal al desarrollo de esta ciencia– en el epicentro de cualquier discusión seria sobre la Química tal y como la entendemos hoy.

Ironía del destino, Lavoisier es un revolucionario dentro de la Química, a la que comunica un impulso que desde entonces no cesa. Y ello a pesar de que muchas de las ideas que él defiende, y que a lo largo de más de veinticinco años va modificando continuamente en sus escritos, hasta hacerlas parecer suyas, no lo sean inicialmente. Hombre de carácter, que destila autoridad, es, en buena medida, un cacique –o, como dicen los franceses, un mandarín– y ayuda a algunos de sus discípulos organizando cenas en su casa a las que invita a cuanto sabio pasa por París. También, en cuanto tiene noticias de descubrimientos se apresta a enviarlos certificados a la Academia para adquirir prioridad, no siempre con todo escrúpulo en cuanto a la paternidad de los mismos.

## Un funcionario ejemplar

La Real Academia de Ciencias de Francia cuenta con una sección de Química desde 1669 –recordemos que fue fundada en 1666, seis años después que la Royal Society londinense– y se forma la sección de Física en 1765. Lavoisier, funcionario ejemplar, en cuanto consigue entrar en la Academia, a los veinticinco años, dinamiza su funcionamiento. Su dedicación a ella es tal que cuando la Convención comienza a atacar a las academias, y suprime sus fondos, Lavoisier paga a los académicos de su propio bolsillo. Inicialmente, las memorias de los científicos eran anónimas y se hacían por la Academia, casi diríamos «en corporación». A finales del XVIII, sin embargo, se personalizan los trabajos en un intento de motivar a los académicos y estimular la investigación. Lavoisier, al igual que sus colegas escoceses e ingleses, escribía sus primeras memorias científicas muy pormenorizadas: incluía hasta el tiempo climático de los días en que había realizado las experiencias, y utilizaba profusamente tablas y figuras. Poco a poco, sin embargo, va aligerando el contenido de detalles y arrojándolo de ideas, y critica a Priestley por limitarse a describir los hechos observados.

En esos tiempos, casi heroicos, la Ciencia, la «República de las Ciencias», es un «territorio» ideal. Una comunidad sin fronteras geográficas ni prejuicios sociales, religiosos o políticos. La única jerarquía es el talento, reconocido por los pares, estado de crítica mutua, casi de guerra permanente, comparado por Hobbes al estado natural del hombre. Idealmente, dicho espíritu es el que aún prevalece, pero, tanto hoy como entonces, en la Ciencia hay despotismo y nepotismo –algunos piensan que éstos son más propios de los países mediterráneos, latinos y no latinos; aunque las estadísticas sobre esto son casi imposibles de hacer rigurosamente, es probable que ello sea cierto–. Lo que seguro es cierto es que, en terreno tan competitivo, envidias y odios están a la orden del día. Volvamos, pues, a Marat; éste, diplomado en medicina en Londres, fue el traductor al francés de la *Optica* de Newton, y sus primeras memorias científicas presentadas a la Real Academia, sobre el fuego, la electricidad y la luz, fueron admitidas por ésta. No así una siguiente memoria en la que pretendía demostrar la bondad del magnetismo como útil terapéutico (pág. 110). A falta de mejores argumentos que los aportados en el informe de los académicos Mesmer y Delson, «la imaginación sin mag-

netismo produce convulsiones y el magnetismo sin imaginación no produce nada (...) y nada prueba la existencia de un fluido magnético animal...», Marat, en buen demagogo, se defiende atacando; edita él mismo la dicha memoria y pide al pueblo, «público ilustrado e imparcial», a diferencia de los académicos («no existe sociedad científica que pueda hacer falso lo cierto y cierto lo falso»), que juzgue por sí mismo. Tras diversos avatares, el rey decide tomar cartas en el asunto y, en 1785, propone reformar la Academia. Ahí es donde nuestro personaje se luce; continuando con la defensa de la institución por parte de Condorcet: «la Academia debe ser una barrera ante el charlatanismo...» y, puenteando el reglamento propuesto por La Rochefoucauld y Ayen en nombre del rey, gracias a su control de la mayoría de los votos, propone un nuevo reglamento elitista: se acepta abrir nuevas secciones de física general e historia natural, pero... sin crear nuevas plazas de académico, «para no disminuir la calidad y tener que admitir a la mediocridad, que es peor que la ignorancia...».

Aunque mucho de razón tenían Lavoisier y sus amigos, por lo que desgraciadamente se vio después, el momento no estaba para elitismos, y la mayoría de nuestros personajes cayeron en la guillotina cuando el Terror se adueñó de Francia, incluyendo a Marat, que a menudo es considerado, quizá con razón, como el malo en esta historia.

Indudablemente, el análisis de las publicaciones de Lavoisier en torno al flogisto es uno de los aspectos más destacados del libro, y, así, las páginas que muestran la evolución del pensamiento de Lavoisier a través de sus escritos contra el viejo modelo, a lo largo de casi veinte años, son de gran interés: tras tantos artículos sobre el tema, queda, no obstante, una cierta duda: ¿se trata de una evolución progresiva del pensamiento de Lavoisier o de una estrategia sutil para romper con el pasado (flogisto)? Lo de la estrategia se confirma cuando Lavoisier se disculpa por no haber citado ni una sola vez el flogisto a lo largo de todos esos años «pues no cree en él». En realidad, dudar de ese modelo, si así podemos llamarlo, no era tan infrecuente (pág. 148). De todas formas, a favor de Lavoisier está la teoría de los ácidos –todos tienen oxígeno, excepto el muriático, ácido clorhídrico, estudiado por Bertollet, quien se muestra escéptico en relación con los trabajos de Lavoisier, aunque no crítico...–. También son notables sus trabajos sobre la respiración/combustión, por lo que quizá debemos considerar a Lavoisier a través de su «opera omnia», ciertamente genial, y no meramente a través de una chispa de ingenio que desencadenaría la Revolución en la Química (pág. 158).

Tras la de cal, la de arena; Bensaude-Vincent indica la quizá excesiva dispersión de los trabajos de Lavoisier, pero por el otro lado, puede alabarse su abundancia. Lavoisier es un publicista nato. Quizá el introductor, «malgré lui», del «publish or perish», que tanta desazón provoca a los científicos «puros». En 1777, quizá su año más prolífico, Lavoisier presenta a la Academia nada menos que ¡quince memorias!, sin olvidar que se sigue ocupando de la recaudación de impuestos, y también que mantiene una intensa vida social...

Por otra parte, por la manera en que están presentadas esas memorias, en las que aparece una planificación previa, para evitar la apariencia de la casualidad, Lavoisier es quizá el inventor (¡también!) de los programas de investigación, tal y como los entendemos ahora, en términos de metodología (pág. 140).

Sin embargo, si se analiza en detalle el trabajo de Lavoisier, tal y como lo hace, brillantemente, la autora de este libro, aparecen

Viene de la página anterior



claramente algunas sombras en el genio, al menos en la parte experimental, asociadas sin embargo a una innegable astucia relatora. Lavoisier repite, a menudo con peor precisión, las experiencias de otros, generalmente en presencia de personajes ilustres: el rey y varios nobles presencian cómo Lavoisier y Laplace obtienen algunas gotas de agua por combustión del hidrógeno en oxígeno puro; esto ya lo habían hecho tanto Priestley como Monge con resultados más precisos que Lavoisier. Incluso el propio Laplace se muestra escéptico de las conclusiones de Lavoisier, quien al escribir la correspondiente memoria añade datos del propio Monge. Lavoisier insiste, sin embargo, en el tema y prepara un auténtico espectáculo nacional, durante dos días, en la Academia, para mostrar la síntesis y posterior descomposición del agua —ya realizada por Cavendish y Priestley—, que no es, consecuentemente, un «cuerpo simple». A pesar de la espectacular puesta en escena, la experiencia no es, desde el punto de vista cuantitativo, mucho mejor que la anterior. Pese a todo, hasta el propio Monge reconoce el triunfo de las ideas de Lavoisier, probablemente más influido por la personalidad de éste que por la validez cuantitativa de los resultados. Ello no le impide, sin embargo, resaltar que la experiencia de Lavoisier había costado más de 6.000 libras, mientras que la suya, ciertamente más modesta, pero también más precisa, sólo dos (pág. 108). Fue ésta, sin embargo, una experiencia simbólica, por cuanto un importante grupo de químicos se adhiere a las ideas «de» Lavoisier sobre el oxígeno, y eso supone prácticamente el punto de inflexión para la teoría del flogisto, y casi se puede decir que constituye, ya sea indirectamente, el comienzo de la «nueva Química». Más aún, con la «conversión» de Bertollet, Lavoisier aumenta su preeminencia en la Academia, y en el curso de una reorganización «promociona» a la recién creada sección de mineralogía a los químicos recalitrantes, como Darcet; acto seguido hace elegir a su discípulo Fourcroy, que después jugará un papel fundamental en la tragedia. A pesar de todos estos tejemanejes, la ruptura con el pasado, con el flogisto, no es sencilla y la Academia es testigo de interminables y hasta violentas polémicas.

La balanza es, como decíamos, el instrumento que hace la química cuantitativa, tal y como sugirió Boyle. Aunque la balanza se utilizaba por los boticarios y los ensayistas de joyas, lo hacían de manera casi informal. Aún se mantiene en algunos gremios la jerga de «una parte de tal cosa, con tres de tal otra...». La utilización cuantitativa de la balanza es requerida para valorar los minerales. En Lavoisier, la balanza es, de acuerdo con Bensaude-Vincent, más retórica que analítica; se dice incluso que aumenta de manera ficticia la precisión e hincha los resultados... Ciertamente, sin embargo, que por un lado aún no existía la Teoría de Números, y el cálculo de errores no llega hasta mucho más tarde, con Gauss; pero, asimismo, cabe en su descarga que los químicos de finales del XVIII trabajaban en condiciones difíciles con instrumentos bastantes deficientes. Un ejemplo: en su famoso experimento sobre la síntesis del agua utiliza tubos de cuero (!) para conducir los gases.

A pesar de todo, Lavoisier estudia los estados inicial y final de los procesos químicos pesando y midiendo, por ejemplo, la disolución del mercurio o el estañío en ácido nítrico, pero se da cuenta, claramente, de que la reacción puede transcurrir de muchas maneras; incluso reconoce que habría que incluir el calor que interviene en la reacción. Tiene claro, pues, la necesidad de lo que hoy llamamos aspectos cinético y termodinámico de las reacciones químicas, pero, dice, «para eso es aún temprano» (pág. 211). A pesar de ello intenta determinar el «calórico» con el calorímetro

de hielo que construye con Laplace, y que aún hoy se usa en las prácticas de laboratorio de, por lo menos, los estudios secundarios... Su deseo de cuantificar le lleva a situaciones cómicas, como cuando realiza consideraciones acerca de la ingesta deseable para un esforzado trabajador o un rico ocioso; a pesar de ello, no se esfuerza mucho en intentar cambiar el sistema: «guardémonos de criticar a la Naturaleza (...); contentémonos con bendecir a la filosofía, que tiende a acercar las fortunas...».

### La nueva nomenclatura

El segundo aspecto del cambio introducido en la Química en ese momento lo constituye la nueva nomenclatura, que, en máxima medida, va a permitir a nuestra ciencia liberarse del yugo de la alquimia. Se trata indudablemente de un cambio no baladí y que no pasa sin la oposición de muchos, tanto para oponerse a la propia nueva nomenclatura como para, con ella como excusa, oponerse a la nueva química, como hacen en su informe a la Academia Baumé, Darcet y algunos otros.

Cierto es, sin embargo, que el cambio es sustancial. A pesar de que el arcano da paso a lo sistemático, no hay que olvidar que la nueva nomenclatura hace obsoletos todos los libros anteriores que, a la generación siguiente, nadie podrá leer. Está, además, el problema social. Artesanos, drogueros, tintoreros, perfumistas, vidrieros..., no pertenecen al medio académico y quedan marginados del saber culto. No es rara, pues, la oposición a la nomenclatura. No obstante, los «antiflogisto» contraatacan y crean una nueva revista, con Guyton de Morveau a la cabeza: los *Annales de Chimie* en 1789. Los irredentistas partidarios del flogisto se defienden... Al final, la revolución acaba efectivamente con Lavoisier, pero el germen fructifica con los que han sido sus discípulos, como Fourcroy; sus colaboradores, como Guyton, quizá el mejor químico de su época, y auténtico diseñador de la nueva nomenclatura; o se han rendido a sus ideas para no oponerse a ellas, como Bertollet, o, incluso, por conveniencia personal. Tal es el caso de Chaptal, profesor en Montpellier, pionero de la «Química Aplicada» y químico industrial, que se adhiere a las ideas de Lavoisier para favorecer sus importaciones de productos ingleses. Sin embargo, no se «entrega» totalmente y durante un cierto tiempo intenta que se simultaneen las dos nomenclaturas... Tras el ímpetu revolucionario, este grupo triunfa en toda la regla, tanto al reabrirse la Academia, como en la Escuela Normal, en la Escuela Politécnica antes citada o en los laboratorios de fabricación de pólvora.

El libro que comentamos está lleno de asuntos interesantes, porque además de estar bien documentado describe una época que ciertamente lo es. La discusión, perenne, entre química (ciencia) pura y aplicada; la importancia de la Ciencia para el Progreso. Las discusiones sobre el modelo de revolución...

Dos asuntos más resaltan, sin embargo, por su especial interés. La propia detención y ejecución de Lavoisier, noveladas a lo largo de la Historia a favor o en contra suya. Y la instrumentación de todo ello, a favor o en contra de Francia, por sus enemigos, en las innumerables guerras inciviles europeas que siguieron a la Revolución francesa, y en particular las guerras entre Francia y Alemania.

Sobre lo primero, cabe recordar que a Lavoisier le detienen los ciudadanos Guyton de Morveau y Fourcroy, sus amigos (?) y colaboradores. La leyenda comienza en ese mismo momento cuando Lavoisier —se dice— pide unas horas más de libertad para acabar un experimento. Sus discípulos no le ayudan y cabe recordar que, aunque no son tiempos para ayudar mucho, todos ellos ocupan puestos im-



Marie-Anne Lavoisier colaboró en la obra científica de su marido, traduciendo textos e ilustrando su tratado de química. (Pintura de David, Rockefeller Institute, Nueva York).

portantes. Así pues, pese a la defensa de Lavoisier, del abate Haüy, de Baumé —que, recordemos, era partidario del flogisto— y de algún otro, Lavoisier es ejecutado y apenas un año después ¡comienzan las alabanzas! La más cruel es quizá la de Fourcroy, quien, en un escenario teatral y tenebroso, magníficamente descrito en este libro, pone al genio por las nubes y aprovecha para disculparse de las sospechas que sobre él pesan. De ahí surge, según Bensaude-Vincent, el retrato estándar de Lavoisier que va a imperar en todo el XIX y gran parte del XX, especialmente en Francia. El análisis de la figura del discípulo —¿traidor?—, tantas veces repetido a lo largo de la Historia, aunque pocas veces con tan funestos resultados, es otro punto fuerte del Lavoisier que comentamos. A lo largo del tiempo, la figura del sabio es embellecida, enaltecida o derribada, igual que la estatua del autor, ¡que fue fundida para fabricar cañones!, para conveniencia del que la utiliza. Como dice nuestra autora en afortunada paráfrasis, Lavoisier se convierte en una figura de geometría variable.

«La república no tiene necesidad de sabios...», frase atribuida al abate Gregorio y después a Dumas, es otro de los nudos de esta historia y antecedente, ridículo, de «Alemania no tiene necesidad de físicos y químicos», de un tristemente célebre tirano de nuestro siglo. Y, sin embargo, gracias a los trabajos de Lavoisier y sus colaboradores sobre la composición de la pólvora, el alcance de los cañones pasa de 150 a 250 metros; y esto incrementa de manera espectacular las exportaciones a España, Holanda y América.

Y así llegamos al nacionalismo, visto desde la Europa de hoy, al tribalismo, con la disputa sobre la paternidad de la Química entre Francia y Alemania. Ejemplo claro, Wurtz, químico alsaciano (1817-1874) de formación alemana y profesor en París, descubridor de una celebrada reacción de síntesis de hidro-

carburos a partir de sus haloderivados, que con extremada demagogia genera una tremenda polémica con otros dos no menos célebres químicos alemanes: Volhard y Kolbe; curiosamente, este último famoso también por una síntesis de hidrocarburos, ésta por vía electroquímica. Podemos decir que casi toda la Química europea del XIX se enfanga en el asunto lavoisiano y en si la Química es francesa o no francesa. Las duras críticas de Kolbe y Volhard, hechas durante el sitio de París en 1869, sirven, sin embargo, a los intereses de... Francia, pues son utilizados por el propio Wurtz junto con Pasteur para convencer al Gobierno de la necesidad de mejorar la investigación. En la disputa tercia la llamada escuela de San Petersburgo, que proclama la universalidad de la Ciencia. La polémica se mantiene latente y la figura de nuestro personaje es resucitada de vez en cuando.

El estupendo libro que comentamos termina con un magnífico alegato a favor de la enseñanza de la Historia de la Ciencia en la Universidad, en general, y en las Facultades de Ciencias en particular, tema esencialmente olvidado en la mayoría de los planes de estudio y en el que, a buen seguro, este magnífico trabajo sobre Lavoisier podría casi ser un libro de cabecera.

Pero si el libro termina bien, no podemos decir lo mismo de su principio, en el que un confuso, y en varios puntos absurdo, prólogo de Michel Serres se permite, entre otras lindes que planean sobre la greguería, comparar la científica figura del «descubridor» de la «memoria del agua» y propagador de homeopatías, con figuras señeras de la Ciencia. Que no se preocupe el lector; sólo son siete páginas y media de un total de cuatrocientas setenta: menos que el error relativo experimental de las medidas de Lavoisier... Y, además, puede saltárselas y empezar a leer en la página 15. □

### RESUMEN

*Guillotinado hace doscientos años por la Revolución francesa, a la figura de Lavoisier, quizá el más famoso de los químicos de toda época, asegura el profesor Alario, dedica éste su comentario a partir de una biografía apa-*

*recida en Francia con motivo del bicentenario, y que no es una más, de las muchas que existen, sino un detallado análisis de la labor científica del químico francés y de su papel desempeñado en el desarrollo de la Química.*

**Bernadette Bensaude-Vincent**

**Lavoisier**

Flammarion, París, 1993. 470 páginas.

# El ascenso de la genética de la levadura

Por Carlos Gancedo

**Carlos Gancedo** (Madrid, 1940) es profesor de investigación del C.S.I.C. en el Instituto de Investigaciones Biomédicas, de Madrid. Ha publicado numerosos trabajos relacionados con la bioquímica y genética de levaduras y ha organizado varios cursos internacionales avanzados sobre estas materias.

El libro que comentamos a continuación es una colección de relatos breves escritos por personas que participaron activamente en el desarrollo de la genética de levadura como campo de investigación. Ha sido compilado por Michael N. Hall y Patrick Linder, ambos del Biocentro de la Universidad de Basilea, e impreso por el bien conocido Cold Spring Harbor Laboratory de Nueva York. El motivo de la aparición del libro es que la levadura ha entrado definitivamente en la lista de organismos clásicos usados en la experimentación genética, colocándose al lado de *Drosophila*, *Neurospora*, *E. coli* y maíz. Y además el desarrollo de la genética de levadura ha sido tan rápido que es todavía posible escribir su historia con la colaboración de bastantes de los protagonistas de las etapas iniciales de esa historia, algo que no puede hacerse en otras ramas de la ciencia que se han desarrollado a lo largo de mucho más tiempo. A los autores de los diversos capítulos se les pidió que recordasen no sólo las etapas científicas de los descubrimientos, sino también lo que sucedía por detrás de los trabajos publicados. Nos encontramos, pues, ante una serie de personas que nos narran sus vivencias, o quizá los recuerdos elaborados de sus vivencias, que habrá que aceptar habida cuenta de las subjetividades y del paso filtrante del recuerdo que hace que «cualquier tiempo pasado fue mejor».

El libro intenta seguir la línea del clásico *Phage and the Origins of Molecular Biology* editado hace casi treinta años también por Cold Spring Harbor, un nombre mítico en biología molecular, cuya influencia en el desarrollo de la genética de levaduras comentaremos más adelante. La elección de los autores en una obra de estas características no es tarea fácil y los compiladores optaron por elegir inicialmente unos nombres indiscutibles por su unánime reconocimiento y pedir a éstos que sugiriesen otros nombres. Los que aparecieron en las listas de todos fueron a su vez seleccionados, con lo que se llegó a 30 capítulos escritos por 28 científicos que trabajaron en los momentos más o menos iniciales del desarrollo de la genética de levadura. Si algún personaje importante falta ha sido por propio deseo o por circunstancias ajenas a los editores. La procedencia de los autores nos da una idea de dónde se desarrolló esta rama de la biología. Aunque el «padre fundador» de la genética de levaduras fue un europeo, los americanos han mostrado también su potencia en este campo, y así en el libro aparecen 16 norteamericanos, 11 europeos y un japonés. Sería interesante analizar el porqué de esta supremacía. Y quizá leyendo este libro se encuentren algunas de estas razones: gasto importante en investigación, selección de los doctorandos por los laboratorios en función de su capacidad, métodos educativos que estimulan la iniciativa... La ausencia de científicos soviéticos se comprende teniendo en cuenta la destrucción, incluso física, de la genética mendeliana causada por las teorías y el poder político de Lyssenko en la extinta Unión Soviética.

Antes de seguir, sería bueno adelantar que este libro no es una historia destinada al gran público, es decir, no se trata de un libro de alta divulgación. Probablemente su público sea relativamente reducido: inves-

tigadores que trabajan en genética, laboratorios ocupados con levadura, estudiosos de la historia y sociología de la ciencia. Todos ellos encontrarán material útil en este libro. Y con razón, pues debido al desarrollo tan rápido mencionado anteriormente, este campo presenta en un corto espacio de tiempo el mismo tipo de episodios y problemas que se han presentado a lo largo del desarrollo de otros campos de la ciencia que avanzaron más lentamente: influencia de grandes personalidades, diferentes estilos de investigación, choque entre ideas aceptadas y hechos que no son explicados por éstas... Son algunos de estos aspectos, de un interés más general, los que —sin entrar en profundidad en tecnicismos— van a ocupar nuestra atención a lo largo de esta reseña.

## Un organismo vivo

Pero consideremos antes de nada quién es el protagonista de la historia y cómo hace su entrada en el quehacer científico. La levadura —que no tiene nada que ver con la «levadura Royal» usada en ciertos tipos de repostería casera— es un organismo vivo, ligado a actividades humanas tan antiguas como la elaboración del pan, del vino y de la cerveza y se encuentra mencionada explícitamente en varios pasajes del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento*. Probablemente la referencia más antigua a este organismo se encuentra en el libro segundo de Moisés, comúnmente conocido como *Exodo*, en el que en recuerdo a la precipitación de la salida de Egipto del pueblo elegido se instituye la obligación de comer pan ázimo durante la Pascua: «Por siete días no se hallará levadura en vuestras casas... ninguna cosa leudada comeréis; en todas vuestras habitaciones comeréis pan sin levadura». Esta levadura que nos ocupa es una especie denominada «*Saccharomyces cerevisiae*», y aunque existen numerosas especies de levadura, es ésta la que ha entrado en la ciencia de forma predominante y ocupa actualmente un puesto de primera línea en la investigación de problemas de genética y biología molecular.

La entrada de la levadura en los laboratorios se produce a causa de una de sus actividades principales: la fermentación alcohólica. La naturaleza del proceso fermentativo fue un misterio hasta bien entrado el siglo XIX. Y aunque la levadura iba siempre asociada a este proceso, no se la tenía en cuenta como agente productor. Eminentemente personalidades de la química, como Berzelius o Liebig, consideraban la levadura como

un producto de la descomposición de los componentes orgánicos de las materias que fermentaban. Fueron necesarios los trabajos de Pasteur, iniciados para remediar un problema de los fabricantes de alcohol de Lille, los que colocaron a la levadura en situación de primera figura en el proceso fermentativo. En sus memorias sobre las fermentaciones alcohólica y láctica y en su monumental obra *Etudes sur la Bière*, Pasteur demostró que la fermentación era causada por la levadura, y que cuando la fermentación se estropeaba se debía a la contaminación por otros microorganismos. Curiosamente, Pasteur escribió en la introducción de sus *Etudes sur la Bière* que inició estas investigaciones por razones patrióticas. Iniciadas inmediatamente después de la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870-71, tenían por objeto marcar un triunfo duradero en una industria en la que Alemania era superior a Francia.

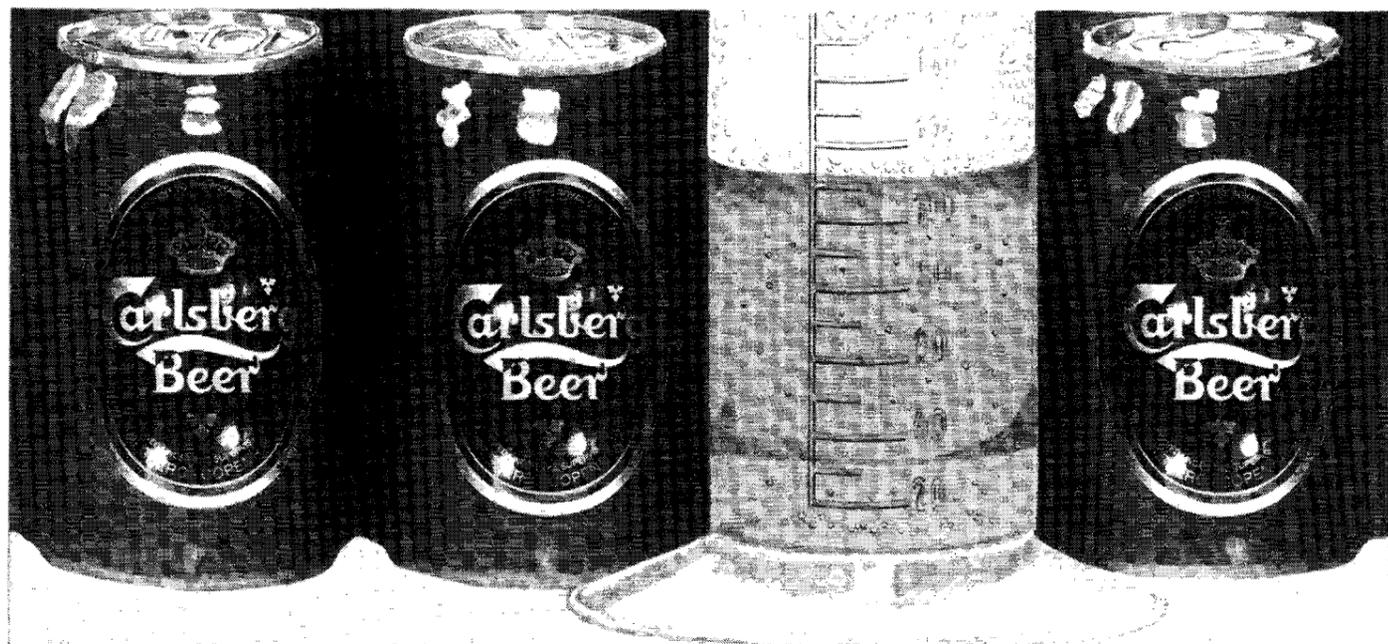
Aunque Pasteur fue el que inició el estudio científico del papel de la levadura en la cerveza, la institución que se consagró a ello fue una Fundación que muy pronto desempeñaría un papel preponderante en el establecimiento de la genética de levaduras. Me refiero al laboratorio de Fisiología de la cervecaría de Carlsberg, en Dinamarca, fundado por J. J. Jacobsen, propietario de dicha cervecaría, con el objeto de llevar a cabo una investigación independiente y proporcionar una base científica a las operaciones de malteado y fermentación en cervecaría. En los estatutos fundacionales, Jacobsen, como gran filántropo, establecía que «no sería secreto ningún resultado del laboratorio que fuese de importancia teórica o práctica». De esa forma la utilización de cultivos puros de levadura para iniciar la fermentación cervecera que se desarrolló en Carlsberg pasó rápidamente a ser utilizada en las cervecarías del mundo entero. Y fue precisamente de Carlsberg de donde partió el estudio de la genética de levaduras. No es muy frecuente poder adscribir a un lugar y a una persona el nacimiento de una disciplina científica; sin embargo, en el caso de la genética de levadura puede señalarse claramente al laboratorio de Carlsberg como lugar y a Ojvind Winge como persona. Pocos años más tarde, al otro lado del Atlántico surge también otra persona que contribuye a establecer el campo como disciplina científica: Carl Lindgren. En el libro que comentamos se les denomina a ambos los «padres fundadores de la genética de levaduras».

Cuando comencé a trabajar como estudiante en el laboratorio de Alberto Sols, las

levaduras se cultivaban en «Winge», de forma que para mí «Winge» fue durante un tiempo una solución de 1% de glucosa y 0,3% extracto de levadura. Pero Winge era una persona, como descubrí más tarde. Era profesor de Genética en la Facultad de Veterinaria y Agronomía de Copenhague y había realizado importantes contribuciones a su campo. En 1933 aceptó la dirección del departamento de fisiología del laboratorio de Carlsberg, donde inició un programa de investigación básica sobre la genética del lúpulo, de la cebada y de la levadura, organismos claves para la industria cervecera. Winge publica su primer trabajo sobre genética de levadura en 1935, cuando tiene cuarenta y nueve años, y lo hace en la revista del laboratorio de Carlsberg, *Comptes rendues des travaux du Laboratoire de Carlsberg, série Physiologie* (obsérvese que el título de la revista está en francés). Se trata del primer intento de análisis genético de un problema biológico de la levadura: la alternancia de fases haploide y diploide en el ciclo biológico. Los organismos superiores muestran estas fases en algún momento de su vida; las células sexuales son haploides, mientras que las demás del organismo son diploides. Winge mostró claramente que la levadura tiene una alternancia de fases haploide y diploide como cualquier organismo «superior», y que por tanto sería de esperar que su comportamiento genético fuese mendeliano. Winge realizó numerosos descubrimientos en el campo de la genética de levaduras, pero no continuó explotándolos; parece que le satisfacía apuntar un problema importante, iniciar su estudio y abandonar el seguimiento a otros, «o tempora, o mores».

## Al otro lado del Atlántico

En contraste con Winge se presenta el otro «padre fundador»: Carl Lindgren. Este, en colaboración con su esposa Gertrud, contribuyó a asentar la genética de levadura en los Estados Unidos de América. Lindgren inició su relación con la genética en el laboratorio de T. H. Morgan, «el señor de las moscas», en Caltech, en Pasadena (sobre Caltech y su papel en el desarrollo de la nueva biología, ver el artículo de Miguel Beato en el número de *SABER/Leer* de mayo de 1994). Al comienzo de los años cuarenta, en St. Louis, Missouri, inició sus estudios sobre levadura, probablemente porque la compañía productora de levadura Anheuser-Busch



ANTONIO LANCHÓ

Viene de la página anterior



Inc le financió alguno de sus proyectos (parodiando a Miranda en *La Tempestad*, podríamos exclamar: «O brave new country that has such industry in it»). Parece que Lindegren tenía prisa por causar impacto y esto hizo que algunas de sus ideas careciesen de soporte experimental adecuado. Esto hizo que, a pesar de realizar importantes aportaciones y haber descubierto hechos interesantes, como la conversión génica, fuese relegado a la periferia de la genética norteamericana. Pero sus ideas fueron provocativas y, aunque erróneas en muchos casos, estimularon la investigación.

El uso de la genética de levadura como herramienta de trabajo se extendió a círculos no genéticos a lo largo de los setenta, y sin duda a ello contribuyeron los cursos de Cold Spring Harbor. Dos genéticos—Gerry Fink, entonces en la Universidad de Cornell, y Fred Sherman, de la Universidad de Rochester—comenzaron a impartir en 1970 en un laboratorio de Cold Spring Harbor un curso trisemanal que intentaba transmitir los arcanos de la genética de levadura a un pequeño grupo de estudiantes deseosos de oír el mensaje de que había un pequeño organismo eucariótico interesante cuya genética debía dejar de inspirar miedo. Y entre estos estudiantes se solían encontrar no sólo brillantes jóvenes «post-docs», sino también figuras conocidas de la bioquímica deseosas de abordar en sus laboratorios problemas bioquímicos con nuevas herramientas. Aparte del aprendizaje de nuevas técnicas, un aspecto importante de estos cursos era la convivencia continua de personas con distintas formaciones, expertas en distintos temas. Esta convivencia creaba un ambiente de discusión intelectual libre que a veces se convertía en generadora de importantes ideas. Precisamente Fink, en uno de los capítulos de este libro, cuenta cómo de resultados de una discusión con Sherman en uno de los cursos inició una investigación que dio como resultado la demostración de la posibilidad de introducir DNA exógeno en la levadura. Este resultado abrió la puerta al gran desarrollo de la biología molecular de la levadura que se inició en 1978 y que ha continuado hasta el momento. Esto es una muestra más de la importancia de los contactos personales entre científicos, importancia que crece a medida que los temas de investigación han dejado de ser parcelas acotadas para convertirse en territorios de caza abiertos. El contacto personal permite descubrir lo que a veces no se escribe en una publicación, ver ciertos problemas que no se comunican, y es en definitiva el mejor modo de establecer colaboraciones.

### El DNA de la levadura

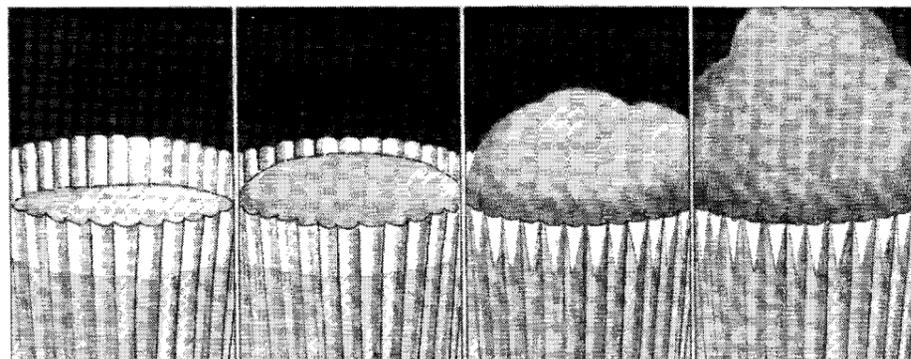
La entrada de la biología molecular en el dominio de la genética de la levadura ha conducido a un conocimiento de este organismo tan exhaustivo que se calcula que a unos cien años de la muerte de Pasteur—1895—se conocerá prácticamente la secuencia de todo el DNA de la levadura. El DNA es la molécula del material genético y lleva las instrucciones para el desarrollo de los organismos en forma de clave formada por la secuencia de cuatro componentes, abreviados con las letras A, T, C, G, que la maquinaria celular «lee» en grupos de tres: ATG GTC GGA CCA... El conocimiento de la secuencia de todo el DNA de un organismo es de gran importancia, ya que permite conocer qué genes están presentes e intentar identificar qué funciones desempeñan. La Comunidad Económica Europea lanzó a finales de los ochenta un programa de investigación destinado a conocer la secuencia de bases de todo el DNA de la levadura, y en

1992 se publicó la primera secuencia completa de un cromosoma de un organismo eucariótico: el cromosoma III de la levadura. El DNA de este cromosoma tiene unas 300.000 «letras» en una secuencia precisa. La importancia de este trabajo conjunto de 35 laboratorios europeos puede valorarse viendo dónde lo sitúa la revista *Nature*. En un anuncio de la revista, donde se proclama que desde hace 120 años los científicos han escogido esa revista para publicar ideas que han cambiado la historia, menciona entre otras publicaciones un artículo de Darwin sobre la selección natural (1880), el descubrimiento de los rayos X (1897), el modelo de la doble hélice del DNA (1953)... y la secuencia completa del cromosoma III de la levadura. Actualmente ya se ha publicado la secuencia de otros tres cromosomas, y laboratorios de Estados Unidos y Japón se han incorporado a la empresa. Incluso se han creado centros «stajanovistas» para secuenciar a unas velocidades inimaginables. Aparte del conocimiento del genoma de la levadura, de interés para la ciencia básica y con potencialidad industrial, los programas de secuenciación de este organismo están sirviendo como entrenamiento para el ataque a genomas mucho más complejos, en última instancia el genoma humano. Piénsese que mientras que la levadura tiene unos 14 millones de «letras» en su DNA, el genoma humano tiene ¡3.000 millones! El éxito de la empresa de secuenciación depende de un soporte económico, además de una buena organización que coordine las distintas tareas y de adecuada infraestructura informática. Sin esta última es impensable un trabajo de este tipo. Aquí se ve cómo en la ciencia se producen interacciones inesperadas.

### Genética de levadura

El número de personas que trabajan en temas de genética y biología molecular de levadura ha crecido de forma casi exponencial. La primera reunión de genéticos de levadura fue organizada por los Lindegren en 1961 y a ella asistieron once participantes; treinta años después, los asistentes a una reunión similar fueron más de mil. Esta gran expansión ha hecho el trabajo con este organismo enormemente competitivo. En un relato del libro, un investigador recuerda como los años de investigación más felices de su vida los que pasó en Carlsberg a finales de los cuarenta; tenía libertad de investigación, disfrutaba de una atmósfera amistosa y colaboradora y no sufría la presión de una enorme comunidad internacional de genéticos interesados en temas relacionados y amenazando con barrer a un investigador solitario y poco equipado que trata de llegar a los mismos resultados. El ritmo frenético por publicar también era desconocido y un trabajo maduraba sometido a las críticas de los colegas del departamento. Otro investigador menciona un caso en que se tardó un año en lograr una versión de un manuscrito que satisficiera las críticas internas antes de ser enviado a la revista.

Que la marcha de la ciencia es impredecible y debe bastante al azar también se confirma en los relatos de este libro. Quizá el caso más llamativo sea aquel en que el azar es un factor climático, en este caso el frío: un genético dedicado al maíz obtiene un puesto en St. Louis y al cabo de poco tiempo se da cuenta de que en aquel clima el maíz no madura; no es posible, por tanto, hacer estudios genéticos en él. Y entonces decide cambiar de organismo; invita a Lindegren dos semanas a impartir un ciclo de seminarios y se convierte a la levadura. Era H. Roman, una figura que formó a muchos investigadores en el campo.



ANTONIO LANCHO

Quizá merezca la pena mencionar que ha sido estudiando la genética de la levadura donde se ha considerado de manera detallada el problema de la herencia materna, mejor llamada herencia citoplásmica. El conocimiento adquirido en la levadura de la estructura de las mitocondrias, su genética y sus relaciones con el núcleo celular han ayudado a abordar problemas como el de las patologías mitocondriales en organismos superiores.

No deja de ser curioso que la genética de levadura que se inició cerca de la industria no haya podido utilizarse intensamente en la mejora de estirpes industriales hasta el advenimiento de la biología molecular. Esto se debe a que las estirpes industriales seleccionadas a lo largo de siglos para una determinada tarea presentan una genética mucho más compleja que la levadura de laboratorio. La mejora de estirpes industriales de levadura ha recibido un gran empuje con la llegada de las técnicas de ingeniería genética, aunque la resistencia del público a aceptar productos elaborados con organismos construidos mediante estas técnicas puede detener o frenar el proceso de mejora. Se topa aquí con una barrera mental construida con la ignorancia, amasada con la manipulación y coronada con la añoranza del paraíso perdido de «lo natural».

Donde la levadura se ha hecho imprescindible es en otros lugares de la biología, al convertirse en banco de pruebas para la expresión de genes de otras especies, por ejemplo humanos. Así, recientemente se ha publicado un trabajo en que se utilizaba la levadura como herramienta para la detección de la susceptibilidad familiar al cáncer de colon. Asimismo se han desarrollado lo que se conoce con el nombre de cromosomas artificiales de levadura, YAC (yeast artificial chromosomes), que son estructuras capaces de transportar en la levadura una gran cantidad de DNA de otro organismo, que la levadura trata como si fuese suyo, permitiendo así multiplicarlo fácilmente.

Una pregunta justificada es si el éxito de la genética de la levadura que ha permitido este desarrollo no ha causado la muerte de la genética clásica de este organismo. La respuesta a esta pregunta depende de los cometidos que se le asignen a la genética clásica, pero es evidente que determinadas cuestiones no se plantearán ya con sus mé-

todos ni con sus esquemas mentales. ¿Hemos asistido en poco más de cincuenta años al irresistible ascenso y a la decadencia de una metodología? Probablemente, pero el ascenso ha abierto unos caminos con horizontes inimaginados. La aplicación de los nuevos conocimientos dependerá en gran parte de que la sociedad pueda tomar decisiones razonadas sobre su utilización. Y para esto es necesaria una buena educación científica. En los sistemas políticos democráticos, la opinión pública decide en gran parte cómo se van a utilizar los conocimientos científicos; pero ¿cómo una opinión científicamente analfabeta podrá tomar decisiones razonadas?

### Pensar por su cuenta

Antes de cerrar esta reseña quisiera destacar algo muy importante sobre todo para los jóvenes que se aproximan a un laboratorio: la importancia de plantearse cuestiones y la absoluta necesidad de pensar por su cuenta durante la realización de la tesis. Una investigadora que escribe en el libro reflexiona sobre sus primeros días en un curso sobre levaduras en el que el profesor esperaba que los estudiantes iniciaran una investigación y llega a la conclusión de que habían sido educados para responder preguntas, pero no para plantearlas. Creo que, por desgracia, esto sigue siendo cierto en numerosos casos. A la misma persona anterior le dijo su supervisor cuando la envió a trabajar con el ya mencionado H. Roman: «Recibirá una magnífica formación, pero no espere que le resuelva sus cuestiones; si se las plantea, le contestará con otras». Merecería la pena que muchos candidatos a doctorando meditaran su postura ante estas situaciones antes de iniciar una importante etapa de su vida.

Algo que podemos preguntarnos, y que vuelve a plantear la cuestión de la relación entre ciencia y sociedad, es si la levadura hubiese alcanzado el lugar preeminente que ocupa en la biología actual, si esta ciencia se hubiese desarrollado en una civilización en la que el pan y el vino no hubiesen ocupado un lugar tan importante en la vida cotidiana como en la nuestra, por ejemplo en una cultura centrada alrededor del arroz y del maíz. Pero esto no es sino un ejercicio de historia virtual. □

### RESUMEN

La recopilación que se hace en el libro del que se ocupa Gancedo de testimonios científicos de quienes han participado activamente en el desarrollo de la genética de levadura como campo de investigación, muestra, en primer lugar, que la levadura ha en-

trado ya en la lista de organismos clásicos usados en la experimentación genética y, en segundo lugar, que el desarrollo de la genética de la levadura ha sido tan rápido que todavía se puede contar con muchos de sus protagonistas.

Michael N. Hall y Patrick Linder (eds.)

*The Early Days of Yeast Genetics*

Cold Spring Harbor Laboratory Press, Nueva York, 1993. 477 páginas.

# El arte como disciplina útil

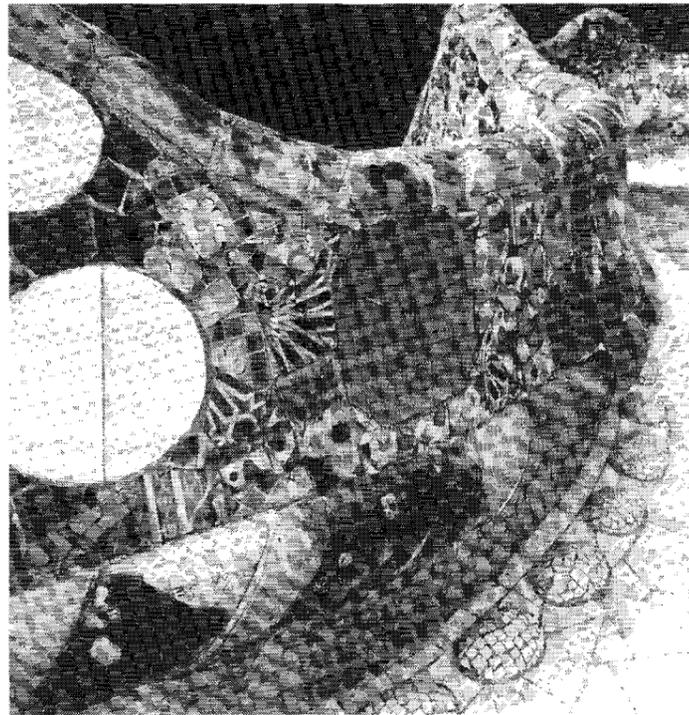
Por Román Gubern

**Román Gubern** (Barcelona, 1934) es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona y ha sido profesor en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena) y en la Universidad de California del Sur (Los Angeles). Es director del Instituto Cervantes en Roma y autor de numerosos libros sobre cine y comunicación de masas.

En este final de siglo, cuando todas las experiencias estéticas han sido legitimadas, cuando se ha reivindicado incluso la productividad cultural del «kitsch» y cuando cualquier heterodoxia artística tiene su cabida en galerías o en museos, parece hartado proponer de nuevo algunos criterios acerca de la calidad estética. La ventaja desde la que parte el polémicamente sereno libro de Tusquets que ahora comentamos es la de circunscribirse básicamente a las parcelas de la arquitectura y del diseño, que constituyen su especialidad profesional, aunque efectúa también algunas incursiones en el mundo de la pintura, un medio que también ha frecuentado desde hace años. Pues el diseño, desde las reflexiones pioneras de Gillo Dorfles (*El diseño industrial y su estética*, cuya edición española prologó en 1968 Alexandre Cirici), constituye una práctica que ha generado comparativamente menos bibliografía que la ensayística sobre las llamadas Bellas Artes. Este déficit reflexivo, y la centralidad del diseño en los escenarios de la vida moderna, facilitan la elaboración del discurso crítico del autor.

El libro de Tusquets constituye, desde luego, un texto no convencional, amparado por su explícito estatuto literario de «notas dispersas», que anuncian la mirada vagabunda de un «flâneur» sobre los paisajes artificiales de nuestra sociedad postindustrial. Difícilmente podría plantearse de otro modo, al ser un texto que no aspira a erigirse en sistema, en tratado o en manual. Pero a pesar de ello, a pesar de intentar huir del sistema normativo, propone entre líneas el suyo propio, que, a pesar de su exposición desvertebrada, anida un inconfesado voluntarismo normativo, que autorizaría a su libro tomar prestado de Galvano Della Volpe su emblemático título *Crítica del gusto* (editado por Feltrinelli en 1963).

Aunque Oscar Tusquets se formó en el racionalismo del estilo internacional e hizo traducir y maquetó en 1966 la edición castellana de *La nueva arquitectura y la Bauhaus* (Editorial Lumen), no tardaría en convertirse en el pionero y el adelantado de las prácticas postmodernas en diseño y arquitectura en nuestro país. En fecha tan temprana como 1971 hizo publicar en castellano el famoso manifiesto postmoderno de Denise Scott Brown y Robert Venturi, *Aprendiendo de las cosas* (Tusquets Editores). La coherencia actual de su actitud como teórico y como práctico es absoluta y puede resumirse, esquemáticamente, como una crítica al aspecto ideológico dogmático de la Bauhaus, asociado a su ascetismo y rigorismo protestantes. Y esta crítica la efectúa principalmente, de modo muy socrático, a través de perspicaces preguntas o paradó-



Josep Maria Jujol, Banco del Parc Güell, 1900-1914.

jicas constataciones, que atacan los flancos más vulnerables de aquel movimiento fundacional de la modernidad racionalista, que se ha erigido durante tantos años en modelo indiscutible en la cultura occidental.

Tusquets conduce su crítica, como hemos señalado, mediante preguntas muy hábiles o constataciones lapidarias. Ataca frontalmente el núcleo duro de la ideología racionalista al abordar la clásica correlación entre lo bello y lo útil. Armado de sentido común constata que lo útil no es necesariamente bello (como no lo son el robot industrial ni la cinta cazamoscas), ni lo bello necesariamente útil. Por fortuna, se trata de una crítica desapasionada y sin ira, templada a veces por el humor, lo que paradójicamente la hace más seria y menos sectaria. Es una crítica surgida del eclecticismo del sentido común, que tan tópicamente se atribuye al «seny» de los catalanes, y curtida por el rodaje de un medio siglo de vida que ha asistido al estrepitoso fracaso de las utopías y del pensamiento utópico. Pero ya sabemos que todo embate contra una ideología se convierte fácilmente en otra nueva ideología, aunque ésta se ignore o se oculte como tal.

## Asombro ante lo cotidiano

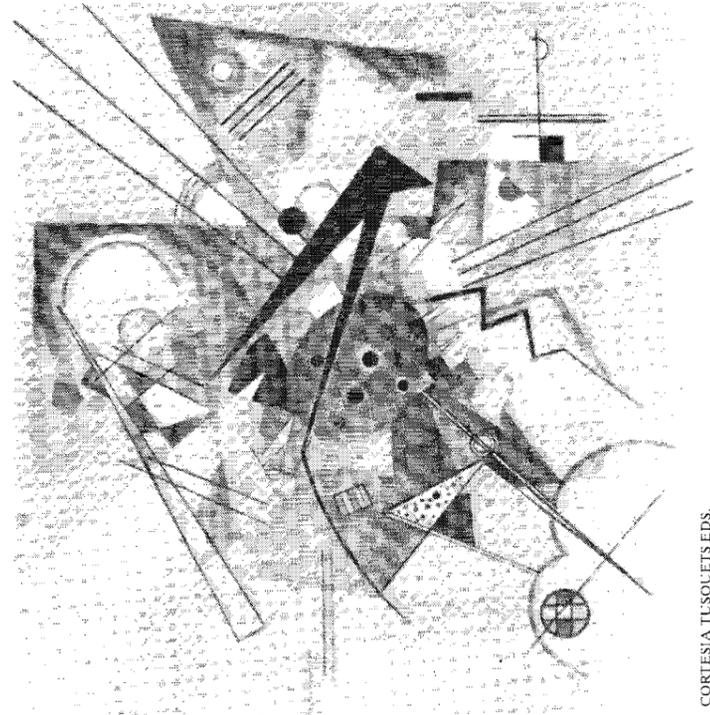
Tusquets nos propone saludablemente, como hacía Aristóteles, asombrarse ante lo cotidiano (no se olvide que Aristóteles fue antes naturalista que filósofo), pero en nuestros tiempos hay que asombrarse ante los objetos del mundo que nos rodea. Y a partir de una mirada supuestamente ingenua desarrolla su lógica del empirismo cotidiano, alzado contra los dogmas teóricos y las «ideas reñues». Con esta mirada crítica no le cuesta trabajo a Tusquets rebelarse contra el mito modernista de la industrialización forzosa, coinci-

diendo así, por otros caminos, con la actual teoría económica y ecológica del «desarrollo sostenible». Después de un siglo de tecnofilia y de urbanomanía le toca ahora el turno al reconocimiento de la sabiduría secular de los artesanos y a la reconciliación con la naturaleza, convergente con lo que el etólogo Eibl-Eibesfeldt ha calificado como «fitofilia» del moderno «homo urbanus». En este sentido, la sensibilidad de Tusquets se incardina en la tradición del hedonismo mediterráneo, aunque haciendo del hedonismo una forma de conocimiento, como los viejos filósofos epicúreos. La búsqueda del placer constituye una filosofía estética legítima y le falta muy poco a Tusquets para localizar en la libido la fuente de toda invención.

Tusquets ha aprendido también de los físicos modernos, como Ilya Prigogine, que lo que caracteriza principalmente al mundo es la complejidad. Y esta complejidad desautoriza muchas estrategias lineales inventadas por los economistas y gestores empresariales y que afectan directamente a las prácticas estéticas. En este sentido me parece impagable y luminosa su crítica demoledora a las técnicas del marketing, como déspotas inapelables sobre las opciones creativas del arquitecto y del diseñador. Cualquier sondeo estadístico previo decretaría que el público rechaza una silla con sólo dos patas y, gracias a que este sondeo no se llevó a cabo, pudo Marcel Breuer diseñar y lanzar su maravillosa silla Cesca, con dos patas tubulares. Los ejemplos podrían multiplicarse y Tusquets ofrece alguno extraído de su propia carrera.

## La complejidad de lo real

Pero la innegable complejidad de lo real conduce a Tusquets a enredarse alguna vez con sus propias contradicciones. Así, si en un capítulo denuncia con mucha cordura las graves limitaciones de la fotografía como documento informativo fiable acerca de las calidades arquitectónicas de edificios y monumentos, en otro capítulo arremete razonablemente contra la incomodidad de los viajes aéreos, de tal modo que el conocimiento, apreciación y juicio de los edificios y monumentos lejanos sólo podría llevarse a cabo a través de sus muy imperfectas imágenes fotográficas. La desautorización simultánea de la fotografía y del avión pulveriza el mito de la «aldea global» en el plano perceptivo y en-



Wassily Kandinsky, Acompañamiento amarillo, 1924.

troniza el principio de un epicureísmo sosoagado y autolimitado.

Pero Tusquets asume con serenidad y sin ningún dramatismo las incoherencias que pueden derivarse de su empirismo hedonista. Lo hace, de modo luminoso, en el último capítulo de su libro, titulado elocuentemente «Sin figuración, poca diversión». En él, y desarrollando una reflexión muy próxima a la de Claude Lévi-Strauss en su conocida crítica al arte no figurativo, se pronuncia arduosamente en favor de la pintura representativa e icónica. El antropólogo francés efectuó su crítica desde una perspectiva semiótica, mientras que Tusquets la elabora desde los principios del conocimiento y del placer. Se trata, claro está, de una confesión en primera persona, de un espectador y de un artesano de los pinceles que razona sobre aquello que le gusta y aquello que no le gusta. Y así se coloca, de nuevo, en una frontera del placer de fuerte impregnación libidinal. Pero esta declaración de principios tan rotunda no le impide, al final del libro, rendir su admiración hacia nuestro más emblemático pintor no figurativo, Antoni Tàpies. También nuestro operador Néstor Almendros, a pesar de ser un profesional de la imagen figurativa del cine, confesó en su último artículo, escrito poco antes de morir, la influencia que sobre su educación visual ejerció la obra de Tàpies, quien le enseñó a apreciar las calidades plásticas de las corroídas paredes neoyorquinas. De manera que la militancia en una escuela estética no supone necesariamente la ceguera hacia los valores de la escuela antagonista. Se puede admirar a Velázquez y a Turner, a Bernini y a Calder. Con la constatación de esta falta aparente de lógica concluye así Tusquets su estimulante libro afirmando que cuanto ha escrito a lo largo del volumen es «más que discutible». Es decir, adhiriéndose a los fundamentos filosóficos de los venerables sofistas atenienses, quienes fueron los primeros postmodernos de la cultura occidental. □

## En el próximo número

Artículos de Manuel Alvar, Xesús Alonso Montero, Pedro Cerezo Galán, Guido Brunner, José Luis Barrio-Garay, José Antonio Campos Ortega y Francisco García Olmedo.

## RESUMEN

Oscar Tusquets, desde su especialidad profesional, que es la arquitectura y el diseño, posa su mirada vagabunda sobre los paisajes artificiales de la sociedad postindustrial en la que estamos; y lo hace, comenta Gubern, desde un

texto poco convencional, que no aspira a erigirse en sistema o tratado, pero que, aunque huya del sistema normativo, no renuncia a proponer el suyo propio, a criticar los flancos más vulnerables de la imperante modernidad racionalista.

## Oscar Tusquets

### Más que discutible

Tusquets Editores, Barcelona, 1994. 204 páginas. 1.800 pesetas.

## De nuevo sobre la Biblia de Ferrara

Por Manuel Alvar

**Manuel Alvar** (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

En 1992 se publicó en Madrid una edición facsimilar de la *Biblia* de Ferrara. No voy a entrar en algunas cuestiones que la reproducción —excelente— nos plantea, sino en un motivo que no dejó de resultarme curioso: la cantidad de prologuillos que abrían aquellas páginas: unos redactados por ilustres especialistas; otros, por menos ilustres. Pero, aun en los casos mejores, era tan exiguo el espacio de que cada autor disponía que apenas nada podían decir para nuestra ilustración. Ahora estas muchas páginas de Margherita Morreale —insigne más que nadie en los estudios del ladino— vienen a suplir aquellas deficiencias.

La *Biblia* ferrarense es la obra capital de la literatura ladina por una serie de motivos: los personajes que en ella participaron, el propio origen de su texto, la influencia que ejerció entre los protestantes españoles y las ediciones que de ella se hicieron, los textos que de ella salieron (Salterio, Cantar de los cantares, etc.) y se propagaron independientemente. Todo ello enmarcado en una «impresa ingente». Aunque el conjunto de estos informes es muy importante, lo que, a mi ver, tiene un singularísimo valor es la teoría general de la ciencia de traducir. Que todo esto no resulta fácil de valorar es evidente a causa de las diferencias que hay entre los ejemplares que se han salvado de esta obra ingente y que la profesora Morreale intenta resolver. Seguir las páginas de este admirable estudio es caminar tras un inacabable mundo de problemas que se nos van dando resueltos.

Antes de la divulgación del texto tenemos los temores de algunos prelados que la creyeron en relación con luteranos y herejes. En efecto, entre el 18 y el 20 de febrero de 1552, tres ilustres miembros del Concilio de Trento —y traduzco a Renata Segre— dirigieron sendas cartas al duque de Ferrara manifestándole su alarma por una noticia que habían recibido según la cual en la traducción convergían los



JUAN RAMÓN ALONSO

intereses de protestantes y «marranos». Los tres prelados eran Gaspar Jofre Borgia, obispo de Segorbe; Sebastiano Pighino, vicepresidente del Concilio, nombrado cardenal hacía escasamente tres meses; y Marcello Crescenzi, legado pontificio. Pighino declara con claridad «que en Ferrara se estampa una *Biblia* en lengua española a instancias de un judío fugitivo», y Crescenzi completa que ha habido una ingerencia portuguesa. A pesar del anonimato, se identificó rápidamente a Yom Atías y

a Abraham Usque, y a doña Gracia Naci como patrocinadora de la edición. Además, los prelados sabían del traductor, que consideraban «un español luterano probablemente fugitivo»; es decir, un cristiano sospechoso de herejía. Hoy sabemos que esto carecía de fundamento, pero la influencia de la gran obra iba a ser difícil de atajar: en la primavera de 1553, los ejemplares de la *Biblia* ferrarense se dispersaron rápidamente entre las comunidades sefardíes de Europa y Levante. Además, la diligencia de Yom Atías y de Abraham Usque no se interrumpió. Había comenzado en 1552 con el *Libro de oraciones*, el *Sedar de oraciones*, el *Orden de Silhot* y siguió un año después con el *Orden de Roshanah* y *Kipur*, el *Psalterium*, amén de otros libros menos significativos.

### Cuestiones dispersas

En cuanto a la fecha exacta en que se imprimió la obra monumental hoy nos es conocida gracias al trabajo de Renata Segre sobre *La tipografía ebraica a Ferrara*, que ha

expuesto no pocas razones de diverso tipo para llegar a una conclusión (marzo de 1553). Pero estas cuestiones resultan enmarañadas por la presencia heterogénea de hombres y nombres, y no hacen muy al caso en este momento.

El conocimiento de la *Biblia* ferrarense necesita muchos estudios para que nuestro interés científico se dé por satisfecho. No poco es lo que esta monografía nos ayuda a resolver, pues sobre la tarea de los sabios ferrarenses vino a intervenir la Inquisición en la obra monumental que fue afectada por la prohibición de publicar libros que no tuvieran autorización, amén de la persecución sufrida por las traducciones de textos sagrados a lengua vulgar tanto en Castilla como en Valencia o Venecia y Roma, donde específicamente fue prohibida en 1557. Incluso sabemos, gracias a J. L. Tellechea, los secuestros que hizo la Inquisición de Sevilla de *Biblias* publicadas fuera de España (1552).

Resulta muy sagaz la explicación que hace Margherita Morreale de la interpretación



### En este número

Artículos de			
Manuel Alvar	1-2	José Luis Barrio-Garay	8-9
Xesús Alonso Montero	3	José A. Campos-Ortega	10-11
Pedro Cerezo Galán	4-5	Francisco García Olmedo	12
Guido Brunner	6-7		

SUMARIO en página 2



## De nuevo sobre la Biblia de Ferrara

del frontispicio de la obra, en la que parece encontrarse alguna alusión al peligro en que constantemente estuvieron sometidos los judíos conversos y, por otra parte, a la situación legal de la propia edición. Ni más ni menos a como la literatura emblemática de la época aludía a situaciones que encerraban un oculto simbolismo y que ahora afectaba a la protección del duque de Ferrara, «debajo de cuyo sublime favor navegamos seguros por el tempestuoso mar que las destructoras lenguas pueden levantar».

### Estimación del romance

La *Biblia* de Ferrara tiene un puesto de honor en la lucha por prestigiar a la lengua vulgar. Más aún, «nuestro español» o «nuestra lengua española», que se utilizan como elementos bien caracterizadores de un quehacer, suscita otras nuevas, e importantes, cuestiones: «el amor de la patria», según se pone en la dedicatoria a Gracia Naci, y la ex-

### Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

celencia de un romance, según se defendió entonces, capaz de tener la misma dignidad de las lenguas clásicas, de donde habría de salir —nueva vuelta a un torniquete bien sabido— la proximidad de español y hebreo en planos que rebasan el acercamiento lingüístico, que también se adujo. Esto nos lleva al intrincado problema de la lengua y la traducción, que vendría a sugerir la interferencia de Santos Pagnini, cuya versión latina se usó y no poco; sobre todo por ser muy estimada en la Curia Romana, a pesar de ser tan distinta de la *Vulgata*, pues su pretensión fue volver a los textos masoréticos o hebreos en su máxima pureza. Así vino a coincidir con la *Biblia* de Ferrara, donde se habla de «la verdadera origen hebraica» o lo que es una vuelta a la lengua de los antiguos, según específica bien claramente. Porque ampliando las referencias que acabo de hacer sobre los planteamientos teóricos del arte de traducir ferrarense, me permito añadir algunos nuevos comentarios: «Y aunque a algunos parece el lenguaje della barbaro y extraño y muy diferente del polido que en nuestros tiempos se vsa, no se pudo hazer otro por que queriendo seguir verbo a verbo y no declarar vn vocablo por dos (lo que es muy dificultoso), ni anteponer ni posponer vno a otro fue forçado seguir el lenguaje que los antiguos hebreos españoles usaron, que aunque en algo extraña, bien considerado hallarán tener la propiedad del vocablo hebraico, y ella tiene su gravedad que la antigüedad suele tener». Y casi al final de las explicaciones repite: «Algunos que presumen de polidos, quisieron desenquistar y hazer tornar atrás este tan prouechoso trabajo diziendo sonarían mal en las orejas de los cortesanos y sotiles yngenios».

### Una teoría de la traducción

Se ha planteado toda una teoría de la traducción, que haría correr un poca tinta y que por todas partes iba a inquietar. Bien lejos de estas latitudes, pero acaso no tanto de estas preocupaciones, unos clérigos españoles (1586) trataban de adoctrinar a los indios chibchas y se les planteaban los mismos problemas; entonces las versiones bíblicas vienen en su amparo: «En los lugares donde no se pudiere traduzir sentencia por sentencia como lo han hecho muchos doc-

tores y personas sauias, famocissimos leu-guatiarios que han traduzido de la lengua hebreo». Esto suscita una nueva cuestión, la de la elegancia o «polidez» que se da al español moderno frente al de la traducción, porque lo que en la *Biblia* de Ferrara se encuentra es un cierto semitismo atenuado en la morfosintaxis y no pocos términos de aquella lengua sacralizada que fue el ladino («Dio», «circunción», «templaciones»). La forma de traducir seguida por los sabios de Ferrara tuvo repulsas en el propio siglo XVI (Yosef Franco Serrano) y muy violentamente en el XVIII (Isaac Nieto). Pero esto nos lleva lejos de los propósitos de hoy.

### ¿Una vulgata ladina?

Según Margherita Morreale, no hay ningún texto hebraico que pueda considerarse antecedente del ferrarense, antes bien parece como si en algún momento hubiera una «vulgata ladina» subyacente; pues en la *Biblia* de Ferrara traducción podría corresponderse con la transformación de un texto antiguo, según pudo señalar G. Sachs al ver cómo esta versión presentaba en ocasiones una antigüedad mayor que las versiones medievales que entonces se conocían. Sabemos de algunas de estas traducciones previas, aunque no las hayamos encontrado, pero bien puede valer un testimonio de fray Pedro de Valencia («Demas d'estas librerías, he tenido noticia de otras muchas, y de *Biblias* con glosas y otros libros muy curiosos en romance»); o este otro de don Luis de Guzmán, gran Maestre de la Orden de Calatrava: «Las *Biblias* que oy son falladas el su romance es muy corrupto» (*Biblia* de Arragel de Guadalajara); y, por último, en 1478, los hebreos

aragoneses firmaron con Pablo Hurus de Constanza un contrato para que les imprimiera en dos años setenta y nueve libros en romance.

Los problemas se enraciman y no acaban, pero en algún punto tendremos que terminar estos comentarios que siguen fielmente al tratado de Margherita Morreale; pero no quisiera terminar sin tener en cuenta algo que me parece imprescindible: es necesario distinguir entre la comprensión del traductor y la del lector, y ello obliga a nuevas elaboraciones del texto. Entonces vemos a la *Biblia* de Ferrara como un mosaico en el que algunas piecillas pudieran encajar en un sentido y otras en otro, pues es cierto que los cotejos hechos hasta ahora no permiten «presumir un arquetipo o aplicar criterios ecdóticos», pero menos se puede prescindir de ellos como testimonio de una memorización o de una tradición escrita (pág. 206), aunque las partes más repetidas (salmos, cánticos) presentan una sustancial fijación, se ha dicho que comparable al texto español del *Padre-nuestro*, fijado en el siglo XIII y valedero hasta el siglo XX.

El análisis de la traducción de la *Biblia* de Ferrara exige un cúmulo de conocimientos que difícilmente se pueden dar en una sola persona, y no sólo por cuanto atañe a la lingüística y a la historia religiosa, sino también a la tipografía, a la codicología, a la historia de las versiones latinas medievales, etc.

He querido resumir el trabajo de la profesora Morreale porque es el mejor reconocimiento a un denodado esfuerzo y a una impagable dedicación al estudio del ladino. Sobran elogios y son innecesarios parabienes a la autora. Somos nosotros quienes nos alegramos de contar con este estudio. □

### RESUMEN

La traducción, a mediados del siglo XVI, a una lengua vulgar, como el español, de la *Biblia*, en la edición conocida como de Ferrara, suscitó el recelo de la ortodoxia católica, que la encontró demasiado próxima a luteranos

y herejes. De las vicisitudes y de la importancia de esta versión, que se convertiría en la obra capital de la literatura ladina, al extenderse por las comunidades sefardíes, se ocupa en su comentario Manuel Alvar.

Margherita Morreale

*La Bibbia di Ferrara. 450 anni dopo la sua pubblicazione*

Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, Roma, 1994. 60 páginas. 9.000 liras.

## SUMARIO

	Págs.
«De nuevo sobre la <i>Biblia</i> de Ferrara», por Manuel Alvar, sobre <i>La Bibbia di Ferrara</i> , de Margherita Morreale	1-2
«Galicia en la literatura del Siglo de Oro», por Xesús Alonso Montero, sobre <i>A imaxe de Galicia e os galegos na literatura castelá</i> , de Xesús Caramés Martínez	3
«Lecturas y contralecturas del catolicismo», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>Obras Completas (I. Filosofía y Religión)</i> , de José Luis L. Aranguren	4-5
«Intento de golpe de estado contra Hitler», por Guido Brunner, sobre <i>Staatsstreich</i> , de Joachim Fest	6-7
«Teorías, estrategias y la modernidad "otra"», por José Luis Barrio-Garay, sobre <i>The Optical Unconscious</i> , de Rosalind E. Krauss	8-9
«La mosca favorita de los biólogos», por José Antonio Campos-Ortega, sobre <i>Lords of the fly. Drosophila genetics and the experimental life</i> , de Robert E. Kohler	10-11
«Con Krebs en el corazón del laberinto», por Francisco García Olmedo, sobre <i>Hans Krebs</i> , de Frederic L. Holmes	12

# Galicia en la literatura del Siglo de Oro

Por Xesús Alonso Montero

**Xesús Alonso Montero** (Vigo, 1928) es catedrático de Literatura Gallega en la Universidad de Santiago de Compostela y miembro numerario de la Real Academia Gallega. Autor de libros sobre Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Leiras Pulpeiro, Celso Emilio Ferreiro y Luís Pimentel, ha publicado estudios, también, sobre Unamuno, Machado, Valle-Inclán y García Lorca. Es autor, entre otros libros, de Informe -dramático- sobre la lengua gallega, Luís Pimentel: biografía da súa poesía y As palabras no exilio: biografía intelectual de Luis Seoane.

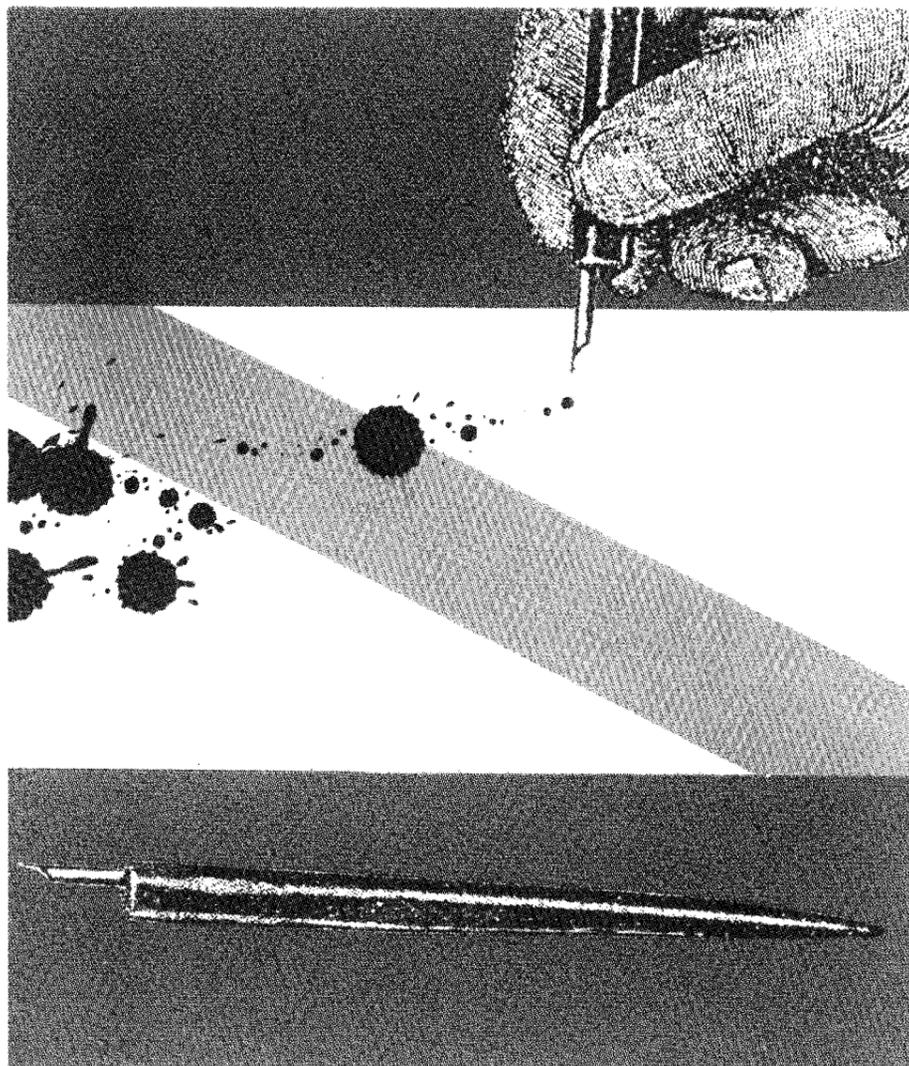
Los gallegos no tenemos, en otras tierras de España, buena prensa y tampoco buena literatura. En efecto, una gran parte de los escritores españoles de los Siglos de Oro nos tratan como no digan dueñas. Somos, para ellos, míseros, torpes, avaros, desconfiados, ignorantes, maliciosos, obtusos... etopeya muy presente en no pocas páginas de esas dos centurias, algunas de autores muy ilustres (Cervantes, Góngora, Quevedo, Tirso de Molina...).

Ya se sabía, en parte, desde el libro de Miguel Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII* (1928; 2.ª ed., 1966), colectánea que tuve muy en cuenta cuando, en 1974, publiqué la recopilación *Galicia vista por los gallegos* (Cuatrocientos autores: de Estrabón a Laín Entralgo). En ese volumen aporté muchos otros textos de esos dos siglos, algunos inéditos; en 1985 exhumé algunas páginas curiosas del profesor José Luis Pensado Tomé en su libro *El gallego, Galicia y los gallegos a través de los tiempos*. Quien consulte cualquiera de estos tres volúmenes advertirá muy pronto que muchos escritores españoles del XVI y del XVII (sobre todo de este siglo) poseen -o transmiten- de nosotros, los gallegos, una idea superlativamente negativa. Nuestra imagen, como se dice ahora, muy pocas veces era positiva. Pese a los libros citados y a algunos trabajos de menor extensión (especialmente los de Filgueira Valverde sobre Góngora), se necesitaba un estudio que se centrara en los escritores españoles de lengua castellana del Renacimiento y del Barroco, estudio que debería ofrecer textos desconocidos o no aducidos por los autores anteriores. Ya tenemos este estudio con el título *A imaxe de Galicia e os galegos na literatura castelá*.

## Una tesis doctoral

*A imaxe de Galicia...* es la tesis doctoral de Xesús Caramés Martínez, realizada en la Universidad de Colonia bajo la dirección del profesor Bernhard Köning, tesis que la editorial Galaxia, de Vigo, nos ofrece en la traducción gallega (¿del alemán?, ¿del castellano?) de Serafín Alonso Pintos y Francisco Xavier Alvarez Cid. El trabajo de Caramés Martínez, en lo que tiene de aportación de textos, corrobora y precisa lo que ya se sabía: los gallegos somos «gente non sancta». Así nos califica Celio, personaje de una obra poco conocida de Lope de Vega, *El abanillo*, quien se apresura a matizar: «Esto el vulgo, que los nobles / es de lo mejor de España». No es el único texto en el que se salva a la nobleza, y es también de Lope el conocidísimo «Galicia, nunca fértil de poetas, / mas sí en casas nobles, / ilustres capitanes y letrados».

Hay, pues, una literatura antigallega que, a veces, salva, en sus descalificaciones, a los nobles, si bien, en algún caso, no sabemos si ello se debe al hecho de que algunos de los escritores fueron protegidos por nobles gallegos, circunstancia que no ignora y tiene en cuenta nuestro estudioso. Noble, y muy importante, fue don Pedro Fernández de



ARTURO REQUEJO

Castro, VII conde de Lemos, a quien Cervantes dedicó, entre otros libros, la segunda parte del *Quijote* (1615) y a quien se le atribuye *El búho gallego*, obra en la que esta ave simboliza a Galicia, «tan aborrecida» por otras «provincias» que el búho no sólo elogia su tierra, sino que zahiere a otras aves: al torro (vizcaíno), al cernícalo (navarro), al pavo (andaluz), al milano (catalán), al ganso (castellano)... Con el título de *El torro vizcaíno* se publicó, muy pronto, una réplica a *El búho gallego*, y es lástima que Caramés Martínez no exponga el contenido de esa contestación, cuyo año y lugar de edición tampoco consigna.

## Exodo gallego y literatura castellana

En el teatro (y en otros géneros) abundan gallegos que ejercen oficios «bajos», con frecuencia los únicos representantes de Galicia en Madrid y otras ciudades. Fueron muchos los castellanos que, con un considerable simplismo sociológico y antropológico, formularon la teoría, general, de una Galicia pobre y ruda, de un pueblo «non sancto» y de una «raza» un tanto inferior. En el siglo XVII esta idea era ya un «topos» muy consolidado, «topos» que algunos escritores acogen y transmiten un tanto acriticamente. Conviene aclarar que el lugar común llegó a funcionar bien literariamente.

Acierta, pues, Caramés Martínez cuando relaciona el «topos» con la emigración: «Con algunas variantes, la imagen social del gallego en Castilla hasta finales del siglo XIX proviene del contacto directo de los castellanos con estos gallegos emigrados y pertenecientes a las clases menos afortunadas de su tierra. La literatura retomó exclusivamente estos aspectos y en toda la de los Siglos de Oro no se co-

nocieron otros oficios para los gallegos que no tuviesen que ver directamente con los de lacayo, portador, etc.» (pág. 57).

Hay que decir que el «topos», tan arraigado en el XVII, y aun después, empezó a construirse mucho antes, ya en la Edad Antigua, como el propio Caramés señala en varias páginas de su estudio (67-74). Aunque no es asunto central en su investigación, debería haber consultado el volumen *Galicia nos textos clásicos*, ya de 1987, de los profesores Ana M.ª Romero Masía y Xosé M. Pose Mesura. En este volumen se nos ofrecen, en edición bilingüe, además de conocidas observaciones de Estrabón, textos interesantes «ad hoc», entre otros, de Tito Livio, Ovidio, Marcial, Silio Itálico, Rufo Festo Avieno y Paulo Orosio.

Después del estudio de Caramés Martínez, centrado en los siglos XVI y XVII, sería muy útil, además de oportuno, estudiar a fondo las distintas manifestaciones del «topos» en la literatura castellana del XVIII y del XIX (y aun del XX). Habría que hacerlo teniendo en cuenta los gestos y los textos de contestación que provocó en la propia Galicia. Como nadie ignora, la literatura en lengua gallega nace en 1863 con un libro, *Cantares gallegos*, de Rosalía de

Castro, que es, a su modo, un alegato contra esta «leyenda negra». En el mismo libro hay versos muy duros, injustos incluso, contra Castilla y los castellanos. Caramés Martínez cita algunos (pág. 19). Esta «leyenda negra», tal como estaba configurada en el XVII, ha suscitado en nuestro siglo réplicas y explicaciones de autores muy importantes. No cita Caramés Martínez unas páginas muy conocidas de Castela. Me refiero al capítulo 23 del libro segundo de *Sempre en Galiza*, páginas en las que, tras reproducir versos muy ofensivos de Góngora y otros autores del XVII, concluye que «la inquina de los castellanos proviene justamente de un hecho generoso de Galicia: ...los gallegos ampararon y defendieron a la «excelente señora» doña Juana, a quien Isabel la Católica le había usurpado el trono, ultrajándola con el apodo de «Beltraneja», como después los castellanos nos ultrajaron a nosotros. La paulina de los «Reyes Católicos» contra Galicia fue una consigna de Estado, que ha perdurado hasta nuestros días». Siempre es difícil discrepar de un maestro, pero en esta ocasión estoy bastante lejos de la explicación política de Castela y me remito a la explicación sociológica apuntada, en cierto modo, más arriba. En realidad, el destino «literario» de los pobres en la diáspora muy pocas veces difiere: las características negativas de su condición socio-económica (pobres) terminan siendo atribuidas a su condición étnica (gallegos).

## Páginas útiles

El autor del libro que reseñamos cita, muy oportunamente, unas palabras de Julio Caro Baroja, experto, donde los haya, en estos saberes: «Los castellanos, que han tenido mucha confianza mental en sí mismos y que son grandes cultivadores del idioma, han forjado cantidad de dichos burlescos acerca de los demás españoles; acaso, en el florilegio de insolencias que se les deben, las más sangrantes sean dirigidas contra los gallegos» (pág. 25). Entre los «dichos» acuñados por quienes son tan «grandes cultivadores del idioma» habría que subrayar la paremia recogida en 1627 por Gonzalo de Correas: «A xuezes galicianos, kon los pies en las manos». Otros paremiólogos han recogido refranes y facecias que no sólo descalifican al pueblo llano de Galicia, sino a los estamentos que, como el de los jueces, no están «condenados» a ganarse el pan, fuera de sus lares, en oficios «de baja y servil condición». Es cierto, sin embargo, que existen, aunque no abundan, páginas en las que se elogia (o adula) a la nobleza gallega.

El libro que reseñamos, *A imaxe de Galicia e os galegos na literatura castelá* (de los siglos XVI y XVII), ofrece un número elevado de textos, de autores y géneros literarios muy distintos, para intentar una «teoría» del fenómeno, externo e interno, de nuestra descalificación. Historiadores, sociólogos y antropólogos culturales encontrarán en esta investigación, hecha desde el ángulo de la Historia literaria, textos y datos muy valiosos para acometer esa teorización. □

## RESUMEN

El trabajo de Caramés Martínez, que comenta Alonso Montero, es necesario para entender mejor el «topos», tan presente en las letras castellanas del XVI y XVII, de la descalificación de Galicia y los gallegos. A su juicio,

resulta ser una contribución decisiva al estudio del tema y destaca, sobre todo, lo que dicho trabajo supone de aportación de textos desconocidos o no aducidos por los recopiladores o estudiosos anteriores.

Xesús Caramés Martínez

*A imaxe de Galicia e os galegos na literatura castelá*

Galaxia, Vigo, 1993. 268 páginas. 2.200 pesetas.

# Lecturas y contralecturas del catolicismo

Por Pedro Cerezo Galán

**Pedro Cerezo Galán** (Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada. Entre otros libros ha escrito *Arte, verdad y ser en Heidegger*, *Palabra en el tiempo: poesía y filosofía en Antonio Machado* y *La voluntad de aventura: aproximación crítica al pensamiento de Ortega y Gasset*.

Acostumbrados a prestar atención a las novedades más variopintas, cuesta a veces reparar en las más sólidas y prestigiosas contribuciones de nuestra industria editorial. Este es el caso de la aparición en Trotta, en una pulcra y cuidadosa edición, hecha con mimo artesanal, del primer tomo de las *Obras Completas* de José Luis L. Aranguren. Unas *Obras Completas* constituyen ya de por sí un acontecimiento cultural de primer orden. Aparte del inestimable valor de poner unitariamente a nuestra disposición los dispersos escritos de un autor, nos arrojan su perfil enterizo, como si de una gran cordillera tuviéramos a la vista toda la línea de sus cumbres. Añádese a esto que en el caso que nos ocupa se trata del intelectual que más influjo ha ejercido en la cultura española desde Unamuno, Ortega y Zubiri, a cuya constelación cultural pertenece, y al que con todo derecho reclaman como su maestro varias generaciones universitarias, que hoy se encuentran ya en plena sazón. Léida o re-léida, pues, la obra de Aranguren con una perspectiva de medio siglo sobre sus primeros escritos, resulta un testimonio impresionante de una ingente empresa intelectual, comenzada en los años más oscuros de la postguerra y coronada en plena democracia, sin haber perdido nunca su mordiente crítico y su ímpetu reformador.

La edición está a cargo de Feliciano Blázquez, que ha compuesto para este primer volumen una sobria y contenida introducción, quizá para que no se le notasen mucho sus fervores por el maestro, y una completa cronología de sus trabajos. Apenas en la primera frase del estudio introductorio se percibe su admiración en un juicio, por lo demás, enteramente objetivo. «No sólo él —escribe—, pero pocos hombres como Aranguren han representado a una época y a un pueblo.» Nada más justo. La cultura española, desde la postguerra civil a la instauración de la democracia, sería ininteligible si le faltara la clave aranguriana, un testigo apasionado y crítico de su tiempo, cuyas tensiones, avatares y perplejidades han dejado su huella, casi cicatriz, en su propia obra. Ningún registro de la vida española ha escapado a su fino y penetrante análisis. Ningún texto, ya sea religioso, cultural, social o político, ha quedado sin su glosa esclarecedora. Ninguna circunstancia se ha quedado al margen de su reflexión. Puede decirse que las «mores», costumbres o formas de vida, institucionalizadas o no, de nuestro país han estado en el punto de mira de la crítica aranguriana, y han salido transmutadas de ella, como de un crisol.

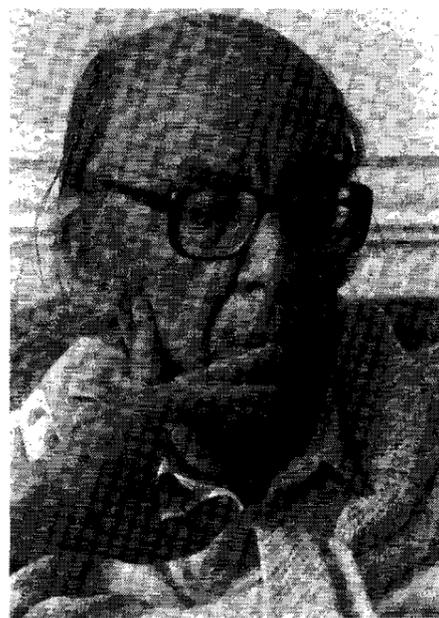
## La religión, raíz de la cultura

En este primer volumen, bajo el rótulo *Filosofía y Religión*, se agrupan los escritos arangurianos entre 1945 y 1970 acerca de la materia. Era inevitable comenzar con el tema religioso, no sólo por ser el más abundante, reiterativo y característico de la primera etapa, sino por estar aquí la clave inspiradora central de toda su obra. Para Aranguren, la religión constituye, de forma positiva o defectiva, el suelo más profundo y originario de la experiencia humana. Se



José Luis L. Aranguren.

diría que no hay gravedad en la experiencia de la vida hasta que ésta no se confronta, cualquiera que sea su posición al respecto, con esta frontera de ultimidad de la existencia. De otra parte, no hay cultura, ni por tanto ética, por muy secularizada que sea, que no tenga originariamente su raíz en la religión. Se comprende, por tanto, que la crítica cultural y moral tuviera que remitir en él a la instancia religiosa. Por lo demás, a un pueblo tan fuertemente troquelado, para bien o para mal, por el sentimiento religioso, y tan inercialmente instalado en un catolicismo tradicional, no había modo de remejerle profundamente el alma más que tocando la raíz de su experiencia religiosa. Aranguren se sintió, por tanto, impulsado a dejar atrás la crítica de la cultura, al modo estético de D'Ors o al ético/político de Ortega, para centrarse —la referencia aquí a Unamuno es obligada— en una crítica de alcance religioso, explícita en su primera hora de escritor y más implícita, pero no menos implicativa, en sus últimos escritos. Pero ahora no se trataba de excitar conciencias, sino de esclarecerlas en los fundamentos de la propia posición, y confrontarlas con las exigencias de nuestro tiempo. En otro sentido estratégico era, por último, relevante la frontera religiosa, desde el punto de vista crítico cultural, en la España nacionalcatólica de la postguerra. «En una época como la del comienzo de la década de los cincuenta —señala el pro-



pio Aranguren—, la censura política era aún muy dura. Pero había un frente, el religioso, del cual el Estado franquista no se ocupaba mucho, porque sus reos eran relajados al brazo eclesiástico... Por ello —al menos eso me pareció pocos años más tarde— elegí atacar por allí y, claro, me topé con los guardianes de la ortodoxia» (I, 213).

De todos modos, en este primer volumen no están todos los escritos de carácter religioso. Falta ostensiblemente *El protestantismo y la moral* (1954), salvo que se vaya a incluir en el tomo dedicado a la filosofía moral, aunque creo que éste hubiera sido su lugar más propio, en vecindad a *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952), con el que guarda una estrecha unidad temática y de inspiración; y, desde luego, se echa de menos el ensayo sobre *San Juan de la Cruz, maestro de la vida espiritual*, primeriza pero muy fina muestra de la sensibilidad religiosa de Aranguren y prueba de su gran conocimiento de los grandes maestros españoles de la espiritualidad. Estorba, en cambio, y distrae de la tensión fundamental de este volumen, el trabajo *La filosofía de Eugenio d'Ors*, incluido tal vez por razones puramente cronológicas. Pero el proyecto editorial parece obedecer a un agrupamiento temático más que cronológico. Este desajuste temático no ha escapado a la mirada del propio Aranguren. «¿Qué tiene que ver —se pregunta— la primera, cronológicamente, de mis

obras publicadas y la primera que aparece aquí, *La filosofía de Eugenio d'Ors*, con las siguientes, referidas todas ellas a la religión?» Y puesto a buscar alguna justificación, muy finamente advierte que aquéllos eran los años de una profunda renovación litúrgico-religiosa, y él se «sentía atraído por el liturgismo que, desde una laicidad pese a ello enteramente católica, representaba entre nosotros Eugenio d'Ors». Aun admitiendo que ésta no fuera la causa fundamental de su interés por D'Ors, que habría que buscar más bien, según confiesa el propio Aranguren en otro lugar, en su admiración por el estilo orsiano, denso y emblemático, es innegable que D'Ors representaba la figura de un catolicismo a lo clásico/romano, ecumenista e imperialista, heredero de la gran tradición del clasicismo. La disparidad con el espíritu del Evangelio salta a la vista. Así —declara Aranguren— «me planteé, para distinguirlos, los dos ingredientes esenciales de nuestra religión: el cristianismo, es decir, la doctrina de Jesús, reforma radical del judaísmo, religiosidad abierta a todos, pero todavía dentro de un ámbito cultural determinado, y la aportación de San Pablo y sus sucesores, formados en la cultura griega, greco-romana luego y transformada a partir del emperador Constantino, en la religión oficial del Imperio romano, cristianismo desde entonces de pretensión católica, es decir, universal, como pretendía serlo el Imperio romano y de la mano de él». Esta tensión interna se hace más comprensible si se tiene en cuenta que Aranguren por aquellos años se ocupaba, casi simultáneamente, tanto de D'Ors como de Juan de la Cruz. De ahí que la inclusión en este primer volumen del ensayo sobre la espiritualidad de Juan de la Cruz hubiera permitido dilucidar esta contraposición y darle indirectamente, por vía de confrontación y contraste, relevancia religiosa al estudio dedicado al pensamiento de D'Ors. Desde luego, en su relectura de este ensayo, de lo que más alejado se siente Aranguren es de este catolicismo orsiano, racionalista y canónico, culturalista y ayuno de toda sustancia experiencial. Y lo que perdura en él de D'Ors es básicamente su «voluntad estilística», de la que Aranguren se siente tributario. «Con esto quiero decir que si hubiese de volver a escribir este libro me ocuparía más de «cómo» escribía D'Ors que de «lo que» escribió; no sólo de su estilo formal —en catalán primero, en castellano después—, sino de su talante y actitud de escritor y pensador, de la vibración conceptual, de la calidad gnómica, de su gracianismo del siglo XX.»

Sin duda, la obra en este volumen de más calado intelectual es *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, una aportación decisiva en el análisis de las formas de vida religiosa, a partir del talante —categoría acuñada por el propio Aranguren—, es decir, del estado de ánimo, disposición subjetiva o modo anímico de estar en realidad. Como él mismo subraya en el prólogo a la edición de 1980, este libro representaba el tránsito del «catolicismo orsiano-guardiniano», «clásico o clasicista, cultural/cultural» al «cristianismo existencial». Este tránsito estaba también favorecido por una situación histórica de vigencia de la filosofía de la existencia, que posibilitaba un enfoque antropológico, más concreto y pregnante, de los problemas teóricos tradicionales; y por una situación de crisis religiosa, ante cuyo apremio se atenuaba la rígida contraposición clásica entre catolicismo y protestantismo. Ciertamente, en tanto que formas de existencia, Aranguren distingue el talante temperado y confiado del catolicismo del patético, agónico y desesperado del pro-



Viene de la página anterior



testantismo, ejemplificado en Lutero. Que no se trata, en este caso, de una mera disposición subjetiva, sino de una cierta afinidad entre un talante existencial y una determinada experiencia religiosa, lo prueba el hecho de que persista el agonismo de signo protestante en autores como Kierkegaard y Unamuno, al igual que el temple armonista o conciliador católico puede rastrearse en almas tan dispares como Tomás de Aquino y Francisco de Asís.

Pero junto al talante subjetivo, y como complemento de él, está la situación socio-histórica, que determina y afina, es decir, sintoniza, más allá de las afinidades psíquicas, los comportamientos de los individuos que la comparten. Esta situación explicaría el talante desgarrado del jansenismo, aun dentro de la cultura católica, tan afín al luterano, como es el caso de Pascal. La situación se comporta así como un factor de contrapunto al talante. Y en la medida en que «la situación espiritual del mundo —escribía entonces Aranguren— es proclive al sentimiento existencial de desesperación», que también muerde en el catolicismo —pérdida de la seguridad contrarreformatora, experiencia de noche oscura, de distancia u ocultación de Dios...—, se produce una permeabilidad no sólo de talante, sino hasta de actitud y pensamiento, hacia el modo religioso protestante. A la vez, puesto que éste, el protestantismo, histórica y culturalmente ya ha dicho todo lo que tenía que decir, puede subsistir como modo existencial de religiosidad, al margen del dogma, alojándose en la crisis misma del catolicismo, en la herida por la que éste cuestiona su autoseguridad. En suma, la coyuntura de crisis permite una ósmosis existencial entre las distintas confesiones cristianas y como un contagio interno de sus talentos respectivos. «Hoy —declara Aranguren al filo de cerrar la obra—, cuando el combate entre las distintas confesiones cristianas es ya un hecho pretérito, un hecho histórico, y el verdadero terreno en que se plantea la lucha religiosa es el de cristianismo o descristianización, se presenta la gran coyuntura para el rescate de experiencias religiosas, cegadas por mucho tiempo por pacatería.»

No se trata por esta fecha de un anticipo de su tesis posterior de la Iglesia de las sectas, donde todos puedan encontrar, pese a sus diferencias, su propia casa. Más bien es el reconocimiento de que las diferencias dogmáticas no deben ser tan restrictivas que impidan reconocerse en el testimonio existencial. Creo que esta confesión final declara el hondo interés práctico, cristiano militante que inspira esta obra. No estaría de más añadir aquí algo sobre el talante y actitud de Aranguren. Del primero apenas sí me atrevo a sugerir una propuesta. No es el suyo un temple agónico y patético, al modo de Unamuno, pero tampoco el de una ingenua y regalada confianza. Yo diría que más bien habría que clasificarlo, por estos años, entre un catolicismo liberal, hondamente afectado por la hora de crisis, viviéndola sin lenitivos ni paliativos, y por eso en contra de la inerte y dogmática seguridad contrarreformatora, y abierto por esta herida, en diálogo permanente, al mundo moderno, aun a riesgo de poner en entredicho la propia identidad. Esta apertura cordial e intelectual ha hecho de él no sólo un «cristiano expuesto», como decían los franceses, sino un «hombre expuesto», al filo siempre de las experiencias en que se libraba la batalla por el porvenir. «Hoy —escribe en 1980— tomo mucho más radicalmente que entonces aquello, paulino, del «oportet haereres esse». Las heterodoxias son la sal que mantiene el frescor de una Iglesia siempre demasiado preocupada de «des-composición» y siempre demasiado poco preocupada de su verdadero peligro,



RAFFAELE GRASSI

el de la «descomposición», el de la dogmática cerrazón de todas las puertas y ventanas, el de la asfixia del pensamiento y de la libertad.» A la luz de esta declaración, se dibuja nítidamente su actitud, la de un compromiso vigilante por la libertad, que lo hace ser crítico y utópico, trans-gresivo y progresivo a un tiempo, heterodoxo de toda cultura establecida y dispuesto a abrir nuevos caminos de experiencia.

**Crítica y meditación**

La otra vertiente de su obra, más práctica que teórica, la marca en esta etapa *Catolicismo día tras día*, una mezcla de ensayo y diario, en que ejercita la crítica filosófica y literaria «desde su interés preponderantemente religioso». En la primera parte de esta obra se incluyen ensayos de extraordinaria finura, como los dedicados a Franz Kafka y a André Gide, piezas maestras en su género. En la segunda, más al aire de notas de un diario, revisa la actualidad española en clave religiosa, siempre al hilo de algún libro, fecha o acontecimiento. Lo que se perseguía era un catolicismo liberal, puesto al día, emancipado del enfeudamiento político de la jerarquía eclesiástica española y que pudiera, por tanto, «evitar la extensión a la esfera de la religión del conservadurismo político, es decir, la primacía absoluta otorgada al mantenimiento del orden y la seguridad». Aunque indirectamente, había, pues, una intencionalidad política en juego. Como he escrito en otro lugar, frente al catolicismo oficial, integrista y dogmático, puesto al «servicio del Sistema», Aranguren se esfuerza por la autenticación y liberalización de la cultura católica en un sentido secular y civil, des-amortizándola, como hubiera dicho Unamuno, de las instancias del poder eclesiástico y situándola en la frontera de los problemas del mundo contemporáneo, sin recelos ni inhibiciones. Esta es una obra, especialmente la segunda parte del diario, no así la primera, muy condicionada por las circunstan-

cias y afectada por el apremio del tiempo. De ahí que la contralectura de la misma, hecha en 1978, rectifica y matiza muchos aspectos de ella, ya desde otro clima intelectual. Hasta el título le parece ahora sospechoso. Lecturas, pues, relecturas y contralecturas, no ya del catolicismo, título que le resulta oneroso, sino del cristianismo, como prefiere decir ahora. Cristiano sí, «cristiano pese a todo, o «cristiano heterodoxo» es el título que, en la línea del título primitivo, daría yo a este libro». Y de la mudanza de los tiempos, y hasta del talante, habla muy elocuentemente otra rectificación decisiva. A propósito de la frase «también entre los libros anda el Señor», puntualiza ahora: «Hoy veo las cosas de otra manera. A nadie encontramos en el barullo actual. Mas volvamos la frase del revés: ciertamente, Dios no es alguien. ¿Será Nadie? Yo diría hoy que sí. («Teología negativa», si se prefiere.) Por eso no podemos encontrarle. La situación no es ahora la misma. La larga crisis de nihilismo no ha pasado en vano. Dios brilla por su ausencia. Y esta ausencia, o noche oscura, es la que hay que apurar ahora, en común con los otros hombres, creyentes o no, tengan o no experiencia de ella, pero sin dimitir en este empeño de la esperanza.

¿Es acaso el mismo el autor? Dejemos que él mismo responda: «Mi lector actual sabe que, salvo metafísicamente, no creo ser el mismo que entonces. ¿Sigo representando lo mismo que entonces? Por encima o por

debajo de todas las diferencias, creo que sí». Y es que acaso la verdadera identidad sea la que con Paul Ricœur podríamos llamar «narrativa», no «lo» que somos, sino «lo» que hacemos, el papel directivo que asumimos, y que hay que ir fraguando y contando, es decir, dando cuenta de él y novelando a un tiempo, a lo largo de la vida. «Vivir es ir adelante —escribe Aranguren a este propósito— e, inseparablemente, irse dejando atrás jirones de uno mismo, en el límite a todo uno mismo, al que fue. Y además aceptar esa infidelidad radical hasta convertirla, como dijeron de mí Jesús Aguirre y José María Castellet, en ética de la infidelidad.» Sí. Así es. A Aranguren le importa sobre todo la fidelidad a su tiempo, a su pueblo y a sus circunstancias, aun a costa de la fidelidad a sí mismo. Pero en esta triple fidelidad perdura un mismo empeño y vocación. «Nuestra relación con el que fuimos —escribe— es, pues, «dialéctica», de distancia y, a la vez, de asunción», es decir, de superación interior, que es tanto autoanulación como trascendencia. Y como moralista que es de cuerpo entero, la suya ha sido una lección ejemplar de autodesprendimiento interior, adelantándose a sí mismo, en un tiempo de crisis, y abriendo así posibilidades para, en el naufragio que es al cabo la vida, según la certera metáfora orteguiana, mantenerse creadoramente a flote. Estas *Obras Completas*, con sus lecturas, relecturas y contralecturas, son el mejor testimonio de ello. □

**RESUMEN**

De acontecimiento cultural califica Pedro Cerezo la aparición del primer volumen de las *Obras Completas* de José Luis L. Aranguren; en su opinión, el intelectual que más influjo ha ejercido en la cultura española desde Unamuno, Ortega y Zubiri y maestro de

varias generaciones universitarias. Cerezo, pues, no desaprovecha la ocasión de leer, o releer, en la mayoría de los casos, esta ingente empresa intelectual de Aranguren, quien nunca ha perdido mordiente crítico e ímpetu reformador.

José Luis L. Aranguren

*Obras Completas (I. Filosofía y Religión)*

Trotta, Madrid, 1994. 858 páginas. 7.000 pesetas

# Intento de golpe de estado contra Hitler

Por Guido Brunner

**Guido Brunner** (Madrid, 1930) ha sido embajador de Alemania en España y es miembro correspondiente de la Real Academia de Historia desde 1985. Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid y doctor por la de Munich, es autor de *Bipolaridad y seguridad*, *Mantenimiento de la paz por las Naciones Unidas*, *Orgulloso como don Rodrigo y El poder y la unión*.

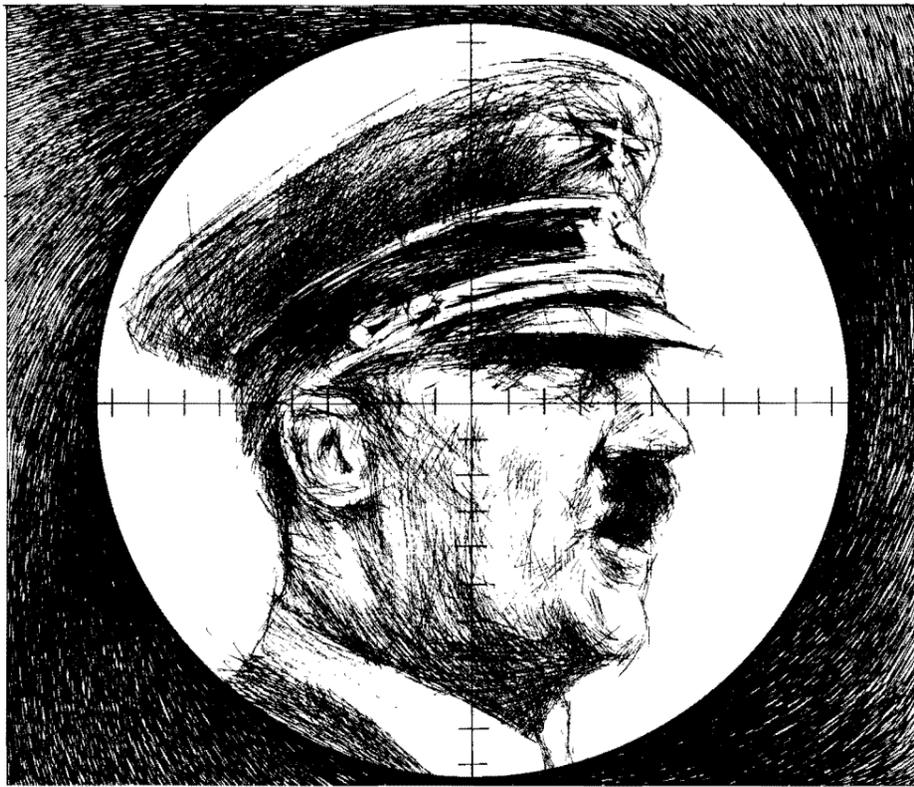
El 20 de julio de 1944, a las 12,40 horas, estalla una granada de un kilo en la barraca de reuniones del Cuartel General de Hitler en Rastenburg (Prusia Oriental). Se está desarrollando en aquel momento la conferencia diaria del Alto Mando en su presencia. El recinto queda totalmente destruido, hay varios heridos graves. Hitler resulta casi ileso gracias a estar estudiando un mapa inclinado sobre una gruesa mesa de roble que le protege.

La prensa internacional recoge este intento fallido de forma casi reprobatoria. El *New York Times* del 21 de julio se limita a señalar que el acontecimiento denota la baja moral en altas esferas del Ejército alemán, que no sienten inhibiciones de cometer un acto de «tamaño bajeza» frente a su comandante en jefe. Salta a la vista la valoración «a bulto». Se carga de oprobio a alemanes que intentan poner fin a las matanzas de la guerra y a los asesinatos en masa en los campos de concentración de aquel «Führer». «Para mí, Hitler es un gran ejecutor del mal en la Historia», diría con arrojo el diplomático Hans-Bernd von Haefthen, uno de los participantes en la conspiración, en su proceso ante el «Tribunal Popular», pocas horas antes de ser ahorcado.

Han transcurrido más de cincuenta años desde aquel acontecimiento. Por sus ramificaciones políticas, como clave de la psique alemana del momento, o, aunque sólo sea, como ejemplo de la trascendencia histórica de la casualidad, el asunto merece un estudio pausado.

Lo ha realizado con destreza Joachim Fest, distinguido autor, entre otras obras, de la biografía más importante que se haya escrito sobre Hitler. Su libro *Staatsstreich* combina magistralmente los elementos sociológicos, psicológicos, políticos, históricos y azarosos que formaban el entramado de aquel intento de acabar, de un golpe, con Hitler, la guerra y el nazismo. Tarea ardua, dada la distancia del acontecimiento y el largo silencio impuesto por la política aliada, la presión ambiental alemana y los intereses personales de los testigos, casi todos ya fallecidos. Dice Fest: «Quien considere en retrospectiva la resistencia (alemana) en su totalidad, su pensamiento y obra, el esfuerzo de difícil creación de esperanzas, los desencantos, tiene que reconocer que apenas sobrevivió a su propia hora de muerte».

Año tras año, se ha celebrado en el patio del edificio del Alto Mando del Ejército de la Bendlerstrasse en Berlín un acto en conmemoración de los cinco oficiales (general Beck, general Olbricht, los coroneles Stauffenberg y Quimreheim, el teniente Von Haefthen) que dejaron allí su vida en la noche que siguió al atentado. He asistido a varios, todos cargados de un extraño ambiente de rutinaria ambigüedad. A la misma «Bundeswehr», nuevo Ejército alemán, no le resultaba fácil integrar el mensaje de rebelión de los oficiales resistentes en su nuevo código deontológico. Como ocurre siempre en estos casos, la línea que separa la sublevación justificada, con su secuela inevitable de violencia, de la traición frente a los compañeros de armas es tenue. En el fondo, los actores se encontraban en una situación de contienda civil e internacional superpuestas, confrontados a un dilema de difícil escapatoria. (Generalmente es el azar del resultado quien resuelve tales contradicciones.)



FRANCISCO SOLÉ

Como prueba baste un aspecto de aquellos días. Los dos generales alemanes que formaron la cúspide del nuevo Ejército después de la Segunda Guerra Mundial, Heusinger y Speidel, ambos antinazis, se encontraron el día del atentado en situaciones radicalmente contrapuestas. Heusinger, presente en la reunión de Hitler, resultó herido por la bomba de Stauffenberg. Speidel, jefe de Estado Mayor del mariscal Rommel en el frente de Francia, conocedor marginal de la conspiración, fue detenido y salvó con dificultad su vida.

## Valoración de la resistencia

Todo fue distinto en Alemania en 1994 en cuanto a la valoración de la resistencia. El canciller Kohl insistió en pronunciar él mismo la eulogía de los resistentes ejecutados, en su doble calidad de jefe de Gobierno y estudioso de la historia. Por fin, ha tenido lugar el reconocimiento de la Alemania oficial, la pública y enfática muestra de respeto hacia aquella corriente de opinión, que, sin ser ni mucho menos mayoritaria —un participante la calificó de mero episodio—, plantó una simiente moral del renacimiento democrático del país.

Todos, en primer lugar Hitler, se equivocaron respecto a la esencia, amplitud y trascendencia histórica del movimiento en cuestión. Por ser militares los ejecutores y estar basado el atentado en un soporte de mando y obediencia (que resultó muy endeble), se llegó, precipitadamente, a la conclusión de que detrás del suceso había, en palabras de Hitler, solamente «un pequeñísimo grupo de oficiales ambiciosos...», decididos a eliminar al Alto Mando del Ejército». Esta versión peyorativa y minimizante del atentado se impuso, también por ser la única oportuna desde el punto de vista propagandístico de los contendientes en la guerra. El «Führer», mago de la seducción por la violencia y de la determinación criminal, supo encontrar una vez más el apoyo irreflexivo, apático, del pueblo alemán.

Pocos minutos después de la explosión, el coronel mutilado, conde Stauffenberg, acompañado de su ayudante, teniente Von Haefthen, abandonaba precipitadamente el Cuartel General en Rastenburg (Prusia Oriental) con dirección al aeropuerto. Consigue atravesar el último control, ya en estado de alarma y con orden de no dejar salir a nadie. Le ayuda la

casualidad: el oficial de guardia le conoce personalmente. En el aeropuerto, un brigada le cierra el paso. Una vez más, el azar está de su parte: una llamada a un oficial de guardia le abre el acceso al avión que le está esperando y que despega rumbo a Berlín.

Dos horas después, hacia las tres de la tarde, Hitler ya está al tanto de lo ocurrido. Ha llegado Himmler, jefe de las SS, el núcleo duro del Partido, y sabueso mayor del país. Hay una declaración del brigada Adam, que ha sido recibido personalmente por Hitler. Según aquél, el coronel Stauffenberg en su salida vertiginosa no llevaba ni gorra ni cinturón, anomalía extraña en un oficial alemán. Llegan los informes de los controles de guardia y del aeropuerto. Otro sargento ha visto que Stauffenberg y su ayudante introdujeron un objeto en un maletín. Se cierra la cadena de indicios: todo indica que Stauffenberg es el autor.

Para Hitler, en aquel momento, se trata de un atentado personal de un militar aristócrata, no adicto al régimen. Lo que no sabe es lo que ha ocurrido entre tanto en el centro de comunicaciones de su propio Cuartel General y en el Alto Mando del Ejército, en la Bendlerstrasse en Berlín.

En el centro de comunicaciones, su jefe, el general Erich Fellgiebel, forma parte de la conspiración. (El «Führer» siempre ha desconfiado de este agudo y distante observador, pero, como técnico de calidad, es insustituible.) Fellgiebel ha visto, desde su ventana, pasar a Hitler casi ileso tras el atentado. De momento, bloquea las comunicaciones.

A partir de este instante, hubiera podido hacer historia. En Berlín están esperando sus colegas en el Alto Mando del Ejército su palabra para poner en ejecución el plan «Walkiria» (ocupación de las estaciones de radio, detención de jefes nazis, cerco de ministerios, etc.). Está previsto que el general Beck asuma la presidencia del país y el mariscal Von Witzleben el mando del Ejército. ¿Se atreverá Fellgiebel a fingir que Hitler ha muerto para que todo funcione sin impedimentos? Su vida ya está perdida, de todas formas. En Rastenburg, con tanto jerarca nazi presente y apoyado por su séquito personal, se impondrá Hitler, no cabe duda. Pero ¿y las vidas de los demás conspiradores, si todo fracasara? Fellgiebel no se decide a jugarlas en el convite. Es partidario de actuar como si Hitler hubiera muerto, pero no quiere mentir

a sus compañeros. Llama a su jefe de Estado Mayor, general Thiele, en Zossen, cerca de Berlín: «Algo terrible ha sucedido: Hitler vive». Añade que, en su opinión, no obstante, hay que actuar.

Con ello, ya ha sembrado la duda y la discordia entre los participantes. Entra en juego el problema del juramento prestado al jefe de Estado. El general Thiele desfallece, se va a «dar un paseo para cavilar». Desorientación completa, pérdida de tiempo precioso. Ya debería estar en la radio el general Beck, leyendo su discurso como nuevo jefe de Estado. Las correspondientes órdenes por teletipo a las ciudades en toda Europa tampoco se han cursado.

Las dos horas decisivas se evaporan y, debido al nerviosismo, se comete error tras error. Por un descuido se transmiten las órdenes previstas a las unidades bajo el titular: «Secreto», por lo que sólo se utilizan cuatro teletipos de los 24 existentes. Más horas perdidas. Radio Berlín no se puede ocupar. En el Cuartel General de Hitler se restablecen las comunicaciones. Por otro descuido entran allí, por teletipo oficial, los textos básicos del golpe de Estado.

Son las cuatro de la tarde. Hacia esta hora se rasga para todos el velo de las ilusiones. Los conspiradores saben que Hitler vive y que todos sus esfuerzos tendrán que hacerse «cuesta arriba». Hitler, a su vez, comprueba que no se enfrenta a un atentado aislado, sino a un intento de golpe de Estado en toda regla. Todavía no puede apreciar la amplitud del mismo. Desconoce las ramificaciones civiles de los acontecimientos que abarcan a políticos conservadores como el ex-alcalde de Leipzig (Goerdeler), a sindicalistas socialistas (Julius Leber), a cristianos-sociales (el abogado Josef Wirmer), diplomáticos (el embajador Ulrich von Hassel, Adam von Trott zu Solz), cristianos radicales (Hellmuth von Mortke, Gerstenmaier) y varias corrientes más. En todo caso, se da cuenta de que se ha vuelto a abrir la fisura entre Ejército y partido que creía cerrada desde que sacrificó en 1934 a su compañero Roehm y al brazo radical del partido como «donatio morgánica» a las Fuerzas Armadas. Desde entonces, éstas parecían integradas en el régimen, haciéndose crecientemente cómplices de las aventuras exteriores y de las violaciones de la paz internacional del «Führer». También es preocupante para él que los militares se hayan zafado de la vigilancia policíaca hasta el punto de poder montar toda una organización rebelde.

Frente al nerviosismo de los militares, Hitler reacciona, en palabras de Fest, «con frialdad de esbirro». A aquellas alturas de la guerra, lo sabe todo perdido. Le da igual. Ni siquiera pasa por su mente ahorrarle sacrificios inútiles a su pueblo. (Desde aquel momento hasta el final de la guerra aún morirán millón y medio de alemanes.)

Hitler concentra toda su voluntad en parar el golpe y vengarse. Himmler le asiste. Desde Berlín ha puesto en movimiento hacia Prusia Oriental al temido jerarca de la Seguridad, Kaltenbrunner. Hitler no para un momento. Habla por teléfono con el ministro de Propaganda, Goebbels, que está a punto de ser detenido por los militares. Desvía hacia su lado al comandante Rehmer, que está al mando del batallón de guardia en Berlín. De querer detener a Goebbels pasa a ponerse a sus órdenes. Hitler, sobre todo, prepara urgentemente un discurso que, a las pocas horas, leerá por radio al pueblo alemán, apático hasta la sumisión.

Hacia media noche, el golpe ha terminado. Los cinco actores principales han muerto. Cuatro, fusilados por orden de un compañero oportunista; el general Beck, a manos de un sargento, tras un intento de suicidio fallido.

Viene de la página anterior



La detención de los mandos de la policía y del partido en París, Praga y Viena por las autoridades militares queda en episodio pasajero, un «malentendido», según el pacto que se concluye entre el Ejército y los políticos en las tres ciudades. (Todos tenían mucho que perder; para los militares, las medidas adoptadas se convertirían en una trampa fatal.) «Han tenido la gran serpiente en el saco y la han dejado escapar», anotaría el hoy centenario Ernst Jünger en su diario.

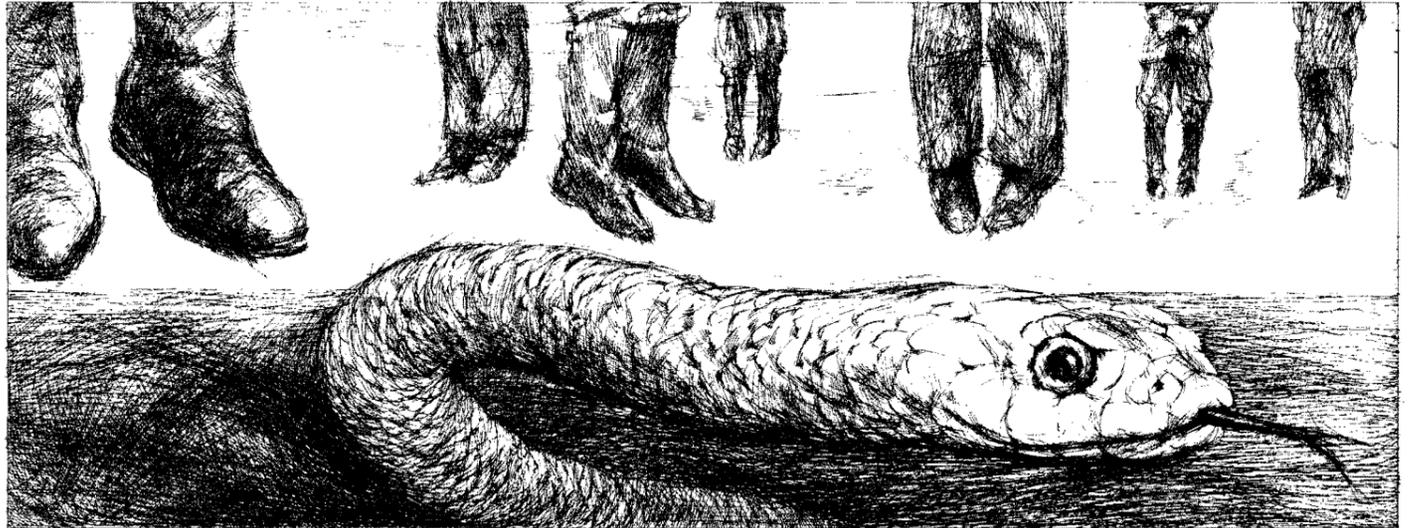
El «Tribunal Popular» en Berlín, bajo el cruel, inteligente, histriónico Roland Freisler, «trabaja» día y noche. Las cámaras del «NO-DO» nazi graban todo. Las primeras ejecuciones —las víctimas son ahorcadas, suspendidas de ganchos de carnicero— tienen lugar ya el 8 de agosto. Hitler no se cansa de ver las películas y las correspondientes fotos.

Al cabo de las semanas, la realidad se va imponiendo. La situación bélica empeora con rapidez. Las investigaciones —ya hay 400 funcionarios indagando «a dedicación plena»— desvelan que el asunto es de gran extensión. Sus comienzos se sitúan en los años 30, en la época de mayor esplendor de Hitler. La gama de participantes abarca fuerzas de derechas e izquierdas. Al final, habría más de 500 ejecuciones. Muchos acusados mantienen la dignidad y saben hacer uso de las pocas frases que les permite el presidente del Tribunal, Freisler. El abogado católico Wirmer responde al soez impropio de Freisler («En pocas horas estará usted en el infierno»), con una cortés inclinación y: «Tendría mucho gusto en recibirle allí cuanto antes, señor presidente». Otro acusado le indica: «Cuélguenos pronto, señor presidente, no sea que le cuelguen antes a usted». Pronto desaparecen las escenas de los juicios de los documentales de propaganda del régimen.

A finales de enero de 1945 muere Freisler en un bombardeo del Palacio de Justicia en Berlín. Sin embargo, las ejecuciones siguen implacable e incomprensiblemente. (Hitler ya se traslada a su «búnker» en la capital para suicidarse pocos días antes de acabar la guerra en mayo.)

### ¿Qué hubiera sucedido si...?

¿Qué hubiera sucedido si hubiera triunfado el golpe de Estado? Como toda pregunta hipotética en materia histórica, ésta también abre la puerta a un sinfín de respuestas, todas ellas a toro pasado. Pero hay algo básico que está fuera de duda: la guerra hubiera terminado rápidamente y muchos seres humanos hubieran salvado la vida. Con conatos de guerra civil en Alemania o sin ellos, con treguas pactadas con los aliados occidentales o por medio de repliegues alemanes unilaterales (el mariscal Rommel mencionó ocasionalmente la posibilidad de «abrir el frente en Francia»), con capitulación incondicional o por vía fáctica, el final de la matanza hubiera sido, a lo sumo, cuestión de semanas. ¿Cuánto hubiera significado esta diferencia entre lo hipotético y el transcurso real de las cosas? ¿Nos damos cuenta de que, desde el 20 de julio de 1944 hasta que Himmler ordenó cesar los gaseamientos en campos de concentración, a finales de noviembre del mismo año, murieron asesinados, solamente en Auschwitz (Polonia), más de 100.000 personas? ¿Recordamos que el levantamiento de la población de Varsovia fue en agosto de 1944 y costó un cuarto de millón de vidas? No está tampoco de más mencionar las bajas en los frentes —solamente la última ofensiva rusa contra Berlín, a partir de marzo de 1945, se saldó con 300.000—. Tampoco repetir que desde entonces hasta el final de la guerra morirían más de un millón de alemanes, entre civiles y militares. Por no hablar de la infinidad de pérdidas materiales, tanto económicas como culturales. Hasta aquí la miseria del acontecimiento frustrado.



FRANCISCO SOLÉ

¿Qué ventajas aportó el intento? No es éste el momento de consideraciones teológicas del orden de la redención por la acción de un justo, como en la bíblica Sodoma. En la pura dimensión histórica, el intento de golpe de Estado de 1944 demostró ampliamente la existencia de una Alemania secreta que el coronel Staufenberg exaltó en el último instante de su vida. Una Alemania de capas sociales y tendencias políticas muy dispares, unida en su rechazo al régimen nazi. Ignorar la existencia de esta resistencia equivaldría a omitir un aspecto importante de la realidad histórica y a transmitir una visión sesgada del reciente pasado europeo. Ahora, con la debida distancia de cincuenta años y antes de que desaparezcan los últimos testigos supervivientes, ha llegado el momento de la debida labor analítica.

Para ello, la acumulación de detalles de la vida diaria de los actores y su época es de inmenso valor. Dice Fernand Braudel, el maestro de la historiografía social: «La vida diaria significa hechos mínimos que pesan en el espacio y el tiempo. Cuanto más estrecha es la perspectiva, mayor la posibilidad de entrar en el espacio esencial de la vida.»

Bajo este aspecto retenemos rasgos característicos de la resistencia alemana:

Sorprende la dimensión del movimiento. Menos, si se tiene en cuenta que Hitler no tuvo nunca en las urnas, ni siquiera bajo su propio mandato en 1933, una mayoría absoluta. La masa política le seguía con entusiasmo mientras se hacían sentir mejoras económicas y aumentaba el peso internacional del país. La culminación de este proceso se sitúa en el año 1938 con la anexión de Austria. A partir de ahí, muchos empiezan a temer la dinámica aventurista. El culto a la violencia —el equivalente al «vivere pericolosamente» de Mussolini— suscita temores. (El pueblo alemán, contrariamente a lo que sucedió en 1914, fue a la Segunda Guerra europea sin el menor entusiasmo.) De ahí que la resistencia alemana, aun considerando la escasez de apoyos con que contó en las capas populares, no fuera un movimiento puramente elitista. Tampoco una corriente marcada por el oportunismo militarista de profesionales que veían la guerra perdida. Al contrario, los esfuerzos por derrocar a Hitler adquieren intensidad en sus momentos de grandes éxitos. El motivo esencial y el lazo de unión de los participantes es el ético.

Para los cristianos, Hitler viola los fundamentos de la ley moral. La repulsa que sienten hacia él los agnósticos no es menor. Al menos veinte de los resistentes procesados dicen el día de su juicio que las persecuciones de judíos fueron el factor determinante de que se unieran a la resistencia.

Fest señala el dilema particular de los conservadores apegados a la idea de nación. Los diarios del embajador Von Hassell y sus estudios de política exterior del año 1938, recientemente publicados, lo testimonian. Mantienen viva la idea de Europa Central —«Mitteleuropa»— bajo la hegemonía alemana, para la etapa posterior a Hitler. Hassell es consciente de que se perderían conquistas territoriales. La merma política del «Reich» le produce congoja. Ya en julio de 1944 visita por última vez la casa de Bismarck en Friedrichsruh. Es una despedida de su idea de la patria. «Me saltaban las lágrimas al pensar en la destrucción de su obra.»

Menos inhibidos por estas consideraciones se sentían los «convertidos» que habían

seguido anteriormente a Hitler por convicción. Entre ellos se encuentran el general Stieff, el coronel von Tresckow y el presidente de policía de Berlín, conde Helldorf, antiguo jerarca de las fuerzas de asalto nazi. Una vez llegados a la conclusión de que la decencia demandaba que actuaran, lo hicieron sin titubeo.

El término «resistencia» en el caso alemán suscitaba equívocos. No se trata de un movimiento con un solo centro director, preparado a lo largo de los años de forma ordenada. Las circunstancias no lo permitían. Así, dos figuras centrales, los generales Stieff y Oster, ni siquiera se conocían. Naturalmente, nadie podía contar tampoco con actos espontáneos como el del comunista Georg Elster, que persiguió sistemáticamente la idea de ponerle una bomba a Hitler y la realizó en Múnich en 1939.

Las conexiones personales entre civiles y militares fueron precarias y fluctuantes, dada la vigilancia policíaca. Convergían en el general Beck, quien por su edad (sesenta y cuatro años), cargo previo (jefe de Estado Mayor) y sus dotes personales (gran inteligencia, orientación filosófica) reunía mayor prestigio.

Pero Beck, por estar bajo observación y no ocupar un puesto ejecutivo, no podía entrar en juego hasta después del atentado. De ahí la descoordinación entre los que estaban llamados a formar la cúspide civil y militar y los ejecutantes del golpe, todos mandos intermedios, a fueran generales u oficiales.

Desde nuestra distancia no podemos imaginar las mil dificultades que surgieron. Había que desplazarse de unidad a unidad y al extranjero. (El diplomático Von Trott zu Solz realizó nada menos que 39 viajes por Europa, Asia y América, llegando a entrevistarse en 1939 con el ministro de Asuntos Exteriores británico y, ya durante la guerra, con el jefe del espionaje americano en Europa, Allen Dulles: al fin y a la postre, todo lo que ofrecía éste fue la rendición incondicional.)

Había que alistar participantes en los servicios logísticos del Ejército, con el fin de conseguir explosivos, medios de transporte y asegurar las comunicaciones. La fuerza del movimiento de oposición residía, precisamente, en su enraizamiento en el sistema de telecomunicaciones militares, así como en sus conexiones con el contra-espionaje y hasta con los propios servicios de seguridad. (Más tarde, el jefe del primero, almirante Canaris, y un alto jerarca del segundo, el general de las SS Nebe, serían ejecutados.)

La debilidad era la elección del ejecutor del atentado —el único acceso a Hitler en aquel momento resultó ser un oficial mutilado—. Más aún pesaba en lo negativo que ningún mariscal con mando de tropas se pusiera decididamente del lado de la oposición: «Levantán

el cuello del capote y dicen: "Yo sólo soy un soldado y obedezco órdenes"», escribiría el embajador Von Hassell en su diario. Decididamente, los militares alemanes no habían nacido para conspiradores. Es significativo que al atentado mismo, al acto desencadenante, le prestaran menos atención que a las medidas de organización del Estado posteriores. Estas fueron objeto de detallados estudios, hasta la lista de ministros que formarían el Gobierno. En Alemania faltaba toda tradición golpista. La violencia nunca se había dirigido contra los propios, siempre contra los de fuera. De ahí los titubeos de la inamovible determinación, rayana en la obsesión, de algunos militares españoles en la preguerra civil; les separaba un mundo. Una directiva como la primera del general Mola de abril de 1936 era inimaginable en el ambiente castrense alemán: «(...) La acción tiene que ser violenta en extremo para aplastar al fuerte y bien organizado enemigo (...).»

En toda la acción se refleja un titubeo frente a los postulados de la realidad, un deseo latente de martirio testimonial y redentor que a muchos les parecerá anacrónico. (El hermano del coronel Von Tresckow se presenta voluntariamente a la policía, sin que existieran cargos contra él.) No se puede olvidar que entre los resistentes había muchos teólogos (Bonhoeffer, Gerstenmaier) de marcada tendencia moralista y especulativa. El cristiano radical Helmuth Moltke, pocas horas antes de su ejecución, siente una inmensa felicidad de espíritu porque su verdugo, el presidente del Tribunal Popular Freisler, ha reconocido que no ha participado en ningún acto delictivo y que le condena a morir «por haber pensado». No es de extrañar que espíritus pragmáticos, como el inglés Craig, calificaran al movimiento de «romántico».

¿Cómo reaccionó la masa popular? Hubo de todo, nada que se pudiera calificar de característico. Desde la delación del ex-alcald de Leipzig Goerdeler por una joven ayudante de telecomunicaciones, que conocía a su familia, no para ganar la recompensa de un millón de marcos, sino por darse importancia, hasta la ayuda generosa que prestaron desconocidos a los jóvenes oficiales que sirvieron a Staufenberg voluntariamente de ordenanzas en las horas cruciales. La nota predominante fue la apatía. Ya no había fuerzas para más. Ni siquiera para sustituir al ídolo. El mariscal Rommel, el único con popularidad suficiente que hubiera podido unir al pueblo, fue condenado a morir por órdenes del «Führer». Hasta el propio Hitler se había desgastado y lo percibió claramente. Por ello siguió encerrado en su Cuartel General, sin más contacto con su pueblo que un breve y sórdido discurso de año nuevo de 1945. □

### RESUMEN

Cuando ya se han cumplido cincuenta años de aquel hecho que pretendió poner fin al nazismo, Guido Brunner comenta el intento de matar a Hitler en un atentado llevado a cabo por un puñado de militares, y para ello se ocupa de

un libro que combina magistralmente los elementos sociológicos, psicológicos, políticos, históricos e incluso azarosos que formaban aquel entramado. Por distintas razones que expone Brunner no ha debido de ser fácil escribir esta obra.

Joachim Fest

Staatsstreich

Siedler, Berlín, 1994. 415 páginas.

# Teorías, estrategias y la modernidad «otra»

Por José Luis Barrio-Garay

**José Luis Barrio-Garay** (Zaragoza, 1932) es profesor de Historia del Arte en la Universidad de Western Ontario en Londo, Canadá. Tras su doctorado en la Universidad de Columbia, Nueva York, ha desempeñado la misma cátedra en las Universidades de Wisconsin y Ohio. Es autor de numerosos trabajos, entre ellos José Gutiérrez Solana: Paintings and Writings, y ha sido comisario de exposiciones internacionales como la de Antoni Tàpies en 1976.

¿Qué puede significar el que un historiador y crítico de arte de reconocida autoridad presente una teoría y método adaptados de otras disciplinas para basar una nueva explicación del arte de nuestro siglo? ¿Qué efecto tendrá para la historia del arte moderno un discurso que articula el impulso subversivo de una interpretación conflictiva? ¿Quién habla así, desde dónde y con qué propósito?

## Poéticas y el inconsciente

*The Optical Unconscious*, de Rosalind Krauss, profesora de historia y criticismo del arte en la Columbia University y directora de la influyente revista teórica *October*, presenta esa teoría, método e interpretación en una serie de análisis de obra de artistas que ha sido ignorada por la poética ortodoxa de lo moderno. La premisa central de su libro —la existencia de un inconsciente óptico que condiciona cómo vemos el arte— es una especie de metáfora preceptiva derivada de la teoría del psicoanálisis y adaptada de su formulación previa por Walter Benjamin en *Small History of Photography* (1931) y por Fredric Jameson en *The Political Unconscious* (1981). Para Benjamin, el «inconsciente óptico» es el significado de lo que sucede, pero que el ojo no puede captar, mientras

que la cámara lo hace, permitiendo su análisis en términos del inconsciente. Para Jameson, el «inconsciente político» es el espacio imaginario en el que las grandes contradicciones de la historia y de las condiciones de la existencia se superan en un momento social determinado. Para Krauss, la metáfora conduce a percibir la visión humana «como algo menos que maestra de todo lo que examina» (pág. 180) y a percibir el arte moderno como una estructura en lugar de una evolución historiada. «Me di cuenta un día», dice, «que es más interesante percibir la estética moderna como un diagrama o tabla que como una historia (la historia que va desde el impresionismo al post-impresionismo, al fauvismo, al cubismo, a la abstracción...; la historia de una óptica cada vez más abstracta); pensé que había algo que ganar explorando su lógica como una topografía en lugar de seguir sus hilos como una narración» (pág. 13).

## Lógica y estructuras racionales

El diagrama o tabla es un cuadrado con ejes diagonales que recuerda el Cuadrado de Oposición en textos de lógica, y es similar al esquema que el grupo Klein aplicó a estructuras designadas en matemáticas y el grupo Piaget a estructuras designadas en la psicología evolutiva. Funcionalmente, el diagrama también es análogo al esquema del modelo del mito propuesto por Lévi-Strauss, al de la estructura elemental de la significación propuesto por Greimas y al del sujeto como un efecto del inconsciente propuesto por Lacan. Tanto en la investigación de Krauss como en la de sus predecesores el diagrama o modelo funciona como una matriz que genera y circunscribe relaciones estructurales entre significaciones contrarias, contradictorias y sus mutuas implicaciones.

Sobre este esquema y base teórica, Krauss sitúa la lógica interna del formalismo

como un eje opuesto a la percepción visual constituida por la relación fondo-figura de la psicología gestáltica. Las dobles negaciones de esta relación le permiten definir sus implicaciones: por un lado, «no-fondo» se define como un campo o superficie retinal, e inscripción del sujeto empírico; por otro, «no-figura» como una reflexión o enmarcado, e inscripción del yo trascendental. En esta estructura Krauss identifica el orden formal, la formalización, que condiciona la visión como una forma del conocimiento. Consecuentemente, el diagrama emerge como un espacio que contiene su propia ideología y sus insuperables contradicciones. Es en estas donde Krauss identifica el arte moderno que fue «reprimido», dice, por el formalismo.

## La modernidad «otra»

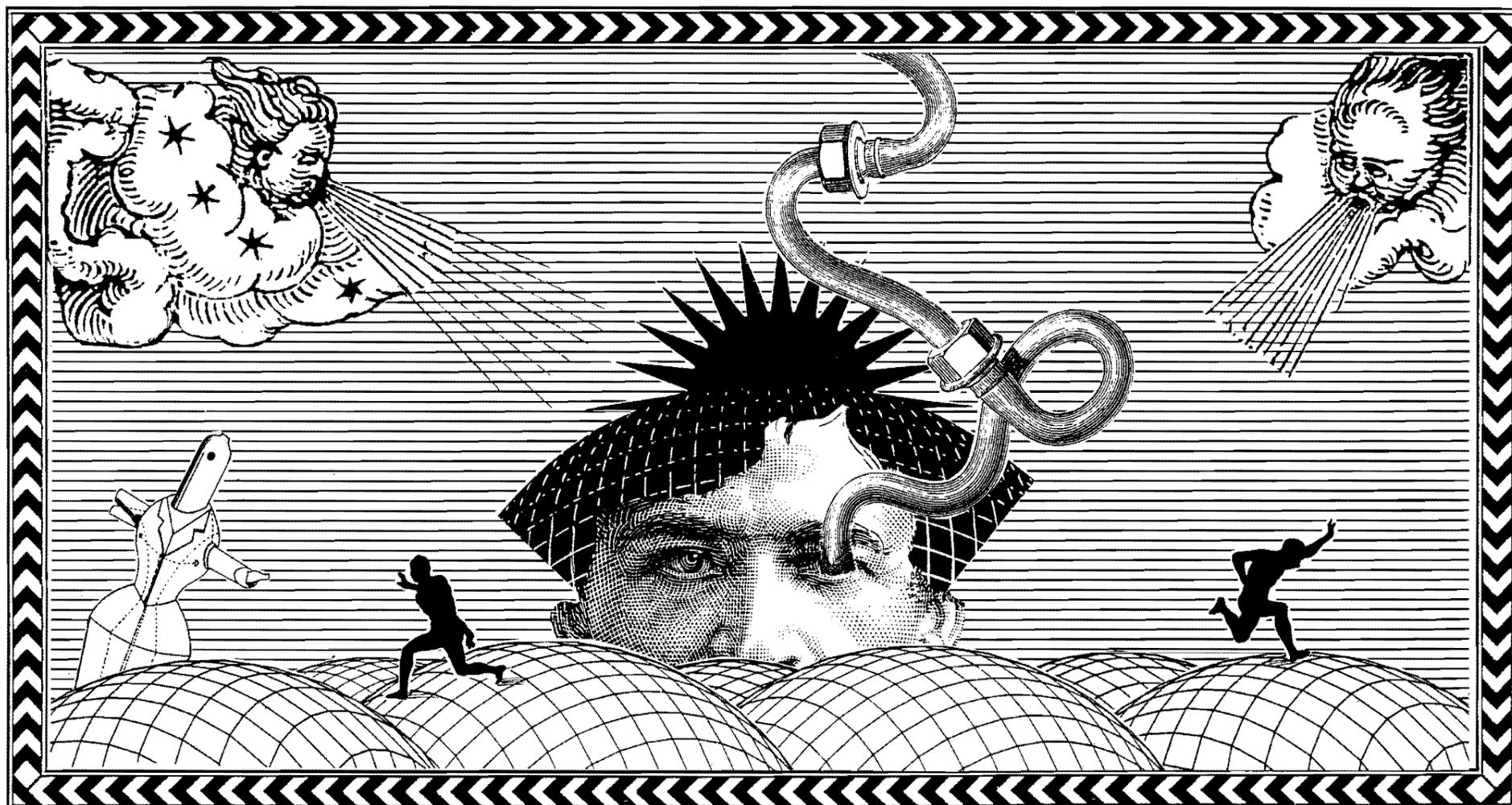
Sus comienzos los sitúa en la obra de Duchamp alrededor de 1919 en Buenos Aires, cuando rechazó la visión racional en imitaciones paródicas de aparatos ópticos, o, aproximadamente al mismo tiempo, en los «collages» de Max Ernst que maravillaron a Breton. Otras obras y otros artistas proporcionan a Krauss más síntomas y eventos que erosionan la lógica y sensibilidad formalista: conceptos como lo deforme, imitativo, extraño, reprochable, psíquico; imágenes como el acéfalo, el minotauro, el insecto voraz; artistas como Giacometti, Dalí, Man Ray, Bellmer, Picasso, Pollock; teóricos como Bataille, Breton, Callois, Leiris, Lacan, Derrida. Fue Lacan, dice Krauss, quien le dio la clave de la modernidad «otra». El esquema «L» de Lacan, análogo en forma al esquema del grupo Klein, implica al sujeto como resultado solamente de la dinámica de las contradicciones internas del esquema, situando el inconsciente en el eje diagonal del Cuadrado entre el «Sujeto» y el «Otro». Lacan, afirma Krauss, «define la relación del inconsciente con la razón, con la mente cons-

ciente, no como algo diferente a la consciencia, algo fuera de ella. La define dentro de la consciencia, desconstituyéndola desde dentro, desvirtuando su lógica, erosionando su estructura, incluso pareciendo dejar los términos de esa lógica y esa estructura en su sitio» (pág. 24).

El inconsciente óptico es, por tanto, para Krauss una forma de visión conflictiva y subversiva. Como una cartografía dentro de la lógica formalista, «la agrieta, deshaciéndola, para configurarla de nuevo» (pág. 24). La subversión se dirige hacia una tradición de pura y desinteresada visibilidad que Krauss identifica con la estética de John Ruskin, Roger Fry y, particularmente, Clement Greenberg.

Greenberg, antiguo mentor de Krauss, postuló una historia del arte moderno idealizada y basada, en parte, en la premisa de que la pureza del arte consiste en la aceptación de los límites de su medio. La pintura, por esta razón, debe rechazar, según él, todo aquello que no pertenezca a la esencia óptica de sus cualidades físicas. Con su color libre y bidimensionalidad, la pintura moderna es más convincente e incorpora el espíritu de la modernidad. En sus ensayos de los años 60 particularmente, Greenberg propuso un programa de pureza y reducción en el arte como parte de la lógica inmanente del arte moderno y de su evolución histórica. Este arte se define a sí mismo en sus términos materiales, rechazando otros —incluso los de significado común y por tanto literarios—, por no ser válidos para su autonomía.

Krauss investiga lo rechazado o reprimido por esa estética formalista para definir y explicar una contrahistoria. Sin guardar fidelidad a escuela alguna, se apoya con admirable erudición y verdadero arsenal bibliográfico en las teorías de la hermenéutica de los últimos treinta años. Adapta método y resultados de las investigaciones de otros teóricos del saber para ofrecer un acercamiento



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



nuevo a ciertas obras de varios artistas cuya significación reside, según ella, fuera de sus cualidades formales. Adorno, Breton y Lacan soportan el análisis de las imágenes yuxtapuestas de Ernst. Saussure, Sartre, Lyotard y, sobre todo, Freud iluminan la interpretación del teatro erótico de Duchamp. Bataille, Breton, Charcot, Caillois y André Leroi-Gourhan aclaran el universo combinatorio de Dalí; Benjamin, Freud y Lacan, el espacio lúdico de Man Ray y Giacometti. Caillois, Breton y Freud insisten en descifrar el significado de las muñecas de Bellmer. Hélène Parmelin, Bataille, Caillois, Barthes, Freud, Lacan y Lyotard proveen bases biográficas y teóricas para la interpretación de la productividad inconsciente, el invertir en lo erótico, de Picasso en sus variaciones sobre obras maestras.

La destacada posición que la teoría psicoanalítica ocupa en estos análisis disminuye en la interpretación que Krauss ofrece de la obra de Pollock en el capítulo más extenso e incisivo de este volumen. En lugar del aparato interdisciplinar y conceptual de los enfoques previos, se detecta una motivación personal en el debate que despliega contra Greenberg y su aportación a la estética de la formalización. Greenberg, debe recordarse, fue el crítico que con más autoridad y poder en el ámbito del arte contribuyó decisivamente en los años 40 a la interpretación de la obra de Pollock y a situarlo a la cabeza del movimiento abstracto en Estados Unidos. Pero lo hizo tergiversando esa interpretación para acomodar la obra dentro de su propio formalismo. Al refutar las premisas del juicio formado por Greenberg sobre la obra de Pollock, Krauss no solamente «descubre» un nuevo Pollock, sino que también cuestiona la construcción de lo moderno por Greenberg en su totalidad y, por extensión, el formalismo en general, de cuya avanzada en su día ella formó parte.

## Recepción de la crítica

No deja de tener interés, por tanto, que el enfoque de este capítulo esté concentrado en análisis y consideraciones más al uso en la praxis de la historia del arte. El marco donde se inscriben es el formado por relaciones causales entre artista, su obra y la recepción de la crítica. La biografía del artista, consideración de la cual Krauss denigró en otros estudios (p. ej.: *In the Name of Picasso*, 1981), le permite delinear el proceso a través del cual la interpretación de Greenberg se convirtió en una apreciación del «sublimatorio plano formal de lo vertical» aceptada por la mayoría de la crítica. En lugar de ese plano perceptivo creado por la posición vertical de la obra de Pollock ante el espectador, Krauss insiste en lo horizontal como la clave original de sus significados. Con esta clave, otra lectura emerge: el sentido del violento trazo del gesto en el espacio que adquiere el carácter de signo en la fuerza expresiva registrada por el residuo del evento por la forma pura de la huella. Con gran originalidad, Krauss deriva pruebas para su interpretación de la obra de artistas que reaccionaron frente a la obra de Pollock, llevando más allá, o negando, sus implicaciones. Twombly, por ejemplo, confirma con sus «graffiti» la violencia o agresión en la experiencia del trazo que tacha o desfigura fondos nítidos, como la pintura arrojada por Pollock sobre blancos lienzos situados en el suelo. El residuo de esas acciones es en la obra de los dos artistas como un testimonio que pregonan: «aquí estuve». Por su parte, Warhol, con sus diagramas de pasos de bailes, exhibidos en el suelo de galerías en 1962, y sus «pinturas oxidadas», realizadas orinando sobre el lienzo situado en el suelo, confirma



ALVARO SANCHEZ

como Pollock el señalar o marcar una presencia o propiedad, necesariamente dispersando ese yo en calidad de vestigio, según Derrida, de un momento ya pasado.

Innecesariamente, Krauss encabeza este capítulo con un retrato físico desfavorable de Greenberg al que dedica el párrafo correspondiente. Y como estrofa retórica para subrayarlo, repite el retrato y párrafo cuatro veces más, con leves variaciones, intercalado en el resto del capítulo.

Sin embargo, es precisamente en su original estilo donde radica uno de los muchos e importantes méritos de este libro. La narración evoca la evolución del pensar a través de asociaciones libres suscitadas por el escribir, o conversar, sobre el tema. En varios capítulos, el primero inclusive, la primera frase comienza con la conjunción «Y», como si fuese la introducción de un nuevo aspecto o punto a considerar en la conversación con un supuesto lector. Distintos temas —reinterpretación, autobiografía, argumento, diálogo— son interpuestos en la narración, manteniendo dos o más subtextos al mismo tiempo que armonizan y responden a ellos. Otros temas son desarrollados paralelamente en distintas secciones, mientras que otros desaparecen gradualmente conforme el discurso avanza. Krauss ha sustituido en este libro la proverbial retórica y tono psicológicamente distanciados de la historia del arte, por la intimidad del diario y la licencia poética de la obra literaria en prosa.

La originalidad del tema central del libro no es tan decisiva. Después de todo, Greenberg manifestó clara y repetidamente qué manifestaciones artísticas —desde el Dadaísmo y Surrealismo al Pop Art— rechazaba su formalismo. Y hay que recordar que Krauss mismo, junto con otros seguidores de Greenberg, como Michel Fried, contribuyó con su criticismo al avance de la estética formalista hacia el concepto de la presencia pura como la esencia de la visualidad. Ambos han cambiado teorías, métodos e interpretación de lo que constituye la modernidad en el arte. Si la posición de Fried se ha orientado hacia la fenomenología dentro de la imagen para extraer su significado, la de Krauss lo ha hecho hacia un concepto de lo visual mediado por la semiótica postestructuralista y el psicoanálisis.

## Disciplina y problemática

El cambio o retracción de estos historiadores y críticos no es singular, sino sintomático de lo que se ha venido a calificar como crisis de la disciplina. Sus orígenes se hallan al final de los años 60 en Europa y Estados Unidos, cuando una creciente e insurgente minoría de historiadores de arte postularon que la disciplina no había experimentado los cambios de otras en las huma-

nidades y ciencias sociales; que estaba rezagada. En tres décadas, desde entonces, la teoría y práctica de la historia y criticismo del arte han sido arrolladas por una erupción de nuevos acercamientos que cuestionan radicalmente las presuposiciones más establecidas. Consecuentemente, la disciplina se encuentra hoy dividida por dos posiciones extremas. Los que afirman que la ortodoxia inmersa en la maquinaria del mundo académico ha deteriorado y reducido su aportación intelectual a la cultura; y que la tradición de análisis estilísticos e iconográficos, catálogos razonados y monografías no es tan neutral como clama, vinculada como está a ideologías, instituciones y el mercado. Otros afirman que el estructuralismo, semiótica, historia sociológica, psicoanálisis, feminismo, postestructuralismo, deconstrucción y pragmática han creado principalmente obsesiones teóricas y metodológicas, derogando las bases de la propia autonomía y negando al mismo tiempo lo que es específico en aquello que la disciplina investiga. Claro está que no todos los historiadores y críticos cuestionan las transformaciones de la praxis o que los que abogan por reforma lo hacen desde el mismo punto de mira. La fragmentación y diversidad que caracterizan la praxis en la actualidad impiden cualquier perspectiva unificadora.

Hay que considerar también que en el mundo académico, singularmente en Norteamérica, el aceleramiento constante de la demanda por parte de las universidades de publicaciones del profesorado, y la consiguiente dificultad en sobresalir entre el clamor que resulta, han contribuido a crear estilos que son excesivamente teóricos y argumentativos, o posiciones que son producto de intereses o motivaciones personales.

*The Optical Unconscious* es sintomático de las circunstancias actuales y texto clave para situarlas y comprenderlas. Plantea sobre todo cuestiones metodológicas que por su adhesión al análisis lógico lo apartan de lo que son los análisis al uso. No se puede evitar el sentirse fascinado e instruido por la profundidad e intensidad de su comprensión del arte de este siglo y por la envergadura de sus observaciones. Pero esta empresa se realiza

a través de unas estrategias interpretativas que se aplican para establecer una crítica combativa del formalismo y de su construcción de lo moderno.

En esto reside uno de los problemas de este libro. Para ser válida una interpretación histórica debe comprender tantos aspectos como sean necesarios del horizonte histórico que se propone explicar. Debe, por tanto, incluir lo social que Krauss ignora, tanto como lo hizo el propio formalismo. Una apreciación de las circunstancias socio-políticas, económicas y culturales del pasado en que el formalismo fue contextualizado y que difieren del presente tendría que considerar el papel que jugaron las instituciones —estado, museos, galerías, universidades— en la discriminación y preservación de la estética de la modernidad y en qué modo participó o no el formalismo en la praxis ideológica, relaciones del poder y en manifestaciones culturales. La imposición de una estrategia o proyecto personal vinculado a nociones y valores sostenidos en el momento actual, desde situaciones con suficiente autoridad para relacionar saber y poder, desfiguran tanto como interpretan el pasado y el presente.

La evaluación artística, la percepción de valores en la obra de arte conforme se constituyen en la sociedad, es también cuestión ignorada por Krauss. Si la examinamos, se configura todavía «otra» modernidad que se declara en oposición a los intereses creados del mundo del arte, particularmente su comercialización. Sus primeras manifestaciones se hallan también en la obra de Duchamp, pero asimismo en las de los varios dadaísmos de los años 1916-22. Y su herencia la han manifestado y manifiestan no solamente todos los neodadaísmos posteriores, sino también el arte que se destruye a sí mismo, Fluxus, «Happenings», accionismos, representaciones o «performances» y ciertas manifestaciones del arte conceptual.

«Otras» modernidades son igualmente posibles. No olvidemos tampoco que los sistemas estéticos, con sus teorías y métodos, sólo llegan, inevitable e irreversiblemente, a definir una situación. Categorías mentales abstractas son, en realidad, momentos históricos. □

## RESUMEN

La autora del ensayo, al que se refiere Barrio-Garay, parte de una premisa —la existencia de un inconsciente óptico que condiciona cómo vemos el arte— para establecer una teoría y un método que den una nueva explicación del arte

de nuestro siglo, y lo hace analizando artistas que han sido ignorados por la poética ortodoxa de lo moderno. Barrio-Garay reconoce la fascinación que le produce la línea seguida en el libro, pero subraya los riesgos que corre la autora.

Rosalind E. Krauss

*The Optical Unconscious*

The MIT Press, Cambridge (Massachusetts) / Londres, 1993. 353 páginas. 24,95 dólares.

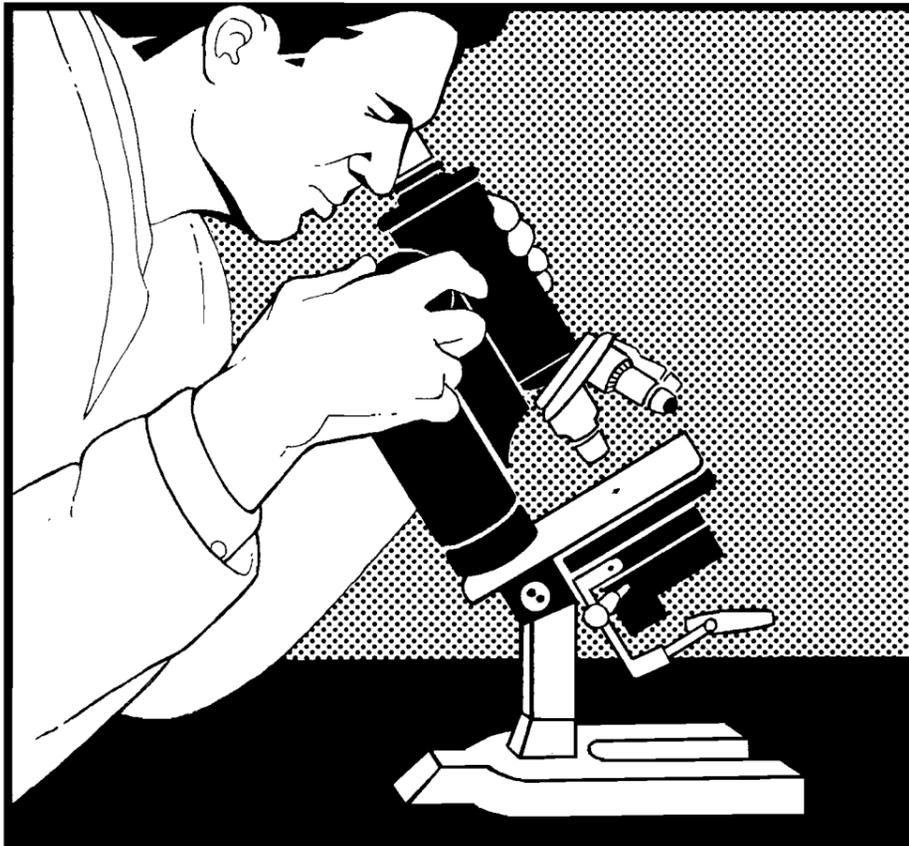
# La mosca favorita de los biólogos

Por José Antonio Campos-Ortega

**José Antonio Campos-Ortega** (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las Universidades de Valencia y Göttingen (Alemania); ha sido profesor extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Friburgo y, desde 1982, es profesor ordinario de Biología del Desarrollo y director del Institut für Entwicklungsphysiologie de la Universidad de Colonia. Es académico correspondiente extranjero de la Real Academia de Ciencias y miembro de la Academia Europea.

Todos los organismos superiores transmiten sus caracteres hereditarios obedeciendo las mismas reglas. Esas reglas fueron descubiertas por el monje agustino Gregor Mendel, en la abadía de Brunn, en Moravia, al analizar, en un trabajo de ocho años de duración, la descendencia de cruzamientos entre un total de 22 variedades de guisantes. Los resultados de esos trabajos fueron comunicados a la Asociación de Naturalistas de Brunn en 1865, y publicados en 1866 en las actas de la misma Asociación. La verdaderamente histórica importancia de los descubrimientos de Mendel no fue reconocida en su tiempo y su publicación pasó completamente desapercibida. En 1900, en el plazo de muy pocos meses, otros tres botánicos, el holandés Hugo de Vries, el alemán Carl Correns y el austríaco Erich Tschermak, aparentemente ignorantes de los resultados de Mendel (algo que la historiografía moderna pone en tela de juicio), publicaron independientemente el uno del otro trabajos que contenían reglas de la herencia en principio idénticas a las que Mendel había dado a prensa treinta y cuatro años antes. Es decir, De Vries, Correns y, en parte, Tschermak redescubrieron a Mendel. Con ello, coincidiendo con el comienzo de nuestro siglo, nació el mendelismo, un nuevo paradigma científico que iba a dominar la investigación biológica durante un largo tiempo y a formar la base de una nueva rama de la biología, la genética.

Las reglas de la herencia fueron inicialmente establecidas para las plantas. Los animales que, durante los primeros años de este siglo, se utilizaron para ese fin, palomas y gallinas, ratas y ratones, conejos y cobayas, cabras y caballos, etc., resultaron poco útiles y, como consecuencia, la genética de los animales progresó muy despacio y acompañada de grandes errores conceptuales. Muchos motivos explican la lentitud de ese progreso: la mayor complejidad biológica de los animales, las dificultades prácticas asociadas con su tamaño y el coste de su cultivo en grandes números (en genética, los cruzamientos se hacen por centenares o por millares), la larga duración de su ciclo vital, etc. La situación cambió cuando los zoólogos comenzaron a trabajar con la mosca del vinagre, «*Drosophila melanogaster*», una mosca pequeña, muy prolífica y robusta, que requiere poco espacio y dinero para su cultivo en grandes cantidades, con un ciclo generacional de dos semanas y una morfología somática constante y cristalina, cuyas desviaciones pueden ser detectadas fácilmente, etc. En el plazo de muy pocos años, desde 1910 hasta 1915, utilizando la «*Drosophila*», un profesor de zoología en la Columbia University de Nueva York, Thomas Hunt Morgan, y tres jóvenes estudiantes de cualidades excepcionales, Calvin Bridges, Hermann Joseph Muller y Alfred Sturtevant, establecieron definitivamente las reglas de la transmisión hereditaria en animales, confirmando y extendiendo considerablemente las conclusiones de Mendel. Además, Morgan y sus colaboradores proporcionaron la base genética de la teoría cromosómica de la herencia, previamente propuesta por Theodor Boveri y Eduard B. Wilson desde una base



MARISOL CALÉS

citológica. El libro publicado por Morgan, Sturtevant, Muller y Bridges en 1915, *The mechanism of mendelian heredity*, iba a constituir uno de los pilares fundamentales en los que reposa la biología moderna y a ejercer una gran influencia sobre las disciplinas biológicas.

## Rancio abolengo

Trabajar con la mosca del vinagre significa, en nuestros días, trabajar con un organismo de, por decirlo así, rancio abolengo biológico, con una gran tradición histórica, en el que, en los cerca de 90 años de su utilización, se han llevado a cabo descubrimientos de trascendencia general. La bibliografía sobre la «*Drosophila*» es abundantísima y vastos son nuestros conocimientos sobre su desarrollo, su comportamiento, etc. Por ejemplo, el último libro sobre biología general de la «*Drosophila*», publicado en 1989 por el inglés Michael Ashburner, tiene una extensión de 1331 páginas. Muchos historiadores de la ciencia, profesionales y aficionados, se han ocupado del papel que la «*Drosophila*» ha jugado en la evolución de la biología. También es abundante la bibliografía sobre T. H. Morgan, uno de los «héroes» de la biología moderna, y sobre los drosophilistas, los cultivadores de la «*Drosophila*» —un género especial de biólogos para quienes el trabajo con el organismo, la diaria relación con la mosca, cuenta tanto como el problema biológico a tratar.

El libro que comento en estas líneas es un buen ejemplo de esa ocupación de los historiadores con la «*Drosophila*». Su autor afirma en el prólogo que, de todos los temas históricos que ha tratado en su carrera, ninguno le ha resultado más agradable y más apasionante que la ocupación con «*Drosophila*»; por mi parte, luego de casi 30 años de trabajos con la mosca, y con otros muchos organismos, puedo afirmar lo mismo. ¿Pero por qué comentar precisamente este libro, si realmente abundan los representantes del género? El motivo que me mueve a comentarlo, y a recomendar encomiásticamente su lectura, es que su autor se ha ocupado más de los aspectos sociales del trabajo con «*Dro-*

sophila» durante la época clásica de la genética que de los logros científicos obtenidos con el animal; es decir, la organización de las instituciones, los elementos de financiación de la investigación, la organización del trabajo mismo y las relaciones profesionales entre Morgan y sus colaboradores han recibido una atención que no habían recibido previamente.

Fueron norteamericanos los que descubrieron que «*Drosophila*» es un organismo idóneo para la investigación biológica experimental y, entre ellos, uno de los primeros en utilizarla fue el mismo Morgan. Son muy dispares los motivos que guiaron a Morgan y a sus contemporáneos cultivadores de la «*Drosophila*» a trabajar con la mosca; pero, en todo caso, esos motivos estaban antes relacionados con la evolución de los seres vivos que con la transmisión de los caracteres hereditarios. La opinión general en la época era que la base de la evolución biológica, lo que determinaba la aparición de nuevas especies, era la coincidencia en un individuo particular de una especie determinada de abundantes cambios somáticos ocurridos casualmente, de consecuencias diminutas cada uno de ellos, pero de gran importancia en su acción conjunta. Esos cambios conferían al organismo en cuestión una ventaja con respecto a los otros miembros de su especie, la cual le permitía la propagación de sus características a sus descendientes. Ello llevaba finalmente, en un proceso de larguísima duración, al establecimiento de una nueva especie. Morgan era un embriólogo y, en parte por ignorancia y en parte influido por H. de Vries, difería de esa opinión. El creía, erróneamente, que nuevas especies se originaban por mutaciones singulares que tenían como consecuencia la variación discontinua, es decir, la modificación de la estructura del organismo en el plazo de tan sólo una generación, y no como resultado de múltiples mutaciones de consecuencias acumuladas durante generaciones consecutivas.

Con el fin de inducir una de las presuntas macromutaciones, Morgan comenzó en 1906 a experimentar con crisálidas de varias especies de insectos. Además, para aumentar la presión selectiva y, de ese modo, la probabilidad de detectar la aparición de una nueva

especie, Morgan inició en 1907 el cultivo en grandes cantidades de «*Drosophila*», sometiendo a sus moscas a diversos tratamientos. En enero de 1910, Morgan encontró la primera desviación del patrón general que era transmisible de padres a hijos: una pigmentación más oscura de una parte del tórax, que llamó «with». La segunda, encontrada en febrero del mismo año, afectaba a la coloración somática general, normalmente anaranjada, y a esa mutación Morgan dio el nombre de «olive». La tercera mutación, encontrada en marzo de 1910, fue llamada «speck», una mancha en la parte lateral del tórax. Entre las mutaciones encontradas en mayo de 1910, se encuentra «white», una mosca con ojos blancos en lugar de rojos, que iba a ser la primera que Morgan estudiara en detalle. Muchas otras mutaciones fueron encontradas en 1910, y aún muchas más en los siguientes años; pero ninguna pertenecía al tipo de las macromutaciones que, unos años antes, le llevaron a comenzar a trabajar con «*Drosophila*». Consecuentemente, Morgan abandonó el terreno de la evolución biológica experimental para entrar en el terreno de la genética —una decisión muy inteligente, con importantes repercusiones para la biología y para Morgan mismo, quien en 1933 vio recompensado su trabajo con el Premio Nobel.

Morgan observó que la herencia del carácter «white» estaba asociada al sexo masculino, lo que sugería que el sexo, al igual que la pigmentación ocular, es una característica hereditaria asociada con uno de los cromosomas, en este caso el cromosoma X. Es decir, grupos determinados de caracteres hereditarios parecían encontrarse ubicados en los cromosomas, asociados a otros grupos de caracteres. Esta observación fue base de partida para un ambicioso programa de investigación cuya meta era el esclarecimiento de la organización cromosómica y la naturaleza de los genes (una palabra que había sido inventada en 1909 por el danés W. L. Johannsen, y que rápidamente alcanzó gran difusión).

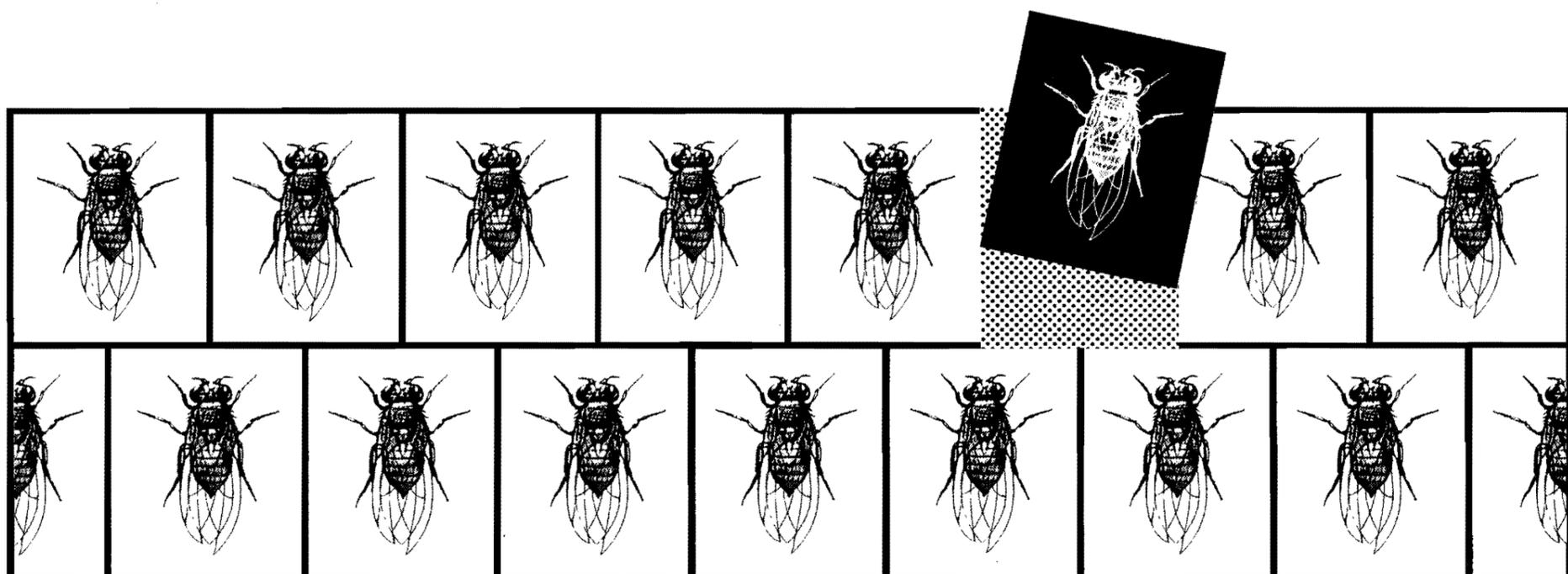
## El misterio de los genes

Los genes: elementos misteriosos, de los que no se sabía otra cosa que su mera existencia. Los genes designaban por entonces los caracteres hereditarios; en realidad, eran casi sinónimos suyos: el color de la piel o de los ojos, la forma de las alas o de las cerdas, el sexo; o, en el caso de las plantas, el color y la forma de las semillas, o de las flores, o de las hojas, etc., cada uno de esos caracteres correspondía a un gen. Las desviaciones del patrón normal de la llamada estirpe silvestre, las mutaciones que se encontraban de cuando en cuando, eran tenidas como resultado de la pérdida del factor hereditario normal; en su ausencia se desarrollaba una nueva forma, un nuevo carácter. Morgan y sus colaboradores, fundamentalmente Muller, demostraron que las mutaciones no siempre correspondían a la ausencia del gen normal; en algunos casos, éste podía, como resultado de una mutación, sufrir una modificación y adquirir una nueva forma que conducía a una nueva función. Es decir, los genes se encuentran presentes en la naturaleza en formas distintas, llamadas alelomorfos o alelos. La inmensa variabilidad individual que se observa en una especie es debida a diferentes combinaciones alélicas. Unas combinaciones confieren mayor ventaja evolutiva sobre los restantes individuos de la especie que otras. El concepto de alelos constituye una de las contribuciones más importantes a la biología del grupo de Morgan y del trabajo con «*Drosophila*».

Una de las peculiaridades del programa de investigación concebido y llevado a cabo



Viene de la página anterior



MARISOL CALÉS

por Morgan es que se trató por primera vez en la historia de una labor de equipo, llevada a cabo fundamentalmente por sus colaboradores, desde 1910 por C. Bridges y A. Sturtevant y a partir de 1912 también por H. Muller, y no por el jefe mismo, cuya misión fue la popularización de los resultados y el obtener el apoyo económico necesario. En este aspecto, el laboratorio de Morgan puede considerarse un pionero de la organización de los laboratorios modernos. Bridges y Sturtevant entraron en el laboratorio de Morgan cuando todavía se encontraban en sus primeros semestres de estudio. Sturtevant se sintió atraído hacia los trabajos de Morgan con moscas por haber él mismo estudiado la herencia de la pigmentación en los caballos criados en la granja de su padre. Bridges, que disponía de escasos recursos económicos, tenía necesidad de trabajar para pagarse los estudios y acudió al laboratorio para lavar las botellas de leche en las que Morgan cultivaba sus moscas. Sin embargo, muy pronto Morgan descubrió la (más tarde proverbial) agudeza visual de Bridges y le ofreció un puesto remunerado como ayudante de laboratorio. Se cuenta que algunas de las mutaciones encontradas en los primeros años fueron descubiertas por Bridges entre la basura de crías, moscas muertas y restos de plátano fermentado, con el que por entonces se alimentaba a las moscas, cuando recogía las botellas de cultivo que tenía que lavar. Muller, como Bridges, era de humilde origen y, para costear sus estudios, daba clases nocturnas de filosofía y de inglés en una escuela muy alejada de la Columbia University; ello le impidió por algún tiempo contribuir activamente al trabajo del grupo, si bien participaba en sus discusiones. A partir de junio de 1912, y hasta 1916, Muller dispuso también de un puesto de trabajo en el laboratorio de Morgan. Los cuatro, el profesor y los tres estudiantes, son los autores del libro epocal *The mechanism of mendelian heredity*, mencionado antes, y el mérito de cada uno de ellos en su elaboración es similar.

El tremendo éxito del proyecto, la gran eficacia con la que el programa de trabajo fue llevado adelante, se explica por dos motivos. Uno es de índole conceptual, y el mérito corresponde exclusivamente a Morgan, quien separó de modo consciente el estudio de la transmisión vertical de los caracteres hereditarios del estudio de su transmisión horizontal o expresión; es decir, los problemas relacionados con la herencia fueron separados conceptualmente de los problemas relacionados con el desarrollo. Hasta entonces, herencia y desarrollo habían sido estudiados simultáneamente por ser ambos considerados vertientes de un mismo problema. La con-

centración exclusiva en el estudio de la transmisión vertical permitió una mejor definición de las preguntas a responder y un mejor diseño de los experimentos a llevar a cabo. El otro motivo que explica por qué el grupo de Morgan tuvo éxito tan rápidamente estriba en las excepcionales características personales de Bridges, Muller y Sturtevant: inteligentes, entusiastas, muy ambiciosos y carentes de prejuicios científicos, imaginativos y grandes trabajadores. La misión que Morgan les había confiado consistía en solucionar cada uno de los múltiples problemas científicos que se les iban presentando día a día: quién solucionara los problemas era indiferente, lo que a todos ellos importaba era la solución misma. El ambiente del laboratorio de Morgan en aquellos días —el legendario «fly room» de Schermerhorn Hall, en la Columbia University— ha sido descrito repetidas veces como ambiente paradigmático para un laboratorio de gran éxito. Sobre todo, las muy fructíferas discusiones sobre esos problemas científicos, en las que se veían implicados a diario y en las que su jefe era, según la opinión de testigos presenciales, el más ruidoso de los participantes, que conducían a concebir nuevas hipótesis y nuevos experimentos para comprobarlas, contribuyeron en gran manera al éxito. Para llevar a cabo esos experimentos, Morgan, veinte años mayor que ellos y ya por entonces, debido a sus trabajos previos en embriología, una autoridad en la zoología del país, les concedía libertad completa.

La producción científica de esos primeros años, medida en los descubrimientos que se llevaron a cabo, no tiene parangón. El programa de trabajo estaba bien definido: entender los mecanismos de la herencia; como, en realidad, todo estaba por descubrir, a cada uno de los participantes corresponde una parte importante. Entre otras muchas cosas, durante los primeros años de trabajo, Morgan descubrió el mecanismo del entrecruzamiento cromosómico, la base de la recombinación meiótica, uno de los fenómenos biológicos de mayor trascendencia en organismos superiores; Sturtevant, el método de localizar los genes en los cromosomas y cómo establecer mapas cromosómicos; Bridges, el mecanismo de la herencia del sexo; y Muller, las mutaciones en el cuarto cromosoma, completando así la correspondencia entre grupos de asociación y cromosomas, que hizo posible la publicación de la primera teoría de base genética (el libro citado más arriba). Otros colaboradores de los primeros años fueron Charles Metz, Alexander Weinstein, Edgar Altenburg, etc., así como los visitantes europeos Otto Mohr y Curt Stern; éstos, y algunos de los de la segunda generación de colaboradores, como Jack Schultz o Donald Poulson, son figuras

famosas de la genética de «Drosophila». Pero no tienen la importancia histórica de Bridges, Muller y Sturtevant.

El cuarto de las moscas albergó a un grupo heterogéneo de personas, con caracteres muy distintos, pero todos ellos de gran ambición, y los conflictos abundaban. Debido a su carácter independiente, y a problemas personales con Morgan y Sturtevant, Muller abandonó al grupo de Columbia para ocupar a finales de 1916 un puesto de profesor en la Rice University en Houston, Tejas. La vida de Hermann Muller fue muy agitada. De Houston pasó, luego de un intervalo en Nueva York, en 1920 a Austin, donde llevó a cabo sus trabajos sobre la mutación experimental, por los que recibiría el Premio Nobel en 1946, y, de aquí, a la Unión Soviética por varios años (Leningrado y Moscú). Huyendo de las purgas de Stalin, Muller pasó una corta estancia en España durante la última guerra civil, donde pretendía llevar a cabo experimentos de transfusión con sangre procedente de cadáveres; de España, Muller fue a Edimburgo y, de aquí, a Bloomington, en Indiana, donde continuó hasta su muerte. Muller trató durante toda su vida de combinar problemas sociales y científicos. Por ejemplo, tuvo grandes dificultades en su carrera por haber insistido públicamente, y en contra de la corriente política de la época, sobre los peligros de las radiaciones; fue también un gran defensor de la eugenesia. En franco contraste con Muller, los otros dos protagonistas de nuestra historia, Bridges y Sturtevant, permanecieron a la sombra de Morgan durante toda su carrera, siguiéndole a California cuando, en 1928, éste fue encargado de la formación de la división de biología en el California Institute of Technology en Pasadena. La colaboración entre los tres persistió hasta la muerte de Bridges, ocurrida en 1938, y la de Morgan mismo, en 1946; Sturtevant permaneció en Pasadena. Bridges y Sturtevant se comportaron como fieles y leales colaboradores para con su patrón, algo realmente inaudito teniendo en cuenta su gran categoría

intelectual y el carácter no siempre fácil de Morgan.

El programa concebido por Morgan para entender la organización y los mecanismos de transmisión de caracteres hereditarios fue terminado a mediados de los años treinta; la genética quedó establecida sobre bases sólidas y definitivas. Los trabajos que Muller llevara a cabo por su cuenta sobre la producción experimental de mutaciones abrieron el camino al análisis de la naturaleza bioquímica de los genes y, en general, al desarrollo de la biología molecular, que sería la tarea de los años 50 y 60. A partir de los años 30, las actividades del grupo de Morgan en Pasadena se desviaron hacia el análisis del desarrollo y, de nuevo, de la evolución. Con la excepción de hallazgos aislados, como la invención por Sturtevant de utilizar ginandromorfos para hacer mapas de destinos celulares, de los experimentos de trasplantaciones de discos imaginales por Boris Ephrussi y George Beadle, o de los pocos trabajos que Donald Poulson realizara sobre los efectos embrionarios de mutaciones, las investigaciones sobre el desarrollo de «Drosophila» llevadas a cabo por el grupo de Morgan tuvieron poca trascendencia. El tiempo no estaba maduro para este tipo de estudios y treinta años más hubieron de transcurrir antes de que la genética del desarrollo emprendiera vuelo. Pero no fue así con respecto a la evolución, donde el éxito fue grande. Un emigrante ruso, Theodosius Dobzhansky, siguiendo la tradición del grupo de drosophilistas en su país, inició estudios sobre el bagaje mutacional de estirpes silvestres y, en colaboración con Sturtevant, realizó una serie de estudios entre híbridos de «D. melanogaster» con «D. pseudoobscura» y «D. miranda», que condujeron a la genética de poblaciones, un nuevo paradigma para el estudio genético de la evolución.

En fin, el libro de Kohler significa una estupenda introducción, de agradable lectura, en un apasionante capítulo de la historia de la biología.

#### RESUMEN

*Nos recuerda Campos-Ortega que desde Mendel se sabe que todos los organismos superiores transmiten sus caracteres hereditarios siguiendo las mismas reglas; establecidas éstas, ya en el siglo XIX, para las plantas, la genética de los animales progresó*

*muy lentamente debido a las dificultades que aquellos planteaban para la investigación hereditaria, hasta que los zoólogos descubrieron la mosca del vinagre, con la que se han conseguido avances de gran envergadura en este campo.*

**Robert E. Kohler**

*Lords of the fly. Drosophila genetics and the experimental life*

The University of Chicago Press, Chicago, 1994. XV + 321 páginas.

# Con Krebs en el corazón del laberinto

Por Francisco García Olmedo

**Francisco García Olmedo** (Cádiz, 1938) es licenciado en Química y doctor ingeniero agrónomo; es catedrático en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de Madrid, donde dirige un grupo de investigación sobre biología molecular de plantas. Es miembro de la Academia Europæa.

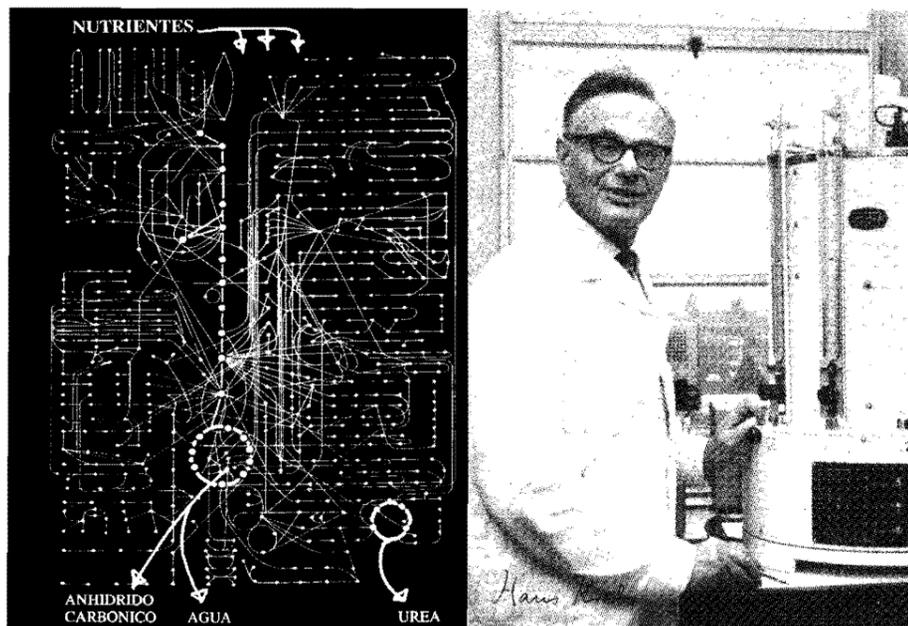
La singular biografía que de Hans Krebs (1900-1981) ha escrito el profesor H. L. Holmes cubre —en dos volúmenes que no tendrán continuación— sólo los primeros treinta y siete años de su vida, justo los que le llevaron a ocupar un lugar prominente entre los bioquímicos. En esencia se trata de la historia de unos descubrimientos señeros en la que, de paso, queda retratado el ser humano que los realizó de una forma a la vez escueta y muy matizada.

## Como norias metabólicas

Obtenemos la energía para nuestros procesos vitales quemando los nutrientes que consumimos (azúcares, grasas, proteínas) de una forma ordenada y regulada, siguiendo determinadas rutas metabólicas. Los productos finales de esta combustión son la urea, el anhídrido carbónico y el agua. Las etapas finales del proceso, en las que se forman estos tres productos, son de carácter cíclico, a modo de norias metabólicas, y se conocen como ciclo de la urea (o de Krebs-Hanseleit) y ciclo del ácido cítrico (o de Krebs). Estos dos ciclos, especialmente el segundo, constituyen el corazón del laberinto metabólico y son lugar de encuentro o enlace de los más variados caminos bioquímicos, tanto de degradación como de síntesis (ver figura). Con el descubrimiento de estos ciclos, Krebs no fue tanto pionero como culminador de una época en la investigación biológica. Si no fue el introductor del concepto de ruta metabólica, sí uno de sus principales arquitectos.

En su progresiva maduración como investigador, Krebs irá abandonando de forma paulatina el aura de vitalismo que impregna sus primeros pasos. Su maestro Warburg no pensaba que las secciones de tejidos pudieran realizar procesos metabólicos integrados, por estar éstos «dañados», y, en consecuencia, enfocaba su atención a los mecanismos catalíticos globales, antes que a sus componentes, mientras que Krebs procedió a la inversa, de las partes al todo, de las reacciones individuales y sus catalizadores a los procesos complejos, hasta no dejar espacio para misterios «vitalistas».

En la vida científica y en la personal, Krebs operaba, según Holmes, dentro de las más estrictas rutinas. Llegaba y se marchaba del laboratorio a las mismas horas todos los días; realizaba una serie de experimentos por la mañana y otra por la tarde, cuyos resultados eran analizados cada noche. El formato de sus cuadernos de laboratorio —escritos en



Los procesos cíclicos descubiertos por Krebs desempeñan un papel central en el metabolismo (cada línea, una reacción; cada punto, un compuesto químico). A la derecha, Hans Krebs frente a un manómetro de Warburg.

alemán incluso cuando ya había abandonado este idioma en su vida cotidiana— fue uniforme día tras día, año tras año. No hizo horas de más cuando le acució el trabajo, ni relajó su horario después de una batalla. Tomó siempre los mismos pasteles para el té, vistió los mismos pantalones cortos todos los fines de semana y ejecutó al piano, en sus escasos ratos libres, las mismas sonatas de Beethoven que aprendiera en su juventud, tropezando siempre en los mismos pasajes difíciles. Holmes señala con acierto que este carácter, un tanto testarudo y nada romántico, fuertemente centrado en el trabajo, fue en parte fruto de la forma en que Krebs afrontó la hostilidad y precariedad de su mundo: lejos de la seguridad que le hubiera dado la práctica clínica, con un futuro incierto como investigador, dependiendo de estipendios limitados en cuantía y en tiempo, expulsado de la universidad alemana por su ascendiente judío, exiliado y separado de su familia, indeciso sobre si emigrar a Suiza o a Inglaterra, a Estados Unidos o a Israel, mucho tiempo remiso a establecer nexos sentimentales duraderos. No resulta obvia la congruencia del talento y las circunstancias de Krebs con los extraordinarios logros de su intelecto, como lo refleja la falta de intuición de su padre —próspero médico en Hildesheim— con respecto a su brillante futuro, o su sorprendente expulsión del laboratorio de Warburg. Padre y maestro habrían de revisar sus actitudes tras la gran repercusión que tuvo el brillante descubrimiento del ciclo de la urea por un joven de treinta y un años.

Sin la formación fisicomatemática de un Warburg, ni los conocimientos de Química Física de un Roughton, o la base de Química Orgánica de un Martius, Krebs sabe sacar fuerzas de sus flaquezas para adentrarse sin juicios previos y con frescura en el

desarrollo de la nueva enzimología. Según parece, no fue un lógico brillante, ni tuvo muchas ocasiones de saltar desnudo gritando ¡eureka!, sino que su fuerte estuvo más bien en una capacidad de integrar conocimientos de forma gradual y de establecer relaciones entre observaciones dispares, así como de adaptar a sus propios fines métodos analíticos variados, además de explotar con virtuosismo extremo las técnicas manométricas de Warburg. Fue éste quien le transmitió la idea de que un científico debe tener el valor de abordar los grandes problemas sin resolver de su tiempo, cuyas soluciones deben buscarse mediante la realización de innumerables experimentos, sin demasiadas dudas críticas. Nunca hizo Krebs planes a largo plazo, sino que seguía una tendencia general, abordando de forma simultánea varios problemas más o menos relacionados y tomando decisiones día a día. Oteador constante de la literatura científica, más bien que aficionado a la discusión con sus colegas, alerta a los resultados atípicos, revoloteaba insistentemente sobre los problemas, a menudo sin saber cómo hincarle el diente, pero con el optimismo de que algo saldría, con fe en el método de «ensayo y error». Según reconstruye Holmes, llegó a sus grandes descubrimientos de forma paulatina (por «gelificación»).

## Una forma de publicar

Un aspecto importante del estilo científico de Krebs fue la forma de difundir sus investigaciones. Siempre tuvo un gran interés por publicar y, al principio, subdividía sus resultados en múltiples entregas, a las que dotaba de largas discusiones, llenas de especulaciones y disquisiciones teóricas. Su asociación con Warburg cortó esta tendencia, ya que éste se inclinaba por un estilo conciso y lúcido, y era partidario de tomar posiciones firmes, sin vacilaciones, aunque más tarde hubiera que retractarse sobre alguna cuestión. Proponía reflejar sólo los experimentos más claros y relevantes, retirar el andamiaje después de construir el edificio, nada de resultados negativos o de intentos frustrados, la «reconstrucción racional» como contraposición a la narración secuencial de las observaciones.

Como Warburg, Krebs empezaba a escribir los trabajos antes de completar las investigaciones en que se basaban. La escritura era así parte integral del proceso creativo

y no un acta «a posteriori» de éste. Esto permitía ir detectando de forma precoz posibles defectos de las construcciones lógicas y enviar los trabajos a publicar tan pronto se completaba el último experimento significativo. Así, la primicia del ciclo de la urea fue presentada al *Klinische Wochenschrift* el mismo día (13 de abril de 1932) en que se completaron los experimentos y fue publicada rápidamente, estableciendo la reputación científica de Krebs de forma casi inmediata, apenas un año después de haber abordado el problema, tras dos años de independencia como investigador.

Un quinquenio más tarde, el 10 de junio de 1937, dos días después de que su colaborador W. A. Johnson completara unos experimentos esenciales sobre el papel catalítico del ácido cítrico, envía a publicar su segunda gran contribución científica a la revista *Nature*. El trabajo fue rechazado —en la forma oblicua que esta revista adopta a menudo—, cambiado de formato y enviado a *Enzymologia* en menos de dos semanas. Krebs eligió esta revista, entonces nueva, porque sabía que lo publicaría sin alteraciones y de forma inmediata, mientras que en la más clásica *Biochemical Journal*, su editor Arthur Harden era propenso a revisar los trabajos con severidad.

Su inclinación a probar muchas cosas, para acertar en algunas, y a publicar con rapidez, incluso con impaciencia, llevó a Krebs a producir no sólo las joyas perdurables arriba aludidas, sino también una nada desdeñable lista de esqueletos hoy olvidados. Su idea de que la ciencia es «ten percent inspiration, ninety percent perspiration», que muchos creíamos una broma ingeniosa, resulta ser una síntesis exacta de su experiencia personal como científico.

La médula de esta biografía consiste en una discusión detallada de los experimentos de Krebs, basada en sus diarios de laboratorio y en los trabajos publicados (los manuscritos no se conservan) y contrastada con extensas entrevistas a su autor, veinte años después. Los testimonios de familiares, colegas y amigos complementan la rica información que permite un lúcido retrato del científico, una descripción sin concesiones de aciertos y fracasos profesionales, de claros y oscuros personales. Fue un maestro distante y exigente: «Espero que esté permanentemente al día de la literatura científica, pero si le veo en la biblioteca pensaré que está perdiendo el tiempo», parece que le dijo a su discípulo W. A. Johnson. Este, que abandonó la bioquímica después de su tesis doctoral (ciclo de Krebs) y que acabaría más tarde criando tortugas en el Caribe, guardaba un recuerdo agrídule de Krebs, no muy distinto del que Krebs guardaba de Warburg.

Al ser una rigurosa biografía científica, la lectura de este libro es ardua al principio, incluso para biólogos, pero en seguida se convierte en una experiencia de realidad virtual: nos permite vivir con Krebs su búsqueda, nos confronta con sus resultados experimentales, tal como se van produciendo y nos reta a interpretarlos. No es un libro para el gran público, pero debería ser lectura obligada para todo biólogo que empiece a investigar y que tiene urgencia de sacudirse el dogmatismo que suelen transmitir los libros de texto. □

## En el próximo número

Artículos de Antonio Quilis, Joaquín Vaquero Turcios, Juan José Martín González, José Manuel Sánchez Ron, José María Mato, Antonio López Pina y Juan Marichal.

## RESUMEN

García Olmedo trata la figura del bioquímico Hans Krebs, culminador de una época en la investigación biológica y uno de los principales arquitectos del concepto de ruta metabólica, que son los caminos que emplea el organismo para, quemando los

nutrientes que consumimos (azúcares, grasas, proteínas), obtener la energía necesaria para nuestros procesos vitales. Una biografía del científico alemán, que tan sólo abarca treinta y siete años, le sirve al articulista para recordarlo.

Frederic L. Holmes

Hans Krebs (I. The formation of a scientific life, 1900-1933; II. Architect of intermediary metabolism, 1933-1937).

Oxford University Press, Oxford, 1991 (I), 1993 (II). 491 y 481 páginas. 80 libras esterlinas.

## La nueva Gramática de la Academia Española

Por Antonio Quilis

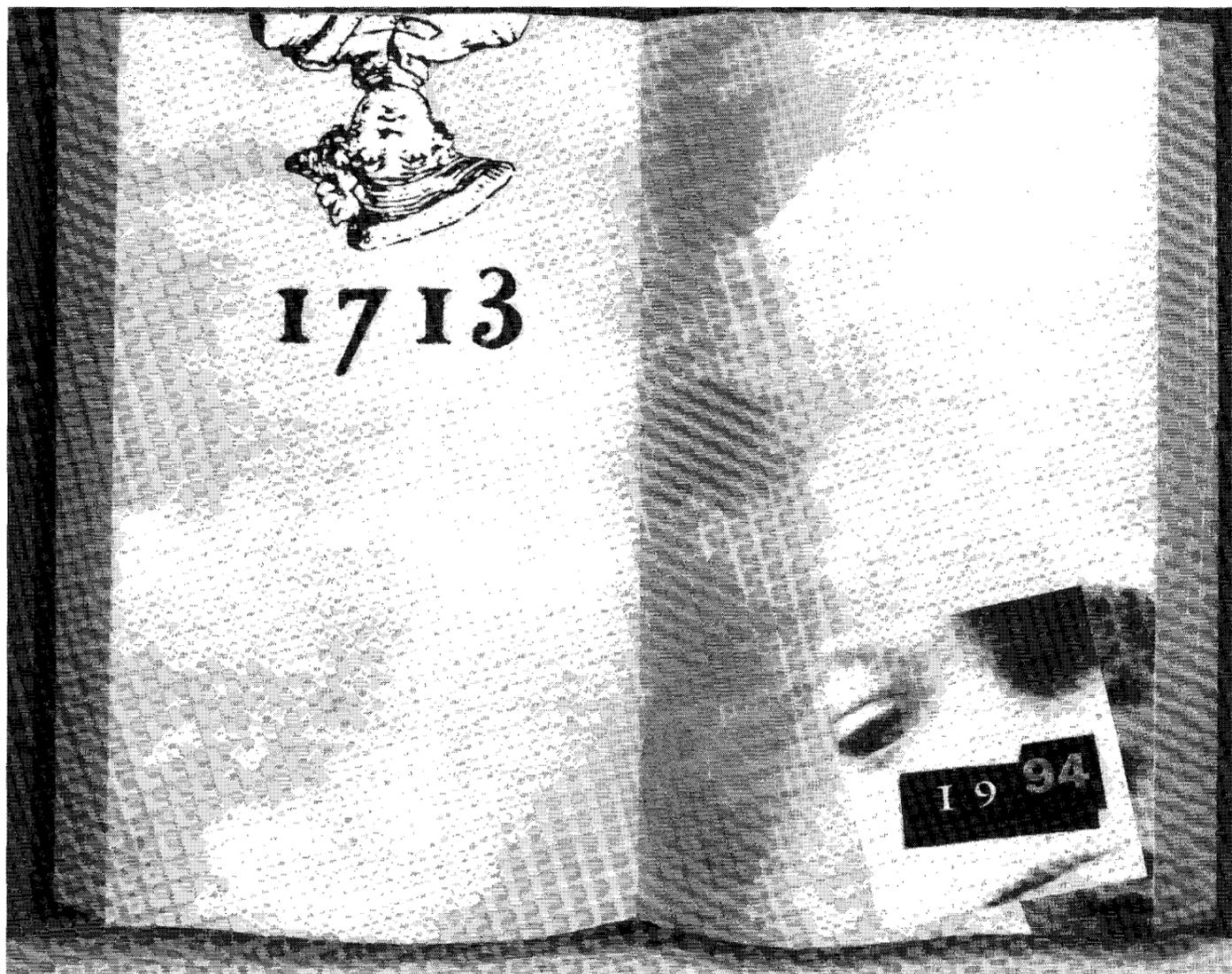
**Antonio Quilis** (*Larache, Marruecos, 1933*) es catedrático de Lengua Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, director del Laboratorio de Fonética del C.S.I.C., colaborador del Centre de Philologie Romane de la Universidad de Estrasburgo y miembro de la Academia Filipina de la Lengua. Entre sus obras podemos señalar: *La Lengua española en cuatro mundos, estudio y edición de la Gramática de la Lengua castellana de Antonio de Nebrija*, *Métrica española*, *Fonética acústica de la Lengua española y Lingüística española aplicada a la terapia del lenguaje*.

En la Francia de 1635, el cardenal Richelieu fundó la «Académie Française», tomando como modelo la italiana «Academia de la Crusca». Sus estatutos, fechados ya en 1634, declaraban que la nueva Institución, cuya principal función era la de velar por la pureza de la lengua francesa, vigilaría la composición de un Diccionario, de una Gramática, de una Retórica y de una Poética. El Diccionario apareció en 1694, después de cincuenta y cinco años de trabajo; la Gramática, tres siglos después, en 1932; pero ni la Retórica ni la Poética han visto aún la luz.

Mucho más tarde, en junio de 1713, se creó en España, con el apoyo de Felipe V, la Real Academia Española, que tuvo como fuente de inspiración la Academia francesa y cuyo promotor fue don Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena.

La primera obra que emprende es la redacción de un diccionario, que comienza a publicar sólo trece años después de su fundación: es el llamado habitualmente *Diccionario de Autoridades*, magnífica obra aún no superada, que ve la luz entre 1726 y 1739<sup>(1)</sup>; recibió este nombre porque todas las «voces» o palabras que en él figuran están refrendadas, para cada acepción, por una cita literaria recogida de las obras de los escritores más ilustres de nuestra Literatura.

En el Capítulo Quinto de los Estatutos de la recién nacida Corporación se decía que, «fenecido el Diccionario (que como vá expresado en el Capítulo primero, debe ser el primer objeto de la Academia), se trabajará en una Gramática, y una Poética Españolas, è Historia de la lengua, por la falta



ALFONSO RUANO

que hacen en España. Y en quanto à la Rhetorica, podrá excusarse de trabajar de nuevo, porque hai bastante escrito». Mucho era el trabajo que se marcaba la Academia y también su entusiasmo, pero la realidad y las dificultades que surgían no permitieron elaborar las obras con la celeridad deseada. Mientras tanto, y trabajando en sus proyectos, termina, y publica en 1741, su primera *Orthographia Española*.

La Corporación, en su sesión del 16 de agosto de 1740, decidió iniciar de una vez la elaboración de la Gramática, y dos días más tarde se constituyó la Comisión que se ocuparía del proyecto<sup>(2)</sup>. Por fin, en 1771, vio la luz la *Gramática de la Lengua Castellana, compuesta por la Real Academia Española* (Madrid. Por D. Joachin de Ibarra, Impresor de Cámara de S.M., M.DCC.LXXI). Hasta tal punto gozó la nueva Gramática de protección oficial, que Carlos III ordenó que en todas las escuelas del Reino se enseñara a los niños su lengua nativa por la Gramática que había compuesto y publicado la Real Academia Española. Y casi un siglo más tarde, como reza en la «Advertencia» de la edición de 1920, la ley de 9 de septiembre de 1857, en su artículo 88, declara que la *Gramática* de la Academia Española es texto obligatorio y único en las escuelas de enseñanza pública.

Desde el primer momento, la Academia, preocupada por los problemas que se cernían sobre la Lengua española en aquel tiempo, a la vez que consciente de su autoridad y de

su naciente y justo prestigio, adoptó el lema, acuñado por don José Solís y Gante, duque de Montellano, de «limpia, fija y da esplendor». En el programa de sus actividades, ocupaba un lugar fundamental el criterio de pureza, de corrección, implicado, según algunos estudiosos actuales, con un espíritu tradicionalista, conservador, mientras que para otros la motivación era la lucha contra el barroco decadente.

### Explicar y justificar su uso

De cualquier modo, en la nueva obra, la Academia tenía que justificar sus criterios, y lo hace al decidir escribir una gramática que fuese a la vez ciencia y arte, que se basase en el uso de la lengua en aquel momento, para que sobre él se elaborasen las reglas que debían explicar, justificar y regir su uso. La Institución entiende por tal, como Ignacio Luzán lo expuso a la Corporación, «el uso



### En este número

#### Artículos de

Antonio Quilis	1-2	José María Mato	8-9
Joaquín Vaquero Turcios	3	Antonio López Pina	10-11
Juan José Martín González	4-5	Juan Marichal	12
José Manuel Sánchez Ron	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## La nueva Gramática de la Academia Española

bueno o, como dixo Quintiliano, el consentimiento de los buenos y eruditos, y especialmente el uso actual, o a lo menos el que han seguido los buenos eruditos, de un siglo a esta parte, o algo más, pues es conforme a razón que ya que se publique ahora una gramática de la lengua, ésta sea de la lengua española que hoy se habla». Fue el criterio de Nebrija y será, después, el de Bello, que toma también como modelo el uso de la gente educada.

Y para justificar sus fines, son elocuentes, y hermosas, las palabras que escribe la Corporación en el envío de la obra al Rey: «La Academia sólo pretende en esta Gramática instruir a nuestra Juventud en los principios de su lengua, para que hablándola con propiedad y corrección, se prepare a usarla con dignidad y eloquencia».

En sucesivas ediciones, la Academia fue ajustando los contenidos de su *Gramática* a las necesidades de la época o a «los positivos adelantos que [...] ha realizado la ciencia del lenguaje», como hace constar en la «Adver-

tencia» anteriormente citada. La última edición reformada fue la de 1931, y la última reimpresión de la misma apareció en 1959.

Los avances de la lingüística en este siglo hicieron envejecer pronto la doctrina gramatical de la edición de 1931. La Institución encargó entonces su actualización a los académicos don Salvador Fernández Ramírez y don Samuel Gili Gaya, quienes redactaron y publicaron el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* en 1973; por razones que no son aquí del caso exponer, esta obra tuvo escasa repercusión y no cumplió con los fines que se esperaban de ella.

### Una empresa casi imposible

Pasaban los años, y cada vez era más notorio el vacío que se había creado por la inexistencia de una gramática académica. Urgía su elaboración, pero a la complejidad de la obra se unía la existencia del *Esbozo*, que, de acuerdo con las intenciones previas, habría que convertir en la gramática definitiva. En resumidas cuentas, una empresa prácticamente imposible.

Así las cosas, la Academia decidió confiar a una sola persona la conversión del *Esbozo* en el texto gramatical definitivo. El entonces director, don Dámaso Alonso, propuso al lingüista y académico don Emilio Alarcos Llorach la redacción de la obra. Este aceptó después de muchos años de meditar sobre la empresa, pero poniendo como condición el tener absoluta libertad en su cometido y «no estar obligado a la mera refundición del *Esbozo*», como hace constar en el prólogo de la obra que aquí reseñamos.

Por fin, en 1994, la Real Academia ha publicado la nueva *Gramática de la Lengua Española*, redactada por el catedrático Alarcos Llorach, a quien tanto debe la Lingüística española, y de quien somos deudores cuantos profesamos en ella.

La obra, digámoslo ya, tiene la gran virtud de ser clara, concisa, exacta, rigurosa y, lo que es más difícil, ha logrado ser útil para todos: para el lingüista y para el usuario profano en la materia.

Las directrices básicas seguidas en la redacción de la *Gramática* han sido las mismas que rigieron ya para la primera de 1771: la actualización científica y el criterio normativo, que no tienen por qué excluirse.

El autor, que nos trajo hace muchos años los primeros aires estructuralistas a España, ha aplicado en la elaboración de la obra la teoría que él practica: el funcionalismo lingüístico, y la ha aplicado con exhaustividad —como mandaban los viejos postulados estructuralistas— a la par que con claridad. Todas las cuestiones que se examinan en la obra, desde los grupos oracionales hasta el indefinido «todo», tienen el mismo tratamiento riguroso del funcionalismo: estamos ahora muy lejos de las descripciones de la anterior gramática académica, en la que, siguiendo la tradición de las llamadas «gramáticas lógico-tradicionales», tan pronto se aplicaban en sus definiciones y descripciones criterios formales como funcionales o de significado. Pero, además, esta obra, ya lo hemos dicho, se caracteriza por su claridad: los razonamientos, las demostraciones, las explicaciones son perfectamente inteligibles y fáciles de seguir; el autor siempre tuvo la gran virtud de hacer asequible lo difícil; los ejemplos no están acuñados para justificar cada caso, sino que, como es tradición en las obras académicas, están refrendados por una autoridad literaria contemporánea; y cuando en alguna ocasión no se documentan, siempre resuenan en nuestros oídos letras clásicas; es descriptiva y no entra en discusiones teóricas que no conciernen al lector profano de la *Gramática*; su terminología, sin alharacas, es la adecuada para los fines que se persiguen, e inteligible para todo el mundo, conservando, incluso, términos no equívocos procedentes de la gramática tradicional.

La norma del uso de la lengua, que es lo que debe fijar una obra de la Academia, también está presente en ésta. Como dice el autor

en el prólogo: «En el orden jerárquico interno de la gramática, primero viene la descripción de los hechos; de su peso y medida se desprenderá la norma, siempre provisional y a merced del uso» de los actos orales y escritos de nuestra lengua en este siglo XX, por parte de los «varones más doctos», según decía Nebrija.

### Dos hitos de la lengua

Y al hablar del humanista sevillano, se nos viene a la mente aquella otra gran obra, publicada hace más de quinientos años: su *Gramática de la Lengua castellana*. La *Gramática* de Nebrija y la *Gramática* académica de Alarcos son dos hitos muy importantes en la historia de la Lengua española: la primera nace cuando se culmina la unidad de España y cuando comienza la expansión del español por los cinco continentes; la segunda ve la luz cuando nuestra Lengua, que aparece radiante en las obras literarias contemporáneas, caminaba sola en muchas otras de sus manifestaciones. La recién publicada *Gramática* viene a reforzar el andamiaje científico del español y a contribuir a que se mantenga la fuerte unidad que hoy ya tiene. □

#### Notas:

- (1) Su título es: *Diccionario de la Lengua Castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua* por la Real Academia Española, en Madrid: en Imprinta de Fco. del Hierro, Impresor de la RAE. 1726-1739. (Seis volúmenes).
- (2) Estaba formada por los señores don Francisco Antonio de Angulo, don Carlos de la Reguera y don Francisco de Ceballos.

#### RESUMEN

La Real Academia Española, desde su creación en el siglo XVIII, ha puesto especial énfasis en contar con una gramática de la lengua española que le sirviera al hablante. Antonio Quilis, al comentar la Gramática que ha redactado el académico Alarcos

Llorach, repasa el largo camino que se ha tenido que recorrer en todos estos siglos. El resultado, ahora, ahí está: una obra clara, concisa, exacta y rigurosa; y además, útil para todos: para el lingüista y para el profano.

Emilio Alarcos Llorach

*Gramática de la Lengua Española*

Real Academia Española/Espasa-Calpe, Madrid, 1994. 406 páginas. 2.400 pesetas.

### Qué es

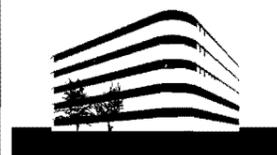
**SABER Leer**

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER Leer**

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

## SUMARIO

	Págs.
«La nueva Gramática de la Academia Española», por Antonio Quilis, sobre <i>Gramática de la Lengua Española</i> , de Emilio Alarcos Llorach	1-2
«Enseñando a mirar», por Joaquín Vaquero Turcios, sobre <i>Karl Blossfeldt. Fotografías</i> , de Rolf Sachse, y <i>Gramática del arte</i> , de J. J. Beljon	3
«El cuerpo humano, entre la ciencia y el arte», por Juan José Martín González, sobre <i>Anatomía, Academia y dibujo clásico</i> , de Valerià Cortés	4-5
«La historia de la conservación de la energía», por José Manuel Sánchez Ron, sobre <i>Robert Mayer and the Conservation of Energy</i> , de Kenneth L. Caneva	6-7
«Terapia génica: desafío del futuro», por José María Mato, sobre <i>Correcting the Code: Inventing the Genetic Cure for the Human Body</i> , de Larry Thompson	8-9
«La insobornable vigencia de un clásico», por Antonio López Pina, sobre <i>Gesammelte Schriften</i> , de Hermann Heller	10-11
«El universo de Ferrater», por Juan Marichal, sobre <i>José Ferrater Mora: el hombre y su obra</i> , de Salvador Giner y Esperanza Guisán (eds.)	12

# Enseñando a mirar

Por Joaquín Vaquero Turcios

**Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933)** es pintor y escultor. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en la arquitectura.

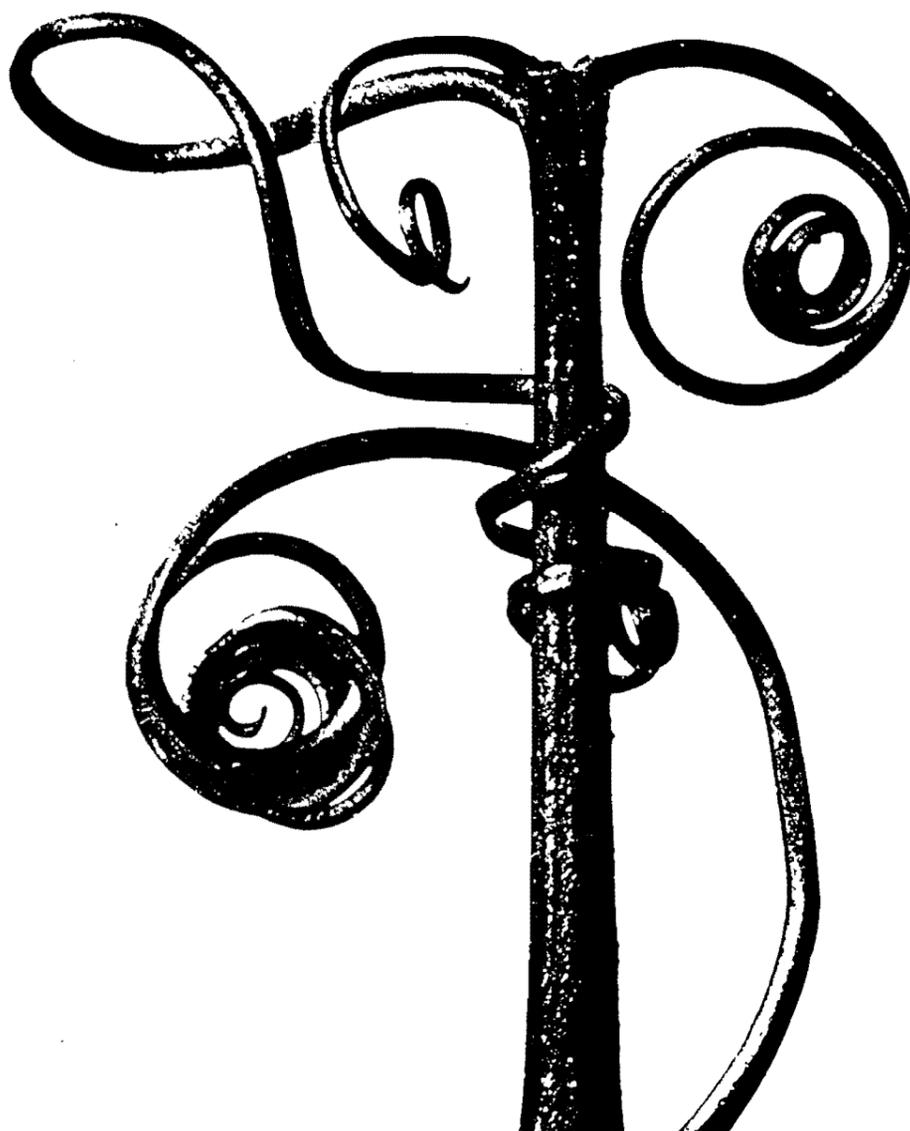
A nadie se le escapa que la enseñanza de la práctica o del goce de las artes plásticas consiste, ante todo, en enseñar a mirar, para conseguir, al fin, ver y alcanzar la emoción. Lo que es menos fácil es saber orientar las miradas ajenas de manera estimulante y hacerlas verdaderamente receptivas. Libros como el *Saper vedere* de Marangoni y otros análogos tratan con varia fortuna de guiar los ojos del lector allí donde deben buscar los valores auténticos de las obras de arte.

Los dos libros que ahora comentamos no están pensados para aprender a mirar pinturas o esculturas, aun cuando se demuestran reveladores también para ello, sino para aprender a mirarlo todo. Sus autores son grandes artistas, pero también grandes maestros vocacionales, y la intención de su esfuerzo es generosamente didáctica.

El primero reproduce fotografías y comenta la vida de Karl Blossfeldt, que nació en Alemania en 1865. En su juventud recibió enseñanza de dibujo y modelado, así como de técnicas de vaciado y fundición. Ayudante del profesor de dibujo Moritz Meurer, formó parte de un grupo de seis artistas que le acompañaron a Roma, por encargo del Gobierno prusiano, para reunir una importante colección botánica que sirviese como base para el estudio de las Ciencias Naturales y también del dibujo y la escultura según modelos naturales.

Hacia 1890 comienza Blossfeldt su dedicación a la fotografía, como medio de conservación de imágenes de plantas, labor que proseguirá sin descanso durante los siete años en que residió en Italia y también a su vuelta a Alemania. Inicia allí su actividad docente como profesor de la Escuela de Artesanía de Berlín, con una preciosa asignatura: «Modelado siguiendo el modelo de plantas», que enseñará con pasión durante treinta y un años. Los estudiantes basaban sus ejercicios tanto en las plantas verdaderas como en la ingente colección de fotografías. Es ya catedrático de la Escuela Superior Estatal, cuando el galerista y marchante de arte Karl Nierendorf descubre la deslumbrante dimensión artística de la obra fotográfica de Blossfeldt y la hace conocer a través de exposiciones y publicaciones en libros y revistas. El entusiasmo en los medios artísticos y literarios es inmediato. Moholy-Nagy expone las fotografías en un lugar destacado de la exposición del vanguardismo de 1929 en Stuttgart. De su impacto nace una escuela con muchos seguidores, que tomó el nombre de «Nueva Objetividad». Ya jubilado, Blossfeldt continúa su labor y publica otro libro, mientras trabaja en un método de diseño que nunca llegó a publicar. Muere en Berlín en 1932.

A través del objetivo, su mirada analiza para nosotros flores y tallos, hojas, espigas y capullos en unos primeros planos ante los que nos encontramos sin escapatoria posible, enfrentados a esas formas bellísimas o monstruosas, que ejercen un fuerte poder hipnótico. Nunca podremos ya mirar una planta de modo indiferente. Iluminadas por una luz lateral sobre fondos blancos, se recortan infalibles las siluetas de las prodigiosas estructuras simétricas de la Saxífraga de Willkomm o del Acónito de los Pirineos, de un tallo de Balsamina o de una cápsula seminal de Beleño negro; o bien nos sorprenden las armónicas, inesperadas, atrevidísimas asimetrías de las jóvenes frondas del Adianto, de los zarcillos de calabacera



«Cucurbita», de Karl Blossfeldt

o de la Nueza blanca. Toda la Historia del arte resuena ante estas imágenes y en nuestra memoria comprendemos las catedrales góticas, los edificios modernistas o los templos egipcios, con todos sus detalles, como gigantescos organismos vegetales. Y no sólo ellos. Uno de los descubrimientos más reveladores de estas fotografías, publicadas en los años veinte, fue el parecido de los vástagos de las Colas de Caballo de Invierno, muy fotografiados por Blossfeldt, con objetos y arquitecturas «Art Déco», especialmente con los rascacielos americanos para cuyos arquitectos aquellas fotos debieron de servir de inspiración en más de un caso.

La importancia artística de estas imágenes invade también el campo de reflexión de lo bello y lo feo, de tan fuertes implicaciones en el arte contemporáneo. De la belleza de la umbela de un ajo de Ostrowski al misterio amenazador de un capullo seco de adormidera, de la flor de una Consuelda o de las puntas de rama antropomorfas de un «Aesculus parvifera», no hay más que una frontera subjetiva, pero muy clara. Haciendo explícita referencia a Blossfeldt han trabajado, a uno u otro lado de esa línea invisible, fotógrafos contemporáneos como Mappelthorpe o Ishimoto, Tomatsu o Matz.

## Un catálogo de formas

«Ogen Open», ojos abiertos. Esa consigna trata de imprimirse desde la infancia en la mente de los habitantes de los Países Bajos, para quienes una grieta, un goteo o un charquito apenas visibles pueden ser el primer aviso de una catástrofe total. Se les pide estar en alerta permanente, controlan-

do el estado de sus diques y sus esclusas, sobre los que el mar presiona con fuerza gigantesca noche y día. Y así lo hacen. Yo no sé si esa capacidad de mantener los ojos bien abiertos tiene algo que ver con la especial manera de catalogar la realidad, de inventariarla sin desmayo, que los holandeses parecen tener también en su pintura. Algo debe de haber de eso. No puede ser pura casualidad que se den en Holanda un tipo de miradas «absolutas», con una profundidad de foco tal que nada escapa a su alcance. Son así, por ejemplo, las pupilas de Vermeer o de Saenredam, por no citar más que dos ejemplos señeros de «ogen open», entre los muchos que podríamos enumerar.

Esas dos palabras son el subtítulo del libro *Gramática del arte*, aparecido poco antes que el de Blossfeldt. J. J. Beljon, escultor, diseñador, tipógrafo y escritor holandés,

director de la Real Academia de Bellas Artes y Artes Aplicadas de La Haya durante treinta años, hasta su jubilación, profesor invitado en numerosas universidades de todo el mundo, es el autor. Su figura alta y huesuda, como la de un don Quijote con unos molinos de viento algo distintos al fondo, aparece habitualmente en fotos de grupo con otros luchadores de talante parecido, desde Mondrian a Rietveld, desde Calder a Herbert Bayer. Esculturas y proyectos de diseño urbanístico de una extraordinaria sensibilidad, sabiamente mimetizados en el fino tejido de las ciudades holandesas, se alternan con grandes estructuras escultóricas en otros países, como Estados Unidos o México.

Sus cursos estaban basados en el desarrollo de temas formales concretos, extraídos de la naturaleza, de la arquitectura, de los utensilios cotidianos y también de obras de arte consideradas objetivamente. Cuenta en el prólogo cómo llegó a la idea de establecer una especie de «catálogo de formas» mientras asistía como espectador a una clase de «ballet». Los términos «pirouette», «écarté», «arabesque», «grand jeteé», etc., le sugirieron otras análogas para distinguir esquemas morfológicos básicos, desligados de estilos, escuelas, tendencias o períodos, con las que se podían aislar elementos plásticos, haciendo de cada caso algo independiente que, puesto con otros en una secuencia, permitía la progresión articulada de los ejercicios. El libro *Gramática del arte* ofrece cien de estos elementos referidos al mundo de la plástica. Cada uno está definido por medio de fotografías o dibujos y por unas líneas de texto, muy claras y con frecuencia llenas de ingenio, en las que se analiza y relaciona con otros. Sostener, tensar, enjaular, agrupar, cercar, cubrir, conectar, apilar, unificar, tejer, y otras acciones, se suceden a conceptos como símbolo, refugio, duración, jerarquía, contraste, simetría, ritmo, frenesí, sumisión o a formas concretas como línea, esfera, espiral, pirámide, cubo, ruinas, caminos, cercos, puertas, arcos, nudos...

Cada uno de estos capítulos era base para ejercicios en las clases de Beljon en la Academia de La Haya, a las que asistían estudiantes de arte, arquitectos y diseñadores que los desarrollaban hasta sus límites extremos con propuestas que permitían una total libertad de materiales, desde metal o piedra hasta hierba, arena o nieve. Un sistema didáctico que tuvo en manos de su autor, y todavía tiene, un éxito permanente a lo largo de muchas promociones de estudiantes. Sus textos principales, resumidos en el libro que comentamos, son obligatorios en las escuelas de arte y de arquitectura de Holanda y Bélgica y deberían también serlo en otras muchas.

Dos libros convergentes, de dos autores de vidas y vocaciones paralelas: dos maestros de la mirada. □

## RESUMEN

Lo recuerda Vaquero Turcios: para conseguir ver y alcanzar la emoción en arte hay que enseñar, primero, a mirar. Y lo recuerda al evocar a dos autores de vidas y vocaciones paralelas: uno alemán, fotógrafo (y que consiguió extraer

de las plantas y de las flores primeros planos que resultaron ser formas artísticas), y el otro, holandés, profesor de arte, autor de un catálogo de formas, de elementos referidos al mundo de la plástica. Los dos, en fin, maestros de la mirada.

## Rolf Sachse

### Karl Blossfeldt. Fotografías

Traducción de José García Pelegrín, Benedikt Taschen Verlag GmbH, Colonia, 1994. 95 páginas. 1.250 pesetas.

## J. J. Beljon

### Gramática del arte

Traducción de Menchu Gómez Martín, Celeste Ediciones, Madrid, 1993. 240 páginas. 2.950 pesetas.

# El cuerpo humano, entre la ciencia y el arte

Por Juan José Martín González

**Juan José Martín González** (*Alcazarquivir, Marruecos, 1923*) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII*, *El escultor en Palacio* y *El retablo barroco en España*.

Los griegos, al situar al hombre en el núcleo de sus conocimientos, fijaron las coordenadas básicas de la concepción antropológica: filosofía, religión, medicina y estética. Abandonaron la medicina mágica oriental, para sustituirla por los principios de Hipócrates de la observación natural. Galeno, ya en el siglo segundo de la Era, entraría en aplicaciones prácticas de la medicina. Es verdad que los conocimientos anatómicos no descansaron en la disección del cuerpo humano, sino en las deducciones analógicas provenientes de esta práctica en los animales.

En cuanto al arte, configuraron a sus dioses en imagen corpórea, con inclinaciones propias del linaje humano, incluidos virtudes y vicios. Pero al esfigiar la figura divina en forma humana, descubrieron la sublimidad de su figura. El orden cósmico venía a estar recogido en el microcosmos de la forma humana. Policleto, Lisipo y otros escultores precisaron las medidas y la proporción («symmetria»). Puestos a valorar el cuerpo humano, advirtieron en él un extraordinario «objeto artístico». Si el hombre crea arte, su propio cuerpo lo es.

El estudio del cuerpo humano conducía al conocimiento de su naturaleza anatómica, para aplicación de la medicina, y al recreo que proporcionaba la contemplación. Esta suma de conocimiento científico y de arte en el cuerpo humano, asumida posteriormente por los romanos, estuvo aletargada durante la Edad Media debido al predominio del pensamiento cristiano enderezado hacia el objetivo trascendente de la divinidad, pero resurgió briosamente en el Renacimiento. El tema tiene una enorme trascendencia, como acreditan los estudios de la historia de la medicina impulsados por Laín Entralgo. Se dice que los médicos sienten especial inclinación por el arte, como acreditó el doctor Marañón. Hablan de la belleza del acto médico, pero la auténtica razón es cómo se desarrollan históricamente los estudios médicos del cuerpo humano y los tratados artísticos, en que los mismos diseños anatómicos ofrecen el soporte para la elucubración estética. El libro de Valerià Cortés es una brillante síntesis histórica de esta confluencia de la ciencia y el arte.

## La disección y la anatomía en el Renacimiento

La resistencia tenaz de la Iglesia a la práctica de la disección en el cadáver humano es lo que mantuvo durante un tiempo el conocimiento analógico de los animales. Era el fondo galénico, que lentamente se derrumbó cuando los cirujanos comenzaron su actuación en el cadáver. Las facultades de medicina acogían a médicos que basaban sus conocimientos en la teoría y la observación del enfermo; y a cirujanos, que se servían de las manos. Pero pronto la estamentación jerárquica evolucionó hacia una moderna figura de médico con amplios conocimientos quirúrgicos, como fue el ejemplo español del doctor Luis de Mercado.

Al levantarse la prohibición de diseccionar cadáveres humanos, los nuevos alumnos accedían a una nueva metodología científica: el atlas anatómico. Huesos, arterias y venas, vísceras, nervios fueron escrupulosamente di-



«Fasciculus Medicinæ», de J. Ketham (1491).

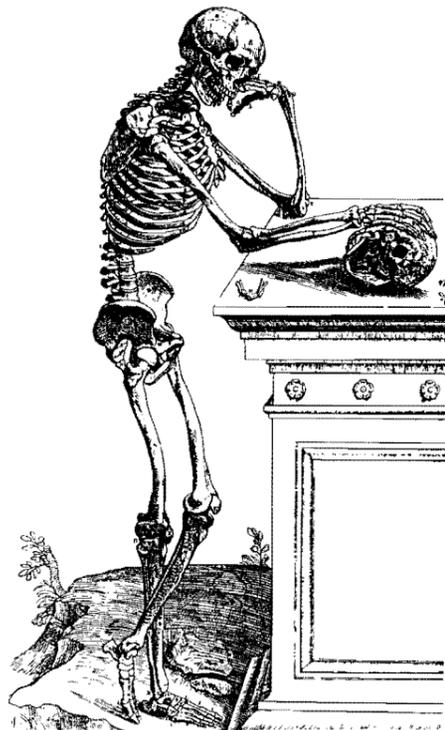
bujados. Pero esta operación hacía necesaria una colaboración: el cirujano diseccionador y el dibujante. La Italia del Renacimiento había ensalzado las artes del diseño, eufemismo que encierra a las artes plásticas, pero que descansan sobre el soporte imprescindible del dibujo. Un arquitecto, un pintor y un escultor requieren como fundamento de su actividad «el diseño», el dibujo. Los primeros dibujantes se pusieron al lado del cirujano. Y así nacería posteriormente el tratado de medicina. Sería inaudito mostrar la forma de un músculo o de un hueso sin un dibujo, pero para llegar a la multiplicación de los textos, es decir, al pasar del manuscrito al libro impreso, se requería otra clase de artista: el grabador. El dibujo se obtenía directamente de los fragmentos separados del cadáver. El grabador no necesitaba el cadáver: le bastaba el dibujo obtenido por un diseñador. Como es sabido, en la historia del grabado plasman su firma el autor del dibujo («delineavit») y el autor de la plancha del grabado, el grabador («sculpsit»).

Pero aún el arte aportaría otro material anatómico de gran valor didáctico: el vaciado. Francisco de Holanda refiere que Miguel Ángel realizó vaciados («scorticatti») del cuerpo humano, esto es, fragmentos del cuerpo humano de tamaño natural, hechos en cera y barro cocido. Los hacía él mismo para ensayos de composición de sus esculturas; pero igualmente servían en las galerías anatómicas de las facultades de medicina. Recuerda la autora los dos «desollados» de bronce que se conservan en Cracovia y que sirvieron como modelo para los estudiantes de medicina. Pero no hay que ignorar que grabados y vaciados anatómicos sirvieron tanto para estudiantes de medicina como para artistas.

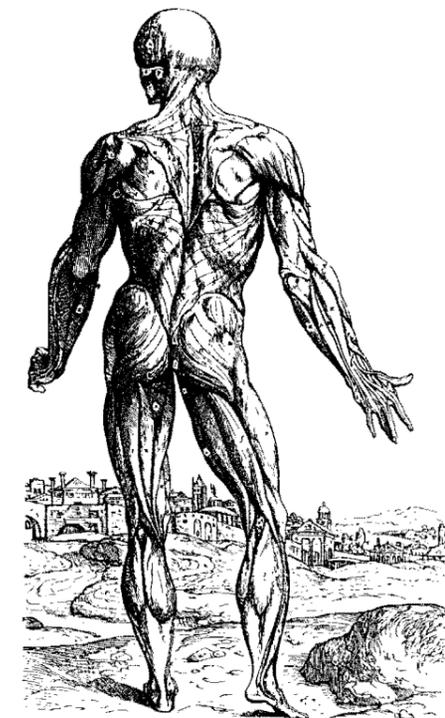
Por esta razón, arte y ciencia se hermanan en tratados de arte y de medicina. ¿Cómo no verlo en los estudios enciclopédicos de Leonardo da Vinci? Su prodigioso dibujo concitó a las plantas, los animales, las rocas, los huesos y músculos, los rostros humanos en búsqueda del carácter («fisiognomía»); la máquina sumergible o voladora, el cañón de largo alcance, en la más perspicaz cosmología. Hizo comulgar el arte y la ciencia.

La puesta a punto de los conocimientos de anatomía quedó de manifiesto con la aparición de la obra de Andreas Vesalio *Humaniorum corporis Fabrica. Libri septem*, impresa en Basilea en 1543. Se trata de un estudio morfológico del cuerpo del hombre, deducido de la disección de cadáveres y, por tanto, con finalidad estrictamente docente. Comenzaba una nueva etapa, la vesaliana, de claro pronunciamiento antigalénico, por cuanto éste había prescindido de la disección del cuerpo huma-

no. Venía a ser un catálogo racional del cuerpo, con intención didáctica, como soporte natural de todo conocimiento médico, es decir, previo al diagnóstico y la terapéutica. Gran novedad era la aparición del grabado, como elemento ilustrativo de la taxonomía textual. Por vez primera la palabra y la ilustración venían al encuentro. Y lo fue con 300 grabados del flamenco Johan Stephan de Kalkar. La portada del libro ofrece un anfiteatro anatómico. El cadáver se halla sobre la mesa, abierto el vientre, las vísceras al descubierto. El cirujano imparte la que pudiéramos llamar «lección de anatomía», que más adelante inmortalizaría Rembrandt. Y por encima de la escena, con alumnos pendientes de la palabra docta del profesor, se halla un esqueleto, que parece con su cetro presidir la asamblea. Queda por decir que la escena tiene todos los ingredientes del Renacimiento, por la composición espacial central (una rotonda columnaria) y la rigurosa simetría. Después viene el atlas anatómico, de huesos, músculos y nervios, con visión artística, pues los cuerpos aparecen animados como las figuras clásicas, en escenas de paisaje.



«Fabrica», Libro I, tabla XIX, de A. Vesalio.



«Fabrica», Libro II, tabla IX, de A. Vesalio.

El flamenco Andreas Vesalio emigró de Italia a España, donde fue muy bien recibido por la Corte. Fue desde 1559 médico de Felipe II, como antes lo fuera de Carlos V. Pero se mantuvo alejado de los médicos españoles. No obstante, su libro *Fabrica* era muy estimado en los medios científicos españoles. Pero aún más lo fue al aparecer la *Historia de la composición del cuerpo humano*, impresa en Roma, en 1556, y debida a Juan Valverde de Amusco. Nacido en Amusco (Palencia) hacia 1525, pasó a Roma, donde fue médico del cardenal Juan Álvarez de Toledo, inquisidor general en esta ciudad. De sus propias confesiones sabemos que fue discípulo del médico italiano Realdo Colombo, pero en plena euforia de la renovación vesaliana abandonó la tradición de Galeno.

## La anatomía de Valverde

La obra de Valverde de Amusco multiplicó la corriente vesaliana en una época en que el idioma castellano se paseaba por Europa. La actualidad de la *Historia* de Valverde de Amusco es patente, sobre todo después de la edición facsimilar realizada por la Universidad de Valladolid en 1981, con un profundísimo estudio del profesor Juan Riera. El éxito europeo de la anatomía de Valverde se comprueba por las numerosas ediciones hechas en Venecia, siendo la primera de 1559. De hecho, los grabados de los dos tratados de Vesalio y Valverde se reeditaron con reiteración desde el último tercio del siglo XVI.

Valerià Cortés analiza los grabados que aparecen en los dos libros. Valverde toma por guía el texto vesaliano, acompañándolo de las láminas. Suárez Quevedo (en su estudio sobre *Valverde de Amusco y el Clasicismo*, 1994) advierte que las láminas de Valverde proceden de las de Vesalio. Siendo diferentes los dibujantes y grabadores, es patente, sin embargo, el débito. Por esa razón el indicado autor señala que las láminas de Valverde aparecen invertidas, de izquierda a derecha, por haberse abierto contemplando el diseño del texto de Vesalio. El propio Valverde lo confiesa paladinamente. Y cuando se aparta lo declara: «Este morcillo ordinariamente no es tan ancho como el Vesalio le pinta en la tercera figura de los morcillos» o «esta figura es diferente de las de Vesalio».

Si de los grabados en cobre del libro de Vesalio conocemos el autor —el flamenco Kalkar—, de los del libro de Valverde se tiene casi la certidumbre de que se deban al francés Nicolás Beatrizet, establecido en Roma al tiempo que Valverde. Varias láminas llevan el anagrama N B.

Pero el arte de grabado arranca de un dibujo previo. ¿De quién es la gran colección de dibujos? La cuestión ha sido ampliamente debatida por los historiadores del arte y hoy parece solucionada. Gaspar Becerra se hallaba en Roma, ejercitando la pintura en el núcleo de seguidores de Miguel Ángel. Su miguelangelismo es evidente, aunque más puede proceder de la colaboración con Vasari. Pero junto a Becerra se hallaba asimismo Pedro de Rubiales, quien también es invocado como posible realizador de los dibujos para las láminas. Aunque sea un testimonio tardío, es contundente la aseveración de Vicente Carducho (1633) de que los dibujos del «Valverde Español» son «del insigne Becerra». Post halló la anotación de Gaspar Becerra en un ejemplar del libro de Valverde.

Pudiera haber existido colaboración de Pedro de Rubiales en alguna lámina, pero la tarea fundamental tuvo que recaer en Becerra. La portada del libro muestra a dos varones haciendo de tenantes del escudo del cardenal Álvarez de Toledo. Pero están realizados en

Viene de la página anterior



escorzo, en sentido de la profundidad. Su relación con las figuras del Juicio Final de la Capilla Sixtina aboca casi al plagio. Poseemos dos dibujos de Becerra, fragmentos del Juicio Final (Biblioteca Nacional y Museo del Prado), que denotan el miguelangelismo del autor y su dominio de los escorzos. Pero como señaló Post, las láminas de Vesalio poseen una mayor intencionalidad científica. Las del texto de Valverde apuntan más a la libre creación artística. ¿No es acaso una Venus la lámina XXX? Ofrece el vientre abierto, pero hace el gesto pudibundo de Afrodita. Por otra parte, se alinea con un tipo de desnudo redondo, en claroscuro, próximo ya a Juan de Bolonia. Por eso precisé en otra ocasión: «Ciencia y arte han logrado armónico equilibrio en los grabados del libro de Valverde».

Gaspar Becerra, de regreso a España, entró al servicio de Felipe II como pintor al fresco para las residencias de la Corona. El dibujante de anatomía cambiaba de tema, para entenderse con los dioses del Olimpo.

### Alberto Durero y la estética del cuerpo humano

Al mismo tiempo que los médicos se aplicaban con denuedo a la disección de cadáveres, promoviendo la obtención de láminas de anatomía, brotaba el concepto clásico de la eurytμία, las proporciones, la medida del cuerpo humano. En este campo, el papel asumido por Durero fue terminante. En 1528 salió de las prensas de Nuremberg el libro de Durero dedicado a las proporciones del cuerpo humano (*Vier Bücher von Menschlicher Proportion*). En 1532 aparecía la versión latina de la obra primeramente publicada en alemán. La titulación ofrecía el vocablo clásico *De Symmetria*. El varón, la mujer y el niño aparecen desnudos, de frente y de perfil, en conjunto y por fragmentos, con sus múltiples cotas o medidas. Ciertamente en Italia el estudio de las medidas nunca había desaparecido; incluso había rebrotado con Leonardo da Vinci. Pero en el pensamiento nórdico la obra de Durero penetró intensamente. Coincían el dibujante y el grabador, pues era el propio Durero.

El cuerpo humano ofreció, por tanto, dos tipos de fuentes. La versión anatómica profundizaba en el detalle, la morfología; era un estudio taxonómico. El diseño es multilineal, sombreado, incluso proyectado en el paisaje. La versión estética potencia el perfil, los planos separadores de zonas corporales. Lo que interesa es la relación de las partes con el todo. Estorbaría cualquier tipo de sombreado. El dibujo anatómico es visual; el estético, ideal, imaginario.

### El cuerpo humano en los tratadistas españoles

Un itinerario a través de los tratados de arte en España permite deducir la doble fuente en cuanto al entendimiento del cuerpo humano.

Hay que decir que el estudio de Diego de Sagredo (*Medidas del Romano*, 1526) es anterior a Durero y se alimenta de Vitrubio. Basa las proporciones del hombre en la armonía de la creación. Define al hombre como un «microcosmos, porque ninguna cosa hay tan subida y estimada en el mundo que en el hombre no se halle». En cuanto a las proporciones, se apoya en Vitrubio y Pomponio Gaurico, que relacionan la altura total por la medida de los rostros (diez en Vitrubio, nueve en Gaurico). Achaca a los egipcios las primeras aplicaciones de la proporción humana a la arquitectura. Introduce en el texto dos grabados, uno de un varón desnudo y otro un rostro de perfil, encajado en el cuadrado para establecer las proporciones.

Francisco de Holanda escribió el tratado *Da Pintura Antiga*, que no ha visto la luz hasta fecha reciente. El autor acredita que conocía la significación que los griegos dieron a la proporción, por cuanto en su manuscrito introducía dos dibujos humanos, con la medida de diez y de nueve rostros. Menciona a Gaurico, pero su fuente esencial fue Vitrubio.

De excepcional significación es la obra de Juan de Arfe *De Varia Commensuración para la Escultura y Arquitectura* (1585). Sin duda alguna es la obra que mejor revela el compromiso de arte y ciencia dentro de un texto. Un artista, que se pregona «escultor de oro y plata», redacta un texto ambicioso para enseñanza de plateros y otros artistas. Pero ¿qué necesitaban éstos? En un minuciosísimo análisis lo pormenoriza Valerià Cortés. Sobre un fondo vitrubiano, advienen dos componentes de signo distinto: las proporciones y la anatomía, el arte y la ciencia. Aunque salten referencias a Gaurico y Gaspar Becerra, Durero es guía imprescindible, sobre todo por las representaciones gráficas. De Durero toma el cuadrángulo para encerrar la cabeza. Arfe ofrece un cuerpo varonil visto frontalmente, con el cuerpo dividido en rectángulos y trapecios (libro segundo, título cuarto). Para manos y pies se contrastan los grabados de Durero y Arfe, siempre dentro de la retícula. Y en cuanto a la representación de la mujer, sigue a Durero en hacerla más reducida y más carnosa que el varón. Pero el tratado de Juan de Arfe es además un libro de anatomía. Hay que abrir los textos de Vesalio y de Valverde, el de éste sobre todo. Se ocupa de la osteología y de la miología (los morcillos o músculos), pero en interés que complementa a las proporciones, pues no ha de olvidarse que el libro de Arfe es fundamentalmente estético. Se puede ir siguiendo el texto de Valverde, que se delata de trecho en trecho. Apunta Valerià Cortés que Arfe guardaba en casa un esqueleto y diversos huesos humanos, pero revela que Arfe no se sirvió de la disección de cadáveres.

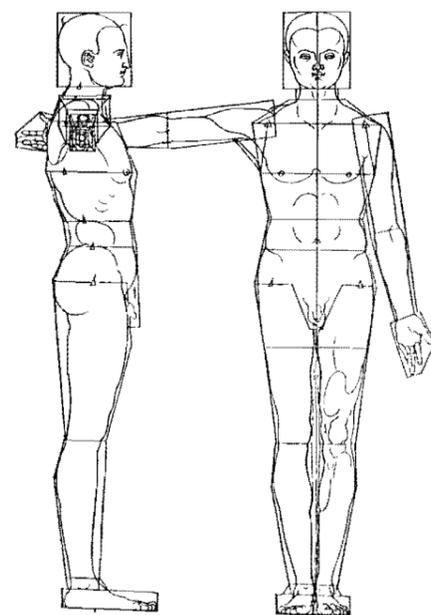
### Conocimientos imprescindibles

Vicente Carducho, en los *Diálogos de la Pintura* (1633), reclama la necesidad de que la anatomía figure en las enseñanzas de las nacientes academias. En un preciadísimo fragmento de su libro menciona los conocimientos imprescindibles para un pintor. Por un lado, la Anatomía, recordando a Vesalio (con los grabados de Kalkar) y Valverde (con los dibujos de Becerra). Y en cuanto a anatomía, indica lo que propiamente importa al pintor: «sitio, forma, tamaño y efecto de los huesos y músculos». Y ensalza en el campo artístico, «para la Simetría al diligentísimo Alberto Durero», Alberti, Gaurico, Leonardo y Miguel Angel.

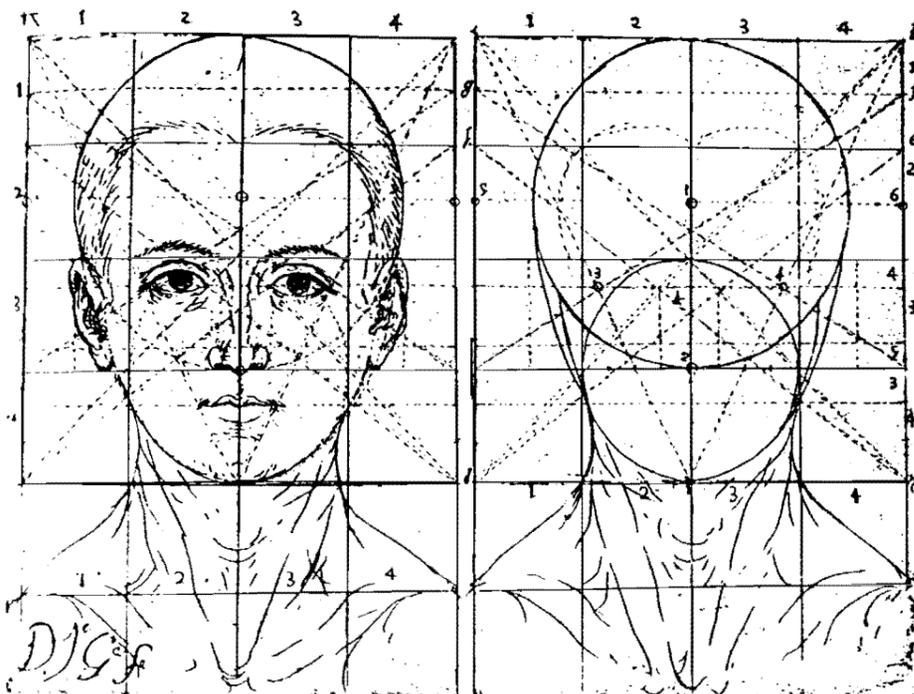
Breves menciones a la anatomía y las proporciones introducen en sus tratados Francisco Pacheco y Jusepe Martínez. Más interesa considerablemente la obra de Fray Juan Ricci, *La Pintura Sabia*, manuscrito que ha permanecido inédito hasta la publicación por don Elías Tormo en 1930. Sorprendentemente es un libro de anatomía, con minuciosísimo estudio de huesos y músculos. Encierra un diccionario, en el que comparecen los términos en griego, latín y alemán, ofreciendo además la explicación del funcionamiento. Una colección de dibujos del propio autor, con figuras del hombre y la mujer, de frente, de perfil y posterior, con técnica de sombreado propia de un pintor, sirven para explicar el texto. Y no podía faltar la referencia a las proporciones. El dibujo varonil (folio 95 vuelto) pone de manifiesto que tiene presente a Durero en la geometrización del cuerpo, si bien no sigue sus medidas. El caso de Ricci merece resaltarse, por ser un pin-

tor que militaba en una orden religiosa, pero, sobre todo, por este singular valor que confiere a la anatomía, si bien poco original, pues, como advirtió Tormo, vino a copiar la *Historia* de Valverde de Amusco. Y copia asimismo de las figuras anatómicas de Valverde son las que realiza Palomino para ilustrar sus capítulos de anatomía en su tan influyente obra *El Museo Pictórico y Escala Óptica*.

Un paso decisivo de los tratados se emprende en las publicaciones de carácter didáctico, dentro ya de la organización de academias del siglo XVIII. El pintor y grabador García Hidalgo estableció una academia, organismo que, como se sabe, tenía una estricta finalidad docente. Es lo que se aprecia en un grabado que lleva su firma y donde figuran los alumnos en torno a un desnudo varonil, dibujándolo bajo la luz nocturna. A García Hidalgo se debe una obra impresa, titulada *Principios para estudiar el nobilísimo y real arte de la Pintura* (1680-93). Es un libro de escaso texto, pero de rico aparato gráfico, que sobrepasa las ciento treinta láminas. Como es habitual, el cuerpo aparece contemplado con interés estético, y esto hace que se acuda



«Vier Bücher von Menschlicher Proportion», Libro IV, de A. Durero (1528).



«Principios», de J. García Hidalgo.

a relaciones con Durero o Miguel Angel. En lo concerniente a la anatomía, las láminas entroncan con las de Vesalio y Valverde de Amusco. El sentido didáctico para pintores y escultores se aprecia en el título de «cartilla», como se conceptúa el libro.

La perduración de las láminas de anatomía se aprecia en la actividad que desarrolla en Madrid el lego de la Orden de Mínimos de San Francisco de Paula, Fray Matías de Irala. Encerrado en su celda, abría láminas destinadas a la formación de artistas. Como resalta Bonet Correa, Irala ejerció de ilustrador de varios libros de anatomía de la época. Pero su mérito esencial fue fabricar una carpeta de láminas de anatomía, el llamado *Método sucinto*. La portada de la carpeta es una lección

académica, con desnudo femenino en medio; en los estantes se leen los nombres de Arfe, Durero y otros tratadistas. En los grabados se aprecia la huella de las láminas de Valverde.

Al organizarse la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1752), en sus enseñanzas se dieron cita todos los recursos de la enseñanza teórica y práctica en sus aspectos estéticos y científicos. El empleo del desnudo humano indica el enfoque estético; pero también en la «Sala de Anatomía» se reunían cuantos elementos pudieran informar de la morfología del cuerpo del hombre. Las láminas eran un medio ya impuesto, pero a la vez se emplearon modelos de yeso y barro cocido de fragmentos anatómicos, de cuerpos enteros y de esqueletos. □

### RESUMEN

La confluencia de ciencia y arte en los estudios sobre el cuerpo humano constituye el tema del libro que comenta Martín González. Cuando el cirujano disecciona el cadáver, junto a él se halla el dibujante que efectúa los diseños,

que posteriormente el grabador trasladará a la lámina. Pero más allá del anfiteatro anatómico discurre el pensamiento del tratadista, que toma medidas y establece el ritmo proporcional, acreditando que el arte habita en la figura humana.

### Valerià Cortés

#### Anatomía, Academia y dibujo clásico

Cátedra, Madrid, 1994. 411 páginas. 2.100 pesetas.

# La historia de la conservación de la energía

Por José Manuel Sánchez Ron

**José Manuel Sánchez Ron** (Madrid, 1949) es catedrático de Historia de la Ciencia en el departamento de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Madrid. Autor de numerosos estudios de física teórica, historia y filosofía de la ciencia, entre sus libros figuran *El origen y desarrollo de la relatividad*, *El poder de la ciencia* y *Miguel Catalán. Su obra y su mundo*.

El siglo XIX fue un gran siglo para la ciencia. Fue, en efecto, el siglo en el que vivieron luminarias como Faraday, Maxwell, Darwin o Pasteur. La centuria en la que la física del electromagnetismo experimentó un avance extraordinario, con enormes repercusiones sociales. La época en la que llegó a verse la historia de la especie humana de una forma nueva, evolutiva. Años en los que el reino de la matemática euclídea perdió su carácter monopolizador, naciendo, de la mano de personajes como Gauss, Lobachevski, Bolyai y Riemann, las denominadas «geometrías no euclídeas».

Acaso menos popular, pero en modo alguno menos importante, se encuentra la profunda revolución que sufrió la fisiología. A lo largo del siglo XIX, en especial durante su primera mitad, tuvo lugar un dramático enfrentamiento entre dos planteamientos que pugaban por acaparar la explicación de los fenómenos biológicos: «vitalismo» y «reduccionismo». Una confrontación entre los que opinaban que los procesos que tienen lugar en los cuerpos vivos están determinados por un agente no sometido a las leyes físico-químicas, al que denominaban «principio vital», y los que defendían la idea de que las funciones fisiológicas se explican en base a las leyes de la física y la química. «Todavía a comienzos de este siglo [el XIX] —recordaba en su autobiografía Hermann von Helmholtz—, los fisiólogos creían que era el principio vital el que producía los procesos de la vida, y que se rebajaba la dignidad y naturaleza de ésta si alguien expresaba la creencia de que la sangre era conducida a través de las arterias por la acción mecánica del corazón o que la respiración tenía lugar siguiendo las leyes habituales de la difusión de los gases. Por el contrario, la generación actual trabaja duramente para encontrar las causas reales de los procesos que tienen lugar en un cuerpo vivo. No suponen que exista ninguna diferencia entre las acciones químicas y las mecánicas en el cuerpo vivo y fuera de él.»

## Una belleza casi celestial

En la ciencia, los momentos en los que se llega a una formulación, a una teoría definitiva —aun en su inevitable transitoriedad—, son esplendorosos, de una belleza casi, podríamos decir, celestial. Acaso más apasionantes, más humanos, sean, no obstante, aquellos episodios —mucho más frecuentes que los anteriores— en los que durante un cierto tiempo puntos de vista encontrados pugnan por abrirse camino, por imponerse a sus oponentes. Son las épocas en las que reina el claroscuro, la bruma del amanecer, preludio de la plena luz del día. El abandono del vitalismo y el consiguiente establecimiento de las tesis reduccionistas es paradigmático en tal sentido. Se trataba de un debate en cuya resolución intervinieron multitud de temas. Por un lado estaban los «procesos de conversión», en los que una fuerza producía efectos en otro ámbito, distinto, en principio, al suyo «natural». De entrada fueron máquinas de agua, luego de

vapor, que producían efectos mecánicos; pero desde que Volta demostrara en 1800, con sus famosas pilas, que procesos de índole química daban lugar a electricidad, los procesos de conversión fueron haciéndose cada vez más numerosos (el caso de Oersted, con su demostración de las propiedades magnéticas de las corrientes eléctricas, es particularmente notorio). Todo esto favoreció la idea de la existencia de una «interconexión de las fuerzas naturales»; de hecho, entre 1837 y 1844, Carl Mohr, William Grove, Michael Faraday y Justus Liebig describieron el mundo de los fenómenos naturales como manifestaciones de una sola «fuerza», que aparecía en formas eléctricas, térmicas, mecánicas, al igual que de otros tipos, pero que en todas estas transformaciones nunca podía ser creada ni destruida.

De la física y la técnica que subyacían en estos «procesos de conversión» surgió,

es cierto, una parte importante de la problemática que terminaría conduciendo al principio de conservación de la energía, pero no fue menor —acaso mayor— la «responsabilidad» que cabe asignar a las investigaciones fisiológicas relacionadas con la mencionada polémica vitalismo-reduccionismo. Era éste un mundo extremadamente complejo. «El físico y el químico que experimentan sobre cuerpos inertes —escribió Claude Bernard en su clásico tratado de 1865, *Introducción al estudio de la medicina experimental*—, no teniendo que considerar más que el medio exterior, pueden, con ayuda del termómetro, del barómetro y de todos los instrumentos que comprueban y miden las propiedades de ese medio exterior, colocarse siempre en condiciones idénticas. Para el fisiólogo, estos instrumentos no bastan y, por otra parte, es en el medio interno donde debe hacerles actuar... Podemos, por consiguiente, hacernos una idea de la complejidad

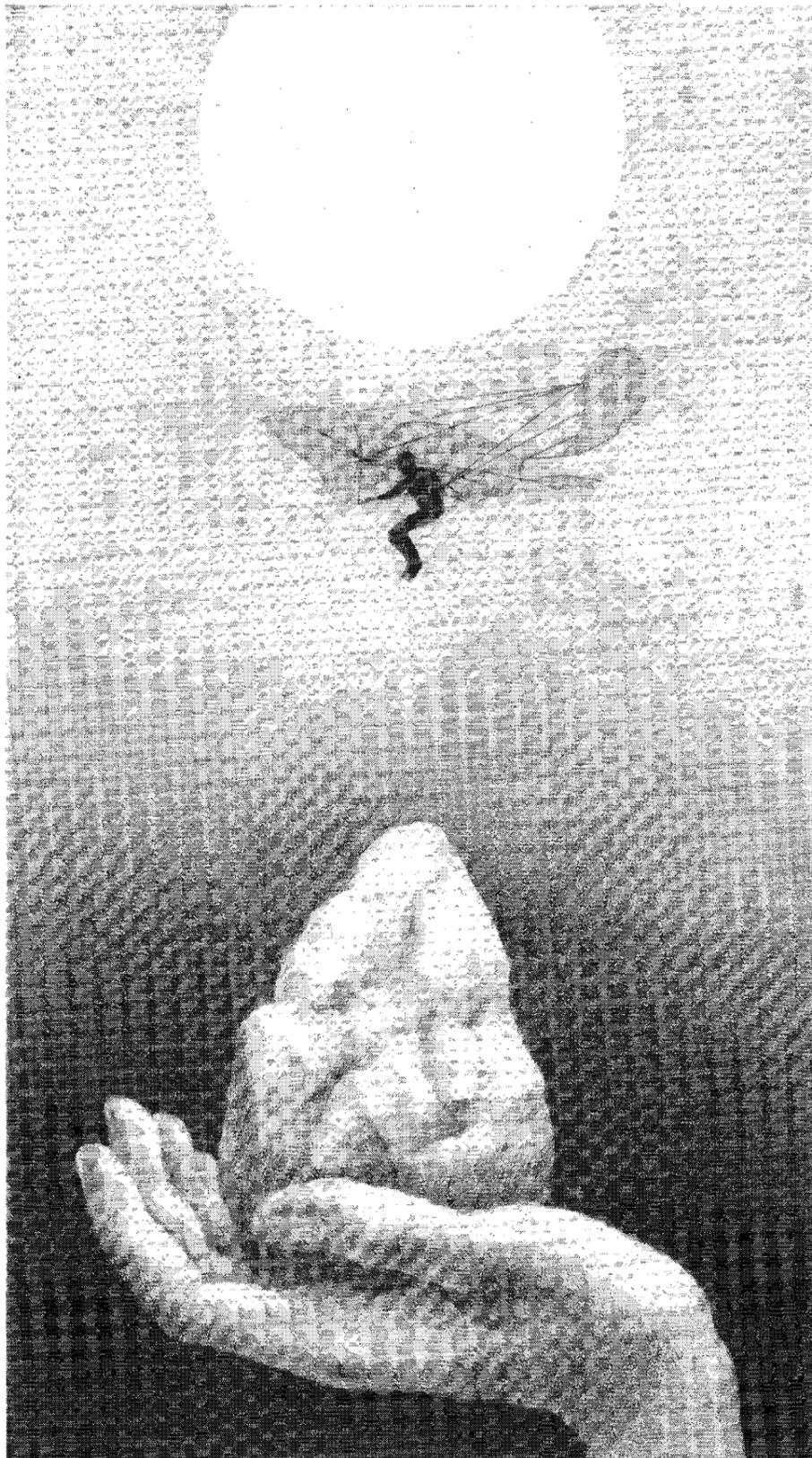
enorme de los fenómenos de la vida y de las casi insuperables dificultades que su determinación exacta ofrece al fisiólogo, cuando necesita llevar la experimentación a los medios interiores u orgánicos.»

Por el complejo universo de la fisiología de la primera mitad del siglo XIX circulaban todo tipo de ideas y problemas. Teorías como la de Lavoisier y Laplace, diseñada para explicar los fenómenos químicos asociados a la respiración y la influencia de éstos en la producción de calor en los animales. Investigaciones sobre fenómenos como la putrefacción y la fermentación, que para unos (Liebig) eran simplemente descomposiciones químicas, que ocurrían espontáneamente o con ayuda del oxígeno atmosférico, mientras que para otros (Helmholtz) estaban ligadas a la presencia de microorganismos que se producen solamente por reproducción (hasta los resultados de Pasteur, la teoría de la descomposición de Liebig mantendría su influencia). Por último, no es posible olvidar los estudios sobre el metabolismo de los movimientos musculares, que terminaron siendo relacionados con investigaciones sobre la producción de calor durante la actividad muscular.

## Factores internos y externos

Además de estos factores «internos», que se refieren al estado de la disciplina, hay que tomar en consideración también otros, de carácter externalista. ¿Es casual, desde el punto de vista institucional, que aumentase sustancialmente el número de investigaciones fisiológicas —de las que, obviamente, se nutrieron los avances a los que me estoy refiriendo— durante la primera mitad del siglo pasado? Gracias a los trabajos de Awzaham Zloczower y Joseph Ben-David sabemos que no existe casualidad en este caso, sino una sutil, pero firme al mismo tiempo, concatenación histórica. Aunque se daban clases de fisiología en las universidades alemanas durante la primera década del siglo XIX, la investigación universitaria en esta disciplina era por entonces esporádica y difícil. En 1828, la fisiología estaba representada, como disciplina experimental, únicamente en seis universidades por siete profesores. Los laboratorios fisiológicos estaban incluidos en los institutos anatómicos. De hecho, la fisiología comenzó siendo algo así como una sección de la anatomía. Johannes Müller, considerado por muchos como el padre de la fisiología alemana, daba clases de oftalmología, cirugía y anatomía, al igual que de fisiología, en Bonn, y mantuvo unidas anatomía y fisiología en Berlín hasta su muerte (1858). Durante las décadas de 1830 y 1840, la anatomía se convirtió en la principal disciplina de la medicina científica, aquella que pretendía establecer nexos cada vez más profundos con las ciencias de la naturaleza. La conexión de la anatomía con la fisiología favorecía semejante propósito, lo que terminó haciendo que se viese como conveniente el tener una cierta competencia en fisiología para ocupar cátedras de anatomía. Sin embargo, existían anatomistas de la vieja escuela que no cumplían esta condición. La creación de cátedras separadas de fisiología era en muchos casos la solución más fácil para no privar a la universidad de una enseñanza médico-anatómica moderna. Se inició así un proceso que condujo a la proliferación de cátedras e investigaciones fisiológicas.

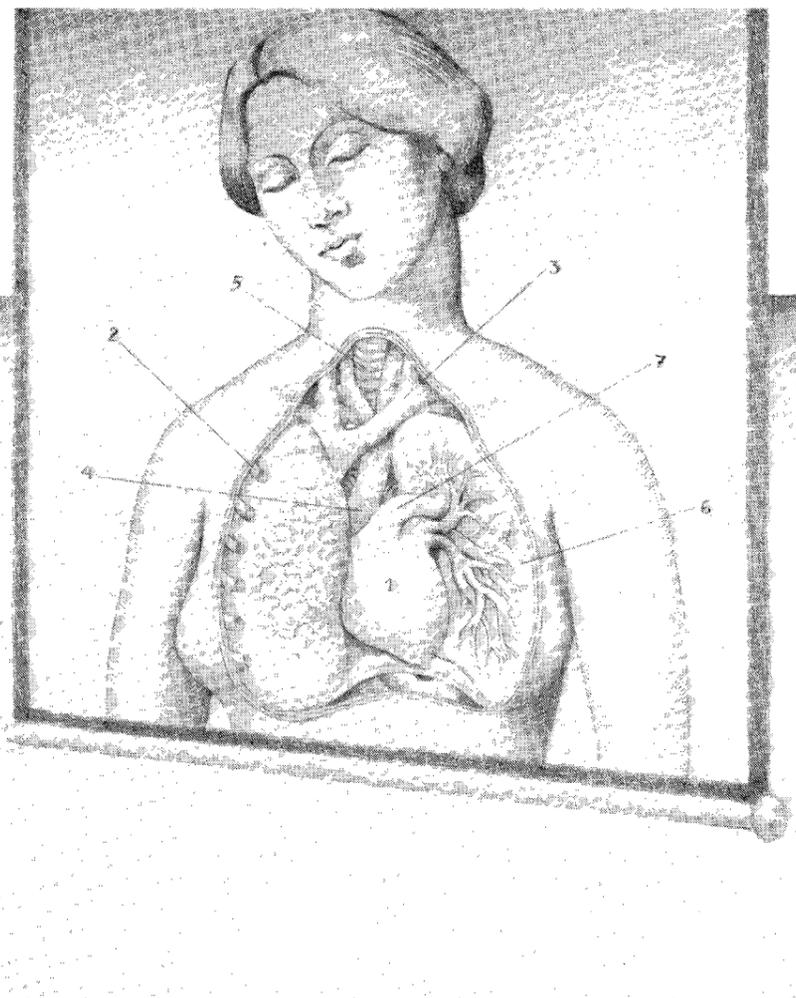
Como resultado de todos estos procesos, las ciencias de la vida alcanzaron un ni-



FUENCISLA DEL AMO



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

vel de prestigio y rigor conmensurable con el que habían conseguido las ciencias físico-matemáticas durante su revolución del siglo XVII. Expresión suprema de semejante desarrollo fue la ley de la conservación de la energía, que se erigió en la herramienta básica para la postura reduccionista (el desarrollo de la química estructural en la biología molecular, durante nuestro siglo, completaría el triunfo del reduccionismo).

Obviamente, la importancia de la ley de la conservación de la energía no se limitó al ámbito de la fisiología. Acertadamente, Helmholtz se refirió a ella como el «progreso más importante de la filosofía natural, por el cual se distingue este siglo». Desde entonces, han sido pocos los que han puesto en duda su conservación. Niels Bohr es un ejemplo destacado. En 1924, en efecto, Bohr, junto a H. A. Kramers y J. C. Slater, propuso una teoría de radiación en la que las leyes de conservación de la energía y el momento pasaban a tener únicamente una validez estadística. Pronto, no obstante, experimentos llevados a cabo por Walter Bothe y Hans Geiger, por un lado, y Arthur H. Compton y Alfred W. Simon, por otro, demostraron que tales ideas eran incorrectas para tranquilidad de físicos como Einstein o Planck, que veían con alarma que pilares de la física para ellos poco menos que sagrados eran puestos en duda.

Vemos, por consiguiente, que la historia del principio de conservación de la energía no está asociada a un único campo de intereses. No es sorprendente, en consecuencia, que a él llegasen, por caminos diferentes, personajes diversos. Si existen casos de «descubrimientos simultáneos», éste es uno de ellos. Entre 1842 y 1847, cuatro científicos, Mayer, James Prescott Joule, Ludvig Colding y Helmholtz, hicieron pública, de manera independiente, la hipótesis de la conservación de la energía. Asimismo, y aunque de forma menos general que los cuatro citados, otros científicos avanzaron en direcciones parecidas: Sadi Carnot, antes de 1832; Marc Séguin, en 1839; Karl Holtzmann, en 1845; y Gustav-Adolphe Hirn, en 1854, expresaron sus convicciones de que el calor y el trabajo son equivalentes cuantitativamente y calcularon coeficientes de conversión.

Julius Robert Mayer (1817-1878), el protagonista del libro de Kenneth Caneva, fue el primero de aquellos «descubridores simultáneos». Se trata de un personaje pe-

culiar, en modo alguno inmerso en el ambiente y procedimientos habituales del mundo académico. No sólo pasó toda su vida como médico, sino que mantuvo que se vio conducido a su descubrimiento a través de algunas observaciones fisiológicas que realizó mientras servía como médico en un barco, durante un viaje a las Indias holandesas entre febrero de 1840 y febrero de 1841. Según la anécdota, Mayer observó que la sangre venosa de los marinos europeos que acababan de llegar al trópico era casi tan clara como la sangre arterial. Esto le condujo a darse cuenta de que se necesitaba una menor oxidación interna en ambientes con temperaturas altas, en donde el cuerpo pierde menos calor, y que la diferencia entre sangre venosa y arterial expresa la cantidad de oxidación en el animal. De alguna manera concluyó entonces que tanto el calor como el trabajo mecánico generados por el animal deben proceder de la oxidación. Razonamientos basados en el color de la sangre y el calor animal no conducen, sin embargo, a la conclusión de que calor y trabajo mecánico están relacionados mediante una relación cuantitativa (ya en 1788, Crawford había observado sangre menos oscura en ambientes más cálidos). La historia de su viaje marino no explica, por tanto, cómo Mayer llegó a la idea de la conservación de la energía.

### Un principio unificador

En realidad, como Caneva muestra en su libro, a Mayer le impulsaba una poderosa fe en la creencia de que debe existir un sencillo principio unificador que dé cuenta de todos los fenómenos naturales. A su regreso a Alemania y a la práctica médica desarrolló sus ideas, que publicó por primera vez en 1842. Partiendo del postulado metafísico de que a una causa le sigue un efecto, sostuvo que las fuerzas son causas y que, por consiguiente, a toda fuerza le debe corresponder un efecto apropiado. Aunque visto retrospectivamente es posible apreciar novedades conceptuales físicas en sus artículos —novedades que le permitieron ofrecer una estimación del equivalente mecánico del calor—, el lenguaje e ideas metafísicas que utilizó hicieron que sus contemporáneos no apreciaran sus contribuciones, que pasaron prácticamente desapercibidas (también hay que tener en cuenta que, al contrario que Joule

y Helmholtz, no abordaba algunas de las cuestiones más importantes del momento, particularmente en los campos de electricidad y magnetismo). Así, un primer ensayo, que envió a Poggendorff en junio de 1841, permaneció sin publicar y desconocido hasta 1881. Su lenguaje no era, definitivamente, el de la física contemporánea. Cuando Joule tradujo el primer artículo de Mayer para su propio uso, intercaló algunos comentarios, concluyendo que en él no había nada nuevo, añadiendo —incorrectamente— que la estimación que Rumford había hecho del equivalente mecánico del calor era tan precisa como la de Mayer. Pero Rumford no había efectuado ninguna estimación del equivalente mecánico del calor.

### Creencias científicas y religiosas

Tal vez por la oscuridad de su lenguaje e ideas, las aportaciones de Mayer no han recibido demasiada atención por parte de los historiadores, no importa que la literatura dedicada a la historia del principio de conservación de la energía sea muy amplia. Thomas Kuhn, Peter Heimann, y ahora —en una medida no alcanzada por sus dos precursores— Kenneth Caneva, son las principales excepciones de esa situación historiográfica.

Y es que para entender a Mayer, el historiador no sólo debe preocuparse por cómo manejó la física, la fisiología o la química, o los principios generales de carácter metafísico en que se basó; también debe entrar en cuestiones tales como el papel que desempeñó en su pensamiento su creencia religiosa en la inmortalidad o las ideas de la *Naturphilosophie*. No en vano, Pedro Laín se refirió a él como «uno de los

«hijos del Romanticismo» [que] formula su ley de la conservación de la energía con emoción cuasirreligiosa: el proceso evolutivo de la divina Naturaleza le está mostrando uno de sus más hondos secretos».

De hecho, la relación de Mayer con corrientes filosóficas concretas, como la citada *Naturphilosophie* —que se vincula al descubrimiento de Oersted de los efectos magnéticos de una corriente eléctrica—, es difícil de precisar. El principal propósito de la filosofía del idealista Schelling era descubrir ciertos principios a priori que eran inaccesibles al conocimiento empírico. Su física se interesaba por la esencia interna de la naturaleza, en contraste con la física empírica, que se ocupaba de los principios fenomenológicos. Para Schelling, la física empírica era la ciencia de la «superficie» de la naturaleza, mientras que el fin de los *Naturphilosophen* era comprender un nivel de realidad que por definición sólo se podía conocer a priori. En este sentido, la concepción que Schelling tenía de la física contrasta con la de Mayer, que, no importa el origen metafísico de algunas de sus presuposiciones, pretendía hacer que el concepto de fuerza fuese tan empírico como el de materia.

Todos estos temas, y muchos otros (como la educación que recibió Mayer), se abordan —en ocasiones acaso con excesivo detalle— en la obra de Caneva. Su propósito ha sido el hacer a Robert Mayer inteligible históricamente; esto es, reconstruir su «contexto» y los temas específicos en torno a los cuales, probablemente, cristalizaron sus reflexiones, para iluminar así tanto el qué como el porqué de su descubrimiento de la conservación de la energía. Es en el lugar del pensamiento de este con frecuencia oscuro personaje, dentro de un rico contexto de problemas y temas de su época, en donde reside la fortaleza de este libro. □

### RESUMEN

El XIX es un siglo de grandes avances de la ciencia y es cuando sufre una profunda revolución la fisiología, un campo en el que se enfrentan dos planteamientos diferentes que intentan explicar los fenómenos biológicos.

En ese complejo universo de la fisiología se impone el principio de conservación de la energía, al que llegan por caminos diferentes descubridores simultáneos. A uno de éstos, a Mayer, dedica Sánchez Ron su comentario.

Kenneth L. Caneva

*Robert Mayer and the Conservation of Energy*

Princeton University Press, Princeton, 1993. 439 páginas.

# Terapia génica: desafío del futuro

Por José María Mato

**José María Mato** (Madrid, 1949), bioquímico y doctor por la Universidad de Leiden, es profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su actividad científica está relacionada con los mecanismos moleculares de diversos procesos metabólicos y la señalización celular.

Como es bien sabido, uno de los modos más efectivos, sorprendentes y revolucionarios de enfrentarse a la realidad ha sido el modo científico, habiéndose convertido en la actualidad la ciencia en uno de los poderes que conforma gran parte de nuestras vidas. Vivimos en una sociedad en la que la ciencia desempeña un papel fundamental, y las siglas I+D se han convertido en la consigna de las naciones industrializadas. Dada la innegable influencia que ejerce la ciencia en nuestra vida, es difícil negar la parentescidad de una reflexión sobre ella. No todo lo posible en ciencia es razonable, pero marcar la frontera entre lo posible y lo razonable es una tarea nunca acabada y que requiere un diálogo constante entre todos los saberes con que cuenta una sociedad moderna. Como anticipa su título, el libro de Larry Thompson *Correcting the Code: Inventing the Genetic Cure for the Human Body* trata sobre las fronteras en la investigación de la vida.

El autor de esta obra fue cofundador en 1984 de la sección de salud del periódico *The Washington Post*, y en su libro nos cuenta la historia que finalizó cuando el equipo encabezado por French Anderson—French Anderson, Michael Blaese y Kenneth Culver—llevó a cabo el primer tratamiento médico en el que se utilizó, con éxito, terapia génica y que se realizó en los Estados Unidos en 1990, en los National Institutes of Health (NIH), en Bethesda, Maryland. La paciente era una niña de cuatro años, cuya salud se iba deteriorando progresivamente como consecuencia de sufrir una rara inmunodeficiencia severa, producida por la ausencia del gen que controla la síntesis de la enzima adenosina deaminasa (ADA). Esta enzima juega un papel importante en controlar el sistema inmune. Los investigadores pusieron copias del gen de la ADA dentro de los leucocitos de la niña y se los reintrodujeron en el sistema circulatorio. En 1991, otra niña de nueve años con deficiencia en ADA fue tratada con la misma terapia génica, y en 1993 las dos niñas aparecieron en público en una conferencia de prensa con apariencia

alegre y saludable. Como consecuencia de estos excelentes primeros resultados, se ha impulsado el uso de la terapia génica principalmente en los Estados Unidos. En 1993 había ya unos 250 pacientes incluidos en los aproximadamente 75 ensayos clínicos aprobados que usan terapia génica.

Los resultados de estos primeros ensayos clínicos son esperanzadores y ya son legión los laboratorios científicos, tanto del sector académico como de la industria, que se han movilizado a la búsqueda de nuevos y mejores métodos que permitan la cura genética de distintas enfermedades. El mundo editorial tampoco ha sido ajeno a este nuevo conocimiento genético y han aparecido diversas publicaciones científicas que tienen como objetivo ser el foro central de discusión de todos los aspectos relacionados con la transformación de genes en mamíferos y humanos. ¿Quiere decir esto que los límites de la ciencia en embriología y genética son un asunto meramente metodológico? ¿Que vale cualquier procedimiento u objetivo si se hace ciencia de calidad? Ciertamente, no. No vale cualquier procedimiento aunque sea científico. Los avances en terapia génica humana han traído consigo un amplio e intenso debate social en el que los aspectos legales y éticos son tan importantes como los científicos. Lo que ocurre, en definitiva, es que no se puede separar radicalmente la ciencia y la ética, la decisión de fijar la meta y el hecho de poner los medios para ganarla.

## Barreras científicas y éticas

El libro de Thompson cuenta las barreras científicas, éticas y legales que hubieron de ser traspasadas hasta hacer posible el primer tratamiento genético en humanos. En 1984, el NIH exigía que cualquier experimento de terapia génica que incluyese el uso de DNA recombinante tendría que ser aprobado por el Recombinant DNA Advisory Committee (RAC) y el director del NIH. El RAC se estableció en 1975 en respuesta al temor público suscitado por el clonaje de genes en bacterias. En 1983, el RAC puso en marcha un subcomité sobre Terapia Génica para establecer criterios que permitiesen evaluar la experimentación en humanos con genes. En 1987, Anderson envió al RAC un extenso documento de 500 páginas en el que manifestaba su deseo de introducir genes en humanos. Y en 1988, el equipo del NIH estaba listo para solicitar formalmente permiso al RAC y a la Food and Drug Ad-

ministration (FDA) para usar esta tecnología en humanos. En mayo de 1989, el primero de diez pacientes con cáncer terminal fue tratado con un tipo de linfocitos, llamados TIL, a los que se les había introducido el gen «neo» de resistencia a la neomicina. Estos experimentos de control tenían como objetivo dos cosas: primero, demostrar que la transferencia de genes retrovirales, necesarios como vectores para llevar a cabo los experimentos de terapia génica, eran seguros en humanos; y segundo, que el gen «neo» podía utilizarse como marcador de las células modificadas genéticamente, un dato necesario para poder conocer dónde y por cuánto tiempo estas células modificadas se encontraban en el cuerpo humano. Finalmente, en julio de 1990, el RAC autorizó los experimentos con el gen de ADA, y Anderson solicitó a continuación permiso a la FDA, quien se lo concedió, haciendo posible el primer tratamiento genético en septiembre de 1990.

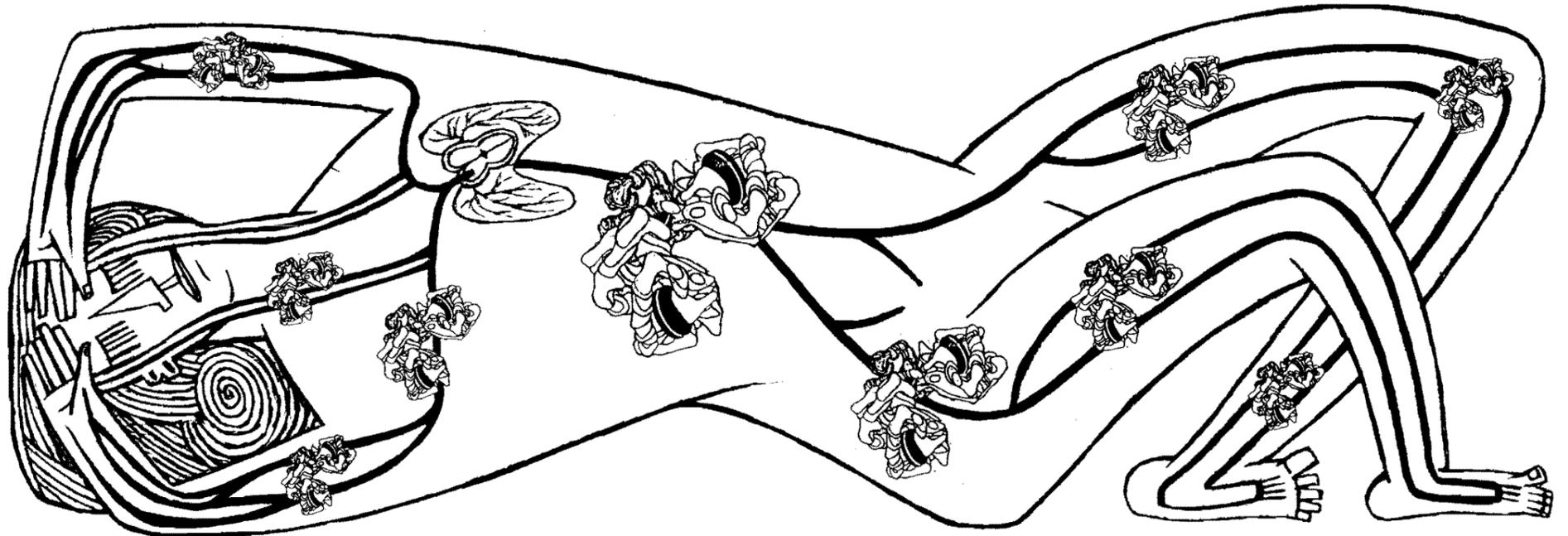
Posiblemente, la importancia de este primer tratamiento fue más la de romper con una barrera cultural que científica. Las técnicas utilizadas en este primer experimento de terapia génica existían ya desde 1984, y en muchos aspectos el tratamiento podía haberse llevado a cabo mucho antes. Hay que decir, en primer lugar, que la terapia génica es un método más entre los muchos cuyo objetivo es mejorar la salud, especialmente del ser humano, y que, por lo tanto, debe ser regulada en el mismo marco que otros procedimientos terapéuticos. En consecuencia, deberían hacerse pocas consideraciones éticas—distintas de las que se hacen habitualmente—en relación a la terapia génica que no afecten a las células germinales, ya que, en la tradición médica sobre terapia, ésta afectaría al individuo y no a su descendencia. La terapia génica que afecta a la constitución genética de las células germinales (espermatozoides y óvulos) sí tiene, sin embargo, nuevas y serias consideraciones éticas.

La formación científica del autor—que estudió en la Facultad de Medicina de la Universidad de Yale y tiene un Master en Biología Molecular—y una extensa labor periodística, a través de entrevistas con los principales protagonistas de esta historia y el estudio de numerosas publicaciones científicas relacionadas con la terapia génica, hacen de este libro un interesante relato de carreras entre científicos, así como de las ideas, colaboraciones y experimentos—con éxito o fallidos—que condujeron a reemplazar por primera vez un gen defectuoso. La

historia que nos cuenta Larry Thompson comienza con el aislamiento del primer gen—el llamado «lac operon» de la bacteria «*Escherichia coli*»—en 1969 por el equipo de Jonathan Beckwith, de la Universidad de Harvard, y sus declaraciones a la prensa previniendo sobre el posible mal uso de la nueva técnica que acababan de describir para aislar genes, a menos que la sociedad permaneciese vigilante. Hacía sólo dos años que Marshall W. Nirenberg—a quien le fue concedido el premio Nobel en 1968 por descifrar el código genético—había manifestado esta misma preocupación, advirtiendo que los avances en el conocimiento genético podían ser utilizados de manera inteligente o no, en mejora o detrimento del hombre. «El hombre dentro de veinticinco años—decía Nirenberg en 1967—podrá ser capaz de programar sus propias células con información sintética mucho antes de que sea capaz de valorar adecuadamente las consecuencias a largo plazo de tales alteraciones, o de resolver los problemas éticos y morales que estos conocimientos plantean.»

## Ingeniería genética

El conocimiento alcanzado a principios de los años cincuenta sobre cómo funciona el DNA y los genes que lleva dentro revolucionaron la Biología y su papel en la sociedad. No sólo se habían sentado las bases para conocer cómo funciona una célula, sino que se podía pensar también en formas de reparar el sistema si éste no operaba correctamente. Para ello era necesario desarrollar las técnicas que hicieran posible transferir a un organismo genes aislados de otro organismo en su DNA, un proceso al que Rollin D. Hotchkiss, de la Universidad Rockefeller, se refirió en 1965 como «ingeniería genética». Ya Hotchkiss había indicado en esos mismos años que una posible manera efectiva de introducir DNA en un organismo sería a través de virus. La primera evidencia sólida sobre la utilidad de los virus para transferir genes procede de Stanfield Rogers, del Oak Ridge National Laboratory en Tennessee (EE.UU.). Rogers observó que los conejos infectados con el papilomavirus Shope, un virus que produce tumores benignos de piel en animales, tenían niveles reducidos del aminoácido arginina en sangre—debido posiblemente a que el virus estaba transfiriendo su gen de arginasa a las células



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

de la piel del conejo, e induciendo consecuentemente en éstos la posibilidad de fabricar una enzima de la que carecían en condiciones normales-. En 1975, Rogers informó en una conferencia en la New York Academy of Sciences que las personas que habían trabajado en el laboratorio con el virus tenían, frecuentemente, niveles reducidos de arginina en sangre.

Las posibilidades terapéuticas de esta observación no pasaron desapercibidas para Rogers. En 1969 se puso en contacto con un grupo de investigación alemán que había publicado un trabajo en *Lancet* describiendo dos hermanas que tenían concentraciones muy elevadas en sangre de arginina, debido a la ausencia de la enzima arginasa. La acumulación de arginina impedía el metabolismo normal de la urea, causando un aumento de amonio en sangre, a consecuencia del cual las niñas sufrían epilepsia y su estado empeoraba con la edad. En 1971, las dos niñas fueron tratadas con el virus Shope, y un año después la mayor de las niñas recibió una segunda dosis. Los resultados, según palabras de Rogers, fueron «desilusionantes», ya que no se produjo ninguna reducción de los niveles de arginina o amonio en la sangre de las niñas.

Este primer intento de terapia génica en humanos usando virus fue calificado, por numerosos científicos, como prematuro, potencialmente peligroso y ciertamente de una ética cuestionable. También puso la terapia génica en el centro de atención de numerosos científicos. En 1972, Ernst Freese -de los NIH- organizó una reunión cuyo objetivo era identificar qué había que hacer para que estos experimentos se llevaran a cabo de manera científica y éticamente adecuada. Aunque la intención de los científicos, tanto entonces como ahora, es encontrar mecanismos para transferir genes específicos que puedan mejorar la salud, especialmente del ser humano, las implicaciones éticas de estos experimentos están siempre presentes. Los mismos métodos que pueden ayudar a curar también pueden hacer daño. Por lo tanto, la sociedad tiene que decidir cómo la terapia génica debe utilizarse, y esto trae consigo la supervisión de los procedimientos y protocolos utilizados en estos tratamientos.

Poner genes dentro de una célula no es fácil. Incorporar de manera estable un único gen «extraño» puede cambiar de manera permanente la estructura y función celular, y para que esto no ocurra la célula ha desarrollado durante su evolución una serie de mecanismos que mantienen fuera, o destruyen, los trozos de DNA extraños. Primero está la membrana plasmática, que aísla

la célula de su entorno y de otras células; después están las endonucleasas, una larga colección de enzimas de restricción que, rompiéndolo en fragmentos más pequeños, previenen que el DNA extraño sobreviva en el citoplasma; finalmente, los organismos eucarióticos han desarrollado una segunda membrana, el núcleo, que separa los cromosomas del resto de la célula. Aun una vez en el núcleo, el DNA extraño tiene que encontrar su camino dentro de los cromosomas para llegar a ser parte estable del DNA nativo de la célula.

### Cruzar las barreras celulares

Richard C. Mulligan, un estudiante graduado en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) que hacía el doctorado en la Universidad de Stanford en el laboratorio de Paul Berg -a quien le fue concedido el premio Nobel en 1980 por su contribución al desarrollo de técnicas para manipular genes-, fue el primero que, usando el virus SV40 como vector -un vector es cualquier estructura que transporta genes dentro de una célula de manera que sobrevivan-, expresó un gen de bacterias en células animales. A continuación, en 1979, expresó el gen de la beta globina de conejo -clonado por Tom Maniatis- en células de riñón de mono. Era la primera vez que alguien cruzaba todas las barreras celulares y transfería un gen de mamífero en una célula de mamífero y lo hacía funcionar normalmente. El vector de expresión SV40 tenía, sin embargo, demasiados problemas para ser utilizado en terapia génica. En primer lugar, sólo puede infectar un pequeño número de tipos celulares de mono y no humanos. Además, la infección con SV40 con frecuencia produce enfermedades en monos, y, aunque las células transfectadas con SV40 producían beta globina, lo hacían sólo durante un corto período de tiempo. Finalmente, el vector SV40 acababa matando las células que transfectaba.

Al finalizar la tesis doctoral, una vez instalado en su propio laboratorio en el MIT, Mulligan se puso a trabajar en cómo otro virus, un retrovirus, podía ser utilizado para trasplantar genes directamente en los cromosomas de mamíferos. En 1984, Mulligan modificó genéticamente el virus murino de la leucemia Moloney hasta convertirlo en un vector -Psi 2- que podía transportar virtualmente cualquier gen en los cromosomas de una célula de mamífero. Aunque con el tiempo se produjeron importantes avances técnicos sobre el sistema Psi 2 desarrollado por Mulligan, éste contenía todos los elementos esenciales para convertirse en una

poderosa y eficiente técnica para transportar genes dentro de células de mamífero y, por lo tanto, para ser utilizado en terapia génica.

French Anderson, al igual que otros, se dio cuenta inmediatamente de las posibilidades del sistema Psi 2. En 1984, John Hutton cedió a Anderson el gen de la ADA que acababa de clonar, y Eli Gilboa, con quien Anderson había iniciado una colaboración, se dispuso a insertarlo en el vector SAX -una versión mejorada del Psi 2 de Mulligan que Gilboa había desarrollado-. A finales de 1984, la construcción del vector con el gen de ADA estaba completa y listo para ser ensayado «in vitro» en células en cultivo e «in vivo» en animales. A continuación, Anderson se puso en contacto con Michael Blaese, un inmunólogo clínico de los NIH, quien comenzó la búsqueda de pacientes con deficiencia en ADA. En 1985 ya tenían en cultivo varias líneas celulares de linfocitos T provenientes de niños con deficiencia en ADA, y, un año más tarde, publicaron un trabajo demostrando, por primera vez, que era posible revertir la deficiencia en ADA -al menos en el tubo de ensayo- trasplantando una copia normal del gen mutado. Durante los tres años siguientes, Anderson y su grupo siguieron trabajando con distintos modelos animales, hasta que, en 1988, el equipo del NIH estuvo listo para solicitar formalmente permiso al RAC y a la FDA para usar esta tecnología en humanos.

La autorización no llegaría hasta 1990. Cuando Anderson la solicitó, hacía sólo cuatro años que había aparecido en los medios de comunicación la historia de Martin Cline, un médico formado en la Facultad de Medicina de Harvard, con gran prestigio internacional por sus trabajos de investigación y clínicos en cáncer, que era profesor de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA). Cline había tratado con DNA recombinante a dos pacientes con talasemia -uno en Israel y otro en Italia-, sin contar con la autorización del RAC o de la FDA. El NIH creó una comisión para estudiar los aspectos científicos y éticos de las activida-

des de Martin Cline en el extranjero, encontrándole culpable de «haber violado tanto la letra como el espíritu de la correcta salvaguarda de la investigación biomédica». Cline pagó un alto precio por su falta. Tuvo que dimitir de su puesto de jefe de Hematología y Oncología y, aunque continuó siendo profesor de UCLA, perdió acceso a los cerca de 70.000 dólares que sustentaban su cátedra, así como gran parte de su financiación proveniente del NIH.

El caso Cline, al que Thompson le dedica un capítulo de su libro, supuso la toma de conciencia no sólo por los científicos, sino también por la sociedad, de que la era de la terapia génica no era algo del futuro, algo que algún día habría que plantearse, sino que había llegado ya, y que tanto sus técnicas como la ética de estos nuevos procedimientos tenían que ser confrontados y discutidos en profundidad. De no haber sido por la seriedad, rapidez y contundencia con la que la comunidad científica estadounidense reaccionó ante el caso Cline, el Congreso de los Estados Unidos posiblemente habría actuado en su lugar, con el riesgo de sustentar el futuro de la investigación sobre terapia génica en el control y la exclusión. Hay que recordar que no había transcurrido tanto tiempo -1977- desde que el senador Edward Kennedy propuso que una legislación federal regulase toda la actividad investigadora con DNA recombinante en los Estados Unidos. De haber tenido éxito la propuesta del senador Kennedy, tanto la investigación básica como su aplicación industrial habrían sufrido un importante retraso no sólo en los Estados Unidos, sino en todo el mundo.

Durante las últimas dos décadas, los descubrimientos científicos han transformado la biología de ser una disciplina dedicada al estudio pasivo de la vida a otra que puede alterarla a su capricho. Que en los próximos veinte años la biología llevará a la medicina a lugares que hoy no podemos ni imaginar, es la idea central que subyace a lo largo de este excelente libro. □

### RESUMEN

En esta obra de la que se ocupa José María Mato se cuentan las barreras científicas, éticas y legales que hubieron de ser traspasadas hasta hacer posible el primer tratamiento médico en el que se utilizó, con éxito, te-

rapia génica y que se realizó en 1990, en Estados Unidos. La paciente era una niña de cuatro años, con la salud progresivamente deteriorada como consecuencia de sufrir una rara inmunodeficiencia severa.

Larry Thompson

*Correcting the Code: Inventing the Genetic Cure for the Human Body*

Simon & Schuster Inc, Nueva York, 1994. 378 páginas. 23 dólares.

# La insobornable vigencia de un clásico

Por Antonio López Pina

**Antonio López Pina** (Murcia, 1937) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense y fue consejero de Estado y miembro de la Comisión Constitucional del Senado durante las Cortes Constituyentes. Es autor y editor de Democracia representativa y parlamentarismo, Spanisches Verfassungsrecht, La garantía constitucional de los Derechos Fundamentales y División de poderes e interpretación.

La prestigiosa J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) Verlag, de Tübingen, y Christoph Müller, catedrático de la Universidad Libre de Berlín, se han decidido a una segunda edición de los *Gesammelte Schriften*, de Hermann Heller —exiliado y fallecido en 1933 en Madrid—, que ha constituido en Alemania un acontecimiento editorial. Desde los años veinte hasta nuestra Constitución y la más reciente jurisprudencia de nuestro alto Tribunal, el polémico antagonista de Schmitt, Kelsen y la doctrina conservadora de Weimar ha tenido en España una extraordinaria influencia. Su *Teoría del Estado*, del Fondo de Cultura Económica, y sus *Escritos políticos*, de Alianza Editorial, han mantenido a través del tiempo el valor de referencia por el que se distingue a los clásicos.

Con esta segunda edición, el legado de Heller se ve, pues, sometido entre nosotros a una nueva prueba de fuego: ¿continúa o no Heller teniendo algo que decir a la España de nuestros días? Trataré de responder a tal cuestión reflexionando en torno a dos temas que permean toda su obra: primero, la función de la Ley; y, en segundo lugar, el «Estado social de Derecho».

## La función de la Ley

Durante las dos últimas décadas estamos, como correlato de la tercera revolución industrial, asistiendo a la internacionalización de la economía. Ello no ha podido por menos de afectar a las tareas del Estado y a la función de la Ley.

Sin que quepa hablar de abandono o desmantelamiento generalizados del Estado del Bienestar, registramos una creciente atribución al Estado como tarea de la procura de competitividad internacional mediante innovación (Jessop, B., 1992) de las economías nacionales.

La internacionalización de los mercados domésticos conlleva que deban también cambiar las funciones económicas y sociales del Estado. Económicamente, el emergente «Estado schumpeteriano» de competitividad promueve la innovación e interviene en la oferta, para reforzar en lo posible la competitividad de las economías nacionales. La política social se subordina a los constreñimientos de la competitividad internacional del mercado de trabajo, y el Estado renuncia, eventualmente, a procurar la cohesión social.

El problema que se abre ante nosotros es, pues, cómo puede la Ley bajo las condiciones del Estado schumpeteriano, de las limitaciones del crecimiento y de un eficaz funcionamiento del mercado, cumplir su rancia misión de proveer a la igual libertad para todos.

Si éste es el desafío, ¿cuál es la actual condición de la Ley, el instrumento con el que hacer frente a aquél? Pues bien, el histórico prestigio de la Ley está dando paulatinamente paso a una crecientemente crítica situación. Por si la pérdida de rasgos genuinos —generalidad y permanencia, unidad formal, unilateralidad, imperatividad (Santamaría Pastor, 1988)— no fuera bas-

tante, la Ley aprobada en el Parlamento se encuentra, por mor de los tribunales constitucionales, ante continuos constreñimientos para acomodarse a la Constitución, y debido a la expansión del Ejecutivo, en una defensiva permanente —por no hablar del vacío jurídico provocado por la reciente ola de desreglamentación—. Con ello, vivimos en continuo riesgo de desplazamientos espurios sea entre potestad normativa privada y Ley, sea en la división de poderes entre los órganos del Estado («Del Derecho bajo el Estado previsor», SABER/Leer, n.º 58, 1992).

Pero es que, a mayor abundamiento y en aras de una presunta eficacia, los partidos españoles en gobiernos y oposiciones —nacional o regionalmente— han concurrido durante los últimos años en un «decisionismo» impertérrito al margen de toda norma, siendo hoy como consecuencia legión los síntomas no sólo de una cierta relativización y deslegitimación de la Democracia, sino también de desintegración y alienación (justo de la Sociedad civil que se prometía la autodeterminación de la Monarquía Parlamentaria y del Estado de Derecho que ésta venía a constituir).

## Coincidencia jurídica

En tales circunstancias, el designio helleriano de Weimar desempolva su potencia analítica y normativa reverberando sobre el escenario español. Ciertamente que el Heller de *Der Begriff des Gesetzes in der Reichsverfassung* es una figura histórica que debate con la doctrina iuspublicista alemana dominante de la época. Más aún, que los devastadores efectos de la desreglamentación nos ponen en guardia contra, incluso, las relativizaciones que respecto de la Ley asumiera en su día el propio Heller. Nuestra conciencia jurídica no nos permite ya dejar al albur la racionalización de las tareas del Estado. Y así, somos numerosos los juristas que no aceptamos que «dependa de las circunstancias sociales, de las relaciones po-

líticas de poder y de consideraciones instrumentales, de la tradición y de la conciencia jurídica» que se legalice o no la acción de los servicios secretos o la administración de los fondos reservados y sí y en qué medida se abandonen a la autonomía de los particulares las relaciones laborales o mercantiles. Discrepamos, pues, de la tesis helleriana según la cual no sea determinable por la lógica o la doctrina qué materias estén reservadas a la Ley. A mi juicio, la interpretación conforme a la Constitución de las «tareas del Estado» dota de contenido «determinado» a la «reserva del Parlamento». Ello significa, en concreto, que está jurídicamente vedado al Gobierno sustraer al Parlamento y a la consiguiente tramitación por Ley no sólo la regulación del ejercicio de las libertades, sino también la política económica y social, y que el Legislador tiene para ello un mandato constitucional de inexcusable cumplimiento.

Con tales reservas por mi parte, nada ha perdido, sin embargo, la capacidad dogmática de Heller respecto del principio de legalidad:

«La rancia concepción ilustrada del Estado de Derecho con su postulado de una plena juridificación por vía de Ley de toda actividad del Estado; de su idea de la Administración como mera ejecutora de leyes, hizo parecer evidente que las libertades únicamente podían ser limitadas por la «volonté générale»».

Generalidad y universalidad continúan siendo cotas a alcanzar continuamente por el Legislador:

«La perduración de un régimen político depende de su capacidad para fundarse en normas jurídicas con pretensión de generalidad y universalidad».

La igual libertad es una meta, cada día renovada, inexcusable de la Ley:

«... las libertades únicamente están a largo plazo garantizadas, mientras se trate de bienes pertenecientes a todos los ciudadanos».

Por no hablar de la virtualidad de su juicio acerca de la posición, en fin, de la Ley entre las fuentes del Derecho:

«El ideal de libertad del Estado material de Derecho se traduce en la determinación de todos los actos del Estado por la «volonté générale» expresada en la Ley. A la idea material de libertad iba unida la creencia en que individuos o grupos autodefinidos estarán en situación de reconocer y representar por sí mismos los propios intereses».

«Este principio de legalidad material de toda la actividad del Estado corresponde al concepto constitucional de Ley, a tenor del cual ésta no es sino la suprema norma jurídica, determinadora de toda la actividad estatal emanada del Legislador. Su naturaleza y fuerza normativa, su inviolabilidad le traen causa de la «volonté générale» como resolución autónoma representativa de los valores comunitarios. La Ley no se distingue del reglamento o de la jurisprudencia por su naturaleza de norma jurídica, sino exclusivamente por su superior fuerza normativa material».

Sin perjuicio de las particularidades del principio de competencia en nuestro Estado de las Autonomías, una renovada lectura de Heller nos llama la atención, así, sobre la medida en que, si no la supremacía perdida, sí son la centralidad y el imperio de la Ley presupuesto del saneamiento y de la vigorización de nuestra vida pública.

## El Estado social de Derecho

Heller observó hasta qué extremo la disparidad económica entre las clases caracterizaba a la sociedad alemana:

«El trabajador que puede acabar en cualquier momento en la calle, siente amenazada económicamente su existencia».

El «anárquico frenesí de la producción», «los planteamientos economicistas y formas sociales impuestos por el capitalismo» le parecen «vandálicos». El liberalismo económico y la doctrina de la economía de mercado no eran a la postre sino



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



ideología –en el sentido marxiano del término:

«Las ideas de libre juego de fuerzas autorresponsables, de equilibrio o compensación armónica de intereses mediante el mercado libre, así como la constitución sin violencia del todo social por el espontáneo orden del mercado no son, en realidad, sino la gran patraña de la situación opuesta. Se trata de meras ideologías legitimadoras...».

«Cuando material o idealmente no se incorpore al orden económico el mundo del trabajo, el llamado mercado no es sino una farsa».

### La amenaza para Occidente

El capitalismo y no la Ley era la auténtica amenaza para Occidente:

«Las amenazas a la cultura occidental traen causa no de la Ley y de su imperio sobre la economía, sino de la anarquía capitalista y sus expresiones económica y política».

Y no se trata tan sólo de que se registrara un creciente debilitamiento de la capacidad racionalizadora del Estado sobre el poder económico:

«El capital nacional revela su rostro de Jano. De un lado afirma el Estado nacional, y debe afirmarlo porque sin el Estado resulta ser el capitalista tan impotente como el socialista. Pero en Europa ha comenzado ya a formarse una estructura supranacional de "holdings" que se halla en condiciones de operar sin y contra el Estado nacional. Ahora puede verse con frecuencia cómo el Estado nacional carece de control sobre el capital nacional internacionalmente conectado... El mismo puede sustraerse a prestaciones en favor del Estado nacional que le sean enojosas... Ningún Estado es inmune ya contra la evasión aérea y la constitución en el extranjero de sociedades ficticias».

Es que, además, la desigualdad económica de poder se traducía en el falseamiento de la Democracia:

«La superioridad económica pone en manos de los poderosos instrumentos bastantes para trastocar mediante el influjo directo o indirecto ejercido sobre la opinión pública, en su auténtico opuesto la democracia política. En la medida en que la dominación financiera guarde las formas de la representación, pero falsee su contenido, hace de la democracia política una ficción».

Ello podía ser causa de alienación popular generalizada:

«Cuando los sectores populares políticamente relevantes no se reconozcan por más tiempo en la unidad política; cuando no se identifiquen por más tiempo con los símbolos y representantes estatales, allí donde el derecho positivo no sea reconocido como funcional y justo..., puede la Sociedad perecer».

Ciertamente, Occidente y, en general, el mundo de 1994 no son los de los años veinte y treinta objeto de la reflexión de Heller. Pero ¿estamos seguros de haber solucionado con éxito las tensiones entre el poder del capital y la soberanía del legislador democrático?

### Homogeneidad social

Si albergáramos la menor duda al respecto; si nos preguntáramos a partir de qué momento comienzan a ser prohibitivos los costes ecológicos, sociales y políticos de los años ochenta y noventa; si avizoráramos que la Humanidad se desliza por caminos erráticos, bien pudiera merecernos la pena volver la mirada sobre las propuestas que



STELLA WITTENBERG

Heller condensara en la fórmula de «Estado social de Derecho». En primer lugar, la libertad:

«Nuestro tiempo, más lejos que nunca de una homogeneidad socioespiritual, nunca olvidará que no bastan decretos jurídicos para crear una comunidad de valores. Para nuestra época de circulación de capitales, de dinamización de todas las concepciones axiológicas y de revolución de las formas sociales, resulta políticamente difícil y peligrosa la relación entre libertad y forma jurídica... Cuando la libertad se reduce, el orden jurídico obstaculiza a las fuerzas configuradoras del futuro la posibilidad de gestar formas políticas superiores».

Pero nunca bastará con la garantía de la libertad. Según Heller, si, de un lado, «... hay que combatir la anarquía del mercado para sentar en su lugar una economía ordenada, porque sólo en el marco de la misma puede adquirir el ciudadano su libertad económica»; de otro, son las condiciones materiales de existencia asimismo condición:

«... No se puede tratar sino de someter la ordenación del trabajo y del ejercicio de las libertades de industria y comercio al Estado material de Derecho, de transformar el Estado liberal en un Estado socialista de Derecho».

Y ni siquiera así puede resultarnos aceptable el feudalismo económico:

«... Sin una situación de equilibrio, mediante concesiones del capital a los trabajadores, que sirva de sustrato a la democracia, desaparece la relativa independencia del Estado, degradado a la condición de instrumento de la clase dominante».

De ahí que haya que avanzar jurídicomaterialmente hacia unos mínimos de homogeneidad social:

«... En política alza su cabeza de medusa una cuestión formidable: la de cómo, en medio de tales antagonismos de clase y de raza, puede afirmarse a sí misma la democracia hoy. En mucho mayor grado que cualquier otra forma política, la supervivencia de la democracia depende del éxito de

un cierto ajuste social... A la vista de las disparidades económicas existentes, también el proletariado duda de las formas democráticas... Se echa de menos la condición fundamental de la democracia política, un estado de homogeneidad social... Sin homogeneidad social, la más radical igualdad formal se torna la más radical desigualdad y la democracia formal, dictadura de la clase dominante».

### Epílogo

El helleriano «Estado social de Derecho» no es, bajo las condiciones de la tercera revolución industrial y de la mundialización de los intercambios, realizable empero en los confines de un solo país. De ahí sus problemáticas expectativas como proyecto.

Por otra parte, justo las condiciones límite de crecimiento económico, riesgos ecológicos, estragos sociales y desnaturalización de la Democracia como forma de autodeterminación de la Sociedad a que nos ha conducido el imperio desatado del capital durante las dos últimas décadas, apelan intensamente al retorno de una política que lo embride y que nos devuelva el sentido extraviado de relación entre medios y fines. Pertenece a la conciencia de los últimos años reconocer las virtudes de la iniciativa privada y de la libre competencia. Pero a efectos de no caer víctimas de una idealista simplificación de la libertad de empresa, y

de acceder a un nuevo umbral en la «conciencia del progreso en la libertad» (Hegel), ¿no será llegado el momento de incorporar a nuestra cuenta de resultados los costes de la presunta autorregulación del capital y del sostenimiento público de un recto funcionamiento del mercado?

En el caso de la Unión Europea, el cambio de paradigma asociado a la electrónica y la libre circulación de capitales aconseja abordar a nivel continental el diseño del «Estado social de Derecho». Pero dado que la conciencia de los tiempos deslegitima seguir apoyándolo en una economía que excluya del bienestar a la mayoría de la población mundial, no cabrá sino configurarlo y sufragarlo en forma distinta a como lo hemos hecho en el pasado –lo que bien pudiera reportar el valor añadido, de disipar en las sociedades en desarrollo vanas ilusiones respecto del acceso a nuestro dispendioso y depredador consumo.

En tal perspectiva, la lógica jurídica y económica más elemental nos fuerza, de un lado, a replantear –cuando hemos celebrado el medio siglo de la conferencia de Bretton Woods– el orden financiero mundial para someter el mercado a la política democrática (Cumbre de Nápoles, 1994), y de otro, a reformar en sentido político y social el apenas nato Tratado de Maastricht. En tal tesitura, bueno sería saber si tenemos los europeos de esta hora alternativa a la fuga hacia adelante a la que Heller nos convocara. □

### RESUMEN

Para Antonio López Pina, si nos preguntáramos a partir de qué momento comienzan a ser prohibitivos los costes ecológicos, sociales y políticos de los años ochenta y noventa, si avizoráramos que la Humanidad

se desliza por caminos erráticos, bien pudiera merecernos la pena volver la mirada sobre las propuestas que Hermann Heller condensa en la fórmula de «Estado social de Derecho».

### Hermann Heller

#### Gesammelte Schriften

J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1993. Tres volúmenes, 1999 páginas. 358 marcos.

# El universo de Ferrater

Por Juan Marichal

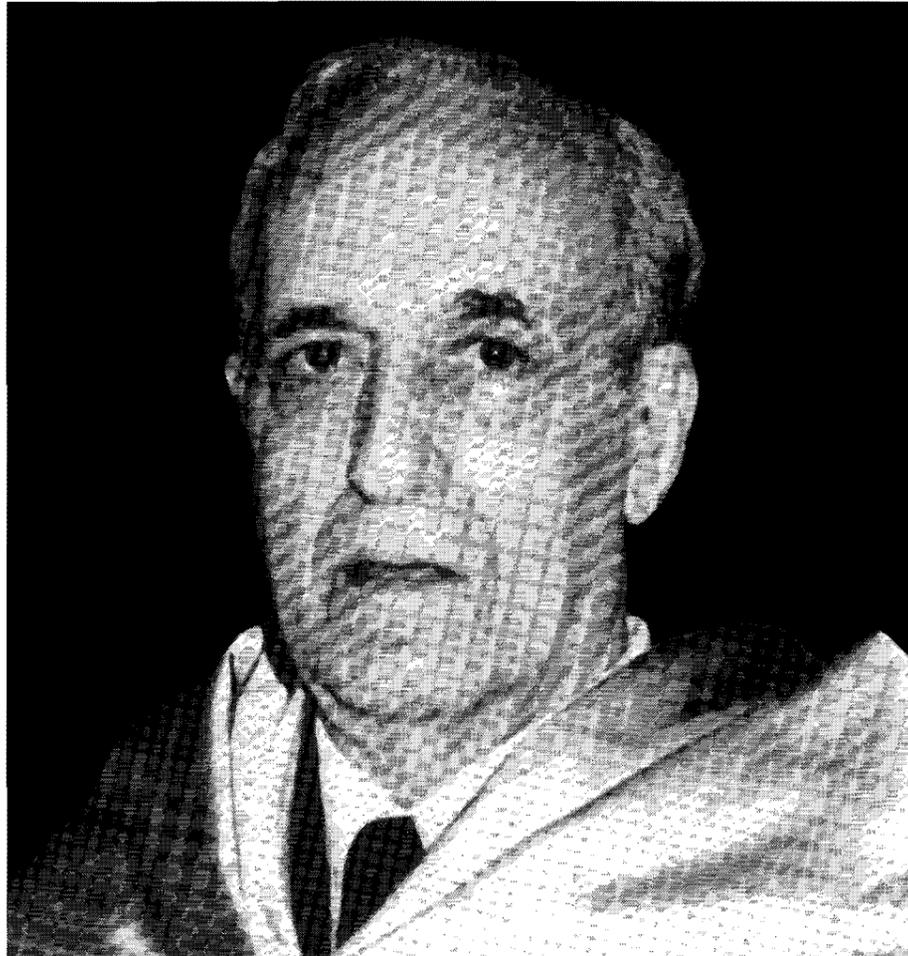
**Juan Marichal** (Santa Cruz de Tenerife, 1922) es catedrático emérito de la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Harvard, Cambridge (Estados Unidos). Reside en Madrid, donde dirige el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza.

A la buena memoria de José María.

Para un gran poeta catalán, Agustí Bartra, el exilio (a partir de 1939) tuvo, sobre todo, consecuencias providenciales para su quehacer literario: porque el horizonte «comarcal» de su poesía adquirió, según él, una ampliación fabulosa. De José M.<sup>a</sup> Ferrater Mora podría, sin duda alguna, decirse que, en él, «exilio» y «creación» fueron inseparables, aunque en relación algo más compleja de la que apuntaba su compatriota catalán. Un pequeño volumen de ensayos —casi todos escritos en la etapa chilena de su exilio (1941-1947)—, *Una mica de tot*, publicado en Palma de Mallorca (1960, Colección Raixa, núm. 52), permitió a Ferrater precisar qué entendía, tras largos años de expatriación involuntaria, por «desterrado»: «Existe hoy cierto tipo de escritores y pensadores que pueden ser calificados de esencialmente "desterrados"». Añadía Ferrater: «Yo soy un ejemplo de ello». Condición que, desde luego, no deploraba. Porque «no tener ya una lengua "propia" no quiere decir necesariamente no tener ninguna lengua». Al contrario, «puede querer decir tener varias». Lo cual, «en un mundo cada día más universal como el nuestro no es ésta una mala solución» (citado y traducido por el profesor de la Universidad de Girona Josep-M.<sup>a</sup> Terricabras, pág. 76 del libro colectivo objeto de esta «reseña»).

Recordemos que Ferrater escribió con notable soltura artículos y libros en sus lenguas natales españolas, así como en inglés y francés. Sin olvidar que al abandonar Cataluña, por el derrumbe de la Segunda República en 1939, ya podía leer y traducir el alemán, aprendido en forma autodidacta. De ahí que su horizonte intelectual no fuera nada «comarcal», dado, además, que había estudiado, entre 1932 y 1936, en la Facultad de Filosofía y Letras de la muy «nueva» Universidad Autónoma de Barcelona con Joaquín Xirau, entre otros maestros. Aquel clima intelectual universalista lo representaba vívidamente un coetáneo de Ferrater, Eduardo Nicol, para los alumnos de bachillerato que estudiamos filosofía con él, en 1938, en el Instituto Nicolás Salmerón (suprimido en 1939).

Ferrater verificó así lo que, proféticamente, apuntaba el gran poeta peninsular Joan Maragall, al sostener que los españoles que aspiraran a «europeizarse» tenían que adquirir previamente disciplinas intelectualmente fortalecedoras. Ya que, al llegar Ferrater a los Estados Unidos en 1947 —tras una brevísima estancia en La Habana (1939-1941) y seis años de intensa actividad docente y literaria en Santiago de Chile—, vio inmediatamente cuán beneficiosas iban a ser para la continuación de su *Diccionario de filosofía* las bibliotecas universitarias norteamericanas. Señalemos, de paso, que Ferrater disfrutaba de una «beca» (o «fellowship») de la Fundación Guggenheim



José Ferrater Mora.

de Nueva York, que desempeñó (junto con la Fundación Rockefeller) un importante papel en el apoyo institucional a los universitarios y artistas del exilio español.

## Una ilustración providencial

Se comprende, por lo tanto, que Ferrater quisiera (tras la renovación de su «beca» en 1948) permanecer en los Estados Unidos, incorporado al profesorado de una universidad norteamericana; lo que logró en 1949, gracias a su admirador entusiasta Pedro Salinas, en Bryn Mawr College (en las cercanías de Filadelfia). Era la institución universitaria verdaderamente providencial para Ferrater, pues tenía un nivel superior al indicado por el término «college» (o sea, colegio universitario que otorga un llamado «bachillerato», pero que es equivalente a la licenciatura española), ya que confería también el doctorado en ciencias y humanidades. Además, en el caso de Ferrater, el Departamento de Filosofía le había invitado —y no sólo el de Español— a formar parte de su profesorado. Conviene señalar ahora que, en Bryn Mawr, se daba una excepcional importancia al estudio de la historia de la filosofía: todas las «alumnas» —puesto que era una institución exclusivamente femenina— de primer año la tenían como asignatura estrictamente obligatoria. Se explica así que los profesores de filosofía de Bryn Mawr acogieran a Ferrater como un re-

fuerzo considerable para el desempeño de la función docente recién mencionada.

Recordemos que Ferrater había publicado, estando aún en Chile, la segunda edición del *Diccionario de filosofía* (Atlante, México, 1944), que duplicaba en volumen el de la primera (ibíd., 1941; escrito en La Habana), sin contar aún con los cuantiosos recursos de las bibliotecas norteamericanas. Así, al establecerse Ferrater, en 1949, en el que un gran hispanista francés llamaba el «oasis» de Bryn Mawr, el *Diccionario* creció de año en año, hasta alcanzar, en 1979, las 3.500 páginas de los cuatro tomos de su sexta edición y primera española (Alianza Editorial, Madrid). De ella ha aparecido hace unos meses —4 vols., Ariel Referencia, Barcelona, 1994— la versión actualizada y aumentada, preparada por el profesor Josep-M.<sup>a</sup> Terricabras y sus colaboradores de la Cátedra Ferrater Mora de Pensamiento Contemporáneo, Universitat de Girona; tarea admirable por su fidelidad al texto de Ferrater y, en verdad, por el espíritu «ferrateriense» de la tarea actualizadora y ampliadora realizada.

«Prefiero a este *Diccionario* algunos otros escritos míos que estimo más originales, pero no me arrepiento de haber dedicado a él un esfuerzo sostenido», declaraba Ferrater en el prólogo de la edición citada (pág. VIII). Reiterando lo afirmado en la «confesión preliminar» a sus *Obras selectas* (2 vols., Revista de Occidente, 1967), aunque en ésta aludiera más precisamente a su relación como autor con el *Diccionario*: «Es una especie de "universo" del cual no puedo desprenderme sin más, como si fuera un lastre enojoso» (I, página 19). Declaración que muestra, patentemente, la naturaleza «creadora» de la laboriosidad de Ferrater, aunque él atribuyera la amplitud creciente de su «universo» a una clara voluntad historicista: «Lo he hecho no en nombre del eclecticismo, sino en el del rigor y la exactitud de la información» (*Diccionario*, Alianza, 1979, pág. 10). Mas puede verse también (y hasta sobre todo) en el afán universalizador de Ferrater una manifestación de la propia posición filosófica que empezará a

denominar «integracionismo» ya en 1965 (como él mismo indica en *Cambio de marcha en filosofía*, Alianza, 1974, págs. 104-111). Filosofía que ha sido descrita por el profesor chileno José Echeverría —en el libro que nos ocupa, capítulo sexto: «El integracionismo de José Ferrater Mora»— como la de «un apaciguador» ante las disputas filosóficas. Esto es, para Ferrater, que «la realidad no radica en los extremos, sino en el "continuo", espectro o campo que los separa» (pág. 108).

De ahí, la aspiración de Ferrater a «integrar ciertas orientaciones filosóficas que parecían contraponerse o marchar cada cual por su lado» (*Cambio de marcha en filosofía*, Alianza, 1974, pág. 104). En suma, se trataría de «integrar» las dos culturas (ciencias, humanidades), cuya supuesta incompatibilidad popularizó C. P. Snow, «ya que esto pone en guardia contra ciertas doctrinas que a fuerza de ser unilaterales acaban por ser dogmáticas» (ibíd., pág. 106). El «universo» de Ferrater es, así, un mundo intelectual de total pluralidad y absoluta convivencia.

Que no sería arbitrario ver ya apuntado en los ensayos políticos de Ferrater agrupados en sus *Cuestiones españolas* (*Jornadas*, El Colegio de México, 1945). Pues el propósito de sus meditaciones de exiliado español no podía ser más «integrador» (y más excepcional entre sus compatriotas republicanos): «Lo que se trata de hacer ahora es descubrir las efectivas vigencias, lo que puede unir a los españoles en vez de violenta y sangrientamente separarlos» (véase J. Marichal, *Ensayismo hispánico*, Alianza, 1984, pág. 222). Buscaba Ferrater teóricamente cómo conseguir que hubiera «más Españas», o sea la pluralidad de poderes e instituciones que generaran la convivencia de ideas y personas. El ensayo de 1965, «Unidad y pluralidad» —reescrito para sus *Obras selectas* (Revista de Occidente, vol. I, págs. 293-302)—, muestra el hondo sentimiento patriótico (español/catalán) al que se refiere su discípulo argentino Ezequiel de Olaso, que residió un curso entero en Bryn Mawr: Ferrater vivía «con todos los sentidos puestos en España» (*José Ferrater Mora*, pág. 59). Actitud que era inseparable de su «condición» literaria; porque Ferrater era, en primer lugar, un escritor de lengua española o, para decirlo con todas sus letras, un gran escritor español. Que no veía reconocida, añadamos, en España la novedad de su prosa discursiva, lograda por una voluntad de estilo que —«temptat pel dimoni de la precisió i de l'economia extreme» (cit. por Xavier Benguerel, *Memoria d'un exili: Xile 1940-1952*, Edicions 62, Barcelona, 1982)— conciliaba, en grado sumo, el rigor con la claridad expositiva. Sí, el universo de Ferrater estaba hecho, sin duda, de palabras españolas (¡y catalanas!) y como escritor —por la gracia del destino y del trabajo— aspiraba a que en él se cumpliera uno de los misterios de este mundo, «menor, humilde, pero infrecuente: escribir bien» (remito al estudio de Josep-M.<sup>a</sup> Terricabras en *José Ferrater Mora*, págs. 67-83).

Y para concluir esta breve noticia del libro colectivo recién mencionado, quisiera hacerlo con las palabras de su gran amigo, el novelista catalán Xavier Benguerel: «Un des privilegis amb els quals m'ha gratificat la providència haurà estat el d'arribar a ser amic de l'excel·lent escriptor i filòsof Josep Ferrater Mora» (ibíd., pág. 134). Tal es mi propio sentimiento. □

## En el próximo número

Artículos de Francisco Márquez Villanueva, José-Carlos Mainer, Darío Villanueva, Rafael López Pintor, Sixto Ríos y Carlos Sánchez del Río.

## RESUMEN

Una nueva edición de su voluminoso Diccionario de filosofía y un libro colectivo en torno a la figura y obra del autor del mismo, José Ferrater Mora, uno de aquellos trasterados a los que el exilio permitió ampliar su

horizonte intelectual, le da ocasión a Juan Marichal, quien tuvo también que emigrar y desarrollar su obra intelectual en Estados Unidos, para hablar del filósofo y ensayista ya desaparecido.

Salvador Giner y Esperanza Guisán (eds.)

José Ferrater Mora: el hombre y su obra

Universidad de Santiago de Compostela, 1994. 351 páginas. 2.000 pesetas.

## La floresta semiótica de Umberto Eco

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) comenzó en Sevilla su profesorado antes de trasladarse a los Estados Unidos en 1959. Actualmente regenta una cátedra de honor en la Universidad de Harvard. Entre sus últimos libros destacan *El problema morisco*, *Orígenes y sociología del tema celestinesco* y *El concepto cultural alfonsí*.

Las conferencias «Charles Eliot Norton» se cuentan anualmente entre los más notables acontecimientos de la vida intelectual de la Universidad de Harvard. Seguidas siempre con interés y expectación, fueron confiadas en 1993 a la maestría crítica de Umberto Eco. Prosiguió éste en ellas un conjunto de reflexiones complementarias de las expuestas en su libro *Lector in fabula* (1979) y aparecen ahora impresas bajo el título de *Six Walks in the Fictional Woods*. Concebido en parte como homenaje a Italo Calvino, el volumen desarrolla una metáfora inicial, en que toda ficción queda igualada a una espesa floresta donde el lector correrá toda suerte de aventuras y sobresaltos. La misión que en cuanto tal le está asignada es la de elegir progresivamente entre las infinitas bifurcaciones que (conforme a la imagen borgiana) ofrece el carácter por definición elíptico del texto narrativo. El lector ha de llenar por su cuenta los lapsos o agujeros que nunca podrá cubrir del todo una obra de dicha naturaleza. El oficio del autor consiste en no pequeña parte en una manipulación de dichas perplejidades, tendiendo la semioculta red de halagos y señuelos con que de primera intención invitará a seguir no el camino recto, sino de preferencia la pista falsa o el callejón sin salida.

### El lector y autor modelos

Eco matiza sutilmente sus previos conceptos relativos a lo que denomina lector modelo y autor modelo. Dicha terminología busca distanciarse de la simple lectura «empírica» o meramente idiosincrásica, que es siempre posible ante un texto, pero no responde a la dinámica preestablecida para éste. El lector modelo es una entidad ideal que el texto se propone crear en el papel de colaborador o cómplice del mismo. Así como el lector preconizado por Wolfgang Iser puede ser cualquiera que se tome el trabajo de leer con inteligente atención, el lector modelo de Eco



es un elemento incorporado por el autor a su obra mediante el sistema de señales que integra la esencia de ésta. Un comienzo como «Erase una vez» basta para suponer (en realidad, reclamar) el acuerdo en admitir lo irreal o lo ilógico conforme a una sensibilidad infantil. Un lector dispuesto a entrar sin más reservas en dicho papel sería, en este ejemplo, un lector modelo. La lectura crítica se alejará, por tanto, de la noción paralela de un autor también «empírico» (algo así como el «Monsieur» de Flaubert) y habrá de consistir en un análisis del sistema de claves genéricas («genre signals») o de los calculados «guiños» y reglas del juego con que ambos «modelos» se crean e interaccionan uno a otro a través del acto de la lectura.

Eco elige como cantera o banco de pruebas una referencia temática a la novela *Sylvie* (1853), de Gérard de Nerval, y comienza por

servirse de ella para aclarar sus ideas acerca del autor modelo. Obra iniciada (como nuestro *Lazarillo de Tormes*) con un «yo» construido y carente de ninguna relación con la persona de su creador, que ni siquiera se llamaba Nerval, sino Gérard Labrunie (1808-1855). *Sylvie* manifiesta desde sus primeras frases un complejo tinglado de calculadas irrealidades. La única realidad que allí cuenta es la de su peculiar floresta narrativa, porque justo como el lector modelo de Eco es en realidad un ente ficticio, su autor modelo no tiene tampoco más realidad que la de una estrategia textual con miras al establecimiento de un sistema de correlaciones semánticas.

Toda floresta narrativa puede ser un lugar de tránsito o un simple recorrido en busca de un desenlace, pero también (en un nivel más alto) el lugar de privilegio para un buscado y en realidad nada fácil encuentro con el autor modelo. Es en esta otra instancia o lectura de segundo nivel donde, conforme a un proceso inverso, éste alza el velo del código más o menos cifrado («set of instructions») con que construye a su lector modelo y confiere plena expresividad a su texto. La caracterización de este plano superior equivale a decir que la obra habla sólo para lo que nuestros clásicos llamaban el «discreto lector» y hoy habría que caracterizar como un profesional de la más reposada lectura analítica. Ese discreto lector de *Sylvie* descubrirá entonces una compleja máquina de «flashbacks»

y «flashforwards», amén de otros artificios distorsionadores del tiempo narrativo que laboran contra una lectura lógica o rectilínea de la novela. El supremo valor de la obra no reside en iluminar la ofuscada historia que allí se narra, sino en la presencia relevante del eficaz mecanismo que constituye su único plano de realidad. El mismo autor modelo que muy adrede diluye su historia en una pura neblina («mist») de reticencias, no pierde nunca de vista la producción de un texto capaz de dar perfecta razón de sí mismo para ese otro lector modelo, que es como en realidad Eco ha decidido llamar al crítico literario.

### La morosidad narrativa

La tercera conferencia, «Lingering in the Woods», comienza por insistir en la relatividad del tiempo literario, antes de romper una lanza en pro de la «delectatio morosa» o adopción de un módulo de lentitud narrativa. Responde ésta siempre a un propósito creador, porque el acto mismo de narrar fuerza de por sí un ritmo rápido. Una obra como *La Divina Comedia* no es sino un interminable ejemplo de este «lingering» o morosidad creadora. En no pequeña parte el oficio del novelista consistirá en estirar o hacer correr con cuentagotas el tiempo interior de su obra. Pe-

### En este número

Artículos de			
F. Márquez Villanueva	1-2-3	Rafael López Pintor	8-9
José-Carlos Mainer	4-5	Sixto Ríos	10-11
Darío Villanueva	6-7	Carlos Sánchez del Río	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



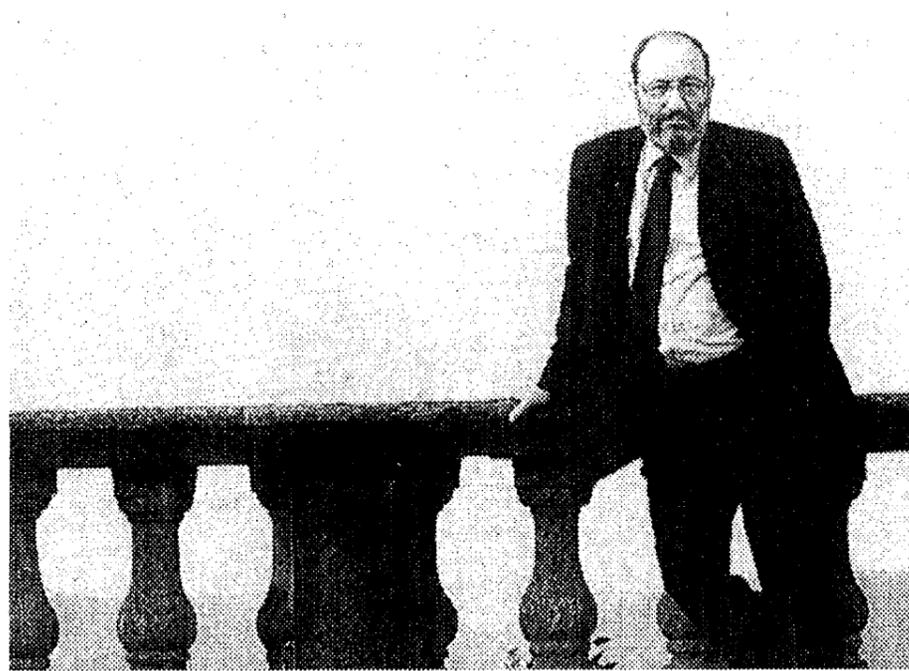
## La floresta semiótica de Umberto Eco

ro la lectura involucra también un aspecto emocional, derivado de la identificación con los personajes, que el autor modelo puede manipular en una peculiar sucesión de ritmos. La aceleración o deceleración de éstos origina una serie de técnicas con que el cine nos devuelve hoy visualizado («zoom», cámara lenta, etc.) lo mucho que ha aprendido de la novela. Lo que aquí se llama tiempo discursivo («discourse time») es una estrategia en interacción con la respuesta de los lectores y que les lleva a aceptar un tiempo de lectura («reading time») independiente de ninguna cronología material («story time»). Este mecanismo justifica que la extensión prodigada a un cierto acontecimiento no tenga nada que ver con su trascendencia o insignificancia fuera del universo de la obra. Tal principio de desproporción lleva consigo un gran valor que habría que llamar artístico, aunque Eco no use ni guste de semejante palabra. Es en parte lo mismo que los formalistas rusos llaman «desfamiliarización» y que es lo que confiere su legitimidad al detalle, bien sea el de un pai-

saje, de un gesto o de una indumentaria. También lo que carga de expresividad el carácter aparentemente banal del diálogo novelístico. El concepto de «lingering» en que ancla toda descripción puede subdividirse para Eco en otras modalidades de un alcance ya genérico, como el tiempo trepidante («trepidation time») propio del relato bizantino o de la moderna novela de aventuras, o el tiempo alusivo («hint time») que, por ejemplo, determina el valor de cada elemento en la narración alegórica. En *Sylvie*, para colmo, los relojes son inexistentes o llevan parados desde siglos, porque la cronología es allí una categoría tan blanda como los relojes de Dalí.

### El pacto fictivo

Eco concentra también su foco analítico sobre el pacto fictivo («fictional agreement»), que, en palabras de Coleridge, exige del lector una fe absoluta en el relato («suspension of disbelief»). Sólo que esa fe funciona supeditada nada más que a las exigencias del marco peculiar de cada ficción y permite aceptar que un hombre se convierta en insecto (Kafka) o un caballero parta por la mitad a un gigante (nuestros libros de caballerías). Quiere decir que toda noción de realismo se halla allí pervertida desde el primer instante, pero no en modo alguno puesta a un lado, por lo cual, y según una formulación memorable, «los mundos fictivos son parásitos del mundo real» (pág. 83). Dicha relación ilusoria es tan fuerte que, conforme a un fenómeno harto conocido, el público desea ver y palpar «a posteriori» el mundo «real» de la novela (y así en *El Toboso* solían mostrar, a falta de otra cosa, un faldellín o prenda interior de Dulcinea). Choca, además, con el hecho de que aquellos «parásitos» hayan de elegir la representación de sólo una pequeña porción de la ilimitada realidad posible, porque no pueden asumir respecto a ésta otra entidad que la de microcosmos («small worlds») narrativos. De nuevo, la cantidad y calidad de información con que están contruidos no puede ser puesta en tela de juicio, pues no responde a otra instancia que la de las necesidades internas de la obra. Por eso, toda incursión en la floresta narrativa es, en el fondo, un placer infantil, un juego a abarcar en un espacio minúsculo la infinita complejidad del universo. La ficción ha buscado desde siempre liberar al hombre de su



ansiedad ante el mundo (aunque otros preferiríamos decir ante la vida). Y de ahí también su espontánea cercanía a la función con que el mito se propone reducir a proporciones manejables la percepción turbulenta e indiferenciada de la experiencia humana.

### Verdad y mentira de la ficción

Relacionado con todo lo anterior se encuentra también el problema de la idea de «verdad» en el seno de la básica irrealdad de la ficción, con su absoluto predominio del voto de confianza otorgado por el lector. Dicho acto de fe no es, sin embargo, de naturaleza diferente de aquella con que aceptamos la inmensa mayoría de los conocimientos recibidos a través del estudio o de la experiencia cotidiana. Lo que allí difiere es el grado de la misma, que no se concede en el mismo plano a la ficción que a la historia y en cuyo trastorno (añadiríamos) radicaba la locura tanto literaria como patológica de don Quijote. Según Eco, la novela se lee precisamente porque conduce a la experiencia de un mundo donde la noción de verdad es clara e indisputable, en contraste con la inquietante problemati-

idad de que ésta se reviste en el mundo real. Claro que un mundo fictivo puede ser tan movido como el de la realidad exterior y ello ocurre sobre todo cuando quien narra trata de disfrazarse como cronista o reportero de sucesos reales o, más exactamente, pide fe en que se le tome por tal (como irónicamente hace Cervantes con su *Ingenioso hidalgo*). A un crítico tradicional tal vez esto le habría dado pie para hablar de la novela como reflejo o instrumento de exposición filosófica, pero Eco echa por el camino de cómo los supuestos reales de un relato conllevan un sentido indiferente al mundo exterior y determinado por el tipo de subgénero bajo el cual se mueve su autor modelo. Lo ilustra, sobre todo, con un ejemplo tomado de Dumas, que domicilia a d'Artagnan en una calle inexistente en el París de su época (rue Servandoni). La materialidad de tal error carece de importancia en una obra donde sólo cuenta como una pincelada de ambientación o «couleur locale» y que por lo mismo no sería cuestionada, ni aun advertida, por un lector modelo. Se tendría ahí un ejemplo de la particular «enciclopedia» en que se basa toda narración, y que no vale más que

### Qué es

**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

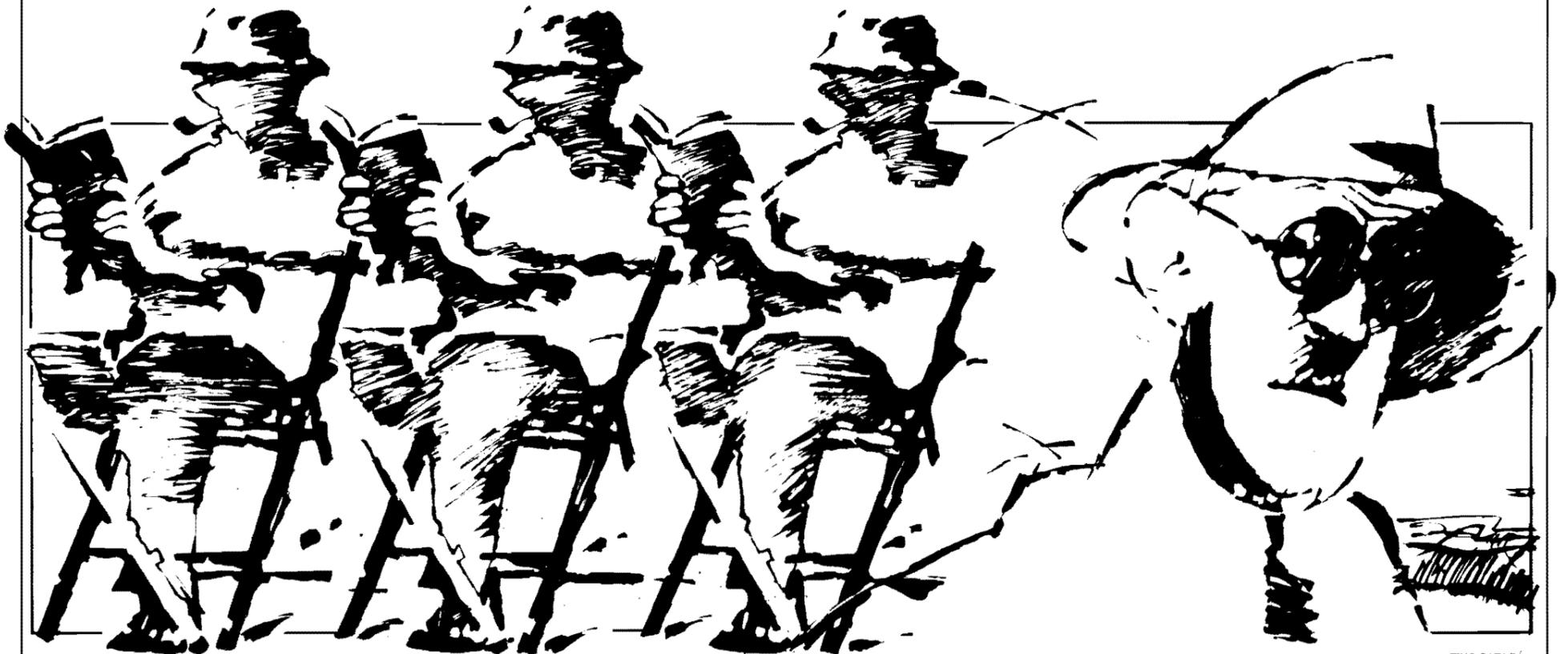
Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

## SUMARIO

	Págs.
«La floresta semiótica de Umberto Eco», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>Six Walks in the Fictional Woods</i> , de Umberto Eco	1-2-3
«Un espejo de naturaleza moral», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Europa ante el espejo</i> , de Josep Fontana	4-5
«La realidad de la autobiografía», por Darío Villanueva, sobre <i>El contacto con el mundo</i> , de Paul John Eakin	6-7
«Sistemas electorales e ingeniería electoral», por Rafael López Pintor, sobre <i>Electoral Systems and Party Systems. A Study of Twenty-Seven Democracies, 1945-1990</i> , de Arend Lijphart y otros	8-9
«Facetas no matemáticas de Rey Pastor», por Sixto Ríos, sobre <i>Julio Rey Pastor: Escritos de las dos orillas</i> , de Luis Español González	10-11
«Einstein en sus cartas», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Correspondencia</i> , de Albert Einstein y Michele Besso	12

Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

en cuanto provee a sus necesidades internas. En Joyce, por ejemplo, donde la topografía dublinesa es significativa en múltiples e importantes niveles, un desliz de aquella clase sería inconcebible (es decir, un verdadero «error» narrativo). El lector modelo ha de reconocer en el texto los criterios de economía en que éste se basa y por eso su lectura o (bajo otra terminología) participación en el círculo hermenéutico de aquél se parece mucho a una apuesta. En *Sylvie* se hace pronto obvio que el efecto de neblina narrativa queda allí paliado por una admirable red de referencias temporales con que resolver su subyacente rompecabezas. La relación entre autor y lector modelos se proyecta en el seno de una semiología délfica, donde cada palabra es un importante mensaje, pero siempre de naturaleza problemática o encubierta, que nunca agota una primera ni aun una segunda lectura.

### La ficcionalización de la vida real

El último paseo por la floresta narrativa se propone recorrerla en el sentido inverso de la vida real interpretada o leída como ficción. Reside ahí para Eco un fenómeno inducido por el carácter en último término ordenado y abarcable que es toda novela. La organización de la realidad como «texte lisible» en el sentido de Barthes. ¿no es acaso lo que en el periódico intentan poner sobre nuestra mesa las noticias del día? Tampoco es casualidad que, por espacio de siglos, la historia narrativa haya sido (y en parte siga siéndolo) el modelo ortodoxo de la historia. De hecho es difícil para el historiador no incidir en el detalle inverificable o la intrusión psicológica que son propias de la novela y, a la vez, no han faltado intentos de escribir, por ejemplo, la biografía en regla de Sherlock Holmes. Los personajes se «intertextualizan» (¿o se «interpersonalizan»?) apareciendo en otras novelas a modo de garantes de su veracidad (Balzac o nuestro Galdós). La ficción narrativa se acredita como el grande y flexible molde que hace posible la percepción del mundo y la reconstrucción del pasado. Por supuesto, esa permanente cercanía a lo fictivo puede llegar a ser también un factor de distorsión o fuga de la realidad. Yacen en ello infinitas posibilidades de orden liberador o lúdico y por eso el niño (cabría añadir) es un gran consumidor de «historias» además de un «cuentista» o «mentiroso» nato. Esta borrosa frontera, con su tráfico en dos direcciones entre ficción y

realidad, es también el resorte que permite la vigencia de supercherías y patrañas cargadas en ocasiones de un potencial avieso. Como ejemplo de éstas, en su capacidad de pervivir por siglos y de ser aceptadas por las figuras más preclaras, Eco dedica varias páginas a trazar la sinuosa ruta que va desde los templarios a *Los protocolos de los sabios de Sión*, a la que por cierto también contribuyó nuestro Quevedo. Para bien o para mal, el hombre busca en la ficción un sentido para su existencia, y los presentes estudios querrían prevenir contra el sueño de la razón que, como dijo un conocido nuestro, produce monstruos.

### Una crítica no humanística

El intento de abarcar la sutileza especulativa de estos ensayos en un breve resumen es, por supuesto, temerario. Eco hace uso de su derecho a avanzar conforme al rumbo que él se traza, pero que indefectiblemente deja atrás muchas bifurcaciones por las que otros desearían verle tal vez proseguir. Como en todos los actuales teóricos, el estudio de la literatura busca aproximarse aquí a una ciencia exacta, guiada en este caso por el modelo final de la lógica matemática y dando por resuelto un postulado acerca de si el hecho humano de que aquélla procede se aviene o no a dicho planteamiento. La crítica de Umberto Eco confiesa, a través de una comparación con la fórmula de Coca-Cola, no hallarse dispuesta a aceptar zonas de penumbra, espacios secretos ni problemas inmanejables (pág. 37). Es así forzoso que mucha matización y alternativas críticas hayan de ser sacrificadas o caigan a la cuneta en esta marcha hacia la nitidez abstracta del enunciado apodíctico. «Humano», «vida», «arte», «cultura» son vocablos virtualmente desterrados de su vocabulario. Habla el autor con manifiesto desprecio de las que llama «teorías estéticas» y hasta de su uso del concepto de «estilo» (pág. 15). No deja de sumarse también a la indiferencia ahora habitual por los estudios de carácter biográfico (pág. 11).

Eco procura convencer de que la crítica literaria constituye una actividad cristalina y aséptica, cuyos instrumentos son lo que nuestra Celestina llamaba «intelectuales ojos», esto es, ojos de lince para distinguir o recombinar categorías lógicas subyacentes en el texto. Y, sin embargo, sus *Six Walks in the Fictional Woods* no dejan de depender con frecuencia de transiciones intuitivas o metafóricas como aquella de «mist», aplicada a la estructura profunda de *Sylvie*. Su teoría del

autor y lector modelos se resume en una apología del noble y olvidado arte de la lectura de gabinete. El firme trazo de la semblanza de Gérard de Nerval o el certero análisis gramatical de otros fragmentos tampoco hacen, si se va a ver, ningún mal papel, tras el confesado desinterés en el biografismo y la estilística.

### El ineludible problema histórico

Es preciso dar crédito a Umberto Eco por su intrepidez al adentrarse a cuerpo limpio por la inmensa categoría —o floresta— de la ficción pura. No hay que perder de vista, al mismo tiempo, que aunque se persiga una semiología básica del principio fictivo, lo que el autor tiene «in mente» es en realidad el gran hecho de la novela moderna, esto es, un producto conspicuamente fechable desde el siglo XVI acá y donde la muy respetable *Sylvie* no ha marcado por cierto ningún hito. Lo que antes ha existido se reduce bajo un aspecto modal al cuento folklórico por debajo y al concepto de fábula por arriba. Algo tan básico como el «fictional agreement» es un aspecto más de la revolución romántica, al que la literatura de Occidente llega tras un periplo lento y trabajoso. Bastaría recordar la opuesta actitud con que la literatura antigua y después los aristotélicos y neoclásicos se negaron fieramente a tal acto de fe, regateando a través del «verisimilis» la firma de algún cheque en blanco al autor. Dicho pacto se perfila más como un epidesarrollo histórico que no a modo de una coordenada intemporal, cuya validez se debilita a medida que se retrocede del año 1800. La teoría del autor y lector modelos estriba en condicionamientos de pleno carácter moderno y queda pendiente, a su vez, de un esfuerzo estudioso a la luz de su dilatada prehistoria.

### RESUMEN

*Márquez Villanueva comenta la edición de unas conferencias dadas por Umberto Eco en la Universidad de Harvard, en las que el semiólogo y, además, novelista italiano de éxito, tras situarse, él mismo y, por extensión, todo lector,*

Es innecesario decir que Eco no se halla orientado históricamente. Utiliza, sí, ejemplos históricos escogidos con todo cuidado. Pertenecen en su mayoría a autores franceses e italianos de los siglos XIX y XX, así como al mundo anglosajón de hoy. Como es casi la regla con todos los teóricos actuales, la literatura en lengua española no cuenta virtualmente para ellos. Dado el alto buque de la contribución de España a la modernidad literaria (novela, teatro, ensayo), no será preciso encarecer el riesgo y márgenes de error que ello trae consigo. La única excepción es en este libro un Borges bien leído.

Un hispanista está ya acostumbrado y, como siempre, las presentes páginas podrían ser copiosamente argüidas, desde muchos ángulos, en relación con nuestras Letras. Una cosa es no seguir un método histórico, pero muy otra es no dar entrada a hechos de primera magnitud para iluminar o poner a prueba la validez del razonamiento que se trae entre manos. Eco ha decidido prescindir de Cervantes a la hora de hablar de la novela. Se menciona una sola vez a don Quijote (página 127), de paso y en hilera con Gargantúa, Madame Bovary, Long John Silver, Lord Jim y Popeye. ¿Cómo afectaría a los planteamientos de este libro la otra y cuidadísima «neblina» epistemológica del *Quijote*? No deja de causar perplejidad el ver manejarse a Umberto Eco con toda inocencia en su descubrimiento de tantas cuestiones de largo reconocimiento y ampliamente ventiladas por nuestra bibliografía cervantina. Como si, por ejemplo, el tema de la capacidad de la ficción para incidir en la conducta humana no fuera ya objeto de un tratamiento paradigmático en el *Quijote*. Como si todos los maestros de la novela del XIX no se hubieran proclamado con orgullo sus discípulos y no aspiraran a reescribirlo como el más supremo logro a su alcance. Frente a todo ello, don Quijote y Sancho no hallaron hospitalidad en la floresta semiótica de Umberto Eco. □

### Umberto Eco

#### *Six Walks in the Fictional Woods*

Harvard University Press, Cambridge (Estados Unidos), 1994. 153 páginas. 18,95 dólares.

# Un espejo de naturaleza moral

Por José-Carlos Mainer

**José-Carlos Mainer** (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *Historia, literatura, sociedad y De Postguerra*.

Dice la simbología que el espejo representa por igual el conocimiento, la vanidad humana y la verdad. Cualquier aficionado a la iconografía lo comprobará al ver un espejo entre los atributos pintados en un retrato barroco, al advertirlo al lado de una espléndida Venus desnuda o al observarlo sostenido por los ángeles al pie de la Virgen, donde Dios se reflejó para verse sin mengua de grandeza. Pero los espejos encierran también peligros: al mirarse en ellos halla la muerte el legendario basilisco y al verse copiado en la límpida y espejeante superficie del agua se ahogó Narciso. Los espejos surrealistas que pintó René Magritte habitan en los límites de la catóptrica (o ciencia de la imagen refleja): en *Le faux miroir*, cuadro de 1928, se representa un ojo gigantesco cuyo iris se ha transformado en el cielo donde flota, enigmática y negra, la pupila; en *Le miroir magique* (1929), el espejo de mano ofrece al espectador no la imagen, sino el nombre de lo reflejado, las letras que componen la frase «le corps humain»; en *La reproduction interdite* (1937), un hombre de espaldas se mira en un espejo que le devuelve de nuevo la imagen de su dorso. El espejo del que habla Josep Fontana —catedrático de la Universidad Pompeu Fabra, heredero de Jaume Vicens Vives y, como él, maestro de historiadores— en este espléndido libro es también de naturaleza moral y de índole caprichosa: es un instrumento epistemológico que tiene algún parecido con el que usaba la madrastra de Cenicienta, porque tiende a ofrecernos la imagen de nuestro antagonista y a descubrir la falacia de nuestro disfraz. En vez de reflejar lo que nos afanamos por ser, nos enfrenta a aquello de lo que queremos huir.

## Los equivocados espejos de Europa

Esta es, según Josep Fontana, la historia de Europa: la invención de una diferencia y el establecimiento de una frontera. Apéndice natural de Asia, quiso dejar de serlo y los griegos dieron en llamar «bárbaros» a los pueblos próximos. Pero no lo eran, ni su vida política era más despótica que la muy discutible «democracia» helena. Tampoco los nuevos «bárbaros» —las gentes germánicas con los que peleó el imperio romano desde su inicio— eran pueblos invasores. El final de Roma fue una lentísima agonía en la que se produjo un intenso proceso de «privatización» de la vida pública del Estado y un fecundo mestizaje de pueblos. Y la presunta catástrofe del 476 o la derrota de Atila en los Campos Cataláunicos fueron mitificaciones interesadas que nos impiden ver la realidad de un proceso de adaptación y reconocer en los hunos a un pueblo cristianizado y hambriento de tierras.

Tampoco existe para Fontana la «Europa cristiana», ni siquiera enunciarnos algo unívoco al hablar de cristianismo como espejo reconstructor de Europa: ¿hablamos de un movimiento político-religioso en la permanente crisis de la Palestina del siglo I de antes de nuestra era?, ¿hablamos del sincretismo helénico-judaico que encarnó la figura de Pa-



ARTURO REQUEJO

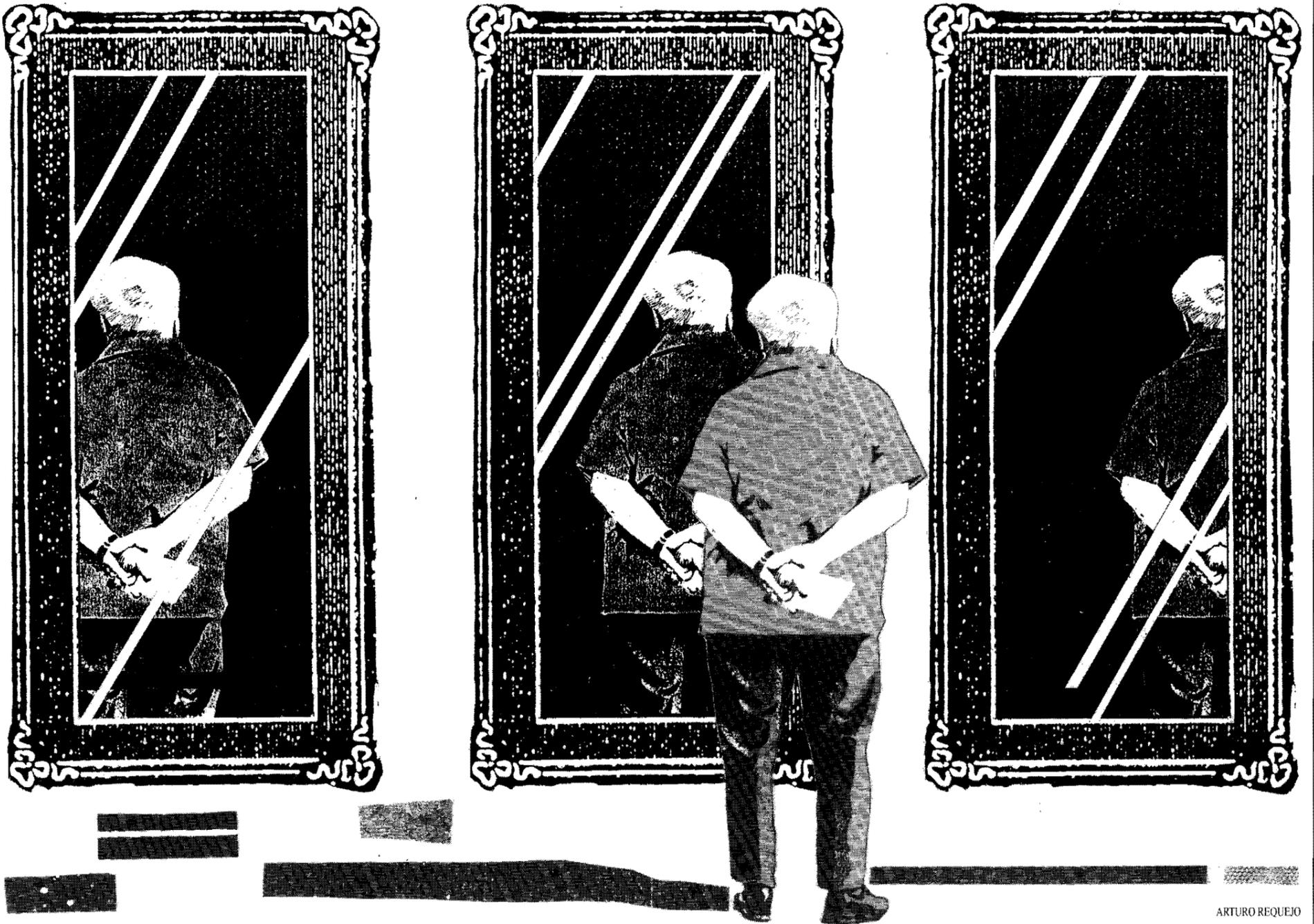
blo de Tarso en Asia Menor?, ¿o nos referimos a la religión de Estado que impuso Constantino, mucho menos benévola y humana que el paganismo tardío? Entender la constitución de la Europa cristiana de la Edad Media, advierte Josep Fontana, «con el manejo de unos conceptos demasiado generales, como son los de cristianismo, paganismo, herejía, significa adoptar el lenguaje empobrecido y equívoco de los repesores que velaban por la pureza de la fe».

No hay, en rigor, Edad Media, concepto que —como es sabido— fraguaron los humanistas del XVI que se vieron separados de su referente clásico por un oscuro hondón, una «aetas» intermedia, a la que juzgaron una penitencia de la historia. Pero ni hubo una clara conciencia de la transición de Roma a lo medieval, ni las invasiones nórdicas del siglo X fueron otra cosa que comercio y algo de inevitable rapiña, ni se hundió la economía en un tiempo en que la práctica mercantil, la tecnología agraria y la aritmética conocieron singular progreso. No fue la Edad Media «una época oscura de inmovilismo» y en ella «hay más adaptación que ruptura», por más que los espejismos —otros falsos espejos— de los historiadores se empeñen en hablar de terrores del año mil y de «renacimientos» —carolingio, del siglo XII, etc.— donde hay continuidad. Nuevos espejos falsos han desnaturalizado nuestro cabal conocimiento de la realidad: el «espejo feudal» ha mostrado un orden de dominación, favorecido por cierta literatura romántica, que camufla «el protagonismo de las masas, de los hombres y de las mujeres de a pie»; el «espejo del diablo» ha convertido al islamismo en algo ajeno a la sustancia de Europa, al Imperio Romano, preservado en Bizancio, en una anomalía anacrónica y a los movimientos heréticos en confusas mescolanzas de maniqueísmo y libertinaje sexual (las dos imputaciones predilectas de la ortodoxia); el «espejo rústico» ha condenado —desde el castillo de los señores y la catedral de los obispos— a toda la vigorosa civilización rural que en el siglo XIV parecía articularse como «un proyecto coherente para fundamentar una sociedad más justa e igualitaria», donde se mezclaban en atractivo engarce las herejías «sociales» (bogomilos, cátaros, husitas), la cultura popular satírica, la incredulidad y el sentido común del labriego y del ciudadano, «que viven en una relación mucho más estrecha de lo que se quiere suponer».

Es sabido que el sueño humanista no alcanzó a ocultar una época de represión y de crisis que vio el afianzamiento de las monarquías absolutas. El llamado «espejo cortes» (que Fontana debió llamar «cortesano» para evitar el equívoco con lo cortés-«courtois» medieval) enmascaró con su soberbia erudita una Europa posible donde hubieran sobrevivido las lenguas populares, las inocentes brujas y los laboriosos moriscos, los heterodoxos imaginativos y los iluminados alquimistas que enlazaban con la ciencia moderna con mucha más seguridad que las academias oficiales. De un modo parecido, el «espejo del salvaje», al afirmar la imagen del «cristiano», legitimó la conquista de América so capa de la cristianización y, algún tiempo después, el «espejo del progreso» convirtió al salvaje en «primitivo» para hacerlo ahora víctima de una evangelización secularizada: su conversión en «hombre civilizado» por la expeditiva vía de la explotación colonial. La Europa del XVIII y del XIX se instituyó en paradigma del mundo y situó a los demás pueblos al margen de su camino único, haciendo de Oriente una gradación de extrañamientos sutilmente descalificatoria: creó un Próximo Oriente con pueblos tradicionalmente europeos, confinó en un Oriente Medio a pueblos



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

vinculados a su historia y expulsó al Extremo Oriente a pueblos rivales que nunca quiso ni supo entender. Pero tampoco fue más benigna con sus propios hijos... El «espejo del vulgo» le mostró la fiera que encerraban sus entrañas y a la que quiso domesticar inventando la escuela, el cuartel y la cárcel que «nacionalizaron» al ciudadano del siglo XIX. Y cuando ni siquiera esos elementos de represión institucional garantizaron la seguridad, sus filósofos —Nietzsche, Ortega, Heidegger, Jünger...— crearon el mito de las «masas»: el «salvaje interior» de una sociedad que se definía a través del refinamiento y de la cultura. Aunque esta cultura —que ahora se pretende preservar del emigrante africano o sudamericano— se reduzca a la fecha a una gigantesca crisis de legitimidades políticas, a la destrucción de los restos del «Estado de bienestar» y al consumo de diversiones avulgaradas.

### Los otros caminos de la encrucijada

En el fondo de este libro, escrito con la pasión radical de un Jules Michelet de nuestro tiempo, hay un apasionado homenaje a la razón como forma de universalidad que nos recuerda los momentos más lúcidos del pensamiento de la Ilustración. Pero lo cierto es que, al exorcizar y expulsar al fantasma de la autocomplacencia y del miedo a «lo otro», se arrojan por la borda algunas cosas que también honran el destino colectivo de este rabo de Asia: algunos convecinos de los orgullosos y miopes «europeos» hallaron los antidotos de su soberbia. Seguramente la citada invención de la Edad Media es cosa interesante, pero ello no empece que todavía nos estremezca la conciencia de orfandad

cultural que respiran los textos de Agustín, de Boecio o de Jerónimo, los que Rand llamó «fundadores de la Edad Media». No todo en ese tiempo fue oposición de la cultura clerical y la cultura popular: la literatura románica —desde la poesía narrativa hasta el *Libro de Buen Amor* y la *Celestina*— es signo del fecundo mestizaje de la pedertería y lo plebeyo. Petrarca no es la antítesis de Boccaccio, ni el latín la negación de la lengua vulgar, ni la norma erudita es la destrucción de lo autóctono. Habla Fontana con admiración de Brueghel el Viejo y de Rabelais y del Macchiavello que escribe *La mandrágora* y los comentarios a Tito Livio, pero no debiera negar la misma condición armoniosamente bifronte a Cervantes (que solamente sale para zaherir su actitud ante los moriscos... ¡el inventor de la figura de Pedro Ricote y el sutil urdidor de la escena de la libertad de los galeotes y de *El retablo de las maravillas!*), cuando el ataque hubiera convenido a Quevedo, mucho más falsamente popular. No todo lo académico es perverso. La «defensa e ilustración» de los «vulgares ilustres» en el siglo XVI fue algo positivo y admirable. Y, por supuesto, como demostró Eugenio Asensio hace veinte años, la frase de Nebrija sobre la unión de la lengua y el Imperio no tiene que ver con el imperialismo, sino con la configuración de un estado unitario que interesaba, por cierto, a mercaderes y propietarios, a curiales y profesionales (ya en tiempos de Alfonso X la decisión «castellanista» de la curia real pudo ser un interés de escribanos judíos y no precisamente de señores de horca y cuchillo). El *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés —tan hondamente humanista, tan atrevidamente partidario de la libertad lingüística— no fue prohibido por dos siglos: lo editó, por cierto, un cultísimo *novator*, Gregorio Mayáns, en

época de academias. Que no lo hicieron tan mal: la Española de la Lengua siguió llamando «castellano» al español y no «fossilizó» el habla según los modelos de los siglos XVI y XVII. El *Diccionario de Autoridades* no tuvo un sentido normativo, sino histórico. Y las reglas académicas y el propio *Diccionario de la lengua* fueron raramente pragmáticos y abiertos: a las primeras debemos la ortografía fonética menos pedante (sin grupos «th» y «ph», como en el francés actual); al segundo, la cuantiosa presencia de dialectalismos —con señalamiento de origen— en el corpus léxico oficial. Si hubo europeos que inventaron al «salvaje», también fue europeo Las Casas. Y si Europa se defendió de sus propios proletarios, también fueron parte de Europa Dickens, Tolstoi y Galdós.

Pero no se entiendan estas apostillas como reparos a *Europa ante el espejo*. En su excelente libro *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (1982), Fontana escribió que toda historia es una genealogía del presente, una «economía política» (en el sentido marxiano de justificación —o impugnación— de un orden organizativo) y un proyecto social que se expresa como propuesta política. Todas estas tres cosas viene a ser este libro

apretado y sugestivo, maduro de reflexión y de saberes y a la vez espontáneo e incitante, que ha refugiado sus muchos referentes bibliográficos en unas certeras páginas finales como hizo Vicens Vives a la hora de escribir su inolvidable *Aproximación a la historia de España*. El espejo del autor muestra al fondo una Europa ¿ya imposible? que debió ser irremediablemente mestiza, racionalista sin soberbia, permeable y pluricultural, industrial sin concentraciones urbanas, mercantil pero no capitalista, urbanizada pero no estatalista, secularizada y, por ende, nunca nacionalista ni religiosa. En su penúltimo libro (*La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, 1992), Fontana ha defendido la sugestiva idea —tomada de Walter Benjamin— de «un materialismo histórico liberado de la noción de progreso que tuvo una función crítica en el siglo XVIII, pero la perdió en el XIX». Este libro sobre Europa es el mejor ejemplo de que «hemos de aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran posibles diversas opciones, evitando admitir sin discusión que la fórmula que se impuso fuera la única posible (o la mejor)». □

### RESUMEN

José-Carlos Mainer nos recuerda la simbología del espejo, que representa por igual el conocimiento, la vanidad humana y la verdad, al comentar el libro del historiador Josep Fontana, quien pone a Europa ante su espejo, un

espejo de naturaleza moral y de índole caprichosa, en donde se refleja no lo que los europeos nos afanamos por ser, sino que nos enfrenta —como en el espejo de la madrastra de la Cenicienta— a aquello de lo que queremos huir.

Josep Fontana

*Europa ante el espejo*

Crítica, Barcelona, 1994. 195 páginas. 1.950 pesetas.

# La realidad de la autobiografía

Por Darío Villanueva

**Darío Villanueva** (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y rector de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre sus últimos libros se encuentran *El polen de ideas* (Teoría, Crítica, Historia y Literatura comparada), *Teorías del realismo literario, obra finalista del Premio Nacional de Ensayo*, y dos volúmenes colectivos por él compilados: *Avances en Teoría de la Literatura y Curso de Teoría de la Literatura*.

No es habitual encontrarse, sobre todo en un momento de crisis, con una nueva colección de ensayos consagrada a un tema monográfico, y que ponga, además, en circulación media docena de títulos fundamentales en el período de un año. Semejante proeza se ha producido, sin embargo, en torno a la autobiografía por iniciativa de una editora madrileña que ha depositado en sabias manos la responsabilidad de conducir a buen puerto la nueva colección. Se trata del profesor de la Universidad de Massachusetts Angel G. Loureiro, que ya había dedicado a la autobiografía sendos números de la revista *Anthropos*, donde se marcaba un completo estado de la cuestión en 1991. En este nuevo empeño, Loureiro no sólo es el responsable de la selección de los textos, sino también de varias de sus traducciones, amén de compilar un extenso volumen titulado *El gran desafío: Feminismos, autobiografía y postmodernidad*, que, en cuanto a su planteamiento, se ve prolongado por otro libro de la colección: *Escribir la vida de una mujer*, de Carolyn G. Heilbrun. El creciente interés que el mundo académico de los Estados Unidos muestra por la problemática de las minorías encuentra su eco en otra de las interesantes aportaciones de esta serie: la autobiografía del chicano Richard Rodríguez titulada *Hambre de memoria*.

Otros volúmenes seleccionados por Loureiro corresponden a lo que bien podríamos calificar como obras clásicas en el repertorio de las investigaciones recientes sobre la autobiografía. Así, por ejemplo, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, de Philippe Lejeune. Otro tanto sucede con el estudio histórico de Karl Joachim Weintraub *La formación de la individualidad*, comple-

mentable con el panorama de la autobiografía desde el romanticismo a la posmodernidad que Paul Jay tituló en 1984 *Being in the Text*, aquí traducido como *El ser y el texto*. Y, hasta el momento, se cierra este benemérito catálogo con el último libro del norteamericano más entregado al análisis de la literatura autobiográfica: Paul John Eakin, editor en inglés de Philippe Lejeune y autor en 1985 de una destacada contribución: *Fictions in Autobiography*. La obra suya que ahora traduce Loureiro data de 1992 e incide sobre el mismo tema de la anterior, es decir, el valor referencial de la autobiografía. Su título original fue *Touching the World*, que ha dado en nuestra lengua este otro que no lo traiciona: *En contacto con el mundo*.

## Cultura de la autobiografía

Ante una singularidad editorial como la que nos ocupa, signo de un creciente interés por el tema del que, entre los numerosos testimonios que podríamos aducir, yo destacaría el volumen de actas compilado por José Romera Castillo bajo el título *Escritura autobiográfica* (Visor, Madrid, 1993) o el «assaig sobre les formes literàries autobiogràfiques» de Enric Bou, *Papers privats* (Edicions 62, Barcelona, 1993), cumple que nos preguntemos si la cosmovisión de nuestra época permite explicar ese renacimiento que la autobiografía y su estudio han cobrado, no sólo en nuestro entorno; si vivimos ciertamente en una verdadera «cultura de la autobiografía», como proclama un volumen compilado por Robert Folkenflik (Stanford University Press, 1993).

Reparemos, por ejemplo, en cuán bien se compadece la esencia de la autobiografía con el eje vertebrador de la llamada posmodernidad, si admitimos como tal, con Lyotard, el rechazo de la racionalidad totalizante, el descrédito de los grandes relatos legitimadores, la acepción despreocupada de la pluralidad. ¿Cómo explicar, si no, el éxito obtenido por la archiconocida *Historia de la vida privada*, cuyos cinco volúmenes fueron coordinados por Philippe Ariès y Georges Duby! Pero no caigamos en el error pueril de descubrir mediterráneos: estos lodos vienen de polvaredas antiguas levantadas por un Freud, un Bergson o un Einstein.

Nuestro José Ortega y Gasset, en varios ensayos de *El Espectador*, no cesa de proclamar que «la perspectiva es uno de los componentes de la realidad», pues cada ser humano «tiene una misión de verdad». De ser así, ¿cómo no autobiografiarnos?

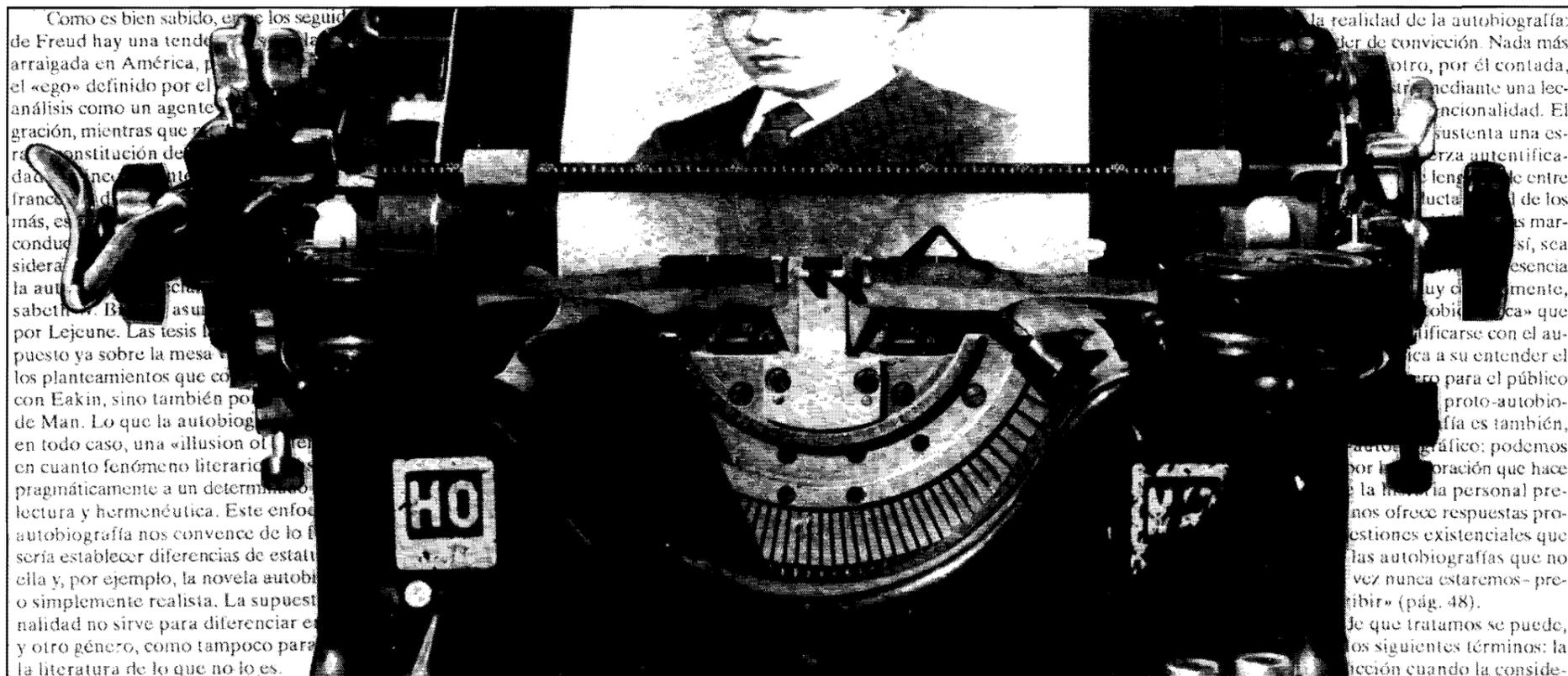
Sin duda debe ser tenido en cuenta, también, el valor «palimpsestuoso» de la autobiografía, el papel fuertemente moralizador que el género ejerce sobre los autobiografistas posmodernos. No cabe ya la ingenuidad de Rousseau, ni de Montaigne, por no hablar de Agustín de Hipona. Hacer hoy autobiografía implica un cierto deje irónico, del que el lector, por su parte, no dejará de participar. Y, finalmente, otra nueva razón muy próxima a mis trabajos y al propio enfoque de Eakin: el debate entre realidad y ficción en el seno institucional de la literatura. En efecto, uno de los criterios más asentados para una definición teórica de concepto tan inasible como el de la llamada «literariedad» es el de la «ficción». Y, sin embargo, tanto la definición de la autobiografía formulada por Lejeune como la práctica del género por parte de numerosos autores parecen asumir el principio de la sinceridad del que enuncia, y reconocer el derecho a la verificación para sus destinatarios. Ramón Gómez de la Serna promete en el prólogo de su *Automoribundia* una «verídica autobiografía» en la que intentará «probar que he vivido y cómo he vivido», y no se olvida de reiterar tal propósito seiscientos páginas más adelante. Surge la interrogante, pues, de si *Automoribundia* pertenece o no a la literatura o, más radicalmente, si la autobiografía como género tiene acogida en ella. De convencernos de que es así, sería en todo caso literatura realista, quizás la más realista de todas las literaturas. Pero en nuestro posmoderno umbral de un nuevo siglo, el realismo y sus teorías vuelven a estar en la mesa de disección o en el espejo del microscopio, como he intentado desarrollar en mi libro *Teorías del realismo literario* (1992). Confieso que mi interés por lo autobiográfico nace de esa otra preocupación anterior: a él llegué en pos de un territorio límite entre la realidad y la ficción. Pero ése es, asimismo, el eje vertebrador de *En contacto con el mundo*. Partiendo de las teorías de Philippe Lejeune y de Roland Barthes —autor de una provocadora autobiografía en ter-

cera persona, como índice de la desconfianza del propio autor hacia la veracidad de su discurso—, Eakin se vuelve a plantear «el tema de la referencia en la autobiografía» (pág. 11), para lo que en sucesivos capítulos explora algunos de los contextos referenciales más pertinentes al caso, como son el biográfico (capítulo 2), el social y cultural (capítulo 3) y el histórico (capítulo 4), reservando el último de ellos a las «dimensiones somáticas y temporales de la experiencia vivida de la identidad» (pág. 38). No obstante, el autor está convencido desde un principio de que la autobiografía «es básicamente una ficción creada por la teorización genérica» (pág. 35).

## Predominio de la prosopopeya

Remedando aquel rasgo de ingenio y finura intelectual que permitiera a Roman Jakobson erigir ambiciosas construcciones teóricas a partir de una simple oposición entre tropos, Paul de Man, que se inspiró para ello en los *Essays upon Epitaphs* de Wordsworth, consagró la prosopopeya como la figura dominante tanto en el discurso epítáfico como en el de la autobiografía. Prosopopeya entendida no como la atribución de cualidades humanas a seres inanimados, por supuesto, sino como la figura consistente en hacer hablar a personas muertas o ausentes. Como dice el autor de *Blindness and Insight*, «la ficción de la-voz-más-allá-de-la-tumba».

Entre nosotros, las ideas del deconstructivista norteamericano han encontrado muy inteligente respuesta en Nora Catelli, cuyo libro de 1991 *El espacio autobiográfico* hace una sutil paráfrasis de su «autobiografía como desfiguración». Con anterioridad, por el contrario, James Olney estimaba en 1972 que la metáfora había sido el tropo dominante en la autobiografía (y Paul de Man se hará eco de su tesis sin citarlo). Metáfora del yo, claro está, pues el yo se expresa a sí mismo mediante las metáforas que crea y proyecta. Más todavía: el yo no existió nunca tal y como pasa a ser luego de haber creado sus metáforas, de modo que se puede afirmar que nosotros conocemos el yo a través del tropo resultante de un proceso de metafóricación. Tampoco son ajenas estas dis-



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



quisiciones a Eakin, quien, muy influido por una obra sumamente interesante de Lakoff y Johnson, *Metaphors We Live By*, concluye que la autobiografía «es una metáfora textual para lo que (el yo) ya es en sí una metáfora de la realidad subjetiva de la conciencia» (pág. 129).

Yo mismo, en este juego de retórica autobiográfica, eché mi cuarto a espadas propugnando que la clave de la autobiografía no estaba ni en prosopopeyas ni en metáforas. La encuentro en la paradoja, en la figura lógica consistente en la unión de dos nociones aparentemente irreconciliables de las que surge, no obstante, un significado nuevo y profundo. Son aquéllas, en mi propuesta, las dos que igualmente preocupan a Eakin: realidad y ficción. Pues, sin desautorizar la fértil teoría de Lejeune, mejor que del «pacto autobiográfico» me parece preferible, en ese mismo registro pragmático, tratar de la «estructura paradójica» de la autobiografía, como también lo hace Eakin en su libro.

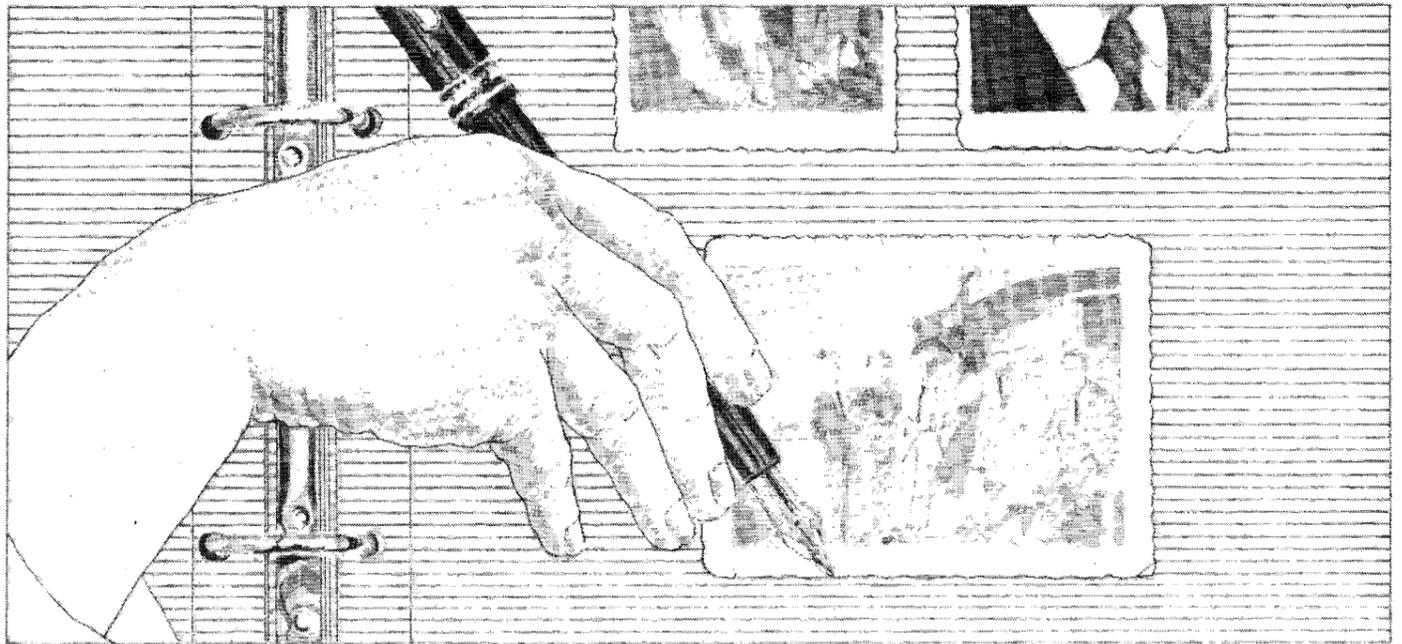
Efectivamente, entre las manifestaciones literarias del acto de contar hay un cierto número de ellas que coinciden en su objeto: narrar la propia vida del sujeto de la enunciación que lo es también del enunciado. Pero desde tal coincidencia los medios y modos divergentes que el escritor emplee en la empresa dan lugar también a modalidades tan diferenciadas entre sí como lo puedan ser la autobiografía propiamente dicha, las memorias, los diarios, los autorretratos, los epistolarios y los poemas y novelas autobiográficos. Frente a todos estos géneros del «yo», la autobiografía ofrece unos perfiles nítidos y precisos. Así, la propuesta de Lejeune se concreta en la conocida definición de la «autobiografía» como «Récit rétrospectif en prose qu'une personne réelle fait de sa propre existence, lorsqu'elle met l'accent sur sa vie individuelle, en particulier sur l'histoire de sa personnalité».

### El pacto autobiográfico

Mas no se agota en lo dicho la aportación de Lejeune, que pretende definir el género no tanto por los elementos formales en él concurrentes como por el contrato de lectura que implica. El «pacto autobiográfico» es una manifestación particular del pacto «referencial», propio de los discursos científicos, históricos, tecnológicos o jurídicos, porque impone la confirmación en y por el texto de la identidad real del autor que es a la vez narrador y protagonista.

Ha sido ya convenientemente puesto de relieve por Gusdorf, May y Mijail Bajtín, entre otros, el doble enraizamiento de la tradición autobiográfica occidental en los progresos del individualismo y en ciertas formas de su desarrollo en el marco de la antropología cristiana, pues la autobiografía descansa, como algunos otros géneros cercanos a ella, en la creencia en el individuo. Esa es la primordial fuerza ilocutiva de su mensaje, el núcleo semántico de su configuración genérica; pero pese a la rotundidad de este aserto, el asunto resulta mucho más complejo de lo que podría parecer a simple vista y explica en gran parte la paradoja autobiográfica. Difícilmente puede satisfacerse hoy, a este respecto, un concepto esencialista de la personalidad y del yo, que los admitiese sin más como entidades nítidas, compactas y no problemáticas, como referentes precisos e inconfundibles de cualquier discurso autobiográfico.

Ya en 1948, Georges Gusdorf había apuntado que en este terreno se debía abandonar el prejuicio del objetivismo propio de la historia y de la actividad científica en general, pues la autobiografía, como segunda



ANTONIO LANCHO

lectura de la experiencia que es, tiene como programa reconstituir la unidad de una vida a lo largo del tiempo, y peca por ello de excesiva coherencia lógica y racionalización. La narración autobiográfica le da un «sentido» al acontecimiento vivido, que al acontecer pudo tener otros, o ninguno. Mas su posición, muy valiosa en su momento, nos parece hoy por hoy un tanto conservadora. Allí donde él identifica como privilegio de este género el esfuerzo de un creador para dotar de sentido a su propia leyenda, yo hablaría sin ambages de verdadera «construcción», como lo hace José María Marco en el propio título de su libro sobre la literatura autobiográfica de Manuel Azaña, publicado en 1991: *La creación de sí mismo*.

En la misma línea, Eakin radicalizaba en 1985 la opinión ya mencionada de Gusdorf: el yo que el autor plasma en su autobiografía no es un reflejo de algo preexistente, sino una pura creación por y para el texto. Es la autobiografía como autoinvención. La sombra de Lacan planea, sin duda alguna, sobre semejantes radicalismos. Pero basta con leer atentamente las *Memorias* de Casanova para encontrar sobrados argumentos a este respecto. Casanova no dudó en inventarse un nombre social, el de Caballero de Seingalt, en virtud de un anagrama cabalístico que utilizará hasta su muerte, pero incluso justifica lo jactancioso y poco fidedigno de su autobiografía por mor del propio sino que su nombre de pila le marca, pues cuando todavía niño confesó a un jesuita que había mentado para que se culpara a su hermano de un pequeño hurto que le era imputable a él mismo, el sacerdote le aseguró que «había verificado, con esta acción, el significado de mi nombre; porque en lengua hebrea, según dijo, Santiago o Jacobo quiere decir impostor».

Como es bien sabido, entre los seguidores de Freud hay una tendencia, singularmente arraigada en América, proclive a considerar el «ego» definido por el fundador del psicoanálisis como un agente de síntesis, de integración, mientras que para Lacan la clave para la constitución del mismo está en la otredad. El inconsciente es, para el discípulo francés, el discurso del otro, y está, por lo demás, estructurado como un lenguaje. Ello nos conduce sin solución de continuidad a la consideración fundamentalmente pragmática de la autobiografía reclamada en 1974 por Elisabeth W. Bruss y asumida en gran medida por Lejeune. Las tesis lacanianas que hemos puesto ya sobre la mesa vienen a corroborar los planteamientos que compartimos no sólo con Eakin, sino también con el propio Paul

de Man. Lo que la autobiografía aporta es, en todo caso, una «illusion of reference», y en cuanto fenómeno literario está sometida pragmáticamente a un determinado modo de lectura y hermenéutica. Este enfoque de la autobiografía nos convence de lo falaz que sería establecer diferencias de estatuto entre ella y, por ejemplo, la novela autobiográfica o simplemente realista. La supuesta ficcionalidad no sirve para diferenciar entre uno y otro género, como tampoco para separar la literatura de lo que no lo es.

### El texto «fictivo»

No nos faltan en español, y desde la vertiente de la autobiografía, textos inquietantes a este respecto. Pienso, por ejemplo, en la obra ganadora en 1977 del más importante premio de novela concedido en España, titulada precisamente *Autobiografía de Federico Sánchez* (Planeta, Barcelona), escrita por Jorge Semprún. El asunto se complica si se tiene en cuenta que el escritor, durante su etapa de clandestinidad en España, se hacía conocer por el alias de Federico Sánchez, y que su discurso narrativo, definido como «intento de reflexión autobiográfica» (pág. 16) o simplemente «autobiografía» (pág. 271), se niega a sí misma una y otra vez la condición de novela: «Si estuviera escribiendo una novela, en lugar de hacer un relato meramente testimonial, con tan sólo los hechos y los dichos, los pelos y las señales, la cara y la cruz de la verdad escueta, sin duda aprovecharía esta ocasión de lucimiento literario» (pág. 220).

Desde la perspectiva del lector, una autobiografía propiamente dicha y una autobiografía ficticia no constituyen fenómenos literarios diferentes. Ya en 1975, Jürgen Landwerh, al no detectar ninguna propiedad semántica o sintáctica privativa de la ficcionalidad, concluía que se trataba de una categoría que se constituye pragmáticamente. El texto «fictivo» resulta, pues, de modificaciones in-

tencionales efectuadas por los agentes, emisor y receptor, de la acción comunicativa.

Ahí está la realidad de la autobiografía: en su enorme poder de convicción. Nada más creíble que la vida de otro, por él contada, cuando la hacemos nuestra mediante una lectura desde determinada intencionalidad. El yo narrador y protagonista sustenta una estructura de incalculable fuerza autenticadora, avalada por un acto de lenguaje de entre los más comunes de la conducta verbal de los humanos. Y el lector es seducido por las marcas de verismo que el yo-escritor-de-sí, sea sincero o falaz, acredita con su mera presencia textual. Eakin habla así, muy certeramente, de esa tendencia «proto-autobiográfica» que lleva al destinatario a identificarse con el autobiógrafo, en donde radica a su entender el interés mayor de este género para el público en general. Pero «este modo proto-autobiográfico de leer la autobiografía es también, a menudo, cripto-autobiográfico: podemos sentirnos atraídos por la exploración que hace el otro del yo y de la historia personal precisamente porque nos ofrece respuestas provisionales a las cuestiones existenciales que se plantearían en las autobiografías que no estamos —y que tal vez nunca estaremos— preparados para escribir» (pág. 48).

La paradoja de que tratamos se puede, pues, resumir en los siguientes términos: la autobiografía es ficción cuando la consideramos desde una perspectiva genética, pues con ella el autor no pretende reproducir, sino crear su yo; pero la autobiografía es verdad para el lector, que hace de ella, con mayor facilidad que de cualquier otro texto narrativo, una lectura intencionalmente realista. Por ello, y no por otra razón, como concluye Eakin, «el arte de la memoria nos lleva no a la vida que hemos perdido, sino a la vida que todavía tenemos que vivir» (pág. 292). Mi propia visión de esta paradoja se consume en afirmar que lo ficticio y lo autobiográfico son, en consecuencia, una y la misma cosa, «lenguaje» y, por lo tanto, «realidad». □

### RESUMEN

Se pregunta Darío Villanueva, tras dar un rápido repaso a la bibliografía reciente, si es que vivimos una verdadera «cultura de la autobiografía», si nuestra época permite ese impulso que la autobiografía y su estudio han cobrado,

en un momento, quizá (de hacer caso a Lyotard), de rechazo de la racionalidad totalizante, de descrédito de los grandes relatos. Y lo plantea al comentar una obra de Paul John Eakin, el más volcado al análisis de este tipo de literatura.

### Paul John Eakin

#### El contacto con el mundo

Megazul-Endymion, Madrid, 1994. 331 páginas. 2.735 pesetas.

# Sistemas electorales e ingeniería electoral

Por Rafael López Pintor

**Rafael López Pintor** (Fernán-Núñez, Córdoba, 1942) es catedrático y director del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director general del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), entre 1979 y 1983. Es autor, entre otras obras, de *La opinión pública española del franquismo a la democracia*, *Sociología Industrial*, *el capítulo político del V Informe FOESSA (1994)* y *diversos estudios electorales en revistas españolas e internacionales*.

El sistema electoral constituye una de las instituciones fundamentales de la democracia representativa. Regula la forma de participación política por antonomasia, el sufragio popular, y establece mecanismos concretos de traducción de votos en escaños de los parlamentos o en posiciones ejecutivas (la elección de un presidente u otras magistraturas ejecutivas por voto directo). Adicionalmente, las leyes electorales aparecen a veces como uno de los instrumentos más prácticos y útiles en la reforma del sistema político.

Pese al extraordinario avance de los procesos de democratización a lo largo del siglo XX y el desarrollo de la investigación en Ciencias Sociales, hasta época muy reciente era poco lo que se sabía sobre el funcionamiento real de los sistemas electorales. No obstante, nunca dejó de practicarse por parte de los políticos la «ingeniería» sobre las leyes electorales. Por otra parte, y contra lo que pudiera pensarse, no existen dos sistemas electorales idénticos. Pueden tener en común los muros maestros, pero el abanico de variaciones resulta extraordinariamente amplio. Tampoco son demasiado frecuentes las reformas electorales en profundidad, una vez establecido un régimen democrático.

La obra que da pie a este artículo representa el aporte más significativo hasta el día de hoy de la investigación politológica contemporánea para la comprensión del funcionamiento real de los sistemas electorales

y sus efectos sobre el conjunto del sistema político. El libro *Electoral Systems and Party Systems. A Study of Twenty-Seven Democracies, 1945-1990* es el producto final de un ambicioso proyecto de investigación, desarrollado durante más de diez años y en el que participaron especialistas en investigación electoral de 27 países, bajo la dirección del holandés Arend Lijphart, actualmente profesor en la Universidad de California en San Diego. A lo largo de estos años, el proyecto ha generado otras publicaciones, como el volumen *Electoral Laws and their Political Consequences* (Agathon, 1986), y artículos en revistas especializadas. Lo más probable es que una versión española de estos textos tarde en llegar; debiendo lamentar que el libro más importante vertido al castellano en este campo (*Sistemas electorales del mundo*, de Dieter Nohlen, publicado por el Centro de Estudios Constitucionales) se encuentre desde hace tiempo agotado.

## Virtualidades y efectos

Las principales aportaciones del proyecto traslucen de los títulos mismos de los volúmenes antes mencionados. Se trata de una revisión de las hipótesis que más se han barajado hasta ahora sobre el funcionamiento de las leyes electorales, sometiéndolas al exhaustivo análisis empírico de 384 elecciones (350 parlamentarias y 34 al Parlamento Europeo) en 27 democracias desde la segunda Guerra Mundial hasta 1990. En este sentido, el trabajo se puede considerar prácticamente exhaustivo y en cierto modo definitivo en lo que concierne a la experiencia electoral de los sistemas políticos más estables. En poco más de doscientas apretadas páginas, el volumen de 1994 contiene un minucioso y paciente trabajo que ha supuesto el masivo procesamiento y análisis de estadísticas electorales a la luz de la batería de hipótesis que durante décadas han circulado entre investigadores y políticos acerca de las virtualidades y efectos de los distintos sistemas electorales.

Los 27 países incluidos en el proyecto son: Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Japón, India, Israel, Costa Rica y, en Europa, Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Irlanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Malta, Noruega, Portugal, Reino Unido, Suecia y Suiza. Entre estos países se encuentran las 24 democracias más estables del mundo, con una historia electoral ininterrumpida desde 1945 o incluso más temprano. Grecia, España y Portugal fueron incluidas en el proyecto por tratarse de democracias que ya se consideran estables y consolidadas.

En este conjunto de democracias, y durante el período estudiado, han funcionado 70 sistemas electorales distintos, que constituyen la unidad de análisis de la investigación recogida en la obra. Como conjunto de normas que regulan las elecciones, un sistema electoral suele durar y ser aplicable a un buen número de elecciones. Hay países, como Finlandia, donde las 13 elecciones parlamentarias que cubre el proyecto han tenido lugar bajo un mismo sistema electoral. Por el contrario, en Alemania las 11 elecciones al Bundestag contempladas han tenido lugar bajo cuatro sistemas electorales diferentes. Para el caso español, se incluyen las cinco elecciones generales celebradas entre 1977 y 1989 bajo un sistema electoral que ha permanecido inalterado en sus elementos básicos y, además, las europeas de 1987 y 1989.

El núcleo del trabajo consiste en identificar los elementos centrales del sistema electoral, explicar cómo operan en la práctica y mostrar sus efectos sobre tres dimensiones fundamentales del sistema político: el grado de proporcionalidad de los resultados electorales, el número de partidos y la formación de mayorías parlamentarias. Desde el estudio clásico de Douglas Rae en 1967 (en traducción española: *Leyes electorales y sistema de partidos políticos*, CITEP, 1977), las hipótesis básicas sobre el tema no habían sido sometidas a una prueba empírica más comprensiva que la utilizada por el au-

tor norteamericano. La obra de Lijphart pone a revisión toda la investigación anterior en el área, produciendo resultados concluyentes, que permiten colocar cada cosa en el sitio que le corresponde (hipótesis, variables relevantes, consistencia de las pruebas, etc.), al menos dentro del contexto histórico de gobiernos por sufragio universal en competencia multipartidista. La investigación de las Ciencias Sociales no puede aspirar a mucho más en la búsqueda de regularidades dentro de unas determinadas coordenadas históricas.

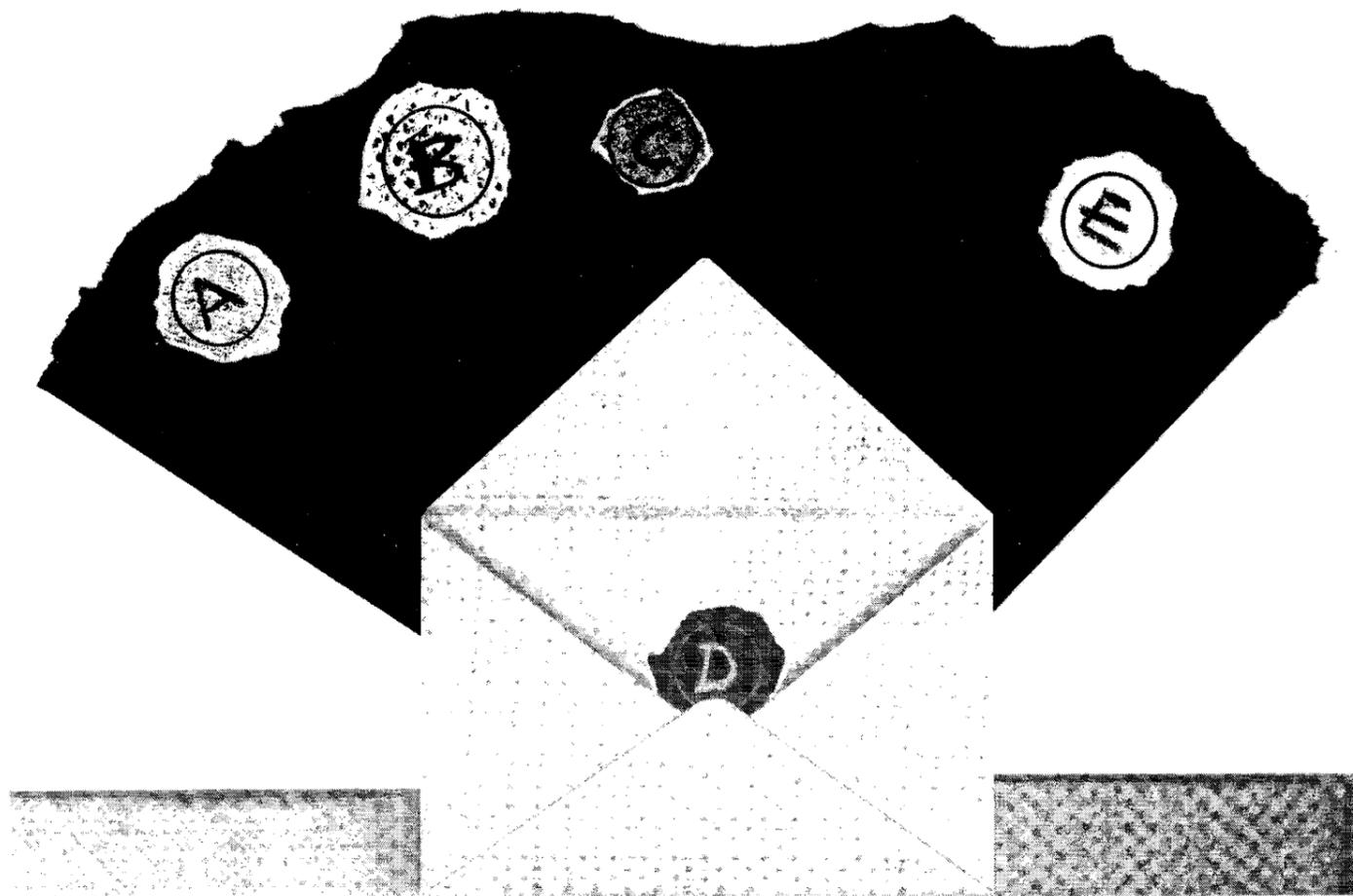
## Elementos estratégicos del sistema electoral

La primera parte del libro está dedicada al análisis pormenorizado de los componentes del sistema electoral; en especial de aquellos que la prueba empírico-histórica va a revelar cruciales en sus consecuencias sobre el grado de desproporcionalidad y el sistema de partidos. Se concluye que las cuatro dimensiones más importantes de un sistema electoral son la «fórmula», el tamaño del «distrito», el «umbral» de representación y el tamaño de la «asamblea». La influencia combinada de estas cuatro variables llega a explicar casi dos tercios de las diferencias existentes entre los distintos sistemas por lo que a desproporcionalidad se refiere. También va a resultar significativa, aunque en menor grado, su influencia sobre el número de partidos. Otros aspectos relevantes, aunque menos significativos del sistema electoral, son el tipo de papeleta de votación, el diseño de los distritos («malapportionment»), la existencia o no de elecciones presidenciales y la posibilidad de combinar listas de candidatos.

La «fórmula» es la clave de definición genérica de un sistema electoral: representación proporcional o representación mayoritaria (en adelante, RP y RM). La fórmula RP es la más común en los sistemas electorales: 52 de los 70 sistemas que incluye la investigación caen inequívocamente dentro de esta categoría y otros seis (de tipo mixto y vigentes en distintos períodos en Japón, Grecia y Francia) están más cerca de la RP que de la RM. La fórmula RP requiere, por definición, de distritos con más de un escaño y, en su variedad más común, establece distritos de un solo nivel (ya sea nacional único o de menor tamaño) y utiliza la regla d'Hondt para la adjudicación de escaños.

La fórmula mayoritaria (RM) se suele aplicar en distritos con un solo diputado y reviste dos variaciones principales: mayoría simple (el que obtiene más votos se lleva el escaño) o mayoría absoluta (si nadie obtiene más de la mitad de los votos válidos, hay que ir a una segunda vuelta). En contra de lo que a veces se cree, la fórmula mayoritaria rige en sólo 12 de los 70 sistemas electorales que han funcionado en las democracias más estables desde 1945. Los países que han utilizado esta fórmula a lo largo de toda su historia electoral son el Reino Unido, los Estados Unidos, Canadá, India, Australia y Nueva Zelanda.

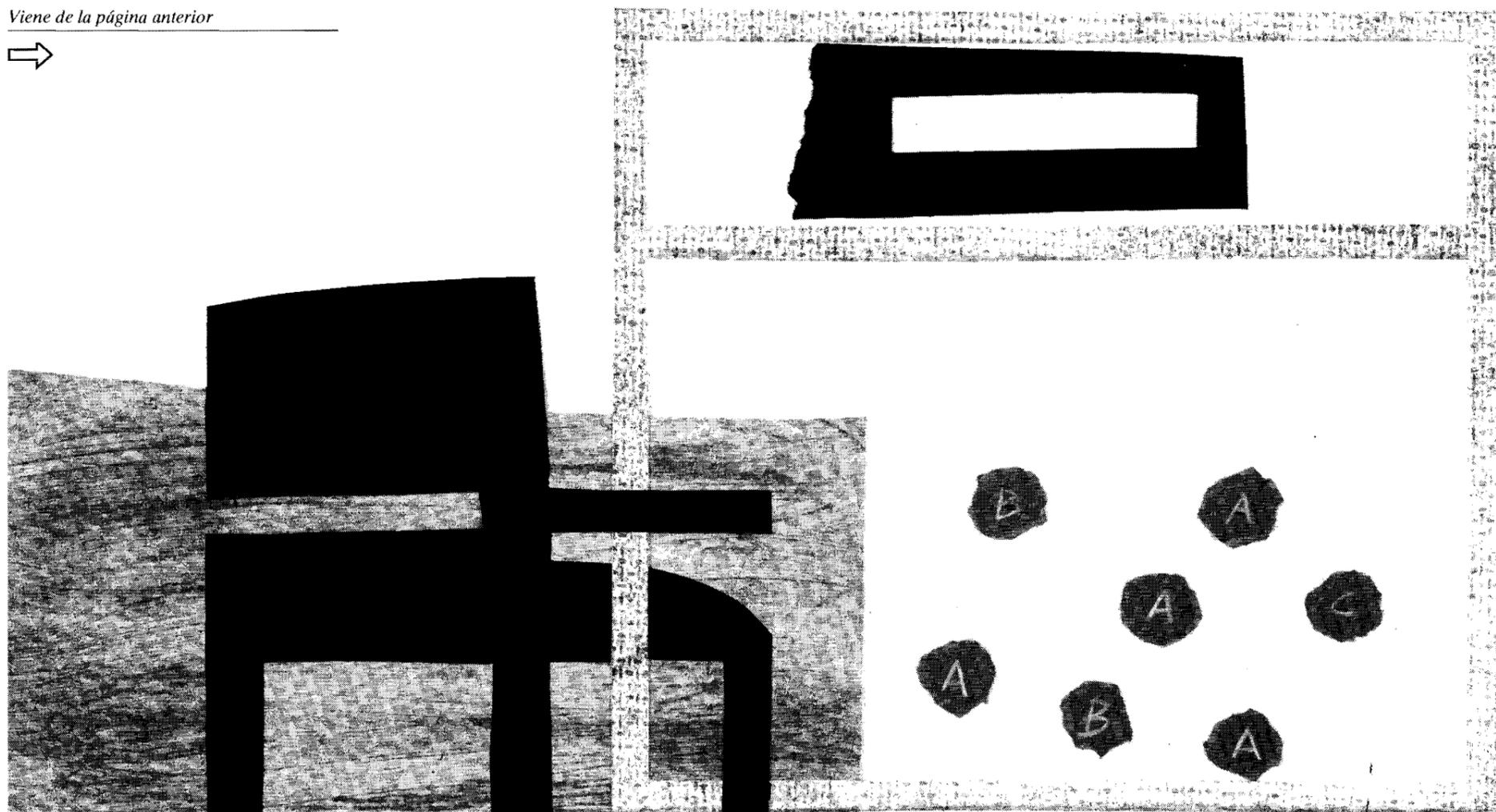
Otro de los cinco elementos esenciales del sistema electoral, sólo reconstruible a partir del estudio empírico de su funcionamiento, es el umbral efectivo de representación. Ha podido estimarse que, en el conjunto de los sistemas mayoritarios, el umbral medio efectivo a superar para conseguir escaños asciende al 35 por 100 del voto válido. Por el contrario, la práctica del conjunto de los sistemas de representación proporcional arroja un umbral efectivo medio para con-



G. MERINO



Viene de la página anterior



G. MERINO

seguir escaños del 6,6 por 100 del voto (que en el caso concreto de España es del 10,2 por 100). Este umbral «efectivo» es un listón de hecho, con independencia y más restrictivo que los límites legales para entrar al reparto de escaños. De hecho, en el caso español, el límite legal del 3 por 100 del voto de la provincia sólo representa una limitación efectiva en los distritos con más de 20 escaños, sólo aplicable a Madrid y Barcelona.

El principal determinante de la barrera efectiva para conseguir escaños resulta ser el tamaño del distrito, una vez dentro de una determinada fórmula electoral, RM o RP. La representación mayoritaria suele basarse en distritos de un escaño y la proporcional requiere cuando menos distritos con dos, aunque para conseguir un mínimo de representatividad se necesitan distritos sustancialmente mayores.

Por lo que respecta al tamaño de la Asamblea legislativa como variable estratégica, es la primera vez que se analiza este factor sistemáticamente, resultando de la mayor importancia para explicar el nivel de proporcionalidad y de multipartidismo.

### Desproporcionalidad del sistema

Sobre la desproporcionalidad de un sistema y los factores que la determinan, hay que decir que todos los sistemas son desproporcionales; el que más, la RM. Dentro de la fórmula RP, la desproporcionalidad está más en función de unos factores que de otros. Primero está el umbral efectivo de representación, condicionado por la fórmula general RM o RP, el tamaño de los distritos y la eventual existencia de barrera legal. El umbral efectivo explica nada menos que el 46 por 100 de las diferencias de nivel de desproporcionalidad. Si se le agrega el efecto de la regla de reparto de escaños (d'Hondt, Hare, etc.), la explicación de las diferencias se sitúa en un 58 por 100. Cuando a estas dos variables se les suma el efecto del tamaño de la Asamblea, se puede llegar estadísticamente a explicar el 65 por 100 de las variaciones en el nivel de desproporcionalidad de los distintos sistemas. Dentro de los sistemas de RP, la desproporcionalidad es menor cuanto mayor es el número de escaños de la Asamblea.

El número de partidos de un sistema se ve afectado, sin duda, por la legislación electoral, pero no en la forma en que generalmente se piensa. Por un lado, el número de

partidos que se presentan a las elecciones depende mínimamente de la fórmula electoral (RM o RP). Por otro, aunque en los sistemas de RM el número de partidos concurrentes suele mantenerse constante en más de dos, sólo dos obtienen una representación significativa (ejemplo más espectacular, el caso de Gran Bretaña).

De la misma manera, en el sistema de RP, las distintas modalidades de este tipo de representación tampoco influyen en el número de partidos que se presentan a las elecciones, pero sí de los que obtienen representación. Como ejemplo en el caso español, cada elección general desde 1977 permite entrar al Congreso de los Diputados a entre 11 y 13 fuerzas políticas, mientras que el número de candidaturas que compiten se acerca siempre al centenar.

De los anteriores resultados se concluye que el sistema electoral tiene mucha más influencia en la determinación del grado de proporcionalidad de la representación política que en el sistema de partidos, tanto el número de los que compiten como en la formación de mayorías; sin que deba olvidarse que dichas relaciones existen y son significativas. De hecho, por otros estudios (Lijphart en *Journal of Democracy*, 2, 1991), sabemos que los sistemas bipartidistas mayoritarios no tienen mejor historial de estabilidad política y de eficacia en la gestión macroeconómica o del orden público que los multipartidistas de representación proporcional. Los gobiernos basados en mayorías por coalición suelen estar más cerca del centro del espectro político que los de simple mayoría y llevar a cabo políticas más equilibradas.

### Consejos de ingeniería electoral

Un mensaje fundamental del estudio que reseñamos es que la vinculación entre la normativa electoral y el sistema de partidos (su número y la formación de mayorías) es más débil que la relación entre la legislación electoral y la proporcionalidad de la representación política. De ahí que este último campo ofrezca mejores oportunidades de ingeniería política que el primero, mucho más dependiente de los antecedentes histórico-políticos del país.

Lijphart hace algunas recomendaciones a los ingenieros que deseen y estén en posición de mejorar la representatividad de un sistema electoral. Primera, la «fabricación»

desde sus raíces de un sistema electoral sólo debe abordarse en el caso de democracias nuevas o procesos de redemocratización en sociedades con escasa experiencia democrática anterior. Merece la pena analizar la experiencia de las democracias más estables. En los demás casos, casi siempre será preferible la reforma parcial a los cambios radicales. La estabilidad de los sistemas electorales no es sólo un resultado de la cultura política de un país, de los intereses partidarios encubiertos y del puro conservadurismo institucional. Hay también barreras morales para el cambio de un sistema. Una sana competitividad política requiere que las reglas de juego básicas, como son las electorales, tengan el fuerte apoyo de la ciudadanía, para lo cual es preciso no cambiarlas con demasiada frecuencia y, mucho menos, por estrechos intereses de partido. En este sentido, los dos países que han hecho más frecuentes y drásticas reformas (Francia y Grecia) no deben tomarse como modelos normativos.

La sugerencia de cambios limitados, siempre en el sentido de reducir la desproporcionalidad, se concreta básicamente en dos elementos del sistema: el tamaño del distrito y la barrera legal de representación. En el caso español pueden hacerse algunas sugerencias de posible reforma para afinar la proporcionalidad de la representación. Dentro del marco de la actual Constitución existen tres mecanismos básicos de probada eficacia para disminuir la desproporcionalidad: aumentar el tamaño del Congreso, reducir el número mínimo de escaños asignados con independencia de la población de la provincia y cambiar la regla d'Hondt de reparto de escaños por otra más proporcional.

Estos mecanismos de reforma no son mutuamente excluyentes y podrían combinarse de distinta forma. En cuanto al número mínimo de escaños independientes de la población de la provincia, la Ley Electoral

establece dos, pero, en principio, un mínimo de uno satisfaría igualmente el mandato constitucional. Sin embargo, el uso de este recurso técnico me parece políticamente desaconsejable. Abriría una brecha conflictiva en la muy sensible cuestión territorial innecesariamente, dado que la proporcionalidad del sistema puede mejorarse con otros dos y más efectivos recursos. Por una parte, el tamaño del Congreso puede constitucionalmente oscilar entre su dimensión actual de 350 y 400 escaños; disponiéndose todavía de 50 escaños para distribuir en función de la población. Por otra, la regla d'Hondt podría cambiarse por otra que utilice series de divisores menos desproporcionales, más concretamente alguna variedad Saint-Lagüe.

Cualquiera que sea el índice de desproporcionalidad aplicado, y se han utilizado cinco, el sistema electoral español figura entre los más desproporcionales dentro del conjunto de los sistemas de RP. Entre nosotros, la proporcionalidad pura se desvirtúa en torno a un 10 por 100 frente al 6 por 100 de Japón, el 4 por 100 de Portugal o Irlanda, el 2 por 100 de Dinamarca o el menos de 1 por 100 de Alemania. La proporcionalidad perfecta no es técnicamente posible ni quizás políticamente deseable. Como correctivo político del resultado del funcionamiento mecánico del sistema electoral español, hay que recordar que este alto índice de desproporcionalidad se produce junto a una altísima fragmentación multipartidista en un sistema político plurirregional y plurilingüístico. No obstante, una cierta mejora de la proporcionalidad parece técnicamente simple, políticamente factible y moralmente deseable. Sin perder de vista que el principal objetivo del sistema electoral no es la proporcionalidad en la representación, menos aún la proporcionalidad exacta, sino permitir la formación de mayorías que hagan gobernable un sistema político. □

### RESUMEN

La obra comentada por López Pintor es el aporte más significativo de la investigación politológica contemporánea para la comprensión del funcionamiento real de los sistemas electorales y sus efectos sobre el conjunto del

sistema político. Fruto de un análisis de 384 elecciones, llevado a cabo en diez años y en el que han participado 27 especialistas, el resultado puede calificarse casi de definitivo de la experiencia electoral de las democracias más estables.

Arend Lijphart y otros

*Electoral Systems and Party Systems. A Study of Twenty-Seven Democracies, 1945-1990*

Oxford University Press, Oxford, 1994. 209 páginas.

# Facetas no matemáticas de Rey Pastor

Por Sixto Ríos

**Sixto Ríos** (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

La publicación reciente por el Gobierno de La Rioja de una colectánea de escritos no matemáticos de su hijo predilecto Julio Rey Pastor nos anima a escribir este artículo para comentar la realización de tan loable iniciativa y a la vez hacer una contribución personal al mejor conocimiento de don Julio, para lo que nos da cierto derecho y facilidad nuestra calidad de discípulo estimado por el maestro Rey Pastor.

Ciertamente, la obra matemática y sus actividades científicas han sido estudiadas más completamente en libros y biografías de Balanzat, Ríos y Santaló, de Ana Millán y sobre todo en la exhaustiva colectánea de Eduardo Ortiz, titulada *Los trabajos de Julio Rey Pastor* (The Humboldt Library, vols. I-XII, Londres, 1988), y la *Selecta*, que contiene una selección de los principales trabajos matemáticos de Rey Pastor (con comentarios de S. Ríos, L. A. Santaló y E. García Camarero y prólogo de A. Martín Municio, publicada por la Real Academia de Ciencias de Madrid, y apadrinada por la Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988).

Dieciocho trabajos recogidos y comentados por Luis Español González no agotan lo escrito por Rey Pastor fuera del ámbito propiamente matemático. Nosotros utilizaremos éstos y otros para hacer algunos comentarios personales que deseamos contribuyan a un mejor conocimiento de aspectos humanos de Rey Pastor: actividades, opiniones, pensamientos...

En su introducción dice Español: «Su perfil humanista se aprecia al verlo caminar por las dos orillas de la cultura, las ciencias y las letras: en la primera fue un especialista, en la segunda, un hombre de cultura general; en una jugó como un mago con los lenguajes formales y simbólicos de los que no quiso abusar, en la otra puso la riqueza y la fuerza expresiva del idioma en una prosa a veces un poco artificial y retórica. Con la historia de la ciencia constituyó el puente que tendió entre ambas orillas, apoyado en la filosofía natural y la epistemología. En cada orilla practicó la divulgación de calidad, frecuentó las páginas culturales de los periódicos bonaerenses y madrileños; fue un orador brillante y atrevido.»

## Historiador de la ciencia

Desde su discurso inaugural en la Universidad de Oviedo en 1913 titulado «Los matemáticos españoles del siglo XVI», Rey Pastor no abandonó nunca su interés por la historia de la ciencia. En su conferencia sobre la cultura matemática española, pronunciada en el Congreso de Valladolid de la Asociación para el Progreso de las Ciencias (1915), terció en las apreciaciones subjetivas de otros autores sobre la ciencia española, con la objetividad científica y el análisis real de las obras. «Nada vamos a demoler -dice-, sólo se trata de valorar, y también valorar es construir. Nos dirigimos a los hombres amantes del progreso y, por tanto, patriotas, pero patriotas con hechos y no con discursos.» Y justifica su interés por la historia, antes de iniciar su ingente obra de instruir sobre lo matemático de la época, con estas palabras: «¿Qué se diría de los herederos de una empresa que no comenzaron haciendo un inventario cuidadoso de bienes,



Caricatura de Rey Pastor aparecida en el Boletín del Centro de Estudiantes de Ingeniería, Buenos Aires, 1924.

como base para el balance completo de la explotación a la que van a consagrar su vida? La valoración de la herencia matemática de los pasados siglos es de todo punto necesaria como base para la construcción ulterior.» Hay que comenzar conociendo los defectos, pues «naturalmente no mejora quien se cree perfecto».

Su interés en situar la matemática dentro del marco de la historia local le llevó a analizar también la evolución de las ciencias afines por sus naturales interrelaciones. En 1933, creó el Grupo Argentino de Historia de la Ciencia, adherido más tarde a la Academia Internacional de Historia de la Ciencia.

Un tema del que Rey se ocupó en varias oportunidades fue *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América*, bajo cuyo título publicó en 1942 (Espasa Calpe Argentina, colección Austral) un libro en el cual resume varios trabajos anteriores, libro excelente por su contenido y elegante prosa, en el que estudia los aspectos científicos del viaje realizado por Cristóbal Colón para el descubrimiento de América, recogiendo datos, observaciones..., que se pueden considerar como interesantes contribuciones a la geografía, náutica, cartografía, física del globo, matemáticas...

Cada vez que interviene en la polémica sobre la leyenda negra o rosada de la conquista, en su aspecto de la mayor o menor contribución de España en la ciencia del Nuevo Mundo, Rey Pastor insiste una y otra vez en la necesidad de razones objetivas. «No es posible -dice- perder la esperanza de que algo se organice al fin para enfocar desde un ángulo de seriedad, precisión y eficacia, sin vano verbalismo ni exhibiciones vistosas, a que somos muy propensos, ese punto negro de nuestra historia, proyectando sobre él la clara luz blanca de la verdad científica, que no es la coloreada verdad partidista y apasionada, de unos ni de otros contendientes.» «Sólo así demostraremos ante el tribunal siempre vigilante de la opinión internacional que fuimos capaces de colaborar eficazmente en la ciencia, aunque no tanto como en otros órdenes de la cultura, y que ahora somos capaces de probarlo.» Proyectos de 1942, que nadie puede discutir, aunque tampoco nadie tuvo el suficiente empuje o la suficiente ayuda para llevarlos a cabo.

En los últimos años de su vida se dedicó a la cartografía, reuniendo muchos datos y publicando varios trabajos, entre ellos *La cartografía mallorquina* (Madrid, 1960), en co-

laboración con Ernesto García Camarero, que comprende un elenco de más de 400 cartas y atlantes aparecidos entre los siglos XIV y XVI, con una descripción detallada de los mismos y datos acerca de los cartógrafos y escuelas de cartógrafos de la época.

En este libro, elogiado al máximo por los especialistas y que, como dice el cartógrafo Guillén, «es piedra angular que hará época entre nuestros estudiosos, y será la obra más consultada y fundamental en cuanto estudio sobre nuestra cartografía medieval surja...», se observan las características de Rey Pastor como historiador, reflejadas en el siguiente párrafo: «Si de todo corazón deseáramos que la solución del problema de la carta náutica hubiera sido debida a Núñez o a Santa Cruz, que, con tenacidad digna del premio, la persiguiera infructuosamente, la justicia obliga a sustituir sus nombres por el de Mercator, que vio donde los demás no vieron. Ver claro donde los demás no vieron se llama genialidad.»

## Conferenciante y ensayista

Vamos a espigar algunas de sus opiniones sobre diversos temas, siempre de actualidad, tal como se encuentran en algunas de sus conferencias y ensayos.

Excelente conocedor del idioma e investigador del sentido profundo de las palabras, sabía usar éstas con precisión y oportunidad, de manera que sus charlas y conferencias eran siempre un deleite para quienes le escuchaban. La mayoría de sus conferencias eran luego publicadas, casi siempre con abundantes complementos en forma de notas. Aunque el hecho de su posterior publicación hace pensar que las tenía escritas de antemano, nunca las leía. Llevaba unas breves notas, a manera de ayuda-memoria, que consultaba para seguir el hilo de la conferencia.

Rey Pastor no fue un especialista; treinta años antes de su muerte se quejaba de que en España había eximios especialistas, pero que, salvo muy singulares excepciones, carecíamos de hombres de cultura general. El fue una de esas singulares excepciones: su cultura matemática fue muy vasta y fue además un gran escritor. Hizo un estudio sobre el álgebra del lenguaje, que fue su discurso de recepción en la Real Academia Española, al que contestó don José María Pemán, que al darle la bienvenida dijo: «El matemático universal, el científico humanista, que hoy viene a sentarse con nosotros, es la viva realización de esta idea

que ya él esbozaba en 1932: el armonioso equilibrio de un especialismo y de una cultura general.»

Rey Pastor, por carácter y por convicción, creía en la unidad de la ciencia. En una de sus conferencias dice: «No hay ciencias, sino una ciencia, como uno es el universo y una es la inteligencia»; en otras establece analogías profundas entre las matemáticas y las ciencias naturales diciendo:

«La inducción como método de adquisición de nuevas verdades matemáticas pone de relieve una analogía mucho mayor de la que a primera vista podría esperarse entre la Matemática y la Ciencia Natural. De hecho, la matemática es la ciencia demostrativa por excelencia y el rigor exige, para incorporar un nuevo teorema a la Matemática, su demostración, a partir de otros resultados verdaderos. Pero esto se refiere a la Matemática ya hecha, a la ciencia ya muerta, tal como yace en los tratados. En cuanto a la Matemática viviente, a la génesis de teoremas y propiedades nuevas, todo investigador sabe cuán poco puede esperarse del puro razonamiento lógico como instrumento básico de nuevos descubrimientos matemáticos. Nuestra intuición nos conduce a conjeturas de nuevos resultados, a esquemas más o menos esfumados de demostraciones, y es después cuando ensayamos el razonamiento deductivo para llegar a demostraciones correctas.»

Era también opuesto a la separación neta entre ciencia pura y ciencia aplicada y, en particular, entre matemática pura y matemática aplicada; estimaba que la separación era una cuestión subjetiva, la teoría matemática de la elasticidad puede ser matemática aplicada para un algebrista o un lógico y es ciencia para un constructor de edificios.

El distinguir entre ciencia útil e inútil es, como se podía esperar, fustigado por Rey Pastor, que muestra en sus conferencias cuántas cosas útiles han surgido de descubrimientos a los que se llegó únicamente por el ansia de conocer la verdad.

Entusiasta defensor de la libertad de creación del científico, dice: «Ciencia y Arte son creaciones espirituales y nada irrita más al creador que las trabas opuestas al vuelo libre de su imaginación, que precisamente se siente atraída por lo prohibido. El creador ama la libertad, porque la necesita; la ama por encima de todos los bienes terrenales. Así se explica que el plantel de investigadores, malamente retribuidos, no se agote, a pesar de los enjundiosos atractivos que llaman al joven neófito hacia ocupaciones más provechosas y prosiga imperturbable por la vía que le trazó su vocación, sordo al canto de las sirenas.»

Para Rey, el choque entre dogma y libertad científica es inevitable y sólo puede limitarse, como él lo preconiza, por la tolerancia. Aunque en privado siempre fue muy reservado sobre sus opiniones religiosas, en alguna conferencia se expresó así:

«No en vano han transcurrido los siglos; y la tolerancia religiosa y política es conquista progresiva, a pesar de la incipiente regresión que nada bueno presagia. La inteligente flexibilidad de todas las iglesias ha suavizado los conflictos entre religión y fe; y solamente en Biología subsiste la trascendencia del preconcepto religioso. Así se explica que grandes investigadores sean fervorosos católicos, protestantes o judíos. La convicción religiosa de casi todos ellos es herencia recibida, fruto de educación, guardada como reliquia familiar por el espíritu conservador de todos los científicos; pero en algunos casos es sólida fe racional, fortalecida por la meditación: Newton, Euler, Pasteur...»

Por pernicioso que la intolerancia religiosa sea para el desarrollo de la ciencia, es mucho más temible, para Rey Pastor, la in-



Viene de la página anterior



$$\int \frac{\text{La curiosidad desinteresada y la renovación. Compañero Pasteur}}{1 - \sin^2 x}$$

Afirmar los biólogos  
Hambre, amor y vocac.  
Llamar al hambre al a.  
Son la voc. Koda.  
sen x

No siempre y he v. Vidas truncadas para siempre. Pero cuando la vocación. Tal el caso de Past.

$$a \sin x + b \cos x$$

Un nuevo Plutarco. Nada +. Quien sigue se huele. Esta ambición que | Z  
ajustador. La fuerza fuerza. Llegar a la cumbre debe estar  
del ej. de ejendo. sostenida por una gran constancia y  
sen<sup>2</sup> x dx. hablarse.

Ilustración a partir de unas anotaciones del propio Rey Pastor.

STELLA WHITENBERG

telectual; él señala cómo la fe ciega en Aristóteles, o en el flogisto, o en otras teorías creadas por eminentes sabios fueron frenos en muchos casos al desarrollo de la ciencia.

También se pronuncia Rey enérgicamente contra la excesiva injerencia del Estado en el desarrollo de la ciencia y en los planes de investigación; dice que estas intervenciones deben respetar «dos condiciones capitales»: no pedir imposibles y conformarse con aquellos resultados que la Ciencia pueda dar en ese momento, como fruto de métodos bien desarrollados. «Por el olvido o la ignorancia de estas dos condiciones, por falta de cultura general, sufrió mortal equivocación el dictador alemán.»

En un estudio de la personalidad del científico considera la inmodestia como una característica esencial e incluso necesaria para el hombre de ciencia («cada sabio ha construido una tabla de valores en cuyo primer lugar figura él y su obra») y aclara que esto de la inmodestia lo trae a colación en un artículo sobre la libertad científica por lo siguiente:

«En vista de la tolerancia con que ha sido escuchada mi insólita afirmación anterior de que la inmodestia es virtud, voy a sostener una última tesis: la más depresiva y funesta coacción interior de que debe liberarse ante todo el investigador es la modestia. Y agregaré todavía una blasfemia: la inmodestia no sólo es virtud, sino que es virtud necesaria y quizá es la única virtud del sabio.»

Rey fundamenta esta afirmación en la imprescindible necesidad para hacer algo en ciencia, de creer que lo que está elaborando es de importancia. Sin esa fe, viene el abatimiento y la renuncia ante las dificultades que nunca faltan. El investigador debe tener «temple de soldado y optimismo de vencedor».

Rey, en uno de los párrafos finales de dicha conferencia, dio esta caracterización del científico:

«La vida del investigador científico es de esclavitud, pero no de sacrificio; porque es una esclavitud voluntaria, alegre y placentera, que no debemos agradecerle. Su renunciamiento a los placeres de la vida, para consagrarse a su gran placer, tiene tanto de místico ascetismo como de refinamiento sibarita. El sabio es feliz mientras investiga, porque le anima la esperanza de conquistar una porción de vida eterna; es feliz en su descubrimiento, porque en él se refleja su alma entera; y condenado por toda su vida, como Narciso, a contemplarse en el espejo de la ciencia, es feliz en su tormento.»

No ha sido posible en estas notas biográficas abarcar otras características personales de don Julio, como son, por ejemplo, su interés por la agricultura y las actividades gerenciales, que se ponen de manifiesto al crear

un verdadero núcleo de población en tierras vírgenes de río Negro, en que logró establecer unas importantes plantaciones de frutales, así como en la forma peculiar de editar sus propios libros.

Mejor que un intento de resumir su polifacética personalidad será que el lector trate de intuirlo a través de algunos recuerdos personales.

**Algunos recuerdos personales**

Mi primer encuentro con don Julio data del otoño de 1931, en que yo estudiaba el tercer curso de la Facultad. Desde que inició sus clases se rodeó de algunos estudiantes, a los que entusiasmó por su constante actividad, sencillez de trato, preocupación por el progreso matemático, equidad y justicia en sus decisiones, comprensión para opiniones opuestas a las suyas, pero crítico duro e implacable de la actitud histriónica y la simulación.

En una ocasión nos propuso a unos cuantos alumnos ordenar la biblioteca de la Real Academia de Ciencias. Aceptamos con entusiasmo, aunque un poco asustados al ver el informe montón en que por diversas causas se encontraban tales libros. Pero don Julio predicaba con el ejemplo: tarde tras tarde se unía a nosotros en esta tarea, en que logró hacer pasar de la indiferencia a la colaboración disciplinada a ordenanzas y bibliotecarios. Pocas semanas después el milagro estaba hecho: contábamos con la mejor biblioteca matemática de revistas que había en Madrid en condiciones de ser utilizada.

Aunque gozaba más con la compañía de sus alumnos que con la de sus colegas, nunca fue Rey Pastor adulator de alumnos, sino crítico severo de sus aspiraciones, a veces superficiales, de reforma. Así, en 1942, con ocasión de festejar los estudiantes de la Facultad de Ciencias de Buenos Aires el 24 Aniversario de la Reforma, les dice con rotunda franqueza: «Fuero universitario, docencia libre, fomento de la investigación, llamamiento de profesores extranjeros. "full time", ciudad universitaria y tantas otras características de las universidades anglosajonas y germánicas, base y esencia de su grandeza, son aspectos varios igualmente esenciales de la universidad medieval, en que se gestó nuestra actual civilización.»

«De todo ello se habla mucho entre nosotros, y algo intentaron realizar los jóvenes idealistas que lucharon por la Reforma, pero los resultados más visibles del ruidoso movimiento fueron éstos: la fiebre electoralista, que absorbió todas las energías por una docena de años, y un cambio de dioses tutelares en el Olimpo de cada facultad; y como símbolo de nuestra organización, dos artilugios

arcaicos, desusados en el resto del mundo: el bolillero y la urna.»

Es cierto que la publicación y el éxito de sus libros le proporcionó justamente el dinero necesario para todos sus viajes a congresos y actividades científicas, pero hay pruebas innumerables de su total falta de apego a las materialidades de la vida.

He aquí cómo contaba su naufragio en el Mar del Norte:

«Dirigiéndome de Buenos Aires a Hamburgo, naufragó el barco en que viajaba, "El Maipú". Toda mi preocupación, en tan críticos momentos, era salvar el manuscrito del libro sobre la cartografía balear. Apretaba el paquete para no perderlo mientras pasaba de la nave que se hundía a la lancha que me llevaría a otro buque. Cuando me ví a salvo respiré tranquilo, pero al abrir el paquete encontré que lo que había salvado no era el manuscrito, sino corbatas.» Su comentario ante tan grave pérdida de más de ocho años de trabajo fue breve: «Lo reconstruiré»; y, en efecto, gracias al tesón y a la memoria de Rey Pastor el manuscrito fue reconstruido en algunos años y constituyó el libro que antes analizamos. Tal obra monumental, que le exigió múltiples viajes para su documentación, que él mismo se costeó, fue donada gratuitamente al Instituto Luis Vives, renunciando a los derechos de autor.

Por este y otros motivos pudo decir a un periodista: «Llevo cincuenta años trabajando, y aparte de la remuneración por la cátedra, he recibido el Premio March de 500.000 pesetas. Es decir, que he ganado unas tres pesetas a la hora durante todo este tiempo. Un fontanero tiene honorarios más elevados. Digo esto para que los jóvenes comprendan que el trabajo científico no se compensa tanto con dinero como con satisfacciones.»

El entusiasmo que despertaba entre sus discípulos se revela claramente en las siguientes palabras de uno de sus predilectos:

«Conservo el más vivo recuerdo de mi primer encuentro con don Julio allá por los años treinta, cuando siendo yo estudiante de la licenciatura, asistí a una conferencia suya en el Seminario Matemático de la Junta para

Ampliación de Estudios, modestamente instalado en la calle Santa Teresa. Volví a casa emocionado. Había visto y oído a un gran matemático al que conocía por el estudio de sus libros y ahora me brindaba su amistad, proponiéndome un problema. No dormí aquella noche hasta resolverlo, y, al día siguiente, Rey Pastor dejó a un lado visitas más importantes que la mía para atenderme y escuchar los detalles de mi solución. Iba a ser el primer artículo en la Revista Matemática Hispanoamericana.»

He aquí la diferencia entre maestro y profesor. Aquél difunde luz que nos guía sin deslumbrarnos y nos conduce por nuevas sendas a tierras vírgenes en que sentimos el placer de la posibilidad de nuevos descubrimientos. Maestro, según el propio Rey Pastor, significa «generosidad y sacrificio, y en su tónica inconsútil no caben pliegues de egoísmo».

Hablando del día en que conoció a Ricardo San Juan, uno de sus discípulos predilectos, dice Rey Pastor: «Aquella mañana venturosa quedará inscrita entre mis días más felices; por fin —dije para mí—, entre tantas centenas de alumnos, un discípulo.» Rey Pastor tenía ansia de discípulos. Gozaba cuando les veía interesarse en los problemas.

Su concepto de las relaciones maestro-alumno lo expresaba en las siguientes frases: «Todo maestro teme el fracaso, porque la producción escrita tiene vida efímera, y sin discípulos que prolonguen la vida espiritual, única que vale, el fracaso pedagógico es sinónimo de muerte. Es, por el contrario, motivo de satisfacción, porque lo es de esperanza —la única que nuestro ministerio nos dejará en compensación de tantas ingratitudes y panderterías jactanciosas—, el ser superado por algún discípulo, porque en su obra revivirá una porción de nuestro ser. Vencer a sus discípulos significa morir, ser vencido por ellos es a la vez revivir y renacer. Nunca mejor recordado —para expresar la alegría del maestro que se siente superado por sus discípulos— por el viejo romance de Bernardo: "Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera".»

**RESUMEN**

La aparición de una colección de textos no matemáticos de Julio Rey Pastor, le permite a Sixto Ríos, desde el derecho y la facilidad que le da el haber sido discípulo suyo, hacer una contribución personal al mejor conocimiento de la vida y obra de quien

fue figura capital de la matemática española. Para ello, Sixto Ríos comenta los 18 trabajos no matemáticos recogidos en este libro, completándolos con su propio testimonio, subrayando así aspectos humanos de Rey Pastor.

Luis Español González

Julio Rey Pastor: Escritos de las dos orillas

Gobierno de La Rioja, Logroño, 1993. 320 páginas. 3.800 pesetas.

# Einstein en sus cartas

Por Carlos Sánchez del Río

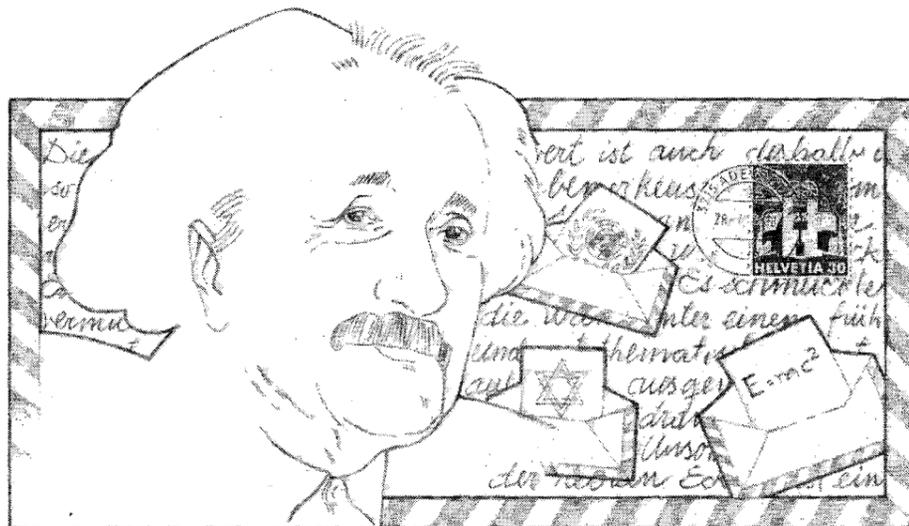
**Carlos Sánchez del Río** (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

La evolución del pensamiento de cualquier genio reviste interés especial por cuanto permite conocer tanto las características que lo hacen único como las limitaciones de su mente, que son inevitables en cualquier ser humano. Generalmente es difícil seguir las ideas y los prejuicios de las personas insignes porque incluso si disponemos de autobiografías éstas no reflejan fielmente lo que nos interesa, porque el paso de los años altera los recuerdos tanto de los sabios como de los ignorantes. Si el autor cuyo pensamiento nos interesa ha escrito un diario o ha mantenido una correspondencia extensa, disponemos de un registro fiable para analizar la génesis de sus ideas y la evolución de su pensamiento.

Entre los genios de este siglo es indiscutible la figura de Albert Einstein, nacido en 1879 en Ulm (Alemania) y fallecido en 1955 en Princeton, N. J. (Estados Unidos). Sus teorías de la relatividad le dieron fama mundial y fue uno de los científicos más conocidos y respetados de la primera mitad de este siglo. Pues bien, acaba de aparecer en traducción española un libro que recoge cartas entre Einstein y su íntimo amigo Michele Besso desde 1903 hasta 1955. Estas cartas son un tesoro para conocer el pensamiento y las ideas de nuestro genio. El volumen contiene 110 cartas de Einstein y 119 de Besso. Ambos se conocieron en 1897, cuando el primero tenía dieciocho años y el segundo veinticuatro, y entablaron una amistad que duró hasta la muerte de ambos, que ocurrió con pocas semanas de diferencia. Michele Besso fue un hombre singular, según podemos leer en la biografía que aparece en la introducción del libro que comento. Besso era un ingeniero suizo de origen italiano cuya familia tenía antecedentes españoles. Era un hombre cultísimo, capaz de entender las investigaciones de Einstein e interesado por cuestiones históricas, económicas, filosóficas y religiosas. Sus cartas, que no voy a comentar, indican que tenía inquietudes muy variadas, pero que tal vez por ello nunca se concentró en un solo tema, donde su indudable talento hubiera hecho probablemente alguna contribución importante. Es interesante señalar estas características de Besso para entender la intimidad intelectual de un genio como Einstein y un desconocido como Besso. Otro dato relevante es que ambos eran judíos y su amistad no se quebró cuando, ya muy maduro, Besso se bautizó y comenzó a frecuentar los servicios de una comunidad protestante; en cambio, Einstein, según Besso, sólo admitía el Dios de Spinoza.

## RESUMEN

Carlos Sánchez del Río encuentra en la copiosa correspondencia entre Albert Einstein y su íntimo amigo Michele Besso, mantenida entre 1903 y 1955, y de cuya edición española se hace eco, un tesoro para conocer el pensamiento y



JOSÉ MARIA CLEMEN

La correspondencia entre los dos amigos contiene muchos detalles personales, familiares e incluso económicos, de los cuales no me ocuparé aquí porque en su vida privada Einstein no tuvo problemas distintos de los que sufren muchos que no son genios. En cambio, me parece oportuno comentar algunas cartas de Einstein que tienen interés científico o se refieren a su actividad política en sentido amplio.

Lamentablemente no hay cartas entre 1904 y 1908, porque en esos años los dos amigos trabajaron juntos en la oficina de patentes de Berna y evidentemente intercambiaron sus ideas oralmente. Por eso no podemos conocer la evolución de las ideas de Einstein en relación con la relatividad especial y los cuantos de luz que se publicaron en 1905. Queda constancia de la colaboración de Besso, porque es citado con agradecimiento en el trabajo de Einstein sobre la electrodinámica de cuerpos móviles, que es la exposición de la teoría de la relatividad especial antes de que se inventara el nombre de relatividad.

Dicha teoría se basaba en la imposibilidad de distinguir entre varios sistemas de referencia inerciales mediante experimentos dentro de cada sistema; técnicamente se afirmaba que las leyes de la física son idénticas en todos los sistemas inerciales. Einstein trató a continuación de generalizar la doctrina a sistemas no inerciales, cosa que parecía imposible porque las aceleraciones se notan. Pero como Einstein era muy listo se dio cuenta de que no se podía distinguir entre un sistema de referencia acelerado y un campo gravitatorio externo (principio de equivalencia). Resultó que su teoría generalizada de la relatividad era una teoría de la gravitación. Ya la tenía esbozada en 1913, y según escribía a su amigo, «los físicos han adoptado una actitud un tanto negativa respecto a mi trabajo sobre la gravitación. Pese a todo, Abraham es el que ha mostrado mayor comprensión. En la primavera iré a ver a Lorentz para discutir con él la cuestión. Se interesa mucho por ella y también lo hace Langevin. Laue no es abordable cuando se trata de cuestiones de

las ideas de nuestro genio, a la vez que contiene muchos detalles personales, familiares e incluso económicos; aunque, como es lógico, prefiera Sánchez del Río detenerse para su comentario en aquellas cartas de indudable interés científico.

principio, ni tampoco Planck; todavía menos Sommerfeld. La visión libre e imparcial no es nada propia del alemán adulto (¡sólo ven lo que quieren!). Esta actitud explica, aunque en modo alguno justifica, los lamentables sucesos en la Alemania nazi de veinte años después. Aparte de este inciso cabe recordar que en 1916 la gravitación de Einstein había sido admitida y que cada vez resulta más satisfactoria en el estudio de la cosmología actual.

## Un destello de lucidez

Hay un trabajo menos celebrado de Einstein sobre la teoría cuántica de la radiación. En 1916 escribe Einstein: «He tenido un destello de lucidez a propósito de la absorción y la emisión de la radiación. Una demostración sorprendente de la fórmula de Planck. Todo completamente cuántico.» Y unos meses después: «... Cuando existe intercambio de energía elemental entre la radiación y la materia se transfiere un impulso a la molécula. Se deduce que todo proceso elemental de esta naturaleza es un proceso enteramente orientado. Así queda establecida la existencia de los cuantos de luz.» En el artículo publicado en 1917 llega a la conclusión correcta de que no se puede determinar la dirección de salida del cuanto de luz y rechaza el resultado porque era contrario a una convicción filosófica que mantuvo hasta su muerte. Volveré sobre este asunto.

En los años siguientes, Einstein se dedicó a promover el sionismo y el pacifismo. Fue figura internacionalmente reconocida y participó en la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, donde se aburría mucho, según sus cartas.

Hay una carta muy importante de diciembre de 1925. En ella muestra su entusiasmo por el tratado de Locarno, lo que muestra su ingenuidad política, y se queja del mucho trabajo que le da el sionismo, «pues me he convertido, como tú sabes, en un santo judío». Pero sigue al tanto de la física y escribe: «La cosa más interesante suministrada últimamente por la teoría es la de Heisenberg-Born-Jordan de los estados cuánticos. Un verdadero cálculo de hechicería, donde aparecen determinantes infinitos (matrices) en lugar de las coordenadas cartesianas. Esto es eminentemente ingenioso y, a causa de su complicación, está suficientemente protegido contra toda demostración de falsedad.» Este escepticismo sobre la nueva teoría cuántica aparece matizado en otra carta de mayo de 1926, en la que escribe: «Schrödinger ha sacado dos excelentes trabajos sobre la regla de los cuantos que sí hacen presentir profundas verdades.»

Ninguna carta de las publicadas en el libro que comento hace referencia a sus discusiones con Bohr y a su rechazo de la interpretación de Copenhague de la teoría cuántica durante los tres años posteriores. Fue consecuente con el rechazo de sus propias conclusiones en el ya citado estudio de 1917.

A partir de entonces, Einstein se separó de la marcha que seguía la física teórica. Al principio se mostró desafiante. En 1929 (al cumplir cincuenta años) escribía a Besso: «Esta teoría unitaria de campos que he terminado tiene un aire antiguo, y mis queridos colegas, lo mismo que tú, amigo mío, váis a sacarme la lengua todo el tiempo que haga falta. Pues en estas ecuaciones no aparece ninguna constante de Planck. Pero cuando verdaderamente se hayan alcanzado los límites de las posibilidades de la chiflatura estadística se volverá de repente a la representación espacio-temporal, y estas ecuaciones constituirán entonces un punto de partida.»

Con la llegada al poder de Hitler en Alemania en 1933, comenzó el éxodo de los judíos y algunos no judíos, como Schrödinger. Einstein marchó a los Estados Unidos, donde continuó sus investigaciones sobre campos clásicos raros. Siguió siendo contrario a la validez de la teoría cuántica, aunque cada vez con menos argumentos y a la defensiva. En 1940 escribía: «En el trabajo sigo mi instinto. El camino estadístico no es el bueno.» En 1949 matizaba: «Mi animosidad contra la teoría estadística de los cuantos no se refiere al contenido cuantitativo, sino a la creencia actual de que esta manera de tratar los fundamentos de la física es, en lo esencial, definitiva.» Mantiene la misma postura en dos cartas de 1952. Esta obstinación de Einstein muestra bien claramente cómo incluso la mente privilegiada de un genio puede ser incapaz de adaptarse a ideas nuevas que no se ajusten a convicciones filosóficas muy arraigadas. A la vista de esta terquedad se refiere Besso a Einstein en una carta como «Don Quijote de la Einsta».

Durante sus años americanos, Einstein no fue fecundo científicamente, pero fue deferentemente tratado y respetado. En sus cartas a Besso se encuentran consideraciones no científicas que tienen cierto interés. He aquí algunas: «Aquí la palabra socialista es tabú, pero las ideas y los ensayos de mejora toman todos esta dirección»; «en América el hombre de negocios es el santo patrón del país»; «los judíos somos víctimas de la ilusión errónea de que el gentil posee una patria, pero no nosotros»; «creo que la quiebra política de Europa seguirá a su quiebra moral; en varios aspectos se parece a la de hace aproximadamente quince siglos».

Las cartas de los últimos años se refieren más especialmente a problemas humanos y religiosos. Es muy reveladora la última al hijo y al hermano de Besso, recientemente fallecido. Termina con estas palabras crípticas: «... Me ha precedido un poco en abandonar este mundo extraño. Esto no significa nada. Para nosotros, físicos creyentes, esa separación entre pasado, presente y porvenir no tiene más que el valor de una ilusión, por persistente que ésta sea.» □

## En el próximo número

Artículos de Francisco Rodríguez Adrados, Medardo Fraile, Antonio García Berrio, Francisco López Estrada, Julián Gállego, Enrique Llovet y José Gómez Caffarena.

Albert Einstein - Michele Besso

Correspondencia

Ed. de Pierre Speziali, Tusquets Editores, Barcelona, 1994. 476 páginas. 2.900 pesetas.

## Una ventana para el corazón femenino

Por Francisco Rodríguez Adrados

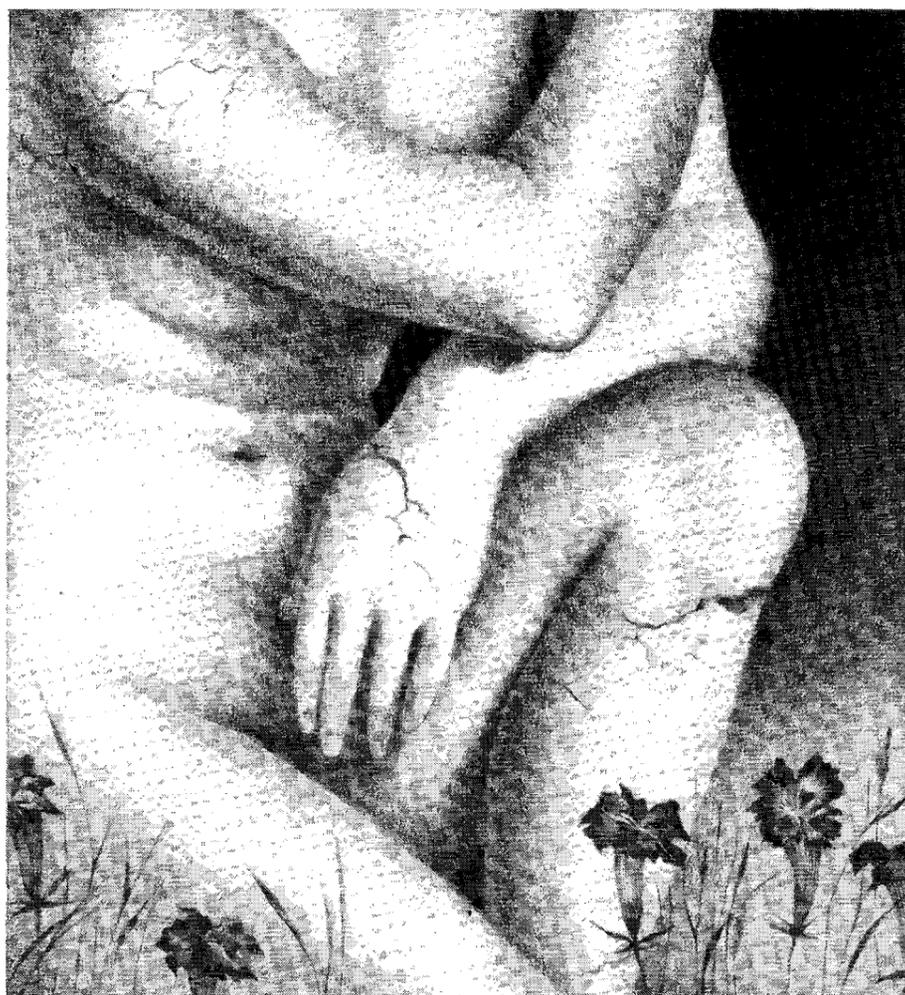
**Francisco Rodríguez Adrados** (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, miembro de la Real Academia Española y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Aportación importante al conocimiento no sólo de la poesía erótica griega, sino de todo este género desde las literaturas del Antiguo Oriente a las medievales en árabe y romance, representa este libro. Todo ello centrado en torno a los «cantos de mujeres» de la poesía ritual de fiestas de mujeres y de la poesía literaria de aquí derivada. «Cantos de mujeres» que mantienen a pesar de los siglos, como la autora dice (pág. 127), «un increíble frescor y emoción al ser el vehículo de quienes sólo podían gozar de una cierta liberación a través del canal formado por unos tópicos eternamente reelaborados».

El libro consta de dos partes: un estudio de 127 páginas, fácilmente legible a pesar del griego (que se traduce) y de la erudición (que se recoge en las notas); y una «Antología de cantos de mujeres» que, comenzando por un poema sumerio, comprende hasta 57 entradas de fragmentos de poesía griega, en texto y traducción. Sigue un índice selectivo de temas y otro de palabras griegas, lo que hace el libro muy manejable.

Esto es útil porque la poesía erótica griega que aquí se saca a la luz tiene el máximo interés dentro de esa oscura «koiné» cultural que de la vieja Sumeria llega a nuestra Europa medieval y que se expresa en las «canciones de amigo» de las jarchas y de la literatura gallega y provenzal, entre otras formas literarias. Los historiadores de estas literaturas deberán estudiar este libro, aunque ya había precedentes que la autora cita; entre otros, trabajos suyos desde 1972.

Sucede que la literatura erótica en griego antiguo, sobre todo la heterosexual, era



FUENCISLA DEL AMO

mal conocida. En parte, porque estaba encerrada en niveles preliterarios, tradicionales; en parte, por el gran naufragio de la lírica griega, sólo en fragmentos conservada; en parte, por ser rechazada las más veces como tema del drama. La literatura erótica latina sí que es bien conocida: pero es una erótica centrada, salvo excepciones, en el protagonismo masculino; así, casi siempre en Catulo, en los elegíacos, en Ovidio, en Horacio, en Marcial.

Pues bien, un trabajo de reconstrucción minuciosa, a partir de referencias y pequeños fragmentos, lleva a la autora a presen-

tarnos en la antigua Grecia un panorama en el que la mujer es protagonista del encuentro o desencuentro eróticos: bien en contextos rituales y festivos, colectivos, bien en poesía individual de tipo ya popular, ya literario. Este panorama es mucho más amplio en época helenística y ha influido, cómo no, en Roma.

Pero es un panorama que comunica, ya lo he dicho, con poesía del mismo tipo en el antiguo Oriente: con los «cantos fenicios» y «lidios», entre otros de los que se nos habla. Y, de otro lado, con las edades posteriores. Esa poesía popular de que son testigo las canciones locrias de adulterio, el anónimo de Marissa (en una tumba de Palestina), el lamento de la muchacha abandonada en un papiro Grenfell, ha traspasado las fronteras y los tiempos y ha rebrotado una y otra vez. Al tiempo que la gran poesía literaria, de ella en definitiva derivada, ha ejercido, por su parte, una influencia bien conocida.

Es, fundamentalmente, poesía femenina, cantada por coros de doncellas en diversas fiestas o bien por mujeres individuales; aunque se añade la poesía dramática, que incluye el diálogo con un oponente masculino. Hay luego, ya lo digo, derivaciones li-

terarias, por ejemplo en Estesícoro y Safo: los temas han pasado en ésta a la poesía ho-merótica femenina, como han pasado también a la masculina. En cambio, una erótica propiamente masculina se da raramente en Grecia. La hay, ciertamente, aunque en menor escala: lo mismo sobre el tema del amor-pasión (Arquíloco) que sobre el del amor frívolo (todos los líricos). La autora la toca brevemente, no es su tema.

Insiste en la poesía femenina, ya digo; ésta es la erótica más antigua, también, en el Oriente y no sólo en las canciones fenicias y lidias antes aludidas: el largo «diálogo babilónico» que abre la *Antología* hace ver el parentesco de los temas. Hay que observar que en el Oriente esta poesía está ligada a cultos de divinidades eróticas (Inana, Istar, etc.) y que penetró en Grecia en torno al culto de Adonis, entre otros. Pero en Grecia la poesía popular femenina está también ligada a cultos locales en torno a rituales que celebran el amor de las mujeres por el dios, su desesperación cuanto éste muere o desaparece.

### Poesía popular

Esta fue la vía, junto a la de otros rituales también. Encontramos, por ejemplo, fragmentos eróticos en relación con el «baño» ritual, en el río, de las mujeres que se preparan a la pérdida de la doncellez; o con el amor por un joven divinizado; o con los temas de la Aurora, la Luna, etc., en las canciones de alabanza y en otras de simple deseo; o con los temas del dolor por el abandono y del suicidio por amor (el salto de Léucade); o con el enfrentamiento con los hombres, seguido a veces de reconciliación. Siempre y en un momento dado, de los planteamientos rituales y míticos se pasa a los actuales y humanos.

Es ésta una poesía popular de inmenso influjo luego, ni más ni menos que los epitalamios o las canciones de duelo, por otra parte en estrecha relación con ésta y también perdurables a través de las edades.

Una primera parte del libro se enfrenta al tema de «Los más antiguos "cantos de mujeres" en el mundo griego. La lírica». Aquí se hace un recorrido por los testimonios y el material existentes: el planto por la doncellez, los temas de los «baños» y los «saltos», la expresión del amor por un joven divinizado o por un mortal, la de la desesperación, las canciones locrias de adulterio. Se dan indicaciones, también, sobre el contexto ritual y social, se destaca el paralelismo de los temas de las jarchas y la «poesía de amigo» posterior en general.

La parte segunda añade un estudio de los «indicadores del género»: temas de la madre (tan frecuente en las «canciones de amigo»), de las compañeras y parientes, de la mujer «madura», del vecindario, del oponente masculino (del seductor, de su huida

### En este número

#### Artículos de

Francisco Rodríguez Adrados	1-2	Julián Gállego	8-9
Medardo Fraile	3	Enrique Llovet	10-11
Antonio García Berrio	4-5	José Gómez Caffarena	12
Francisco López Estrada	6-7		

SUMARIO en página 2





## Una ventana para el corazón femenino

posterior). También está el entorno físico: la casa, el mundo silvestre, los vestidos y joyas...

Se habla luego (capítulo tercero) del «cauce formal». Es sorprendente la cantidad de elementos comunes que se repiten en Grecia y fuera de Grecia: los rasgos de finitorios de la lengua y la estructura literaria, los elementos dramáticos, las repeticiones y estríbillos, el «epiphthegmatikón». Otros que también estudia la autora (el del «trovar» y componer los himnos, como si fueran un tejido) pienso que son, ya, rasgos de la fase personal y literaria de estos cantos en un poeta como Alcman.

Y con esto llegamos a investigaciones más particulares. La primera (capítulo quinto), la de los cantos de mujeres en el drama. Hay en él ecos de los viejos temas, desde el del «baño» de las doncellas al del joven divinizado y las canciones jonias, semejantes a las locrias. Particular interés tiene el dueto del joven y la joven en la *Asamblea de las Mujeres*, de Aristófanes,

que combina el tema del requiebro de amor de la mujer y el del «paraclausithuron», canción del hombre ante la puerta cerrada de ella. Y los ecos de toda esta poesía en el canto de dolor de la Fedra enamorada de Eurípides.

Creo que en este campo se puede ir más lejos: habría que recoger los reproches recíprocos entre hombres y mujeres (en comedias como *Listrata*, tragedias como *Medea e Hipólito*), el tema de la mujer abandonada en *Medea* y obras perdidas de Eurípides, la canción de muerte de Casandra y Andrómaca en *Coéforos*, en *Andrómaca*. En realidad, el tema de la mujer abandonada lo encontramos ya en Homero, en los episodios de Circe y Calipso en la *Odisea*.

Donde, sin embargo, más lejos llega la poesía erótica femenina es en la edad helenística (aunque aquí es importante, ya, la masculina, hay como un equilibrio de los sexos). La autora nos hace pasar por poesía anónima que conservamos en papiros o inscripciones (el llamado «cantus lugubris», el anónimo de Marissa, el de Tebtunis, el lamento de Helena, el de la muchacha abandonada...). Hay luego los conjuros eróticos y hay la erótica literaria de un Bión, por ejemplo, unida al tema de Adonis.

Aquí nos hallamos ante un escenario casi moderno; no en vano toda esta erótica influyó en la latina. Podría ampliarse el cuadro profundizando en Apolonio de Rodas, insiendiendo más en las *Farmacutrias* de Teócrito, explorando la *Antología Palatina*, buscando los ecos en la poesía latina (la Dido virgiliana, las *Heroidas* de Ovidio). Pero esto nos alejaría ya un tanto del tema inicial.

Este se retoma en el último capítulo, el sexto, que se ocupa de la tradición de los cantos de mujeres y de la importancia del rito (sobre todo en el culto de Adonis) en su mantenimiento. Con esto se cierra el anillo.

El libro constituye un buen ejemplo sobre cómo puede ampliarse el conocimiento de la antigua literatura griega y de cómo es importante esta ampliación para situarla dentro de un contexto literario más amplio, universal, diríamos. Porque el que lea la poesía griega conservada encuentra escasa poesía erótica en los líricos (y las más veces homosexual), muy poca en el teatro. Y, sin embargo, esta escasa poesía, incluso la homosexual (y la centrada en el varón), arran-

ca de esta otra poesía ritual estudiada en el libro: tan mal conocida, en realidad casi adivinada. Y para entenderla hemos de penetrar en un mundo religioso y social que, aparentemente al menos, nos cae lejos.

Pues bien, el estudio minucioso de los pequeños restos y noticias que tenemos sobre la poesía femenina nos hace reconstruirla como un fenómeno importante y trascendente para el futuro: como, por ejemplo, hemos reconstruido el pensamiento de los presocráticos a partir de pequeños fragmentos y noticias. El trabajo filológico, a veces mal comprendido, a veces despreciado, es capaz de ofrecer nuevos mundos a nuestra mirada. Mundos sorprendentes que, de una parte, están en la raíz de muchas cosas nuevas, de otra llegan de por sí, por vías misteriosas, a lugares distantes en el espacio y en el tiempo.

Es sorprendente, en efecto, la comunidad de temas y la universalidad del género. Cada nuevo estudio, así el reciente de Galmés de Fuentes sobre las jarchas, la revela más. Y es sorprendente cómo a partir de elementos rituales se va ampliando, poco a poco, el conocimiento de lo humano: cómo se llega, ya en Grecia, a una poesía como la de Safo, en la que están presentes, bien que sea en clave homoerótica, prácticamente todos los temas de la erótica posterior.

Esta comunidad de temas y motivos en géneros populares es un tema de estudio que está llamado a tener cada vez más impacto en la historia de la literatura. A un pequeño sector, el del cuento erótico de tipo cómico (también centrado fundamentalmente en la mujer), dediqué hace poco un libro. En lo erótico en general, en absoluto está agotado el tema. Y luego están la fábula y el proverbio y el cuento y la li-

teratura sapiencial en general, que enlazan el antiguo Oriente con Grecia, Roma y la Edad Media cristiana y musulmana.

Si el influjo de la gran literatura en la creación de las nuestras está menos estudiado de lo que se cree, ¿qué decir de estos otros sectores que llamamos, por llamarlos de algún modo, populares? Constituyen un fondo casi omnipresente de la otra, la gran literatura, nacida de ellos, por lo demás. Y mejor que ella todavía, porque son más constantes, menos personales y diferenciados, nos ilustran sobre la comunidad de lo humano, que es la que facilita que por caminos ocultos y escondidos viejas herencias fructifiquen una y otra vez, expresen una y otra vez lo más elemental y profundo, quizá, del corazón humano.

Del corazón femenino, en primer término, en el caso de los poemas a que este libro está dedicado. En una situación socialmente desfavorable, ocasiones festivas unidas a mitos y ritos de las religiones agrarias procuraban a las mujeres una ventana, un sentimiento de libertad, una posibilidad de autoexpresión. Y esto en tan diversos pueblos y fechas.

Y esta humilde poesía estaba llamada, por caminos indirectos, no sólo a perpetuarse, sino a ser germen de otra más individual y literaria.

Una visión de conjunto, gracias a un esmerado trabajo filológico, y algunos datos sobre las primeras fases de esos desarrollos literarios, es lo que presenta este libro. Para la antigua Grecia, pero no sólo para la antigua Grecia, aunque este tema esté aquí tan sólo esbozado. Contribuye, así, a derribar esas barreras que la inevitable especialización pone al buen conocimiento de las corrientes profundas que unen entre sí a las diferentes culturas. □

### Qué es

## SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

## SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

El estudio y la antología de los «cantos de mujeres» que ha realizado Gangutia, obra de la que se ocupa el helenista Rodríguez Adrados, no resulta ser sólo una aportación importante al conocimiento de la poesía erótica griega, no

demasiado conocida por otra parte, sino que supone un eslabón decisivo en el análisis de este género literario que entronca con las «canciones de amigo» de las jarchas y de las literaturas gallega y provenzal de la Europa medieval.

Elvira Gangutia

*Cantos de mujeres en Grecia*

Ediciones Clásicas, Madrid, 1994. 188 páginas. 1.800 pesetas.

### SUMARIO

	Págs.
«Una ventana para el corazón femenino», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Cantos de mujeres en Grecia</i> , de Elvira Gangutia	1-2
«Cataluña en novelas y cuentos de Escocia», por Medardo Fraile, sobre <i>Teresa's decision</i> , de Mercedes Clarasó	3
«Recurso generacional a la memoria», por Antonio García Berrio, sobre <i>Cargar la suerte</i> , de Antonio Martínez Sarrión	4-5
«Ejemplos de plurilingüismo literario», por Francisco López Estrada, sobre <i>Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)</i> , de Pedro M. Cátedra, y <i>Antonio Lo Frasso, militar de l'Alguer</i> , de María A. Roca Mussons	6-7
«Federico de Madrazo, pintor epistolar», por Julián Gállego, sobre <i>Epistolario</i> , de Federico de Madrazo	8-9
«La televisión en libertad», por Enrique Llovet, sobre <i>El rapto de la televisión pública</i> , de Manuel Piedrahita, y <i>Las relaciones entre el cinema y la televisión en España y otros países de Europa</i> , de Antonio Cuevas Puente	10-11
«El misterio y los límites de la ciencia», por José Gómez Caffarena, sobre <i>Los científicos y Dios</i> , de Antonio Fernández-Rañada	12

# Cataluña en novelas y cuentos de Escocia

Por Medardo Fraile

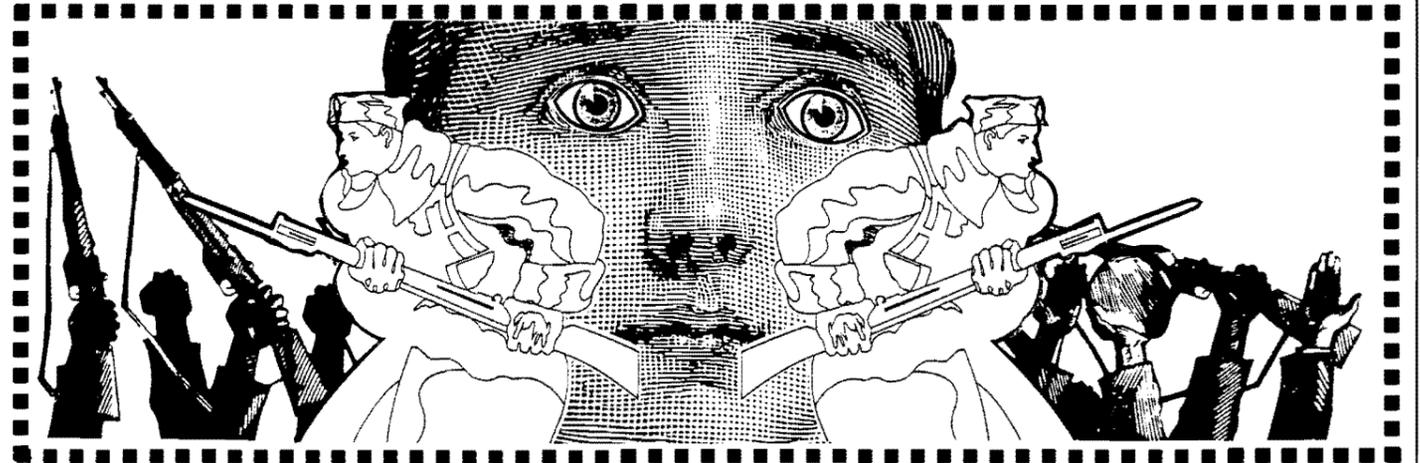
**Medardo Fraile** (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Colaborador de diarios y revistas, ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor, entre otros títulos, de *Cuentos Completos*, *Autobiografía* y *Entre paréntesis*.

*Teresa's decision* es el primer libro de cuentos de una ex-profesora de la Universidad de St. Andrews, Mercedes Clarasó, que se doctoró escribiendo una tesis sobre Horacio Quiroga y había publicado algún artículo de crítica literaria, una traducción al catalán de la última novela, inacabada, de Stevenson, *Weir of Hermiston*, y un cuento excepcional, de ambiente hispano-americano, *The Wall*, en una antología de cuentos de autores escoceses. Ese cuento apareció en 1991, y desde ese año se han editado con éxito dos novelas suyas: *Natana* (1993) y *Kintalloch* (1994), y ahora el libro de relatos que nos ocupa, compuesto de veintiséis cuentos, entre los que la autora ha incluido *The Wall* y otro, *Fey*, que obtuvo el Premio del Centro de las Artes de Bridport en 1993. *Natana* quedó finalista del Premio a la mejor primera novela del Club de Autores el año siguiente a su publicación.

Para los españoles concurren varias circunstancias interesantes en esta autora escocesa, de dedicación tardía a la literatura. Su nombre y apellido no pueden ser más catalanes, como era su padre, don José, natural de Manresa y vecindado en Masnou, que murió, muy anciano ya, en Escocia en 1989. La novelista nació en Glasgow, de donde era su madre, y desde los dos años vivió en Cataluña hasta agosto de 1936, en que, con su madre y hermana, atravesó la frontera camino de Escocia, huyendo de la Guerra Civil. A los cinco meses de acabar la guerra española estallaría la Guerra Mundial y, por dificultades de toda índole, entre ellas la casi imposibilidad de obtener visados, no volvería a vivir en España con el padre hasta después de once años.

Todo esto es biografía, pero ahora forma parte de sus libros, en ninguno de los cuales está ausente nuestro país y, sobre todo, la España del nordeste. No sé si *Blanquerna* será muy leída hoy fuera de las aulas, a pesar de su admirable estilo tan sencillo y claro, pero a los que conozcan la copiosa novela de Ramón Llull (y no sólo el *Libre d'Amich e Amat*, algo más conocido, que se incluye en ella) les será familiar el nombre de Natana, la muchacha bella y bondadosa con la que los padres de Blanquerna, Evast y Aloma, le quieren casar, aunque ambos jóvenes acabarán esposando la religión de Cristo, para terminar ella en un convento de superiora y él renunciando a ser cabeza de la Iglesia para hacerse ermitaño. Natana, en la novela de Clarasó, es también un ser benéfico que actúa de motor espiritual y de misionera en las vidas de dos mujeres y tres hombres, uno de ellos catalán, su padre, el pintor Miquel Planas. Natana, como la autora del libro, es medio catalana y medio británica, y la procedencia de su nombre en la novela, unido a los de *Blanquerna* y Ramón Llull, se especifica en las páginas 75 y 76.

«Altamente original y escrita con vivacidad y encanto», es el juicio que le mereció la novela al respetado erudito y exigente crítico escocés David Daiches. Y otros críticos han resaltado en *Natana* la fascinación de la literatura escocesa por emparejar caracteres, ideas o temas opuestos; la soterrada



ALVARO SÁNCHEZ

argumentación novelesca en sus páginas sobre los límites del racionalismo; su emotiva historia de amor; la explícita aflicción por la pérdida de un ser querido –sublimada aquí– o sus calas reflexivas sobre el fenómeno de la muerte.

En su segunda novela, *Kintalloch*, titulada *A tale of Scottish family life*, uno de los personajes, Bessie, ha conocido la guerra de los boers, la del 14, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, y el tema de sus páginas –una relación incestuosa aparente– levanta escándalo en el cenit de la inmoral moralina victoriana, 1877, y proyecta su sombra sobre las generaciones de esa familia escocesa, donde la felicidad no acaba de hallar cobijo. *Kintalloch* es el nombre de una finca en los alrededores de Edimburgo, pero la autora, curiosamente, prescinde del paisaje en la novela y se explaya en el diálogo de los personajes, y en síntesis apretadas, muy cercanas al cuento, empleando una técnica que hubiera deleitado a Unamuno, gran catador de paisajes «fuera» de la novela.

En esta saga familiar de un solo libro, el personaje más desarraigado, Angus, se alista en las Brigadas Internacionales, tan engrosadas por voluntarios de Escocia, lucha en el frente de Aragón durante el invierno de 1937 y muere en un bombardeo, y en este largo y excelente capítulo, el 32, aparece, por una sola vez en todo el libro, la necesidad de ocuparse de la desolación del paisaje, «del frío, la nieve y el viento cortante, helado, de las montañas altas de Aragón». Para rastrear la intención de este libro es clave un personaje secundario, el anciano y bondadoso «Doc» –doctor–, hombre de vuelta, sabio y atractivo, el único capaz de advertir en cuanto le rodea los diferentes grados o fases de la verdad.

## Ambiente español

*Teresa's decision*, el primer relato y el más extenso del reciente libro de cuentos, sirve de título a todos ellos, aunque sólo la fuerza de esa costumbre en otras muchas colecciones de historias pueda justificar esa elección: la de bautizar un libro con el título del primer cuento. *Teresa's decision* no tiene nada en común con los cuentos escoceses y, sólo por su ambiente español, está vinculado a otros cuatro relatos: *Travelling light*, *Rag doll*, *The Vineyards of the Priorat*, *A mob of one* y, quizá también, a *The Urn*, en el que desarrollo y escenario nos inducen a pensar más bien en una pequeña aldea de la América hispana.

Esos cinco cuentos –excluyendo *The Urn*– están vinculados a Cataluña o al área histórico-geográfica de influjo catalán. Teresa es una valenciana que, tras la batalla del Ebro, huye a pie con su marido hacia la

frontera francesa y decide abandonar a su esposo y volverse a la huerta, pensando, erróneamente, que corta así cuarenta años de infelicidad. La Guerra Civil –o la Posguerra incivil– aparece también en *Travelling light*, en el que un ex-combatiente «rojo» andaluz, que ha perdido una mano, no tiene otra salida que pedir limosna siguiendo una ruta fija y repetida por los campos de Aragón y las masías catalanas. En *The Vineyards of the Priorat*, las posibilidades de una masía desatendida despiertan la codicia del heredero, que planea la muerte de su padre, en una atmósfera sórdida de malquerencia que nos recuerda *La tierra de Alvargonzález* machadiana.

El espectáculo de la chusma y la indefensión de un jesuita frente a ella en la *Semana Trágica* de Barcelona operan una transformación en un niño rebelde poseído siempre por la violencia: *A mob of one*. Y, por último –mi preferido en este conjunto hispánico de cuentos–, *Rag doll*, en el que un niño que sufre de pesadillas y se aterra ante viejas reales o imaginarias vestidas siempre de negro, como cuervos o espartapájaros –que le rodean y le tocan y acaso pretenden devorarlo bajo sus faldas–, se alivia freudianamente –sin saber nada de Freud, por supuesto– desmembrando una muñeca de trapo y arrojando sus miembros a un pozo.

Estos cuentos españoles no están –como otros en el libro– asistidos por el humor, sino que andan al páiro de fuerzas oscuras, entre las que siempre acechan premoniciones de infortunio o peligro. Idéntico talante se advierte en sus cuentos de ambientación hispano-americana, en el excelentísimo *The Wall* y también en *The Urn*.

Mercedes Clarasó vive con gatos o con gato y se retrata con ellos, en lo cual no se diferencia de otros escritores y escritoras de cualquier época, entre los cuales, por citar sin esfuerzo algún ejemplo, podríamos nombrar a Augusto Monterroso, a Francisco Umbral, a Esther Tusquets o a Colette. Es más curioso por eso que en este libro, donde la Naturaleza –con mayúscula– acapara la primera fila, no advirtamos el paso sinuoso de ningún felino; sólo caballos bélicos (*Riders*) y perros bienhechores (*Boister* y *The*

*Message*). Pero en estos cuentos caledonios sí hay tiempo para el paisaje, que en Escocia, país con algo más de cinco millones de habitantes, impone su presencia con mayor fuerza, sin duda, que el elemento humano; las colinas primaverales entintadas de brezo o cubiertas del oro viejo del helecho en otoño; los ríos, la vida secreta de la hierba y los árboles (*Song of the rising sap*); la nieve, el viento «amigo y enemigo, señor y amante» del niño Wattie, que ha encontrado más salvajismo y menos aliente en la sociedad que en la vida de gato montés al aire libre, que es su gozo y su escuela (*Wild Wattie*).

## Originalidad convincente

El misterio de ultratumba (*Only Petal*) logra una originalidad convincente en el cuento *Epitaph*, en el que una mujer viva se aparece a una mujer muerta, es decir, el futuro vivo se hace presente en el pasado muerto, para decirnos que la vida sigue con la muerte y que los cambios en el tiempo que tanto nos orgullecen no han sido nunca cambios esenciales.

Un gran cuento de humor (*Golden means*), entre otros, y dos relatos de la Segunda Guerra Mundial excelentes (*Just waiting* y *Under the stairs*), el primero con trazas de dependencia en lo autobiográfico, confirman de nuevo la calidad de su escritura, de un inglés impecable, original muchas veces, sutil siempre, elaborada y notable en los diálogos.

*Teresa's decision*, subtítulo «Tales of Catalonia and Scotland past and present», eleva a Mercedes Clarasó a una posición más alta en el ranking literario porque, en contra de los que no consiguen entender del todo este género, hay que decir que ningún poeta, novelista o dramaturgo debería ser considerado ciento por ciento «escritor» hasta que no hubiera conseguido escribir un buen cuento, quintaesencia sin trampa de todas las virtudes que deba poseer y reunir el que mejor escriba. Mercedes Clarasó es novelista y es también escritora. Cuentos como *The Wall*, *The Thimble* y otros muchos entre los ya citados convencerán sin duda al lector más remiso y deleitarán al verdadero saboreador de historias. □

## RESUMEN

Medardo Fraile pone al lector en la pista de una escritora escocesa, autora de varios libros, entre ellos una reciente colección de cuentos, que da origen a su comentario, y que se llama Mercedes Clarasó. De dedicación tar-

día a la literatura, esta autora escocesa es, como se ve por su apellido, de origen catalán, y a quien las vicisitudes de la guerra civil española (muy presente en algunos relatos) le llevaron, con su familia, a Escocia.

## Mercedes Clarasó

### *Teresa's decision*

Black Ace Books, Ellemford, Duns, 1995. 224 páginas. 14,95 libras.

# Recurso generacional a la memoria

Por Antonio García Berrio

**Antonio García Berrio** (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 desempeñó la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista y Teoría de la literatura: la construcción del significado poético.

Seguramente una de las actitudes sociológicas más sintomáticas de la sociedad intelectual española e internacional, si hemos de atender a la constatación de T. Todorov en un libro reciente, en nuestra actualidad de final de etapa, es la del balance que cada grupo generacional está realizando sobre sus propias cuentas culturales. En esa actividad, me parece percibir, a partir de numerosos síntomas literarios, que la colectividad más activa últimamente en tal género de recuentos y memorias es la que se identifica con el sector otrora progresista de la generación del cambio político. Así, en novelas, ensayos, libros de poesías, memorias y autobiografías se está acumulando un material de diagnóstico retrospectivo de mayor interés sociológico sin duda que literario. Comparto esta valoración, por cierto, con uno de los ejemplos más destacados de ese grupo de autores, libros y reflexiones, el poeta Antonio Martínez Sarrión, quien acaba de publicar, en el libro *Cargar la suerte*, un interesante complemento a su primer tomo de memorias, titulado *Infancia y corrupciones* (Alfaguara, 1993). En algún momento de su nueva obra, Sarrión confiesa abiertamente que, a estas alturas de su mediada cincuentena, lo que le interesa más apasionadamente son estos escritos de sátira, de parodia y autobiografía; un género de literatura regustadamente manierista y decadente, en cuyas mejores muestras acostumbraron siempre a complacerse los espíritus más sutiles, cuando atravesaban o cuando alcanzaron

los momentos de máximo decaimiento del impulso vital como estos de ahora al final del milenio, por más que fueran los más lúcidos para la melancolía reflexiva.

Formalmente, *Cargar la suerte* ha optado por una estructura de argumentación calculadamente varia y desigual en la organización de sus contenidos, en los tonos emocionales de los fragmentos y en la altura e interés de los mismos. En la variedad de los centenares de reflexiones que constituyen el libro, con un desorden excelentemente graduado, se consolidan algunos de sus más inmediatos aciertos: la amenidad profunda y la distancia irónica mordaz, en ocasiones exasperada hasta el sarcasmo patético –controlada siempre, eso también, por una mesurada y simpática bonhomía tolerante y cortés en lo posible–. Mediante su acertado recurso al fragmentarismo compositivo, el contenido incorporado por la autobiografía cultural de Sarrión resulta considerablemente amplio, variado y flexible; a la vez tan refinado y tan tierno, tan vital y cultivado, tan directo e irónico como es el contrastado carácter del autor y el de su interesante y bien cimentada y selecta cultura. Al abdicar de la ganga argumentativa de una sintaxis entre los fragmentos yuxtapuestos, la variedad de componentes que representan en el libro la vasta experiencia sintetizada por Sarrión gana en poderes de extensión alusiva y de perspicuidad, sin perder nada fundamental para la claridad ni para el poder de la evidencia comunicativa.

Pero el recurso al fragmentarismo estructural obedece, sin duda, a más intencionadas persuasiones dentro de la asumida cultura moderna de Sarrión; o por lo menos sirve con más hábil validez a los fundamentos de la conciencia intelectual del hombre moderno.

## La cultura como ideología más persistente

Leyendo a Sarrión se constata la inevitable fungibilidad de los productos urgentes. Las indignaciones sobre indignidades políticas, domésticas o internacionales, serán,

sin duda, lo más caedizo de las páginas de *Cargar la suerte*. Seguro que Sarrión ha juzgado actualmente necesarios todos esos desahogos inocentes, que pueden ser tal vez el contenido que antes y mejor conecte de todo el libro con el interés de los lectores en los próximos meses, si no semanas. Se trata de desquites tardíos contra un franquismo que ensombreció demasiado extensamente la juventud de Sarrión y, a su sombra, el diletterio obligado y sincero contra los riesgos totalitarios tal vez asumidos por el autor con estereotipada inocencia. También los ajustes de cuentas, inevitablemente tediosos, entre los antiguos «compañeros de viaje» de un Sarrión honrado y tolerante, encorocado siempre contra los acomodos de aquellos viejos tigres de papel y revolucionarios de salón.

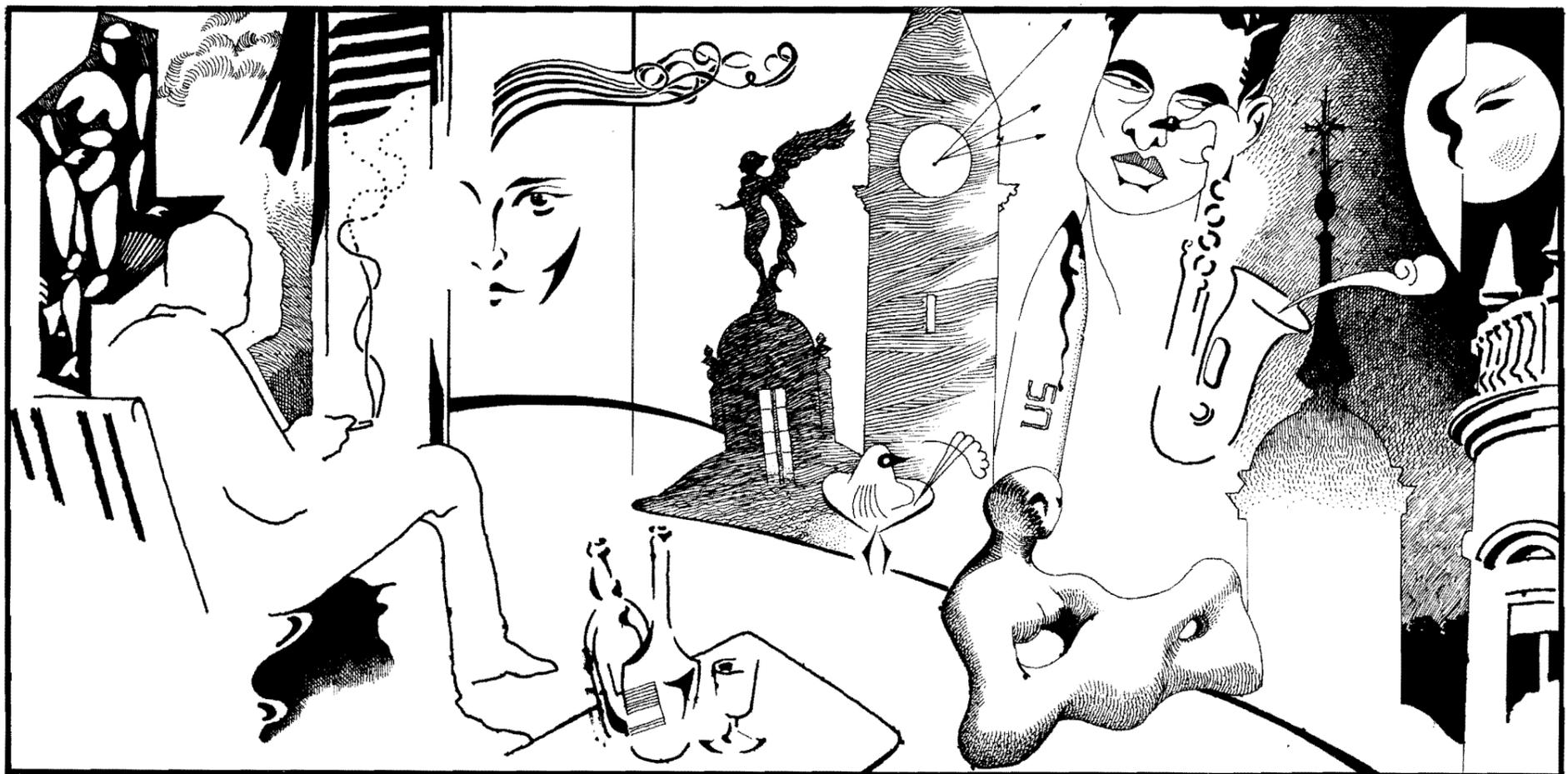
## Vida interior de un hombre de cultura

Pero la gran ventaja de poder elegir que brinda fácilmente la optatividad de la estructura de fragmentos en la obra de Sarrión permite a los lectores más avisados y longánimes seleccionar de lleno en lo intelectual más permanente los contenidos estrictamente culturales, literarios y artísticos de esta interesante crónica en la vida interior de un hombre de cultura. Con todo, y aun situados restrictivamente sobre la perspectiva de lo cultural, la característica más consistente en las consideraciones de Martínez Sarrión tal vez pueda cifrarse en el neto hibridismo que estetiza las cuestiones de moralidad y que moraliza las estéticas. Un rasgo contagiado del medio, porque seguramente predomina también entre nosotros y sobre todo en los españoles de la generación de Sarrión, en esto mucho más moderna que postmoderna; al menos en los debates entre intelectuales y artistas «comprometidos». Proclividad que induce un poco tontamente a separar «los buenos» semejantes de «los malos» distintos, práctica muy raramente irónica que se decanta de la obra de Sarrión en frecuentes tipologías y desahogos siempre predecibles:

ver Popper o Vargas Llosa, entre otros Fukuyamas y fulminados anónimos.

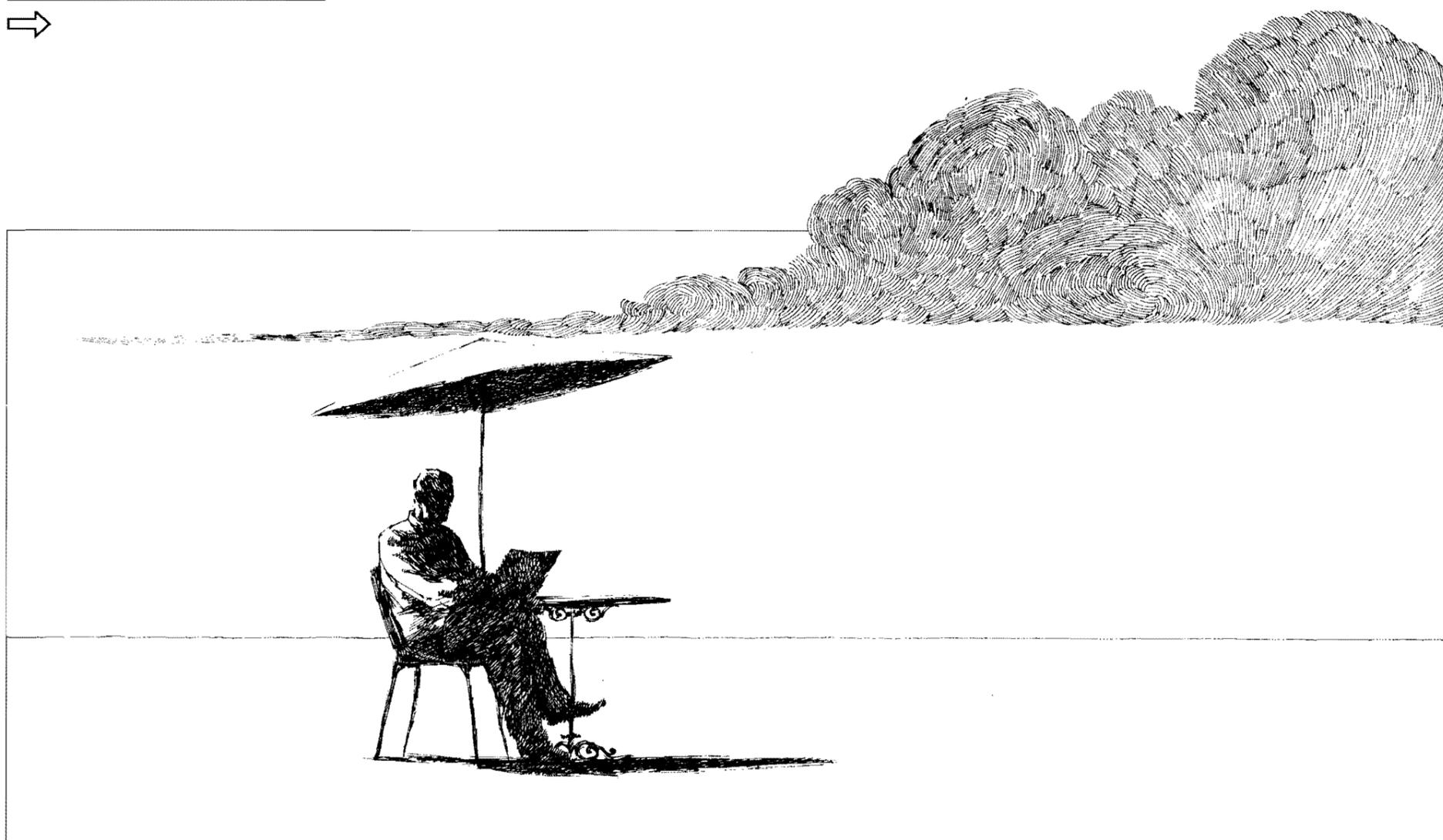
Con todo, Sarrión sabe salvaguardar entre la tremolina española un alma relativamente fresca y una existencia perceptiblemente independiente y honrada, factores que le facultan de la dosis de alacridad imprescindible para transmitirnos una atractiva crónica de su vivencia cultural como marginal interesante a lo Ferlosio, uno de sus modelos más próximos y admirados; es decir, relativamente indemne a los prejuicios más mediatizados por la obsesión política. Así, por ejemplo, su sincera pasión por el jazz y la filmografía clásica del Hollywood de los cincuenta matizan soportablemente en Sarrión una inquina demasiado rígida contra todo lo que a él le parezcan resultados de la tiranía bárbara del «Imperio». Siendo actitudes como las de este ejemplo las que en lo más estrictamente intelectual y literario puedan afectar y parcelar a mi juicio la cultura moderna, en lo demás muy rica, de Martínez Sarrión, a favor del tipo de simplificaciones paródicas de un George Steiner –pensador favorecidamente predominante en *Cargar la suerte*– sobre la generalización exagerada de una supuesta cultura deconstructiva de paráfrasis nihilistas chapuceras. La masiva cultura americana de Emerson a Bloom y de Whitman a Auden y a Wallace Stevens –por más que Sarrión cite con indudable apego a T. S. Eliot o a William Faulkner, y con innecesaria reiteración a algún otro oráculo tan insignificante a semejantes escalas, como puedan serlo Susan Sontag o Lionell Trilling– debe simplificarse al mínimo cuando se quiera entender el tramo inmediato a nosotros de la edad moderna de la cultura.

Mucho más enriquecido y jugoso, por natural contraste, se descubre desde las páginas de *Cargar la suerte* el europeísmo cultural de Sarrión, cuya generación se hizo con los primeros instrumentos de contraste democrático a trancas y barrancas y a costa de un cierto esnobismo en las páginas existencialistas de Camus, de Sartre y de Pave-



FRANCISCO SOLÍS

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

se. Un guiño confidencial de punto de partida común, que yo reconozco cordialmente en la numerosa presencia de un Sartre y de un Camus, hoy ya muchísimo menos indispensables, en los fieles fragmentos de *Cargar la suerte*. No confundir sin embargo en Sarrión el acrecentamiento constante y la profundización y la selección difícilmente igualables entre nosotros de su cultura europea, nada superficial ni tópica. De Baudelaire y los simbolistas franceses a Breton y los surrealistas; de Kafka y Joyce a Thomas Mann, Brecht, Jünger, Adorno o Benjamin; o de Rilke a Ponge y a Char, la firme constitución moderna del gusto de Sarrión se nutre de la savia original y noble que atestiguan los centenares de presencias europeas maduras y familiares en esta autobiografía cultural.

### España desde el Retiro

Que Sarrión viva justamente enfrente del jardín del Retiro da pie para entablar toda una suerte de metáforas y de equívocos irónicos en relación a sus perspectivas sobre la cultura y la vida españolas. La interesante vivencia cultural del autor a lo largo de los últimos treinta años se corresponde, actualizadamente, con la del ideal clásico de la «vida retirada». Es más, esta suerte de héroe de Fray Luis que le ha salido con Sarrión a la vida española actual se acogió a toda prisa a la opción administrativa del retiro voluntario. Redondeaba de ese modo Sarrión un estado privilegiado de observador, a favor de un entendimiento austero y riguroso de la modestia y de las ambiciones legítimas y certeras, del centro vital de la inteligencia y de sus periferias vanidosas. De esa manera, en sus ideas sobre la cultura y la vida literaria españolas, la perspectiva sagaz e independiente de Sarrión es la de un «ocioso» fecundo, la de un «retirado» que vive con libertad en el centro de los problemas.

La matriz cultural moderna de Sarrión empieza, como es inevitable, por los clásicos: Cervantes, Quevedo, San Juan de la Cruz y hasta los hoy menos presentes como Gracián y Saavedra Fajardo. Autoridades oportunas y manejadas con sobrio rigor, a tiro hecho, buen ejemplo de cómo se deben integrar los

clásicos necesarios en una cultura moderna, sin la ridícula afectación roñosa de nuestros anacrónicos castizos y puristas, que alguno queda. Los románticos españoles no son muy abundantes en las páginas de *Cargar la suerte*, en realidad porque sublimes románticos españoles los hubo escasos. Sarrión no puede confundirse entre Rivas y Hölderlin, ni tan siquiera entre Bécquer y Heine, ni entre Leopardi y Larra, pese a su exquisito trato con esta última víctima de las dos Españas. De los noventayochistas, prácticamente todos: Baroja nadando en la anarquía en seco y guardando cazurramente las ropas de su conservadurismo privado; Valle, bien visto, sin excesivas densidades entre el esperpento y el preciosismo de Roma; Unamuno, muy presente, algo pesado y demasiado fiel a sus fantasmas inhabitables para el tiempo que corre. Pero sobre todos, Azorín, Azorín siempre...; un Azorín releído desde la infancia mínima en el parque anodino de un pueblachón manchego en los años cincuenta, y que pervive con un regusto intemporal interesante en este Sarrión de maduras complejidades, capaz, no obstante, aún, de sentirse implicado por la eternidad de lo insignificante.

### Entendimiento moderno de la poesía

Para un poeta español de hoy, el veintisiete ha de ser necesariamente fundamental, porque aquel grupo reacondicionó entre nosotros el entendimiento moderno de la poesía, como no lo han hecho lamentablemente ninguno de nuestros novelistas peninsulares contemporáneos, ni —salvo Ortega y Gasset, y a su medida— nuestros pensadores culturales hasta el presente. Y para Sarrión: divinidad total de Federico, sagacidad del inseguro —quién lo diría— Pedro Salinas, seguridad en el Guillén del primer *Cántico* —lo menos problemático, gusto por lo seguro—. Un astuto Alberti recordado sólo como superviviente; y un Aleixandre que ni siquiera está —mírese bien el libro, por si me lo he saltado en mi recuento, que no creo—. Nudo gordiano sobre Luis Cernuda: Cernuda, la promesa problemática, sublime como Vallejo, como el tectónico Neruda o un Borges definitivo para Sarrión. Y el corrosivo maestro

de todos, el sublime y molesto poeta de Mogue, con su fecundidad en las anécdotas, ¡insuperable aquella del melonar en la herencia orteguiana!

Ortega está densamente presente, junto a Eugenio d'Ors —otro rasgo de adecuación discreta de este libro—, en los balances de Martínez Sarrión. Como Camus y Sartre y Pavese entre los extranjeros, los ilustrados tardofranquistas trataron de servirnoslo vehicularmente a los universitarios españoles hacia mediados de los sesenta, como se hizo con los utilitarios para el resto de la población. Tal vez por eso, Sarrión no acabe ni siquiera ahora de fiarse por completo y sin reservas. Por eso y porque Ortega, tan listo en todo, no calculó el alcance de sus caprichos mundanos de hombre superior. Aquel Heidegger madrileño cambiando el jarro por la manzana. Pero entre él y sus circunstancias —María Zambrano, por ejemplo—, no seré yo quien acompañe a Sarrión en confundir la causa con sus efectos más o menos astutos.

Y sobre los modernos y los contemporáneos, muchas proclamaciones que están por ver, sencillamente. Más las filias que las fobias, lo que no dice poco ya del carácter magnánimo de Sarrión. No quiero terciar yo aquí en la economía del tencontén que se declina en *Cargar la suerte*. Numeraré tan sólo sus filias más frecuentes, que él mismo proclama —«Esta es mi tribu, mi gente»—, abiertos y en letanía con generosa profusión: Gabriel Ferrater, Gil de Biedma, Carlos Barral, García Hortelano, Miguel Espinosa, Martín Gaité, Marsé, Angel González, Rafael Sánchez Ferlosio, Claudio Rodríguez, Rafael Conte, Buñuel, Cortázar, Leopoldo María Panero. Y el lector de Sarrión, yo mismo en

este caso, debería preguntarse si, junto a éstos, compondrán todos los implicados del día en estas páginas, los tirtos y los troyanos todos juntos, una actitud moderna de la cultura española respetable y autónoma.

Ya se ha dicho que estas memorias íntimas, culturales, son suculentemente entretenidas y amenas, gracias seguramente, sobre todo, a su sagaz recurso a la argumentación fragmentaria. Pero no sería ni siquiera medianamente justo si, junto a ello, no recordáramos además el generoso ingenio, una ternura cálida casi siempre en las encrucijadas necesarias; y la gracia satírica en muchos sucedidos y casos revisados, como el estilo casi siempre excelente de la prosa. El interés culto de los contenidos suele ser extenso, variado y poco convencional; desde las divagaciones y éxtasis casi líricos de algunos retazos de vivencias personales, intercalados con prudente parsimonia, a algún que otro comprimido retable satírico de costumbres; y más en general a los intensos debates intelectuales desplegados a veces hasta la broma casi epigramática, o como noticias curiosas y datos para recordar. Pese a todo lo cual, amable y positivo, creo advertir que recorre las páginas de *Cargar la suerte* una tensión muy poco confortable, aunque pudiera ser definitivamente estimulante: la percepción de lo inestable y de lo descentrado, ese incómodo sentimiento de incompletitud activa al que acaso le deban los mejores impulsos de su cultura los hombres de talento. Su reverso normal descubre y diagnostica el sentimiento más generalizado, a la vez grato e inquietante, de la lucha por la cultura, el eterno perfil agonístico de las exigencias de universalización y de centrado. □

### RESUMEN

Detecta García Berrio en el sector otrora progresista de la generación del cambio político —son sus palabras— una cierta tendencia a hacer balance literario de sus propias cuentas culturales, cuando no políticas y generacio-

nales. En este contexto encuadra la obra que comenta de Martínez Sarrión: un centón de reflexiones y de miradas en torno, contado con amenidad y con la distancia irónica mordaz que la ocasión requería.

Antonio Martínez Sarrión

*Cargar la suerte*

Alfaguara, Madrid, 1995. 325 páginas. 1.800 pesetas.

# Ejemplos de plurilingüismo literario

Por Francisco López Estrada

**Francisco López Estrada** (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente por Andalucía de la Real Academia Española y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha sido vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas y es autor de estudios sobre libros de viajes medievales y de una Introducción a la literatura medieval española, así como de distintas ediciones críticas y monografías sobre textos y autores de la Edad Media y de los Siglos de Oro.

Quiero emparejar dos libros que no tienen entre sí ninguna relación: la edición de unos sermones de San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412) y la de un libro de pastores, *Los diez libros de Fortvna d'Amor*, de Antonio Lo Frasso. Los junto aquí como testimonio de que, independientemente de pertenecer el uno a la Edad Media y el otro a los Siglos de Oro, la reunión de las lenguas que fue necesaria para su logro ha de ser considerada como una situación favorable a la comunicación; por esto hay que entender y valorar la obra literaria resultante dentro de las circunstancias de la historia en que cada una aparece.

La primera de las obras referidas es el libro que Pedro M. Cátedra ha dedicado al estudio del *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media*, centrándolo en el caso del testimonio en lengua castellana de la difusión de una parte de la obra del fraile valenciano San Vicente Ferrer (1350-1419). P. M. Cátedra lleva muchos años dedicado al estudio de los sermones y los considera como un factor activo en la iniciación de las literaturas modernas del Medievo, en este caso hispánicas. Este libro expone una manifestación más de esta dedicación, aplicada en este caso a uno concreto: a los testimonios que quedan de la exuberancia sermoneadora del Santo, fluyente en Castilla entre enero de 1411 y abril de 1412. Representa, según el autor, «la mejor colección de sermones en romance castellano de la Edad Media» (pág. 8).

Es conocida de todos la gran diligencia viajera del valenciano San Vicente Ferrer

## LOS DIEZ LIBROS DE FORTVNA D'AMOR

compuestos por Antonio delo Fraile militar, Sardo, dela Ciudadde Lalguer, donde hallaran los honestos y apazibles amores del Pastor Frexano, y de la herimofa Pastora Fortuna, cõ mucha variedad de inuenciones poeticas e historiadadas. Y la fabrota historia de don Floricio, y de la pastora Argentina. Y vna inuencion de juistas Reales, y tres triumphos de danças.

Dirigido al Illmo. Sdon Luis Carrax, y de Centellas Conde de Quirra, y Señor de las baronias de Centelles.



IMPRESSO EN BARCELONA.  
En casa de Pedro Malo Imprentor, con licencia de su Señoría Reuerendíssima.

Los diez libros de Fortvna d'Amor, Pedro Malo, Barcelona, 1573 (portada del facsímil).

en su labor de predicación. Para el caso que trata este libro no puede establecerse una ruta segura del camino que siguió, pero sí deducirse aproximadamente que partió de Murcia para llegar a Ciudad Real y pasar a Toledo e internarse por Castilla a través de Medina del Campo hacia Zamora, para luego volver en abril de 1412 hacia Alcañiz y luego Caspe, en donde le esperaba la gran tarea del Compromiso aragonés. P. M. Cátedra reúne la información sobre esta campaña religiosa del fraile; como dice, importa conocer y estudiar los sermones en lengua romance que aún no están catalogados; y en este caso el libro que nos ocupa es fundamental en cuanto a los que pronunció en el curso de este viaje por Castilla, a donde fue llamado el fraile probablemente por Pablo de Santa María y con el beneplácito de don Fernando, el llamado infante de Antequera, por la villa que acababa de conquistar a los moros en 1410. El editor se centra en la colección contenida en un manuscrito castellano de la Real Academia Española, que publica apoyado en otro del Colegio del Corpus Christi de Valencia (en latín); a esto se añade una «Relación a Fernando de Antequera», códice de la Biblioteca Universitaria de Oviedo, y algunas ediciones impresas de los textos castellanos, tardías, a partir de 1561, y otros dispersos.

## Estado medio del sermón

P. M. Cátedra plantea la dificultad que, desde el punto de vista de la teoría literaria, implica el «texto» de un sermón. Lo que se atribuye al predicador es un «estado medio» del sermón pronunciado, que estuvo precedido por la preparación que del mismo hizo el orador religioso, y fue seguido por la escritura (si ésta acontece) que un redactor hizo de lo que oía. O sea que se trata de una oralidad coexistente con la escritura (pág. 84). Con minuciosidad en el prólogo se estudia esta relación; y el editor llega a matizar hasta catorce especies de la misma (págs. 84-91). De entre ellas destaca la «reportatio», que sirvió como texto inicial para la difusión escrita de la obra resultante. Estos «reportadores» eran clérigos de mano suelta en la escritura, que transcribían en lo que les era posible el sermón (a veces en latín y otras en una lengua vernácula); a través de estos documentos podemos acercarnos a la oratoria sagrada del Santo. La «reportatio» es una labor que requiere una cierta profesionalidad organizada, de orden clerical, en la cual el fraile es el centro activo de la palabra del sermón.

Las cuestiones filológicas implicadas en esta compleja trama literaria son tratadas por P. M. Cátedra con gran rigor, y así estos sermones pueden aplicarse en cualquier sentido que se quiera. Sabido es el gran interés social y político de los mismos; fray Vicente, dominico, fue un predicador mendicante de gran popularidad, y lo califica como «una figura pública de grandísima enjundia, traía mensajes nuevos...» (pág. 225). Extrae de los mismos las características de esta novedad, sobre todo su preocupación por la reforma moral de los fieles y los beneficios que se sacan del ejercicio de la virtud y el rechazo del pecado, y que llegan a la comunidad (aldea, ciudad o reino). De esta manera el sermón implica en su fondo la exposición del gobierno «ideal» de la vida social, o sea que posee una utopía subyacente. Por eso el regidor, de cualquier orden que sea, tiene la obligación de contribuir a esta lucha contra el pecado, y prever los daños que causa a todos. La consideración contraria a las mujeres y el anti-judaísmo, comunes en estos sermones,



Las mujeres oyen al predicador; puede verse a un morisco y a un judío.



La predicación de San Vicente Ferrer (Museo de Bellas Artes de San Carlos, Valencia, fines del XV o comienzos del XVI).

pertenecen a la tradición general de la Cristiandad europea; en esta última cuestión el fraile se manifiesta por la segregación de las aljamas y la aceptación total de los conversos en la comunidad cristiana (pág. 243). Los judíos (y los moros) acudían a los sermones, y el fraile se dirigía a veces a ellos para convencerlos de que recibiesen el bautismo.

Quedan numerosos testimonios del gran impacto que produjeron estos sermones en la sociedad de la época, incluso de

orden literario, en los Cancioneros. La pobreza y severidad del fraile y los que iban con él en una compañía piadosa y que convertían los sermones en un gran espectáculo producían un gran efecto entre los poderosos de la sociedad civil y el clero de la alta Iglesia, y a veces reserva y aun temor. El fraile estaba al tanto de lo que ocurría en las Cortes, y así se demuestra con la de Castilla, con Enrique III, cuya política inter-



«... y vido que ciertos pastores y pastoras començaron vn bayle trauados de las manos...» (folio 53 v.).



«Las parejas se solazan en el campo con la música o la conversación» (folio 242).

Viene de la página anterior



Pormenor del citado retablo; en primer plano, a la izquierda, el «reportador», que recoge las palabras del predicador.

nacional de gran alcance no era de su agrado. San Vicente nos ofrece la primera noticia sobre el efecto de la importante embajada del rey al Gran Tamorlán (1403-1406); el fraile asocia al soberano oriental al que se envía la embajada con el Anticristo, uno de los motivos favoritos de sus sermones. El contenido de su oratoria implica un examen de la sociedad que los oye y, por tanto, resulta siempre vivo; es un testimonio que se manifiesta de una manera patente, aún en nuestro tiempo. He aquí algunos de estos temas: a) la muerte y su correlación, la brevedad de la vida; b) la consideración de la ciencia mundana, a la que tenía por estulticia; c) es notable en especial su gusto por los temas asuncionistas, de una raigambre dramática paralela a esta predicación, un argumento más en favor del teatro medieval; y d) su afición por la mención del nacimiento de Cristo, promotor de devoción contemplativa.

### Complejidad de factores

El libro de P. M. Cátedra recoge una documentación fundamental de esta proyección de San Vicente Ferrer en estos años de 1411 y 1412 sobre Castilla. Y esto fue ocasión para plantear el difícil tema de la función del sermón como forma literaria de comunicación entre el predicador y el público que lo oye. Entra en juego una gran complejidad de factores en cuanto a la conservación de un «texto» de condiciones tan peculiares. Y en este caso para lograr la función comunicativa inherente al sermón hubo que relacionar lenguas diversas con el mismo fin: el latín como lengua de fondo y apoyo por la condición religiosa del contenido; y las vulgares, que aquí son el valenciano, lengua vernácula del fraile, y el castellano del reino de Castilla, propio de los que reciben el mensaje de la predicación en una gran variedad social, desde los reyes a los campesinos. Sólo considerando un intenso tránsito verbal entre esta variedad lingüística pudo darse el efecto social y religioso que pone de relieve P. M. Cátedra en su estudio. Y la lectura de estos sermones, posible por los testimonios mencionados, aun contando con que son piezas circunstanciales por naturaleza, causa aún hoy un vivo

efecto por su relación con la realidad que denuncia el fraile y la forma en que se esfuerza por mantener viva la atención y curiosidad de los oyentes. Véase un ejemplo en el sermón 16, refiriéndose a la belleza humana mortal: «Ca la fermosura de un omne o de una mugier, por fermosos que sean, non es synon fermosura de monumento [sepulcro] fermoso, que de fuera está cobierto de oro e de azul e bien labrado; e si myras de dentro, fallarlo has lleno de huesos de muerto e fediendo e lleno de gusanos. Así es el omne o la mugier, que de fuera son bien vestidos e bien apostados e parescen fermosos, mas si ome abriese lo de dentro, ¿o, qué suzia cosa fallaría! ¿E qué fallaría? Tripas de puerco con su salsa. Pues si tú has puesto tu amor en alguna criatura por ser bella, ama a Ihesú Christo e a la Virgen María» (pág. 444). Siempre la cercanía del pecado resulta de más envidia literaria que el elogio de la virtud por sí misma, y de ahí que los sermones participen aun del encendido fervor comunicativo del fraile valenciano dirigiéndose en este caso a los castellanos. Y para esto no era obstáculo la diversidad de las lenguas, que así se aceptaba como una forma de relación entre los reinos de España, en este caso establecida con un fin religioso de transcendencia política y social.

### Una rareza literaria

El otro libro al que voy a referirme es uno de los más raros de nuestra literatura. Se publicó primero en Barcelona, en 1573; luego obtuvo en 1740 una insólita edición en Inglaterra, promovida por un judío, Pedro de Pineda, hecha de manera lujosa y con ilustraciones; curiosamente también había cuidado con esmero una edición del *Quijote* (Londres, 1738) y otra de las *Novelas ejemplares* (La Haya, 1739). La obra que comentamos no había vuelto a editarse hasta esta aparición de 1992, que es un facsímil de la primera de 1573, precedido de un estudio de María A. Roca Mussons. El título con el que aparece esta nueva edición es un tanto equívoco: *Antonio Lo Frasso, militar de l'Alguer*, pues no implica la edición del precioso facsímil.

Es, pues, un acierto que el Instituto sui Rapporti Italo-Iberici del C.N.R. de Cagliari haya publicado este escondido libro de pastores de la literatura española. El autor, Lo Frasso, fue uno de los que Cervantes nombró de una manera enigmática en varios de sus libros (*Quijote*, I, 6, *Viaje del Parnaso*, III, y además de *El vizcaíno fingido*), pues unos entienden que es burla lo que escribe de él y otros (con los que estoy) ironía amistosa para llamar la atención sobre el que acaso pudo ser su amigo.

M. A. Roca Mussons sitúa la obra en el cuadro literario de la época y analiza su peculiar estructura, en la que se suman episodios pastoriles con otros muchos de diversa índole, sobre todo cortesana. Los primeros corresponden a la isla de Cerdeña (de donde era el autor), y los otros, a Barcelona (en donde vivió parte de su vida al servicio de la señora Mencía Fajardo). En el prólogo, la editora reúne el mayor número de datos que conocemos sobre el autor, su bibliografía y la mención de algunos documentos que lo sitúan en su entorno familiar dentro de la sociedad de la época; de ellos se deduce la declaración de «militar sardo de la ciudad de Alguer» que figura en la portada. Añadamos que la autora imprime también una *Curiosa Relación* del mismo autor (Barcelona, 1606) en la que desfilan «los hombres y las mujeres de toda suerte de vicios; van las coplas glosadas al cabo con romances antiguos...».



«Dos pastores amigos cuidan del ganado y hablan lo más probable de amor» (ilustración del folio 92 v. de la novela pastoril).

Me importa, en particular, señalar cómo afluye en el libro un plurilingüismo que sostiene la obra. *Fortvna d'Amor* está escrito en el castellano que corresponde a la lengua del género que encabeza la *Diana* de Montemayor, una modalidad narrativa y lírica conjuntamente, asegurada en la literatura española. El armazón de la obra parece biográfico, pues lo cuenta en parte de una manera personal: el pastor Frexano (< Lo Frasso) es él mismo. Y esto ocurre siendo el autor sardo, y los protagonistas de la obra, de Cerdeña y de Cataluña, y la acción transcurre en estos lugares. El mismo autor justifica esto en el prólogo en una Carta a los lectores elogiando su propia lengua sarda y razonando el motivo por el cual escriba aquella obra en castellano: «Aunque no ha sido poco mi atrevimiento escrebir en la presente lengua [castellana] y dejar mi natural sarda, no por falta de que no sea muy buena y muy cumplida de vocablos, tanto como otra alguna...». Lo Frasso elige con libertad y según conviene a la ocasión la lengua que usa. Y así prefiere el castellano para el cuerpo del libro, pero esto no es obstáculo para que se valga del sardo en tres piezas poéticas (V, 149 y 157; VII, 140-141), del catalán en dos (IV, 139, y X, 323) y también en el acróstico con que cierra el libro. En Barcelona señala que algunos letrados de las fiestas están en catalán y en castellano (VIII, 259). Cita en su lengua a Ausias March (IX, 298), y a Petrarca, en italiano (IX, 298-299). El plurilingüismo es una manifestación de la variedad que concierne con la condición de la obra, en la que, como ocurre en los libros de pastores, cabe todo: la prosa y el verso italiano y cancioneril (con algún acercamiento al popular), lo pastoral y lo cortesano, aquí a veces yuxtapuesto, a veces obra de imaginación, y otras, cercana a las Relaciones de fiestas.

Cierto que la obra de Lo Frasso no es de las que pueda destacarse por su categoría poética ni en el verso ni en la prosa, y que

su expresión lingüística resulta a veces envarada comparándola con la de otros autores, pero el suyo es el caso de un autor en el que la concurrencia de lenguas no le hace sentirse limitado en su probado empeño de comunicación literaria. Se esfuerza por hacerlo lo mejor que puede y a veces acierta, como cuando nos deja el testimonio de esta preciosa copla que don Quijote (I, 10) conocía tanto, que la usaba en parte como frase hecha que todo el mundo entendía:

Véante mis ojos  
y muera yo luego,  
dulce amor mío,  
pues tanto te quiero.

(VI, 198)

O el de esta otra, que merece ser popular por su gracia y sencillez:

Dios me libre de amor,  
pues dicen que da dolor.

(III, 94)

### Una fuente de noticias

Hemos de agradecer a M. A. Roca Mussons que haya publicado otra vez un libro muy poco conocido, aunque frecuentemente citado, situado en la misma línea que *La Galatea* de Cervantes (1585), autor al que es posible que el sardo hubiese conocido y que acaso fuera su amigo; o, por lo menos, se puede decir que coincidieron en algunos puntos de sus biografías. La obra, además de su valor literario circunstancial, es una fuente de noticias sobre Alguer y en particular sobre Barcelona, especialmente acerca de las fiestas cortesanas que sostenían en la vida social las manifestaciones del arte de la época. Y también es un claro ejemplo del plurilingüismo que puede testimoniarse en la literatura española de los Siglos de Oro en estos casos de obras que se sitúan lejos del centro madrileño, en los límites de la irradiación hispánica del Mediterráneo. □

### RESUMEN

López Estrada reúne en su comentario dos libros muy diversos: el uno recoge en castellano los sermones del valenciano San Vicente Ferrer y constituye pieza fundamental del género de la predicación en la literatura española de la

Edad Media; y el otro es un facsímil de una obra pastoril escrita en castellano por un autor sardo. Para López Estrada, ambas obras son testimonio del plurilingüismo que informa determinados aspectos de la literatura española.

Pedro M. Cátedra García

*Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)*

Junta de Castilla y León, Salamanca, 1994. 714 páginas. 3.030 pesetas.

María A. Roca Mussons

*Antonio Lo Frasso, militar de l'Alguer*

Consiglio Nazionale delle Ricerche, Istituto sui Rapporti Italo-Iberici, Cagliari, 1992. 76 + 344 páginas.

# Federico de Madrazo, pintor epistolar

Por Julián Gállego

**Julián Gállego** (Zaragoza, 1919) ha sido profesor de las universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

Federico de Madrazo y Kuntz (Roma, 1815-Madrid, 1889) fue hijo del pintor montañés José de Madrazo, pintor de Carlos IV, y de su esposa Isabel Kuntz, hija del pintor tudesco Tadeo Kuntz, vecindado en Roma, a donde José había emigrado por acompañar a su real patrono en el exilio. Este matrimonio tuvo once hijos, que a su vez se multiplicaron cristianamente, lo que hizo a don José paralelo de Abraham, en sentido estético, ya que sus descendientes llegaron (casi) a emular las estrellas del cielo y las arenas del mar.

Cuando en Madrid hablamos de la calle de los Madrazo no acabamos de saber a cuáles nos referimos, ya que el tálamo del santanderino ya había producido tres antes del citado, al que seguirían otros siete, que a su vez se multiplicaron, en general con personas adictas al arte. Carlota Madrazo otorgó otros diez (aunque con postergación del apellido) a su esposo Eugenio de Ochoa; Pedro logró cuatro de Manuela Rosales, etc. Luis, el penúltimo hijo del montañés, pudo así completar el círculo, desposando a su sobrina «Mimí» (o seáse Luisa), hija primogénita de Federico y de su primera esposa, Luisa. De la segunda, Rosa, no tuvo descendencia; pero ya la aportaba ella, como viuda de Garcés.

Tampoco él necesitaba más, ya que Luisa Garreta le había otorgado la paternidad, además de «Mimí», de Rosa, Antonio, Raimundo (el gran pintor de la tercera generación, que engendró en su primera boda con su prima Eugenia al inolvidable «Cocó», esto es, Federico-Carlos de Madrazo, también pintor y personaje sobresaliente del París de su amigo Marcel Proust), Isabel, Cecilia (esposa, por su parte, de un famoso catalán de oscuro linaje, ennoblecido por su arte: Mariano Fortuny, a quien daría un hijo del mismo nombre, no menos famoso y mucho más laborioso que su primo «Cocó», inventor y artista) y Ricardo, también ilustre artífice. Y subrayemos que el último hermano de Federico, Juan de Madrazo y Kuntz, es autor de algunos edificios madrileños como el Palacio de Villagonzalo (Hortaleza, 85) o la fachada (a lo Fischer) de las Calatravas.

En resumen, una verdadera dinastía de la que Federico fue el mayor soberano, el mejor retratista del XIX español y dos veces director del Museo del Prado, que ha querido celebrar su memoria con una doble exposición, de pinturas y de dibujos, sin necesidad de centenario, y con la edición simultánea y poco usada de su *Epistolario* en dos gruesos tomos; en el primero recoge sus cartas al padre (núms. 1-179), a su hermano Luis (180-222), a su esposa Luisa Garreta (223-239), a sus hermanos Pedro (241) y Cecilia (242), y a sus hijos Isabel (243) y Ricardo (244-247); en el segundo, a su hijo Raimundo (248-518) y a su amigo el pintor Vicente Carderera (519-574).

Quizá sea imprescindible trazar aquí una brevísima biografía de Federico de Madrazo, autor de las cartas que, inusualmente, edita el Prado. Nacido en Roma el 9 de febrero de 1815, se trasladó a Madrid con sus padres a los cuatro años, y «rodeado de lápices y pinceles, su mano infantil se acostumbró a manejarlos como otros niños manejan sus juguetes», como escribiría en 1845 su cuñado y biógrafo Eugenio de Ochoa, quien añadía que,



Federico de Madrazo en su taller.



Condesa de Vilches.

rodeado también «de una preciosa colección de obras didácticas, históricas y literarias, con ellas aprendió a leer», en lo que acaso el cuñado se exceda, pues en una época de pintura sobre temas literarios e históricos, Federico no se excedió en representarlos, y una vez pasado el sarampión de una moda que no sentía, apenas los volvió a tratar. Bastante más le formaron sus viajes a París (el primero en 1833, el segundo en el 37 y el tercero en el 43), en donde Ingres le causó la impresión que David había ejercido en su padre José, con la diferencia de que el progenitor jamás alcanzó (ni en la coreográfica *Muerte de Viriato*, su mejor cuadro de historia) la altura sentenciosa y plástica del modelo, mientras Federico se aúpa en algunos de sus retratos al nivel del modelo y hasta, en ocasiones, lo supera en expresividad y en sabor plástico (recordemos su *Condesa de Vilches* o su *Condesa de Muguero*). En 1835, Federico contrajo matrimonio con Luisa Garreta, que al año siguiente le ofrecía a Luisa, primer fruto de su amor. Previamente, el pintor había afianzado su carrera y su estilo cotidiano en el lienzo *La enfermedad de Fernando VII* (1833), en que vemos a la reina en el papel de cariñosa enfermera, cuadro paradigmático del sentimiento casero que es la cara opuesta del asombro historicista, en el que Federico no se siente tan a gusto, o acaso seamos nosotros, que solemos leer la historia con más escepticismo, quienes pensamos en escenarios de ópera al ver a los Godofredos de Bouillon, Alvaros de Luna, Pelayos y Rodrigos con que el joven Madrazo paga su deuda a la inexcusable pintura de Historia, que le produce, por cierto, en París, 1838, una medalla de oro gracias al Gran Capitán.

Luisa, su esposa, le brinda el segundo fruto de su amor, Rosa, y los cuatro se van a Italia, donde, tras un atisbo de turismo estético, se instalan en Roma hasta 1842. Allí traba contacto Federico con los pintores «nazarenos» alemanes y allí nacen sus hijos Antonio y Raimundo (llamado éste a ser el gran pintor de la tercera generación madraziana), así como

su admiración por los temas simbólico-religiosos, que influyen, según Overbeck, en el renacimiento de la pintura. Federico atrapa un sarampión nazarenista (que alarma no poco a su genitor, don José, más «pagano» o «laico»), que va a producir obras de oratorio mundano, como *Godofredo de Bouillon en el Sinaí* atendido por dos ángeles madracianas (1839, Alcázar de Sevilla) o las mucho más sentidas *Mariás ante el sepulcro* (1841, íd.), antes de regresar a España en 1842 para ser nombrado (1843) director de Pintura de la Academia de San Fernando e Individuo de la misma (1846). En ese breve plazo pierde a su hijo Antonio y gana a su nueva hija Isabel (1845).

## Triunfos estéticos y mundanos

Con motivo de visitar a un doctor alemán, para consultarle sobre sus molestias ópticas, va a París en 1853, de donde pasa a Munich, Dresde y Berlín; evacuada la consulta, emprende el regreso. Todavía la heroica Luisa Garreta le ofrece dos frutos más de su fecundo matrimonio: Cecilia (1846), que, andando el tiempo, casará con Mariano Fortuny, y Ricardo (1852), antes de fallecer, de parto, en 1854. La sigue al más allá su segunda hija, Rosa (1856), acompañada (en 1859) por el fundador de la dinastía, don José de Madrazo.

Los triunfos estéticos y mundanos llueven sobre Federico con una abundancia que no es posible reflejar en estas líneas biográficas. Entre los más interesantes figuran su nombramiento, en 1860, como director del Museo del Prado, cargo del que le despoja la Revolución del 68, pero que volverá a ocupar en 1881 hasta su muerte, en 1894, en que su cadáver será expuesto en la rotonda del edificio de Villanueva, bajo el amparo del *Cristo* de Velázquez. Aún habrá tenido tiempo, entre tanto, para casarse en segundas nupcias con Rosa Guardiola, el mismo año (1874) de la boda de su hijo Raimundo con su prima Eugenia de Ochoa, de cuyo matrimonio nacerá el ama-

dísimo nieto «Cocó», causando la muerte de su madre. Poco avezado a la viudez, como su mismo padre, Raimundo casará en segundas nupcias con María, hija del compositor Reynaldo Hann, acaso pensando que tenían la música un poco descuidada.

Me ha parecido obligada esta noticia biográfica del autor del *Epistolario*, ya que (no sé si por culpa de la ya citada calle de «los Madrazo» en el nomenclátor de Madrid) a veces se le confunde con su padre, sus hermanos, sus hijos y hasta su nieto. Y también para explicar el tono, evidentemente familiar, de las cartas que el Prado exhuma hoy y cuyos principales destinatarios son don José y Raimundo, en dos épocas y ocasiones distintas: de 1834 a 1856, con tratamiento de Vd. y respetuosa sumisión, en las del primero; y de 1862 a 1893, con cariñoso tuteo y moderada autoridad, en las del segundo. Las dirigidas a los demás hermanos e hijos, escasas, carecen del interés de esas dos series que (salvo la infancia y la muerte) cubren la biografía de Federico. Las dirigidas al pintor Carderera no carecen de datos de especialista, pero no se apean de un Vd. que las aleja y retiene.

La primera carta de Federico a don José de Madrazo lleva fecha, en Madrid, de 26 de abril de 1834; trata de arreglos domésticos en la finca llamada «el Tívoli» y es casi infantil. El autor tiene diecinueve años y está sometido al respeto de su progenitor, aunque le llame confiadamente «Querido Papá» (pero con mayúscula). La siguiente es de 1837, iniciando una correspondencia seguida hasta 1846. No conocemos las respuestas, aunque se suponen o deducen. Federico tiene ya veintidós años y es capaz de seguir un viaje a través de Aragón hasta la frontera francesa, en plena guerra carlista, y de cuidar de su esposa y de su niña, así como de su hermano Pedro, a quien llama Perico y considera casi un niño, aunque sólo le lleve un año. Van en diligencia y se preparan a cruzar los Pirineos a caballo, con grandes



Viene de la página anterior



sombreros de paja (estamos en agosto) y «a la niña la lleva un arriero en un macho con un paraguas», hasta llegar a Olerón, que confunde (o es el copista) con Olorón, que es el nombre de la villa y río de los Pirineos (Olerón es una isla de la desembocadura de la Charente), de donde pasan a Pau y a Burdeos, haciendo en cada lugar visitas de arte y cortesía a los veraneantes, sin olvidar interesarse por toda la familia y por el cuadro que su padre está pintando: «Aquí no se habla estos días más que de la inmediata entrada a España de tropas francesas», lo que no impide a los intrépidos cónyuges ver la ópera *La judía* (de Halévy), que «dicen que es magnífica», y al pintor hacer retratos a sus familiares. Por fin, el 13 de octubre llegan a París y se dedican a visitas de conveniencia (Dauzats, Taylor, que va a presentarlos al rey Luis-Felipe) y de monumentos y museos, mientras buscan alojamiento con taller. El museo del Louvre ha cambiado mucho desde el primer viaje, de 1834: «Hice una visita de su parte de V. al retrato de Pío VI de David», pero nada parece entusiasmarle más que el *Nafragio de la Medusa*, de Géricault. Federico se admira de las calles de París: donde Perico ve lodo, Federico ve «anchas aceras, mucho más que las de la calle de Alcalá, de un betún que se endurece al momento y parece piedra... El alumbrado de gas se ha generalizado mucho... El miedo de ser atropellado por los carruajes ya no existe, como cuando V. estaba en París, pues como entonces creo que no había aceras en todas las calles, era sumamente fácil el ser atropellado...». En octubre, Federico piensa pintar un cuadro sobre la muerte de *Don Alvaro de Luna*, para exponerlo junto al *Gran Capitán*, que Mr. Taylor quiere enmarcar con todo lujo... *Los hijos de Eduardo*, de Paul Delaroche, es de lo mejor del Luxemburgo...

El 27 de octubre ya cuenta con una casa, una criada francesa, unos muebles que venderá al marcharse y cargas de leña que «es algo cara aquí y parece que habiendo tantos árboles no debía de ser así». Ha ido con Taylor a ver los cuadros españoles que ha traído de España y que «al rey le gustan mucho... excepto los de Goya». Feliz divergencia, que nos los puso a salvo mientras han llevado «unos 30» de Zurbarán y buenos cuadros de Ribera y varios de Velázquez «y una cabeza, esta última me parece lo mejor que hay aquí de este autor. De Murillo también hay buenas cosas, también hay de Alonso Cano...». (A la caída de Luis-Felipe, la mayor parte se venderán en Inglaterra...)

Hay un detalle curioso en esta correspondencia. Jamás se felicitan las Navidades ni el Año Nuevo, ni más santos que el de don José. Y así se pasa a 1838 como paganos. Sospecho que ya habría felicitaciones impresas o acaso dibujadas, pero nunca se citan. Tampoco parece que celebren fiesta de Reyes ni se coman la «galette», que corresponde al roscón español. En cambio, van a los «ballets» y se refieren a los bailes de Carnaval, de tan abundante iconografía francesa. Pero lo que más importa a Federico, con su papá y demás familia (sin olvidar a Perico, que inicia sus estudios, no de arte, sino de leyes), son las exposiciones y las noticias de su oficio, amén de detalles muy vivos y castizos, como el «frío de todos los diablos» del 27 de enero: «El aceite, el agua, los orines, los huevos, el pan, la tinta, todo se hiela. Los cristales de todas las casas parecen de alabastro, tienen un dedo de hielo. Las calles están sumamente resbaladizas, tanto que en algunas se puede patinar...». Pero Federico sigue trabajando en su *Godofredo* y aún le queda tiempo para acudir a casa del banquero Aguado, «que es una corte», aunque confunde a Jordán con Correggio y da como Murillos los cuadros sevillanos de un tal Dominé...

El 1 de marzo se inaugura la exposición del Louvre. «¡Qué empujones! ¡Qué tropiezos! ¡Qué caerse los sombreros y rasgarse

las levitas!» (Recordaré de paso que los caballeros no se quitaban sus sombreros, ya no en el museo, pero ni siquiera en el teatro o en el baile.) Federico elogia los cuadros de Ziegler, Alaix, Gallait, Deveria, Graner y el amigo Dauzats... «Hay muchos cuadros buenos y muchos malos», en lo que no hemos variado en más de siglo y medio. Entre el bautizo de su nueva hija Rosa-Cecilia-Paulina (que «es una traga-aldabas que ya, ya») y la felicitación de San José para el querido Papá, nos comunica su nueva visita a la Exposición, con los cuadros de Roqueplan (su *Magdalena penitente* —que hoy debe de yacer en algún museo de provincia— le parece «un "capo d'opera"»), mientras le desconcierta que su propio *Gran Capitán* «me lo han puesto en un sitio bastante sombrío», han reducido su comentario impreso, y aunque Mr. Taylor dice que lo hará colocar en mejor sitio, «ni lo creo, ni lo dejo de creer»... Angustias de un joven genio en otro país... Menos mal que en el *Diario de los Debates* elogian su cuadro... Y que él, que no suele leer mucho, se ha entusiasmado con *Le mie prigione*, de Silvio Pellico, que tantas lágrimas hizo derramar antes de la sequía de nuestro tiempo. Mucho le debió de gustar, porque cuando habla de libros suele referirse a los álbumes e infolios que le encarga don José desde Madrid, con los estatutos y catálogos de las academias.

### Pensando en Roma

Ya en junio comienza a pensar en irse a Roma («seis meses me parece que me bastarán, y luego unos dos o tres para ver algunas otras ciudades de Italia, de modo que para San José del año 1840 podamos comer todos juntos»). Pero eso será cuando pinte para la Exposición su *Godofredo en el monte Sinaí*: «Estoy con más ambición de gloria que el mismo Napoleón... «Si no consigo lo que deseo el año que viene, me iré a Roma muy poco tiempo y después me volveré a Madrid y me contentaré con hacer retratucos. ¡Quiera Dios que no me lleve chascos!» ¡Qué lejos estaba de saber que esos «retratucos» serían los que inmortalizarían su apellido! Mientras tanto asiste a la remodelación de París. «La Magdalena está enteramente concluida... La Academia o Escuela de Bellas Artes es una cosa encantadora... También será hermosísima la iglesia de San Vicente de Paul (nuestra parroquia) que se está haciendo... Notre-Dame de Lorette también está concluida, es muy elegante y hay en ella algún cuadro bueno... El Panteón y el Arco de la Estrella ya están concluidos... «Las obras de la plaza de Luis XV, o de la Concordia, ya están tocando a su fin», escribe el 6 de julio de 1836 (nunca dice nada del 14...), añadiendo, en postdata, que «todo lo que se diga poniendo en las nubes esta Galería Española (del Louvre), suponiendo que en España ya no han quedado cuadros buenos, es una solemne tontería, lo mismo que el decir que todo lo que ha traído el barón Taylor es sumamente malo».

En carta de 4 de agosto expresa su admiración ante la nave, recién estrenada, de la Magdalena, con las pinturas de Ziegler, que «como ha sido discípulo de Ingres tiene mucho de su talento», y ante la restauración de la Abadía de St. Denis, elogiada por Perico: «La escultura pintada hace muy bien cuando se sabe hacer, no cuando está hecha como los santos de las iglesias de España...». En agosto está dispuesto a atacar el *Godofredo* y afirma que «en España la única grande escuela que ha habido es la sevillana, que es original, no pareciéndose a ninguna otra...». Y, mientras, se inaugura el ferrocarril... y la familia Madrazo se muda a una calle «que no la debe V. de conocer, pues casi todas las casas son nuevas»... «Son preciosas y ya están iluminadas con el gas»... «En nada se parece esto a las cosas que

se hacían en otro tiempo. Cada día se adelanta lo que no es creíble, yo no sé a dónde irá esto a parar». Y Federico, como buen español, se entristece «comparando este movimiento, estos adelantamientos, estas actividades, esta riqueza, etc., con la pobreza, el abandono y el retraso de nuestro pobre país...». Y eso que no cuenta, hasta una carta posterior (16 noviembre), «la noticia de haber sido quemada la diligencia de Madrid a Toledo y de haber sido fusilados los cinco viajeros. ¡Mire V. que eso está bueno!, entre caribes puede que no se haga más...».

Las aficiones germánicas de Federico deben de tener alarmado a don José, por lo que escribe a su padre (24-XII-38, por cierto y como de costumbre sin alusión alguna a la Navidad) «que no crea que su hijo se pierde», aunque expresa su admiración por Cornelius, «hombre de grandísimo mérito». «Los alemanes —añade—, y no crea V. que yo tengo tendencia al alemanismo, quizás son los que más adelantados están en la pintura, se cuentan muchos buenos pintores entre ellos. Por descontentado que el estilo grande religioso ellos lo entienden mejor que nadie...» En la carta siguiente (18-I-39) alaba a quienes recuerdan en su estilo a los antiguos maestros, como Cornelius y Overbeck. Pero también alude con entusiasmo al «gran descubrimiento hecho por el pintor Daguerre... de hacer que por medio de la composición de un papel se reproduzca en él por medio de la luz, en la cámara oscura, cualquier objeto y en muy poco tiempo...», sistema que ya ha merecido los plácemes de Arago y Delaroche, y sobre el que Madrazo vuelve en varias ocasiones; también habla de otro «nuevo método de grabar medallas por medio de la misma medalla», todavía mejor, «por medio de una máquina aplicada a una estatua se hacen estatuas de cualquier dimensión...». «Por consiguiente, el grabado y la litografía dejarán de existir», lo que no debió de tranquilizar a don José, director del Real Establecimiento Litográfico de Madrid. Para acabar de convencerlo, le comunica (30-III-39) que «desgraciadamente ha pasado bastante de moda la litografía... Por otra parte (15-III), «se ha quemado el diorama (de Daguerre) todo entero»... y sin que «el Rey ni el Ministro del Interior le hayan mandado un mero recado de atención».

Tantos son los temas de interés en esta correspondencia, que con tan suelto y castizo estilo nos pone al día de las ocupaciones de Federico, que es imposible evocar en este artículo ni lo más mínimo de ellas. La apertura del Museo del Prado (11-V-39) «habrá sido magnífica y sorprendente», aunque «esos majaderos de periodistas no hayan hablado nada», lo que merece una larga cita de Quintiliano (en puro francés), como la actitud de «los grandecitos de España (que) están aquí moñeando y a todos ellos los trae locos Mlle. Rachel», actriz del teatro francés (6-IV-39). Los planes de viaje a Italia (3-VI-39), por fin, se llevan a cabo, mientras llegan a manos de Federico las «pruebas que se pueden obtener por el daguerrotipo y es verdaderamente cosa maravillosa, increíble a no verlo», generosidad de ánimo que contrasta con el recelo que el abuelo de la fotografía despertó entre nume-

### RESUMEN

La edición de las cartas del gran pintor Federico de Madrazo constituye a la vez, a juicio de Julián Gállego, un instrumento de información puntual para los especialistas e historiadores de la pintura española y una interesante y amena lectura para los amigos

rosos pintores franceses, que vieron peligrar sus ganancias... Todos son temas tan vivos y tan claramente expresados que terminamos creyendo que el autor de esas cartas es un amigo nuestro y nos las dirige directamente.

Y no hablemos del viaje a Italia, iniciado el 30 de septiembre de 1839 por Milán, «después de 12 días de "vettura"», y de pasar por Turín; de allí irán Federico, Luisa, las niñas y la Nicolasa, «con demasiado calor y muchísimas moscas», a Piacenza, Bolonia, Florencia («¿escribe Arcagna en vez de Orcagna, o es falta de la impresión?») hasta llegar a Roma, donde los recibe el escultor Antonio Solá y los lleva «a ver la Iglesia de San Pedro y lo primerito que nos hizo ver allí fue la pila en donde fui bautizado, que no es nada despreciable, ¡¡Archiprete!! nos quedamos con la boca abierta...». En ese amenísimo tono, a la vez culto y familiar, Federico de Madrazo nos instala en Roma con sus iglesias, museos, fiestas sacras y profanas, enfermedades (provocadas por el «aria cativa», que atacó hasta a Ingres), estudios, bautizos, y pasamos en un vuelo 1840, 1841 y parte del 42, hasta el 7 de junio, en que la familia embarca en Civitavecchia, con el tiempo malísimo, «lloviendo a cántaros», y la imaginación repleta de los frescos de Rafael en el Vaticano, que ha pasado a ver como despedida...

El resto de las cartas de Federico es ya de dos años después, por el Norte de España; San Sebastián y los baños de Luisa, los cuadros de Velázquez en Zarauz, los murillos de Azpeitia, donde reaparece (es de suponer que muy crecido) Perico; los cuadros de Portugalete, entre ellos el retrato del Cardenal Gardoqui, «que es ciertamente una de las buenas cosas de V...». Y todavía quedan unas cartas del nuevo viaje a Francia en el verano de 1853: «No se engañan los franceses en París cuando se creen en la moderna Atenas» (20-VII-53). Allí visita la Exposición anual, en compañía del ilustre Dauzats y en presencia del príncipe Jerónimo Bonaparte. Decididamente, no le gustan los murales de Delacroix: «Su dibujo es miserable, su estilo nulo y chocarrero»; pero sí M. Ingres, cuyo retrato de la condesa de Broglie es «muy bueno, aunque algo seco»; ¡Caramba con Federico, que ya toma sus distancias! Después de París va a Munich, Dresde y Berlín, donde no le faltan museos y galerías que visitar, para concluir en Burdeos. Y todavía queda un par de cartas desde El Escorial, del verano de 1856.

Sin negar el interés del resto de este primer tomo de epistolario, a su mujer, a sus hermanos y a sus hijos Isabel y Ricardo, el ánimo del lector se aminora. Pero vuelve a nacer en el tomo II, con las cartas dirigidas a dos pintores: la inmensa mayoría a Raimundo de Madrazo y el resto a Valentín Carderera. En ellas, Federico, que ya tiene categoría de «pater-familiae», toma en cierto modo el tono protector que antes hubo de tener don José, pero con un estilo epistolar más suelto y vivo y una intervención creciente de la familia. Los tiempos van cambiando, y los consejos. Muestran los paisajes españoles y las apariciones de «Cócó». Y la salud, fatalmente, se va resquebrajando. Es ya otra óptica, la del director del Prado. □

### Federico de Madrazo

#### Epistolario

Museo del Prado, Madrid, 1994. Dos volúmenes, 1.196 páginas. 3.800 pesetas.

# La televisión en libertad

Por Enrique Llovet

**Enrique Llovet (Málaga, 1917)** es diplomático, escritor, autor y crítico teatral. Media docena de libros, un centenar de propuestas teatrales y otras tantas cinematográficas centran su obra creativa, junto a miles de artículos y cientos de conferencias. Premio Nacional de Literatura, de Teatro y Mariano de Cavia de Periodismo, ha firmado también innumerables análisis, críticas y dramaturgias.

La ejecutoria más antigua de la radio y la televisión fue la que intentó que se constituyeran como un esmerado entretenimiento. Las primeras comunicaciones inalámbricas parecieron como una especie de actividad poética cuyo ideal simplísimo consistía en poder oír la estación más lejana, radiase lo que radiase. Se trataba de un concepto vagamente deportivo. Después de la segunda guerra mundial, el concepto varió para enquistarse en el valor señorial de recibir imágenes en casa. La obstinación por captar emisoras de radio y la impaciencia por tener un televisor antes que el vecino centraron la alegría en la manipulación de los chismes con magnífica indiferencia hacia los programas. Las invectivas contra la radio y la televisión tardaron muchísimo en llegar. La radio abrió el camino cuando comenzó a transmitir noticias, hará algo más de sesenta años. Los inevitables fallos produjeron una primera efigie del medio abrumado por interpretaciones mediocres, apresuradas o francamente erróneas. Los periódicos intentaron evitar que se radiasen noticias, y está dicho todo.

Hasta aquí la vida ha dado la razón a los fanáticos del medio, y la radio primero y la televisión después son ya la primera fuente informativa de los seres humanos. Así que los listos de servicio decidieron que la primera función de los medios era informar de forma superior, exhaustiva y hasta, cuando fuere necesario, heroica. El atracón significó un dislate que dio paso a la empresa, primero parasitaria y luego agobiante, de promover el uso de los tales medios como promotores de influencia social. Por supuesto buena, noble y apasionada. Con desigual inspiración nadie discutió, en el fondo, la capacidad educativa de las ondas bien entendidas. La áurea doctrina se embelesó con la idea espléndida —de ejecución trivial y contenido contradic-

torio, eso es lo grave— de poder hacer de prisa, contemporáneamente, universalmente, lo que ninguna otra institución de la historia había podido hacer: una permeabilización de las gentes a los cambios políticos y sociales. En ese mismo momento nació el miedo. Y surgió, por supuesto, el problema.

Dos libros de aparición muy reciente cercan, con empeño polémico, el movido territorio de la televisión, el cine y, en general, los ajetreos audiovisuales: *El rapto de la televisión pública*, de Manuel Piedrahita, y *Las relaciones entre el cine y la televisión en España y otros países de Europa*, de Antonio Cuevas Puente. Piedrahita afirma que «a los políticos que se autotitulan progresistas no les interesa una televisión verdaderamente pública. Temen perder una audiencia que, al ser más crítica, no asuma el discurso político con idénticas tragaderas a como asumen el "spot" y los programas de entretenimiento». Cuevas, por su parte, abandera la lucha de los productores por regular sus relaciones con la televisión: «La emisión de una película en horario preferente y en una emisora de cobertura nacional equivale, en número de espectadores, a la proyección de esa misma película en un cine de quinientas localidades con dos sesiones diarias y el cartel de "No hay billetes" durante un tiempo de entre diez y quince años».

## El mensaje es el medio

Hace años, un ilustre profesor canadiense, Marshall McLuhan, desencadenó oleadas de pasiones con su admirable ambición de explicar lo sucedido con las nuevas formas de comunicación social como una alteración derivada de la simple existencia del medio, sea cual sea el uso, el contenido, la orientación de éste. La dichosa frase «el mensaje es el medio» asombró con su carácter de término final de una clase de metafísica. Nadie se ha repuesto todavía. McLuhan saltó por encima de las etapas intermedias en que andaban empantanados los demás y dijo, clarísimamente, que el medio televisión, por sí solo, ya está cambiando la sociedad. ¿Quiso decir que éste es socialmente rentable y autosuficiente? ¿Es cierto que los lectores comienzan a mirar los periódicos por los sucesos, la economía, los deportes o, en fin, por aquella sección en la que más implicados se encuentran?

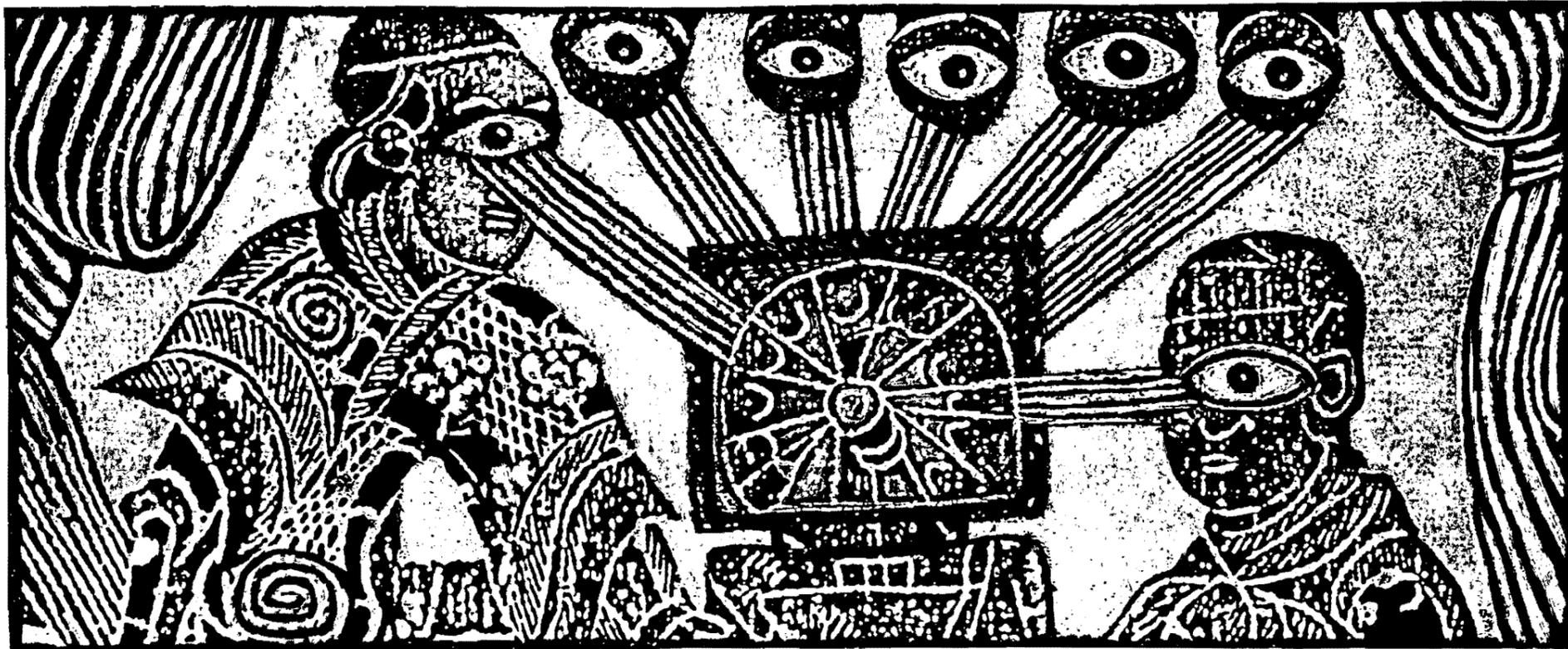
¿Se trata de un compromiso lúdico antes que formativo o informativo? Lo que se puede decir es esto: la televisión es el medio de comunicación de «algo» por primera vez aceptado ampliamente en la historia del hombre, sin adscripción a clase, grupo, sexo, confesión o raza; la televisión está imponiendo un estilo de vida, una óptica, una coloración francamente norteamericana, y que diga lo contrario el programador que pase un mes sin difundir una película del «oeste»; la televisión ha promovido el interés informativo al cambiar el soporte lectura por el soporte imagen; la televisión ha ampliado la curiosidad humana hacia sectores culturales, artísticos o simplemente geográficos constreñidos a la observación y participación de las minorías; la televisión ha establecido un sorprendente primer borrador de emociones comunes.

Por esta vía, incluso quienes atacan ferozmente a la televisión, parecen incapaces de alejarse del aparato; la televisión parece espúrea, traidora y merecedora del desdén de cualquier intelectual, por baja que sea su situación en el escalafón; la televisión es un componente de nuestra cultura común cuya consistencia puede ser cuestionada sólo en cuanto al fondo, pero no en cuanto a la forma. Sin embargo, fuera del análisis directo de este o aquel programa, cuya inmovilidad o agresividad pueden servir de contraste, poco es lo que no está implícito en el hecho de que, abierta o subliminalmente, la televisión es más importante que cualquier otro medio de presión, sea éste oral o escrito, afectivo o impuesto, libre o coactivo. Es la droga más fácil, barata y simple de concebir de cuantas pueden desearse. Lo que sucede es que la tal droga, aún vacilante pero inequívoca, produce unos efectos cuyo signo, bueno o malo, es materia cuestionable. Debe de haber ya registrados más de cinco mil estudios sobre el carácter de las influencias televisivas en los nuevos comportamientos humanos. Un ordenador diría que estas influencias son pequeñas cuando se toman aisladamente y enormes cuando se globalizan. La literatura que rodea a la televisión se está produciendo precisamente por la importancia del medio. Que para unos ofrece perspectivas de una afortunada posibilidad de mejorar la calidad de nuestras vidas y para otros —la vieja «encuesta Roper», por ejemplo— ha arruinado la vida con-

yugal suministrando a las parejas el tema mayor para sus reiteradas disputas. Hay gentes aterradas por el estilo totalitario con que unos cuantos dirigen el pensamiento de la mayoría y gentes reconocidas a ciertas variantes positivas de la opinión social —la desaparición de prejuicios raciales, la lucha por la igualdad de sexos, la curiosidad por las artes— que colocan en el haber de la televisión.

Las personas menores de treinta y cinco años no saben y seguramente no pueden imaginar lo que era el mundo sin televisión. Aunque es materia opinable si ese mundo anterior era menos torpe ejecutivamente, los materiales y piezas que forman el nuestro no pueden diferir enormemente de sus antecesores. Lo que sí es cierto es que la televisión es una fuerza muy dominante en nuestra vida: es el café, el mercado, la escuela, el campo deportivo; es nuestra evasión y nuestro vínculo con la realidad, nuestro teatro y nuestro campo de aterrizaje, el reflejo de nuestra condición humana y el asalto a esa misma condición; es la gran metáfora permanente en que, despiertos o sencillamente insomnes, la recta o torcida historia que nos cuenta afecta a ricos y pobres, cultos e incultos, niños y ancianos.

La verdad es que parece inagotable el tema de la buena utilización de esa pantalla formidable, que claro está que puede instruir, entretener, sensibilizar, informar y colaborar al maduro desarrollo de la sociedad que la sostiene y la contempla. Ese es el tema de Piedrahita, que soñó con una televisión pública en que «impere la creatividad artística y donde la información se elabore sin prejuicios extraprofesionales». La denuncia que Piedrahita hace del comportamiento de esa televisión pública —raptada, según el propio título de su libro— es fuerte. Y no es una voz solitaria. Sessadamente manipulada, nuestra televisión pública tiene una biografía en la que resulta acusada de anestias y embrutecimientos que dificultaron a nuestros conciudadanos la libre administración de sus ocios; responsable de cierta deformación y malformación de las conciencias, especialmente de la política; responsable del decaimiento de su función cultural y aun de haber identificado cultura con aburrimiento hasta llegar a generar, en campos muy concretos, verdaderos pánicos y terrores ante cualquier



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

proyecto de despliegue cultural; responsable de una tonta familiaridad apologetica con el crimen y la violencia; responsable del reverencialismo ante la holgazanería de muchos ciudadanos; responsable de haber convertido el idioma en una jerga de incorrecciones sintácticas, engolamientos tonales y aberrantes sorpresas fonéticas; responsable de haber utilizado a mansalva consignas vacuas e inescrupulosas, muchas veces al servicio de una política de estofa demagógica y servil; responsable de vacíos informativos estremeedores; responsable de una inflación publicitaria repetitiva y persecutoria. Parece una grave lista de agravios. Y, sin embargo, por su sola existencia, el medio ha acelerado un mejor conocimiento general de muchas y muchas cosas que nunca se soñaron como documentos comunitarios.

El medio tiene, claro está, un futuro arrollador. Los sabios han decidido que el aire es libre y la alternativa convierte la pantallita en algo muy serio. Pero la pulverización de los monopolios estatales no se ha hecho sin traumas. Los gobiernos habituados a un determinado control lo abandonan a la fuerza y tratan de sustituir la influencia directa por la indirecta. El mundo publicitario se tambalea porque la nueva programación es cara, cada vez más cara, y necesita muchos anuncios, con precios altos y rendimientos masivos. Y el mundo de la creación—fondos editoriales, fondos cinematográficos, fondos musicales—es objeto de una dura lucha para obtener los derechos de uso sobre los depósitos del pasado y aun sobre la no nacida creatividad futura. En eso, a primera vista, a los europeos debería irles bastante bien. La creatividad, la gran creatividad literaria y artística europea, es todavía la mejor, más rica y más amplia del mundo. No es posible concebir esa enorme apetencia programadora que tenemos encima sin un inmediato recurso a la poesía, la novela, el teatro, la historia, la música o la pintura de Europa.

Y, sin embargo, en la práctica, las cosas no van tan bien. El libro de Antonio Cuevas es un puro grito de desesperación. La culpa es de la gran reserva cinematográfica. «La penetración del cine norteamericano, que alcanza en los mercados de salas situaciones de asfixia (en algunos países con unas cuotas superiores al 80%), supone, en cuanto a la programación de obras cinematográficas en las cadenas de televisión, unas cuotas afortunadamente más moderadas. Y ello merced a una acertada y firme política europea, apoyada en la directiva de «Televisión sin fron-

teras». Ya estamos. La archifamosa directiva comunitaria de la «Televisión sin fronteras» se gestó en los años ochenta, y medio nació al final de esa década con la previsión de que cinco años después se redactaría definitivamente. La ambiciosa norma proclamaba la libre y legal circulación de servicios, se proponía favorecer el desarrollo de la programación europea y se decantaba por los últimos avances tecnológicos. Sólo que, en la práctica, los países receptores se duelen de la autoridad absorbente de los países emisores, la definición de «obra europea» es muy borrosa y sólo los nuevos juguetes técnicos se prueban con entusiasmos irrestrictos. Hace poco, en Berlín, en la reunión del «Consejo del Séptimo Arte», Wenders dejó helada a su audiencia cuando dijo que «para que una película pueda proyectarse en todas partes tiene que proceder de algún sitio, y no hay nada peor que un eurocine, sin sabor ni color, con un director francés, un actor principal italiano y un lugar de rodaje alemán».

### La identidad europea

Este tipo de críticas lapidarias ha llevado a los ministros de Cultura y Política Audiovisual de Europa—de la Unión Europea, claro—a enfrentarse a Francia y decidir la supresión de la cuota protectora que obligaba a programar el 51% de obras europeas «siempre que sea posible». Un danés de bajo nivel se lo soltó muy claro al ministro francés: «Las cuotas son para la pesca». Ahí se derrumbó la teoría, un poco penosa, de la «identidad europea» a defender. Una guapa negociadora norteamericana lo había dicho con dulce ferocidad: «Hagan ustedes películas tan buenas como sus quesos y sus vinos y verán qué bien las venden». Así que, según parece, las corazas protectoras serán mantenidas «voluntariamente», «si se puede» y durante un período transitorio. Es decir: no habrá más cuotas.

Para compensar hay un nuevo programa en Bruselas—«Media II», con 65.000 millones de pesetas para cinco años—, pero a los interesados no les parece suficiente. El audiovisual se mueve en Europa entre los 6,3 y los 6,5 billones de pesetas, que se disputan europeos y americanos. Hay una cifra desconcertante: los norteamericanos produjeron, en 1991, un total de 583 largometrajes y los europeos 537. Pero los de Hollywood ocuparon el 88% de las proyecciones europeas y los europeos el 3% de las americanas. Pa-

rece injusto. ¿Y por qué no decir que Europa invirtió en producción la décima parte de lo que invirtieron los norteamericanos? Una diferencia abrumadora que se nota, inmediatamente, en el aspecto formal de las obras. Quizá por ello, en 1994, Europa ha comprado películas y series norteamericanas por 4.000 millones de dólares y, en cambio, sus ventas a Estados Unidos no han alcanzado los 350 millones. Menos de la décima parte. Esos son los datos y no se pueden manipular. Si, gracias a los satélites, los telespectadores podrán, en brevísimo plazo, ver las producciones que deseen, la discutida obligatoriedad de que los canales programen el tal 51% de producción europea parece un infantilismo: los espectadores verán lo que quieran, y punto.

### Comunidad de estilo y cultura

Dentro de cinco años, las televisiones sobrepasarán los tres millones de horas anuales de programación. Muy bien. Hace mucho tiempo que Europa es una cultura porque hace mucho tiempo que las zonas culturales se burlan de los aduaneros. Hay que recordar a los ciudadanos que lo que hace de Europa una comunidad de estilo y de cultura no es la profesionalidad o la ciudadanía de los autores. Lo que le da aire de familia es que todas las creaciones responden a una sensibilidad común. Esa dichosa y alta sensibilidad es Europa. Pero eso no significa que un mecanismo cultural determinado tenga que estar forzosamente bajo la bandera exclusiva de la nacionalidad de quien lo crea. La lengua, por otra parte, tampoco le estorba mucho a los temas de Albéniz, los planos de Le Corbusier o los tapices de don Francisco de Go-

ya. Vincular la «identidad cultural europea» al cine europeo es de mercaderes analfabetos.

No hay discusión posible. En el estado actual de la técnica es del género idiota el argumento paternal de los contenidos. Con cien canales en un televisor, los tales contenidos serán decididos por el espectador, se programe como se programe en los despachos. Tampoco hay por qué escandalizarse. El cliente de una librería, de una tienda de discos, de una galería de arte, de un teatro o un concierto, elige lo que más le gusta y nadie se rasga por ello las vestiduras. El tema del despotismo ilustrado, siempre presente en las decisiones del más noble gestor cultural, es ya, de puro viejo, urticante. Hay que hacer atractiva la comunicación visual en todas sus implicaciones: éticas, políticas, culturales. Gran lección. Con esto de los satélites ya no se puede ser santo y aburrir a las ovejas. Ni santo, ni filósofo, ni médico, ni economista, ni director de cine, ni nada de nada. Y aquí aburrir sólo quiere decir usar sin destreza las formas de comunicación. Se puede ser un genio de la medicina y, al mismo tiempo, un conversador hirsuto. Se puede ser un genio de la política y un mal orador. Se puede ser cultísimo y hacer unas películas insufribles. En esos casos, simplemente, no se asiste a las tertulias, no se levanta uno en el Parlamento y se permanece lejos de las cámaras cinematográficas. Nadie puede ya frenar la libre mano del espectador que cambia de canal, y que nadie sueñe con decirle a esa mano quién es el dueño del canal que emite y la nacionalidad de la película que ve. Eso le va a tener—nos va a tener—completamente sin cuidado. La libertad está por encima del registro de sociedades. Y la idea de Europa, por supuesto, también. □

### RESUMEN

Enrique Llovet realiza unas reflexiones al hilo de un estudio sobre los fraudes y desilusiones generados por la televisión pública y otro sobre la directiva comunitaria llamada de la «Televisión

sin fronteras» y su difícil y fallida pretensión de fijar cuotas cinematográficas para las producciones europeas y norteamericanas en defensa de una cierta idea de la identidad europea.

**Manuel Piedrahita**

*El rapto de la televisión pública*

Noesis, Madrid, 1994. 160 páginas. 1.900 pesetas.

**Antonio Cuevas Puente**

*Las relaciones entre el cine y la televisión en España y otros países de Europa*

Comunidad de Madrid, EGEDA, Madrid, 1994. 259 páginas.

# El misterio y los límites de la ciencia

Por José Gómez Caffarena

**José Gómez Caffarena** (Madrid, 1925) es catedrático de *Metafísica y Filosofía de la Religión en la Universidad de Comillas (Madrid)*. De 1972 a 1986 fue director del *Instituto Fe y Secularidad*. Autor, entre otros libros, de *Metafísica fundamental*, *Metafísica trascendental*, *El teísmo moral de Kant* y *La entraña humanista del cristianismo*.

«Sin duda, todos los científicos se preguntan alguna vez si existe Dios. Algunos contestan que sí, otros que no, muchos que tal vez» (pág. 19). Esta hipótesis inicial, bien confirmada por el desarrollo, encuadra el estudio de Antonio Fernández-Rañada, catedrático de Física teórica de la Universidad Complutense de Madrid, sobre *Los científicos y Dios*. El tema está siendo objeto de no poca consideración: ver, por ejemplo, en esta misma revista, agosto-septiembre 1994, el artículo de Alberto Galindo sobre el libro de Paul Davis, *La mente de Dios*. El libro de Fernández-Rañada es —a la vez que excelente presentación, amena y muy asequible, de muchos temas científicos actuales en cuanto relacionados con la fe religiosa en Dios— una encuesta muy completa y lúcida sobre cuál ha sido y es la postura al respecto del colectivo que denominamos «los científicos».

«Entre los científicos se reproduce la diversidad que observamos entre las demás gentes: los hay cristianos, agnósticos, ateos, musulmanes, fervorosos, tibios, teístas sin religión particular, deístas...» (pág. 31). Por ello puede enunciarse, como tesis del libro: «Por sí misma, la práctica de la ciencia ni aleja al hombre de Dios ni lo acerca a El» (pág. 36). Eso no quita que, en la unidad humana del hombre científico, haya interconexión. «La decisión de creer, o no, se toma por otros motivos, ajenos a la actividad científica; pero, una vez tomada, la ciencia ofrece un medio poderoso para racionalizar y reafirmar la postura personal» (ibíd.). Si interesa de modo especial en este tema el colectivo «los científicos» es por la gran autoridad de que goza en nuestra cultura y por estar vigente a su propósito un estereotipo incorrecto sobre incompatibilidad de ciencia y fe. Deshacer ese nocivo prejuicio es uno de los propósitos del libro de Fernández-Rañada. Pero —y esto es lo que lo hace máximamente recomendable— sin los resabios concordistas que suelen tarar esfuerzos análogos (hasta el reciente «best-seller» del admirado Jean Guitton); sino, al contrario, desde supuestos enteramente plausibles en filosofía de la religión.

## Ciencia, sí; cientismo, no

Es ésta una demanda epistemológica del libro, estrechamente conectada con la tesis dicha y que merece la más plena aprobación desde la filosofía. Por «cientismo» ha de entenderse aquella postura ya no científica, sino filosófica, que asigna competencia «exclu-

siva» a la ciencia en lo cognitivo. Originada en los puntos de vista de Augusto Comte, es una «ideología que consagra la primacía absoluta de la ciencia», basada en estas dos creencias: «1. El único conocimiento verdadero es el conocimiento científico. 2. No hay ningún problema que no pueda llegar a ser resuelto por los métodos propios de la ciencia» (pág. 30). Esta denuncia del cientismo es más atendible al venir de un profesional no de la filosofía, sino de la ciencia, un físico teórico con importantes realizaciones; y en un libro que es, en su conjunto, un reconocimiento del insustituible valor de la ciencia para la humanidad.

Cientistas han sido los epistemólogos positivistas (Carnap, etc.). El número de científicos que el autor encuentra clasificables como científicos no es grande: entre los físicos, Laplace, Michelson, Compton, Weinberg, Hawking... (págs. 251-254); entre los biólogos, Monod (págs. 213-217).

La mayoría de los científicos son más cautos: valoran su aportación, pero no unilateralmente. Por su parte, el autor evalúa altamente la contribución de la ciencia al progreso y a la liberación de la humanidad (págs. 243-244); y piensa que sin ella nunca se podrán resolver sus problemas (aunque tampoco podrá ella sola resolverlos, página 250).

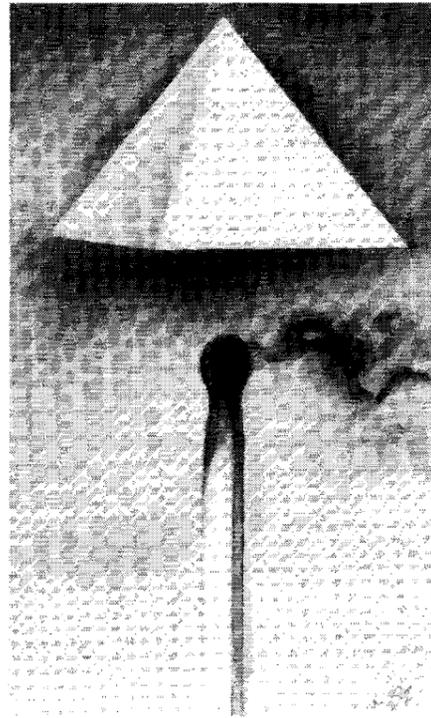
He sentido su posición enteramente consonante con la que hace años enuncié así: «Sólo quien dé a la Ciencia lo que es de la Ciencia podrá comprender vitalmente qué es arriesgarse a oír al hombre hasta el final y dar también al Misterio lo que es del Misterio» (*Metafísica fundamental*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1969, pág. 486). Pensaba yo entonces en la *Metafísica*, tras haber argumentado a su favor desde una comprensión integral de las aspiraciones humanas; pero, desde luego, aquello valía sobre todo de Dios. Pronto reflexionaré algo más sobre conocimiento científico, filosófico y religioso. Pero antes es bueno presentar las líneas básicas del libro de Fernández-Rañada.

## Pruebas de Dios

Los capítulos 1-2 son el planteamiento; el 8 formula las conclusiones. El 3 aborda el tema de las «pruebas de Dios», esos intentos de llegar a Dios desde un conocimiento con pretensión científica, pero que quizá eran, más que «pruebas lógicas, afirmaciones vitales» (pág. 75). Los capítulos 4-6 estudian tres cuestiones particularmente polémicas en la relación de la ciencia y la fe en Dios: «azar y necesidad» (págs. 85 y ss.), «diseño y evolución» (págs. 115 y ss.), «creación» (págs. 135 y ss.).

Si ya en esos temas se ve que no coinciden las divisorias de posturas científicas y religiosas, el capítulo 7 (el más largo, págs. 163-239) muestra la variedad de posturas de los científicos en el tema religioso mediante un largo recorrido, desde Copérnico a Feynman y Townes. Es este recorrido el que más avala la tesis enunciada al comienzo sobre la falta de correlación directa entre

tas», dejan ámbito para el misterio. Y las religiones son más pregunta que respuesta. Pero cabe otorgar un estatuto cognitivo «no científico» a ciertas afirmaciones metafísicas y religiosas, como expresión modesta de la búsqueda humana del misterio.



JUAN RAMÓN ALONSO

ciencia, por un lado, y fe o no fe en Dios, por otro.

De hecho son más, en la enumeración del libro, los científicos «creyentes, o, al menos, receptivos a una interpretación religiosa del mundo» (pág. 37: el autor admite haberles dado más atención para mostrar la falsedad del prejuicio contrario); eso sí, son creyentes muy libres, no ligados a ortodoxias. Después me referiré al concepto de Dios de algunos de ellos.

## La ciencia y el misterio

Así se titula el capítulo conclusivo, que contiene asertos de gran sensatez humana, con los que, como filósofo, me encuentro muy de acuerdo. La misma ciencia nació de la percepción del misterio. «Es imposible vaciar la vida de misterio, porque la ciencia no puede eliminarlo, sino acercarse cada vez más a él... «Lejos de destruirlo, lo purifica, lo libra de la hojarasca tras la que a veces se oculta» (pág. 283).

Saca de ahí la consecuencia de que la religión (que mira al misterio) «debe estar basada antes en la pregunta que en la respuesta». Y lamenta que tanto la religión (con deplorables dogmatismos) como la ciencia olviden su deuda con el misterio. También en esto estoy de acuerdo. Pero me gustaría añadir algunas sugerencias. Será imposible que la religión no intente respuestas. También lo hará la filosofía. Lo importante es que perciban ambas que sus respuestas, aunque cognitivas, «no son científicas».

El mismo conocimiento científico debe ser consciente de tener supuestos indemostrados e indemostrables, que pueden llamarse «creencias». Sería, empero, falaz igualarlo por ello con lo religioso o lo filosófico; tiene unas posibilidades de exactitud, de cuantificación y de contrastación empírica que no tienen las filosofías ni, menos, las religiones, precisamente por cuanto quedan más cerca del misterio. Para esclarecer algo la relación mutua, encuentro insustituible pensar ante todo en el estatuto de las afirmaciones metafísicas (las más audaces de las filosóficas). Fernández-Rañada aplicó acertadamente el adjetivo de «vitales» a las que constituyeron ese segregado metafísico de las religiones monoteístas que fueron las «pruebas de Dios».

Fue un paso importante el que dio la filosofía de la religión cuando, con Kant, pasó

a tener por «fe racional» el estatuto propio de lo así intentado (que Kant valoraba positivamente en el campo moral, si bien no en el teórico; de paso, debo decir que no me resulta acertado llamar por ello a Kant «fideísta», cfr. págs. 43 y 77, ya que tal título es empleado por la teología para quien tiene por autosuficiente la «revelación», algo antitético con Kant).

La filosofía de la religión de Kant señala bien el ulterior desnivel que supone una «fe religiosa positiva»: un círculo externo, en el que la fe racional queda inscrita (con derecho a exigir, como condición de credibilidad, que no haya intersecciones). Si se pregunta en qué pueden basarse unas y otras de las afirmaciones no empíricas, la mejor respuesta (en espíritu kantiano) es: en una aceptación de la realidad humana integral y de cuanto ella postula; antes de ser «fe en Dios» o en otra aproximación al misterio, es «fe en el hombre».

## El misterio, ¿es Dios?

Es una pregunta ineludible. Fernández-Rañada precisa bien a propósito de la religiosidad de Einstein, una de las más maduras entre grandes científicos, que rehusó referirse al Dios personal, amoroso y providente, siendo más bien una «religiosidad cósmica» (págs. 202-205). Pero la filosofía de la religión no puede dejar de preguntar si es correcto usar ahí el término «Dios».

El rechazo pascaliano del «Dios de los filósofos» frente al «Dios vivo» no es justo en cualquier aplicación, porque muchos filósofos han querido y quieren hablar del «Dios vivo»; pero sí lo es cuando se trata del «Dios» de Spinoza. Al que subyace una auténtica vivencia religiosa, apenas ya diferenciable de la vivencia metafísica que subyace a la «superpregunta de Leibniz» («¿Por qué existe algo y no más bien nada?», pág. 259). Es una genuina apertura al misterio. Pero más cercana a la religiosidad «mística» oriental, y diferente de la religiosidad «profética», aquella en la que tiene sentido «Dios». La decisiva diferencia está en la «actitud invocativa»; sin ésta no hay monoteísmo (hebreo-cristiano o islámico).

Y hay que añadir que ahí radica la mayor dificultad del monoteísmo. El físico C. Lichtenberg escribió (1800) este aforismo: «Si el mundo dura aún mucho, la religión universal será un spinozismo depurado». Aun éste va más allá de las posturas agnósticas (Darwin, Huxley); pero recogería un consenso mayor. La fe en un Dios amoroso y libre es más ardua, por el antropomorfismo que parece incorporar y por recibir más cruda la objeción del mal existente en el mundo.

Quizá habría que revisar algunos testimonios del libro, discerniendo más fe en Dios y religiosidad cósmica. Pero no quedaría invalidado su conjunto. Como tampoco la general pervivencia y vitalidad actual de la fe en Dios, cuando se da libre de fundamentalismos.

Haría, en el mismo espíritu, otra observación sobre la «creación». En su noción, más que el «comienzo» «en el tiempo» (o «con el tiempo», págs. 50-51 y 137), veo esencial la «dependencia «última, en otro orden», respecto al Dios amoroso». Ya Santo Tomás supo (*Suma*, 1,46) separarla del tema «comienzo» y, así, de lo investigable empíricamente. Hoy añadiría yo: de la hipótesis «big bang», incluso en su —por lo demás, ¡tan problemática!— variante (Hawking) de origenación fortuita (págs. 144-145).

Repito mi caluroso aplauso y recomendación para este excelente libro, asequible y profundo a la vez. Muestra de cómo la ciencia puede, en consonancia con la filosofía, ayudar a depurarse a la religiosidad. □

## RESUMEN

Gómez Caffarena encuentra muy acertado el libro que comenta sobre la compleja relación del colectivo de los científicos y el tema «Dios», que deshace el prejuicio de un esencial antagonismo, pero sin concesiones al concordismo. Las ciencias no son «cientis-

**Antonio Fernández-Rañada**

*Los científicos y Dios*

Biblioteca Básica Nobel, Oviedo, 1994. 302 páginas. 1.970 pesetas.

## A diestro y siniestro

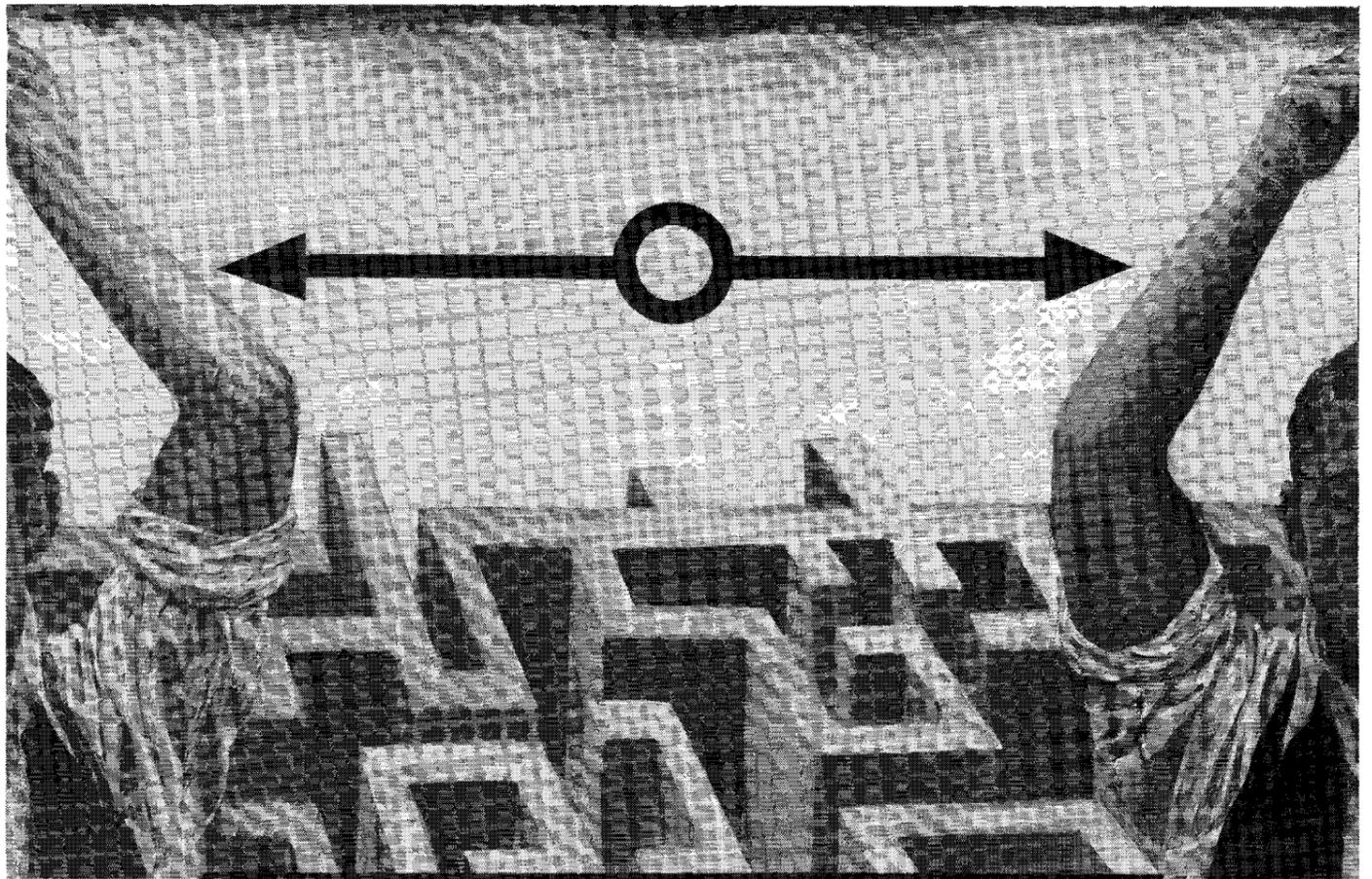
Por Francisco Ayala

**Francisco Ayala** (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Con toda su sensatez, con toda su moderación y buen sentido, este libro de Norberto Bobbio resulta patético. Lo es en sí mismo, y lo es también en cuanto al aura que lo acompaña; pues, en efecto, la repercusión que sus no muy dilatadas páginas han tenido es a su vez fenómeno de conmovedor patetismo: la gente de bien quiere agarrarse –y aun quizá colgarse– a un clavo ardiendo. Yo mismo, que por razones generacionales y otras (de experiencia vital, de formación, profesión y actitud intelectual, quizá de temperamento y temple) puedo identificarme bastante con su autor, también acudo a la cita, y me apoyo en su lectura para reflexionar sobre la situación de desconcierto en que ha caído este mundo nuestro. El texto del libro es, según lo entiendo, ejemplo palmario de ese mismo desconcierto que a tantos lectores ha movido a buscar en él respuesta para sus perplejidades.

En un prólogo escrito por el autor para la segunda, apresurada edición de *Destra e sinistra*, muestra su sorpresa por el inesperado éxito de venta y de comentario crítico que su obra ha obtenido, y procura explicárselo a cuenta de varias causas: oportunidad de su aparición en coincidencia con una campaña electoral, diseño editorial agradable, o brevedad del texto y baratura de su precio, para terminar por atribuirlo –parece– al hecho de que sus disquisiciones pueden desmentir a quienes piensan y afirman que ya carece de sentido la distinción política entre derecha e izquierda.

Diría yo, sin embargo, que quizá sea más bien debido ese éxito a la ansiedad generalizada por hallar algún esclarecimiento en la confusión actual de conceptos y de valores, aguda y apremiante sobre todo entre la multitud de quienes vivían instalados en



ALFONSO RUANO

la comodidad de la tradicional etiqueta izquierdista, sin haberse hecho cuestión de la validez históricamente legítima que puedan tener a la fecha sus asumidas creencias, tal vez poco avenidas ya con las nuevas realidades sociales que los últimos desarrollos tecnológicos han suscitado.

Ampliando y perfilando sus tesis para esta segunda edición del libro, insiste Bobbio en colocar el tema de «derecha e izquierda política» en términos muy generales, abstractos, en cuanto que pasa como sobre ascuas por encima del emplazamiento histórico –esencial para este tipo de conceptos– dentro de cuyo ámbito adquieren sentido. La dicotomía en cuestión se desarrolló a partir del episodio inicial de la Revolución francesa, cuando incidentalmente se

produjo ese contraste –físico o espacial, en sus comienzos– entre los partidarios de la ruptura institucional que precipitaría el proceso, y los elementos conservadores opuestos a tal cambio. Esa dicotomía de una asamblea deliberante, extendida luego a cualquier otro cuerpo político de análogo carácter y a los secuaces de las respectivas banderías, ha perdurado a partir de aquel momento, en adaptaciones y modulaciones varias, con un valor de contraposición ideológica, hasta que la transformación de la estructura social básica empezó a hacerla cuestionable. (En estricto sentido, para aquella primera fase no cabría hablar de tal «contraposición ideológica», pues la actitud conservadora no constituye propiamente una «ideología», o no lo fue hasta que, desplazados del poder sus valedores, empezaron a desarrollar por su parte una serie de «principios» con los que, paradójicamente, se apelaba a una «revolución conservadora»; es decir, se formulaba una ideología reaccionaria fundada sobre el programa de restaurar un pasado ideal, una utopía pasatista.)

El punto preciso en que dejó de resultar efectiva y, a todas luces, evidente la dicotomía entre derechas e izquierdas en política coincide, y no por casualidad, con la Primera Guerra Mundial, inflexión histórica que marcaría la clausura de la llamada Edad Moderna. Y no estará de más recordar aquí que fue Ortega y Gasset, más inequívocamente

que Sartre –a quien Bobbio menciona–, y antes que él, «uno de los primeros en decir que derecha e izquierda son dos cajas vacías». Si esto fue así en el plano de las ideas, creo que en el plano de la acción corresponde a Mussolini el dudoso mérito de llevar a la práctica mediante el fascismo («considerado» –escribe Bobbio, y yo entrecorriéndolo– como un movimiento de derechas», pág. 65) una síntesis de los extremismos –¡nada que ver con el templado término medio de las posiciones moderadas!–, síntesis en la que las diferencias conceptuales entre derecha e izquierda, antes muy netas y bien trazadas, se han hecho ahora más que problemáticas. Se trata del fenómeno que el maestro Bobbio examina y muy atinadamente describe bajo la fórmula de «Tercero incluyente». En efecto, el izquierdista Mussolini intenta lograr ese compuesto de intención superadora dentro del marco de la nación (esto es, del ente político que había sido peculiar de la Edad Moderna, cuya obsolescencia denunciaba ya la Primera Guerra Mundial y haría evidéntísima la Segunda), trasladando su caro concepto marxista de lucha de clases al terreno de la contraposición internacional: «naciones pobres», explotadas, contra «naciones ricas», explotadoras. El socio que se le uniría a la hora de llevar a la práctica dicha confrontación,



### En este número

#### Artículos de

<i>Francisco Ayala</i>	1-2	<i>Francisco Vilardell</i>	8-9
<i>Mario Camus</i>	3	<i>Ramón Pascual</i>	10-11
<i>Javier Muguerza</i>	4-5	<i>Miquel Siguán</i>	12
<i>Manuel Alvar</i>	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## A diestro y siniestro

Hitler, desarrolló a su vez un proyecto político, el Tercer Reich, que, por mucho que los conceptos se retuerzan, mal podría ser «considerado como un movimiento de derechas». (Un representante de la vieja derecha prusiana lo estigmatizaría con exacto marchamo como la «revolución del nihilismo».) Lo cierto es que, en la sociedad actual, transformada de arriba a abajo tras la devastación de las dos Guerras Mundiales como resultado de los más recientes adelantos tecnológicos, el marco de referencias dentro del cual tenía sentido antes la famosa dicotomía política de derechas e izquierdas ha desaparecido, dejándonos perdidos en una penosa indigencia intelectual. Es este desamparo lo que nos hace acogernos —¿qué remedio!— a las viejas instituciones residuales, que de hecho funcionan tan mal como a diario podemos ver, y aferrarnos cual pobre consuelo a los conceptos en que se fundaban, un día convincentes y ya vacíos de contenido, que tan insatisfactorios resultan hoy.

### Qué es

**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros **SABER/Leer**, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Tomemos por vía de ejemplo el caso de los Verdes. «¿Son los Verdes de derechas, o son de izquierdas?», se pregunta Bobbio en su libro (pág. 60). El análisis que hace del tema es, como podía esperarse, fino y exacto; pero las consecuencias que deduce de ese análisis me parecen algo decepcionantes: «Por lo tanto —dice él a modo de conclusión— “no se puede excluir” que [...] la difusión de los movimientos de los Verdes [...] “está abocada” a volver a introducir, y en parte ya ha introducido, la distinción entre Verdes de derecha y Verdes de izquierda» (pág. 62). Pero ¿qué tanto importa —preguntaríamos a nuestra vez— si, en atención a presupuestos mentales diversos, pudieran etiquetarse acaso como de izquierdas o de derechas algunos sectores de un movimiento que, desmañado y quizá con escasas perspectivas prácticas, responde, sin embargo, a la urgencia de un hecho apremiante: el hecho de que el desarrollo tecnológico alcanzado a la fecha confiere al hombre un dominio total del planeta sobre el que habita y, con eso, la posibilidad y aun el riesgo cierto de aniquilarlo de un modo u otro? La eficacia de un movimiento bien intencionado y un tanto extravagante como es el de los Verdes está limitada a su capacidad de despertar la conciencia de las gentes ante el peligro de extinción que amenaza a la humanidad entera, y con ella a todas las demás especies vivientes. Pero he aquí que el control de las indeseables e imprevisibles consecuencias destructivas de tantas y tan diversas actividades relacionadas con el progreso material —polución de la atmósfera y de las aguas, armas y otros ingenios atómicos distribuidos por doquier, explotación exhaustiva de los recursos vitales, aniquilación de otras especies zoológicas, proliferación explosiva de la nuestra, etcétera— sólo podrían ejercerlo unas instituciones, hoy inexistentes, dotadas de efectiva autoridad universal y provistas con los adecuados medios de poder. Y las exhortaciones de los Verdes, cualquiera que sea el trasfondo espiritual o intelectual que pueda mover a cada participante en sus campañas, carecen de otra virtualidad que no sea la meramente persuasiva, con lo que bien cabe temerse que puedan estar predicando en el desierto.

Con eso y todo, su movimiento ha sido el único, de entre los que de continuo surgen y actúan en el escenario público, que hasta

ahora haya alcanzado alguna representación política, esto es, cierta consistencia partidaria lograda a través de los mecanismos electorales. Aparte de los Verdes, sólo las numerosas y diversas reivindicaciones nacionalistas, no por virulentas en su intransigencia menos arcaizantes en su ideología y disolventes en su acción, siguen teniendo —junto a los restos ya pulverizados, o corroidos, de los partidos tradicionales cuyas etiquetas no bastan a cubrir la práctica nulidad de sus diferencias— una presencia real en el mundo contemporáneo; y esos nacionalismos podrán declararse, y se declaran —a la vista está—, de izquierdas o de derechas a capricho; digámoslo así: a tontas y a locas.

### ¿Derechas o izquierdas?

¿Son en España, puesto que en España estamos, de derechas o de izquierdas la ETA y las gentes que le sirven de apoyo? Y puesto que España está a su vez dentro de un mundo que el desarrollo tecnológico ha unificado, ¿serían de derechas o de izquierdas los pujantes integristas musulmanes? Por lo demás, parece igualmente difícil, para no decir fútil, la pretensión de clasificar como de derechas o de izquierdas a los diversos grupos que, acá o allá, en todas partes, reclaman una cuota de poder o al menos un reconocimiento público en razón de raza, de inclinación sexual, de cualquier otra condición de relevancia mayor o menor, y que han dado lugar, cuando menos, a que se imponga lo estimado «políticamente correcto», ridícula desactivación del lenguaje en una especie de gazmoñería victoriana extendida ahora a la esfera de las relaciones públicas, mientras que en lo privado se da licencia a las más soeces y crudas formas de expresión.

### RESUMEN

La repercusión que ha tenido el ensayo del italiano Norberto Bobbio sobre el sentido que todavía hoy tienen en política los términos izquierda y derecha es reflejo, opina Francisco Ayala, de la situación de desconcierto y per-

plejidad en la que está viviendo el mundo actual. El ensayo de Bobbio, con toda su sensatez y moderación, resulta patético y ejemplo palmario de ese desconcierto que lleva a los lectores a buscar en él respuesta a sus propias perplejidades.

Norberto Bobbio

*Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*

Taurus, Madrid, 1995. 187 páginas. 1.500 pesetas.

## SUMARIO

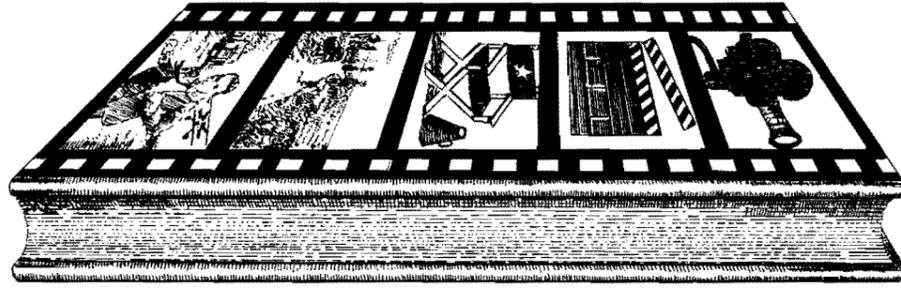
	Págs.
«A diestro y siniestro», por Francisco Ayala, sobre <i>Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política</i> , de Norberto Bobbio	1-2
«De la importancia de lo efímero», por Mario Camus, sobre <i>El libro del guión</i> , de Syd Field	3
«La razón y sus vértigos», por Javier Muguerza, sobre <i>Vértigos argumentales. (Una ética de la disputa)</i> , de Carlos Pereda	4-5
«El tiempo irreversible», por Manuel Alvar, sobre <i>Tintero de plomo</i> , de Eulogio Soriano	6-7
«La “ciencia” de los trasplantes», por Francisco Vilardell, sobre <i>El hombre puzzle</i> , de Thomas E. Starzl	8-9
«Entender la inteligencia», por Ramón Pascual, sobre <i>Shadows of the Mind</i> , de Roger Penrose	10-11
«Ciencia universal y ciencia nacional», por Miquel Siguán, sobre <i>Historia de la psicología en España</i> , de Helio Carpintero	12

# De la importancia de lo efímero

Por Mario Camus

**Mario Camus** (Santander, 1935) empezó en el cine como guionista de Carlos Saura (Los golfos y Llanto por un bandido) y desde 1963 ha dirigido más de veinte películas y varias series de televisión, muchas de ellas adaptaciones de novelas como La colmena, Los santos inocentes, Fortunata y Jacinta y La forja de un rebelde.

Si alguna característica destacada posee el guión cinematográfico es la de su transitoriedad. No obstante, en él han de estar dramáticamente ordenados los hechos y contruidos los personajes. Asimismo deberá albergar las distintas peripecias, los conflictos y todo aquello que vaya a figurar en la película a la que está sirviendo. La idea, el tema, la ampliación de éste en forma de argumento y su definitivo formato que es el guión significan el origen de toda aventura cinematográfica. Para los diversos departamentos que intervienen en el trabajo, el libro contiene la doctrina y las órdenes. De su conocimiento se generan la autoridad y las previsiones; se calcula el dinero y se planifica la intendencia. Pero a pesar de servir para tantas cosas, su cometido es tan funcional como efímero, tan útil como fugaz. Carece de entidad propia, ni siquiera alcanza categoría de género, nadie piensa en él como punto de destino sino que siempre es camino. Únicamente se utiliza para hacer una película y en esa tarea encuentra su sentido. Cuando se va engarzando con los diversos y variados trabajos que concurren en el resultado final, nuestro sujeto -el guión- se diluye, queda olvidado y va desapareciendo a medida que el gigante -la película- crece y toma forma. Es complicado entresacar de una empresa ya finalizada la parte correspondiente al escrito previo que le dio la vida. Puede que sea posible precisar juicios sobre el tema y el argumento de tal o cual película. Difícil lo tiene el que intente referirse al guión, cuya naturaleza está inventada para la unión con otras artesanías, nunca para brillar con luz propia. A pesar de todo, se pueden leer con frecuencia aseveraciones como éstas: "... con un soberbio guión, la película no está lograda..." o "... buen guión, mala realización...", etc. A pesar de estas arriesgadas clarividencias pienso que en una película, y en ello se valora lo grande y misterioso del oficio, las partes y las distintas funciones se mezclan sin dejar resquicio ni posibilidad alguna de estudiarlas por separado. Unas influyen a otras decisivamente y se hace imposible la tarea de poder precisar sus fronteras y encontrar la marca de sus límites. Un viejo compañero decía en sus clases de la asignatura que si uno tenía la sensación de haber conseguido el guión perfecto, antes de pensar en sus imágenes, debería encuadrarlo, y colocarlo en su biblioteca, sin más pretensiones. Siempre entendí en sus palabras que no había que pararse en el guión, que éste encontraba su función (principalísima, eso sí) en el proceso de hacer la película y la representación, el rodaje de ésta y el montaje final le fundirían definitivamente con otros elementos con los que alcanzaría su forma auténtica y de los que nadie nunca le podría separar. Aquellos acontecimientos y propósitos escritos se enriquecen o se diluyen, vienen a primer término o ven disminuida su importancia con los emplazamientos de cámara, los cortes de montaje y la misma colocación de las músicas, por citar algunos de los mecanismos de influencia más directa. Un director escribe, subraya o interpreta el texto con sus ángulos, énfasis y toques personales en busca del último resultado. En ocasiones, lo que en escritura parece torpe es lo más acertado a la hora de su conversión en imágenes y es asimismo frecuente el efecto contrario. Estas intuiciones son las que han dotado a la espe-



ANTONIO LANCHO

cialidad de un conjunto de leyes, observaciones y técnicas aplicadas que constituyen todo un oficio. Y a este oficio se refiere el trabajo de Syd Field titulado *El libro del guión*.

Abre Field su pequeño tratado convocando a los lectores con una poderosa cita del más emocionante mensaje dirigido a los narradores de cualquier forma o género: el que Conrad escribiera en el prólogo de *El negro del Narcissus*. Con tal principio se abren las puertas a una serie de pequeñas lecciones, consejos, recordatorios y ejemplos dirigidos a satisfacer las inquietudes de aquellos que desean conocerlo todo sobre la elaboración de los guiones cinematográficos.

## El lenguaje de las imágenes

De un tiempo a esta parte, el lenguaje de las imágenes provoca un enorme interés y dentro de su vasto mundo, éste de la escritura de guiones parece particularmente asediado por una prolongada curiosidad. Se organizan coloquios, reuniones, lecturas y todo cuanto permita acercarse a sus técnicas y al completo entendimiento de sus posibilidades. De los Estados Unidos llegan cada año varios profesores guionistas que organizan cursos rápidos para estudiantes ávidos de ponerse al día en esta materia. El libro de Field es el último de una nutrida lista de intentos por clarificar las particularidades de esta disciplina. Intenta responder a preguntas básicas: ¿Cómo se hace un guión?, ¿dónde se marca la diferencia con el resto de los procedimientos narrativos?, ¿qué características propias tiene?, ¿qué importancia se le concede en el proceso de hacer una película?, ¿cómo se adaptan narraciones noveladas o teatrales al medio cinematográfico? Lo cierto es que a la mayoría de este tipo de preguntas las responde el sentido común de quien posea una discreta información y un mínimo de curiosidad. Pero también es verdad que estos profesionales del medio que en un momento de su vida deciden dedicar su tiempo a la confección de un manual didáctico llaman la atención sobre aspectos del oficio que el estudiante no debe ignorar. Verdades elementales a las que el autor pone nombre y con las que establece sólidas teorías.

Algunas de las diversas materias que sirven al hecho cinematográfico se pueden analizar previamente y por separado. Así la interpretación, la decoración, la caracterización, el trabajo literario y todas las demás. Pero es complicado llegar a entenderlas sin conocer la técnica propia de un rodaje o sin referencia alguna de la disciplina más específicamente cinematográfica que es el montaje. Eso es lo que uno echa en falta en estas clases y en estos libros. Es necesario hablar y entender primero todas las complejidades de la narrativa fílmica para escribir historias que van a contarse con tal procedimiento. Una vez dicho esto y volviendo al libro en cuestión, éste, después de tantear cuestiones principales, se divide en una docena de clases cortas desbordantes de ejemplos, todos ellos de películas de éxito, que sirven para apuntillar los conceptos y las aseveraciones que se van produciendo. Hay precisiones termi-

nológicas que, por culpa de costumbres o traducciones erróneas, pueden llevar a cierta confusión. Tal como el uso que da a las palabras «secuencia» y «escena», además de otras ligeramente desviadas del tratamiento que se les otorga en otras industrias que no son la norteamericana.

En primer lugar, Field escribe sobre la estructura dramática de las historias. Establece un esquema básico al que llama paradigma. Efectivamente es un ejemplo válido para cualquier narración. Los diversos actos con sus planteamientos, confrontaciones y resoluciones, los nudos correspondientes y la decisión final. Estudia y analiza, uno a uno, los distintos momentos. A continuación habla del tema. Más tarde se referirá a la creación de los personajes, los finales y principios, el estudio del nudo de la trama, la secuencia, la forma y las adaptaciones. Todo ello puntuado con el citado recordatorio de conocidas películas, tan preciso que a veces hace pensar que han sido ellas las que, después de vistas, le han permitido establecer las líneas maestras de sus lecciones. Todo esto viene a cuento por el enorme sentido que siempre ha tenido aquella frase de Bernard Shaw en la que, hablando de la creación, postulaba que lo primero era la imaginación y la fantasía. Más tarde aparecían la inteligencia y la razón a poner nombres, definiciones y corolarios en donde únicamente la voluntad había decidido de manera intuitiva.

Por estas y otras cuestiones quizá convenga decir que antaño las películas y por supuesto los guiones que las precedían, crecían cercados por diversas presiones. Exigencias de público masivo, censura implacable, tiempo limitado y respeto absoluto a los géneros y modelos establecidos. Se podía decir que era una época análoga a aquella en la que los ejercicios poéticos no se concebían sin los moldes tradicionales en los que toda creatividad debía encajarse. Era necesario usar la rima y la métrica. Los sonetos, por entre sacar un ejemplo, debían obedecer a unas reglas fijas, conocidas e inmovilables en lo que se refería a su forma. Todo ello, trasplantado al mundo cinematográfico, permite establecer la comparación. Las normas que regían la creación eran poco flexibles y estaban al servicio, entre otras cosas, de la eficacia comercial del producto. El interés se calculaba con antelación, los finales eran impuestos y repetidos hasta la saciedad, cada género rendía vasallaje a una larga cadena de reglas que eran resultado de anteriores experiencias y se archivaban las fórmulas del éxito hasta agotarlas. Esto ocurría en la mayoría de las

películas. Entonces sí existían leyes inexorables y tenían sentido las recomendaciones acerca de la mecánica que armaba cada historia. Ahora, cuando esa gran época ha quedado atrás, se puede decir que muchos preceptos han desaparecido con ella. Han cambiado los espectadores, los sistemas de producción se orientan lejos de los tradicionales estudios, la tolerancia ha limitado el uso de la picaresca, existe más permisividad en la duración de las historias y todo ello permite afirmar que hemos abandonado nuestros sonetos y hemos dado entrada al verso libre. Ciertamente se mantiene una serie de principios y de ellos da rendida cuenta el libro de Syd Field; existen en efecto articulaciones y dogmas que ayudan a construir las historias, pero los géneros se han mezclado y todo se ha revuelto en unos procedimientos que obedecen lejanamente a aquella ortodoxia brillante del pasado. Es sencillo decir que el guión de *Taxi Driver*, valga como ejemplo, es sobresaliente cuando se ha visto la película y se sabe de su éxito. Pero es muy improbable que las normas de oro y los esquemas recomendados hubieran tenido paciencia alguna con aquel proyecto de película. Nada es caprichoso en ella pero nada obedece a los desarrollos y a los tiempos marcados. Así muchas otras. Estamos en un momento en que se hace necesario aceptar proyectos que en un examen previo al rodaje no ofrecen claridad alguna en cuanto a su futuro. Las ideas y la confianza en determinados equipos de hombres determinados han de provocar la fe necesaria para lanzarse a la aventura de producir películas. A pesar de todo es necesario llegar a la comprensión de estos elementales principios llegados desde las más altas experiencias.

Unos cuantos conviene retener. El guionista, tanto si adapta como si trabaja historias personales, ha de poseer un universo y una poética propios. Ese mundo particular está habitado por tiempos y ritmos personales. Y sus aciertos serán más considerables cuanto más se acerque a su propia verdad y ésta se descubra al expresarse.

Lo deja entrever el propio autor cuando después de cruzar los pantanosos senderos de la creación una y otra vez buscando los vados y la tierra firme bajo los pies, encuentra las palabras que dan por concluidas las clases: «El talento es un don de Dios: o se tiene o no se tiene». Para compensar esta aseveración que excluye toda posibilidad de valerse de textos como el suyo, hay que buscar otros postulados anteriores: «Escribir es un trabajo duro, un trabajo que se hace día a día y un escritor profesional es alguien que se propone alcanzar un objetivo y luego lo consigue... Todo el mundo es escritor».

Valgan las dos maneras. La del que está dotado para ser un narrador y ha vivido lo suficiente para que aquello que cuenta tenga interés y aquella otra que consiste en estudiar y penetrar en este mundo a base de conocimientos adquiridos, de lecturas y de esfuerzo. Nada importa si uno consigue la armonía que exigen las historias y éstas contienen la difícil novedad y el encanto suficiente para ser capaces, desde la pantalla, de seducir a quienes las contemplan. □

## RESUMEN

Un director de cine, Mario Camus, con frecuencia guionista de sus propias películas o de las de otros compañeros de dirección, reflexiona, al hilo de un libro sobre el guión cinematográfico, sobre la importancia que tiene

algo tan efímero como es aquello en que se apoya una película, algo que si posee alguna característica destacada es la de su transitoriedad; pero es el origen, el punto de partida, de toda aventura cinematográfica.

## Syd Field

*El libro del guión. (Fundamentos de la escritura de guiones)*

Plot, Madrid, 1994. 213 páginas. 2.100 pesetas.

# La razón y sus vértigos

Por Javier Muguerza

**Javier Muguerza** (Coín, Málaga, 1939) es catedrático de Ética en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Entre sus últimos libros figuran *Ethik aus Unbehagen* (25 Jahre ethische Diskussion in Spanien) y *Desde la perplejidad*. Es coordinador del Comité Académico de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, actualmente en curso de publicación.

La presente es una obra publicada a la vez en México y España, que es hoy por hoy el mejor modo –dada la incomunicación editorial que todavía en gran medida padecemos con nuestra América Latina– de que un autor latinoamericano sea conocido entre nosotros o lo sea un español al otro lado del Atlántico: sobran motivos, pues, para congratularnos de que el último libro del filósofo mexicano Carlos Pereda –sus *Vértigos argumentales*. (*Una ética de la disputa*)– pueda gozar en nuestro país de una recepción que no tuvieron, excepto en muy reducidos círculos de amigos o de especialistas, sus libros anteriores, como *Debates* (1989), *Conversar es humano* (1991) y *Razón e incertidumbre* (1993), estrechamente emparentados todos ellos –y en especial, el tercero– con el actual.

No deja de ser sintomático, por otro lado, que estemos hablando de una coedición hispano-mexicana, puesto que a nadie se le ocultan los lazos existentes entre nuestras dos comunidades filosóficas desde que México abriera generosamente un día sus puertas a los filósofos españoles del exilio del 36. Pero Pereda, salvo indirectamente, no procede de ese «phylum» –que es el de tantos filósofos mexicanos contemporáneos–, sino que, antes de nacionalizarse en él, arribó a ese país de acogida que sigue siendo México desde otro exilio hispánico (y menciono expresamente lo de «hispánico» porque tal tradición de exilios intelectuales forma sin duda parte de la herencia que, para bien o para mal, recibieron de la madre patria los países de nuestra lengua). Concretamente, provenía al llegar allí del Uruguay, lo que explica su deuda, orgullosamente proclamada en el libro que comentamos, con el pensador uruguayo Carlos Vaz Ferreira, quien a su vez mantuvo relación con el pensamiento de Unamuno y Ortega, siendo tal vez sin proponérselo un pionero en la tarea de construir una comunidad filosófica iberoamericana a la que muchos filósofos hispanohablantes nos sentimos convocados de unos años acá.

En cuanto al libro mismo, convendría comenzar con algún comentario acerca de su inquietante título, del que primeramente atenderemos a lo que atañe a la «argumentación» para pasar luego a ocuparnos de sus «vértigos». Una «teoría de la argumentación» es algo que desborda los límites estrictos de la «lógica», que es siempre lógica «formal» y, en última instancia, reducible a «formalismos» mecánicamente manipulables o algorítmicos. La argumentación, por el contrario, tiene bastante más que ver con lo que Vaz Ferreira dio en llamar «lógica viva», esto es, la lógica aplicable a situaciones «concretas» de discurso en cuanto diferentes del razonamiento «abstracto», situaciones en las cuales no parece bastar la razón «pura» toda vez que en sí mismas son situaciones discursivamente «impuras», donde los prejuicios, las artimañas sofísticas e incluso la coacción autoritaria (cuando no a veces la violencia) pueden contar, y cuentan de hecho con frecuencia, al menos tanto como las inferencias lógicas que vertebran la discusión. Desde la erística griega a nuestros días, pasando por las «disputaciones» medievales, ha habido y hay una «lógica de la disputa», pero sobre lo que Pereda llama nuestra atención es sobre el hecho de que la disputa intelectual no es sólo asunto del «ló-



STELLA WITTENBERG

gos» sino también del «éthos» y requiere por tanto de una ética. A saber, una «ética de la disputa», según reza el subtítulo del libro.

De acuerdo con tal designio, uno de los apartados más interesantes del mismo es su repaso de las «virtudes argumentativas», llamadas así –«virtudes», o hábitos argumentativos positivos, por contraposición a los correspondientes hábitos negativos o «vicios» de la argumentación– en un sentido ético más bien que dianoético, relativo no tanto a la corrección o incorrección lógicas de los razonamientos cuanto a la corrección o incorrección éticas con que nos servimos de éstos al embarcarnos en tales o cuales estrategias argumentales. Cuando alguien viola en su argumentación este o aquel principio deductivo, como el de no-contradicción, o lleva improcedentemente a cabo inferencias inductivas o analógicas, etcétera, no es lo mismo que lo haga por impericia que por deshonestidad. Por ejemplo, si un profesor de lógica suspende a un alumno en un examen, lo más normal es que atribuya dicho suspenso a la «ignorancia» de la lógica por parte del alumno o a los «errores» lógicos cometidos por éste en sus ejercicios, pero no

necesita, en cambio, suponer que el pobre alumno suspendido había tratado deshonestamente de hacer «trampa» urdiendo «falacias» con la finalidad de «confundirle» (aunque nunca se sabe, la verdad, y yo conocí a un profesor de lógica un tanto paranoico que –como el personaje de *La Regenta* de Clarín que todo lo tornaba «cuestión personal»– insistía en que «los atentados contra la lógica él los tomaba como ofensas», con lo que sólo conseguía pasarse el día en un permanente estado de irritación). Dicho de otra manera, quien atente contra la corrección argumental no necesariamente habrá pecado contra la ética de la argumentación... a menos que se trate de alguien, como es o debería ser el caso de los filósofos, entre cuyas virtudes profesionales haya de figurar inexcusablemente la de «saber argumentar». «Saber argumentar» no es sólo saber lógica sino también, ya se ha dicho, teoría de la argumentación, pero implica además poseer profesionalmente ciertas «virtudes argumentativas de segundo orden» como, entre ellas, la integridad epistémica (es decir, la independencia de criterio respecto de modas o de escuelas, y no digamos «escolásticas», filosóficas), el ri-

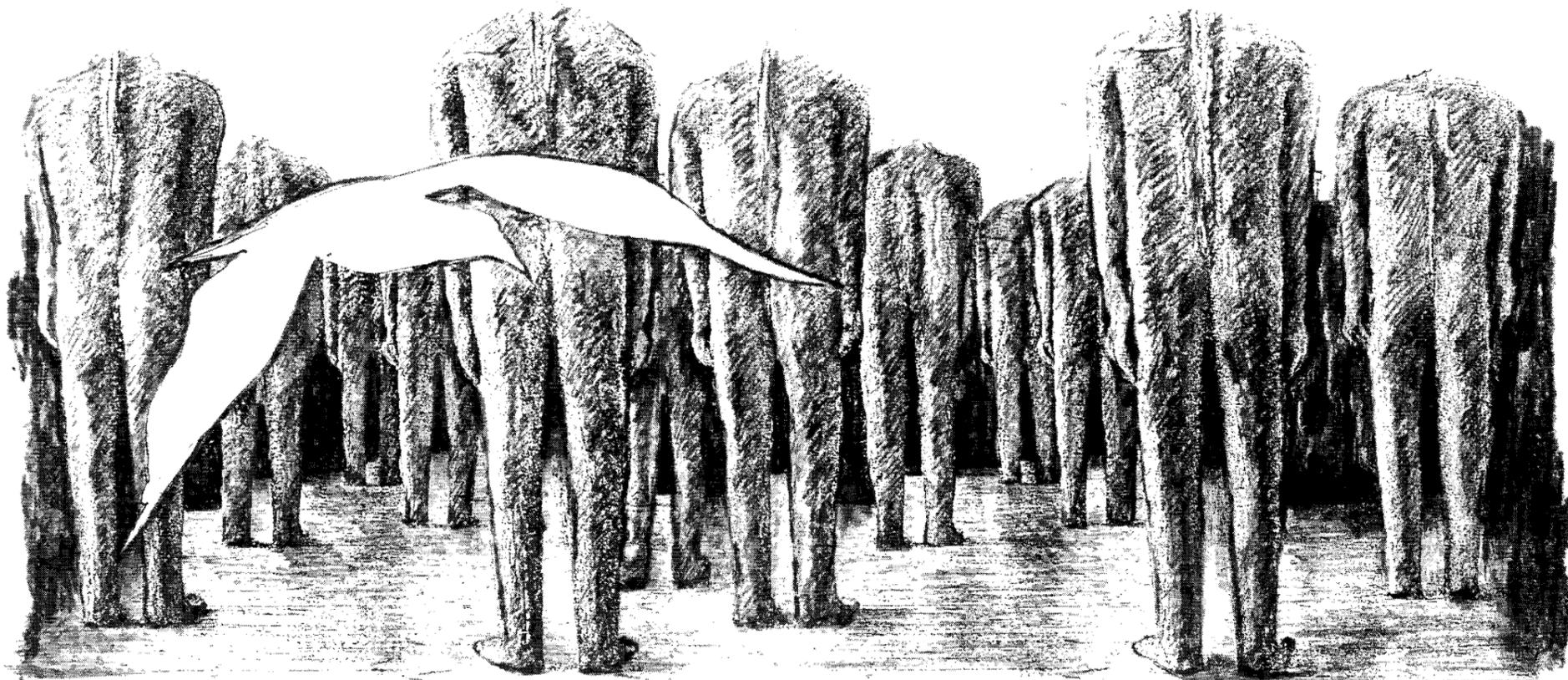
gor (esa imparcialidad por la que algunos filósofos son capaces de «hacer justicia» a los argumentos ajenos, así procedan éstos de colegas rivales) o el espíritu de discernimiento (que filosóficamente les preserve por igual del «fetichismo» o el «autoengaño»), etc. Virtudes todas que llevan al propio Pereda a ser cauto y no atropellarse en sus argumentos o a ser justo con los contraargumentos que se oponen a estos últimos, salpicando su texto de expresiones como «pero, cuidado», o «estoy corriendo demasiado», o «veamos la cuestión desde otra perspectiva u otro ángulo». Pues, por distintos que sean los relatos y los textos filosóficos –como distintas son, por cierto, las acepciones de «argumento» que campean en unos y otros–, no sólo los primeros, sino asimismo los segundos pudieran ser «autobiográficos», esto es, fichteanamente reveladores de la clase de persona que es su autor.

## De Descartes a Wittgenstein

Pero vayamos ya con los vértigos argumentales. El Diccionario de la Academia de la Lengua recoge, entre otras varias, dos definiciones genéricas del vocablo «vértigo» dignas de ser recordadas para nuestros efectos, la primera de las cuales caracteriza al vértigo como un trastorno del «sentido del equilibrio». Semejante trastorno pudiera por otra parte ser descrito como el efecto de un exceso de apresuramiento y se hallaría también relacionado con el fenómeno psíquico consistente en una repentina y pasajera «turbación del juicio». Frente a este tipo de vértigo se impone un decidido esfuerzo de recuperación del «sentido del equilibrio» trastornado, equilibrio que nuestro autor considera imprescindible, por ejemplo, a la hora de dosificar –entre las que denomina «virtudes argumentativas procedimentales»– las virtudes que cabría tener por «revolucionarias» (como la creatividad y el afán de innovación o de ruptura) y las que cabría tener por «conservadoras» (como la coherencia y la perseverancia en aquellas líneas de investigación sobre cuyo eventual rendimiento no haya de momento razones para desconfiar). Platón ya representaba a la filosofía como hija de Póros y Penía, de la riqueza y la pobreza, y eso es también lo que Pereda da la impresión de pensar cuando nos aconseja que nuestros argumentos no sucumban ni a la opulencia del «dogmatismo» ni a la miseria del «escepticismo», manteniéndose equidistantes de ambos extremos, así como de la tentación del «poder» o la resignación a la «impotencia». Mas, puesto que se trata de un equilibrio dinámico y no estático, ello equivale a invitarnos a emprender «una búsqueda incesante» del eventual punto de equilibrio entre extremos vertiginosos (como, para citar sólo otro ejemplo, los contrapuestos excesos hermenéuticos de la complicación –que convierte cualquier cuestión en «algo mucho más complicado de lo que parece», con el consiguiente riesgo de inhibir al hermeneuta de abordarla– o de la simplificación que, reduciendo las cuestiones a un «se trata simplemente de esto o de lo otro», arriesga a aquél de nuevo a darlas de antemano por resueltas). Pero más todavía que esta definición nos interesa ahora una otra, igualmente reconocida por el Diccionario, que remite al «vértigo de altura», entendido como una sensación de inseguridad o miedo a caer en el vacío. La traducción argumental de este segundo tipo de vértigo vendría a consistir en el desplome de nuestra voluntad de actuar racionalmente cuando, por haber comenzado pidiendo «demasiado» a la razón, nos acabamos contentando con «demasiado poco» y abandonándonos a la irracionalidad. Considerémosla con algún detalle.



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

La racionalidad moderna o ilustrada alardeó lo suyo de soberbia al presentarse como la panacea de todos nuestros males, tanto epistémicos como éticos, haciéndonos creer que con el solo recurso a la razón podíamos ya estar tranquilos y echarnos a dormir. Pero este siglo de pesadilla que concluye nos ha hecho rememorar con abundante lujo de horrores que el sueño de la razón produce monstruos, los monstruos de la sinrazón que justifican con largueza las reservas y reticencias de la reacción postilustrada o postmoderna. En su libro, Pereda nos ofrece una peculiar reconstrucción de los avatares de la razón en la Modernidad, recurriendo a esbozar lo que, con un título de Dickens, cabría llamar «una historia de dos ciudades»: la «ciudad cartesiana», en primer término, que suministraba a Descartes –al comienzo de la segunda parte del *Discurso del método*– un modelo de razón concebida como un trazado urbano regular de edificaciones uniformes, diseñado con impecable geometría por el tiralíneas de un ingeniero lógico en medio de una llanura (no importa si desierta, pues la razón no precisaría de otros arraigos que los aprestados por ella misma), diseño que contrasta, en segundo término, con el de la «ciudad wittgensteiniana», la ciudad del lenguaje (la otra cara del «lógos» o razón) en que –tal como Wittgenstein la concibe en sus *Investigaciones filosóficas*– los barrios de nueva planta, con sus calles rectas y su uniformidad arquitectónica (así el caso paradigmático del ensanche, lógicamente pulcro y elegante, dedicado a la ciencia), coexisten con un casco antiguo sometido a las anfractuosidades del terreno y poblado por una maraña de callejas y plazas, en las que se levantan casas con anexos de diversas épocas y donde, por así decirlo, alienta el bullicioso mundo de la historia y de la vida. Quien opine que la ciudad cartesiana es fría e inhóspita y le resulta inhabitable, no por eso tendría que marchar a un descampado y ponerse a vivir a la intemperie. Y lo que Pereda le recomendaría es que se instale en la sin duda más hospitalaria, cálida y variopinta ciudad wittgensteiniana, regida por un concepto menos menagado de razón.

A lo que acabo de llamar «razón menagada», característica de la «ciudad cartesiana», Pereda prefiere llamarla «razón austera», denominación que no tengo por excesivamente feliz puesto que induce a confundir la sobriedad con la tacañería. La razón de Descartes no es tanto austera cuanto unilateral, de la misma manera que una dieta monótona y escasamente diversificada no sería austera sino insuficiente. Y tampoco me satisface demasiado la denominación que asigna a la racionalidad que anida en la «ciudad wittgen-

steiniana», a la que gusta de llamar «razón enfática», induciendo con ello a imaginar una razón que se diera importancia y hasta aspirara a ser «escrita con mayúscula». Para ser y saberse importante, la razón no parece necesitar de ningún énfasis ni mucho menos ser escrita con mayúscula, como no sea, claro, en alemán, donde todos los sustantivos se escriben de ese modo (a Wittgenstein, en cualquier caso, sería abusivo aplicarle el encomio de Kant que un día le oí a un opositor, quien –dirigiéndose al tribunal ante el que exponía su comentario de un texto del segundo– remataría la exposición con esta frase: «Y como prueba del respeto que el gran filósofo de Königsberg tenía por la razón, observen cómo en el texto original la palabra “Vernunft” siempre aparece escrita con mayúscula»). Lo que Pereda pretende no es, desde luego, enfatizar nada, sino sencillamente advertirnos de que, para que sea posible una instalación confortable entre su vecindario, la ciudad de la razón habrá de ser «plural» y «multiforme» en lugar de uniforme o unilateral. Y, ya que hemos aludido a Wittgenstein, citemos en este punto a otro de los clásicos predilectos de Pereda. Pues fue Aristóteles quien, en su *Ética nicomaquea*, legaría a la posteridad la advertencia de que «es propio del hombre instruido buscar la exactitud de cada género de conocimiento en la medida en que lo admite la naturaleza del asunto, de suerte que tan absurdo sería aprobar a un matemático que recurra a la persuasión como pedir demostraciones a un retórico».

Como cabía haber esperado, Aristóteles se deja oír con frecuencia en las páginas de este libro: después de todo, no sólo fue uno de los padres de la lógica (ahí están su *Órganon* y sus *Análisis*), sino también el padre de la teoría de la argumentación (ahí están sus *Tópicos*, sus *Refutaciones sofísticas* o su *Retórica*).

De Aristóteles procede, en última instancia, la terapia contra los vértigos argumentales –tanto el vértigo resultante de un trastorno del sentido del equilibrio como el relacionado con el vértigo de altura– que antes se proponía, terapia administrada desde esa variedad del buen sentido que Aristóteles llamaba «prudencia» («phronesis») y que Pereda sugiere conectar con el «esprit de finesse» de Pascal y la «Urteilskraft» o «capacidad de juicio» de Kant. Son todos ellos recursos no reglados e insusceptibles de ser aprendidos en un manual o extraídos de un prontuario, puesto que se adquieren «practicando la racionalidad» y no tan sólo teorizando a palo seco sobre ella. Practicar la racionalidad, lo mismo para Aristóteles que para Wittgenstein, consiste en «dar razón» («lógon didónai») de

cuantas afirmaciones queramos que otros compartan en el curso de una argumentación, como en el caso, supongamos, de un diálogo. Pero he hablado de dar razón y no de «dar la razón», pues la razón no cabe darla habida cuenta de que no existe «la» razón sino únicamente existen «razones» en plural. Que es también lo que determina que nadie pueda presumir de «tener la razón», pues la razón –si hubiera tal– no sería algo para ser «tenido» sino algo para ser «ejercitado», y es sólo ese usufructo –su posesión, digamos, «in actu exercito»– lo que a todos nos es dado, pero nunca su «propiedad».

Una concepción «pluralista e interactiva» de la racionalidad como ésta es la que aporta su armazón, si no le interpreto mal, a la teoría «antifundamentalista» de la argumentación de Carlos Pereda. Dicha teoría no sería «antifundamentalista» en el sentido de propugnar que nuestras afirmaciones a lo largo de una disputa «carezcan de fundamento», sino en el de reconocer la posibilidad de «diversos tipos de fundamento», lo que lleva a Pereda a hablar de «multifundamentalismo»: no es indiferente, pongamos por caso, que una disputa se desenvuelva en el terreno de las ciencias naturales –que versan acerca de hechos más o menos objetivos– o en el de las ciencias del hombre y las ciencias sociales, donde el hombre no es un puro «objeto» sin ser a la vez «sujeto», condición ésta humana que abre de par en par las puertas a todo un mundo de diferencias, como las que se dan entre «explicar» un fenómeno y «comprenderlo», o entre «pronosticar» un acontecimiento y «programar» una acción, etcétera. Y pretender «arrasar esas diferencias», como lo vendría a hacer un «monofundamentalismo», sería prestar un flaco servicio a la razón.

Por lo demás, alguien ha dicho no del todo en broma que el propósito básico que anima a cualquier fundamentalismo no es tanto el de ayudarnos a encontrar apoyo en lo supuestamente «fundamental» cuanto el de proporcionarnos la indeseable protección de una

«fundamental», estimulando en nosotros la patológica obsesión por preservar la seguridad de la razón aun a costa de esquematizar su funcionamiento y, en definitiva, empobrecerla. Y también Cioran pudo escribir que «el peor vértigo de la razón no es otro que el exceso de cordura», un exceso que lleva a mutilar la realidad o a divorciar a la razón de la imaginación para que ni lo real ni lo racional produzcan inquietud, dejándonos sumidos de esta guisa en un fatal sopor anestesiante. La argumentación se desarrollaría entonces sonambúlicamente, puesta a resguardo de cualquier sobresalto, pero sin que ninguno de los «mecanismos de alerta» racionales nos puedan ya avisar de los peligros que acechan a nuestro ejercicio de la misma, comenzando por el peligro de la pérdida del equilibrio o el de la precipitación en el vacío seguida de un batacazo, es decir, el peligro de los vértigos argumentales contra los que el libro de Carlos Pereda trata de prevenirnos.

La racionalidad de que en él se habla no busca esa cordura ni esa seguridad, suscita más preguntas que respuestas y es, en definitiva, «una razón incierta», la forma de razón más apropiada, por lo demás, para los inciertos tiempos que nos ha tocado en suerte vivir. Pero, si lo pensamos bien, los tiempos siempre han sido inciertos para quienes tuvieron que vivirlos, que es lo que otorga su intemporalidad al viejo mote borgoñón tan apreciado por Ortega: «Rien ne m'est sûr que la chose incertaine», «sólo lo incierto me es seguro». En última instancia, la incertidumbre es compatible en términos wittgensteinianos con el hecho de que, aunque no exista «la» certeza, hay modestas «certezas» siquiera sea provisionales sin las cuales no nos podríamos bandear en esta vida..., y dar con ellas, para proceder luego a revisarlas debatiendo los unos con los otros en una conversación interminable, es el humano cometido que desde Sócrates acostumbramos a encomendar a una razón a la medida de los hombres. □

## RESUMEN

Muguerza, en primer lugar, se felicita por poder comentar en España una obra filosófica de un pensador mexicano y, después, se adentra en la entraña de este ensayo que ya desde su título inquietante, *Vértigos argumentales*,

esboza toda una «teoría de la argumentación», y es que, en su opinión, «saber argumentar» no es sólo saber lógica sino también conocer dicha teoría, además de poseer ciertas «virtudes argumentativas».

Carlos Pereda

*Vértigos argumentales. (Una ética de la disputa)*

Anthrópos, Barcelona/Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1994. 334 páginas. 2.500 pesetas.

# El tiempo irreversible

Por Manuel Alvar

**Manuel Alvar** (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

Quiero partir de una recomendación inicial: la de leer todas estas páginas. La hago para prevenir a unos seguros lectores, que, acaso, huyeran espantados al empezar las primeras líneas del prólogo. Esto viene a cuento de algunas consideraciones que nada tienen que ver con estos relatos. Emotivos, llenos de ternura si así cuadra, sencillos siempre. Son éstas las primeras páginas que leo de Eulogio Soriano y, en las pocas líneas que en la carátula sirven de presentación, me entero –mejor, deduzco– que es un hombre modesto, laborioso y enamorado de su profesión; nacido en la provincia de Teruel y enraizado en su terruño. No es mala carta de presentación: lo malo es el prólogo que han puesto a estas doscientas páginas muy bien escritas, que se adentran en el alma del lector. A mí esto de los prólogos me va pareciendo una forma bastante inútil de la retórica. El escritor, si lo es, debe torear a cuerpo limpio, salvo que el heraldo sea capaz –y lo es pocas veces– de presentar a cualquier jinete de punta en blanco. Porque lo más probable es que al abrir el libro, y en las primerísimas líneas, el lector se asuste y no se atreva a dar más pasos. Se encuentra con esto: «*Tintero de plomo* de Eulogio Soriano es un relato perteneciente al género literario de las memorias, en el que un perplejo e introspectivo narrador homodiegético, colocado a un nivel de interacción transaccional próximo al de los personajes de la historia comunicada, trasciende el ámbito discursivo para convertirse también él en un componente más de la vividura existencial e intrahistórica de un pueblo casi extinguido». Estas cosas, sobre ser dudosas, deben valer –pobres chicos– para el caletre de los alumnos de Wayne University, no para los de nuestros pagos que agradecen las claridades. Después, uno se entera de «que

*Tintero de plomo* es una obra de un contenido literario y crítico profundo y, en consecuencia, se encuentra precisada de explicación analítica e interpretativa, irreducibles a meras y superficiales reseñas periodísticas». Amén. Todo está claro y nos sirve para que veamos de estudiar las cosas.

¿Autobiografía? Ciertamente, todo lo que escribimos –hasta los estudios dialectales– son autobiografía. Pero tal género literario tiene una armadura que aquí no se cumple, aunque –y es dudoso– lo que se cuenta le haya ocurrido al autor. Porque él mismo, en un cauda final (o «coda» como lo llama en aragonés), se plantea una duda que escasamente tiene que ver con las perplejidades que en el libro poco, o nada, existen: «¿Qué género es éste? No sabes. ¿Glosas?, ¿anchas pinceladas impresionistas?, ¿la emoción recobrada de tu infancia?, ¿la recuperación de la médula y de la sangre y la voz de un pueblo que había muerto?, ¿es pintura o es historia?, ¿“beatus ille” trasnochado? No lo sabes. ¿Cómo vas a llamar a esta criatura? [...] Memorias de una década?, ¿son esto memorias?, ¿de quién?, ¿de qué? ¿Quién es ese «tú» recurrente que pulsa las teclas –que no la pluma– del escritor?». Y el autor deja al que esto ha leído que adivine el pueblo de que se trata. Creo que son muchas cosas que hay que explicar y otras que se pregunta el curioso que tiene estas páginas en sus manos.

El libro está terminado en enero de 1994 y escrito, como mínimo, un año antes («ahora en 1993»); en otro sitio nos dice que el narrador al acabar tiene cincuenta y cuatro años; luego sí, como reiteradamente se repite que, cuanto se cuenta, son cosas de la década de los cuarenta, Eulogio Soriano nació en 1940. No nos vale lo de autobiografía. Ha dado esa fecha como pudo haber dado otra o trasmite noticias aprendidas. Los indicios sirven de referencia: «no sólo de cardar vive el hombre de los años cuarenta», «uno pudo haber oído los fusilamientos desde el vientre de su madre», «las mujeres de la década de los cuarenta», «seguro de que entonces tenía seis [años]. Mil novecientos cuarenta y cinco». ¿Autobiografía?

Las reseñas periodísticas ¿son superficiales? ¿También cuando las escribían Or-

tega, Alfonso Reyes y tantos maestros de nuestros saberes y de nuestra prosa? Voy a curarme en salud: yo no hago «meras y superficiales reseñas periodísticas», quisiera hacer otra cosa: comentarios desde mi ladera, conversaciones con unos lectores que me honran, impresiones de cuanto –y es mucho– me sorprende. No me siento aludido, pero quiero defender a unos hombres que, acaso, están purificados de vacuas pedanterías para decir lo que deben. Dejémoslo para volver a este libro, tan indeciso como el género literario que es, en definitiva, lo que el presunto lector querrá saber.

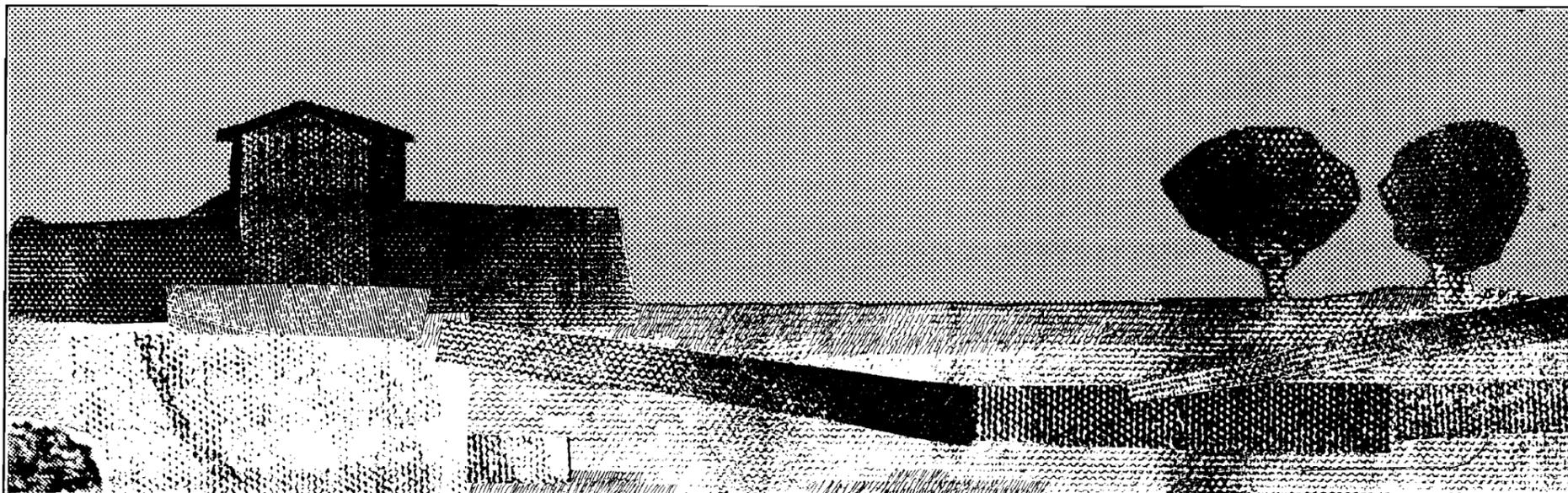
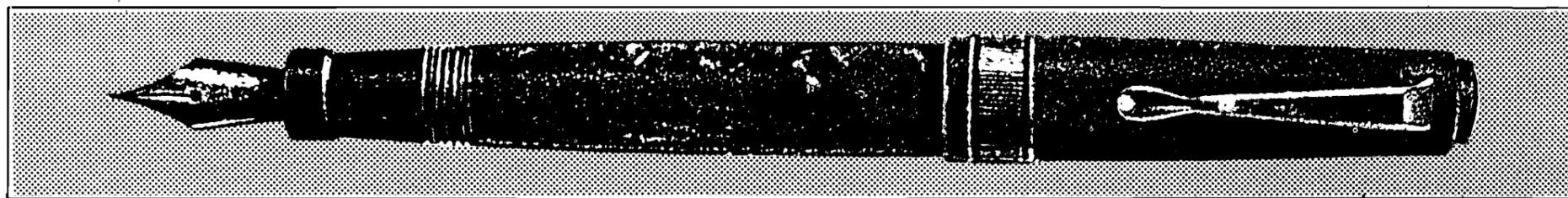
El autor ha dado una serie de posibilidades para clasificar a su obra. Me pregunto, ¿importa mucho? Porque lo que vale es la obra de creación. Y ésta lo tiene, el valor, en grado muy subido. Querría añadir más, lo que a mí me ha emocionado desde la primera a la última página es el pulso del tiempo y la precisión de la geografía, coordenadas que hacen ser al hombre en toda su plenitud. Alguien pensará que todo –geografía y tiempo– es demasiado preciso. Tendrá razón, pero yo seguiré creyendo en su valor.

No se nos dice el nombre del pueblo que se describe, pero se nos dan referencias que pueden valer mucho. «Fuendetodos está cerca. Pero más de cuarenta kilómetros», Moyuela, río Noqueta («que, aquí cerca [...] en Piedrahita [...] es el origen del río Aguas Vivas»), Carraloscós, «en esta tierra turulense», «el claror apunta por el horizonte hacia los campos de Belchite». Podríamos pensar en la zona de Loscos, donde nació el autor (en Mezquita de Loscos). Podríamos recurrir a otras precisiones, las lingüísticas, pero a ellas dedicaré un análisis más demorado. Ahora bástenos con esto y con lo que voy a contar.

## Evocación y nostalgia

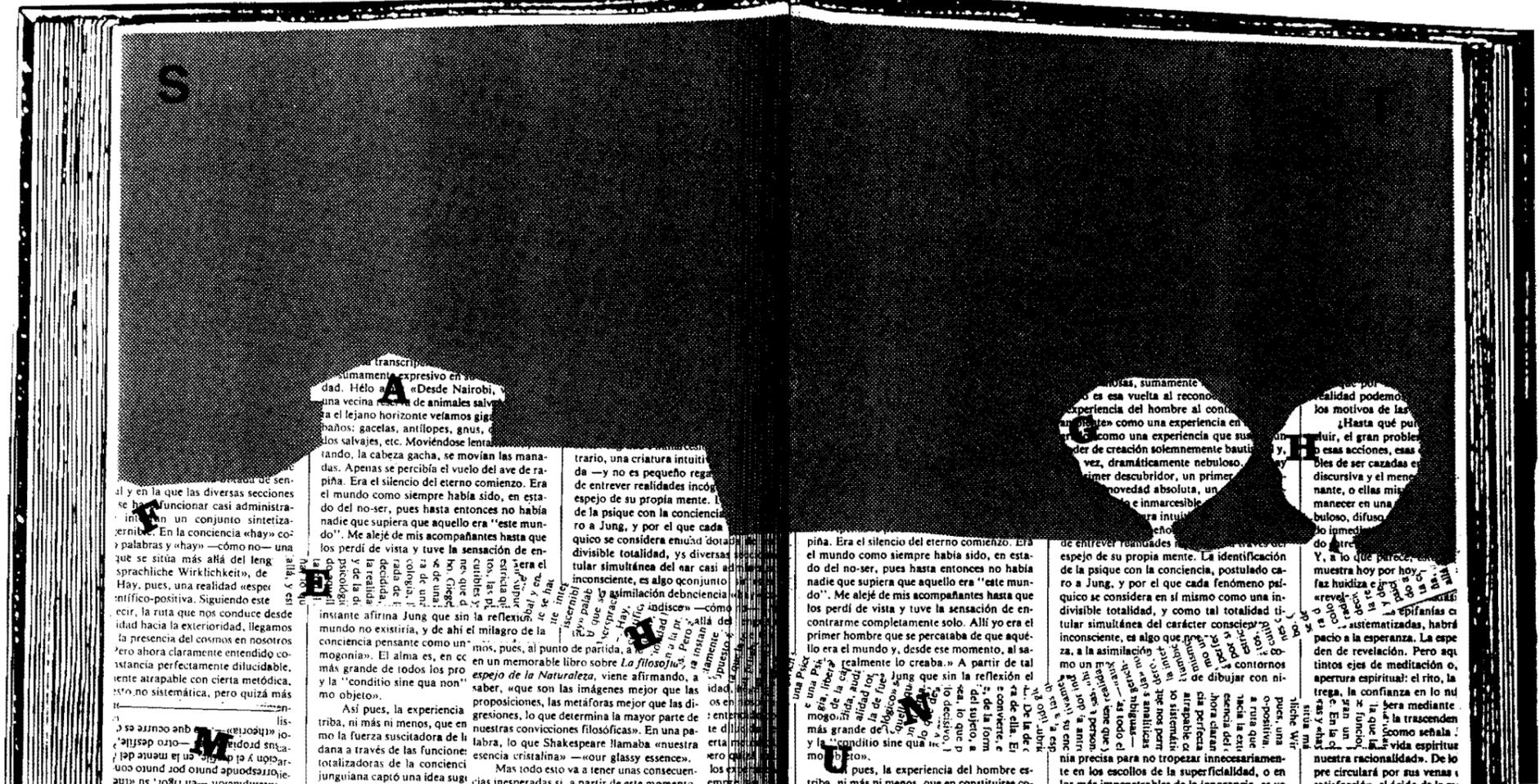
He dicho que el libro tiene para mí (sólo para mí) resonancias cargadas de emociones. Leo muchas de estas páginas y evoco mis veranos en Alfajarín o las fiestas hogareñas del invierno. La matanza del cerdo que los chicos de la capital recordábamos anhelantes (la descripción es la que yo evoco

en estos momentos); o las escenas de trilla, las que yo viví; la siega, que a mí me contaban; los tejedores con los que he hablado; el riego de los parientes que –madrugada alta– salían de la casa para no perder un minuto de la dula. O el susto de la tronada, o las campanas de la iglesia («bandeadas» y «encanadas» por los mozos), o la escuela de Nuez a la que nos asomábamos en las vacaciones, o la espera de los rebaños, o el molino de La Puebla o tantas y tantas estampas que forman parte de mi vida. Creo que estos cuadros están enmarcados ahí, en una geografía muy precisa y en una región ya muy castellanizada (basta leer los topónimos), pero en la que duran muchísimos términos aragoneses o de la lengua vulgar de todos. Pienso que *Tintero de plomo* podría haberse llamado *Aragón habla*, como los inolvidables cuadros a los que Delibes bautizó como *Castilla habla* y a los que tanta afición mostré. Porque el gran novelista es aducido un par de veces (en la muerte de las hormigas plateadas y en la caza de la perdiz) me evito más explicaciones, pero sí debo acercar ambos autores en ese lamento horaciano por el tiempo que ya se ha ido o la crítica de la uniformidad actual que llenan de nostalgias al hombre que contempla los años irreversibles. Para mí esto se llama autenticidad, la misma que rezuman las líneas angustiadas que Soriano dedica al niño –garganta abierta– al que ahoga la difteria, o al gran espejo de la sala que «siempre cayéndose» guardaba contra la pared mil papeles de los que no se podía prescindir (recibos, cartas), la sala con las dos alcobas, los partidos de pelota en el frontón o en el trinquete, las mil observaciones diminutas y el impresionismo convertido en sustancia literaria. No hace falta para decir todo esto otra cosa que el arte –difícil arte– de saber contar. Entonces la lengua no puede falsearse, sino reflejarse en todas sus posibilidades. Aragón habla. Y habla hasta la extenuación en estas muchas páginas que son entrañables para todos: para el autor, para el lector, para el dialectólogo. En la palabra, la realidad vivida y las horas sin falsía. Todo lo que aquí se cuenta, es; y, además, está bellamente dicho.



ARTURO REQUENA

Viene de la página anterior



El dialectólogo que yo soy no puede olvidar su oficio que, además, le va a servir para aclarar cosas a las que ha aludido y ha prometido dar respuesta. Podría enumerar los dialectalismos que hay en estos relatos; son infinitos y los he anotado para un futuro diccionario de autoridades regionales. No puedo —acaso tampoco deba— detener la atención del lector en palabras que están llenas de emoción terruñera. Unos, las verán como acertado realismo; otros, como identificación del hombre con su ser histórico. Yo, que apruebo ambas suposiciones, voy a decir algo que es una precisión geográfica que, a través de la lengua, nos permitirá solidarizarnos con el autor. Abro el *Atlas Lingüístico de Aragón*. Es el instrumento precioso donde las palabras se identifican con la tierra y ayudan a reconstruir la historia. Seleccione unas cuantas de este libro para saber dónde está la razón de haberlas escogido el autor. Así la «vejiga del cerdo» se llama «bochiga», como transcribe Soriano, sólo en unos pueblos turolenses (págs. 102, 200, 206) cerca de los cuales hay otras variantes fonéticas próximas. Quedémonos con Muniesa, Híjar y Esteruel. «Hoz» se encuentra como «faz» sólo en Moyuela, Barrachina y Aliaga, siempre en una zona harto próxima a la linde de Zaragoza y Teruel, y ahora rodeada de multitud de términos discrepantes («corvella», «falz», «hoz», «fal», «fals»). «Criba», como «porgadera» vuelve a estar en pueblos más dispersos que los anteriores (en Alagón y Osera) en Zaragoza. Menos expresivo es el mapa de «jubo» por cuanto ocupa áreas de las tres provincias aragonesas pero, por supuesto, en esa linde a la que ya me he referido y que, en sus cercanías turolenses, se presenta bajo la forma «yubo», «llubo», «yugo» (en la cartografía lingüística, «jugo» ocupa, en la provincia de Teruel, unos límites marcados por los pueblos de Ferruela a Híjar y, por el sur, de Barrachina a Iglesia del Cid). El relator emplea «juñidos» por «uncidos»; el atlas no tiene la forma participial pero sí el sustantivo «uncidera» y el verbo «uncir»: desde ambos puede confirmarse la vinculación de la frontera provincial con unas denominaciones que abarcan superficies dilatadas por la geografía aragonesa. En el mundo pastoril volvemos a encontrar una documentación que bien sir-

ve para localizar el vocabulario empleado, como la «corraliza», que es «paridera» en Huesca y Zaragoza y, por supuesto, en la estrecha franja de las provincias de Zaragoza y Teruel, a las que vengo refiriéndome. Al mundo variopinto de los transportes pertenecen las «samugas» «jamugas», que, a pesar de ser desconocidas en muchos sitios, como tales las recogimos en pueblos zaragozanos como Muel, Fuendejalón, Calcaena y ya, acercándonos a Teruel, en Codo y Moyuela; mientras que en el Bajo Aragón sólo apareció en Híjar. Si nos fijáramos ahora en el léxico del ganado vacuno, tendríamos que «braguero» «ubre» es virtualmente un término de todo Aragón que poco nos ayuda; «gueña» «boñiga» es propiamente de la provincia de Huesca, pero aún alcanza pueblos que están en la linde con Teruel, pero, según el *Atlas*, en ningún punto de esta provincia; en cuanto se refiere al ganado porcino, selección de dos palabras, que me han dado el siguiente resultado: «hechura» es la mixtura de salvado y desperdicios de huerta que se da para cebo del cerdo y, en efecto, frente a una abundante terminología («caldero», «berbajo», «breballo», «pastura», etc.) «hechura» es propio de dos lugares zaragozanos próximos a la raya de Teruel (Codo y Moyuela) y luego Olivés, Alconchel, Used y en Valderrobres y Montalbán dentro de esta provincia. Por último, un término que reitera nuestro narrador para designar el «morueco» sólo lo encuentro en Moyuela, pegando a la provincia de Teruel. De estos brevísimos ejemplos algo podemos inferir. El atlas lingüístico tiene una selección de lugares que nos permite deducir con seguridad la confrontación en ellos de los términos atestiguados. Y esto en nuestro caso tiene su valor (a pesar de que sólo he practicado unas cuantas calas). De una parte, la autenticidad de la lengua que Soriano utiliza (aragonesismos generales); de otra, los términos que tienen una restringida difusión dentro del dominio y, por último, las voces que sólo son de un ámbito limitado y que valen para establecer una precisa caracterización. En este sentido nos valen las palabras que se documentan en unos pocos pueblos de la raya de Zaragoza con Teruel y que serían la base para fijar la geografía dialectal de nuestro autor. Y, en

efecto, esos términos de filiación más restringida son todos próximos a Loscos, con lo que, por bien distintos caminos de los habituales, tendríamos comprobada la fidelidad del autor a una tierra de la que procede.

Eulogio Soriano ha buscado el amparo de las palabras terruñeras para darnos la verdad de sus relatos. En ocasiones explica lo que las voces significan («choto», macho de la cabra», «cebaderas», pesebre móvil», «les ponía el «jubo» o paño alargado, a la mujer sobre el velo, al novio sobre los hombros», «sabinas, aquí llamadas «ginebros»»), pero habitualmente transcribe la palabra dialectal en su plena desnudez: está identificada con la «res» y nada debe perturbar esa fusión que las hace ser ellas mismas. ¿Dificultades para muchos? Evidentes. Pero en cambio la autenticidad de unos hombres, de unas cosas, de unos sentimientos que no se desvirtúan en lo que tienen de más inalienable. Merecería la pena estudiar exhaustivamente este vocabulario por cuanto sirve de espejo de una cultura, tal y como hizo Max Leopoldo Wagner con el de Cerdeña, o las «palabras y cosas» de otros sitios. Karl Jaberg escribió una hermosa descripción de la encuesta que Scheuermeier llevaba a cabo en Subiaco; contemplaba aquellos serrijones, las mieses maduras y la impaciencia del hombre, y decía «hermosa lección de cosas». Lo mismo que yo al leer la mayor parte de estas páginas; que hablen por mí la recolección del azafrán, el ganado que llega a la paridera o los pájaros variopintos que garlan en la enramada. ¿Durarán estas palabras? «Con las personas se van, poco a poco, tam-

bién las palabras.» Es verdad. Por eso este libro —emocionantemente nostálgico— actúa de notario: «Ya no hay niños. Ya no hay escuela. Un pueblo sin escuela se muere. Hay un bar de ancianos que entretienen su aburrimiento con las cartas. [...] Ni niños ni ancianos. ¿Qué porvenir tiene un pueblo sin niños ni ancianos? ¿puede existir un pueblo así?, ¿no estarás haciendo la crónica de un pueblo muerto y enterrado? Pero, ¿existió alguna vez ese pueblo?». Y el narrador que, además, es fedatario agrupa elementos folclóricos (anécdotas, chistes, juegos con las palabras), referencias a grandes momentos de nuestra literatura (el Cid, Manrique, Góngora, Machado), el cancionero popular o las creencias históricas tercamente mantenidas. Es el vivir. Pero un vivir que está muriendo con la emigración, con el abandono, con esa enorme voz de silencio que es la soledad total.

**Triste recuerdo**

En algún punto habrá que poner fin a estos comentarios. *Tintero de plomo* era aquella cazoleta que guardaba la tinta cuando los zagaes escribían con plumillas de corona y palillero colorado. También servían para meter las moscas cazadas, si el maestro se había distraído. Y ahora, ¿qué? Para los viejos, la tristeza de haber conocido un tiempo. ¿Mejor, por pasado? Otro, que ya no es. Pero que ha dejado un sabor amargo en los labios, como el triste recuerdo del viejo tintero de plomo. □

**RESUMEN**

Manuel Alvar, autor de numerosos trabajos del campo lingüístico, se ocupa de una narración de un escritor aragonés, en la que la memoria, la añoranza de un tiempo ido, está presentada a partir de una escritura llena de aragonesismos,

de vocablos hoy a la deriva. Desmenuza, pues, Alvar un texto de género impreciso pero delimitado por el pulso del tiempo y la precisión de la geografía; coordenadas que, en su opinión, hacen ser al hombre en toda su plenitud.

**Eulogio Soriano**

**Tintero de plomo**

Mira Editores, Zaragoza, 1994. 208 páginas. 1.867 pesetas.

ARTURO REQUEJO

# La «ciencia» de los trasplantes

Por Francisco Vilardell

**Francisco Vilardell** (Barcelona, 1926), doctor en Medicina y en Ciencias Médicas (Gastroenterología) por la Universidad de Pennsylvania, es director de la Escuela de Patología Digestiva de la Universidad Autónoma y presidente de la Sociedad Catalana de Bioética. Ha sido Presidente de la Organización Mundial de Gastroenterología (OMGE) y del Consejo de Organizaciones Internacionales de Ciencias Médicas (CIOMS) del que es en la actualidad Asesor Permanente.

La posibilidad de trasplantar órganos ha fascinado a la humanidad desde tiempo inmemorial. Según la tradición, dos médicos afincados en Siria, Cosme y Damián, lograron trasplantar con éxito una pierna de un individuo negro recién fallecido a otro de raza blanca que había perdido una de las suyas en un accidente. La escena del «Milagro de San Cosme y San Damián» fue reproducida por numerosos artistas en obras maestras tales como la famosa predela dedicada por Jaume Huguet a los dos santos en la iglesia de San Pedro de Terrassa, el magnífico retablo de madera policromada obra de Isidoro de Villoldo que se contempla en el Colegio de San Gregorio de Valladolid, el retablo de Miquel Nadal en la Catedral de Barcelona o el cuadro de autor anónimo que se exhibe en el Museo del Prado.

La «ciencia» de los trasplantes comienza a desarrollarse a principios de este siglo gracias al médico francés Alexis Carrel que consiguió realizar diversos injertos de tejidos y vísceras entre animales de la misma especie. Carrel, que recibió el Nobel, describió la historia de estos experimentos en un libro de divulgación, *La*

*incógnita del hombre*, un «best-seller» de los años treinta, en el que mencionaba ya que el gran problema de los trasplantes era el rechazo de los injertos por parte del organismo receptor. Sin embargo, el descubrimiento de que el rechazo del órgano trasplantado tenía una causa inmunológica no fue hecho hasta 1953 por Peter Medawar en Inglaterra. Los trabajos de Medawar, que obtuvo también el premio Nobel, abrieron el camino al empleo de los fármacos inmunosupresores que tanta importancia tendrían en mantener la tolerancia de los órganos injertados. Entre ellos destaca la ciclosporina, descubierta por el farmacólogo suizo Jean Borel en 1976, cuya introducción en la terapéutica ha representado un enorme progreso en la supervivencia de los enfermos trasplantados.

Después de una larga serie de trágicos fracasos debidos al rechazo, en 1954 se consiguieron realizar simultáneamente en los Estados Unidos y en Francia los primeros trasplantes de riñón entre gemelos idénticos en los cuales no cabía este problema. El Dr. Starzl, autor del libro que nos ocupa, intentó un trasplante de hígado en 1963 fracasando en su empeño; el primer trasplante de páncreas tuvo lugar en 1967 también en los Estados Unidos y en el mismo año el cirujano surafricano Christian Barnard realizó un trasplante de corazón que recibió en su día extraordinaria publicidad. Un año más tarde tuvo lugar en Bélgica el primer trasplante de pulmón.

En los años setenta se realizaron con éxito trasplantes de médula ósea que han tenido igualmente una importante repercusión en los medios de comunicación. En la actualidad cabe esperar una supervivencia a los cinco años de un 80 % de los pacientes a los que se han trasplantado ór-

ganos vitales como el corazón o el hígado y supervivencias todavía más prolongadas en los trasplantes de riñón. En muchos centros ya se practican con éxito trasplantes múltiples, especialmente de corazón y de pulmón e incluso de hígado y de corazón. La posibilidad de trasplantar tejidos parece no tener casi límites: desde las córneas hasta los huesos, la piel, las fascias musculares y los tímpanos, el ser humano tiene la posibilidad de sustituir una buena parte de sus órganos dañados por otros de diversas procedencias.

El título de la obra que nos ocupa tiene su origen en una conversación que tuvo el Dr. Starzl con un periodista que le preguntó si sería posible «recomponer» a una persona trasplantándole simultáneamente varios órganos de otras personas (corazón, hígado, pulmón, riñones, etc.) convirtiéndole de este modo en un verdadero «hombre puzzle».

## Los trasplantes de órganos en España

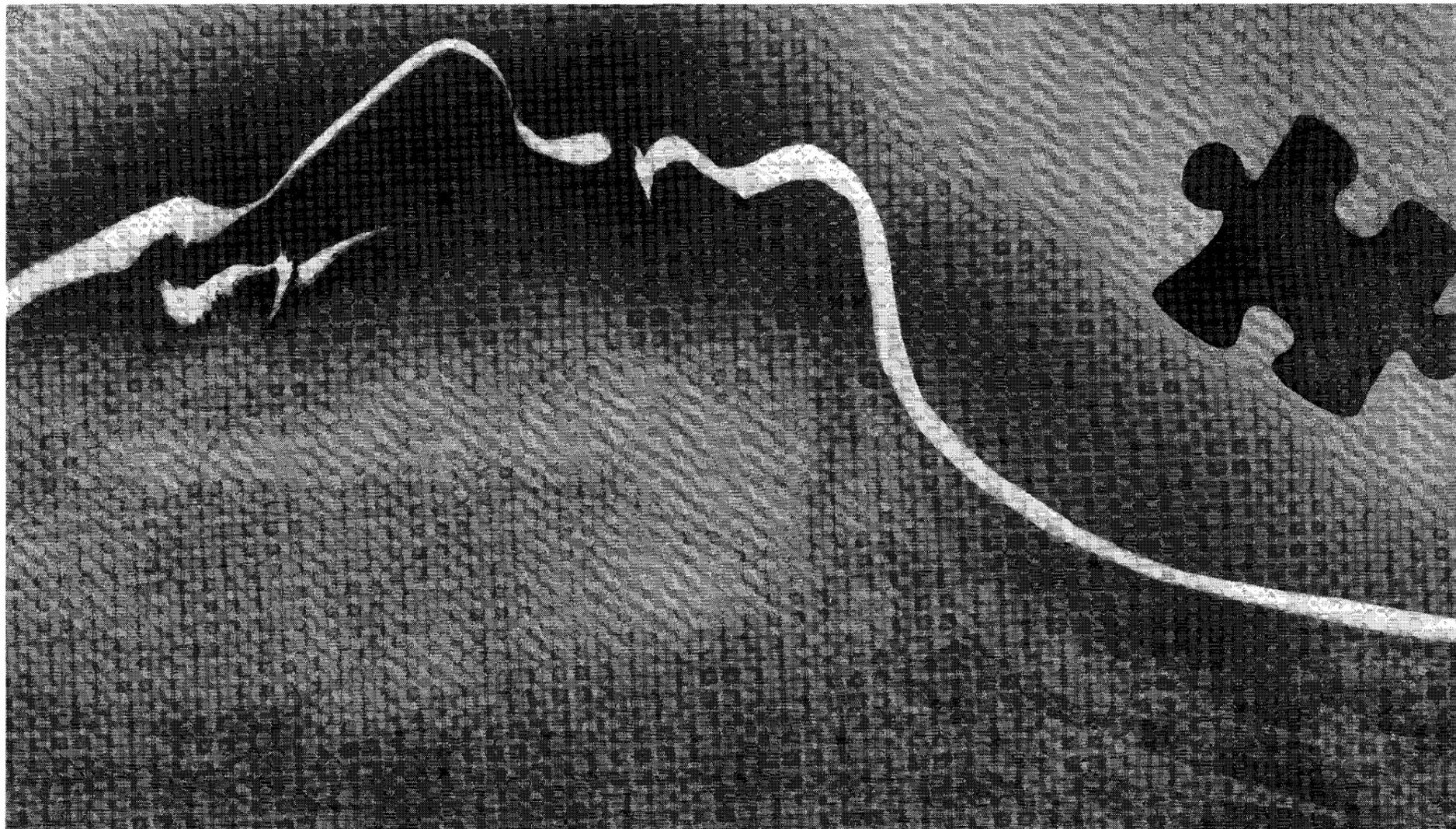
El número de centros que practican trasplantes en España aumenta constantemente. Los últimos datos de nuestro país, publicados recientemente por la Organización Nacional de Trasplantes, son sumamente esperanzadores. España mantiene una tasa de donantes muy elevada. Desde primeros de 1994 hasta el 15 de agosto de 1994, se habían realizado 1.100 trasplantes de riñón, 188 de corazón, 21 de pulmón y 386 de hígado. La proporción actual de donaciones es de 22,6 donantes por millón de habitantes, una de las más altas del mundo.

El auge de los trasplantes introduce numerosas cuestiones de carácter ético, social, económico e incluso político. La

historia de los descubrimientos médicos revela que cuando se introduce un nuevo procedimiento terapéutico que parece prometedor, sobre todo si es espectacular y costoso, adquiere a menudo una difusión desproporcionada a través de los medios de comunicación, que por culpa de la presión social que se origina impide más adelante evaluar tanto sus beneficios reales como reglamentar su empleo entre los posibles candidatos que pudieran beneficiarse del mismo.

## El costo de los trasplantes

Los costos de los trasplantes son elevados: a los materiales directos (intervención, extracción y transporte de órganos, fármacos inmunosupresores, complicaciones posteriores, etc.) hay que añadir los costos indirectos derivados de la calidad de vida ofrecida al enfermo, especialmente si éste no puede realizar un trabajo remunerado y requiere cuidados permanentes; también se suman los costos morales, como la angustia y el sufrimiento del enfermo y de sus familiares antes y después del trasplante. Está fuera de duda que el costo-beneficio y el costo-eficacia de los trasplantes de riñón son incontrovertibles, pero faltan todavía datos para poder estimar con precisión el valor real de los trasplantes de corazón y de hígado cuyo costo-eficacia en términos estrictamente médicos es evidente, pero cuyas ventajas en términos puramente monetarios no se han podido establecer con suficiente precisión. Aunque para el paciente y sus familiares el valor de la «nueva vida» proporcionada por un trasplante de hígado o de corazón sea inconmesurable, ciertamente no es fá-



JUAN RAMON ALONSO

Viene de la página anterior



cil medir estos beneficios en términos objetivos.

### Problemas éticos de los trasplantes

Existe un consenso virtual a nivel de todas las culturas y religiones del mundo de que los trasplantes de órganos no sólo son moralmente permisibles sino deseables y que por lo tanto deben ser fomentados. Ello no obsta para que los trasplantes planteen numerosos problemas éticos que han sido el objeto de apasionadas discusiones por parte de médicos, políticos, psiquiatras, filósofos y religiosos. Entre ellos, uno que sigue sin estar completamente resuelto, es el de la definición de «muerte», que es esencial para la recogida de órganos. No existe un criterio uniforme al respecto: tradicionalmente, el criterio más utilizado ha sido la cesación del latido cardíaco y de la respiración, pero con ello se impedían muchos trasplantes de órganos que requieren mantener la circulación corporal durante el mayor tiempo posible, y por ello se acepta en la mayoría de países el criterio de «muerte cerebral» es decir la cesación de las funciones cerebrales, aunque se conserven otras, permitiendo de este modo mantener la circulación mientras se investigan las posibilidades de donar los órganos del fallecido.

Otro problema sobre el que no hay acuerdo es el método a emplear para conseguir el necesario consentimiento para la donación. El derecho a disponer de su propio cuerpo es un derecho fundamental recogido en todas las legislaciones. Básicamente, existen dos procedimientos para conseguir donaciones: el primero consiste en solicitar el permiso en vida del donante, pero este sistema no ha dado en general el resultado esperado posiblemente por falta de información. Por ello, muchos países han adoptado el sistema según el cual, se presupone que el individuo fallecido que no ha expresado su oposición a ser donante, ha dado su consentimiento tácito a la extracción de sus órganos. Aunque este sistema ha sido también criticado, ha conseguido en general un notable aumento del número de donaciones en los países que lo utilizan, entre ellos el nuestro.

Otro problema ético es el relacionado con los trasplantes de órganos de donantes vivos, tales como un riñón, o de segmentos de los mismos, como del páncreas o del hígado ofrecidos generalmente por familiares directos en los que hay menores probabilidades de rechazo. Parece fundamental que las donaciones de órganos de seres vivos se hagan por motivos altruistas y sin ánimo de lucro. La mayoría de moralistas rechazan las donaciones por parte de terceras personas, que podrían ser objeto de presiones económicas, políticas o sociales. Tanto la Organización Mundial de la Salud como el Consejo de Europa prohíben todo beneficio económico en la realización de un trasplante. Sin embargo, en algunos países del Tercer Mundo, la compra-venta de órganos es una realidad y las ofertas de riñones o de córneas por parte de personas vivas han llegado incluso a publicarse en la prensa. La escasez de órganos sigue siendo un problema y las muertes en lista de espera son muchas. La proliferación de centros donde se efectúan trasplantes hace que el número de enfermos candidatos vaya aumentando a un ritmo superior al de las donaciones. Se plantea pues la necesidad de seleccionar los candidatos a un trasplante. ¿Quién tiene derecho a sobrevivir y quién no? En una reunión del Consejo de Organizaciones Internacionales de



JUAN RAMÓN ALONSO

Ciencias Médicas (CIOMS), que tuvo lugar hace pocos años, se puso de manifiesto que ningún argumento utilitario, como la edad, la conducta social, el valor humano del individuo, su situación económica, ni siquiera el alcoholismo, era criterio suficiente para indicar o negar la necesidad de un trasplante salvador. Sólo los criterios puramente médicos se consideraron válidos a la hora de decidir.

Otro tema que ha originado muchas discusiones es el de si está justificado practicar trasplantes a ciudadanos de otros países cuando hay escasez de órganos. Para la mayoría de estos problemas no existen todavía contestaciones aceptables universalmente.

### La vida de un cirujano norteamericano

En *El hombre puzzle*, Starzl nos cuenta la historia de los trasplantes de hígado a través de su propia vida, que es la típica de un cirujano prestigioso de su país: nace en el seno de una familia burguesa y termina unos estudios secundarios brillantes que le permiten obtener una beca para ingresar en una de las mejores Escuelas de Medicina de los Estados Unidos, la de la Northwestern University en Chicago; allí pronto destaca siendo todavía estudiante, por sus investigaciones en neurofisiología, un campo muy alejado del que luego ocuparía su vida. Una vez terminada la carrera, comienza la habitual peregrinación de los cirujanos en formación, primero a la famosa Universidad de Johns Hopkins y luego a la de Miami donde trabaja denodadamente, computando en su haber la cifra extraordinaria de 2.000 intervenciones quirúrgicas ¡en dos años! En 1958 comienza a interesarse por los trasplantes y hace el primer injerto de hígado en un perro, sin éxito. Regresa a su Alma Mater, la Northwestern University, donde sigue trabajando sin cesar. Su técnica quirúrgica es ahora tal, que le permite dedicarse, no

sólo a la cirugía abdominal, sino también a la cirugía torácica y a la vascular, convirtiéndose en el cirujano que opera los casos más difíciles de la región de Chicago.

Decide entonces familiarizarse con la cirugía de los trasplantes de riñón, técnicamente más fácil, antes de lanzarse de lleno al trasplante de hígado que es su verdadera meta. En 1963 realiza sin éxito el primer trasplante hepático en un niño con una afección incurable. Continúa practicando cirugía renal y en 1964 establece el primer registro mundial de trasplantes de riñón. Experimenta también con varios tratamientos inmunológicos para evitar el rechazo, siendo el primero en usar con éxito la ciclosporina. A fines de los años sesenta se acepta en los Estados Unidos el concepto de muerte cerebral que permite la utilización de órganos de personas fallecidas y mantenidas artificialmente, lo que representa otro gran progreso. Es de notar que algunos países, como Dinamarca y Japón, no han reconocido esta definición hasta la década de los noventa, retrasando notablemente el establecimiento de sus propios centros de trasplantes. Esta decisión jurídica del gobierno americano da nuevo impulso a esta cirugía y a partir de 1966 Starzl realiza ya trasplantes de hígado con resultados inmediatos prometedores. En 1992 contaba Starzl con supervivencias de hasta 30 años en el trasplante de riñón y de 23 en el de hígado.

Por culpa de mezquinas intrigas académicas, Starzl decide trasladarse a la Universidad de Pittsburgh. El centro de trasplantes que organiza en dicha ciudad llega a realizar la impresionante cifra de 500 trasplantes de hígado al año. Sólo la fatiga del equipo trasplantador les impide realizar más intervenciones.

Starzl recibe entonces el reconocimiento definitivo del mundo académico, pero en 1990 un severo infarto precipita su retirada de la actividad operatoria.

A pesar de las críticas que han recibido como terapéuticas muy costosas que benefician a pocos pacientes, los trasplantes constituyen, gracias a pioneros como Starzl, una opción terapéutica de valor establecido y contrastado en una serie de enfermedades. En su autobiografía el autor relata en forma sencilla y amena, con un mínimo de lenguaje científico, las vicisitudes y la larga serie de obstáculos y contratiempos con los que tuvo que enfrentarse hasta su triunfo final. La traducción es muy correcta y hay numerosos esquemas y dibujos que facilitan la comprensión de las intervenciones quirúrgicas. Llama la atención, sin embargo, que en una obra de este interés en el que se describen de primera mano tantos hechos históricos y se citan tantos personajes importantes que han influido en el progreso de la medicina contemporánea, no haya un índice de nombres propios ni tan sólo de materias. Es una lástima. □

#### RESUMEN

*El doctor Vilardell comenta las experiencias de un prestigioso cirujano norteamericano, el Dr. Starzl, el primero en realizar con éxito trasplantes de hígado, y que en su relato describe los problemas tanto técnicos como lo-*

*gísticos, económicos y éticos que ha tenido que resolver esta tecnología tan especializada antes de convertirse en un arma poderosa que permite abordar con optimismo el tratamiento de muchas enfermedades hasta ahora incurables.*

**Thomas E. Starzl**

***El hombre puzzle. Memorias de un cirujano de trasplantes***

J. R. Prous Editores, Barcelona, 1994. 408 páginas. 2.500 pesetas.

# Entender la inteligencia

Por Ramón Pascual

**Ramón Pascual** (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982) y actualmente preside la Comisión Promotora del Sincrotrón de Catalunya.

En el número de mayo de 1991 de «SABER/Leer» comenté un, para mí apasionante, libro de Roger Penrose: *La nueva mente del Emperador* (NME). No sé si convencí a muchos lectores de esta revista de que hicieran el esfuerzo de acometer su lectura. Lo que sí sé es que el libro pareció suficientemente atractivo como para ser traducido al castellano. Como ya preveía en aquel comentario al afirmar que «es muy probable que los puntos de vista de Penrose serán objeto de debate, por lo menos, durante el próximo decenio», también sé que la obra desencadenó críticas negativas por parte de algunos defensores de lo que se conoce como «versión fuerte» de la Inteligencia Artificial (IA): ningún problema fundamental impide que la actual ciencia de la computación permita hacer las mismas funciones que lo que normalmente llamamos «inteligencia», término cuyo significado y alcance no voy a precisar más en este comentario, tomándolo como sinónimo de mente o consciencia. Por poner un ejemplo de tal corriente de la IA, citemos las ideas contenidas en el reciente y divulgado libro de Francis Crick, el Nobel descubridor de la estructura del ADN, *The Astonishing Hypothesis*, cuyo subtítulo ya apunta su contenido: «The Scientific Search for the Human Soul». Si bien en él Crick defiende la versión fuerte de la IA, creo que se trata de un flaco servicio a sus defensores ya que el libro, que parece serio desde un punto de vista neurofisiológico, parece bastante sectario en los aspectos más relacionados con los problemas de lo que normalmente llamamos inteligencia y que él llama «alma». Por otra parte, me da la impresión de que la NME también pasó bastante desapercibida para muchos biólogos y que muchos neurobiólogos la menospreciaron a causa de la excesiva veracidad que daba a ciertos hechos experimentales sujetos a controversia.

Ahora, cuatro años más tarde, Penrose ha publicado el nuevo libro que comentamos y que, a mi entender, merece una nueva re-

flexión. En él, Penrose cuida extremadamente de fijar su postura ante las críticas de los que le acusaron de dualista o de místico. Para ello, desde un principio, cuida de agrupar las distintas posiciones respecto a la IA en cuatro clases, a las que designa con las letras A, B, C y D. En la clase A coloca a los firmes partidarios de la IA fuerte, aquellos para los que toda clase de raciocinio o de consciencia es mera computación; sería la postura de Crick. La clase B es la de aquellos para los que toda función consciente es una acción física del cerebro y, como tal, puede simularse computacionalmente, aunque dicha simulación no sea lo mismo que una función consciente; es la postura, por ejemplo, de Searle, quien distingue sintaxis de semántica. La clase C, en la que se coloca el autor y la que defiende a lo largo del libro, es la de aquellos que consideran que las funciones mentales se deben a determinadas acciones físicas del cerebro, pero que tales acciones no pueden, de momento, simularse computacionalmente. De esta manera Penrose se descoloca de los partidarios de la clase D, los que afirman que las funciones mentales no podrán explicarse nunca en términos científicos; en ella se podrían colocar los partidarios de cualquier forma de dualismo.

## Explicación científica

Desde un punto de vista científico, la postura de Penrose es completamente correcta al desmarcarse de la clase D. Cualquier científico ha de intentar explicar cualquier fenómeno, incluidos los mentales, mediante la ciencia, la actual o la futura. No parecería ser una postura científica que considerara, de partida, que existen hechos que quedan fuera del alcance de la ciencia. En este sentido, todo científico se debe situar en una de las tres primeras clases, tanto si considera que la ciencia ya está próxima a cumplir todos sus objetivos como si piensa que aún progresará por extensos caminos imprevisibles. Dicho de otra manera: científicamente, sólo hay tres opciones. Penrose expone sus razones, que constituyen la tesis de su obra, para alejarse también de las dos primeras.

La opción D, en sus distintas formas, es una opción de convencimiento, podríamos decir de fe, que se cree o no se cree. De hecho, la obra expone repetidos ejemplos, y hay muchos más, del papel de la ciencia en el sentido de hacer retroceder las fronteras de nuestra ignorancia: problemas que parecían fuera del alcance de la ciencia (y po-

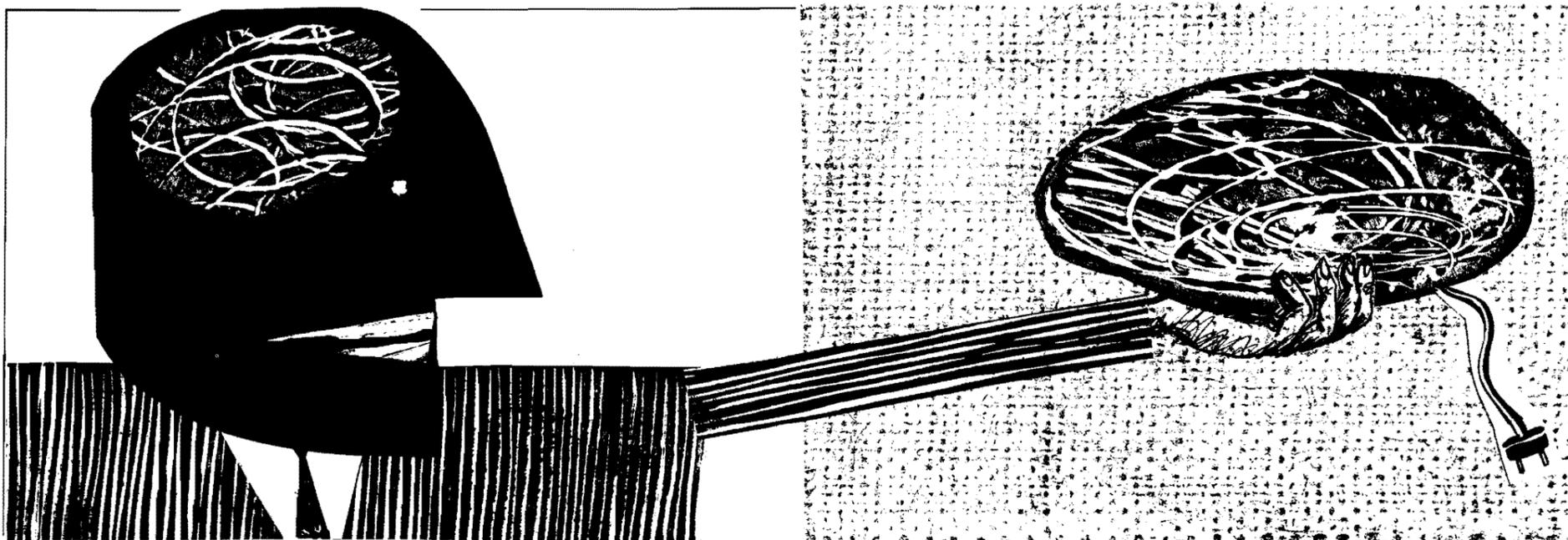
drían haber sido cuestión de creencia) y que hoy día han sido científicamente explicados. En todo caso, creo que a ningún creyente le interesaría lo más mínimo una fe que pudiera ser demostrada científicamente. Ahora bien, la búsqueda científica de las bases de los procesos mentales, la búsqueda del alma, que diría Crick, no está reñida con una cierta convicción más o menos remota de que se trata de un objetivo utópico que, si bien es correcto como tal objetivo, puede que no se alcance nunca, sea por la capacidad limitada de la ciencia o por la existencia de alguna forma de alma.

Las similitudes entre los puntos de vista mantenidos por Penrose en esta obra y en la NME radican, como ya hemos dicho, en mantener que los problemas relacionados con la mente pueden y deben ser tratados desde un punto de vista científico, si bien considera que la ciencia actual no contiene aún algunos de los elementos básicos necesarios para entender, y por tanto para poder «recrear», las funciones mentales. En su nueva obra Penrose no repite las largas disquisiciones sobre las máquinas de Turing o los actuales ordenadores (sean seriales o paralelos), sobre las ideas matemáticas y sobre las teorías físicas, que me siguen pareciendo extremadamente interesantes y sugerentes para cualquiera que quiera coger un cierto gusto por la ciencia, sino que reduce las nociones al mínimo necesario para que le pueda seguir (aunque con esfuerzo) cualquier lector que no haya leído (o mejor estudiado) la NME. De nuevo discute el problema de la reducción (o colapso) de las funciones de onda de la mecánica cuántica ya que mantiene que es el proceso más plausible de admitir una ampliación en la que quepan los procesos mentales. (Recuerde el lector que se trata, según la versión usual de la mecánica cuántica, del fenómeno instantáneo e impredecible que tiene lugar, por ejemplo, cuando un observador quiere saber si el famoso gato de Schrödinger está vivo o muerto después de que un proceso cuántico le haya situado en un estado superposición de vivo y muerto, con lo cual el estado del gato «salta» del extraño estado de superposición al bien concreto estado de vivo o muerto.) Es difícil no coincidir con Penrose en que se trata del proceso menos satisfactorio de la física moderna a pesar de que, recordemos, ningún hecho experimental sugiere ni exige una reformulación de la mecánica cuántica, ya que todo es explicable en su contexto, desde las bases de la química hasta los chips de un procesador de textos.

En los últimos veinte años, desde la comprobación experimental de las desigualdades de Bell que apoyan la mecánica cuántica usual frente a otras teorías realistas locales como las que gustarían a Einstein y a Schrödinger y también a Penrose, son muchas las propuestas para evitar la reducción de las funciones de onda. Tantas que no las vamos a considerar aquí. El propio Penrose presentó una en la NME, basada en la intuición de que la solución al problema de la reducción estaría ligada al otro gran problema existente en la física actual: sabemos que, a pesar de los éxitos y la belleza de nuestra física que nos permite explicar lo más pequeño del universo, las teorías de quarks y leptones, enlazándolo con lo más grande, la cosmología y el origen del universo, no podemos ir más allá de lo que se llama la escala de Planck, cuando el universo tenía unos  $10^{-43}$  segundos de vida, ya que para progresar hacia el origen deberíamos disponer de una teoría cuántica de la gravitación, algo todavía inalcanzado a pesar de muchos intentos y de algunas propuestas atractivas.

## Influencia gravitatoria

En la NME Penrose enlazaba los dos problemas, reducción de la función de ondas y gravedad cuántica, sugiriendo que la solución del uno iría de la mano de la del otro. En concreto, proponía que la reducción de las funciones de onda debe ser producida por lo que llamaba efectos de un gravitón. Personalmente me parecía uno de los aspectos más discutibles de la obra. Ahora, manteniendo la misma idea general, se siente atraído por una anterior propuesta de Ghirardi, Rimini y Weber (en que la reducción se producía en procesos aleatorios existentes muy de tanto en tanto en todos los puntos del universo) y la adapta a la influencia gravitatoria. Es difícil evaluar la propuesta, ya que no es fácil falsarla experimentalmente. Tampoco es inmediato ver si es compatible con la gran variedad de datos experimentales que se han acumulado en el último decenio a fin de comprobar los menores detalles de la mecánica cuántica usual. No estoy muy convencido de que la propuesta sea compatible con los experimentos conocidos como el «borrado» cuántico, en los que la función de ondas se hace colapsar pero luego no se analiza el resultado, con lo que retorna al estado de superposición.



G. MERINO

Viene de la página anterior



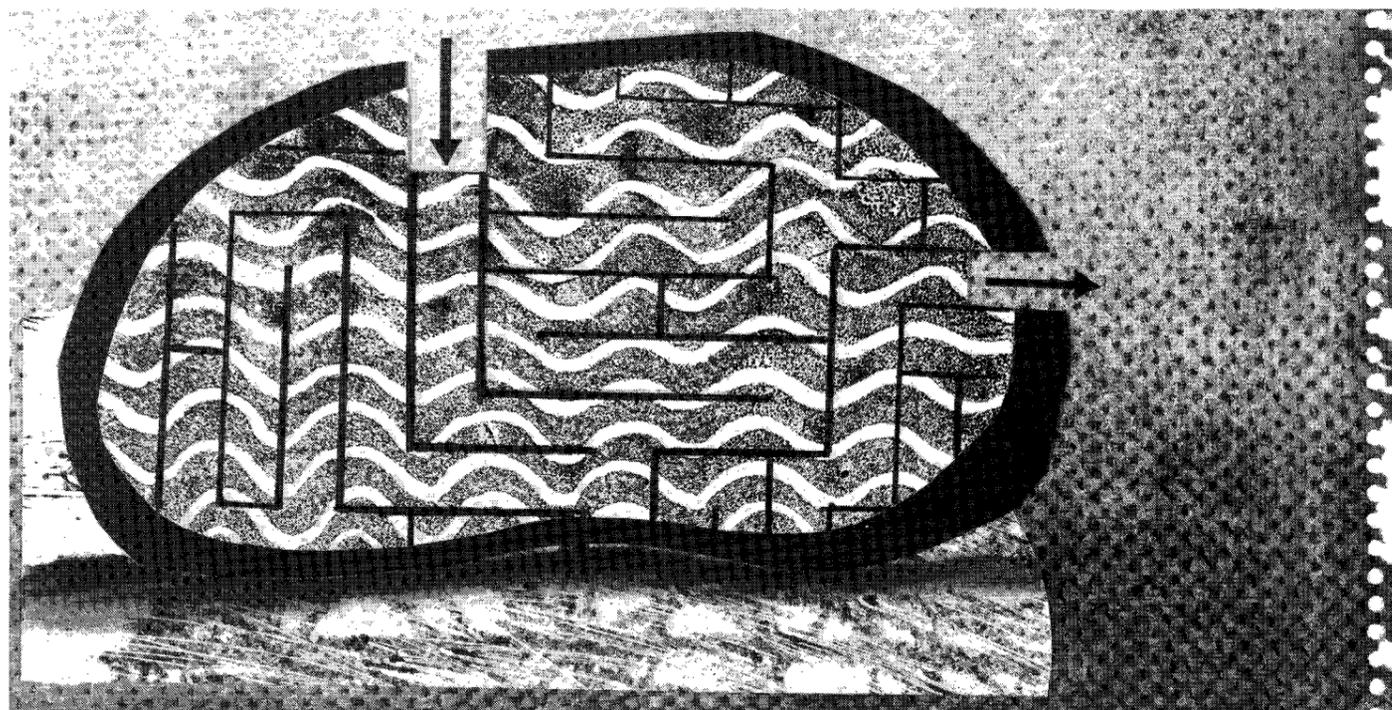
Según la nueva hipótesis, la mecánica cuántica se convierte en una teoría rígida completamente por la ecuación de Schrödinger según la cual los estados superposición siguen una evolución completamente determinista en todos los casos. Se trata siempre de estados capaces de superponerse, es decir, de presentar los fenómenos de coherencia típicos de las ondas. Pero capaces también de experimentar lo que llama «Reducción Objetiva» que normalmente tiene lugar a escalas grandes y que conduce a la «descoherencia» y a los comportamientos clásicos.

### Mecánica cuántica

Pero esta extensión de la mecánica cuántica es sólo una propuesta de una nueva ciencia necesaria, y por el momento inexistente, para comprender los procesos mentales. Mientras no comprendamos bien esta nueva ciencia no nos será posible construir una verdadera máquina inteligente. Para Penrose, tal como ya mantenía en la NME, el principal problema para los defensores de la IA pertenecientes a las clases A y B radica en el hecho de que los actuales ordenadores son de tipo algorítmico. Incluso los más avanzados sistemas no hacen más que ejecutar, o aprender, aquello para lo que han sido programados. Y en este sentido parece claro que la mente humana es capaz de tomar decisiones que no son de tipo algorítmico, tal como es bien sabido desde que, en 1930, Gödel demostró su famoso teorema de la indecidibilidad: en cualquier sistema formal de reglas matemáticas fiables, hay proposiciones verdaderas que el propio sistema no puede demostrar. Algo equivalente a la paradoja de Russell acerca de la existencia del «conjunto de todos los conjuntos que no son miembros de sí mismos». Para poder simular las funciones de la mente necesitamos, por lo menos, algún tipo de ciencia no algorítmica, es decir, que no sea «computable». Dicho de otra manera y en los términos que utiliza Penrose, los matemáticos no utilizan ningún algoritmo fiable y conocido para alcanzar las verdades matemáticas.

¿Qué quiere decir que un problema no sea computable? Quiere decir que no hay programa de ordenador capaz de resolverlo. Lo mejor es acudir a ejemplos. El más clásico es el décimo problema de Hilbert sobre la resolubilidad de las ecuaciones diofánticas: no puede haber algoritmo capaz de decidir sistemáticamente si un sistema de ecuaciones diofánticas tiene o no solución. Otro ejemplo, muy del agrado de Penrose quien ya se recreó en él en la NME, es el problema de enlazar una superficie a base de determinadas baldosas de forma poligonal. Y un último ejemplo que sugiere a Penrose que los procesos mentales no computacionales tengan que ver con la gravedad cuántica es que tampoco es computable el problema de la equivalencia topológica de variedades cuadrimensionales. Dicho en otras palabras, en el espacio-tiempo de la teoría de la gravitación no se puede extender lo que, en dos dimensiones, diría que la topología de la esfera es distinta de la de un donut y que ésta es equivalente a la de una taza de té: una esfera no se puede deformar para formar un toro y éste sí se puede deformar para formar el asa de la taza.

Y la pregunta es, ¿es nuestra ciencia actual, aquella en la que se basan los ordenadores existentes, computable? Da toda la impresión de que, por lo que se refiere a las teorías bien establecidas, sí lo es, con lo que las esperanzas de los que toman las opciones A y B deberían desvanecerse. En cambio, podría ser que la nueva mecánica cuántica



G. MERINO

con reducción objetiva basada en procesos gravitacionales fuese no computacional. Al menos ya sabemos que no lo es la estructura topológica del espacio-tiempo en el que se describe la teoría.

Otro aspecto en el que Penrose ha modificado su punto de vista es el de la ubicación de los procesos mentales. Aquí Penrose ha mejorado sus conocimientos neurofisiológicos y ha pasado de considerar el papel fundamental de las neuronas a adoptar la propuesta de que la base de los procesos mentales reside en los microtúbulos del citoesqueleto de las células. Como en la NME, enlaza los procesos mentales con los procesos cuánticos. La idea no es original. Uno de sus más destacados defensores ha sido sir John Eccles. La relación entre procesos mentales, y en especial el libre albedrío, con la indeterminación cuántica es sugerente, como también lo es la interacción física entre el cuerpo y el alma conservando la energía en el margen permitido por el principio de indeterminación. Pero las propuestas presentadas hasta ahora carecen de bases sólidas. Así por ejemplo, Eccles considera como sede de tales procesos las redes vesiculares presinápticas donde se producen, de manera un tanto probabilística, las exocitosis que liberan las moléculas transmisoras gracias a un confuso mecanismo cuántico. Pero tratándose de un desplazamiento de masa del orden de unos  $10^{-18}$  gramos a través de sinapsis del orden del milisegundo, la acción correspondiente es unos cuatro órdenes de magnitud mayor que la constante de Planck, de manera que, desde un punto de vista físico, las exocitosis parecen describibles por la física clásica.

### Cierta «inteligencia»

Penrose apunta hacia los microtúbulos por distintas causas. Una es la existencia de cierta «inteligencia» en seres unicelulares como el paramecio o la ameba, que no tienen neuronas, pero sí citoesqueletos. Otra razón es que si los procesos elementales cerebrales se sitúan en los microtúbulos, la potencia operacional del cerebro humano aumenta hasta unas  $10^{24}$  operaciones por segundo, lo que supera en diez órdenes de magnitud (un factor diez mil millones) las operaciones que podría realizar el cerebro

basándose sólo en sus  $10^{11}$  unidades neuronales, con lo que el cerebro superaría en mucho las posibilidades del mejor de los ordenadores existentes o previsibles. Y una tercera razón es la sugerente estructura de los microtúbulos, unas proteínas poliméricas formadas por trece columnas de unidades fundamentales, las tubulinas, que ofrecen dos posibles conformaciones según sea la disposición de un electrón intermedio. Penrose es seducido por estas estructuras para imaginar la base de un autómata celular no computacional basado en fenómenos de coherencia cuántica.

Para completar el esquema es necesario que los procesos que suceden en los microtúbulos, a pesar de sus dimensiones, sean capaces de albergar procesos en los que no se destruya la coherencia cuántica, de manera similar a como los procesos coherentes no se destruyen por colapso cuántico en los fenómenos de superconducción o de superfluidez. El problema es que estos fenómenos cuánticos macroscópicos tienen lugar a temperaturas cercanas al cero absoluto, muy por debajo de las temperaturas a las que funcionan los sistemas biológicos. Incluso los superconductores de alta temperatura (que, por cierto, aún no entendemos) precisan de temperaturas no muy por encima de la temperatura del nitrógeno líquido, de unos  $-158^{\circ}\text{C}$ , demasiado frías como para que funcione la inteligencia. Penrose analiza algunas pistas y propone algunas soluciones, algunas de ellas basadas en el fenómeno de condensación de Bose-Einstein, el mismo en el que se basa la superconducción y la superfluidez.

Cabe entonces preguntarse con Penrose, ¿tienen mente un paramecio o un elefante? Su curiosidad le lleva a poner ejemplos sorprendentes de lo que podrían ser

indicios de distintos grados de inteligencia en sistemas biológicos. Pero concluye que para la existencia de una inteligencia como la humana, a la existencia de citoesqueletos celulares en los que desarrollen procesos de coherencia cuántica a gran escala y de reducción objetiva no computacional, hay que añadir un cierto grado de complejidad y de organización.

Hasta aquí algunas consideraciones a las tesis expuestas en la obra que comentamos. Hay que añadir que a lo largo de la misma Penrose aprovecha para introducir gran número de temas que, si bien tienen alguna relación con la línea principal de argumentación, tienen interés por sí mismos. El propio lector los descubrirá, pero vale la pena poner un par de ejemplos.

Uno podría ser una disquisición sobre los peligros de la tecnología de los ordenadores. No deja de ser interesante la detallada descripción de un ficticio, pero posible, gran fraude electoral a base de una manipulación de ordenadores. Más preocupante me parece el problema de las grandes redes de ordenadores que, de hecho, ya ha provocado la presentación de algunas querrelas en los Estados Unidos. Por ejemplo, ¿quién es el responsable de determinadas informaciones (el caso concreto han sido cuestiones pornográficas) legales en un estado pero que, a través de la famosa Internet, son captadas desde otro en el que son ilegales? ¿No preocupa la comercialización de algún ordenador defectuoso, como puede ser ya el caso? Otro, con el que Penrose acaba su libro, es una interesante disquisición sobre el mundo físico, el mundo mental y el mundo platónico de las ideas abstractas, y sobre lo que llama tres misterios: los de las relaciones e implicaciones mutuas entre los tres mundos. □

### RESUMEN

Ya en su momento, recuerda Ramón Pascual, las teorías de Penrose sobre la inteligencia artificial suscitaron polémica y debate, y a éste se suma el propio Penrose, con otra nueva obra, en la que el científico procura

fixar su postura ante las críticas de los que le acusaron de dualista y místico, manteniendo que los problemas relacionados con la mente pueden y deben ser tratados desde un punto de vista científico.

### Roger Penrose

*Shadows of the Mind. A Search for the Missing Science of Consciousness*

Oxford University Press, Oxford, 1994. 457 + XVI páginas. 16,99 libras.

# Ciencia universal y ciencia nacional

Por Miquel Siguán

**Miquel Siguán** (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Psicología de la Universidad de Barcelona, miembro de la Academia Europea y, desde 1983, presidente de la Sociedad Española de Psicología. Entre sus obras recientes pueden citarse *España plurilingüe* y *el Informe Oficial de la CEE sobre Minorías Lingüísticas* en la Comunidad Económica Europea.

Por sorprendente que resulte el decirlo la verdad es que nunca se había publicado un libro con la pretensión de describir el desarrollo histórico de la psicología en tierras españolas. Un hecho tanto más sorprendente cuanto desde los comienzos del pensamiento filosófico y científico la psicología ha sido considerada como un campo específico de conocimientos y más todavía cuando en nuestros días la psicología en España cuenta con facultades universitarias propias y su ejercicio profesional ocupa a docenas de miles de psicólogos.

O sea que resulta ineludible acudir al tópic: el libro de Helio Carpintero *Historia de la psicología en España* ha venido a llenar un hueco y lo hace brillantemente. Decía el llorado Mariano Yela que la psicología en España es como un Guadiana que alterna períodos de esplendor público con otros de práctica desaparición y el libro de Carpintero se abre con la psicología en España en el siglo XVI, una época en la que la psicología que se cultiva en España presenta un aspecto particularmente brillante que se compara con ventaja con la que se hace en otros lugares. La exposición se inicia con la figura señera de Luis Vives, el «primer psicólogo moderno», al que Helio Carpintero dedica con razón una atención particular, y con él una plétora de autores, unos directamente ocupados por la psicología en la tradición de la medicina griega como Huarte de San Juan, otros en las filas de la escolástica renovada como Suárez, otros cuyo saber psicológico procede directamente de la observación y de la introspección como Luis de Granada o como Ignacio de Loyola o como el propio Cervantes. En el siglo XVII hay todavía epígonos de estas distintas direcciones, así Gracián, pero el descenso en el impulso creativo está ya claro. Y en el siglo XVIII los autores citables lo son porque en ellos resuena un pensamiento crítico fraguado más allá de los Pirineos. Y es a finales del siglo XIX cuando la introducción de pensamiento ajeno empieza a combinarse con creaciones originales y se dan en este momento algunas de las figuras más singulares a las que Helio Carpintero dedica la atención que merece pero que aún son insuficientemente conocidas. Es realmente lamentable que figuras como Pedro Mata o, una generación después, Turró o Simarro no hayan encontrado todavía investigadores que les hayan dedicado los estudios monográficos adecuados.

Y llegamos así a finales del siglo XIX cuando empieza a cristalizar en el mundo la psicología en el sentido moderno y cuando sus primeras realizaciones llegan a España por varios caminos, en primer lugar la Institución Libre de Enseñanza en Madrid y el movimiento de renovación pedagógica aliado

con el catalanismo en Cataluña, una doble inspiración a la que hay que añadir el interés por la psicología experimental por parte de algunos grupos neoescolásticos, influida a su vez por el neoescolasticismo de Lovaina. Como resultado de esta introducción se produce un considerable interés por la psicotecnia y por sus aplicaciones a la orientación profesional de lo que son buena prueba los dos Institutos de Psicotecnia en Madrid y en Barcelona, el primero dirigido por Germain y el segundo por Mira. Un movimiento que fue interrumpido por la guerra pero que acabó recuperándose y que una vez introducido en la Universidad se desarrolló rápidamente hasta alcanzar la brillante situación actual. La parte más extensa del libro que comento se dedica a exponer el desarrollo de la psicología durante este último siglo con una abundante información, muchas veces de primera mano e inteligentemente organizada. De manera que a partir de ahora la obra del profesor Carpintero quedará como el cañamazo a partir del cual será posible perfilar y completar detalles pero no rectificar en lo esencial.

Pero los comentarios en «SABER/Leer» más aun que dar noticia de las cualidades de un libro lo que pretenden es tomarlo como motivo para alguna reflexión. Y el libro que comento invita a plantear al menos dos interrogantes principales. Por un lado sobre lo que se pretende historiar, ¿qué entiende el autor por psicología como actividad científica y por tanto cuál es la psicología que merece ser historiada y cuál debe quedar fuera? Y por otro sobre la adscripción geográfica del objeto de su historia, ¿el historiar la psicología en España quiere decir tomar en cuenta sólo a los psicólogos que han nacido y trabajado en España o la limitación tiene un significado más alto que permite hablar no sólo de psicología en España sino de psicología española?

Empecemos por el primer punto, el concepto de la psicología. Como es sabido hay psicólogos y hay historiadores de la psicología que entienden que la psicología científica empieza con la difusión de la metodología experimental que se produjo a finales del siglo pasado por ejemplo con la obra de Wundt. De acuerdo con este punto de vista arrancan de este momento la historia de la psicología y se limitan a breves referencias a las producciones psicológicas de épocas anteriores como antecedentes precientíficos. Este no es el caso de nuestro autor, que aunque en ningún momento defina el objeto de su estudio resulta evidente que se refiere a la psicología en tanto que ciencia pero que considera que el carácter científico sólo implica la observación empírica de los comportamientos humanos y la reflexión crítica sobre lo observado. Y buena prueba de ello es que, como ya he señalado, empieza su exposición con los autores renacentistas que combinan la observación psicológica con la tradición filosófica de Platón y de Aristóteles y con la herencia de los médicos griegos y árabes.

Pero si estos autores merecen la consideración de psicólogos con intenciones científicas parece obligado preguntarse: ¿por qué eliminar de la historia de la psicología a los autores más antiguos que comparten estos mismos supuestos y que vivieron en el mismo

marco geográfico? ¿Por qué no incluir en la historia de la psicología en España la *Guía del solitario* de Avempace, natural de Zaragoza, o *El filósofo autodidacta* de Abentofail, nacido en Guadix, que son dos espléndidos relatos del desarrollo humano del nacimiento hasta alcanzar la plenitud del conocimiento? O la gran síntesis doctrinal de Averroes en la que la doctrina psicológica de Aristóteles se combina con las enseñanzas de las escuelas de medicina grecolatinas y árabes. O la *Guía de perplejos* de Maimónides que hace algo parecido desde la ortodoxia judía. Y entre los cristianos del siglo XIII, Pedro Hispano, que luego fue el papa Juan XXI, y que es cierto que nació en Lisboa pero en una época en la que Portugal todavía no se había separado de Castilla y que escribió el primer gran tratado medieval de psicología, el *De anima scientia libri*. O Ramón Llull que no sólo nos ha dejado varias síntesis de su pensamiento filosófico sino una novela didáctica, *Blanquerina*, compendio paradigmático de las formas de la vida humana y un tratado de educación, la *Doctrina pueril*.

Queda claro por lo dicho que en mi opinión una historia de la psicología en España debería incluir su pasado medieval. Aunque también es posible aducir argumentos en sentido contrario. Al iniciar su exposición Helio Carpintero recuerda que en los días de Luis Vives se estaba constituyendo la nación española lo que implica que antes no existía, lo que es rigurosamente cierto porque la idea de nacionalidad se forja a lo largo de la Edad Moderna. Pero sería una argumentación arriesgada porque no parece que Helio Carpintero haya pretendido hacer de la historia de la psicología una historia nacional. Con lo que llegamos al segundo de los temas de reflexión que he citado.

En una historia de la psicología en Cataluña que hace un tiempo publiqué comenzaba diciendo que, hablando con propiedad, la ciencia no tiene ni patria ni fronteras y que no tiene sentido por tanto hablar de una psicología catalana mientras sí lo tiene hablar de una psicología en Cataluña como una exposición históricamente justificada de las ideas y las reflexiones sobre temas psicológicos formulados en las tierras catalanas a lo largo del tiempo. Y puede suponerse que Helio Carpintero adopta el mismo punto de vista cuando titula su libro *Historia de la psicología en España* y no «de la psicología española». De todos modos su opinión sobre el tema es mucho más matizada. Recuerda con razón que incluso una historia general de la psicología se concentra en unos determinados países que son aquellos en los que ha nacido y se ha desarrollado la investigación de la psicología. Lo cual significa que la investigación psicológica, y lo mismo puede decirse de la investigación científica en cualquier campo del saber, no nace en el vacío sino en unas circunstancias sociales concretas que la facilitan o que la cohiben. No es por casualidad que en el siglo XVI la producción española con significación psicológica fuese importante y mínima en cambio en los dos siglos siguientes. Este condicionamiento histórico de la psicología o de cualquier ciencia es innegable pero no es suficiente para atribuir un carácter nacional a la ciencia. Y es cierto que en el prólogo a su libro Carpintero no atribuye este carácter a la psicología, pero, sin embargo, cree poder señalar en la psicología que se ha cultivado en España hasta diez «constantes» o «invariantes» que a su juicio la caracterizan. Rápidamente resumidas estas constantes serían una cierta tendencia al espiritualismo y al eclecticismo, una orientación funcionalista y una dedicación preferente a la aplicabilidad y más concretamente a la consideración de las diferencias individuales. ¿Autoriza la constatación de estas características a hablar de una «psicología española»?

En 1984 el doctor Javier Llorens y Barba, uno de los muchos autores que cita en su libro por la influencia que han ejercido en el desarrollo de la psicología, en su discurso inaugural del curso en la Universidad de Barcelona, en el que trató de la filosofía y su historia, explicaba que aunque la filosofía es una ciencia unitaria presenta, sin embargo, formulaciones propias en cada país que permiten hablar de una filosofía nacional. Y no sólo la filosofía, todas las producciones colectivas de un pueblo responden a una inspiración común. «Si atraídos por la variedad que presenta cada pueblo penetramos en su vida íntima y examinamos el genio de su lengua, nos familiarizamos con sus costumbres, inquirimos sus opiniones, desciframos el sentido de su religión e investigamos la naturaleza de sus instituciones políticas y civiles, si estudiamos sus monumentos literarios y contemplamos sus creaciones artísticas, ¿cómo nos negaremos a reconocer un fondo de ideas elaborado progresivamente por la nación entera, hijas de un espíritu común que estampa su sello en todas sus producciones? ¿Cómo nos negaremos a admitir la existencia de un espíritu nacional, resultado de las condiciones históricas de cada pueblo, el cual viviendo a través del tiempo y recogiendo lo mejor de las actividades de cada generación, dejando de lado los productos efímeros de pasiones pasajeras, concentra las ideas, alimenta los grandes sentimientos nacionales y determina y mantiene los rasgos de su fisonomía moral?»

El discurso de Llorens representa la primera exposición en España de la teoría romántica del «Wolksgeist», del espíritu nacional, que se manifiesta a través de todas las creaciones del espíritu de la lengua a las instituciones y a las costumbres, una teoría iniciada por Herder, por Fichte y por Humboldt, que a lo largo del siglo XIX iba a difundirse por Europa como la espuma. En nombre del espíritu nacional se legitimaron los nacionalismos y se libraron encendidas batallas políticas y en nombre del espíritu nacional se escribieron historias nacionales de la literatura o del arte o de la filosofía. Pocos, sin embargo, se atrevieron a atribuir carácter nacional a las ciencias positivas y tampoco a las ciencias formales como las matemáticas o la lógica y el propio Llorens las deja al margen de su argumentación. Y cuando se generalizó la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu la diferencia pareció clara, las ciencias de la naturaleza son universales mientras que las ciencias del espíritu están impregnadas de rasgos nacionales. De manera que una respuesta posible a la cuestión planteada sería decir que la psicología en la medida que se identifica con las ciencias naturales es una ciencia universal, común a todos los países y a todos los investigadores mientras que en la medida en que no puede dejar de implicar una cierta teoría o una cierta filosofía sobre el hombre reflejará necesariamente rasgos nacionales. A menos por supuesto que no se crea, como yo tiendo a creer, que los productos culturales más aún que por el «Wolksgeist», por el espíritu nacional, están condicionados por el «Zeitsgeist», por el espíritu de la época. Aunque es cierto que las dos explicaciones no son forzosamente excluyentes. □

## En el próximo número

Artículos de *Francisco Ruiz Ramón, Vicente Palacio Atard, Pere Alberch, Alonso Zamora Vicente, Pedro Martínez Montávez, José Luis Pinillos y Ramón Barce.*

## RESUMEN

Miquel Siguán se sorprende de que hasta ahora no existiera una obra global que estudiara el desarrollo histórico de la psicología en España; para remediar esta falta aparece

esta historia de la psicología, de la que es autor Helio Carpintero, y que, en opinión de Siguán, llena un vacío y además lo hace muy brillantemente.

## Helio Carpintero

### *Historia de la psicología en España*

Eudema Universidad, Madrid, 1995. 344 páginas. 2.400 pesetas.

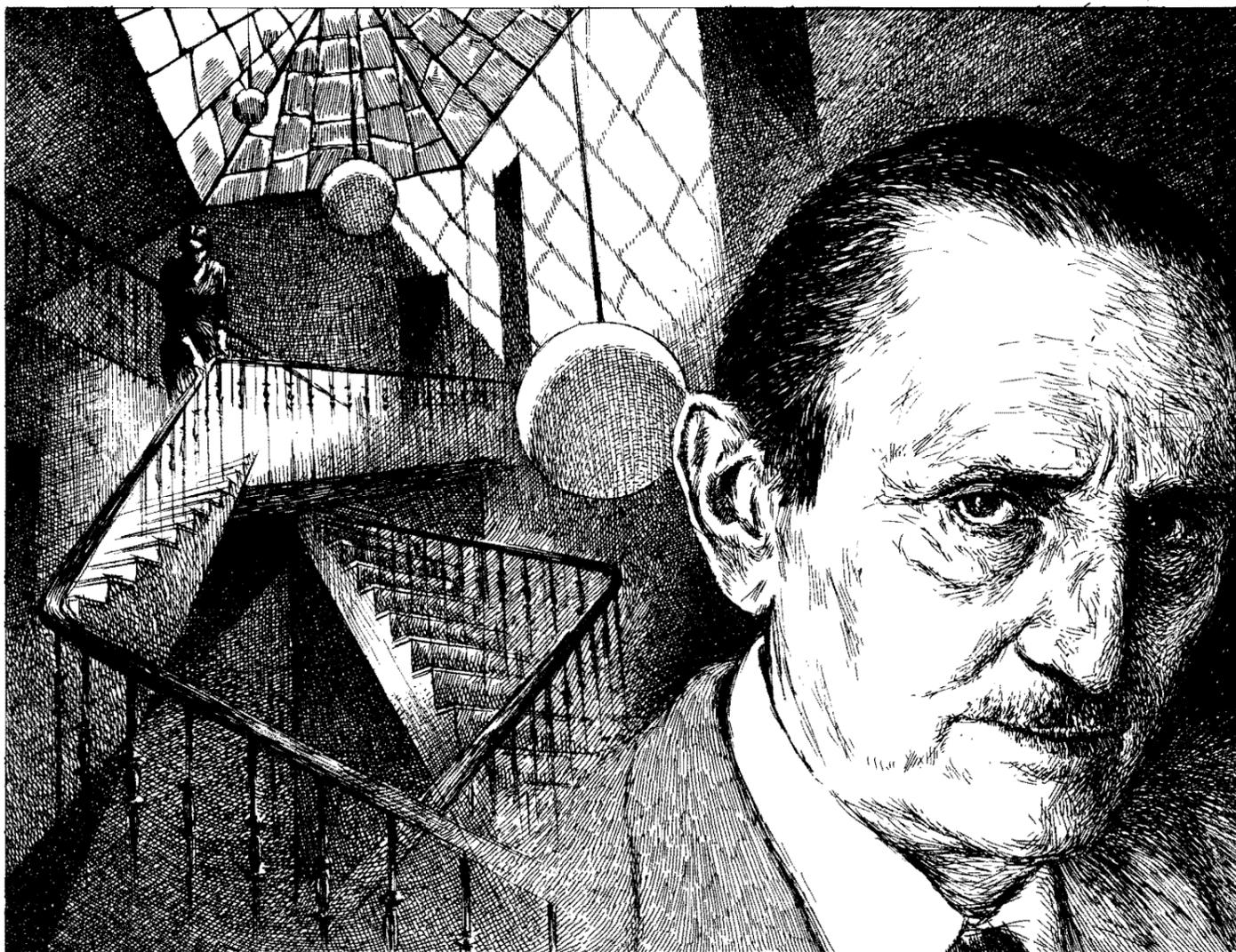
## Buero Vallejo: obra abierta

Por Francisco Ruiz Ramón

**Francisco Ruiz Ramón** (Játiva, Valencia, 1930) ha sido profesor de Literatura Española en las universidades de Oslo y Puerto Rico y, desde 1968, ejerce en Estados Unidos. Actualmente es «Centennial Professor of Spanish» en la Universidad de Vanderbilt. Entre otros premios, ha obtenido el «Gabriel Miró» (1982) y «Letras de Oro» (Estados Unidos, 1988). Es autor, entre otros libros, de *Historia del teatro español: desde sus orígenes hasta 1900*, *Historia del teatro español: siglo XX y Calderón y la tragedia*.

A finales de 1994, coincidiendo casi con el estreno de *Las trampas del azar*, Espasa Calpe publicaba en dos magníficos tomos la *Obra Completa* de Antonio Buero Vallejo. Responsables de esta edición crítica y de los estudios y materiales biobibliográficos introductorios son los profesores Luis Iglesias Feijoo (Universidad de Santiago de Compostela) y Mariano de Paco (Universidad de Murcia), máximos y autorizados conocedores de toda la obra –dramática y no dramática– de Buero Vallejo. Todos sus textos teatrales estrenados o publicados con anterioridad a *Las trampas del azar*, incluido *Mito* (1967), «libro para una ópera», más un texto desconocido e inédito –*Una extraña armonía*–, escrito en 1956, año del estreno de *Hoy es fiesta*, son recogidos en versión definitiva, revisada por su autor, en el voluminoso Tomo I; en el Tomo II los editores reúnen la obra poética y narrativa, así como sus ensayos, artículos, declaraciones y comentarios dispersos hasta ahora en numerosas publicaciones periódicas y colectivas de España, Europa y las Américas, la mayoría de ellas de difícil acceso.

Ambos tomos, leídos paralelamente o mejor, concurrentemente, nos permiten ver, si cotejamos, al hilo de su cronología, la obra dramática y la obra crítico-teórica de Buero, la estrecha relación interna entre la aventura creadora del dramaturgo y la aventura analítico-teórica del crítico, cuyas dos trayectorias, en incesante entrecruzamiento desde 1949, fecha de estreno de *Historia de una escalera*, hasta 1994, fecha de publicación de su obra completa –pero abierta– y el estreno de su último drama, muestran inequívocamente como funda-



FRANCISCO SOLE

mento de ambas una mente y un estilo de pensamiento rigurosamente dialécticos, raíz común de su visión del mundo, de su teoría del drama y de su dramaturgia.

No es de extrañar, pues, que para hablar de Buero y de su teatro haya sido, y siga siendo, casi una imposibilidad en la historia de la amplia recepción crítica de su obra evitar la palabra clave y la llave maestra de acceso a sus textos teatrales, la palabra «dialéctica», única que permite entender y valorar en toda su riqueza y su

complejidad su pensamiento y su dramaturgia, cuyos elementos definitorios, estructurados en parejas antinómicas o antagónicas dualidades, ha destacado unánimemente la crítica. Parejas que han sido analizadas, en su funcionamiento textual, no sólo a nivel de acción, personaje, espacio, tiempo, lenguaje o pensamiento, sino también en el sistema de relaciones entre dos o más niveles o en el mismo circuito de comunicación teatral que religa autor, texto, espectáculo y espectador. Baste citar entre esas parejas, para memoria del lector, unas pocas bien conocidas: Inmersión/Alienación o Participación/Distanciación, Contemplativos/Activos, Fatalidad/Libertad, Realismo/Simbolismo. Pero también, por su importancia y trascendencia escénicas y por la radical innovación que aportan a la construcción del texto teatral, hay que destacar las parejas semióticas de Voz mimética/Voz diegética o Luz mimética/Luz diegética, según se asocien la voz (o el sonido) y la luz (o el efecto luminoso) a un espacio real o imaginario, presente o ausente, interior o exterior o a un tiempo consciente o subconsciente, presente o pasado, etc... Buero

Vallejo, en su experimentación teatral con el espacio y el tiempo introduce nuevas formas dramáticas de comunicación dialéctica entre escena y sala, pasado y presente, narración y acción, sonido e imagen, rostro y máscara que habría que tener muy en cuenta en la historia de la dramaturgia del teatro occidental contemporáneo. Una de las funciones, de construcción o de significado, de esas parejas o dualidades antinómicas, eficaces núcleos de tensión dialéctica entre los componentes formales o semánticos del texto teatral bueriano, es la de impedir la subordinación, antidialéctica, de un componente a los otros o la de evitar la posibilidad, no menos antidialéctica, de su simple y cómoda eliminación cuando sólo importa la dimensión ideológica, pero no la trágica, del texto teatral. Sólo rechazando dichas subordinación y eliminación puede «more dialectico» el dramaturgo mantener en sus textos (de *La ardiente oscuridad* [1950] a *Música cercana* [1989]) bien la constante competencia de los principios artísticos de composición –desde la música o el sonido

### En este número

#### Artículos de

Francisco Ruiz Ramón	1-2	Pedro Martínez Montávez	8-9
Vicente Palacio Atard	3	José Luis Pinillos	10-11
Pere Alberch	4-5	Ramón Barce	12
Alonso Zamora Vicente	6-7		

SUMARIO en página 2





## Buero Vallejo: obra abierta

y la luz o la oscuridad hasta la proyección de imágenes visuales y el juego de voces y máscaras (*El sueño de la razón*)— o bien la competencia de las matrices de significado, desde la simultaneidad y contrapunto conflictivos de espacios (como en todos los dramas históricos), hasta la compleja semiotización de acción y personajes, como en *El tragaluz*, cuya acción y cuyos personajes pueden significar conflictivamente a tres niveles (el literal, el sociohistórico y el simbólico) y ser así, tridimensionalmente, signos de relaciones familiares, ideológicas y metafísicas en pugna.

Es conveniente también volver a recordar en esta ocasión que no siendo filosófica, sino trágica la dialéctica del drama bueriano ni la de su teoría del drama, la consecuencia y el efecto más importante para su teatro va a consistir en que la integración dialéctica de fuerzas contrapuestas y de parejas antinómicas, tanto lógicas como éticas, políticas, metafísicas, existenciales o técnicas, a diferencia de la síntesis y antítesis clásicas

de la dialéctica hegeliana, no es nunca en su obra dramática—según propuse en otro lugar— de índole resolutoria, sino interrogativa o suspensiva. Al final de sus grandes dramas la conciliación trágica de las fuerzas en pugna no es ni señal ni prueba ni testimonio de reconciliación social, política o metafísica entre individuos, grupos, facciones o visiones del mundo, sino marca de su ausencia. Esa ausencia de reconciliación, especialmente en sus dramas históricos, es propuesta al espectador como signo marcado de un vacío o de una carencia históricas de la colectividad, que el espectador habrá de llenar o remediar cara al futuro, pero afincado en su propio presente, tarea a la que el dramaturgo invita al espectador, sin forzar su libertad, predisponiéndole así a una participación activa una vez reintegrado a su propia realidad histórica, heredera de aquel vacío o carencia que el drama ha dado a ver.

La visión del mundo que encontramos, página tras página, virtualmente implícita o expresa en declaraciones polémicas y en ensayos teóricos a lo largo de toda su carrera de escritor, es una visión que, sistemáticamente, rechaza como antidialéctica y, por lo tanto, como insuficiente, toda focalización parcializadora de los contenidos de la realidad humana y, en consecuencia, toda representación artística que refleje dicha focalización.

Es esa visión la que cristaliza tanto en la visión dialéctica que fundamenta su original y muy importante teoría de la tragedia, de 1958 (II, págs. 632-662) y sus reflexiones sobre el texto dramático y la creación colectiva, de 1974 (II, págs. 797-803) o su provocativo ensayo sobre las relaciones entre teatro, psicología y participación del público, de 1980 (II, págs. 830-848), por citar sólo tres ejemplos significativos, como también en la que llamé hace poco «poética de la integración», que caracteriza su dramaturgia, en la cual son dialécticamente integradas la poética aristotélica y las poéticas postaristotélicas, sin caer en ninguno de los maniqueísmos que vician, en mi opinión, las modernas dicotomías entre poética aristotélica y poética o pseudopoética antiaristotélica.

Ampliando el contenido de una afirmación de Buero, esa integración—de la dimensión individual y social del hombre, de realidad y fantasía, de formas abiertas y for-

mas cerradas, de identificación y distanciamiento, de realismo y simbolismo, de tradición y experimentación—, dirá en su conferencia de 1979 en Tubingen, «es el objetivo operativo fundamental de mi teatro» (II, pág. 511). Objetivo, sin embargo, paradójicamente ignorado por cuantos han juzgado su teatro por lo que no era ni quería ser—teatro brechtiano, teatro del absurdo, teatro literario— o por quienes lo han montado en los escenarios por lo que tampoco era—teatro tradicional o realista o idealista— empujados en una interpretación antidialéctica de la dialéctica bueriana y de su dramaturgia integradora, cuyas consecuencias, totalmente injustas para el teatro de Buero y de su teoría del teatro, han sido la de una lectura desintegradora o un montaje reductor de sus textos. Fenómeno éste que forma parte de lo que me he permitido llamar en varias ocasiones «patología del teatro español del siglo XX», de la que forman parte el «caso» Valle-Inclán o el «caso» Lorca, por citar sólo los más eminentes.

Tanto a mitad del siglo XX, en plena sociedad de censura, cuando no era fácil escribir en España un teatro como el suyo empujado en representar la realidad o la verdad imposibles de decir—el terror (*El sueño de la razón*) o la tortura (*Llegada de los dioses*)—, como en esta última década del siglo XX, cuando, no sólo en España, el teatro como institución social y el teatro como artefacto semántico o como artículo de consumo cultural parece repetir, en distintos tonos y en diferentes registros, su inconfundible y hamletiano «to be or not to be», pienso que esta diamantina sentencia del dramaturgo—«Se escribe porque se espera,

pese a toda duda»— podría figurar como Fe de Vida, en grandes letras, al principio de la primera y de la última páginas de su *Obra Completa*, a modo de pórtico y colofón a su teatro y a sus escritos de crítica y de toma de posición teórica sobre su teatro y sobre el teatro. Si en los años cincuenta y sesenta esa sentencia apostaba por la palabra escénica abierta al diálogo imposible, contra la palabra autoritaria y dogmática antidialéctica por definición o por decreto, en este fin de siglo en el que la palabra se ve amenazada o desplazada por la superinflación descontrolada de signos a la deriva, que, renegando de la palabra, aspiran a significar todo y se arriesgan a no significar nada, la sentencia bueriana estaría apostando por la idea misma—y la posibilidad— de seguir haciendo teatro.

Entre esas dos formas extremas del terrorismo lingüístico en que pueden transformarse la palabra autoritaria y la palabra desautorizada, en cuanto negaciones antidialécticas de la palabra dramática, el teatro de Buero Vallejo y sus escritos crítico-teóricos ofrecen rica materia de reflexión, abiertos al siglo XXI.

Sirvan estas líneas de saludo a la *Obra Completa* y «abierta» todavía dialécticamente a un diálogo fecundo con nuestro tiempo. Como colectividad no podemos volver a permitirnos el nefasto lujo de dar la espalda a un gran dramaturgo y escritor que domina la segunda mitad del siglo XX, como se la dimos en la primera mitad de este mismo siglo XX a otro gran dramaturgo al que expulsamos de nuestros escenarios y de la historia del teatro occidental contemporáneo: Valle-Inclán. □

### RESUMEN

Coincidiendo con el estreno de una de sus piezas, aparecía la obra completa, teatral y ensayística, de Antonio Buero Vallejo. Que ese texto quedara fuera de la recopilación, así como lo que desde entonces Buero ha escrito le permite a Ruiz Ramón comentar esa

edición como lo que en realidad es: una obra abierta en la que se entrecruzan la aventura creadora del dramaturgo y la aventura analítico-teórica del crítico, en una línea común de pensamiento rigurosamente dialéctico.

Antonio Buero Vallejo

*Obra Completa (I. Teatro. II. Poesía, narrativa, ensayos y artículos)*

Ed. del L. Iglesias Feijoo y Mariano de Paco, España-Calpe, Madrid, 1994. I, 2.022 páginas y II, 1.333 páginas. 13.750 pesetas.

### Qué es

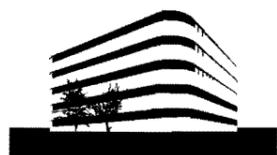
**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### SUMARIO

	Págs.
«Buero Vallejo: obra abierta», por Francisco Ruiz Ramón, sobre <i>Obra Completa</i> , de Antonio Buero Vallejo	1-2
«El sombrío destino de Juana la Loca», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>Juana la Loca, 1479-1555</i> , de Manuel Fernández Álvarez	3
«El cerebro y sus metáforas», por Pere Alberch, sobre <i>Brainmakers</i> , de David H. Freedman	4-5
«Solana callejea por el Madrid de 1923», por Alonso Zamora Vicente, sobre <i>Madrid callejero</i> , de José Gutiérrez Solana	6-7
«Un importante pensador marroquí actual», por Pedro Martínez Montávez, sobre <i>Introduction à la critique de la raison arabe</i> , de Mohammed Abed al-Yabri	8-9
«La objetividad bajo sospecha», por José Luis Pinillos, sobre <i>Objectivity and Its Other</i> , de autores varios	10-11
«Africa y España en la música cubana», por Ramón Barce, sobre <i>Espadero, lo hispánico musical en Cuba</i> , de Cecilio Tiele Ferrer	12

# El sombrío destino de Juana la Loca

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de Los españoles de la Ilustración, La España del siglo XIX, Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939 y Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia.

El reinado de Juana la Loca es uno de los más largos de la historia de España, algo más de medio siglo. Reinó, pero no gobernó. Nunca se la incapacitó formalmente y todos los documentos emanados de la autoridad real en tiempo de Carlos V se emitieron en nombre de la Reina y su hijo, hecho insólito en España, irregularidad contra la que alegaría el Doctor Zúñiga, profesor de Salamanca, cuando la Junta comunera se presentó ante la Reina en Tordesillas. Juana fue Reina titular hasta su muerte, aunque sucesivamente se atribuyeron en su nombre el gobierno su marido, Felipe el Hermoso, su padre Fernando el Católico y su hijo Carlos V, que no dudaron en ejercer fuerte presión sobre Juana, con poca o ninguna delicadeza, para tener ellos las manos libres. Desde febrero de 1509 Fernando el Católico mandó encerrarla en Tordesillas, invocando la sicopatía que indudablemente padecía la Reina, y que se manifestó de modo alarmante en el fúnebre peregrinar por los pueblos de Castilla con el cadáver insepulto de su marido. Pero coincidió aquel momento con las maquinaciones de los nobles que querían quitar el gobierno a Fernando. ¿Por qué tomó esta determinación? ¿Ansia de poder o sentido de la responsabilidad? ¿Por qué ni él ni Carlos V la incapacitaron legalmente, si había motivo para ello? ¿Por qué, en cambio, la tuvieron aislada en Tordesillas, en muy duras condiciones de aislamiento, hasta el punto de que ni siquiera le permitían asomarse al corredor de su palacio que daba al Duero?

## Una reina olvidada

La historia ha olvidado casi completamente a esta Reina, salvo para recordar alguno de los episodios de su vida (su matrimonio, la relación con los Comuneros de Castilla) y atribuirle el epíteto «la Loca». Por eso está muy puesta en razón la biografía que ha escrito Manuel Fernández Álvarez, un historiador que durante medio siglo se ha dedicado a la investigación y al estudio de esa época, autor del importantísimo *Corpus documental de Carlos V* y de numerosas monografías sobre los diversos aspectos políticos, culturales y sociales de nuestro siglo XVI. Sólo el dominio de todo el aparato documental de aquel tiempo hace posible escribir una síntesis biográfica tan lograda como esta que ahora comentamos.

No siempre se escribe, para un público culto, con aparente sencillez, sin alardes de erudición, pero con tan profunda penetración en el tema, con tan denso soporte documental. Fernández Álvarez lo ha conseguido en esta obra, cuya lectura resulta atractiva además de interesante, porque está escrita en una prosa de cuidado estilo, desarrollando el tema con cierta morosidad en los detalles, con reiteración sobre ellos, como si quisiera que su interpretación de la figura histórica que estudia se aproximara en reiteradas y sucesivas entregas, a modo de un suave oleaje que llega a nosotros pausadamente. Porque, en efecto, nos acerca al verdadero drama de Juana sin dramatismos, pero en términos de humana comprensión hacia aquella mujer, a la que el entorno



JOSE MARIA CLEMEN

familiar y político en que vivió agravó su enfermedad, hasta sumirla finalmente en los abismos de la enajenación mental.

## Mentalidad mágica

La biografía es un género historiográfico lleno de dificultades, porque exige capacidad para interpretar por signos externos lo hondo del alma humana. Desde los historiadores clásicos de la Antigüedad hasta nuestros días ha tenido alternativas en las que su cultivo se ha eclipsado por algún tiempo, para recuperar más tarde el interés de los historiadores. La generación anterior a la mía tuvo en España dos grandes maestros de la biografía, el Doctor Marañón y el profesor Jesús Pabón. Luego, la predominante atención por el llamado «sujeto colectivo» de la historia pareció desplazar a la biografía de su lugar como género historiográfico. Pero el redescubrimiento del individuo como motor de la historia ha devuelto en nuestros días la biografía a su debido sitio. Sólo que el historiador, para penetrar en los entresijos del alma de los hombres de pasados tiempos y para analizar los comportamientos individuales, tiene que conocer a fondo las circunstancias que constituyen el entorno del sujeto biografiado.

Por eso, Fernández Álvarez ha querido introducirnos en la biografía de Juana remitiéndonos a la «mentalidad mágica» de la época, en la que el tema de los endemoniados y de la brujería era dominante, y que no sólo dió trabajo a la Inquisición en España, sino que se manifestó con tanta o más fuerza en Alemania, en Inglaterra, en Francia y, en general, en los países europeos. Las fronteras entre la mentalidad mágica y la mentalidad religiosa en aquel tiempo no estaban bien definidas y se pasaba de una a otra con facilidad. Mentalidad de la que da buen testimonio la *Reprobación de hechicerías y supersticiones*, publicada en 1538 por el Doctor Ciruelo, maestro de la Universidad de Alcalá de Henares. «Se veía al diablo por todas partes», escribe Fernández Álvarez. Mentalidad de la que dan testimonio igualmente personas de tan escogida espi-

ritualidad como Santa Teresa y fray Luis de León, y que hacía posible la práctica de exorcismos a lo divino, cuando no por simples embaucadores.

Así se comprende que se llegara a pensar algunas veces que la indiferencia a las prácticas religiosas de que Juana daba muestras frecuentemente fuera signo de estar endemoniada, y que la propia Reina al final de su vida denunciara a las dueñas que asistían «como si fueran brujas»; y hasta San Francisco de Borja, que la visitó por encargo de su nieto, el príncipe Felipe, gobernador de España por ausencia de Carlos V, no descartara la posibilidad de que sufriera «visiones malignas» y recomendara en su informe que le aplicaran cautelarmente exorcismos, cosa a la que Felipe II se opuso por completo.

## Mentalidad dinástica

Si la época en que vivió Juana está impregnada de mentalidad mágica, también lo está en lo político de mentalidad dinástica. El concepto paternalista de la Monarquía vinculaba las relaciones dinásticas al destino de los pueblos y al sistema de alianzas internacionales. La joven y bella infanta Juana hubo de casarse con el archiduque de Austria Felipe el Hermoso, conde de Flandes, por los designios de la denominada «política matrimonial» de los Reyes Católicos.

Juana fue así condesa de Flandes a los 17 años mal cumplidos. Era entonces una joven de hermoso talle y bello rostro, educada en el ambiente humanista de la Corte

de sus padres, en la que tuvo como preceptor a Alejandro Giraldo, quien además del latín le enseñó una amplia cultura, que elogió Juan Luis Vives, y desarrolló una gran afición a la música. Aquel matrimonio había de producir a Juana más aflicciones que satisfacciones. Aunque pronto dominó el francés, se vió rodeada de un ambiente hostil en la Corte de Bruselas y la conducta mujeriega de Felipe provocó una exacerbación de celos de la infanta castellana, que se había enamorado apasionadamente de su marido. Así empezaron a manifestarse los desequilibrios emocionales, agudizándose cada vez más las alternativas de lucidez y depresión.

Durante su corta estancia en España en 1503, cuando fue jurada heredera, se produjo el descompuesto enfrentamiento con su madre, que tanto dolor causó a Isabel la Católica, y que contribuyó de algún modo a acelerar su muerte. Así Juana había de regresar definitivamente a Castilla en 1506 como Reina titular de la Corona.

Pero su marido le suplantó en el ejercicio del poder, apoyado por los nobles hostiles al autoritarismo de Fernando el Católico, y luego fue éste quien se haría cargo del gobierno, encerrando a aquella pobre enferma en Tordesillas.

## La Reina cautiva

Cuando la encierran en Tordesillas tenía Juana 30 años. Allí permaneció otros 45, rodeada de 300 servidores que eran sus guardianes, alguno tan desalmado como el marqués de Denia, según se refiere en este libro. Triste y monótona historia de soledad y abandono, con algunas huelgas de hambre, que eran su recurso para la protesta por los malos tratos y humillaciones. Soledad sólo mitigada hasta 1525 por la compañía de su hija menor Catalina, destinada luego a ser reina de Portugal. Mitigado su aislamiento en ocasiones por las visitas de sus hijos y nietos, más bien escasas, aunque se han comprobado al menos doce visitas de Carlos V.

El trato con los Comuneros puso en evidencia, junto con la lucidez de algunos de sus razonamientos, que sorprendía a Pedro Mártir de Anglería y al cardenal Adriano, la depresión y la abulia dominante en ella, que se negaba a asumir responsabilidades políticas. Su larga vida en Tordesillas fue el colofón de su sombrío destino. Era Reina y por eso tenía que vivir así. Todo parecía una extraña paradoja. No siempre se ha caído en la cuenta de que Carlos V esperó al fallecimiento de su madre para abdicar inmediatamente en Felipe II, para evitar al nieto una nueva complicación del anómalo reinado bicéfalo.

Sombrío destino que su hijo Fernando, llamado a heredar el Imperio, interpreta sorprendentemente al asegurar que su madre había sido la más afortunada de las mujeres, porque sus dos hijos habían llegado a ser Emperador y sucesor al Imperio, y sus cuatro hijas reinaban en Francia, en Dinamarca, en Hungría y en Portugal. Era un elocuente testimonio de la mentalidad dinástica, que sabía poco de afectos humanos. □

## RESUMEN

Al sombrío destino de una reina que reinó, pero no gobernó y cuyo reinado es uno de los más largos de la historia de España —algo más de medio siglo—, a seguir la huella casi olvidada de Juana la Loca, dedica Palacio Atard su

comentario. Hija de Fernando el Católico, madre de Carlos V, ese destino trágico de quien fue confinada pero no incapacitada por su padre y por su hijo está lleno de interrogantes, como se ve en la biografía comentada.

Manuel Fernández Álvarez

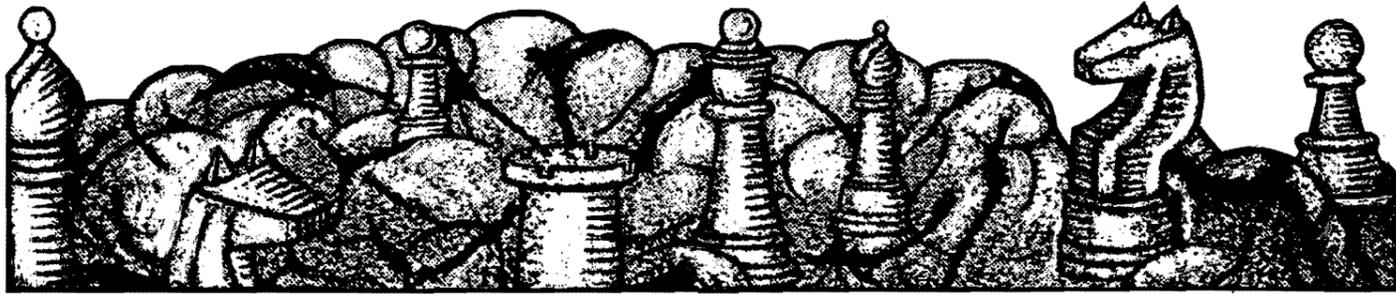
Juana la Loca, 1479-1555

Diputación de Palencia-Ed. La Olmeda, Palencia, 1994. 270 páginas. 2.400 pesetas.

# El cerebro y sus metáforas

Por Pere Alberch

**Pere Alberch** (Badalona, Barcelona, 1954) es director del Museo Nacional de Ciencias Naturales y profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Doctorado por la Universidad de California (Berkeley), ha sido profesor en la Universidad de Harvard y Fellow de la Fundación Simon J. Guggenheim. Es autor de numerosos trabajos sobre la relación entre la biología del desarrollo y la evolución.



VICTORIA MARTOS

El cerebro humano es el órgano más complejo jamás creado por la evolución biológica. Se calcula que sólo en el córtex de un cerebro humano —una estructura del tamaño de una servilleta doblada, y algo arrugada— se encuentran diez mil millones de neuronas, cada una de ellas conectada a un número variable de células vecinas, que oscila entre 10 y 10.000, tejiendo una red de aproximadamente mil millones de millones de conexiones. Una magnitud difícil de imaginar en términos cuantitativos (por ejemplo, si contásemos a una conexión por segundo, nos llevaría treinta y dos millones de años concluir la cuenta). El comportamiento sensorial, cognitivo y emocional, que caracteriza nuestra existencia, es producto de las interacciones de estas células, componentes de un entramado cuyo funcionamiento y propiedades desafía a la ciencia contemporánea.

Cuando el neurobiólogo, y Premio Nobel, Gerald Edelman definía recientemente la ciencia como «la imaginación en servicio de la verdad verificable y sus avances son verdaderos triunfos de la imaginación humana» (Edelman, G., 1995. *The wordless metaphors: visual art and the brain*, pág. 46. En: «Catálogo de la 1995 Whitney Museum Biennial Exhibition». WMAA. Abrams, Nueva York) establecía una ecuación entre ciencia e imaginación, que admitía implícitamente un factor de subjetividad en el progreso de nuestro conocimiento. En otras palabras, el descubrimiento científico tiene en la intuición, y en la experiencia personal, sus principales catalizadores. Ya que solamente a través de la imaginación pueden establecerse caricaturas (metáforas), que nos permitirán traducir la complejidad inaccesible a un nivel que, al menos, capture los principales ingredientes del proceso. Esta posibilidad de individualizar las visiones y establecer distintos puntos de vista a un mismo problema es fundamental, pues, como cualquier profesional de la ciencia, u otra actividad creativa, como el arte, conoce: un buen planteamiento es la mitad de la solución.

## La forma orgánica

La metáfora de la forma orgánica —y el estudio de su génesis, principios y evolución— como un proceso análogo a la evolución de las máquinas a través de la tecnología (Basalla, George, 1988. *The evolution of technology*. Cambridge University Press) es una perspectiva profundamente enraizada en nuestra cultura contemporánea. La validez de esta abstracción se mide, como toda analogía, por el potencial del paradigma que propone. En este caso, la analogía mecanicista predica una aproximación reduccionista a los procesos orgánicos. A pesar de que para los científicos poco versados en filosofía, como el autor de estas líneas, es tópico citar a los sabios griegos como origen de cualquier idea, en este caso el consenso parece indicar unos inicios en el Renacimiento. Pero el mayor impulso de esta filosofía de la ciencia, se debe al racionalismo cartesiano, formalizada por la mecánica, y el cálculo diferencial, de Newton, en combinación con los postulados de Leibnitz, sobre la conti-

nuidad en el mundo natural, e impulsada por la filosofía evolucionista de la forma orgánica como un proceso de cambio y de progreso en el diseño de las formas y procesos orgánicos. Un proceso dinámico análogo al evidente progreso tecnológico, que acompañó a la revolución industrial del siglo XIX. La propia biología, disciplina basada en el concepto de «vida» —como sistema de procesos dinámicos, regulados por las leyes de la física y la química— debe su origen, a finales del siglo XIX, a esta metáfora entre lo orgánico y lo tecnomorfo (Foucault, M., 1966. *Les mots et les choses*, Éditions Gallimard, París).

## Una disciplina polémica

El libro, que aquí se reseña, *Creadores de cerebros (Brainmakers)*, se centra en esta metáfora, en un análisis de la corta historia de una disciplina polémica, por su posible impacto sobre nuestra cultura y organización social. Una tecnología que podría resultar en un mundo de ciencia ficción, dominado por la racionalidad de las máquinas. Una ciencia que prometía máquinas inteligentes que competirían con el cerebro humano, que lo superarían en inteligencia y capacidades cognitivas, como tantos otros ingenios tecnológicos han superado a la fisiología humana. Pero en este caso, el cerebro se resiste —o quizá no pueda crear algo más complejo que él mismo— a verse superado por los avances de la «Inteligencia Artificial» (IA). El autor del libro, David H. Freedman, es un reconocido escritor, especializado en divulgación científica; el libro demuestra «su buen oficio», al conseguir un texto de fácil lectura, muy entretenido sin perder el rigor. Pero, como todo buen autor, no se conforma con una simple síntesis de los eventos y sus personajes, sino que introduce su enfoque particular y una tesis basada alrededor de la falacia de la metáfora cerebro=ordenador. Destaca por su amplio planteamiento, que incluye un tratamiento de una serie de investigaciones, que no tendrían lugar en un texto estrictamente sobre IA. Por ejemplo, reciben un particular énfasis, a veces a riesgo de confundir al lector, muchos aspectos que se encuadran dentro del actual interés en lo que se denomina el estudio de la «vida artificial», sus posibles orígenes y evolución; un campo que considero fascinante tanto por sus implicaciones teóricas y aplicadas a la biología, como también por el estímulo a la imaginación que representa la actividad de crear mundos alternativos: donde coinciden el arte y la ciencia, una fusión que, estoy convencido, caracterizará a la cultura del siglo XXI. Pues esta simbiosis creativa que se encuentra en sus albores —con la realidad virtual, la vida artificial, etc.—, representa la antítesis al cientificismo reduccionista, y al movimiento modernista, dentro del arte de este siglo, que culmina con el planteamiento, también, reduccionista del arte abstracto minimalista.

La diferencia en el planteamiento es evidente si se compara *Brainmakers* con otro libro sobre IA no hace mucho publi-

cado, la obra de Daniel Crevier titulada *AI: The tumultuous history of the search for artificial intelligence* (Basic Books, 1993), que se centra y profundiza en los aspectos más informáticos y de teoría de la computación, relacionándolos conceptualmente con los procesos cognitivos. Aunque para el especialista, quizá el libro de Crevier sea más ortodoxo y detallado, la obra de Freedman tiene un interés más general. Por lo que no dudo en recomendarlo al lector no especializado, pero interesado en informarse sobre esta «revolución» que se está cocinando bajo el epígrafe de sistemas complejos, caos, vida artificial, etc...

Si la ciencia «es el arte de lo soluble» —citando a Sir Peter Medawar—, el estudio de la Inteligencia Artificial no pudo ser considerado ciencia hasta que aparecieron los primeros ordenadores. El desarrollo de la informática, con su división entre los actuales circuitos electrónicos del ordenador y las operaciones lógicas programadas externamente, en forma de instrucciones (algoritmos) que eran ejecutadas por el sistema, abrió la puerta al estudio de una clase de procesos dinámicos cuya complejidad había trascendido las capacidades analíticas de épocas pretéritas.

Esta coincidencia en su origen, y los paralelismos a nivel estructural («hardware» → «redes físicas» de organización neuronal; «software» compuesto por una serie de algoritmos → conjunto de operaciones moleculares que controlan la interacción neuronal; «output» del ordenador, producto de un «input» específico de datos → comportamiento «inteligente» en respuesta a unos estímulos del entorno) crearon una potente metáfora donde el cerebro era percibido como un extraordinario ordenador. Este símil se consideraba tan literalmente, que dio origen a la denominación popular de los primeros ordenadores, como «cerebros electrónicos».

## Máquinas pensantes

En retrospectiva, el inicio de la era de las «máquinas capaces de pensar» tiene como fecha semi-oficial una legendaria reunión de trabajo desarrollada el verano de 1956 en Dartmouth, Nueva Inglaterra. Los principales impulsores de la IA, Marvin Minsky, John McCarthy y Edward Feigenbaum, entre otros, participaron en esta reunión, en la que a su conclusión declararon solemnemente el principio de una revolución tecnológica que afectaría radicalmente a nuestro estilo de vida, gracias a la contribución de unas máquinas capaces de expresar funciones cognitivas e intelectuales iguales o superiores al cerebro humano. En lo que luego se convertiría en una faceta muy embarazosa, y detrimental para la imagen de esta disciplina, varios de los principales protagonistas añadieron unos plazos muy específicos, y tan cortos, que ha permitido, a algunos, vivir para ser testigos de la inocencia de su euforia inicial.

Como ejemplo del fracaso de las predicciones iniciales de los pioneros de la IA,

Freedman presenta diversos casos muy entretenidos por su riqueza anecdótica; entre ellos, destacaría el desarrollo de programas para jugar al ajedrez, que considero muy ilustrativo. Sin las ambigüedades y sutilezas de las interacciones en un mundo real, en el que te enfrentas a conceptos mal definidos, a nuevas experiencias, a errores de apreciación, etc... El ajedrez se desarrolla en un mundo determinado por un número limitado de reglas concretas y por un espacio finito, características especialmente adecuadas para la lógica del ordenador. Por ello, en 1954, el especialista en informática Allen Newell declaró su total convicción de que en unos diez años existiría un programa capaz de ganar a un «Gran Maestro». Sin embargo, se necesitaron treinta y cuatro años para que una computadora, llamada «Deep Thought», consiguiese ganar, «de forma excepcional», a un Gran Maestro en 1988. Insisto en que la victoria fue un caso singular, pues, hasta el día de hoy, los grandes maestros de ajedrez humanos continúan derrotando ampliamente a sus antagonistas mecánicos.

Pero la moraleja más significativa que se extrae de este ejemplo es la demostrada incapacidad de programar en el ordenador los conceptos abstractos de la estrategia en el ajedrez o el equivalente a la capacidad humana de centrarse en un número limitado de patrones de movimientos, anticipando su potencial en el juego. Hace ya muchos años que los desarrolladores de programas de ajedrez han abandonado sus esfuerzos de programar en el «software» estas características. Los mejores programas de ajedrez en la actualidad se aprovechan de la enorme rapidez y capacidad de memoria de los nuevos «cpu's», cuyos procesadores pueden en pocos segundos reparar todos los millones de movimientos posibles, para compararlos seguidamente con las secuencias de movimientos en una base de datos de las mejores partidas que han existido en la historia, para seleccionar la secuencia que más se aproxima a alguno de los juegos ganadores programados en la memoria del ordenador. Por ello, a pesar de los aparentes éxitos, es obvio que la máquina no ha «aprendido» a jugar a ajedrez, ni funciona como un cerebro.

Como delata el subtítulo del libro de David H. Freedman, *How scientists are moving beyond computers to create a rival to the human brain*, el guión de la obra describe la transformación de una primera etapa de confianza en la capacidad de la máquina, a la alternativa actual, con unos postulados totalmente opuestos. Es decir, ahora se estudia el cerebro, o los procesos orgánicos en general, como base para desarrollar nuevas máquinas.

Quizá la excepción más importante que mantiene la línea inicial de un superordenador capaz de sustituir al ser humano en la realización de tareas intelectuales es el proyecto «Cyc», desarrollado desde hace ya varios años por Doug Lenat, en un instituto de Texas, financiado por un consorcio de grandes multinacionales de la informática,



Viene de la página anterior

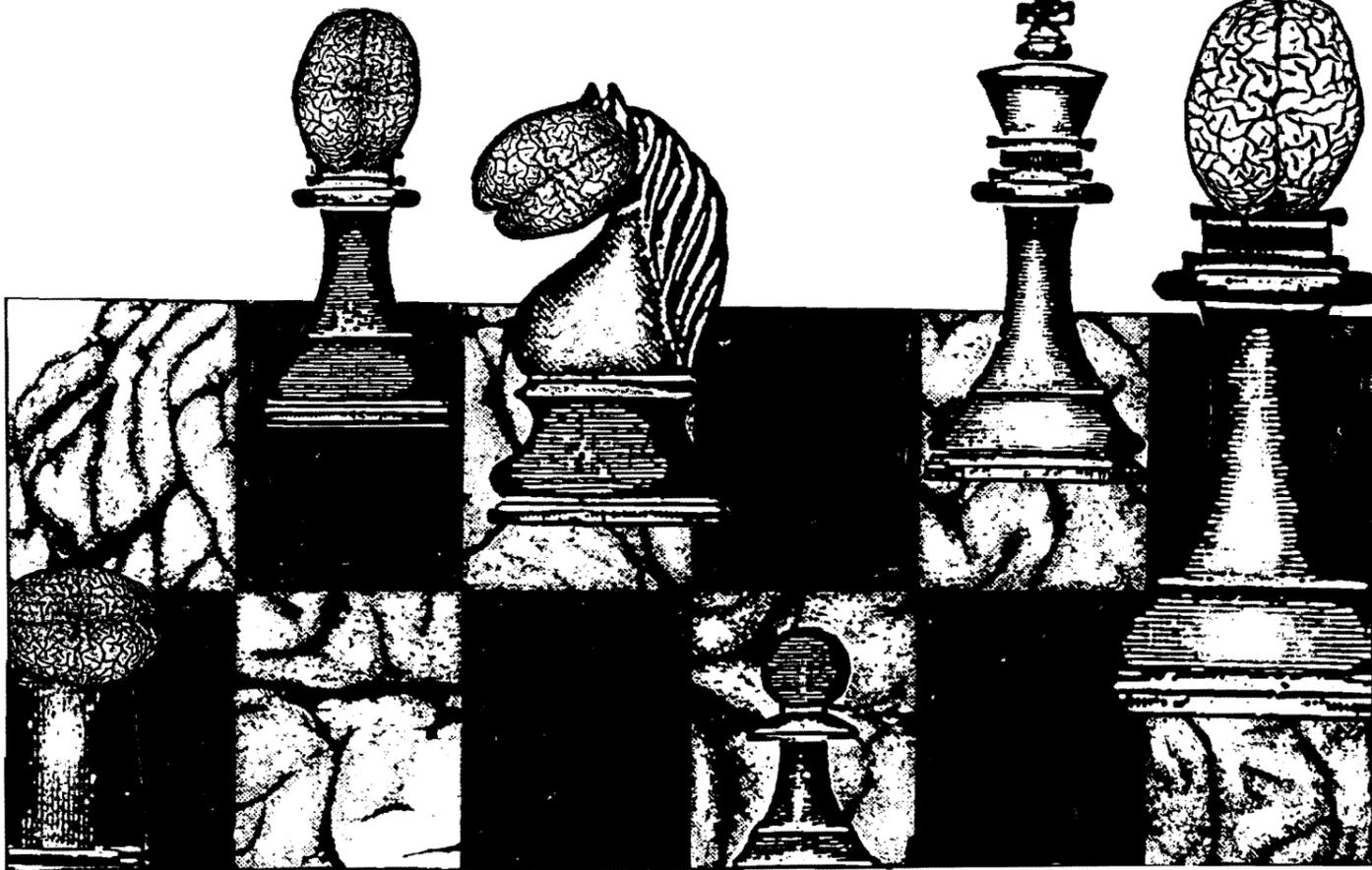


en lo que ha sido definido como el equivalente al proyecto Manhattan en su versión IA (esperemos que con consecuencias menos destructivas). Según su creador, esta máquina, una vez completado el proceso de programación, entrada de información y «entrenamiento» de sus esquemas relacionales entre las categorías que estructuran su «cerebro», tendrá todos los conocimientos sobre el mundo exterior, y su capacidad de extraer conclusiones basada en la experiencia y el «sentido común» que pueda tener una persona adulta, con la ventaja de disponer de una «memoria» infalible sobre una cantidad «en-cyc-lopédica» de datos; tras un largo período inicial, en el que los investigadores construyeron una estructura jerárquica de todos los «conceptos posibles», con el objetivo de preparar a «Cyc», para recibir información. Es relevante enfatizar, que esta computadora está dotada de un esquema previo de la estructura del mundo exterior, por lo que el programa, al recibir una información, categoriza, de forma tentativa, cada concepto y establece relaciones entre la información incorporada a su memoria. (Equivalente, en nuestra analogía, a que en el cerebro existiesen en el recién nacido estructuras correspondientes a los elementos del mundo exterior. Por ejemplo, un apartado en forma de código neuronal, que permitiese identificar el concepto «vaso», colocándolo en una categorización jerárquica de conceptos: objeto físico, funcional, contenedor de líquido...). Las nuevas combinaciones entre los conceptos aprendidos por «Cyc», producto de períodos de «meditación», según la colorista terminología que abunda en la IA, son evaluadas por los programadores, quienes desechan las analogías erróneas y sin sentido, reflejo de defectos en la jerarquía universal creada para «Cyc». Este proceso de selección, por parte del programador, tiene como objetivo ir puliendo el conocimiento de «Cyc», que —recorremos— está «pre-programado» en su visión del mundo. El éxito del proyecto dependerá de la capacidad de un complejísimo conjunto de algoritmos que permitan al sistema realizar de forma «consistente» deducciones que no sólo sean adecuadas, sino también novedosas.

### Autopistas de la información

Recordando a los pioneros de la IA, y sus ambiciosas predicciones, Lenat sueña con un futuro escenario donde este complejísimo programa —tan complejo como el mundo exterior— procesado por un potente superordenador, se ramificaría por todo el mundo a través de las nuevas autopistas de la información. Su experiencia, conocimientos y capacidad de encontrar casos análogos ocurridos previamente le permitirían, según Lenat, dar clases particulares a los escolares, diseñar productos a la medida del consumidor, realizar descubrimientos científicos, administrar justicia y muchísimas otras actividades, desde lo trivial a lo sublime. Es demasiado pronto, según las personas entrevistadas en el libro, para predecir el éxito de este proyecto, si «Cyc» terminará por controlar a la sociedad, o será otro más de esos «estúpidos-sabios», que en realidad son los ordenadores: incapaces de almacenar grandes cantidades de información, de realizar las operaciones numéricas más complejas, pero incapaces de realizar deducciones lógicas al alcance del intelecto de un niño de dos años.

La magnitud del proyecto «Cyc» ilustra la primera de las aproximaciones a la inteligencia artificial. Asumir que el cerebro es un super-ordenador y alcanzar su nivel de función es un problema de cantidad, no de calidad. Es decir, el reto es tecnológico y no



VICTORIA MARTOS

se debe a nuestro desconocimiento de los procesos biológicos involucrados en el funcionamiento del cerebro. Realmente, la naturaleza del control genético y epigenético de los procesos neuronales no importa en este contexto de la IA, pues estructuralmente, se les asume análogos a la organización de un ordenador. El problema es simplemente cuantitativo: necesitamos un procesador de datos extraordinariamente grande y rápido, que ejecute las operaciones programadas a la velocidad equivalente a la del cerebro humano. En este aspecto, los ordenadores de procesamiento de datos en paralelo tienen una especial relevancia.

La informática, y las teorías de procesos de programación y manipulación, continúan teniendo implicaciones para los interesados en propiedades de los sistemas biológicos. El libro también trata de otras interesantes analogías, como, por ejemplo, la idea de uno de los padres de la informática, John von Neumann, en uno de sus trabajos más antiguos titulado: *The design of reliable organisms from unreliable components*. Que destaca, algo confirmado por posteriores estudios (Cohen, F., 1994. *It's Alive! The new Breed of Computer Programs*. John Wiley, Nueva York), que un pequeño número de operaciones simples, usadas de forma recurrente, en entornos distintos, puede generar funciones extremadamente complejas y más eficientes que un programa que incluye su propia complejidad a nivel basal.

Es decir, un comportamiento, o forma compleja, no requiere un programa generativo de similar complejidad. Este interés en las propiedades emergentes de los sistemas dinámicos ha resultado en una verdadera explosión de literatura de divulgación, como lo demuestra esta somera lista de «algunos» libros de divulgación publicados recientemente: el ya clásico —y traducido al español— *Chaos: Making a new Science*, de James Gleick (1987); o los más recientes, como *Complexity: The emerging Science at the Edge of Order and Chaos*, por M. M. Waldrop (1992), y *Complexity of Chaos* (1993), cuyo autor es el célebre periodista científico, Roger Lewin, ambos basados en las investigaciones de los miembros del heterodoxo Instituto de Santa Fe, Nuevo México (institución especializada en el comportamiento de los sistemas dinámicos y sus aplicaciones al estudio de temas tan fundamentales como «vida artificial», «origen de la vida», «sistemas económicos», «inmunología», «procesos de evolución de civilizaciones», etc...). También podríamos citar los trabajos de John L. Casti, *Complexification* (1994), *Chaos under Control*, de Peak y Frame (1994) o *Thinking in Complexity*, de Mainzer (1994). Existen

muchos otros libros más especializados en su temática, o más técnicos en su tratamiento, que no incluyo en esta lista que no pretende ser inclusiva, ni a nivel general, ya que está basada en algo tan subjetivo como los volúmenes que tengo en estos momentos en la estantería de mi despacho.

El estudio de sistemas dinámicos con un número de componentes tan extraordinariamente alto como en el cerebro, con un patrón inaudito en la organización global de las redes neuronales, es una de las fronteras de la ciencia teórica actual. Aparte de las propiedades globales de los sistemas dinámicos, podemos citar dos aspectos, íntimamente relacionados en el desarrollo y función del cerebro, que se derivan también del estudio de la informática. El más relevante es la plasticidad. La máquina más eficiente en un entorno impredecible es la que puede adaptarse según las propiedades externas a las que se enfrenta. Este principio de aprendizaje, por medio de la experiencia, es la base de las llamadas «redes neuronales», sistemas informáticos capacitados para procesar información y ejecutar funciones de manipulación de datos, en base a un proceso de interacción entre el «input» y el «output». Este campo, que ha experimentado un gran crecimiento en los últimos años, demuestra que el «feedback», en los originalmente denominados sistemas cibernéticos, y la plasticidad son fundamentales en procesos caracterizados por un incremento en la cantidad total de información que contiene el sistema. Datos biológicos confirman que el cerebro también se caracteriza por un proceso de enorme fluidez en la estructura de las conexiones entre las neuronas. Un proceso de selección funcional, es decir, la actividad sináptica refuerza la conexión, mientras la falta de uso la degenera, en el que más de la mitad de la población inicial de neuronas mueren durante un proceso de desarrollo que dura toda la vida.

Finalmente el libro de Freedman comenta investigaciones, como las de Holland, que demuestran el enorme potencial y efi-

cia de los procesos de selección en el diseño de programas. Es decir, se inicia el proceso con una serie de algoritmos, que van mutando aleatoriamente, y a través de la actividad de la selección natural, se obtienen en un tiempo equivalente al que se tardaría en diseñar un programa optimizado para ejecutar idéntica función o resolver un problema. Las diferencias son interesantes ya que un proceso de selección generará un programa que no será el óptimo, pero a menudo será el más robusto en su funcionamiento en entornos mutables.

Este breve repaso pretende ser una introducción a un campo novedoso: el conocimiento de los sistemas complejos y sus propiedades generativas e integrativas, que se resiste a las capacidades analíticas de la ciencia. Como dice Sidney Brenner, uno de los fundadores de la biología molecular: los humanos somos muy buenos resolviendo sistemas simples con pocos componentes, pero muy malos integrando las partes de sistemas de gran número de componentes que interaccionan de forma dinámica. El estudio del cerebro y sus funciones, así como la biología del desarrollo, tienen en común que en ambos se genera orden global como producto de millones de interacciones celulares a nivel local. Una preferencia de la ciencia consiste en explicar el orden de los sistemas naturales en términos de jerarquías bajo control de un reducido número de agentes «ordenadores», que «desde arriba» dictan el comportamiento del sistema. Existe cada día más evidencia de que en los sistemas biológicos nuestras metáforas no funcionan. La integración y el orden no provienen de arriba, sino que nacen desde «abajo», son las propiedades emergentes de un sistema dinámico complejo. El fenómeno de la auto-organización, combinado con un proceso de selección que genera máquinas «robustas» y «eficaces» en lugar de «óptimas en su diseño», son dos de las claves de una nueva filosofía integrativa que se está esbozando en el horizonte de un paraje todavía dominado por el reduccionismo y la optimización. □

### RESUMEN

Recuerda Pere Alberch, al tratar del cerebro y sus metáforas (y una de ellas, de las primeras y más potentes, es la que le compara con un ordenador: de ahí que a éstos, a su vez, se les empezara a llamar «cerebros electrónicos»),

que el cerebro humano es el órgano más complejo jamás creado por la evolución biológica y su entramado desafía a la ciencia contemporánea. Su estudio, por tanto, resulta un reto para cualquier científico.

David H. Freedman

*Brainmakers: How scientists are moving beyond computers to create a rival to the human brain*

Simon and Schuster, Nueva York, 1994. 214 páginas. 22 dólares. ISBN 0-671-76079-3.

# Solana callejea por el Madrid de 1923

Por Alonso Zamora Vicente

**Alonso Zamora Vicente** (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y secretario de la Real Academia Española. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Cela, pasando por Valle Inclán. Es autor, además, de varios libros de narrativa.

No es frecuente leer a José Gutiérrez Solana, el afamado pintor, desaparecido en 1945. Su producción escrita, publicada entre 1913 (*Madrid. Escenas y costumbres*) y 1926 (*Florencio Cornejo*) se fue agotando poco a poco en los tenderetes madrileños, en los años de la República. Todavía después de la guerra civil se encontraban alguna vez en las librerías de viejo o en la Cuesta de Moyano tomitos hechos de la imprenta de Galo Sáez; los buscábamos con viva curiosidad. Eran leídos como fruto de una especial actitud, para ponerlos siempre en relación con la pintura de su autor: ni siquiera como ejemplo de una adscripción noventayochista se nos ocurría entonces enjuiciarlo. Solamente en 1961, con la edición de sus textos completos (Madrid, Taurus, con abundantes mutilaciones, consecuencia de una estúpida censura), volvió a avivarse el interés por Solana-escritor. Fue anterior (1957) el más importante paso dado en la revisión: el de Camilo José Cela, quien dedicó a Solana su discurso de entrada en la Real Academia Española. Como suele ocurrir en estos casos, la delicada disección de Cela quedó relegada a una minoría intelectual. Más tarde, Solana ha sido editado en varias ocasiones.

Ahora, *Madrid callejero*, librito de 1923, aparece incluido en los «Clásicos madrileños», editados a la sombra de la Comunidad de Madrid. Supongo que a muchos madrileños, especialmente a los que nos asomábamos a la vida en los años que el libro comenta, estas páginas han supuesto una honda sacudida. En primer lugar, se confirma plenamente mi concepto de una literatura inmóvil -pintada-, donde las gentes y las cosas se nos aparecen enmarcados ya, abstraídos de su circunstancia y «puestos» en el lugar designado por quien coloca maniqués, trastos o alimentos para pasarlos cómodamente al lienzo. Todo es estampa fija. Robada a una realidad fluente, extraemos de ella un episodio, un momento que nos subyuga: los bailes en los suburbios, la luz de las tabernas, la vida marginal de los prostíbulos o de los grandes derribos... Todo se reduce a sacar, de un inexorable camino hacia la nada, un momento deslumbrante, pero ya terminado en sí mismo. De ahí su gran preocupación por la muerte: las corridas de toros, el desolador espectáculo de los cementerios arruinados. Los mismos derribos en el centro de la ciudad son también vías hacia la muerte -si no son ya la muerte misma...-

Lo que hoy impresiona leyendo las páginas de *Madrid callejero* es la implacable llaga que reavivan en la memoria. Volvemos a ver el bullicio de la vida, un vivir que no logra emocionarnos, una vida-espectáculo, nunca efusión compartida. Las gentes, inmobilizadas en la pintura solanesca, repiten sus movimientos en los bailes del arrabal. Los merenderos y cocherones de Cuatro Caminos y de Tetuán (Camino de Aceiteros, Amaniel, la bajada del Canal de Isabel II) tornan a nuestra evocación. Son los años en que era una atrayente excursión viajar a lo largo de toda la línea en los «tranvías de vapor», de Cuatro Caminos a Ventas, pasando por el Hotel del Negro (la actual Plaza de Castilla), o a la inversa. Se hacía un alto en la Plaza de Chamartín, o ya en las Ventas, para merendar. En Chamartín se tomaba



Máscaras en la calle, de José Gutiérrez Solana.

«clara con limón», patatas fritas, quizá algún cangrejo, trocitos de mojama o de bacalao. Todo por poco dinero y abundante sociedad. Aún recuerdo el local de Chamartín, la vieja posada, mesa común a la que acudía constantemente la mujer de la casa, pretendiendo limpiar por trozos lo ensuciado, hasta sacarle brillo a la madera venerable. Un fondo de cuplés y cancioncillas equívocas suena y resuena por la trasera de la casa (*Don Procopio, ¡Ay, Tomasa!, Nena, Agua que no has de beber...*). Son las mujeres que cuidan los bichos del corral o lavan las ropas. A ratos, llegan los mugidos del cercano establo. Una bandada de chiquillos acude, vocerío y polvareda, al paso de los tranvías. El conductor y el cobrador bajan un instante y se toman, chascando la lengua, un vaso de tintorro. ¿Quién reconocería, a lo largo de la actual avenida de Arturo Soria, la ruta de aquellos armatostes de madera, pintados de blanco, mucho más grandes que los tranvías amarillos de la ciudad? ¿Dónde las Ventas del Espíritu Santo, olorosas de fritangas, gallinejas y morapio, repetido el fondo musical ya recordado, orquestado esta vez desde un organillo descolorido, arrastrado por un burro flacucho y paciente? Todo, todo lo que en el libro se cuenta o nosotros evocamos al conjuro de la lectura, estaba herido de transitoriedad, de fugaces relámpagos: nada escondía una vocación de permanencia, de valores cotizables o de ilusoria esperanza.

Esa mirada colgada de las cosas inertes, además de revelar a un observador empedernido, tiene la virtud de paralizar cuanto se mueve, «deja paráliticos» a sus personajes: «pintados», una vez más. Por mucho que gesticulen o se desgañiten, el polvo se detiene en la voz o en el ademán. El pincel de Solana les corta el aliento. El mañana de estas pobres gentes, marginadas o sin norte alguno, les ha sido, digámoslo pronto, extirpado. Sólo comprenden el hoy perentorio. Y esto explica, una vez más, el interés por la muerte, y más todavía: por la profusa variación de la muerte. No es el hecho de morir lo que es-

polea a Solana: nada de angustias, forcejeos, dudas ante el misterio último: lo estimable es solamente el aspecto repugnante de la carroña, el detritus de las osamentas acumuladas, el vaivén de los traslados de los restos a los quemaderos. El mismo cementerio enseña los bordes de la desaparición, empujado por el crecer de la ciudad. Esos cementerios eran espectáculo para los madrileños desocupados, fuese o no fuese Día de Difuntos, jornada de ritual visita a los camposantos. La gente acudía sencillamente «a verlos», y, si por casualidad, se encontraba con algún hecho que, momentáneo, pusiera al aire cadáveres a medio descomponer, esqueletos renegridos, tanto mejor. Aumentaba la su gestión del festejo, de la tarde a perros. Y esto ocupaba todas las esferas sociales, se dejaba un hueco a la necrofilia, hueco, a veces, de honor. Todavía en 1922 (un año antes de *Madrid callejero*, Solana pudo ver la ceremonia) fue un gran suceso popular el traslado de los restos de varios académicos de la Española, desde la Patriarcal abandonada hasta el flamante cementerio del Este. (Comenzó a sonar por esas fechas para los madrileños el palabro «necrópolis»). Quizá para suavizar el chirrido del cultismo le agregaron «de La Almudena»). Eran académicos del XIX. Gran cortejo oficial desde la Glorieta de Bilbao hasta el cruce de Goya con Alcalá; Ayuntamiento en pleno bajo mazas, guardias municipales a caballo (los «romanones»); presidencia del duelo a cargo del Mayordomo Mayor de Palacio, que ostenta la representación del Rey; Banda Municipal con los instrumentos enlutados; representantes del Capitán General, del Nuncio, del Obispado, de los Ministerios, del Cuerpo diplomático hispanoamericano. Los periódicos se deshicieron en loores a la Academia y a su director, Antonio Maura, presente en el desfile... Aún podríamos añadir otros casos más próximos a nosotros, con idéntica o parecida escenografía funeral... Pero no nos engañemos: toda la pompa del desfile académico es también transitoria. Nada hay en ella que

nos despierte una vocación de permanencia, por leve que sea. Seguramente, de los personajes asistentes al acto, ninguno o casi ninguno había leído nada de los ilustres muertos que se atrevían a alterar la circulación con su más que callada presencia: eran José Castillo Ayensa, Antonio María Segovia y Juan Cobo Reluz. También figuraban en el traslado algunos escritores o literatos que no alcanzaron la gloria académica: Cayetano Alberto de la Barrera, Antonio Flores, el calígrafo Iturzaeta. A Solana, la contemplación de todo esto no le habría despertado más que una agravación del sentimiento del ridículo. Leemos la paseata de Solana por los cementerios y, aparte de asombrarnos de que nadie de los habitantes de los edificios levantados en el lugar de los camposantos sepa ya el anterior destino de la tierra que pisan -¡ay, vida de los vivos, tan seriada y espesa!-, no se nos desvela consideración alguna sobre la vida ultraterrena, o por la inutilidad del estéril arrebato de querer seguir viviendo: todo es un Carnaval, un monumental zapateado de muertos. Esa es la base de cuadros llenos de cráneos y esqueletos, tan próximos a la pintura de Brueghel. No escondemos la mirada, como nos ocurre, en cambio, con los grandes lienzos de Valdés Leal, ni sentimos el escalofrío de la grandeza que rezuman la poesía funeral de Manrique o los sonetos de Quevedo. No: sabemos de antemano que allí no hay más que frágil decrepitud. Si Solana hubiese intentado pintar o contar el desfile del traslado académico, nos habría legado «otra» versión más del Entierro de la Sardina.

## Ir y venir de los entierros

Ese acoso de una muerte escandalosa, alejada de un tránsito silencioso, agazapado tras la enfermedad, los mimos familiares, es lo que Solana sigue y persigue enconadamente. En *Madrid callejero* nos sale a la vuelta de cada esquina. Vemos ir y venir los coches de los entierros («carrozas»), con su cocher, un buen hombre escondido tras la apollada cáscara de la peluca y el levitón; comprobamos la delación clamorosa del bolsillo del muerto, según el número de caballos y palafreneros, o la decoración de la carroza: «ser más triste», o «más pobre», o «más aburrido que un entierro de tercera» era frase común en la cháchara madrileña: caballo único, «jamelgo» en la generosidad concesiva de los espectadores; coche despintado, sin ballestas; pura estopa las pelucas del personal y los plumeros del jaco... En este tipo de sepelios, sólo vivía el muerto. En Solana, van las carrozas de aquí para allá, en torno a los cementerios. Mucho se ha hablado ya, y con razón, del noventayochismo de Solana. En *Un domingo en las Ventas*, la vecindad hosca del cementerio nos recuerda, viva inmediatez, el pasaje de *La voluntad*, donde el ir y venir de los coches fúnebres le sirve a Azorín para meditar sobre el contraste entre la muerte y sus congajas frente al hálito explosivo de la vida, reventando en los merenderos y tabernas del camino. Solana ve todo como estático modelo para pintarlo. Incluso a veces nos ofrece una gratuita divagación sobre el cadáver que asoma entre las carroñas («a este difunto le faltaba una pierna, que le sería amputada en el Hospital de San Carlos y enterrada en otro cementerio», pág. 89). En el texto de Azorín, el insistente pasar de las carrozas le evoca la idea del eterno retorno, le conduce a meditar sobre el tiempo reiterativo, fugitivo y desencantado, y hunde a los lectores en el feudo del desengaño y la amargura. En Solana nos quedamos con la estampa detenida, en la exhibición de ropa-



Viene de la página anterior



vejería maloliente que la destrucción física provoca.

No sólo en la presencia concreta de esos detritus humanos, sino en las escenas «vivas» nos atenaza esta visión. Tenemos la impresión de andar a saltos, esquivando algo, no sabemos bien qué, algo pesado, amenazador. Nos pasa así en los bailes suburbiales, en la ajetreada suciedad ruidosa de las verbenas y, sobre todo, en el permanente Carnaval en que Solana nos ha sumergido. En los bailes, ¿por qué han de ser criadas «solamente» las que aparecen en estos bailes? Todas son cerriles y rústicas y, de propina, sordas. Nos las presenta como tercas tejedoras de media, con el brasero entre las piernas y sin dejar de comer castañas y bellotas y redondeando su imagen con alguna zafiedad, muy opuesta a la conducta ortodoxa de la burguesía.

### Fiesta dominguera

En la fiesta dominguera (volvemos al cuadro), dominan los colores chillones, las faldas estridentes, la palurdez petrificada; se dan caderazos y empujones, llevan los brazos quietos y muy bajos, es decir, se comportan como gigantones o cabezudos del Corpus. De vez en cuando, notamos que Solana se ha dignado mirar a esas gentes con distancia alejada del cuadro, y nos habla de la «agrupación» regional de los danzantes: «...los que bailan en cuadro aparte... son los gallegos y los vascos. Sobre todo, los gallegos, son muy regionales... sienten la nostalgia de su pueblo, lo mismo que las criadas gallegas, que parece que tienen ictericia y no recobrarán la salud si no vuelven al pueblo» (pág. 64). Toda la estampa queda envuelta en ceniza, mujeres, soldados, ropas, cabezas, todo está «ya» enterrado bajo la tolvanera que la reunión levanta. Es imposible no percibir cómo hasta los colores llamativos que Solana quiso destacar, ropajes, uniformes, aparecen ya desvaídos, camino de esa monumental danza macabra. Si en la prosa de Solana hubiese tenido hueco el protagonismo humano de sus gentes, no se quedaría en insinuación atinada el apartamiento de gallegos y vascos. Habría notado que «todavía» se reunían los inmigrantes según sus orígenes, en un sitio concreto, intentando reanudar sus hábitos rurales, ancestrales. Así, la Plaza Mayor era el lugar de reunión de los oriundos de pueblos cercanos a Madrid, manchegos y toledanos. Aún golpea en mi memoria el caudaloso tumulto del domingo en el jardincillo de la Plaza, atiborrado de soldados y criadas. San Martín de Valdeiglesias, Cadalso de los Vidrios, Camarena, Escalona, Añover... Todos celebraban allí la tarde larga del domingo. Todos acudían en cálido borbotón a la Cava Baja, Mesón del Segoviano, del León de Oro, del Dragón, de donde salían los coches de línea de sus pueblos: se tropezarían con alguien que llevase a los familiares noticias frescas, mintiese dichas y bienestar. Pero a Solana no le interesaba nada de eso. Se obcecaba con el repetido tamborileo de su visión y de sus prejuicios —bastante limitados, especialmente al hablar de los clérigos—. De esos grupos colectivos (aragoneses en La Guindalera, donde aún subsiste una Plaza del Pilar de Zaragoza) está en pie en mis recuerdos la aglomeración de asturianos en la ermita de la Florida, donde los acogía una sidrería famosa, aún existente: allí, mis ojos asombrados de muchachuelo urbano vieron, por primera vez, bailar la Danza Prima y medio aprendí el portento de su letra: «¡Ay, un galán desta villa, ay, un galán desta casa! ¡ay, diga lo que él quería...! ¡ay, diga lo que él buscaba!»

En las verbenas, Solana aprecia el guirigay zaragatero, volcado de coches y tran-

vías, las retretas y pregones, los fuegos artificiales y las trancas, los tubos de la risa y los tiros al blanco, donde los gritos se resuelven en polvo y tos y el gentío se zarandea como peleles sin alma. Los gigantes, los muñecos de los tiros al blanco, el descoyuntamiento de los tubos de la risa, todo se convierte en fantoches autómatas, desprovistos de voluntad propia. La tarde pisoteada de la verbena, tíos vivos, barracas misteriosas, infinito tedio de agua de cebada en el refrescante improvisado, se completa con la visita al Museo Granero, donde unos muñecos de cera repiten la historia de la cogida y muerte del famoso torero, le entró el cuerno por el cuello y le salió por una órbita, ya desprovista del ojo inquilino... Otra vez esa muerte alborotada, estruendosa.

El Carnaval es héroe recurrente en la prosa de Solana. El espacio entre el Domingo Gordo y el de Piñata llena las actividades todas: al hablar de la Gran Vía y sus derribos (Solana confunde la Gran Vía actual con la del sainete, otra anterior que no pasó del proyecto) la viste de patético Carnaval: el disfraz de las estructuras de las medianerías, abiertas al aire, insinuándose la tragedia del vivir en sus interiores. La gente pasa vestida (disfrazada) con atributos llamativos: una máquina de retratar, las melenas excesivas de un joven, el comienzo del fervor por la música de negros, el tipo «idiota» que vestido de smoking, fuma en pipa y malgasta horas y horas sentado en la barra de un bar... Disfraz permanente, autodisimulo quizá. Y todo cuanto constituía aditamento para mantener vivo el disfraz anterior, muebles, espejos, recuerdos familiares, todo, sin selección alguna, se despeña camino del chamarilero del Rastro. Hasta el perro. Quizá lo único bello es la destrucción misma. Lo demás es careta municipal, disimulada bajo una coraza de utilidad dudosa y de embellecimiento urbano.

### Como pez en el agua

Como era de esperar, donde más nos hiera la prosa de Solana es en las páginas dedicadas al Carnaval. Nuestro autor se encuentra como pez en el agua al hablar de mascarones, de gentes medio vestidas con ropas viejas del sexo opuesto, de caretas desgarradas que dejan ver el bigote por las rajadas; los atributos religiosos parodiados (gorigoris burlescos, monaguillos con Cristos hechos con patatas y tiras de bacalao; falsos curas que canturrean blasfemando; comparsas de tullidos...). El paso, casual, de un entierro lujoso, calle de Génova abajo, descrito con minucia, es otra comparsa carnavalesca para Solana: está voceando la ostentosa decoración del muerto ricaz y de los orondos sacerdotes que le encomiendan. Todos son máscaras. Y los brillantes adornos de caballos, lacayos y palafreños son también ropaverjería del Rastro. Solana se empeña en degradar hasta lo que no es posible degradar: dictamina sin vacilar que el latín de los cánticos es «latín macarrónico, que suena metálico, hueco e hinchado en estos ceporros...». Evidentemente Solana, además de pintor y literato, es sobresaliente latinista. Vaya por Dios, hombre, quién iba a suponerlo...

Asistimos también a la lenta muerte de la vida ciudadana. Los años que centra *Madrid callejero* son los de la transformación de la vida callejera, encaramada definitivamente de lugarón manchego a gran ciudad: los ensanches, la planificación, la desaparición de los tipos callejeros, populares, los marcados por los defectos físicos o por la profesión —como aún lo son en muchos pueblos—: el pregonero, el dontancredo, el que, inevitablemente, hace todas las Semanas Santas de Cirineo o de Pilatos. Así, Solana nos habla del «hombre del higuí» («al higuí,

al higuí, con la mano, no; con la boca sí»), que hemos alcanzado a ver por la Ribera de Curtidores: «Garibaldi», el prototipo del hombre extraño, del que nadie sabe con seguridad de qué o dónde vive; conocido de todos, a todos enseña sus condecoraciones y a todos da lecciones de política. Personajes análogos eran la «Cacharritos», o «Madame Pimentón», quien llegó a recibir un banquete-homenaje de escritores y periodistas (ver mi *Realidad esperpéntica*, pág. 40), o el famoso Cantón, o Campón, candidato a todo tipo de elecciones. Eran los rezagos de una vida bohemia y hambrienta, la que Valle Inclán elevó a criatura artística en *Lucas de bohemia*. Personaje mayor de este desvirarse fue el ciego Fidel, al que Solana dedica un capitulillo en *Madrid callejero*, y al que hemos de rescatar de esa procesión de sombras escurridizas: Fidel rifaba mil triquiñuelas, recitaba versos, pedía dinero a los contertulios de cafés y vendía mil mercancías. Su imagen ha llegado a nosotros en dibujos e ilustraciones de su tiempo y la historia literaria habrá de contar con él, cada vez que su nombre suene en la lectura del prólogo y del epílogo de *Los cuernos de don Friolera*.

### Valor testimonial

Solana se deleita en enseñarnos los armónicos de la esquina, ya extinguidos: las «chuletas de huerta», patatas asadas a la vista del público (pág. 52); los «parches» milagrosos para los dolores (pág. 57); las librerías de lance, en los callejones que la Gran Vía eliminó y entre las que estaba la de Pueyo, también citada en *Lucas de bohemia*; el «agua gorda», la vieja agua con «acero», tan socorrida en las enfermedades, agua que ya se utiliza en los clásicos (*El acero de Madrid*, de la comedia de Lope) (págs. 58, 140); los primitivos anuncios (aceite de hígado de bacalao, el chocolate de Matías López, pág. 48); la marcha cansina de los traperos, tan próximos a los grabados de Ricardo Baroja (pág. 76); etc.

Sí, este libro de Solana, con su sintaxis a borbotones, pone sobre la mesa un armónico eficaz a nuestra memoria. No quiero cerrar estas observaciones sin manifestar el gran valor testimonial que para la historia del léxico suponen sus páginas. Recordaremos «bóveda», «enterramiento»; aún viva en América y usada en los clásicos. También vive en América «plomero», «tejador», «fontanero»; «pavero», «una clase de sombrero»; «palasa», «palma, planta de la que se hacían bastones»; «cajón», «tiendecilla en el mercado»; «colineta», «dulce mañosamente preparado»; «bragas», «pantalón masculino». Nadie reconocería hoy en «tejavana», el valor «cobertizo, galpón». «Pelús», «un tejido con pelo, felpa», me parece que ya no es familiar. Típicamente madrileñas (sainete, teatro menor, poesía costumbrista) son «quince», «vaso de vino que costaba quince céntimos»; «la poderosa», «borrachera descomunal»; «bombo», «recipiente donde van los barquillos»; «güito», «sombbrero hongo, bombín». Abundan las «destrozonas», «máscaras femeninas, con andrajos, pero obligadas a llevar una escoba

con la que asustar a los niños»; «tener suela», «tener aguante, beber mucho»; etc. La «fiera corrupta», que los madrileños veían en las verbenas, era motivo de espanto y de bromas. Mezcla de dragón temeroso y de hombre o mujer más temerosos todavía, practicaba sus malandanzas en un romancillo que andaba de boca en boca: pasó a la pequeña épica oral, a los chistes de los periódicos, a la conversación. «La corrupta» compartió con el recuerdo del bandido gallego Mamed Casanova el privilegio de la ejemplaridad en los desmanes. También Valle Inclán acudió al famoso bandido en el trasfondo de *Las galas del difunto*. El perfume madrugador de la esquina de Toledo y Maldonadas, donde tostaban café y molían especias, acude proustianamente a mi memoria tras la cita de Solana. Y el café de San Millán, y sus frescos, desaparecidos. La tradición del barrio sostenía que eran de Alenza, pero la piqueta no se detiene en atribuciones artísticas...

### Vapuleo a la memoria

Leer este libro, superadas las reticencias de su apasionamiento, es un vapuleo a la propia memoria y a la historia menuda de Madrid, tan descuidada. Nos recuerda hasta la pedantería colectiva ante los rascacielos de Cuatro Caminos, casas de diez pisos, doce pisos, sobresalientes entre los renglones dedicados al cementerio de San Martín. Solana, que confunde el Metro con una urbanizadora que levantó aquellos edificios, no se para en distinguos; para él todo va encarrilado hacia la muerte, todo lleva ya en su rostro nuevo el presagio de la escombrera. Esos rascacielos pasaron a los cantables: los divulgó Reyes Castizo, «la Yankee», en una zarzuela-revista, *La chula de Pontevedra*, uno de los últimos éxitos del teatro Apolo.

Falta ahora, ya a casi un siglo de sus supuestos, poner en evidencia este noventa-yochismo por contagio, conversacional, destacar sus coincidencias y sus desvíos. (Ya lo vio así W. Flint, en su *Solana escritor*, Madrid, Revista de Occidente, 1967.) Sí, hay amor por los pueblos, pero sin indagar en su historia ni en sus realidades, mucho menos ver lo que su ruina representa. Hay presencia de lo popular, pero encariñado con lo negro, lo atenazante por su desmesura. Habría que hablar de su antiacademicismo (Solana llamará «zotes» a los académicos en alguna ocasión) y su anticlericalismo de receta, reiterativo... La quincalla que llena estas páginas se transforma en los grabados de Baroja, y más tarde en la pintura lírica de Eduardo Vicente. Los traperos camino de Tetuán, los grandes carros de la carne, los volquetes de la basura o del escombro, con sus mulas cansinas y su campanilla amonestadora, nos dejan en los labios la sensación de una vida triste, compleja, sin claro sentido, pero que vale la pena de ser vivida, descubrirle el quid a su aventura. Hay que agradecer esta edición de *Madrid callejero* y a su editor, Teodoro Santurino, el esfuerzo que le ha dedicado. Ojalá tengamos toda la obra de Solana, pronto, con las aclaraciones pertinentes: es generosa tarea. □

### RESUMEN

Advierte Alonso Zamora Vicente que habrá quien se sorprenda de encontrarse en este libro comentado a un José Gutiérrez Solana que, sin dejar de ser el pintor afamado que fue y por lo que se le conoce, se muestre a su vez

como un notable escritor, madrileño y costumbrista; pues Solana igual se servía del pincel como de la pluma para apresar, desde su óptica, personal y en ocasiones téticamente desgarrada, su alrededor. El Madrid de 1923, en este caso.

José Gutiérrez Solana

*Madrid callejero*

Comunidad de Madrid-Ed. Castalia, Madrid, 1995. 179 páginas. 1.540 pesetas. ISBN 84-7039-712-5.

# Un importante pensador marroquí actual

Por Pedro Martínez Montávez

**Pedro Martínez Montávez** (*Jódar, Jaén, 1933*) es catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura y pensamiento árabes contemporáneos y sobre las relaciones hispano-árabes.

El escaso —por no decir nulo— conocimiento que en España se tiene del pensamiento árabe contemporáneo abarca a todos los países que en él se incluyen, y Marruecos no podía ser una excepción. Es una de las tantas manifestaciones visibles de un desfase crónico y general que resulta sinceramente, a pesar de todas las explicaciones de diversa naturaleza y propósito que se busquen, perjudicial, absurdo e incomprensible. En lo que a Marruecos concretamente concierne, tan sólo el nombre de Abdallah Laroui (al-'Arwī) goza tal vez de cierta presencia y difusión, desde hace años, en algunos medios cultos e intelectuales españoles, aunque se trate, obviamente, de una difusión modesta y quizá coyuntural. El hecho de que Laroui fuera posiblemente, en su momento, el ejemplo más realzado y brillante de un pensamiento progresista marroquí estrechamente vinculado a tendencias y corrientes occidentales, y el aun más determinante de que su vehículo de expresión escrita fuera la lengua francesa, explica suficientemente, a mi entender, la singularidad de su caso.

## Un proyecto intelectual y cultural

El pensamiento marroquí actual brinda, sin embargo, un panorama más amplio y variado. Uno de sus principales representantes es, desde hace años, el profesor Muḥammad 'Ābid al-Ŷābirī, nacido en 1936, y que desde el año 1967 ejerce la docencia de filosofía y pensamiento árabe islámico en la Facultad de Letras de la Universidad Muḥammad V de Rabat. Conviene seguramente tener en cuenta, desde un principio, que la formación académica de al-Yabri (facilitando la escritura de su nombre) es plenamente marroquí: ese mismo año de 1967 obtuvo el Diploma de estudios superiores en Filosofía, y tres más tarde, en 1970, el doctorado («doctorado de estado» como se precisa también en su país) en Filosofía por el mencionado centro universitario rabatí. Amplió estudios asimismo, durante un año, en Siria. Se trata, por consiguiente, de un universitario, de un intelectual, de «formación interior», y que ha escrito en lengua árabe, además, la totalidad de su ya extensa obra. El libro que aquí presentamos constituye su estreno en el panorama bibliográfico europeo occidental, y es la introducción a una parte tan sólo de su producción escrita y de su formidable tarea intelectual, aunque se tra-

ta, eso sí, de una parte central y sustancial, sin duda. Esta introducción, por tanto, resulta tan encomiable y ajustada como breve, monográfica y selecta.

La producción escrita de nuestro autor, extensa y cuantiosa ya, como decíamos, variada, original y densa, se vertebra y desarrolla específicamente a partir de los años ochenta. Resulta también en este aspecto característica y ejemplar, y su indiscutible cuño personal no le priva, en absoluto, de asumir y reflejar al mismo tiempo dimensiones no menos claramente colectivas, propias de la parcela más entitativa y representativa, seguramente, del pensamiento árabe actual; constituye un espejo particularmente nítido e ilustrativo de sus principales inquietudes, avatares y obsesiones. Los escritos publicados por al-Yabri con anterioridad a aquel período parecen tan sólo un atisbo de su producción posterior, aunque resulten también indicativos, desde un principio, de la formación del gran pensador en ciernes, de los objetivos que persigue y le alientan, de su estructura mental. Su primera publicación —al menos, en nuestro conocimiento— se inspiró en la obra de Ibn Jaldūn, lo que para un intelectual árabe contemporáneo es seguramente tan natural como obligado: *El vínculo de clan (al-'aṣabiyya)* y *el Estado. Rasgos teóricos jalduníes en la historia árabe islámica*, 1971. Le seguirán estos títulos: *Luces sobre el problema de la enseñanza en Marruecos*, 1973, e *Introducción a la filosofía de las ciencias*, de 1976, en dos volúmenes: el primero dedicado al pensamiento matemático y al racionalismo contemporáneo, y el segundo al método experimental y a la evolución del pensamiento científico. Desde esta producción de primera época se pone claramente de manifiesto que la dimensión epistemológica constituye fundamento y objetivo principal en la tarea intelectual de al-Yabri.

La aparición el año 1980 de su libro *Nosotros y nuestro patrimonio tradicional (al-turāṭ)*. *Lecturas contemporáneas de nuestro patrimonio tradicional filosófico*, constituirá un hito en la producción del autor y espléndido anuncio de cómo se continuará, se ampliará e irá estructuralmente construyendo a lo largo de los años siguientes. Cabe afirmar con pleno fundamento que esta apretada y rigurosa reflexión revela a al-Yabri y «aseguraría su reputación de pensador en el mundo árabe», como afirman sus traductores al francés en la presentación que precede al libro que comentamos. Persuadidos de la importancia y el significado de esa primera gran obra del autor, toman precisamente de ella parte de los textos que traducen, valorando adecuadamente «el procedimiento metodológico disyuntivo-reyuntivo para la lectura de los textos filosóficos arabo-musulmanes que aplica a al-Farabi, Avicena, Avempace, Averroes e Ibn Jaldun», y cómo «el cuidado de distanciamiento que manifiesta al poner de relieve los fundamentos epistemológicos del discurso filosófico invita a la consciencia árabe a adquirir los reflejos de la objetividad».

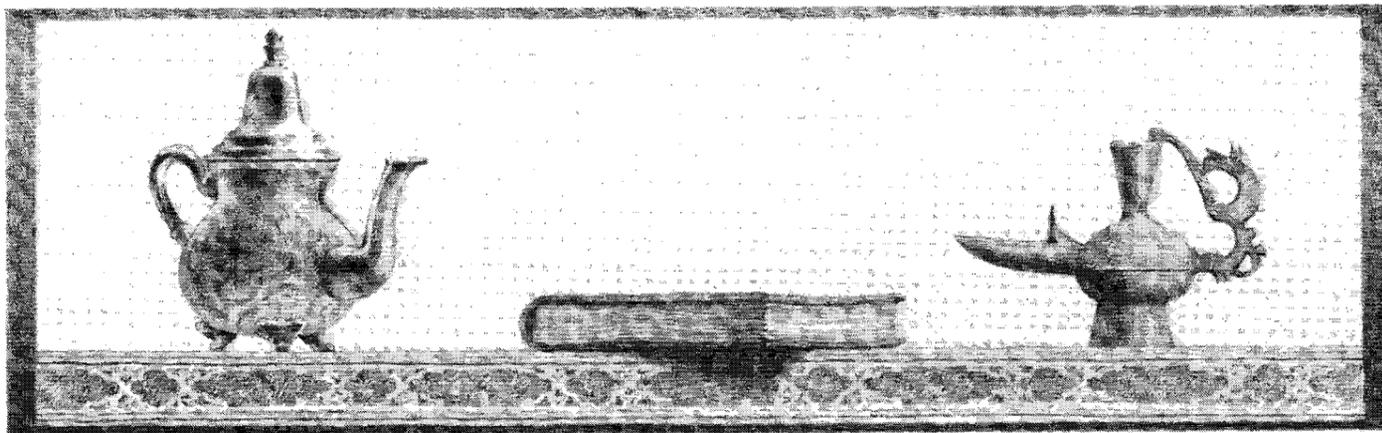
A partir de entonces, y hasta ahora, la producción de al-Yabri irá adquiriendo una dimensión y una difusión crecientes, trabadas, ininterrumpidas. Su obra escrita propiamente académica y científica, de indagación y reflexión, irá coherentemente acompañada de la de divulgación y opinión, colaborando de forma progresivamente más amplia e influyente en la prensa: la mención de sus artículos en medios tan significados, dentro del panorama global árabe de la comunicación actual, como el semanario *al-Yawm al-sabi* —publicado en París— o los diarios *Asharq Al-Awsat* y *al-Quds al-Arabi* —con sede central en Londres— nos parecen, al respecto, ejemplos suficientes y muy significativos. Se incrementará al máximo, asimismo, y resultará habitualmente no sólo destacada sino también decididamente protagonista, su participación en congresos, coloquios, simposios, y toda clase de reuniones análogas, no solamente de carácter y alcance académicos, sino amplia y genéricamente cultural e intelectual, de debate, también. Al-Yabri, en definitiva, acabará siendo una de las figuras más sobresalientes, influyentes y representativas (y también polémicas) del pensamiento árabe actual. El hecho de que sus libros —algunos de los cuales alcanzan varias ediciones en el plazo de pocos años— cuenten frecuentemente con doble o triple edición —habitualmente en Beirut y Casablanca— es buena prueba de la difusión y aceptación de su obra.

El vasto y ambicioso proyecto revisionista y actualizador que al-Yabri se propone cuaja y alcanza seguramente su cota más alta en la serie de tres gruesos volúmenes que, con el título genérico de *Crítica de la razón árabe*, aparecen entre 1984 y 1989. Se trata, en conjunto, de algo más de mil trescientas páginas dedicadas a exponer, sucesivamente, la formación («takwīn») de la razón árabe, la estructura («bunyat») de la razón árabe, estudiando analítica y críticamente los sistemas de conocimiento («nuzum al-ma 'rifa») en la cultura («al-taqāfa») árabe, y los delimitantes («muḥaddidāt») y revelaciones («taḥliyyāt») de la razón política árabe. Las líneas maestras de la personal y audaz aproximación de al-Yabri al inmenso patrimonio filosófico e intelectual árabe islámico están, indudablemente, en esta «obra mayor», y a ellas haremos después sucinta referencia. Otro libro suyo posterior, *El patrimonio tradicional y la modernidad (al-ḥadāṭa)*, 1991, las resume y reelabora en gran parte, situándolas específicamente en el agobiante debate «tradición-modernidad» («identidad-contemporaneidad», en otra de sus variantes de denominación y planteamiento) que tensa y marca de forma indeleble al mundo árabe contemporáneo, aunque algunas de sus más conspicuas manifestaciones puedan rastrearse y localizarse también en distintas épocas y situaciones anteriores de la antigua y compleja civilización árabe islámica. De este libro precisamente se incluye en el volumen que aquí presentamos la traducción de dos textos, que versan sobre algunos aspectos y características del pensamiento en al-Andalus,

y que son los originales de sendas conferencias pronunciadas por el autor en España, con motivo, respectivamente, de su participación en un congreso científico en Córdoba y en un curso de verano en Aguadulce (Almería), en 1987 y 1990.

Como el proyecto intelectual y cultural de al-Yabri es estructural y decididamente global y de rigurosa vocación integradora (lo que lo hace tan sugerente como complicado, y brinda además fácil flanco a la crítica, especialmente la alicorta o sectorial) se entiende bien que su libro *El discurso (al-ḥikm) árabe contemporáneo*, 1982, se propusiera ser un «trabajo preliminar» a la *Crítica de la razón árabe*. Esta primera aproximación importante por parte del autor al pensamiento árabe moderno, indisolublemente ligado al patrimonial tanto en presumibles aspectos positivos como negativos, se continuará con otras obras, como *Problemática (Iṣkāliyyāt) del pensamiento árabe contemporáneo*, 1989, y *Punto de vista. Hacia la reconstrucción (i 'ādat binā') de las cuestiones del pensamiento árabe contemporáneo*, 1992. El sólido andamiaje teórico que sostiene las argumentaciones de al-Yabri no es óbice en absoluto para que analice y debata también algunas de las más importantes cuestiones conflictivas, prácticas, cotidianas, que aquejan al mundo árabe actual, como la relación entre religión y estado, la democracia, el panarabismo («al-qawmiyya») y el estado regional («al-dawla al-qutriyya») —a la cual el autor considera fundamento de la posible unidad árabe—, los derechos humanos, la relación con Occidente, etc... Parte de esta temática, sin duda de tan necesario como arriesgado planteamiento y discusión aún en medio árabe, es también la que se plantea en sus últimos libros: *La democracia y los derechos humanos* y *La cuestión cultural*, ambos publicados en 1994.

La honda preocupación nacional presente siempre en al-Yabri se sigue poniendo de manifiesto en libros como *Las políticas educativas en el Magreb*, 1989, y *Marruecos contemporáneo. Particularismo e identidad... Modernismo y crecimiento*, 1988. Me voy a permitir hacer algunas breves indicaciones sobre este último, teniendo en cuenta la claridad y el rigor —tan característicos del autor— con que expone sus ideas y opciones personales, en el marco del planteamiento analítico-crítico que en él adopta, y el nulo eco —en la medida de mis escasos conocimientos en la materia— que ha tenido en la bibliografía española contemporánea que trata el tema marroquí, seguramente bastante más desarrollada durante estos últimos años en lo cuantitativo e indirecto que en lo cualitativo y directo, especialmente si los textos originales están escritos en lengua árabe. Al respecto, basta con remitir a las apretadas páginas en que el autor se refiere a la evolución de la «inteligencia» marroquí, a los errores cometidos por la sociología colonialista al estudiar el despertar de la consciencia arabística («'urūbī») en Marruecos, a la resistencia marroquí en su significado histórico, o su proyecto de visión de escritura de la historia del movimiento nacionalista («al-ḥarakat al-waṭaniyya») marroquí. En todo caso, resulta indiscutible que al-Yabri es uno de los representantes principales y más caracterizados del variado, rico y bilingüe pensamiento marroquí contemporáneo, que brinda otras figuras de relieve: Mohamed Aziz Lahbabi, el ya mencionado Laroui, Abdelkebir Khatibi, 'Abdal-Karim Gallāb, Muḥammad Znibar, Abdellatif Laābi, 'Abbās Ŷarrārī, Muḥammad Barrāda, Ali Oumlil, por mencionar unos cuantos nombres significativos, citados además en la forma más habitual y apropiada en cada caso. Dentro de la bibliografía del autor hay que mencionar, por último, el volumen compartido, de exposición y debate, que publicara el año 1990 con el pensador egipcio Ḥasan



FIUENCSLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

Ḥanafī, reconocido ideólogo a su vez de la tendencia que se viene conociendo con la etiqueta de «izquierda islámica», libro que, por más de un motivo, ha tenido una trayectoria bastante azarosa.

### Razón de ayer, crisis de hoy

En la cuidada y valiosa presentación de los textos traducidos que escriben Ahmed Mahfoud y Marc Geoffroy se precisan las que consideran aportaciones más destacadas y originales del autor, en su aproximación intracultural a la cuestión planteada. La extensión limitada de nuestro comentario nos obliga a recoger sólo algunas de sus apreciaciones, por ser especialmente sugerentes, aunque resulte evidentemente discutible y seguramente desproporcionado que lo tengan por «el iniciador de tres nuevas concepciones mayores, cuya influencia es determinante en el curso de la evolución del pensamiento árabe». Se trata de los tres puntos siguientes: a) el descubrimiento de los tres órdenes cognitivos que rigen el pensamiento árabe islámico; b) la tesis de la resurrección del pensamiento racional en al-Andalus, donde se habría producido, a través del averroísmo, una «ruptura», en sentido epistemológico, con las formas de pensamiento teórico usadas en el Oriente musulmán; c) la idea de que la evolución del pensamiento, en la historia del mundo árabe-musulmán, ha estado regida siempre por lo político y no por lo científico, como en Occidente, lo que explicaría por qué el racionalismo averroista no ha podido persistir en el mundo musulmán, al contrario de lo que ha ocurrido en Occidente, donde, al propagarse, jugó un papel determinante en el renacimiento cultural europeo.

Los tres órdenes cognitivos aludidos son los siguientes: la «indicación» («bayān»), la «iluminación» («ʿirfān») y la «demostración», («burhān»), que se desplegarán y confrontarán, para amalgamarse finalmente en el ejercicio de la razón árabe, y que sobrevivirán en esta amalgama hasta nuestros días. En relación con el segundo de los tres puntos mencionados, la característica más destacada de la escuela andalusí de pensamiento teórico sería, sin duda alguna, según al-Yabri, la crítica del razonamiento analógico, mecanismo fundamental de la «indicación». Esta crítica se expresa en las obras de Ibn Ḥazm y de al-Šaṭībī (en lo referente a la ciencia de la Ley), de Ibn

Maḡā' (en lo referente a la gramática), en el pensamiento teológico de Ibn Tūmart y en la filosofía de Averroes. Este «segundo momento» de la historia árabe-islámica constituye, por consiguiente, una superación («dépassement») histórica del primero, que fue el del descubrimiento de Aristóteles en el Oriente árabe islámico y que culminó con la obra de al-Fārābī y Avicena. Al haber sido suplantada la ciencia por lo político en su papel de motor de pensamiento, los sistemas intelectuales concebidos en el seno de la cultura árabe-islámica han sido elaborados siempre con el fin de legitimar los poderes o los movimientos de oposición; como soportes ideológicos de las aspiraciones de los componentes de la sociedad que detentaban el poder o, por el contrario, de los que estaban excluidos de él.

Como he dicho antes, la antología de textos que aquí nos sirve de punto de partida para esta presentación inicial de la extensísima obra de al-Yabri versa sólo, en realidad, sobre una parte tan reducida como selecta y sustancial de la misma, por lo cual no recoge ni alude a otros muchos de sus contenidos claves, no menos importantes. Recordemos, por ejemplo, al respecto, sus ideas básicas acerca de la relación particular que se establece en la cultura árabe entre lengua y pensamiento. Para al-Yabri, a pesar del enorme papel jugado por la lengua árabe en la formación del pensamiento árabe y en la dirección de sus mecanismos, no resulta su único elemento fundacional. La producción cultural árabe islámica se constituyó sobre tres regímenes cognitivos: uno lingüístico, de origen árabe, otro gnóstico («ḡunūṣī»), de origen persa, y un tercero racionalista, de origen griego. Refiriéndose a un aspecto concreto de la relación establecida entre dos de los lados de este triángulo, hace ya años que al-Yabri afirmaba «que los gramáticos árabes miraban la lógica («manṭiq») de Aristóteles como la gramática («naḥw») de la lengua griega, y la gramática árabe como la lógica de la lengua árabe».

Al-Yabri, indagador contumaz y riguroso en el patrimonio intelectual árabe clásico, es muy consciente de que esta indagación no puede quedar reducida a un simple ejercicio teórico, anacrónico y estático, amputado de los desafíos que imponen y de las soluciones que exigen las realidades sociales y políticas del mundo árabe, cada vez de forma más urgente y forzada. Entra de lleno, por consiguiente, en la discusión de estos problemas y en la defensa de las opciones que considera necesarias y fun-

damentadas. Sigue siendo un pensador comprometido, de clara vocación ética y sólida base realista, ambiciosa, pero nada utópica. Tal implicación política y social se ha ido incrementando y vertebrando a todo lo largo de su obra, y va adquiriendo una dimensión progresivamente más relevante e irrenunciable. El autor es lúcidamente consciente del tiempo crucial que viven estos pueblos: «lo que se pide ahora es la erección de un bloque histórico que se construya sobre el único interés («maslaḡa») objetivo que, en profundidad y desde lo profundo, mueve todas las corrientes que consi-guen que sus ecos se repitan entre las filas del pueblo; el interés objetivo que expresan los lemas de la libertad, de la democracia, de la justicia social, de los derechos de las minorías, y también de los derechos de la mayoría».

Al-Yabri sabe bien, y así lo confiesa sin alifafes, que la democracia occidental, por ejemplo, es algo en gran medida extraño a la cultura política y social árabe, pero está también radicalmente convencido de la absoluta necesidad de la sana democratización de estos países y sociedades, de los regímenes que los gobiernan. Esto no significa que postule una imitación ciega de las fórmulas euro-occidentales actuales, seguramente muy poco edificantes, a veces sencillamente intolerables en su aplicación concreta, frecuentemente inviables en otros ámbitos o despiadadamente traumáticas. Pero la búsqueda y el ejercicio de esa democratización («damqrāṭa») resulta absolutamente necesaria. Tal experiencia es la única que permitirá, además, la revisión a fondo de ideas y proyectos más globales y ambiciosos, fracasados sin remedio en formulaciones y aplicaciones inmediatamente anteriores y aún recientes —el panarabismo, por ejemplo, o la «unidad árabe»— por su utopía teórica, su práctica irrealista, y su comportamiento dog-

mático y contrario al principio de libertad y pluralismo ideológico y político.

No es de extrañar que el ambicioso y compacto ideario de al-Yabri, quizá demasiado extenso y, en algunos temas, excesivamente lineal y excluyente, tenga entusiastas seguidores y críticos severos: Yūrī Ṭarābīšī, Ṭayyib Ṭi zīnī y Ṭāḡā' ʿAbd al-Raḡmān son algunos de los más ilustres y significados dentro de los segundos. Ṭarābīšī, se ha mostrado particularmente insistente y detractor, despiadado y extremo, descalificador, con una acritud tal que sus datos, opiniones y argumentos quedan finalmente, en numerosos casos, devaluados o inhabilitados por sí mismos. Ṭāḡā' ʿAbd al-Raḡmān, también profesor de lógica y filosofía de la lengua en la misma universidad rabatí, considera a al-Yabri pensador más disyuntivo que dialéctico, y le acusa de caer en el fragmentarismo («al-taʿyīzī' iyya») en lugar de practicar la mirada integradora («al-naḡra al-takāmuliyya») que pretende.

Lo que ya resulta absolutamente indiscutible es que la obra del profesor Muḡammad ʿĀbid al-ʿYabirī constituye una de las aportaciones más sólidas y coherentes al pensamiento árabe islámico, tanto en lo que atañe a la historia de su patrimonio clásico como a su crítica circunstancia contemporánea. Queda también claro que el ideario crítico y revisionista de al-Yabri no está aún definitivamente establecido en todos los aspectos, y seguramente en estos mismos momentos pasa por una etapa crucial y especialmente significativa —no sólo de alcance personal, sino también en buena parte colectivo— de reajustes parciales y formulaciones definitivas. Y la época que vivimos todos, la que viven los árabes también, no es precisamente la más dispuesta a recibir mensajes como el de al-Yabri, tan cargado de crítica como de racionalidad. □

### RESUMEN

Se lamenta Martínez Montávez del escaso —por no decir nulo— conocimiento que se tiene en España del pensamiento árabe contemporáneo en general; y, por tanto, la obra ensayística del pensador marroquí de la que se preocupa no es,

desde luego, la excepción (se trata de un intelectual que escribe toda su obra en árabe y que con este libro publicado en París se estrena en el campo bibliográfico europeo). Para él este desafecto crónico y generalizado es absurdo e incomprensible.

Mohammed Abed al-Yabri

Introduction à la critique de la raison arabe

Traducción del árabe por Ahmed Mahfoud y Marc Geoffroy, Editions La Découverte-Institut du Monde Arabe, París, 1994. 172 páginas. 120 francos.

# La objetividad bajo sospecha

Por José Luis Pinillos

**José Luis Pinillos** (Bilbao, 1919) es catedrático emérito de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y pertenece al Colegio Libre de Eméritos. Es autor de Principios de Psicología, La mente humana y Psicopatología de la vida urbana.

Desde hace aproximadamente dos siglos, el mundo occidental ha venido funcionando con creciente eficacia bajo el signo de la objetividad científica. Realmente, sin un mínimo conocimiento imparcial y efectivo de las cosas, ni la ciencia moderna habría logrado controlar la naturaleza como lo ha hecho, ni la sociedad contemporánea se hallaría instalada hoy en el complejísimo nivel de organización en que se mueve. Los aeropuertos funcionan —perdón por la trivialidad del ejemplo—, entre otras razones, porque los controladores de vuelo disponen de una información exacta, y son objetivos en sus decisiones, es decir, no se dejan llevar por sus cambios de humor, sus fantasías o por otros factores subjetivos ajenos al problema del tráfico aéreo. En una palabra, la objetividad del conocimiento es la noción insignia de la ciencia moderna y, a la vez, norma de la civilización técnica. Si por algún motivo llegara a producirse el naufragio de este sistema de objetividades, las consecuencias serían catastróficas para el mundo actual.

Pues bien, justamente de ese naufragio se ocupa el volumen colectivo sobre *La objetividad y su contra*, que coordinan tres profesores de la Universidad de Kentucky, y en el que colaboran ocho investigadores más, todos ellos del ámbito de las ciencias sociales y la filosofía. Es una obra bastante imparcial que, aun cuando se hace cargo con todo rigor de los graves problemas que tiene planteados hoy la idea de objetividad, también pretende poner coto a la oleada de subjetivismo que, al amparo de esta situación, amenaza con alterar —quizá para bien— el orden intelectual de las ciencias sociales.

De momento, la noción de objetividad que habitualmente manejan estas ciencias continúa siendo en el fondo la misma que formularon Galileo y Descartes, o sea, la propia de una mecánica determinista que en algunos aspectos importantes no se ajusta a las circunstancias actuales. Los profundos cambios acontecidos en la física desde 1900 hacia posiciones abiertas a la relatividad del tiempo y del espacio, al indeterminismo, o a la espontaneidad de la materia llamada inerte no han calado aún lo suficiente en la práctica de las ciencias del hombre, pero constituyen, sin embargo, una de las causas mayores, por las que tanto la idea de objetividad como su uso se hallan sometidos desde hace tiempo a una crítica que está erosionando seriamente su imagen ante las nuevas generaciones. De algún modo, lo que en otro tiempo fue el supremo símbolo del conocimiento fiable, ha pasado ahora a estar bajo sospecha.

Para explicar el alcance del problema, los coordinadores del libro que estamos comentando han apelado a la historia reciente de lo que en la cultura anglosajona se conoce ya como «the question of objectivity». En realidad, la cuestión es más antigua de lo que parece; de hecho se originó en el siglo XVII, al hilo de la Revolución Científica. Básicamente consistió en excluir del ámbito de la mecánica todos aquellos principios ocultos, más o menos animistas, que se atribuían a los cuerpos físicos, pero escapaban a la observación y al control de la ciencia. La depuración llevó su tiempo —todavía Newton mantuvo secretas inclinaciones esotéricas—, pero a la postre la nueva física logró quedarse formalmente sólo con aquellas cualidades es-



JUAN RAMÓN ALONSO

paciales y temporales de la materia que eran susceptibles de observación y cálculo, y se hallaban inscritas en el curso de las causas. En otras palabras, la mecánica redujo su objeto al estudio de las cualidades primarias de los cuerpos, esto es, de aquellas cualidades objetivas públicamente observables como el tamaño, la forma o la masa, que existen por sí mismas, tanto si alguien las observa o las imagina, como si no. Extramuros de la objetividad física, formando un extraño mundo de figuraciones carentes de verdadera realidad, acamparon luego todas las cualidades llamadas secundarias —sensaciones, fantasías, sentimientos, proyectos, voliciones o juicios de valor—, a la espera de poder entrar algún día en la ciudad de la ciencia. Hay gente que todavía está en eso.

## Separación de dos mundos

Al final, Galileo y Descartes fueron a parar a lo mismo, o sea, a la separación de dos mundos que hasta entonces habían funcionado como uno solo en la vida corriente. Con razón, Michel Foucault hizo notar una vez que Don Quijote habría sido un personaje perfectamente cuerdo en el siglo XVI. En aquel tiempo, entre el sujeto y el objeto no se había abierto todavía el abismo metafísico que los separaría después; en los tiempos de Amadís de Gaula, la percepción de las cosas mezclaba con más facilidad que ahora —que ya es decir— lo físico y lo mental, lo dado por los sentidos y lo puesto por el deseo y la imaginación. La nueva física, sin embargo, adiestró a los investigadores a retener únicamente los caracteres primarios de los objetos, sin proyectar sobre ellos sentimientos o figuraciones que pudieran enturbiar su representación.

Este método dio excelentes resultados y, muy pronto, los espectaculares éxitos de la mecánica newtoniana hicieron de la nueva ciencia el paradigma del saber moderno. Hubo un momento en que nada menos que David Hume aspiró a convertirse en el Newton de la subjetividad, haciendo de la asociación de las ideas la ley de la gravitación universal de los fenómenos mentales. Medio siglo después, situado ya en el ámbito de los hechos objetivos, Augusto Comte reclamó para la futura sociología la condición de física social:

«Ahora que la mente humana ha fundado una física celeste, una física terrestre (mecánica y química) y una física orgánica (vegetal y animal), para completar el sistema de

las ciencias positivas sólo queda por fundar la física social».

Pocos años más tarde, en su influyente *Ciencia de la Lógica*, John Stuart Mill insistió en que el retraso de las ciencias morales sólo podría remediarse con los métodos de la ciencia física, debidamente extendidos y generalizados. Y a decir verdad, en ese espíritu fue como acabaron de configurarse las ciencias sociales nacidas de la Ilustración. Su empeño máximo consistió en participar del aura casi sagrada de la física para, de este modo, prestar objetividad y crédito a sus conocimientos. El siglo XIX había asumido tan a fondo este ideal que, en nombre de la «integridad intelectual» —la expresión es de Max Weber—, la ciencia fue recibida como la suprema visión racional del mundo, como el único sistema de conocimientos objetivos, no quiméricos, capaz de resolver los verdaderos problemas del ser humano. En aquel ambiente positivista, llegó a creerse que los hechos científicos eran objetivos al cien por cien, ciertos en todo tiempo y lugar. La vida humana desplazó así su centro de gravedad hacia el ideal de una ciencia universalmente válida («culture free») y, durante algún tiempo, todo pareció someterse a la regla de una objetividad científica, ante cuyas irrefutables evidencias toda mente sana tenía que rendirse sin condiciones.

Pero esa objetividad apabullante del «hecho científico» no duró mucho. Su presunta infalibilidad comenzó a hacer agua a mediados del XIX, porque para esas fechas la civilización industrial había alcanzado ya un grado de complejidad que no era posible expresar en un sólo lenguaje, por objetivo que fuese. A medida que el capitalismo industrial alteraba la faz de las grandes ciudades como París, el neoclasicismo iba revelándose incapaz de captar los rasgos de la nueva cultura urbana. Finalmente se produjo una crisis de la representación de lo real, a la que ni el arte, ni la literatura, ni la propia ciencia pudieron dar la espalda. Lo mismo que Lobatchevski, que Gauss o Bolyai habían roto con la unidad del lenguaje matemático del siglo XIX, hubo artistas, literatos, hombres de ciencia, filósofos y políticos que se negaron a seguir empleando un solo lenguaje para describir la realidad. Realmente, después de la Revolución de 1848, los planteamientos absolutistas fueron desbordados por la complejidad de la situación. A partir de aquel momento, la estrella de la objetividad comenzó a declinar.

La ciencia natural del siglo XIX había extremado las precauciones para evitar los sesgos subjetivos en el análisis de los hechos, pero ello no impidió, insistimos, que la revuelta contra la objetividad ilustrada se produjera en diversos frentes. Uno de los primeros que se abrió fue el del marxismo. No es que Marx, entendámoslo bien, se hubiera opuesto nunca a la objetividad en cuanto tal, pues como hijo de la Ilustración que era no podía hacerlo. A los científicos burgueses los marxistas no les criticaban porque fueran objetivos, sino por no serlo de verdad, por utilizar las reglas de la objetividad con mala conciencia, en provecho de sus intereses de clase. Gradualmente, estas objeciones «ad hominem» fueron reemplazando a las refutaciones de carácter técnico —cada vez más difíciles de orquestar frente a la potente ciencia occidental—, hasta que a la postre la conciencia de clase y la adscripción política pudieron más que la objetividad. Por primera vez, el hecho científico objetivo perdió pie ante el hecho político y social.

## Excesivo culto a la objetividad

Posteriormente, la Escuela de Frankfurt emplazó también sus baterías contra la ciencia burguesa, pero no tanto por la falta de objetividad, como había hecho el marxismo, sino por su excesivo culto a la objetividad sin más, al hecho objetivo en cuanto tal. Para esta escuela, la obsesión empirista por los hechos constituía en realidad un intento de legitimar indirectamente lo establecido, dando a entender que nada distinto de lo descrito objetivamente por las ciencias sociales era legítimo o posible. Como ha señalado Gellner, poner demasiado empeño en averiguar los hechos significaba para los frankfurtianos una pérdida de tiempo, cuando no un intento solapado de convertir en absoluto un estado de cosas contingente. De hecho, esta teoría constituyó el «leitmotiv» de la rebeldía estudiantil de los sesenta, y hay que decir que por virtud de sus críticas las ciencias sociales y las humanidades perdieron la aureola de objetividad de que se habían rodeado hasta entonces. En una palabra, la crítica frankfurtiana puso al descubierto la labor apologetica del «status quo», que habían practicado unas ciencias aparentemente asépticas. O lo que es igual, a la postre quedó claro que, por objetiva que fuese, la descripción científica de un hecho social jamás podría legitimarlo. Ciertamente, los frankfurtianos no dieron con la clave para determinar exactamente cuál era la sociedad que debía reemplazar a la que criticaban, pero sí lograron desenmascarar el doble juego de unas ciencias instaladas en el supuesto de que sus leyes empíricas definían la esencia de la sociedad.

Si se mira bien, esta crítica a la objetividad positivista abrió camino a una nueva idea de objetividad, en la que el tiempo y el punto de vista del sujeto —como ocurre en la física postclásica— tiene algo que decir. No andaba, pues, descaminado Ortega cuando en pleno auge del positivismo se atrevió a proclamar que no había realidad sin punto de vista. Lo cual fue como introducir ya en el núcleo mismo de la objetividad el espíritu burlón del pluralismo. Fundado en razones parecidas, Popper llegó a decir que no deberíamos sorprendernos al ver que en las ciencias sociales no hay casi nada parecido a la objetividad.

De otra parte, es menester recordar que en la segunda mitad del siglo XIX Baudelaire y, sobre todo, Nietzsche habían abierto otro frente crítico distinto del marxista, que encontraría en Freud uno de sus más firmes aliados. En efecto, después de *La interpre-*



Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

tación de los sueños resultó cada vez más difícil seguir creyendo en la supuesta capacidad del sujeto cartesiano para actuar racionalmente como una «subjetividad objetiva», libre de sesgos y prejuicios inconscientes. Más adelante, la entrada en escena del relativismo lingüístico, de la mano de antropólogos como Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf, añadió leña al fuego. Sin duda, éste fue otro de los acontecimientos intelectuales que ayudó a poner al descubierto la existencia de contextos sumergidos, generadores de significaciones tácitas ínsitas en los lenguajes, en los géneros, en las etnias, en las nacionalidades, en las disciplinas y, en definitiva, en las culturas. Naturalmente, esto significó el reconocimiento de que existían objetividades heterogéneas, distintas para cada cultura, como ya había anticipado Herder. Ya en la segunda mitad de este siglo, aunque situados en una línea similar de pensamiento, Michel Foucault, con su filosofía de la «episteme», y Thomas Kuhn, con su teoría de las revoluciones científicas, lograron acumular una impresionante cantidad de observaciones, que pusieron al descubierto los modos sutiles por los que las «prácticas discursivas» y las «matrices disciplinares» determinan el comportamiento supuestamente imparcial de los científicos y, a la vez, la supuesta objetividad de los conocimientos originados por los diferentes paradigmas.

### Noción convencional de objetividad

Por supuesto, no es posible dar cuenta de todas las sutiles críticas y contracríticas que a lo largo de este libro se manejan en torno a la noción convencional de objetividad, entendida como conocimiento imparcial y fiel de los caracteres de un objeto. Pero lo que sí conviene señalar es que muchas de las críticas que se han hecho a esta noción tienen mucho que ver con dos movimientos lingüísticos, el estructuralismo y el postestructuralismo, cuya influencia en el tono pluralista de la cultura actual ha sido profunda. Bajo su influencia, el proceso de significación entró en una dinámica de cambio, donde la relación del sujeto con el objeto perdió estabilidad al quedar inscrita en el juego intertextual de los significantes. En otras palabras, el deconstruccionismo de Jacques Derrida hizo prácticamente imposible la fijación de significaciones estables. Hasta entonces, la crítica literaria había admitido tácitamente que ciertos hechos, como las intenciones del autor o la localización sociocultural del texto, podían

ser utilizados como claves objetivas para una interpretación correcta. Frente a ese supuesto, el deconstruccionismo sostuvo abiertamente que tanto el propósito del autor, como su contexto sociocultural, no eran a última hora sino el resultado de interpretaciones, o lo que es igual, de «hechos» que en realidad no eran sino construcciones, y de los que cabía decir cualquier cosa excepto que fueran objetivos. Con ello, la fijación crítica de los textos se disolvió en literatura, y otra importante forma de objetividad hizo mutis por el foro.

En suma, este influente pensamiento deconstruccionista negó la existencia de un sujeto capaz de unificar el modo de conocer los objetos, afirmó que el significado de los signos procede de otros signos, no de las cosas mismas; sostuvo que la ciencia no es más que una subcultura incapaz de servir de fundamento racional a la cultura global y, como guinda del pastel, rechazó la existencia de todo significado literal o verdadero. Todo ello vino a parar en beneficio de la tesis de que la noción de una realidad objetiva, igual que la de otras nociones del mismo rango, no era de fiar. Realmente, si todo es un «texto», y si los significados de los textos pueden ser descodificados o deconstruidos aplicando un método, entonces la posibilidad de una objetividad irrevocable, firme, inmune a la crítica, no es más que una ilusión, o un fraude. Desde esta perspectiva, asumida e impulsada luego por la crítica postmoderna, la objetividad dejó de ser sospechosa, para ser condenada sin paliativos.

En los últimos quince o veinte años, el deconstruccionismo se ha convertido en uno de los métodos favoritos de un postmodernismo a lo Lyotard —existen otros—, cuya misión principal consiste en desestabilizar cualquier sistema. Más moderado que su colega francés, David C. Hoy, autor de uno de los más interesantes capítulos de esta obra sobre la objetividad, piensa que aunque el postmodernismo apuesta por una objetividad local, distinta para cada cultura («culture bounded»), en contra del universalismo abstracto de la Ilustración, ello no implica el rechazo de la tolerancia. Nosotros, sostiene Hoy, aceptamos el significado de lo otro, no por la vía de superarlo en la síntesis suprema de un consenso universal, sino en el pluralismo de una diversidad tolerante.

Es obvio que los temas que se abordan en este volumen sobre la objetividad y su «otro» desbordan con mucho los límites de estas páginas. Los problemas de la objetividad en la historia y en la geografía, la cuestión de los géneros y de las llamadas teorías objetivas sobre las razas de color, o la crítica

al fundacionalismo como presunto garante de la objetividad científica son algunos de los muchos asuntos que, por desgracia, no es posible analizar aquí. Bonnie G. Smith, valga el ejemplo, dedica un ensayo muy sugerente al influjo del sexo del historiador en la objetividad de sus relatos. Cuenta la autora cómo Leopoldo von Ranke, que frente a las fantasías de un Walter Scott defendió la tesis de que la misión de la historia era relatar los hechos tal como habían sido —«wie es gewesen»—, reconoció también sus preferencias por cierto tipo de datos, entre los que se encontraban bellas princesas que cantan.

Mucho habría que decir también de otros estudios, como el que, a propósito de Henri Lefebvre, discute el carácter objetivo de la representación en Geografía. Nos gustaría también poder comentar las muchas observaciones que se hacen sobre la propia noción de objetividad, tan difícil de definir. Por desgracia, no hay espacio para tanto. Si acaso, habría que subrayar la importancia que tuvo en todo este asunto un hecho aparentemente tan ajeno a la ciencia como la descolonización. Después de la II Guerra Mundial se produjo, como es sabido, el desmontaje del modelo colonial europeo. El hecho acarrió al instante el rechazo por parte de los «nativos» de la objetividad económica que hasta entonces habían esgrimido las grandes potencias, como un talismán con el que cerrar los tratados comerciales. Al independizarse, las antiguas colonias decidieron que su objetividad no era la misma que la europea, y ahí se acabó la historia. Muy pronto, animados por el éxito, otros grupos que tampoco se identificaban con su imagen objetiva al uso —mujeres, etnias, razas de color y un complicado etcétera— se alistaron en la guerrilla contra la objetividad reinante. A ello habría que sumar los efectos debidos a la eliminación, por parte de la sociedad de masas, de la frontera que hasta entonces se había interpuesto entre la alta cultura y la cultura popular. Desafortunadamente, no hay lugar para tanto.

En cualquier caso, parece claro que ha sido en el clima antitotalitario de la postguerra donde se ha generado el variopinto pluralismo que tanto preocupa, y no sin razón, a los autores de *La objetividad y su contra*.

Les preocupa, por lo pronto, el hecho de que en las ciencias humanas la objetividad científica tenga que habérselas con un objeto que es a la vez sujeto, y cuyo comportamiento presenta una tornasolada policromía de significaciones que fluyen sin parar. Les inquieta también la circunstancia de que el observador de ese comportamiento resulte ser él mismo un hombre de carne y hueso, con pasiones, prejuicios, sesgos, estados de ánimo y otros espíritus malignos que ningún psicoanálisis es capaz de exorcizar. Y les intranquiliza aún más la circunstancia de que si todo es un texto, y casi todo un continuo fluir de significaciones, la noción de una realidad objetiva no sólo resulta sospechosa, sino imposible. En este supuesto, la significación lo es todo, y la hermenéutica, su gran «manitú».

Ciertamente, la conclusión de que toda objetividad es una construcción mediada por el discurso de cada cultura induce al escepticismo, a la irreverencia sistemática, o a la disolución de los hitos de la certeza. En todo caso le deja a uno con la embarazosa presunción de que nuestro flamante mundo técnico está fundado en la carencia de fundamento. A última hora, lo que ocurre es que el equipo de los once profesores que han escrito *La objetividad y su contra* ha salido a un campo de juego donde, en realidad, no hay ningún árbitro titulado capaz de pitar el final del encuentro. Esa es la situación «objetiva», si se me permite expresarme así. Pero el problema es tan grave que, por infundadas o fraudulentas que puedan ser las formas de objetividad que manejamos, no habrá más remedio que ponerse a buscar alguna alternativa razonable. A ello invita, y algo ayuda, la lectura de este inquietante y, a la vez, alentador libro sobre la objetividad. □

### RESUMEN

*El mundo viene funcionando desde hace dos siglos, comenta José Luis Pinillos, bajo el signo de la objetividad científica. Pero ¿qué pasaría si este sistema de objetividades naufragara? A esto responde el libro escogido por*

*Pinillos, una obra colectiva que, por un lado, expone los graves problemas que se le plantean hoy a la idea de objetividad y, por otro lado, intenta poner coto a la oleada de subjetivismo que amenaza con alterar el orden intelectual.*

W. Natter, Th. R. Schatzki y J. P. Jones III (eds.)

*Objectivity and Its Other*

The Guilford Press, Nueva York, 1995. 214 páginas. 19 dólares. ISBN 0-89862-545-9.

# Africa y España en la música cubana

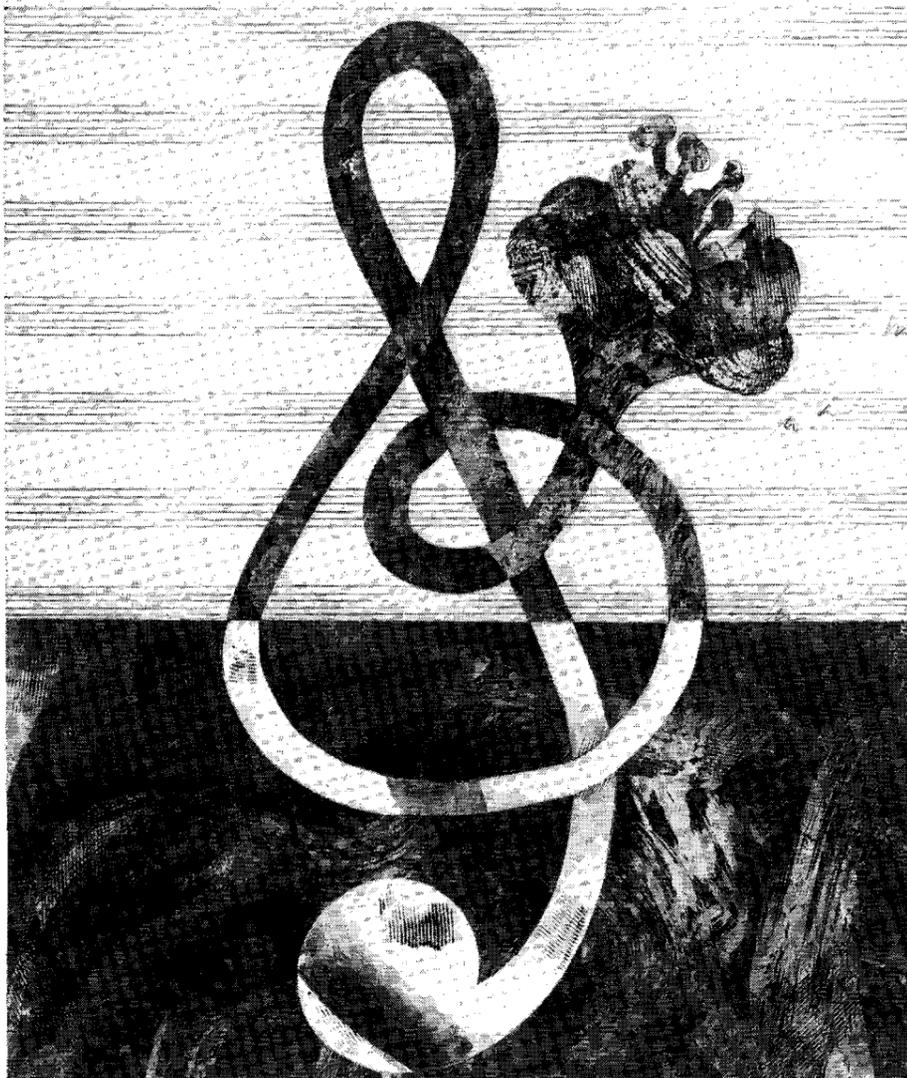
Por Ramón Barce

**Ramón Barce** (Madrid, 1928) es compositor y autor de un centenar de obras con un nuevo sistema de organización musical, el «sistema de niveles», y con diversas manifestaciones de la «música abierta». Su obra más reciente es *Tres quintetos sobre ritmos autónomos* y en 1985 apareció su libro *Fronteras de la música*. Es Premio de la Comunidad de Madrid 1991.

El pianista y musicólogo cubano Cecilio Tiele ha realizado una minuciosa investigación sobre la vida y la obra de Nicolás Ruiz Espadero (1832-1890), español nacido en Cuba y a juicio del autor, el compositor cubano más importante del siglo XIX. La interesante figura de Espadero, hoy olvidada, merece, sin duda, el esfuerzo realizado. Pero la investigación se ha encontrado con problemas previos de ubicación y de caracterización que han llevado a Cecilio Tiele a replantearse cuestiones mucho más amplias y decisivas para una formulación correcta de la cultura cubana en general como resultado de las dos grandes corrientes que confluyeron en la isla: la española de los conquistadores (y posteriormente de los inmigrantes) y la africana de los esclavos.

El problema de qué sea lo nacionalista (o, mejor, lo nacional) en una música, en una cultura, en la vida y en el quehacer de un pueblo, es uno de los más espinosos, controvertidos y expuestos a sacarse de quicio a causa de los supuestos patrióticos, raciales, políticos, sentimentales e intelectuales sobre los que se basa; supuestos muchas veces equívocos, partidistas, viscerales. Cuba es, entre todas las naciones americanas, quizá la más densa en contenidos «nacionales», habiendo asimilado ya por entero todos los flujos migratorios y sus etnias correspondientes (lo que en muchos otros países sigue siendo un grave obstáculo para que cristalice la «nación» como tal). Precisamente por ello, la intelectualidad cubana, al menos ya desde la segunda década del siglo XX, ha tratado de precisar en qué consiste esa síntesis, y cómo tales componentes han contribuido a crear una unidad psicológica y cultural y una conciencia nacional muy profunda, refinada y omnipresente. El libro de Tiele contribuye en gran medida a iluminar estas cuestiones.

Sentimientos muy naturales contra la dominación española crearon, años después de la independencia cubana, una tendencia a considerar la aportación africana como «más definitiva» de la nacionalidad que la hispana. La formidable labor investigadora de Fernando Ortiz, la autoridad de Alejo Carpentier, la obra creadora de Amadeo Roldán y de Alejandro García Caturla, la explosiva difusión de la música popular cubana (con sus instrumentos de percusión, que han pasado a formar parte de las orquestas sinfónicas del mundo entero) y otros factores concomitantes (incluso la poesía de Nicolás Guillén), todo ello contribuyó a crear la imagen de lo «afrocubano» como contraposición nacionalista a lo «hispanico» y también a otras formas de importación europea. Esta corriente antieuropea ha aparecido igualmente en grupos



EMMA FERNÁNDEZ

intelectuales de otros países americanos como rasgo de independencia cultural y de auto-identificación; recurriendo, para los aspectos considerados positivos de esa auto-identificación, a sustratos indígenas.

El sujeto agente de esa teoría ha sido siempre el «criollo» (es decir, el español nacido en América) y nunca el negro y mucho menos el indio, etnia que en la mayoría de los casos está reducida a situaciones socio-económicas marginales y sin influencia alguna política ni cultural. Se ha aceptado como bueno que el criollo era la persona adecuada para reivindicar esa independencia respecto de lo europeo. Se ha aceptado también que el negro representaba la cultura africana, sin pararse a pensar que tal rasgo sólo sería adscribible a una primera generación venida de África como esclavos, pero nunca a sus descendientes, cada vez más alejados del origen y creadores graduales a su vez de una nueva cultura. Estos negros «también son criollos»; es decir, que, como los descendientes de españoles, no representan ya a su cultura originaria, sino que han ido produciendo otra específica. Este nos parece uno de los aciertos del libro de Tiele: el hacer notar la existencia de esa población —que llama «euronegra»— y su importante papel

en la formación de una cultura autóctona. No se trata, pues —como pensaba Carpentier—, del contacto directo de una etnia española con otra africana: eso realmente no tuvo lugar nunca, pues cuando los grandes contingentes de esclavos africanos llegaron a la isla, existía ya una población criolla, además del continuo flujo de españoles. Después se originan dos poblaciones ya autóctonas, los criollos (blancos o eurocubanos) y los euronegros (o afrocubanos), ninguna de las cuales puede ser calificada de genuinamente nacional en detrimento o con exclusión de la otra. Sólo así, teniendo en cuenta la legitimidad nacional (o nacionalista) de ambas etnias y de sus culturas respectivas, puede entenderse la historia de la música cubana.

## Espadero y Martí

Espadero, según Cecilio Tiele, sería un representante puntero de la música nacional cubana del lado criollo. Obras como el *Canto del esclavo* (1856), originariamente para voz y piano, y que en versión orquestal dirigió Monasterio en Madrid en 1872, o el *Canto del guajiro* (editada en París en 1874), o la *Gran fantasía cubana* (1858), le señalan como un precursor del nacionalismo musical en el área hispana, con anterioridad a Sarasate, Albéniz, Pedrell o Granados. Los partidarios del afrocubanismo como único rasgo distintivo cubano, como Carpentier, niegan erróneamente a Espadero tal carácter. La reivindicación del papel del negro en la cultura cubana efectuada por Fernando Ortiz, aunque positiva, originó el malentendido de suponer que sólo lo afrocubano era lo determinante como elemento «nacional»: «Hizo hincapié en la criollez amulatada y en lo afronegro, creando, sin que se lo propu-

siera, la subestimación de lo euronegro y lo europeo».

Notemos que ese fenómeno de valoración del arte negro a partir de la segunda década del siglo XX no tiene lugar sólo en Cuba —donde se origina a partir de problemas étnicos intrínsecos—, sino también en Europa, donde se trata, claro es, de una aportación «exótica», aunque debe valorarse positivamente porque no significa solamente exotismo, sino un intento saludable de corregir mínimamente el eurocentrismo de la historia de la música: una tímida llamada a la universalidad frente a la actitud exclusivista de Riemann o Schenker. La desgraciada muerte de José Martí nos impide saber lo que hubiera escrito a este respecto en 1920; pero en los últimos años de su vida, su pensamiento sobre la música cubana fue tan certero como en otros campos. Comprendió perfectamente la calidad cubana de la música de Espadero, es decir, la legitimidad de la raíz hispano-criolla de la cultura nacional. Tiele ha exhumado textos de Martí contundentes en este sentido. Para Martí, Espadero «puso en música el gemido del alma cubana, y a veces su majestad y su tormenta» (1893). La ulterior valoración de lo afrocubano por Fernando Ortiz habría de completar la imagen del doble origen de la cultura cubana: lo hispanico y criollo de un lado; lo africano y euronegro, de otro.

## Contradanzas y habaneras

En otro sentido más popularista que Espadero, compositores como Saumell y Cervantes crearon un modelo de música de salón que cristaliza en sus encantadoras «contradanzas». Tales contradanzas sintetizan ya el elemento criollo con algunos rasgos procedentes de los negros, pero —puntualiza Tiele— «de los euronegros»; es decir, de una población (en la que hubo grandes artistas cultos, como White o Brindis de Salas) cuya relación con los originarios cantos africanos era ya muy débil. El desconocimiento de la existencia y de la importancia de esa población llevó a Sánchez de Fuentes (1928) a ignorar esa influencia negra en la contradanza, ya que en ella, efectivamente, no aparecen elementos yorubas o lucumís, es decir, africanos puros. Pero es que el fenómeno no era ya de síntesis africana y española, sino de síntesis entre criollos blancos y criollos negros, que estaban «muchísimo más cerca de la cultura occidental europea que de la africana... La cultura cubana se nutrió, y se nutre, de ambos componentes. Esa es nuestra originalidad y no debemos, no podemos renunciar a ella». Es ésta una de las conclusiones del importante libro de Tiele, que da un gran paso adelante para el entendimiento del sentido de la tradición hispanica en Cuba.

Y, ya fuera de nuestro tema, debe recordarse que de la contradanza habanera cantada procede la «habanera» que, primero cantada y luego instrumental, arraigó en España y en toda Europa (como símbolo tónico de lo español); que, nuevamente cantada, se introdujo en nuestra zarzuela, desde Arrieta y Caballero a Bretón y Chueca; y que, finalmente, arribó a las costas mediterráneas donde se mantiene todavía. □

## En el próximo número

Artículos de *Ismael Fernández de la Cuesta*, *Román Gubern*, *Guillermo Carnero*, *José-Carlos Mainer*, *Antonio López Gómez*, *Juan Ortín* y *Rafael Argullol*.

## RESUMEN

Barce se detiene en la música cubana, balanceada históricamente por la fuerza venida de África y la heredada de una España a la que se le quebró el espejo en donde se miraba cuando perdió «la joya de la Corona». A par-

tir de la figura del compositor cubano más importante del siglo XIX, Nicolás Ruiz Espadero, el autor del libro comentado explica la historia de la música cubana como fruto de esa mezcla racial y cultural.

Cecilio Tiele Ferrer

*Espadero, lo hispanico musical en Cuba*

Ed. del autor, Barcelona, 1994. 254 páginas. 1.500 pesetas.

## Un eslabón en la historia del gregoriano

Por Ismael Fernández de la Cuesta

**Ismael Fernández de la Cuesta** (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, ha sido presidente de la Sociedad Española de Musicología. Fue prior y director del Coro de Monjes del Monasterio de Silos, habiendo obtenido, entre otros galardones, el Premio Charles Cros (París, 1972) y el Disco de Oro del Japón (Tokyo, 1974) por algunas de sus grabaciones discográficas.

La publicación de este libro pone de manifiesto la confusión reinante sobre el canto gregoriano, no sólo entre el público de cultura media, sino entre muchos intelectuales, tras el éxito comercial del CD *Chant*, cuya grabación realicé en 1973 cuando todavía era director del Coro de Monjes de Santo Domingo de Silos. Con notable diligencia, la señora Katharine Le Mée ha escrito un encantador libro sobre el canto gregoriano, titulado *Chant*, y sus editores han vendido cientos de miles de ejemplares aprovechando el tirón del CD que lleva su nombre en Estados Unidos. Encantador, digo, si con un cúmulo de frases verdaderas no hubiera conseguido algo aparentemente contradictorio: pintar la imagen unidimensional y monocroma, irreal, de un canto de infinitos relieves y colores que tiene casi dos milenios de historia. En el extremo opuesto, el profesor Max Lütolf, de la Universidad de Zürich, ha publicado, simultáneamente, un concienzudo estudio sobre una fuente importante del canto gregoriano: el código Gressly, llamado también Misal de Basilea, perteneciente a la segunda mitad del siglo XI (Max Lütolf: *Die Gesänge im Codex Gressly*, en Anton Hänggi-Pascal Ladner, *Missale Basileense*, Friburgo, Universitätsverlag, Suiza, 1994). Max Lütolf es bien conocido por sus muchos y magníficos trabajos de musicología medieval y muy especialmente por su edición de los índices a los 55 volúmenes de los *Analecta Monodica Medii Aevi*, de Dreves y Blume. El manuscrito que estudia contiene los cantos de la Misa, desde Adviento

hasta Pascua, y está clasificado entre los primitivos de notación sangalense, llamada así por ser el famoso monasterio de San Galo donde se han conservado los mejores y más antiguos ejemplares de esta grafía musical.

Es muy poco lo que se puede hacer para que la sociedad actual centre la imagen del gregoriano en su verdadero lugar, una vez que lo hemos encorsetado en un disco y lo hemos abandonado a su suerte, esto es, lo hemos puesto en las voraces fauces del mercado y de los «mass media». La desnaturalización no es un síndrome propio de este canto, antes bien es un fenómeno universal que afecta al resto de las creaciones musicales. Cuando enclostramos la música en un soporte fonográfico, la hacemos objeto estable y duradero, como el de las artes plásticas, pese a que su objeto, el sonido, es efímero y huidizo. Y si el objeto de toda música es inestable e inaprehensible, ¿cuánto más lo será el del canto gregoriano, del que nos llega una larga historia de casi dos milenios, llena de accidentes, decadencias y reformas, en constante búsqueda de un prototipo que jamás existió! Sin embargo, al final de este II milenio de nuestra Era, el mundo parece haber encontrado «el gregoriano» en una de mis grabaciones de 1973.

### Un canto milenario

Para la autora del libro *Chant*, en cambio, todo está muy claro: no existen problemas históricos, técnicos, que impidan una definición unívoca de este canto milenario. En realidad, el último fenómeno comercial permite, según ella, que el hombre actual descubra sus raíces en el medioevo monástico, y se beneficie de su inmensa riqueza espiritual, que tanta falta le hace. El breve recorrido por la historia de este complejo canto latino, su conexión con la liturgia, con el arte románico, no hacen sino confirmar las excelencias de su audición. La señora Le Mée escribe, pues, su libro sumergida de lleno en la atmósfera sonora del CD *Chant*, de sus neumas, de su quironomía, de donde surgen prodigiosos efectos. Y, leído el libro, quien ha producido esta atmósfera sonora



MARISOL CALÉS

del disco en la iglesia donde se hizo la grabación siente el deseo de pedir amablemente a la doctora de Englewood que le diga cómo ha descubierto en el canto gregoriano tantos efectos, tantas virtualidades. Los estudiosos del mismo apenas hemos podido levantar el velo de las viejas notaciones, y nos hemos perdido infinitas veces en el laberinto de las mil y una versiones y otras tantas reformas ocurridas a lo largo de los siglos. Ahora bien, la profesora de Nueva Jersey tiene una razón muy poderosa, que ni los autores del disco ni los insignes maestros reunidos en Madrid los días 21-24 de marzo de 1995, para celebrar el Congreso Internacional de Canto Gregoriano y conmemorar el XIV Centenario del Concilio de San Gregorio Magno, apenas hemos podido columbrar.

Desde el momento en que la ejecución de una determinada obra musical se lleva a un disco, el músico, y también los musicólogos e investigadores que han intervenido en él, ceden a la sociedad y a la

gigantesca maquinaria del marketing el secular dominio que han tenido sobre su uso. ¿Con qué medios humanos, o más aún, con qué derecho pretenderemos recoger lo que nosotros mismos hemos desparramado? En estas circunstancias comprendo muy bien al gran Celibidache, que jamás quería encerrar la música de su orquesta dentro del recinto de una grabación sonora. Puestas así las cosas, sobre el gregoriano pueden darse todas las explicaciones posibles. Cualquiera que haya escuchado el CD *Chant* dará con todo derecho su peculiar visión sobre los cantos, la liturgia, los monjes, el director. Buscará y hallará, como la señora Le Mée, razones secretas o públicas, históricas, psicológicas, religiosas, sociales, para justificar hechos que no tienen causa próxima o remota visible. Pero quien no podrá dar una explicación más convincente que los demás sobre estos hechos es el responsable de la ejecución de la música, a no ser



### En este número

#### Artículos de

<i>I. Fernández de la Cuesta</i>	1-2	<i>Antonio López Gómez</i>	8-9
<i>Román Gubern</i>	3	<i>Juan Ortín</i>	10-11
<i>Guillermo Carnero</i>	4-5	<i>Rafael Argullol</i>	12
<i>José-Carlos Mainer</i>	6-7		

SUMARIO en página 2



## Un eslabón en la historia del gregoriano

que se circunscribe a los límites exactos de tiempo y lugar donde tal ejecución se ha llevado a cabo.

Así, pues, la única opción que queda a quienes nos dedicamos a estudiar musicológicamente el canto gregoriano e intentamos además realizar versiones artísticas del mismo es ofrecer a la sociedad la imagen fidedigna de esta música universal, que es mucho más que monástica. Reconozco que no es tarea fácil. De hecho, también los musicólogos tenemos sobre ella enfoques diferentes.

Algunos reformadores del gregoriano en el siglo XIX tenían como propósito reconstruirlo según una supuesta primitiva forma. Esta no era otra, según ellos, que la que había sido sancionada por la más antigua tradición de Roma y de allí había pasado al imperio carolingio. Testimonios de esta antigua tradición eran los códices venerables de los siglos IX al XII, conservados en las bibliotecas europeas. En contra de esta postura estaba la de quienes defendían la larga tradición del gre-

goriano y su naturaleza de canto siempre vivo y acomodado a los tiempos. Una tercera vía de compromiso era la mantenida por el iniciador del movimiento gregoriano en el siglo XIX, el monje benedictino de Solesmes Dom Joseph Pothier, por más que dentro de su propio monasterio hubiera acérrimos defensores de la primera opción. En el prólogo de la edición vaticana del *Graduale Romanum* de 1909, Dom Pothier, a quien el Papa había encomendado la reforma del gregoriano, declara que la edición de los cantos de la misa no se había hecho con criterio arqueológico, sino práctico, incorporando versiones de gran musicalidad, dadas por modernas, pero de honda raigambre en la Iglesia universal.

### El canto de los ángeles

En estas encontradas opiniones, que aún perduran, subyace la cuestión de fondo que el propio creador de la semiología gregoriana, Dom Eugenio Cardine, se hacía poco antes de morir: «¿Qué es realmente el canto gregoriano?». El monje de Solesmes nos abandonó en 1983, a edad muy avanzada, con la esperanza de encontrar la respuesta en el más allá, pues el gregoriano, según se decía, era el canto de los ángeles y bienaventurados en el cielo.

De tejas abajo, ésta, como muchas otras incógnitas de la historia y de la vida humana, tiene una respuesta múltiple. El gregoriano es un canto dilatadamente diacrónico, nacido, desarrollado y practicado en la liturgia cristiana latina. Al principio del cristianismo romano era una mera salmodia recitada según unos simplísimos esquemas de entonación. En el curso de los años, los salmistas introdujeron ornamentaciones en los diversos tipos de recitación (directa, responsorial y antifónica) hasta que determinados textos bíblicos quedaron aislados y convertidos en cantos autónomos. El crecimiento vegetativo del canto litúrgico se interrumpió, a fines del siglo VI, por la reforma atribuida a San Gregorio Magno. En este momento el canto litúrgico estaba bien definido. Quedaban en él vestigios de la primitiva recitación simple, cantos con pequeñas oscilaciones melódicas y piezas muy ornamentadas. A pesar de tan pode-

rosa acción de reforma, este canto no llegó a fosilizarse. Su repertorio quedó vivo, expuesto a la acción de los cantores y a las intermitentes intervenciones de los eclesiásticos en la búsqueda de una supuesta forma más auténtica. Así hasta el siglo XX. La historia del gregoriano, se puede decir, es la historia de sus constantes reformas y de una infructuosa búsqueda de su autenticidad. La conclusión a que podemos llegar, al fin, es que en el ondulado flujo y reflujo de tan larga historia el gregoriano ha sufrido innumerables peripecias de las que ha salido siempre renovado.

Desde esta perspectiva, la respuesta a la antedicha cuestión es muy sencilla. Cualquier momento histórico del proceso vital de este rico repertorio es auténtico. Auténtico fue el canto de la primitiva salmodia, auténtico fue el que, de manera más o menos oscura, reproducen los códices de los siglos IX-XII, el de la edición medicea de 1614 preconizada por Palestrina, el de Ratisbona de 1871, el de las ediciones vaticanas de 1908 y 1912 y el de las múltiples de Solesmes de este mismo siglo, todos tan distintos. El eclesiástico, el músico, el historiador podrá sentir más cercano aquel que se practicó en un determinado momento de su larga andadura. Podrá preferir el misterio de las bellas evoluciones que dibujan los neumas sin línea de los siglos medievales, o parecerle más propio el estatismo sonoro de la notación plana que exhibe la edición de 1614, o la de Federico Pustet de 1871, para interpretar las obras maestras de la polifonía clásica. También le será lícito, por qué no, acomodar a la *Hebdomada Sancta* de Tomás Luis de Victoria el canto gregoriano moderno, tal como hice para mi

álbum de Hispavox-Erato de 1970, si no se pretende con ello arqueología, sino acercarse con dignidad a la música religiosa al hombre de hoy.

He aquí, pues, la precaución fundamental con la que hemos de leer un libro o escuchar un disco de canto gregoriano. Si leemos el *Manuale di Canto Gregoriano* (Milán, Eima, 1991), de Fulvio Rampi y Massimo Lattanzi, o cualquiera de los trabajos publicados por la revista de la Asociación Internacional de Estudios Gregorianos, *Studi Gregoriani*, tendremos que ver con un repertorio muy preciso de música práctica, para uso de los cantores de hoy, que intenta restablecer los elementos musicales tomados de algunos manuscritos antiguos, como el códice Gressly que estudia el profesor Lütolf, usando el método semiológico de Dom Cardine. Mas si nos acercamos al conjunto de monografías recogidas y ordenadas por David Hiley, *Western Plainchant: A Handbook* (Oxford, Clarendon Press, 1993, 736 págs.), nos sorprenderá la complejidad de un repertorio riquísimo cuyas posibilidades de realización son casi infinitas.

Sería un error leer el libro de la señora Le Mée para enterarse de la naturaleza diacrónica del canto gregoriano, porque la descripción que hace de él es parcial y sesgada. Pero quien busque comprender la resonancia que en algunos medios más o menos cultos de la sociedad estadounidense ha producido el CD *Chant*, su lectura puede ser ilustrativa. Dentro de muchos años el testimonio de este libro será quizá un dato, bastante poco significativo por cierto, que alguien querrá ver como un eslabón más de la larga historia del canto gregoriano en este final de milenio. □

### Qué es

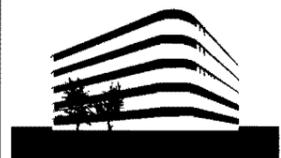
## SABERLeer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

## SABERLeer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

Ismael Fernández de la Cuesta comenta un libro sobre el canto gregoriano que da una imagen unidimensional y monocroma de un canto de infinitos relieves y colores que tiene casi dos mil años de historia; un libro, supone,

que se publicó en Estados Unidos a la sombra del multitudinario éxito logrado por el gregoriano en ámbitos de música extrarreligiosos. Pero la ocasión le permite hacer un seguimiento histórico de esta modalidad de música religiosa.

Katharine Le Mée

*El canto gregoriano. Su historia y sus misterios*

Temas de Hoy, Madrid, 1995. 205 páginas. 1.750 pesetas. ISBN: 84-7880-943-5.

## SUMARIO

	Págs.
«Un eslabón en la historia del gregoriano», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>El canto gregoriano. Su historia y sus misterios</i> , de Katharine Le Mée	1-2
«El triunfo del simulacro», por Román Gubern, sobre <i>Le crime parfait</i> , de Jean Baudrillard	3
«La sinfonía de los juguetes», por Guillermo Carnero, sobre <i>Ludus. Juego, sport, cinema nell'avanguardia spagnola</i> , de Gabriele Morelli (coord.)	4-5
«El visitante sospechoso», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Visitas literarias de España (1925-1928)</i> , de Ernesto Giménez Caballero	6-7
«La Albufera de Valencia, un paisaje extraordinario», por Antonio López Gómez, sobre <i>L'Albufera de València</i> , de Vicenç M. Rosselló i Verger	8-9
«Aspectos éticos de la actividad científica», por Juan Ortín, sobre <i>Scientific Integrity. An Introductory Text with Cases</i> , de Francis L. Macrina (ed.)	10-11
«Dios como cultura humana», por Rafael Argullol, sobre <i>Una historia de Dios</i> , de Karen Armstrong	12

# El triunfo del simulacro

Por Román Gubern

**Román Gubern** (Barcelona, 1934) es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona y ha sido profesor en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena) y en la Universidad de California del Sur (Los Angeles). Ha sido también director del Instituto Cervantes en Roma.

Después de la aparición del crucial ensayo de Guy Debord *La société du spectacle* (1967), que arrojó un haz de luz reveladora sobre las perversidades intrínsecas de la sociedad de consumo contemporánea, la sociología crítica ha tenido serias dificultades para prolongar esta línea de pensamiento radical sin banalizarla, sobre todo en el marco de la reflexión postmoderna que ha irrumpido desde hace por lo menos diez años en el campo de las ciencias sociales y en el ámbito de los estudios de comunicación. Tal vez quien mejor ha ilustrado las paradojas del combate intelectual para prolongar, contra corriente, algunos de los supuestos que planteó Debord hace más de veinte años ha sido Jean Baudrillard.

La trayectoria del pensamiento de Jean Baudrillard es, además de hartamente polémica, una de las más originales en el panorama europeo de los últimos veinticinco años. Partiendo desde el emblemático año 1968, con su libro *Le système des objets*, de la influencia de una economía política de coloración marxiana, de una sensibilidad cultural de impregnación libertaria y de una contaminación significativa de los saberes de la semiótica, ha acabado por desembocar, tras el discurso central de *Simulacres et simulation* (1981), en una valoración del mundo como pura simulación e ilusión y, desde ahí, en una especie de neonehnilismo crítico, del que extrae toda su fuerza y toda su originalidad. Su opción teórica ha resultado hartamente controvertida y no ha faltado quien escribiera que su provocador libro elocuentemente titulado *La Guerre du Golfe n'a pas eu lieu* (1991) constituía una justificación de la irresponsabilidad política.

## Realidad virtual

En su reflexión crítica sobre el simulacro y la ilusión en el mundo moderno Jean Baudrillard tenía que desembocar algún día, y por fin lo ha hecho, en el gran simulacro tecnológico y circense de la llamada Realidad Virtual, ilusión perceptiva que constituye una de las aplicaciones más espectaculares de la imagen de síntesis producida por medios informáticos. Esta desembocadura se ha producido en *Le crime parfait*, el libro que ahora comentamos, pues el crimen aludido es, nada menos, el asesinato de la realidad que esta técnica ejemplifica de modo óptimo, pues se trata de un crimen sin criminal, sin víctima, sin huellas y sin móvil. La provocación de Baudrillard queda así servida.

Dos años antes de la edición de *Le crime parfait* había aparecido en Italia el influyente libro de Tomás Maldonado *Reale e virtuale* (Feltrinelli), que constituyó un excelente análisis teórico de la imagen virtual surgida de la aplicación de las nuevas tecnologías electrónica e informática. Su reflexión se inscribía en el marco tradicional de quien ha cultivado largamente la teoría y la práctica del diseño industrial y trata de convertir esta nueva y sorprendente herramienta en un instrumento operacional para su trabajo. En



STELLA WITTENBERG

contraste con Maldonado, Baudrillard es ajeno a toda práctica tecnológica y su reflexión se produce, por así decir, en el «vacío» de la pura teoría especulativa, aunque sin perder nunca una intención acerbamente crítica hacia las ilusiones de la sociedad contemporánea y de su pragmatismo y su ética dominante.

Baudrillard lleva a su extremo una tradición filosófica que pasa por la crítica de la percepción humana, por el idealismo alemán, por el pesimismo de Schopenhauer y por la causticidad crítica de Nietzsche, para desembocar en un nihilismo inordinado en las condiciones objetivas de la sociedad de consumo postindustrial y de la explosión de las tecnologías de la comunicación y de la información contemporáneas. Así, para Baudrillard, el mundo es «una ilusión radical» (pág. 33), ya que «vivimos en un mundo en el que la más alta función del signo es la de hacer desaparecer la realidad y la de enmascarar al mismo tiempo esta desaparición» (pág. 18).

En algunos momentos, las páginas de Baudrillard evocan las fantasías de la ciencia-ficción, como las del popular filme *Desafío total* (*Total Recall*, 1990), de Paul Verhoeven, en donde un chip implantado en el cerebro del protagonista le produce vivencias ilusorias y falsos recuerdos, dotándole de un pasado imaginario que en realidad nunca ha vivido. A esta falsificación sensorial se refiere Baudrillard cuando habla de la «clonación de la realidad y exterminación de la realidad por su doble» (pág. 45). Baudrillard ve un antecedente de esta confusión/alienación en una práctica estética tan ejemplarmente característica de las vanguardias de este siglo como los *ready-made* de Marcel Duchamp.

Tomando como referencia a Marshall McLuhan, Baudrillard niega que la tecnología sea, como postulaba el profesor canadiense, una «extensión del hombre», sino precisamente una «expulsión del hombre» (pág. 59). Pero a la vez que demoniza

la tecnología, Baudrillard ve en las constataciones de las ciencias físicas, como en el principio de incertidumbre de Heisenberg, una clave para entender el mundo moderno, en especial la confusión entre sujeto y objeto, entre el observador y lo observado, que conduce a la disolución de la existencia. Por ello Baudrillard se recrea en el carácter paradójico de la ciencia moderna, hecha de simulaciones, gráficos o trayectorias en una pantalla (pág. 119), en operaciones semióticas que no hacen más que ocultar y volatilizar aquella realidad que pretendían poner de manifiesto.

## Evaporación de la realidad

Si la Física y la Biología ofrecen argumentos de grueso calibre a la reflexión crítica de Baudrillard, no ocurre menos con el arte contemporáneo. El autor ve en la obra ejemplarmente banal de Andy Warhol el paradigma de la destrucción del arte, llegando a sentenciar que «Warhol es un mutante» (pág. 118). El arte contemporáneo sería así la culminación de la evaporación de la realidad.

Adoptando una perspectiva propia del antropólogo, Baudrillard llega a escribir lapidariamente que «la creencia en la realidad forma parte de las formas elementales de la vida religiosa. Es una debilidad del entendimiento, una debilidad

del sentido común» (pág. 138). Pues esta realidad ya no existe, es una pura ilusión, sobre todo tras la consumación definitiva del crimen perfecto que invoca el título de su libro, un asesinato cuya meta es la de destruir incluso las trazas del Otro, y, como consecuencia de tal destrucción, la necesidad de producir el Otro, no ya como un objeto de pasión, sino como un objeto de producción (pág. 161). Uno de los capítulos más jugosos de este libro es el titulado «La cirugía de la alteridad», en donde Baudrillard aborda cáusticamente el tema de la dialéctica de los sexos en la era del feminismo, de la redefinición de los roles sexuales y de la obsesión culpabilizadora y persecutoria hacia el «acoso sexual».

## Irresponsabilidad política

Inciendo en uno de los centros neurálgicos más dolorosos de la actualidad política, en el capítulo «El Nuevo Orden Victimal» incluye Baudrillard el texto acusatorio «No hay piedad para Sarajevo», que había publicado previamente en el diario *Libération* de 6 de enero de 1994 y que demuestra que, pese a ciertas acusaciones, no entra en sus intenciones predicar la irresponsabilidad política hacia las tragedias colectivas contemporáneas. En este texto hace notar Baudrillard que Le Pen ha desaparecido de la escena política francesa porque sus ideas racistas han triunfado, como ocurre con la contaminación de un virus, y por eso su presencia física es ya innecesaria.

El enfoque epistemológico de Baudrillard es tan revulsivo y polémico que difícilmente puede conducir a alguna consecuencia práctica, a algún programa político o a algún plan de acción eficaz. Tampoco lo pretende, desde luego. Ni siquiera puede conducir a una escuela filosófica articulada y digna de tal nombre. Con Baudrillard ocurre, por lo tanto, algo parecido a lo que ocurrió anteriormente con McLuhan, cuya original singularidad teórica no podía engendrar ninguna escuela ni ningún grupo de seguidores que desarrollaran su pensamiento, que venía a ser un idiolecto científico que se agotaba en sí mismo. Con Baudrillard estamos ante un nuevo y provocador idiolecto del pensamiento crítico contemporáneo, que da una respuesta pertinente, pero escasamente útil, a las supercherías de la vida pública contemporánea, a las pretensiones autosatisfechas y a las ilusiones de la política, de la religión, de la ciencia y del arte de nuestros días, cancelada definitivamente la edad de la inocencia. Ante la obra de Baudrillard se tiene la impresión de que se está ante un lúcido enterrador de la historia de la filosofía, ante el sereno liquidador de las ilusiones de la Ilustración y ante el epitafio del pensamiento occidental. Y, en lógica consecuencia, sus páginas inducen a un muy saludable vértigo ante el vacío insondable que se abre ante nuestros pies. □

## RESUMEN

Román Gubern, al ocuparse del pensador francés Jean Baudrillard, uno de los más originales filósofos en el panorama europeo de los últimos 25 años, en su opinión, tiene la impresión de estar ante un lúcido enterra-

dor de la historia de la filosofía, un sereno liquidador de las ilusiones de la Ilustración y ante el epitafio del pensamiento occidental; lo cual, afirma, provoca en el lector un saludable vértigo.

## Jean Baudrillard

### *Le crime parfait*

Editions Galilée, París, 1995. 210 páginas. 139 FF.

# La sinfonía de los juguetes

Por Guillermo Camero

**Guillermo Camero** (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista *Anales de Literatura Española*. Ha publicado, entre otros trabajos, *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, *Las Armas Abisinias*, así como ediciones críticas.

El estudio de la vanguardia española de los años veinte y treinta es actualmente uno de los ámbitos de investigación más activos en el mundo universitario español e hispanístico, y en muchos frentes, en todos los cuales se intenta superar un tópico largamente acatado que podría formularse así: el vanguardismo literario español concierne exclusivamente a la poesía, y se limita a la nómina de la tradicionalmente llamada «Generación del 27». La superación de un enfoque tan reduccionista ha abierto nuevos horizontes: la consideración global de la época experimental que se abre con el Ultraísmo y se cierra con el Postismo, la integración de las mujeres escritoras de la época y de los desclasados por el fetichismo cronológico que conlleva el método de las generaciones, el interés hacia los autores tenidos por «menores» y hacia las manifestaciones del espíritu vanguardista en la novela y en la prosa ensayística, entre otros.

El profesor Morelli, catedrático en la Universidad de Bérgamo y excelente conocedor de la época, dio prueba hace unos años de su sensibilidad a las cuestiones que he esbozado con el volumen *Trent'anni di avanguardia spagnola* (Jaca Books, Milán, 1988). Si esta obra se propuso el balance y discusión de los grandes temas vertebradores del vanguardismo español, la recién aparecida ha escogido la indagación de asuntos que, si ciertamente pueden ser considerados «menores», nos acercan a aquél por derroteros poco frecuentados y en los cuales se ofrecen numerosas claves para la comprensión de lo que, sin ellas, corre el riesgo de quedar en curiosidad desgajada de la lógica de la historia de la cultura.

## Ética y estética del juego

En *La deshumanización del arte* (1925), José Ortega y Gasset (estudiado en este volumen por Luis de Llera) diagnosticó que la vanguardia (en la fecha, léase Ramonismo, Ultraísmo y Purismo) incitaba a su receptor a adoptar, por primera vez en la Historia, una actitud específicamente estética ante el discurso artístico, defraudando las expectativas y la inercia de un público acostumbrado a una referencialidad no problemática y conducente al reflejo de la realidad, la indagación psicológica o la ideología. Si el repudio de la tradición decimonónica se entiende como abdicación de trascendencia existencial y doctrinal, en el primer vanguardismo español es posible, desde su lectura orteguiana, definir una voluntad primordialmente lúdica. En efecto, dan una imagen de juego las destemplanzas ultraístas, pálido e inerte reflejo del irredentismo dadaísta y del extremismo mesiánico futurista, tanto como el planteamiento antisentimental de la pasión amorosa y la imagen de la mujer en *Jacinta la pelirroja* (1929) de José Moreno Villa. La poesía pura puede considerarse (si no se profundiza en la práctica de sus mejores cultivadores, como Juan Ramón Jiménez o Jorge Guillén) un ejercicio gra-



*Ciclista* (1913), de Natalia Goncharova.

tuito de ingeniería con voluntad de literatura menor, en su contención de lo confesional y emocional y en su fragmentarismo centrado en la imagen y la metáfora: «álgebra superior de las metáforas» para Ortega, «lirica al margen de toda emoción humana, por un juego mecánico de imágenes» para Antonio Machado, «fiasco intelectual» para José Díaz Fernández. La serie de testimonios contemporáneos, aun antes de llegar a la condena del purismo desde la óptica de compromiso político que vertebró nuestros años treinta, es considerable; entre ellos adquieren mayor valor la comprensión por Azorín del talante de la obra guilleniana, la defensa de las *Soledades* gongorinas por Dámaso Alonso o la definición de los fueros de la pasión fría en *Eupalinos* (1921) de Paul Valéry.

## De una España juguetona

Su caudillo indiscutible fue Ramón Gómez de la Serna, y quiso, puesto que la broma bien entendida empieza por uno mismo, acaso también para exonerar su imagen un tanto cargante de gracioso profesional, aparecer recibiendo pelotazos como estafermo de pim-pam-pum en *Esenca de verbena* de Ernesto Giménez Caballero. Sólo Ramón pudo incluir entre los «ismos» del momento, en su libro del mismo título, el *Humorismo*, como el más significativo de los síntomas de la crisis de conciencia del mundo moderno: «Surge lo humorístico como la fiesta más eternal, porque es la fiesta del velatorio, de todo lo falso descubierto y de todo lo que estuvo implantado, y a lo que llega la hora de la subversión [...]». En cuanto se formen otras grandes mentiras para otra etapa, parecerá que lo humorístico se esfuma, pero es lo único que reaparece como alba sagaz sobre los campos de batalla». Como justo medio entre la locura furiosa y la mediocre cordura, el humor es para Ramón en todas sus variantes, entre ellas el humor

negro típicamente hispánico, la sal de la tierra, el fantasma que recorre Europa. Las grandes doctrinas de vanguardia salen de su pluma hisopadas de ironía; se extiende sobre las extravagancias de la danza y la cocina futurista y recomienda el uso del paraguas como protección contra la lluvia de manifiestos. Sus greguerías y su obra narrativa (tratada en el volumen que comentamos por M.<sup>a</sup> José Flores) llevaron la vanguardia española a su cota lúdica más alta. Como juego puede igualmente entenderse la práctica del haikú (compendiada por Ricardo de la Fuente) en su analogía con el poema puro y con la greguería gracias a la obligada brevedad de sus límites silábicos, en su superación de la apelación modernista al Oriente que hallamos en Pierre Loti, en Enrique Gómez Carrillo y, paradigmáticamente, en *Divagación* de Rubén Darío.

## El 27, a escena

Andrés Soria nos propone una lectura irónica del machismo en *La casada infiel* de Lorca; Margherita Bernard destaca la sátira de temas modernistas y el uso humorístico de la rima y la poesía visual en Juan Larrea; Julio Neira se ocupa de *La rosa de los vientos* de José M.<sup>a</sup> Hinojosa, y Patricio Hernández de la influencia de la greguería en la primera época de Emilio Prados; Fabio Rodríguez, de los singulares *Carteles* (1927) de Ernesto Giménez Caballero, como diagramas humorísticos de las tendencias y fraternías vigentes en el mundo literario español del momento; M.<sup>a</sup> Vittoria Calvi exhuma la novela *Roque Six* (1928) de José López Rubio, y atrapados por la cola aparecen la obra literaria de Picasso (Antonio Jiménez Millán) y el epílogo postista (Jaume Pont y Rafael de Cózar), fuera del ámbito que titula este epígrafe.

Gerardo Diego, a quien dedican artículos el coordinador de la obra y el profesor José Luis Bernal, fue sin la menor du-

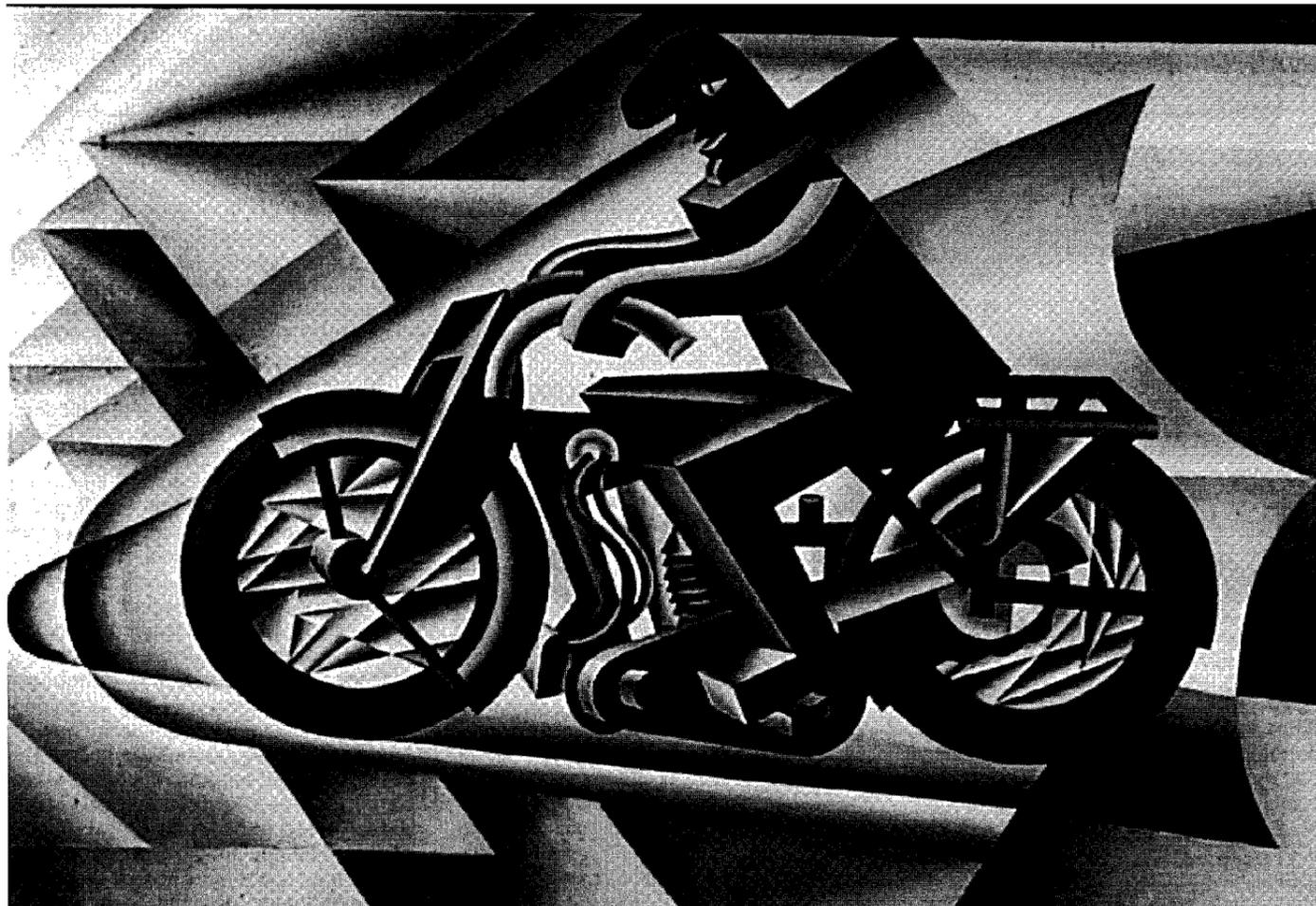
da el mayor ludópata del 27. La crítica ha señalado que desde el primer momento su poesía atendió por igual a las motivaciones puristas que a los temas «humanos»; Cansinos-Assens lo lamentaba en el volumen III de *La nueva literatura*. La dualidad reaparece en las obras de la primera postguerra; Antonio González de Lama escribía, en el n.º 5 (julio de 1944) de *España*, que «muchos poemas de Gerardo Diego nos hacen impresión de juego, de artificio, de exquisito pasatiempo [...] sin que respondan a ninguna necesidad vital», observando que el autor de *Angeles de Compostela*, *Alondra de verdad*, *Romances* y *La sorpresa* alterna el intimismo contenido y el conceptismo amoroso con las reminiscencias del vanguardismo de preguerra, practica la gama estrófica con habilidad de virtuoso y reedita en 1943 su *Fábula de Equis y Zeda*.

José Luis Bernal pasa revista a la obra de Gerardo desde el punto de vista de su ininterrumpida obediencia a los rasgos del purismo y a los elementos lúdicos, con especial referencia al *Limbo* de 1951 y a la sección sobre juegos infantiles (aro, cuatro esquinas, canicas, cometa) de *Mi Santander, mi cuna, mi palabra*, realzando la voluntad del poeta de mantener viva la inocencia de la mirada infantil y su capacidad de asombro ante el espectáculo del mundo, y la entidad simbólica en ella del ajedrez y del azar.

Morelli se ocupa del ambiente lúdico, festivo y humorístico que presidía la convivencia en la Residencia de Estudiantes, de los anaglifos y jinojepas y de la singularidad de la revista *Lola* en el momento de la conmemoración gongorina de 1927. *Lola*, hermana menor y encarte de *Carmen*, es en efecto uno de los documentos más interesantes del 27 para admitir la calificación del grupo, aunque pasajera, como movimiento de vanguardia propiamente dicho, es decir, como protagonista de actos colec-



Viene de la página anterior



Motorista (1923), de Fortunato Depero.



Dinamismo de un automóvil (1913), de Luigi Russolo.

tivos con valor de manifiesto y de rechazos rupturistas de los valores admitidos y de la cultura institucionalizada. El n.º 1 de *Lola* presenta así la conmemoración del tercer centenario de Góngora, expone el proyecto de ediciones y homenajes y recoge la crónica de los actos que tuvieron lugar en 1927: las invitaciones cursadas, y declinadas por figuras tan significativas como los hermanos Machado, Unamuno, Juan Ramón o Valle; el auto de fe en desagradio a Góngora, en el que ardieron en efígie «el erudito topo, el catedrático marmota y el académico crustáceo» junto a una colección de libros de Campoamor, Cejador, Cotarelo, Galdós, Lope, Luzán, Menéndez Pelayo, Moratín, Pérez de Ayala, Quevedo, Ortega, Rodríguez Marín y Valle, y «todos los boletines de todas las Academias»; los roces habidos entre los organizadores y Ernesto Giménez Caballero con ocasión del extraordinario gongorino de

*La Gaceta Literaria*, asunto que continúa en el n.º 2.

Además de todo ello, como acertadamente observa Morelli, *Lola* es un testimonio irrefutable de la práctica de juegos literarios humorísticos por los autores del 27, presididos por la musa retozona de Gerardo: la *Serranilla de la jinojopa* contra Hinojosa («Musa tan fachosa/non vi en la poesía/como la Hinojosa/de José María») en el n.º 2, la oda burlesca a Giménez Caballero en el 3-4, la *Jinojopa de los Altolaguirres* («No todos son juanramones/los que cantan, ni villalones») en el 5, la *Tontología* en el 6-7.

### Deporte y cultura

La vigencia social del deporte, en los años veinte, como manifestación privilegiada del espíritu de una época orientada

hacia lo lúdico en respuesta vitalista a la crisis siguiente a la primera Guerra Mundial, no pasó desapercibida a Ortega: ésta es la segunda aportación del ya citado artículo de Luis de Lleras. Por su parte, Ivana Rota indaga la significación del contacto con la Naturaleza en la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza, la exaltación del culto al cuerpo en el Futurismo y el enjuiciamiento del deporte por Unamuno y Maraño.

La presencia de temas deportivos (automóvil, bicicleta, avión, hipódromo, boxeo) en las Letras españolas anteriores a la guerra civil corre a cargo de José M.ª Barrera López y Antonio Gallego Morell, sin que falten en su balance el baile y la música, especialmente el jazz. El detallado recuento que se nos ofrece es una prueba irrefutable de las ansias de vivir y de la tenacidad en realzar la juventud como valor supremo que Ortega detectara, sin olvidar lo que la práctica deportiva significa en los años veinte como símbolo de la emancipación y de la nueva imagen de la mujer. *El boxeador y un ángel* de Francisco Ayala, *Hércules jugando a los dados* de Giménez Caballero, *Platko* de Alberti, *Elegía al guardameta* o *Vuelo vulnerado* de Miguel Hernández, las afirmaciones del *Manifest groc* de Dalí, Gasch y Montanyà (un deportista carente de nociones artísticas y erudición es más capaz de sentir el arte y

la poesía actuales que un intelectual miope, Grecia se prolonga en un motor de aviación y en un vestido de golf), destacan en un océano de textos que tienen su origen en la asunción ultraísta de los tópicos del Futurismo italiano. En este orden de cosas son aportaciones destacables el estudio, por Alfonso Sánchez, de los temas deportivos y cinematográficos en la obra de Concha Méndez, y el análisis, en el ya citado trabajo de Margherita Bernard, de la crítica al dinamismo moderno en *Cosmopolitano* de Juan Larrea.

### Cine y literatura

El impacto del cine en la literatura de la época (Francisco Ayala, Arconada, Alberti, Cansinos, Espina, Jarnés, Ramón, Larrea, Salinas, Guillermo de Torre, Fernando Vela) es el tema del capítulo de Luis García Montero. Rafael Utrera se ocupa de tres textos con vocación de guión cinematográfico: *Babaouo* de Salvador Dalí, *Viaje a la Luna* de Federico García Lorca y *El poeta y la princesa* (1929) de Pío Baroja, descubriendo en el último una visión irónica del vanguardismo español y un intento de collage de géneros cinematográficos populares. Laureano Núñez recopila las referencias al cine en la revista *Grecia*, debidas a Cansinos, Ciria y Escalante, Garfias, Guillermo de Torre o Adriano del Valle.

Agustín Sánchez Vidal, ante uno de sus temas predilectos, trata de la formación de Luis Buñuel y de sus reseñas dedicadas al cine en los años veinte, de la dicotomía Chaplin/Keaton y de la gran apoteosis del cine en la poesía del 27, *Yo era un tonto...* de Alberti, con su mosaico de poemas dedicados a Wallace Beery, Charles Bower, Charlot, Oliver Hardy, Buster Keaton, Harry Langdon, Stan Laurel, Harold Lloyd, Adolphe Menjou, Ben Turpin, y su logrado intento de reproducir en verso el ritmo sincopado de la imagen fílmica. Cine, humor y juego están estrechamente entrelazados en la época: téngase en cuenta lo que significan los nombres que acabo de citar, y las ilimitadas posibilidades de plasmar en imágenes el humor superrealista (el timbre-coctelera en *Un chien andalou*, la vaca sobre la cama en *L'Âge d'Or*).

### Balance

Morelli y sus veintinueve colaboradores han reunido un conjunto muy estimable de estudios sobre la época vanguardista española, de los que se desprende la relevancia de temas y problemas cuyo alcance va más allá de lo anecdótico. Con todo, en el planteamiento y en el índice del volumen saltan a la vista algunas ausencias: Salvador Dalí, José Bergamín, la novela y el teatro de vanguardia. En cambio, es muy de agradecer que los toros no toquen pito en este panorama de lo lúdico, ya que no ha sido posible prescindir —los documentos mandan— del balompié. □

### RESUMEN

Guillermo Carnero subraya que el actual estudio de la vanguardia española de los años veinte tiende a superar el enfoque reduccionista de suponer, como se ha venido creyendo tradicionalmente, que aquella sólo concernía a la poesía, a la llamada «Gene-

ración del 27». El libro, coordinado por un hispanista italiano y dedicado a cuestiones «menores» y algo alejadas de la actividad literaria, proporciona una idea global de lo amplia y lúdica que fue la vanguardia entonces.

Gabriele Morelli (coord.)

*Ludus. Gioco, sport, cinema nell'avanguardia spagnola*

Jaca Books, Milán, 1994. 374 páginas. 45.000 liras.

# El visitante sospechoso

Por José-Carlos Mainer

**José-Carlos Mainer** (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

A Nigel Dennis, prologuista y editor de este libro de Ernesto Giménez Caballero, debemos ya otros importantes trabajos sobre aspectos de las letras españolas de los años veinte y treinta que, a menudo, habían sido oscurecidos por el brillo de la llamada «Generación del 27»: sobre Gómez de la Serna, sobre la revista *Diablo Mundo* y sobre José Bergamín, de quien ha publicado una monografía y hace muy poco su fascinante epistolario con Unamuno. De ese modo, Dennis ha contribuido a que la noción de vanguardismo o la idea de modernidad destronen algo los prejuicios generacionales, tan frecuentes entre nosotros y tan perniciosos en lo que toca a la historia literaria. A ese género de necesarios y oportunos rescates pertenece este nuevo libro que exhuma de entre las páginas del diario *El Sol* las *Visitas literarias de España* que allí publicó, entre 1925 y 1928, Giménez Caballero.

## Una juventud nacionalista

Como recuerda el editor y había señalado antes Lucy Tandy, estos textos fueron, sin duda, la premonición más clara de la fundación en 1927 de la inolvidable *La Gaceta Literaria*, el «periódico de las letras» (como lo bautizó Ortega) que quiso ordenar y favorecer las españolas y cimentar en ellas una idea nacionalista y moderna del país: sugestiva empresa que Giménez quería basar en los nuevos escritores —pero sin olvidar el legado de los finiseculares ilustres— y que aliaba una cierta iconoclastia declaradamente juvenilista con la ponderación y el eclecticismo más reformistas. En 1920, el joven vástago del impresor Ernesto Giménez había ido a Estrasburgo, destinado como lector de español en la Universidad (la necesaria recomendación fue de Américo Castro), y allí, en la encrucijada de Francia y Alemania, tres años después de la paz de 1918, tuvo, a lo que parece, la revelación del destino europeo de España, perdido tras tantos años de tibetanización voluntaria o masoquismo espiritual. En 1921 estaba en Marruecos como soldado y añadía —a la secreta envidia europea— la frustración de ser ciudadano de un país sin ánimo colonial. En 1924 empezaba a colaborar en *El Sol*, que desde 1917 era el órgano de una nueva burguesía capitalista y moderna: muchos bilbaínos en su nómina, algún catalán progresista, el apoyo de los fieles de la Institución Libre de Enseñanza, como advierte el propio interesado en sus sagaces entrevistas con Luis de Zulueta y Lorenzo Luzuriaga... En 1925, cuando Giménez Caballero empezaba sus «Visitas literarias», colgaban sus cuadros cubistas o suavemente «fauves» los ilusionados componentes de la recién fundada Asociación de Artistas Ibéricos, se publicaban *Literaturas europeas de vanguardia* de Guillermo de Torre y *La deshumanización del arte* de Ortega, ganaban el premio nacional —un invento de la «cultura de Estado» que



TINO GATAGÁN

arrancaba de 1922— Rafael Alberti, Gerardo Diego y Ernesto Halffter, y Américo Castro publicaba *El pensamiento de Cervantes*, como anejo de la *Revista de Filología Española*; componían entre todos una constelación afortunada de modernidad y reflexión, internacionalismo y acendramiento patriótico, júbilo y reconstrucción, que puede entenderse como emblema feliz de toda una época.

Hasta aquí llega la crónica de una iniciación al nacionalismo: al final de una guerra civil europea (la del 14-18), mirando un poco por encima del hombro las congostas del 98 y con curiosidad impertinente las turbaciones del 17, orgullosa del visible empuje de la nueva burguesía financiera, desdeñosa de la apolillada retórica de la Dictadura primorriverista y contagiada de la alegría vanguardista. Un año después del final de las «Visitas», en la famosa «Carta a un compañero de la joven España», publicada en *La Gaceta Literaria*, Giménez Caballero proponía una atrevida ecuación a la italiana: si el fascismo fagocitó el Risorgimento y le dio sentido, hagamos acá la misma operación de modernización con Costa y con Giner, con Menéndez Pidal y hasta con Unamuno y, en consecuencia, creemos el fascismo cultural español. El lector de estas «Visitas» observará que un año antes de la propuesta, su autor reprochaba a Gerardo Diego el aire de «Junta Patriótica y Somatén» que imprimía a las famosas celebraciones del centenario gongorino de 1927 y le invitaba paladinamente a sacar las consecuencias de otros «actos de puro corte fascista, de intransigencia violenta». Góngora podía ser la consigna de un cambio que incardinara revolución y tradición tras «el fracaso revolucionario de la postguerra». Y por eso, al final, ante el impertérrito Diego, el entrevistador trueca la letra del himno fascista «Noi siamo i fascisti, terror dei communisti...» en un divertido y significativo «Noi siamo i decimisti, terror degli ultraisti...». (Dennis no señala que Diego replicó, bastante amostazado por el equívoco, en la segunda entrega de la «Crónica del Centenario», publicada en el número 2 de la revista *Lola*.)

Los juegos empezaban a ser peligrosos y, en pocos años, la postura política que empezó siendo el esnobismo de un nacionalista histriónico y original entró en la turbia vorágine sucesiva de otros «hechos» (como gustaba decir el vocabulario izquierdista del

momento): el descrédito del régimen republicano, la siembra de las primeras semillas del fascismo, la violencia pistolera de los cachorros del joven José Antonio Primo, la conversión del divertido «visitante» en una suerte de consiliario laico de la patronal madrileña que no regateaba la colaboración —el curioso libro *Arte y Estado*— a la revista monárquica *Acción Española*, el apoyo incondicional a la sublevación militar de 1936 y, para colmo, la fidelidad canina a la dictadura franquista y la «devotiva» abyecta (nunca recíproca) por la figura misma del autócrata. El vanguardista de primera hora y el hijo del nacionalismo liberal se puso el correa militar, vivió su victoria y, al cabo, tuvo su mayor gloria vestido de frac en la corte esperpéntica del dictador Stroessner, sirviendo como embajador de la España franquista.

## El descrédito del 98

Conviene no perder de vista todos los tramos de esta larga biografía para valorar mejor el encanto pérfido y el entusiasmo contagioso (pero al borde de la pérdida de la inocencia) que desprenden los trabajos periodísticos aquí compilados. Sin duda, Giménez Caballero fue un escritor chispeante en una época que abundó en ellos y donde las planas de la prensa fueron una fiesta permanente de ingenio y originalidad. Estas «Visitas» están escritas de mano maestra y contienen momentos impagables de hilaridad inteligente: difícilmente sabría elegir entre la intencionada descripción telúrica de la verbena de San Isidro, la prodigiosa invención del «barrio caldeo» que puede otearse hacia el sur de Madrid o la historia de la constitución del Museo de Ciencias Naturales, que son, en el género de la fantasía grotesca, las páginas mejores de todo el libro. Pero no desmerecen a su lado los términos de la visita a la casa barojiana (con ese «niño enorme, tímido, dulce e indefenso (...) que come sus platos de legumbres, contemplado en silencio por unos ojos que todo lo han comprendido de un golpe entrañable y que no lo pueden abandonar»: don Pío y su madre) o los pasos de una persecución callejera de Juan Ramón Jiménez, que, a la vez, desarrollan una sutilísima parodia de la prosa exclamativa del escritor...

Pero la lectura de estas «Visitas» no debe limitarse al gozo de su reencuentro y

a la nostalgia invencible de un modo de escribir. En ellas se oculta materia de mucho mayor peso: lo que podríamos llamar un peculiar «estado de conciencia» de la vida política de la cultura española. No es casual, al propósito, la actitud entre zumbona e indulgente respecto a Pío Baroja, el «ex» de tantas cosas (de la revolución, del anarquismo, del inconformismo...). Este intuitivo y pasional Giménez Caballero quiere ir más allá del clima pesimista, confuso y sentimental del 98. A propósito de Zuloaga habla de la «inexorable ruta» hacia el retoricismo y la blandura estética «de los hombres del 98, de la que apenas se han escapado ¿tres?, ¿dos?, ¿uno?», y resulta un divertido juego averiguar quiénes pueden ser tan rigurosas excepciones. Si son tres, cabe, seguro, Baroja. Si dos, habla, sin duda, de Maeztu y Unamuno. En la visita de Maeztu consigna que él y Unamuno «son las dos únicas conciencias actuales de nuestra literatura que no han abjurado del profetismo, del santonismo», por más que lo vea como «un gran vasco extraño, enigmático, turbulento, cuya figura va y viene por la literatura española, cargada de equipajes lejanos, de estremecimientos de cuáquero, de Biblias sin anotaciones y de apetitos de inquisidor». No hay, por desdicha, visita unamuniana (recuérdese que el escritor andaba en el exilio de Fuerteventura y luego de Francia desde 1924), pero tampoco hay ningún otro escritor que ande tan presente, como cotejo o estímulo, entreverado en los retratos de los otros... Algo muy distinto, por supuesto, de las cuchufletas que se gasta Giménez respecto a Azorín (que entraba en la Academia en 1924), al que define como «este académico español que vive como un médico francés que tomase chocolate a las cinco», o de la descalificación inapelable de Jacinto Benavente, cuyo teatro juzga menos actual que el de Echegaray o el de «ese simpaticote don Benito»...

Si al autor de *La noche del sábado* lo contempla mimetizado con el paisaje burgués y pretencioso de la «saison» donostiarra, la exposición de los cuadros de Ignacio Zuloaga en el madrileño Círculo de Bellas Artes parece transportarnos al mismísimo Gran Kursaal de San Sebastián. Y es que estos que fueron noventayochistas de pro son ahora pura mercancía del gusto pequeñoburgués, amante de las «sensaciones fuertes». Zuloaga, nos dice, «se ha obstinado en poner a Belmonte de oro, plata y negro. Tres veces. Y junto a Belmonte, a Mauricio Barrés y a Gregorio Marañón, a Daniel Zuloaga, a la Cofradía del Cristo de la Sangre, a Búffalo, a la Marquesa Cassatti, a la casa de Gregorio el Botero, a Calatayud, a Lolita y a un sinnúmero de gitanas. Total: toda la lira. Total: todo el romanticismo. La torería desmesurada, sublime y repugnante. El novelista infame y febril. El médico liberal. El ceramista hidalgo. El Cristo a cuya Misa no iban los futbolistas todavía. El aventurero pintoresco. La marquesa sádica. La casa trebunda y troglodítica. La ciudad podrida. La niña pasional y que ha visto poco «cine» (...). Todo lo contrario de lo que pasa tras los cristales del Gran Kursaal, por la calle, por el cielo, bajo la tierra. El autor, el avión, el «metro».

No andaba muy lejana en el tiempo la famosa «cuestión Zuloaga», que entre 1908 y 1911 había debatido la legitimidad de su truculenta visión de España, pero, a juicio de Giménez, habían transcurrido siglos de distancia moral. Todavía puede permitirse alguna simpatía benévola acer-



Viene de la página anterior



ca de los viajes americanos de Francisco Grandmontagne o de la ecuanimidad del crítico Andrés Gómez de Baquero, pero es obvio que el visitante de la edad del cine y de los autos se interesa por otras cosas: por el apasionado taller literario de Gabriel Miró o, de forma muy especial, por la jocunda afirmación estética de Ramón Gómez de la Serna, alzado frente a una generación –la del 98– que fue «provinciana. En el bueno y en el mal sentido de la palabra». En la botillería de Pombo y presidiendo su tertulia sabatina afirma que debiera rezar una placa: «En este tabernáculo se verificó la transfiguración de la ciudad, la espiritualización de Madrid, la capitalización de España». Luces de la modernidad...

### De la literatura a la cultura

Esto es lo que le importa a Giménez: la solidificación de la literatura en forma de institución cultural, de patrimonio intelectual colectivo. Puede que donde más claramente se delate esto sea en sus consideraciones –sólo aparentemente jocosas– acerca del Panteón de Hombres Ilustres, triste edificio del llamado «barrio caldeo» y lúgubre almacén de falsos prestigios políticos de la Restauración. Y, sin embargo, «el sentido republicano de un pueblo está ahí, en esa institución, más que en la del Parlamento» («republicano» se dice, por supuesto, en su sentido etimológico de «res pública», aunque no deje de jugarse con la acepción más política). Y recuerda al respecto que la abadía de Westminster mezcla a los reyes con los intelectuales eximios, que el Panteón de París guarda los restos de los grandes hombres de Francia, como la Nieuwe Kirke de Amsterdam las glorias holandesas, y que hasta la Santa Croce de Florencia es abreviatura del pasado humanista y de las grandezas del Risorgimento. La «nación» es la nueva religión laica de los pueblos que saben serlo y por eso tiene también tanta importancia (muy dispar de la anecdótica que le asigna Dennis en su prólogo) la visita a Leopoldo Eijo y Garay, obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá y artífice de un modesto florecimiento de fundaciones culturales confesionales. «¿Entonces, usted, ustedes, adaptándose a la idea de Progreso, de Cultura, aspira a ir sustituyendo poco a poco al Estado?», le espeta el visitante al untuoso clérigo, pero él mismo se responde: «Las naciones, los pueblos fuertes son los que han hecho una nueva iglesia del concepto laico de Estado, aunque no al revés, como quizá nosotros, como intentamos nosotros».

Esta «visita» anuncia ya la serie de reportajes institucionales que comienza con los dedicados al Centro de Estudios Históricos, la memorable fundación de la Junta para Ampliación de Estudios en 1910. Viéndolos bajo la divertida alegoría de una fortificación medieval, Giménez saluda allá al Cid redivivo en la persona de Ramón Menéndez Pidal, a su brazo diestro –Alvar Fañez– en el activo Américo Castro y a su brazo siniestro –Martín Antolínez– en el servicial Tomás Navarro Tomás. No son solamente unos abnegados científicos algo excéntricos en un moderno hotelito de la calle de Almagro; son el fermento de una España nueva y sus mejores poderes ante el mundo: «Artistas, literatos, profesores. La única originalidad y fuerte exportación (...). Escuelas, liceos, bibliotecas, libros. Que cesen los tiritos. Que cesen las ilusiones beneméritas de la benemérita. El único imperialismo que se brinda a España, evidente, legítimo, es el de esta lengua «keiné» (sic), como la llaman los profesionales» (lo más probable



TINO GATAGÁN

es que el texto original diga «keiné» por «koiné», como dice «capicús» por «capicúa» en la página 168, pero hubiera sido oportuna una revisión de estos y otros errores del libro).

Por esa razón, las «Visitas literarias» se transforman en científicas para acercarnos a los paraderos de Menéndez Pidal, Manuel Gómez Moreno, Santiago Ramón y Cajal y Blas Cabrera, seguidos, algo más allá, por Agustín Millares Carlo, Pere Bosch Gimpera (repárese en la apreciación de su «iberismo» como negación implícita de cualquier separatismo catalán), Hugo Obermaier, Manuel García Morente y Lorenzo Luzuriaga. Todos ellos son la mejor réplica a la universidad tradicional: «Permitame indicarle (ha sugerido al paleógrafo Millares) que todos ustedes, los que van a poner sus manos en la reforma universitaria, deberían explicar previamente al país las necesidades íntimas y auténticas de la cultura superior española. Orientar a la opinión (al mismo Gobierno) sobre el tipo de Universidad al que debe aspirar la de España». Porque no hay nada más desolador que su visita a la mortecina Universidad Central y a la imagen gris, venerable y evasiva del rector Carracido, de profesores como el latinista Alemany, el arqueólogo Mérida o el bienintencionado teórico de las artes, el socialista Ovejero... Los «tableros oficiales» no anuncian, como en otras tierras, un sugestivo menú de cultura, sino mondas convocatorias de exámenes y aburridos horarios de asignaturas. A fin de cuentas, «la Universidad de España es como un cuartel de España, como un ministerio de España, como un convento de España. Y nada más».

Algo, sin embargo, está cambiando «en estos días terribles, subversivos, peligrosos de España, rebotante de cultura laica» y al margen de «nuestra burguesía actual», que «concretó ya en arte muchos de sus postulados. En la comedia de tesis, con Benavente; en la sin tesis, con Muñoz Seca. En el zapateado, con la Argentinita» («La Argentinita»). No hace falta que el autor explícite las fechas de 1910-1915 como germen de lo nuevo, ni siquiera que personalice en el nombre de Ortega y Gasset la fuerza moral e intelectual que ha arrumbado con la falsa respetabilidad de lo decimonónico restauracionista y que ha envejecido tanto a los lamentos noventayochescos. A propósito de Luis de Zulueta subraya que *El Sol*, su propio periódico, como dos años antes el semanario *España*, han surgido de «la época de una generación entera en el extranjero («voire» Alemania) y que esa «generación con expresión misma de Ortega pudíérase llamar: «la de la cisterna». La del agua puramente aljibada. La del reservorio frente a la

hidrofobia del país». Al visitar al pedagogo Luzuriaga la identifica incluso con la importante presencia de vascos en la reorganización económica y cultural de la España de postguerra: una «casta de Agas» (y apellidos eusquéricos afines) que empezó con Unamuno, Maeztu y Baroja y ha continuado con Luzuriaga, Olariaga, Madariaga, Urgoiti, Echevarrieta, Salaverría, Grandmontagne, Urabayen, Arteta... «una minoría selecta, montaraz y conquistadora que, como una hueste de ases, se abalanzó sobre la península e instaló su genio director en los asuntos culturales españoles».

Pero años después, aunque no muchos, Giménez Caballero recordaría la generación del 98 como un vago clamor de descontento –él mismo se proclamaba «nieto del 98»– y a Ortega (y seguramente a los animosos héroes de 1925) como un falso profeta. En su *Genio de España* (1932) confesó que la *España invertebrada* (1922) «fue el viario donde deslicé mis energías espirituales de español (...). Sobre esa España de Ortega yo fundé las esperanzas de mi *Gaceta Literaria*». Pero a la fecha reprochaba al pensador que no llegara a las conclusiones más legítimas del libro: al descubrimiento del cesarismo, a la exaltación nacionalista, a la erección de un nuevo orden. Como el pájaro pampeano que Ortega citaba a través del *Martín Fierro*, el filósofo en un lado ponía los huevos y en otro pegaba los gritos: «Ortega pone su devoción, su pánico religioso, en el Templo de la Humanidad que es el Parlamento, el Liberalismo y Ginebra. Pero los huevos, los gérmenes, a pesar suyo tornan al otro «lao», al lugar del potencial fascismo».

Inevitablemente, de vuelta de estas «Visitas», hemos regresado a sus consecuencias y puede que alguien reputa de fácil, sobre ilegítimo, proyectar la oscura sombra de lo que había de ocurrir sobre un presente tan ameno, desopilante y sagaz: el de un Giménez Caballero que en el curso de poco tiempo creó el primer cineclub, realizó el filme *Esencia de verbena*, escribió la turbulenta prosa surrealista de *Yo, inspector de alcantarillas* o la travesía

*Oda al bidet...* ¿Cómo no recordar que buena parte del proyecto de «Estado cultural», con su populismo estético y su nacionalismo constructivo, lo realizó la misma República que contribuiría a hundir en 1936? El interesado lo reclamaría incluso, en términos grandilocuentes («unas palabras duras, precisas e históricas»), en las páginas de su *Gaceta*: si los fundadores de su revista habían sido también los del nuevo Estado, si en sus planas había defendido la identidad cultural de Cataluña y la expansión intelectual de España, si había tratado los problemas de la juventud y la universidad, si había descubierto el cine y la nueva arquitectura, ¿cómo iba la República a olvidar su publicación y a no reconocerle su esfuerzo? («Ante la nueva justicia española: *La Gaceta Literaria* y la República», número 105, 1 de mayo de 1931).

Nadie oyó la voz de quien se jactaba del triste privilegio de haber alumbrado en su revista a las dos juventudes –fascista y comunista– que libraron la guerra civil. El destino de Giménez Caballero fue el de toda una generación, y no sólo de españoles. En los años treinta, el totalitarismo fue una tentación difícil de resistir porque parecía poner el mundo a la medida de los propios deseos, si éstos se enunciaban con el suficiente brío. Fue una época nacionalista y no hay tampoco ningún nacionalismo bueno: todos acaban por sacrificar un país real –heterogéneo y de cabeza dura– a un país posible –homogéneo y dócil– que finalizará por ser el de las cárceles y los cementerios. Se empieza creyendo en una religión laica y se acaba de rodillas en El Escorial, como se empieza por admirar la «cárcava» guerrera del pacífico Centro de Estudios Históricos y se concluye por confundirla con el cuarto de banderas de un cuartel. Este fue, a la postre, el triste destino de Gecé o, si se prefiere, del Embajador de España, Excelentísimo Señor Don Ernesto Giménez Caballero: un oportuno y sagaz visitante de lo mejor de la cultura española en 1925; un visitante bajo sospecha en los anales de la literatura española contemporánea. □

#### RESUMEN

José-Carlos Mainer presta atención al libro que el hispanista inglés Nigel Dennis, investigador de la época cultural española de los años 20 y 30, ha compuesto con la serie de «visitas literarias» que realizó entre 1925 y 1928 para

el diario *El Sol* Ernesto Giménez Caballero, uno de los grandes animadores de aquella «edad de plata», en expresión del propio Mainer. El libro así armado recoge varias semblanzas de buena parte de la nómina cultural de la época.

Ernesto Giménez Caballero

*Visitas literarias de España (1925-1928)*

Ed. de Nigel Dennis, Pre-Textos, Valencia, 1995. 379 páginas. 3.150 pesetas. ISBN: 84-8191-024-4.

# La Albufera de Valencia, un paisaje extraordinario

Por Antonio López Gómez

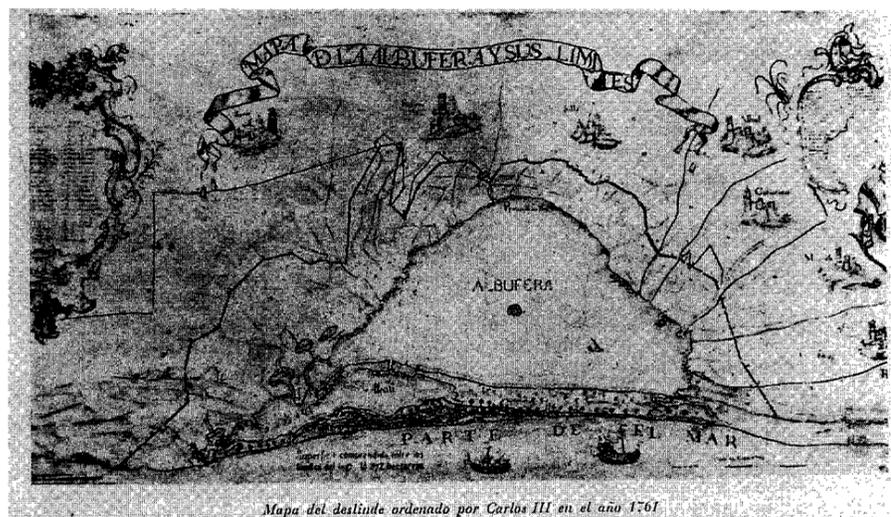
**Antonio López Gómez** (Madrid, 1923) ha sido catedrático de Geografía en las Universidades de Valencia y Madrid (Autónoma) y emérito en esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Doctores de Madrid, es doctor «honoris causa» por las Universidades de Valencia y Alicante, ha sido director del Instituto «Sebastián Elcano» de Geografía, del CSIC, y en la actualidad dirige la revista Estudios Geográficos. Es autor de libros como Geografía de las tierras valencianas, Estudios sobre regadíos valencianos, Los transportes urbanos en Madrid y El clima urbano de Madrid.

Los lagos y humedales interiores o costeros eran antaño utilizados solamente por grupos reducidos de pescadores o cazadores y amenazados por desecaciones artificiales para cultivo; hoy, con la creciente preocupación ecológica, se han convertido, aunque no todos ni en la medida necesaria, en espacios protegidos por el interés extraordinario de su paisaje, reducto último de una vegetación y una fauna peculiares, especialmente las aves. En nuestras secas tierras mediterráneas, paradójicamente y por circunstancias geográficas muy precisas, se encuentran espacios de ese tipo, algunos considerados entre los más importantes de Europa: Delta del Ebro, Tablas de Daimiel, Coto de Doñana y Albufera de Valencia. A éste ha dedicado un magnífico libro, en lengua catalana, el profesor Rosselló, de la universidad valentina. Catedrático de Geografía Física del mayor prestigio, aunque por su formación y vasta obra, en la que no faltan excelentes estudios de Geografía Humana, se le puede considerar como un «geógrafo total»; desde hace mucho tiempo ha dedicado especial interés a las costas valencianas y, concretamente, a la Albufera con diversos trabajos relevantes. Ahora nos ofrece una síntesis perfecta de todos los aspectos, tanto naturales, desde la génesis del lago hasta el ecosistema (vegetación y fauna), como humanos: historia, poblamiento, utilización (agrícola, caza, pesca) y los acuciantes problemas actuales de conservación. Aparte de breves capítulos en geografías regionales, hay valiosos estudios parciales, pero faltaba una visión completa y detallada como ésta. Podría pensarse que el interés es sólo local, pero trasciende por la importancia del lugar y porque las cuestiones analizadas pueden relacionarse con las de otros espacios análogos y, por tanto, es ya una pieza básica para el estudio global de tales paisajes.

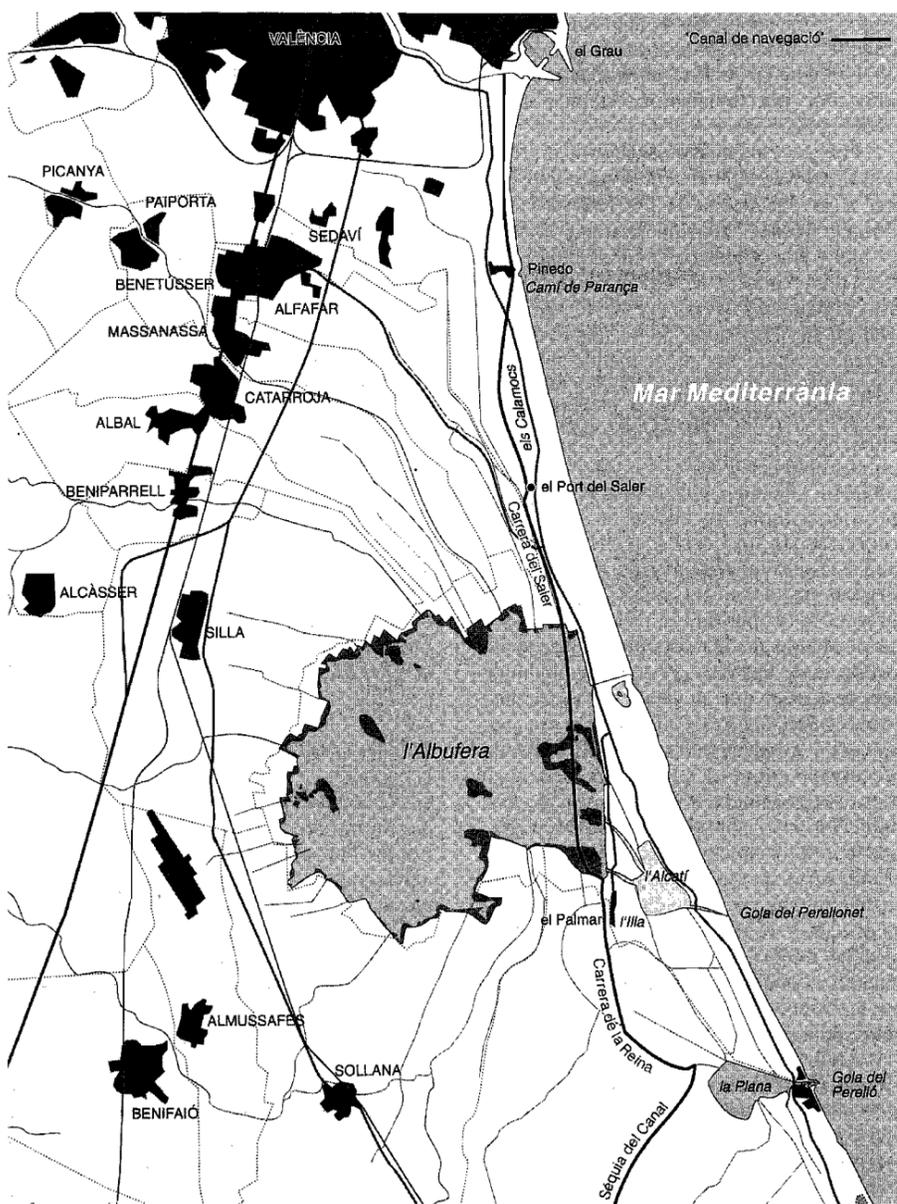
El rigor científico es alto, pero es también accesible para el lector de cierto nivel, no especialista, aunque interesado en el tema, saltando quizás algunos párrafos. El autor ha realizado una gran labor general muy difícil por la variedad de aspectos y utilizando una bibliografía completísima que ocupa seis páginas. Además la edición está muy cuidada, con ilustraciones de gran calidad. Hubiera sido pedir demasiado un extenso epílogo sobre la percepción popular, artística y literaria del paisaje albufereño y su ajuste a la realidad, tema hoy actual en Geografía, digamos un *Cañas y barro* geográfico; ya ha escrito sobre esas cuestiones y quizás las reserva para otro libro. Ojalá.

## El paisaje natural

En una bien proporcionada división, algo más de la mitad se dedica a aspectos naturales, comenzando por el lago mismo y la restinga o cordón litoral. Primero, el



Mapa de La Albufera según una copia del topógrafo J. Bautista Romero (1761).



El Canal de La Albufera, de 30 kilómetros, para la navegación a vapor, tal como sería en la segunda mitad del siglo XIX.

complejo problema de los orígenes, en el cual sus investigaciones son muy relevantes; en un esquema muy simplificado se puede decir que es una formación de tiempo geológico reciente, hace unos 200.000 años había un golfo (resultado de un hundimiento postpliocénico) que sería cerrado por dos flechas litorales avanzando desde el N. y el S.; la alargada Albufera primigenia, rellenada parcialmente y empujada hacia el N. por los aluviones del Júcar. Diversas cuestiones son esenciales en la evolución, con la discutida subsidencia, barras sumergidas, transgresión flamenca, etc. En la configuración del antiguo espacio es de-

cisiva la aportación de materiales por el Turia y, sobre todo, el Júcar, así como los barrancos afluentes al lago y la deriva litoral del norte, fundamental para la construcción de la restinga.

Un curioso apartado se dedica a los mapas, desde las primeras representaciones de Ortelius (1584) o Mercator (1632) hasta las modernas, mostrando una notoria reducción de la lámina de agua estable: en 1761 eran casi 14.000 ha., en 1861 sólo 8.190, en 1926 únicamente 3.114. Se debe esencialmente a los aterramientos para arrozal; peculiar espacio éste, la «marjal» (femenino en valenciano) y allí con sentido

agrario. Hemos de recordar, sin embargo, que más al S., en la Huerta de Gandía, o al N., en Castellón, marjal se aplica al terreno pantanoso litoral ganado, mediante canales de avenamiento o azarbes, para otros cultivos; éstos, como otros pequeños arrozales en la costa, casi desaparecidos por las urbanizaciones playeras.

Cuestión muy debatida es la sedimentación actual por aportes fluviales o de acequias; algunos la elevan hasta 100.000 - 400.000 m<sup>3</sup> al año y amenaza la desaparición del lago en uno o dos siglos, mucho menos según los pesimistas. Cuestiones diferentes plantea la restinga, con construcciones ahora detenidas. Finaliza esta parte con el régimen de las aguas que determinan los «ullals» o afloramientos en el lago mismo, ahora debilitados o desaparecidos, los barrancos y acequias y, sobre todo, las golas o aberturas en el cordón litoral: Perelló, Perellonet y Nueva de Pujol (1953), mediante compuertas que regulan el nivel, sistema bien distinto al de los arrozales del Delta del Ebro o del Guadalquivir.

Otra cuarta parte de la obra está dedicada al peculiar ecosistema. La vegetación está hoy muy degradada, aunque es un espacio biológico sólo comparable al Coto de Doñana. Las diversas comunidades vegetales se exponen con detalle, lacustres y dulceacuícolas de cañizares, carrizales, etc., halófilas y matorral de las dunas con pinos carrascos que parecen autóctonos. También se estudia minuciosamente la vida animal. Primero los peces, una treintena de los principales, en vías de empobrecimiento, sustitución por especies exóticas o incluso en extinción. También crustáceos y moluscos, insectos y animales terrestres. Pero lo más llamativo son las aves, a las que se dedica una veintena de páginas, con referencias detalladas desde el siglo XVI; el interés extraordinario no reside sólo en la Albufera misma y sus bordes, lugar de nidificación y refugio, sino también en el arrozal que da la alimentación; por eso en cualquier intento de parque es imprescindible la conservación de la marjal, cultivada o no. La riqueza, sobre todo en invierno, es extraordinaria, con 250 especies, de las cuales 90 se indican en un catálogo; las anátidas forman el grupo mayor, con 40.000-60.000 ejemplares. Aparte de las autóctonas, son las migratorias e invernantes las que han dado su fama a la Albufera; según el número y la importancia biogeográfica, se estudian 20 especies en varios grupos.

## La obra humana

La segunda parte se dedica a la acción del hombre, intensamente transformadora. Las formas de actuar en los espacios húmedos son muy variadas: unas son generales, otras peculiares de cada sitio; el caso extremo es la simple y dura desaparición total para obtener tierras de cultivo; en otros casos la actuación no es en el lugar mismo, sino en los alrededores, rompiendo el equilibrio natural hidro-ecológico; por ejemplo, en las Tablas de Daimiel el descenso del nivel acuífero, de tan graves consecuencias, se debe, aparte de la sequía última, a los pozos para riego en las tierras del contorno; entre ambos extremos caben todas las gradaciones. Limitándonos al ámbito valenciano puede recordarse la desecación de lagunas interiores, especialmente desde el XVIII, como las de Villena, Salinas o la limítrofe de Almansa; el avenamiento, desde época medieval, de marjales costeros o próximos, con el caso espectacular, en el

Viene de la página anterior



Albuferenses pescando.

XVIII, de las Pías Fundaciones del cardenal Belluga en el bajo Segura o «Els Carrivals» del marqués de Elche; en algún sitio sobre todo por motivos sanitarios, como la Albufereta de Alicante. Sin embargo, es en la Albufera de Valencia donde ha tenido lugar la máxima transformación mediante rellenos o «aterraments» para arrozales.

La comprensión del largo proceso secular exige estudiar primero las cuestiones histórico-jurídicas desde la reconquista en el siglo XIII, cuando se agrega la Albufera al Real Patrimonio, con libertad de pesca y caza de aves, que, con las salinas y el arrozal, eran las formas de explotación. En 1577 se hace una delimitación, se arriendan los derechos y menudean los conflictos, también con la ciudad, en esa centuria y la siguiente. En 1708, Felipe V cede el lago como señorío, con el título de marqués de Cullera y de la Albufera, al conde de las Torres de Alcorrín, que le había servido en la guerra de Sucesión. Poco después, desde 1730 hay gran interés en ganar espacio para arrozales en el territorio del conde y fronterizos; con ello se agudizan los problemas de delimitación; la enfiteusis era el principal mecanismo jurídico de ocupación. Al fin, en 1761, el fiscal Carrasco, comisionado por Carlos III, al realizarse la incorporación de la Albufera a la Corona, realiza una hitación nueva, con detallado mapa de Romero, pero sigue aumentando considerablemente el arrozal.

Aparte de concesiones que duran poco, a Godoy o al mariscal francés Suchet, toda la primera parte del siglo XIX es un vaivén absolutista-liberal, como patrimonio real o no, hasta el paso definitivo al Estado con Isabel II en 1865 y después la cesión al municipio valenciano en nuestro siglo. Tan complejos avatares se reflejan en las formas de explotación, con detalles que sería demasiado prolijo examinar aquí.

Otro capítulo se dedica a la población, desde los escasos restos prehistóricos y más frecuentes romanos con restos notorios de una cuadrículada centuriación de tierras en la cercana Catarroja y examen cuidadoso de los topónimos medievales, tema muy del gusto del autor, hasta llegar a los tiempos modernos. Especial interés se dedica a

la vivienda genuina, la barraca, también de la Huerta, pero con ciertas peculiaridades; es una perfecta síntesis del tema en el ámbito albuferense, con la aportación novedosa de las pequeñas representaciones esquemáticas, con el rótulo «baracas», en la vista de Wijngaerde (1563), ya estudiada por el autor en otras ocasiones; hoy quedan pocas allí y en ruinas casi todas por lamentable desidia.

### Técnicas de inundación

El aprovechamiento para cultivo del arroz sigue siendo esencial en las márgenes de la Albufera. El proceso medieval de avance es paulatino, grande en el XVIII, con 5.000 ha. de arrozal, y sigue en el XIX hasta la hitación moderna que puso fin a los rellenos. Trabajo durísimo y original éste, el «aterrament», al que se dedica un capítulo; también al paludismo y a la viva polémica entre los «ilustrados». Muy complicadas y algunas típicas de la Albufera son las técnicas de inundación de los campos: agua sobrante de las huertas o fuentes o bien la del lago mismo, cuyo nivel se eleva cerrando las compuertas de las golgas y penetra por las acequias bajas; sin embargo, en algunos sitios aún ha de subirse más con bombas o con ruedas, éstas ya escasas. También es complejo el desagüe; en ciertos momentos y al final para la cosecha es por gravedad, abriendo las compuertas, o en las tierras más bajas con bombas o ruedas de acción opuesta a las anteriores. El sistema de cultivo clásico ha cambiado muchísimo, imponiéndose la mecanización; en la década de 1960, en el laboreo de la tierra, así como en la siega y trilla, luego cosechadoras (A. López Gómez: «La mecanización de los regadíos valencianos», *Estudios Geográficos*, 1968); pero se mantenía el duro trabajo del trasplante a mano de las macollas traídas del semillero; después se ha impuesto también la siembra directa.

Concluye este capítulo con el análisis de la situación ecológica, más grave que en otros espacios acuáticos porque la autodepuración ya no es suficiente por la contaminación creciente debida a las numerosas

industrias en los alrededores, la materia orgánica, sobre todo fecal, de las localidades y los plaguicidas agrarios.

La pesca constituyó durante siglos actividad importante de los ribereños, mediante el pago de un quinto (hasta 1857). Probablemente desde el siglo XIII existe el «Común de Pescadores» de Valencia, quizás desde el XVI o XVII con un «brazo» del grupo de la Albufera, pero no es una institución de siete siglos comparable al Tribunal de las Aguas, como han querido algunos. La constitución escrita, según costumbres anteriores, de la Comunidad de El Palmar es de 1857; más modesta la de Catarroja; muy conocido por su originalidad es el sorteo de los sitios de calada o «redolins». Diversas son las artes de pesca, descritas con detalle, así como las especies capturadas, pero la crisis es grave desde la década de 1960, con unas 300 toneladas entonces, por la contaminación y eutrofización de las aguas; ahora ya no cuentan la lubina («llobarro») ni la carpa, apenas la angula, la anguila sólo unas 20 toneladas y únicamente ha aumentado el mujol («llisa»).

La caza de aves, estantes o migratorias, es vieja práctica, incluso con cacerías reales. Objeto de reglamentaciones, sobre todo con Carlos III, con arrendamiento que se ha mantenido hasta hoy (por el Ayuntamiento) con las conocidas subastas de puestos, también en los arrozales de los términos circundantes; al fin se suprimirá en el ámbito del parque natural.

Apartado especial merecen las antiguas salinas, citadas ya en el siglo XIII y muy discutidas en su localización, que al fin Roselló pudo determinar con exactitud al estudiar el dibujo de Wijngaerde ya citado.

### La conservación del paisaje

Concluye la obra con los problemas de conservación, tan acuciantes en este espacio y similares. En el XVIII hubo un proyecto del marqués de La Romana de canales y un puerto de Valencia en Cullera con paso de barcos por la Albufera; los de desecación llegan incluso a nuestro siglo (!). Cesados ya los rellenos, tres son hoy las cuestiones básicas. La primera es la llegada de aguas urbanas e industriales, que se intenta evitar mediante colectores desde el plan de 1974, que progresa lentamente. La segunda es la sedimentación, para la cual el dragado es objeto de muchas discusiones. Finalmente, la reconversión del arrozal, hoy con serios problemas de rentabilidad, para maíz o incluso naranjos, como en la Ribera Alta del Júcar, pero extremadamente difícil aquí salvo en las zonas más externas.

A diferencia de otros espacios húmedos (excepto alguna actuación en las playas respecto a Doñana), especial gravedad ha tenido aquí la urbanización, iniciada en la «Devesa», en el cordón dunar. Comenzada en los años 50 con un solitario hotel (hoy desaparecido), un gran parador nacional en 1965 y, sobre todo, la construcción de bloques de apartamentos y chalés; menu-

### RESUMEN

Antonio López Gómez considera que la Albufera de Valencia es un paisaje extraordinario en sus aspectos naturales y humanos y que, aunque ha experimentado grandes cambios a lo lar-



La Albufera.

dearon las protestas y al fin se paralizó la continuación, pero el daño irreparable ya estaba hecho. Todo ello a pesar de que el lago y el arrozal inmediato (10.000 ha.) ya había sido incluido en 1965 entre las zonas de categoría A de interés excepcional como Doñana, Delta del Ebro y Tablas de Daimiel. Después se han hecho diversos planes hasta la declaración de Parque Natural en 1986 con una zonificación triple: a) el lago y la vegetación palustre; b) alta protección en el cordón de dunas e inmediaciones del lago; c) el arrozal desde el Turia a Sueca. Ojalá se continúen las medidas iniciales, se deshaga alguno de los entuertos más graves y mejore la conservación de este espacio único, de extraordinario valor paisajístico. Sin duda esta espléndida obra de Roselló contribuirá muy eficazmente al conocimiento exacto de la Albufera y servirá de base para evitar actuaciones mal estudiadas. □

Vicenç M. Roselló i Verger

*L'Albufera de València*

Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1995. 190 páginas. ISBN: 84-7826-539-2.

# Aspectos éticos de la actividad científica

Por Juan Ortín

**Juan Ortín** (Madrid, 1946) ha sido becario de EMBO y de Alexander von Humboldt Stiftung y director del Instituto de Biología Molecular del CSIC; actualmente es Profesor de Investigación del CSIC y Jefe de Grupo en el Centro Nacional de Biotecnología. Sus actividades científicas están centradas en la transcripción y replicación del genoma de virus.

Como en cualquier actividad humana, en la investigación científica hay que considerar aspectos éticos, tanto relativos al investigador como persona como a su relación con otros en el entorno profesional y con el resto de la sociedad. Estos son los objetos de discusión del libro que nos ocupa, que Francis L. Macrina dirige especialmente a estudiantes doctorales y postdoctorales, pero que resulta también interesante para profesionales a otros niveles e incluso para aquellos que, estando fuera del mundo científico, están interesados en las relaciones entre la ciencia y la sociedad. Dada la experiencia personal del autor principal, el texto hace especial énfasis en la investigación biomédica, aunque muchos de sus capítulos son generalizables a otras disciplinas científicas.

El libro tiene un marcado carácter didáctico y una de sus facetas esenciales está constituida por ejemplos o casos prácticos que serían de gran utilidad para la discusión con los alumnos. Leyendo estos casos con la perspectiva del tiempo es posible darse cuenta de que reflejan con gran realismo los problemas que se presentan en la vida científica diaria, aunque en su mayoría resultarán novedosos para los estudiantes doctorales.

## La ética personal en el ejercicio de la actividad científica

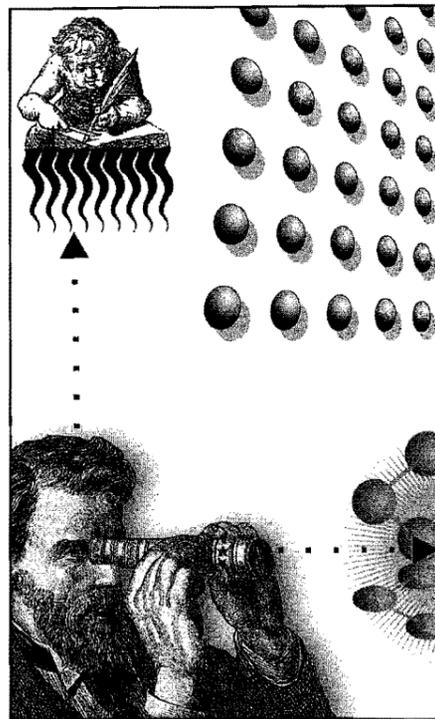
Después de algunos escándalos llamativos, que han trascendido del mundo científico hasta aparecer en la prensa general e incluso en alguna película, la gente se pregunta: ¿Hasta qué punto son íntegros los científicos? ¿Realmente mienten, engañan y se roban sus resultados tal y como parece? Obviamente las cosas no están tan mal como reflejan los escándalos, pero es cierto que existe un fondo de conductas poco éticas que han forzado a algunas instituciones a dictar ciertas normas de comportamiento. Además, y lamentablemente, la sociedad puede entender que el hecho de que ciertas teorías aceptadas por todos dejen de ser válidas de la noche a la mañana, que lo que hoy es bueno para la salud, mañana sea malo, sea consecuencia de este tipo de escándalos. Hay que transmitir a la sociedad que las teorías no se pueden «demostrar» científicamente (como vemos frecuentemente en anuncios), sino tan sólo se pueden refutar y, por tanto, tratar de mejorar.

El autor empieza por distinguir la ciencia «chapucera» del fraude científico. Los científicos, como todos los hombres, nos equivocamos. A veces por no controlar adecuadamente los experimentos realizados; otras veces por no disponer de suficiente información; incluso otras por prejuicios mentales que nos inclinan a preferir ciertos modelos sobre otros igualmente posibles. La fabricación de resultados, el fraude intencionado, es otra cosa, aunque a veces la línea de separación entre ambos no es completamente diáfana. Existen multitud de situaciones intermedias entre ambos extremos, tales como la publicación incompleta de datos, la ocultación de deta-

lles clave para la reproducción de experimentos, etc., que, sin constituir un fraude estrictamente, no pueden ser calificados de actitudes éticas en la Ciencia. Cierto es que una publicación científica no puede reflejar los oscuros caminos experimentales que a veces el azar nos hace recorrer, pero al menos se espera que muestre todos los datos relevantes para los resultados que se publican y que los describa con suficiente detalle para que puedan ser repetidos. En este contexto hay que señalar que el científico se ve sometido a una fuerte presión externa para publicar más y más deprisa. El acceso a ayudas de investigación, la promoción profesional e incluso a veces el prestigio se miden en función del número de las publicaciones realizadas. Todo ello fuerza al científico a la disyuntiva entre trabajar mejor o más deprisa y frecuentemente supone dificultades al planteamiento de proyectos de gran alcance y, por tanto, de mayor riesgo. Estas tensiones se ponen de manifiesto con gran virulencia en el caso de investigadores jóvenes, pre- o postdoctorales, para los que «esa publicación adicional» puede suponer la vida o la muerte profesional.

Es la responsabilidad de cada científico, y cuanto más «senior» mayor es esta responsabilidad, no sólo el no cometer fraude, sino el tomar todas las medidas necesarias para evitarlo. En este sentido, el autor dedica todo un capítulo a discutir los procedimientos para el almacenamiento y clasificación de los datos experimentales; hasta detalles aparentemente tan nimios como el tipo de papel a utilizar o los sistemas de seguridad en el almacenamiento electrónico. Este apartado es obviamente esencial en la elaboración de manuscritos y en la solicitud de patentes, pero a un nivel más local es también importante para que los experimentos claves puedan ser reproducidos por otros miembros del grupo y así aumentar su fiabilidad. Hoy día es muy raro el trabajo científico unipersonal. La labor en grupo permite la multidisciplinariedad y al mismo tiempo permite el control interno de la reproducibilidad de los experimentos.

El autor dedica especial interés a la consideración de dos campos de relación interpersonal en el mundo científico: las relaciones de tutoría (director de tesis-doctorando) y la evaluación entre pares («peer review»). En ambos casos lo hace desde un punto de vista eminentemente práctico y plantea problemas que surgen todos los días, empezando por la elección por parte del doctorando en potencia de un grupo de trabajo adecuado donde realizar sus tesis. En este sentido aboga por la realización de estancias rotatorias por los distintos grupos del departamento o centro, para tomar experiencia directa del tipo de trabajo, abordajes experimentales, ambiente general, etc., que existen en cada caso. Con la creciente accesibilidad a las bases de datos bibliográficos, ahora es más fácil que el aspirante a doctorando evalúe la trayectoria de publicaciones de los posibles grupos de trabajo. No obstante, es muy recomendable que el candidato obtenga información directa de los miembros del grupo de trabajo para incluir en su decisión otros aspectos del director de tesis que no son accesibles a través de bases de datos, tales como, por ejemplo: ¿Sigue de cerca el trabajo de los doctorandos? ¿Colabora experimentalmente con ellos? ¿Hasta qué punto es buena la formación científica recibida? ¿Se publican regularmente los resultados? ¿Son los doctorandos un fin dentro del grupo o sólo un instrumento laboral? Debido a la inexperiencia, estos detalles no son frecuentemente valorados por los estudiantes doctorales



ALVARO SÁNCHEZ

a la hora de entrar a formar parte de un grupo, aunque cada día son más tenidos en cuenta. En cualquier caso, se dan ocasiones en que las relaciones entre el doctorando y su director se hacen insostenibles. Para estos casos, también el autor hace recomendaciones prácticas y útiles que pueden aliviar los problemas y facilitar soluciones razonables.

Para comentar acerca de la evaluación entre pares, el autor empieza por analizar la autoría de las publicaciones científicas, una cuestión con frecuencia espinosa y origen de conflictos personales. Obviamente, debe ser autor de una publicación todo aquel que haya hecho una contribución relevante, experimental o conceptualmente, a la consecución de los resultados que se describen. El problema es que este criterio es demasiado vago y está sujeto a interpretaciones diversas por distintos investigadores o en distintas ocasiones. Para facilitar una norma práctica, el autor desgana una serie de contribuciones que «no justifican» la autoría de una publicación, tales como la contribución meramente económica, el aporte de materiales descritos o la revisión del manuscrito. Por otra parte, es esencial tener en cuenta que todos los autores de una publicación son conjuntamente responsables de ella, incluyendo en esta responsabilidad tanto los méritos como los posibles errores. Es interesante cómo el autor relaciona en este capítulo la elaboración y autoría de la publicación, las responsabilidades de los autores, etc., con las funciones que se esperan de los revisores que juzgan posteriormente los méritos de dicha publicación. El comportamiento éticamente correcto de los evaluadores es esencial para el buen funcionamiento del mundo científico. El actuar con imparcialidad y con espíritu constructivo en la crítica es condición necesaria para una evaluación justa. Además, el revisor ha de ser conocedor del tema hasta el punto que le permita emitir un juicio científicamente válido. Si se encuentra con que en algún caso estas condiciones no pueden ser cumplidas, debe devolver el manuscrito al editor. Además, el evaluador está obligado a mantener la confidencialidad de la información contenida en el manuscrito que debe juzgar y, más difícil todavía pero muy importante, no hacer uso de la información privilegiada de que dispone para su propio beneficio. Lamentablemente, el mundo de la ciencia está lleno de ejemplos en los que

de una u otra forma estas normas son transgredidas, esencialmente sin opción para la defensa de aquellos que resultan perjudicados. Debería ser función de los editores de las revistas científicas el evitar estas situaciones o, en su caso, atenuar sus efectos. Sin embargo, y a pesar de todos sus fallos, el sistema de evaluación entre pares es probablemente el menos malo entre los posibles para cribar la información científica que debe ser publicada.

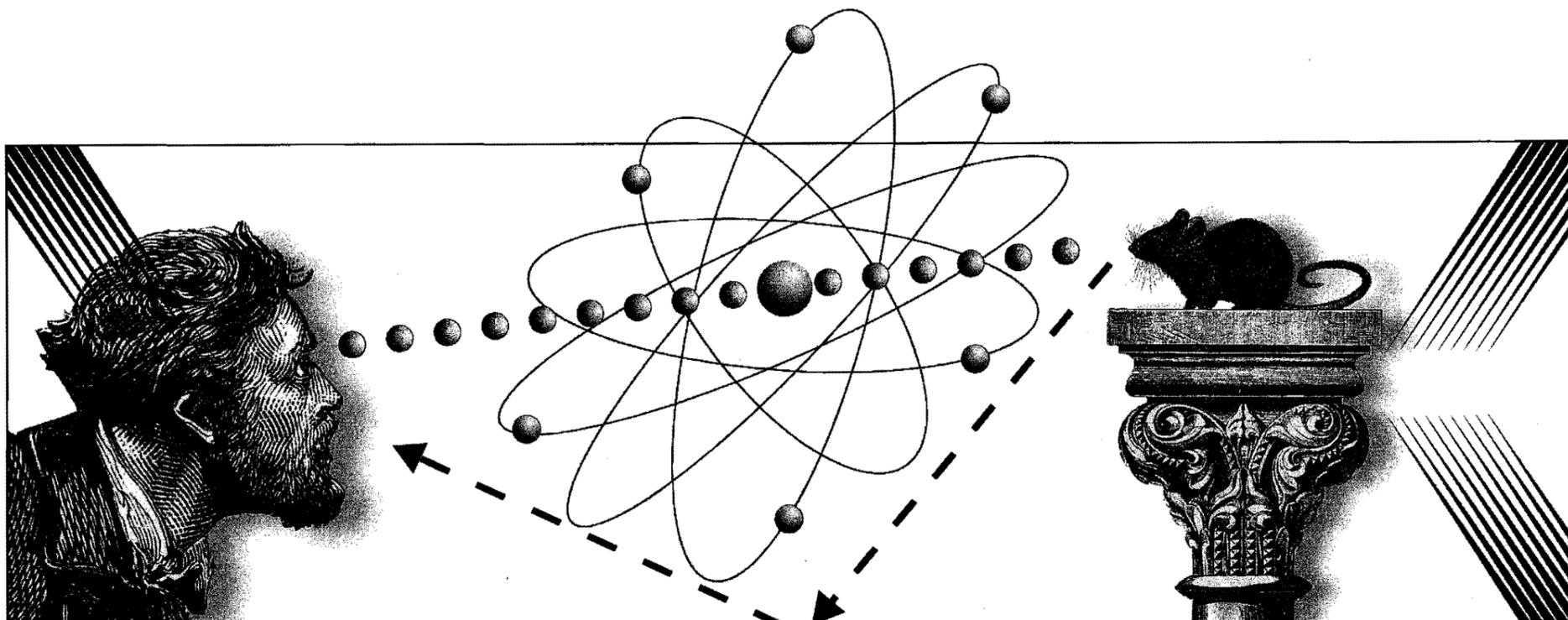
## Aspectos éticos de la relación entre la ciencia y la sociedad

No hay que perder de vista que el científico, aunque persiga objetivos que le resultan científicamente interesantes a nivel personal, vive y trabaja en una sociedad que le suministra los fondos para su actividad, bien sean éstos públicos o privados. Esta sociedad se beneficia, pero también «sufre» las consecuencias de la actividad científica y, por lo tanto, demanda unas normas de comportamiento éticamente adecuado en la relación entre el mundo científico y el conjunto social. El autor analiza algunos de estos aspectos, como el uso de animales y de humanos para experimentación, las relaciones entre el mundo académico y el empresarial y las consecuencias de las técnicas de ingeniería genética para el diagnóstico y la terapia génica, pero omite otras muy importantes, como las consecuencias de la actividad científica sobre el equilibrio ecológico y el escaso impacto de la ciencia en el remedio de los desequilibrios entre las regiones ricas y pobres en el mundo.

El uso de animales en la experimentación biomédica ha sido contestado desde largo tiempo atrás por grupos defensores de los «derechos» de los animales. El autor comienza por discutir sobre las distintas teorías éticas, teleológicas y deontológicas en que se basan estos activistas para promover la eliminación del uso de animales en los estudios científicos. Algunas de estas teorías, aplicadas en sus versiones más extremas, llegan a situaciones que son sólo sostenibles cuando se propone asimismo que se elimine el uso de animales en todo tipo de actividades humanas, como el recreo o la alimentación. Sin embargo, la actividad de estos grupos de presión ha tenido consecuencias positivas, al concienciar a los científicos del daño que se puede infligir a los animales de experimentación si no se toman precauciones accesibles y razonables. La primera de estas precauciones, aunque pueda parecer obvio, es que los experimentos planteados estén bien diseñados, persigan objetivos científicamente significativos y puedan ser estadísticamente válidos. Si no se cumplen estas condiciones, el uso de animales de experimentación no está justificado. El autor propone que, además de cumplir con las reglamentaciones vigentes, el científico debe autolimitarse en el uso de la experimentación animal mediante la aplicación de la llamada regla de las tres R: sustitución («replacement») de este tipo de experimentación cuando exista otra posibilidad alternativa; reducción («reduction») del número de animales a usar, siempre que se puedan obtener resultados estadísticamente significativos, y refinamiento («refinement») en las técnicas de manejo de los animales para evitar su sufrimiento. Es de destacar que, con los avances científicos, es posible sustituir experimentos tradicionalmente llevados a cabo en animales, como la producción de anticuerpos monoclonales o ciertos tests de



Viene de la página anterior



ALVARO SÁNCHEZ

toxicidad, por técnicas alternativas «in vitro». Sin embargo, estos mismos avances dan lugar a otras posibilidades que implican necesariamente el uso de animales y llevan consigo nuevas patologías o mayores sufrimientos para éstos, como la generación de animales transgénicos (por ejemplo, ratones mutantes con alta incidencia de tumores, modelos para enfermedades genéticas humanas, etc.).

El libro objeto de este comentario dedica especial atención a las cuestiones éticas de la experimentación clínica. Después de que salieran a la luz los sombríos episodios de ensayos sobre humanos en la Alemania nazi (y otros no menos reprobables, llevados a cabo en los Estados Unidos hasta fechas asombrosamente recientes), la investigación clínica experimental ha estado reglamentada de forma rigurosa. Un elemento clave en esta reglamentación reside en la aceptación libre e informada por parte de los individuos sujetos del estudio. Sin embargo, existen múltiples escapatorias por las que este consentimiento puede ser no tan libre o no tan correctamente informado. Por consiguiente, se dan multitud de situaciones en las que la ética del investigador supone un elemento esencial para que la investigación clínica, imprescindible para la mejora de la calidad de vida de nuestra sociedad, se lleve a cabo respetando al individuo como ser humano y a la sociedad en su conjunto. Entre las circunstancias que pueden reducir la libertad de los candidatos a participar en un estudio clínico, se discuten en este capítulo las derivadas de la insuficiente capacidad de algunas personas para comprender plenamente los beneficios y los riesgos que implica el enrolarse en el estudio. Las presiones que puede ejercer el investigador clínico sobre algunas personas, algunas veces de forma subliminal, supone que haya que tomar precauciones exquisitas para no coartar su libertad. Además, han de incorporarse limitaciones adicionales cuando se pretenda usar en un estudio clínico individuos de grupos especialmente sensibles, como discapacitados psíquicos, reclusos o menores de edad. En este sentido, el uso de personas de grupos marginales no debería exceder a las razonables para que todos los tipos raciales y sociales estuvieran adecuadamente representados en el estudio. Del mismo modo, los estudios multicéntricos internacionales deben incluir todo tipo de razas y entornos sociales para que las consecuencias derivadas de ellos tengan la generalidad que se busca, pero se debería evitar que ciertos países menos desarrollados o ciertos grupos sociales menos favorecidos sean usados como conejillos de Indias.

Finalmente, el autor dedica un capítulo a comentar las posibles consecuencias éticas derivadas de la manipulación genética, con casi exclusiva dedicación al proyecto genoma humano. La tecnología genética molecular ha permitido avanzar enormemente en el diagnóstico precoz de multitud de enfermedades genéticas, incluyendo como tales la predisposición a una serie de tumores frecuentes, y se prevé que lo hará mucho más en el futuro. Ello plantea el problema de su aplicación a gran escala. En los escasos casos en los que existe o se prevé una terapia adecuada no cabe duda de la conveniencia de su utilización generalizada, pero para la mayoría de estas enfermedades no disponemos de terapia, con lo que no está claro que sea positivo el informar a enfermos potenciales que poseen marcadores pronósticos. Asimismo, el muestreo genético generalizado plantea problemas de confidencialidad con múltiples posibilidades de discriminación del individuo en temas de empleo, cobertura de riesgos, etc., por lo que no está claro si puede ser ética la aplicación generalizada de estas técnicas a la población. A pesar de ello, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos estudia la posibilidad de crear un banco de muestras de DNA de todos los miembros del ejército norteamericano con fines de identificación de posibles bajas y la policía de Inglaterra ha comenzado la recolección de muestras similares de todos los detenidos para facilitar la identificación de sospechosos en futuros delitos. ¿Tendremos que depositar nuestro DNA en el futuro para tramitar el DNI?

### Mejora genética

Respecto de la terapia génica, no cabe duda de que su aplicación sobre tejidos somáticos, en fase experimental actualmente, es éticamente correcta. Como en cualquier otra terapia, los posibles efectos secundarios han de estar balanceados por una expectativa cierta de beneficio. Los autores no descartan la utilización futura de las técnicas de modificación génica para la «mejora genética» en humanos, de manera análoga al uso actual de la cirugía plástica, aunque en mi opinión podría haber una mejor utilización de los recursos económicos necesarios. Por contra, la terapia génica aplicada a la línea germinal pretende «prevenir» defectos genéticos «en la descendencia», y como toda medida preventiva se aplica a individuos sanos (o a su progenie potencialmente sana). Por tanto, debe cumplir unos niveles de exigencia muy superiores a los demandados en un tratamiento terapéutico. ¿Admiti-

riamos una vacuna que produjera efectos secundarios serios en un 10 ó un 1 por 100 de los vacunados? Además, estos posibles efectos secundarios, en este caso otras mutaciones inducidas por el tratamiento, podrían ponerse de manifiesto en la progenie décadas después del tratamiento.

En relación con muchas de las situaciones descritas anteriormente, se pueden plantear al científico conflictos éticos de diversos tipos: conflictos de interés, de dedicación y de conciencia. En muchas circunstancias, el interés personal del científico se contrapone a su honradez profesional: ¿conviene «seleccionar» ciertos datos para facilitar la publicación de ese artículo tan importante para mi carrera en el futuro?, ¿interesa retrasar la publicación de ese artículo de la competencia, que me ha tocado revisar, para dar tiempo a mandar nuestra propia publicación?, ¿puedo usar los resultados no publicados de mi trabajo, financiado con fondos públicos, en mis funciones de asesor de una compañía? Estas y otras cuestiones similares se plantean en el día a día de la actividad de un científico y su respuesta marca la diferencia entre un comportamiento ético y otro no ético, profesionalmente hablando.

En los últimos tiempos existe una gran presión social para que el científico básico interaccione con la industria y se transfieran sus resultados lo antes posible al mundo productivo. Esta presión se convierte en múltiples formas de cooperación entre organismos públicos de investigación (OPIS: universidades, CSIC y similares) y compañías, en medio de las cuales queda el científico básico. Ello da lugar frecuentemente a conflictos de dedicación. A pesar de recibir una retribución por su dedicación exclusiva por parte del OPI, el científico adquiere unos compromisos adicionales por parte de la compañía involucrada, que normalmente son muy demandantes de esfuerzo, y por los que recibe una retribución adicional (que está regulada legalmente en España). Ello puede dar origen a tensiones que pue-

den sufrir, por ejemplo, los estudiantes doctorales del grupo de investigación, al no recibir la atención necesaria en su formación.

Existen, además, múltiples posibilidades de conflictos de conciencia. No sólo en lo referente a utilización de animales o humanos en la experimentación, o bien a la aplicación de técnicas de recombinación genética «in vitro» para terapia génica, sino en el uso de tejidos fetales humanos para la investigación, la generación de organismos recombinantes con potencial para uso bélico o con riesgo patente de producir una catástrofe ecológica, etc. Está en nuestras manos el que la actividad científica sea para el bien de la persona y de la sociedad en que vivimos.

### Conclusiones finales

Como en toda actividad humana, el trabajo del científico conlleva actitudes que lo califican como éticamente correcto o no adecuado, bien respecto de su propia persona, de su entorno profesional o de la sociedad en su conjunto. Estas cuestiones son cada día de más actualidad, y en el libro que se comenta Francis L. Macrina hace una revisión bastante general de estos temas, con un estilo práctico y accesible, teniendo como objetivo preferente a las personas que se inician en la investigación. Estando escrito en los Estados Unidos, no es de extrañar que no considere los aspectos éticos de la biotecnología en relación con el medio ambiente, cuestiones que serían primordiales en Europa. Además, en ningún momento tiene presente los efectos que la actividad científica podría tener en el desarrollo de los países del tercer mundo y las cuestiones éticas de la dedicación relativa de fondos para temas «de moda» y aquellos con especial incidencia para el bienestar de esta parte de la población humana. A pesar de estas lagunas, se trata de un libro interesante, especialmente para los jóvenes pre- y post-doctorales. □

### RESUMEN

La actividad científica conlleva desde hace tiempo aspectos éticos muy complejos como los que se recogen, con afán didáctico y generalizador, en la obra que comenta Juan Ortín, en donde aparecen ejemplos y casos prácticos

sobre las relaciones entre ciencia y sociedad y sobre los problemas éticos que se le presentan al científico no sólo con el entorno en el que vive, sino también con sus propios colegas, con los que trabaja o rivaliza.

Francis L. Macrina (ed.)

*Scientific Integrity. An Introductory Text with Cases*

ASM Press, Washington, DC, 1995. 283 páginas.

# Dios como cultura humana

Por Rafael Argullol

**Rafael Argullol** (Barcelona, 1949) es catedrático de Estética en la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona. Ha escrito poesía, narrativa y ensayo. Entre sus obras cabe destacar: *Duelo en el Valle de la Muerte*, *La razón del mal* (Premio Nadal 1993) y *Sabiduría de la ilusión*.

Para quienes quieran introducirse en las entrañas de lo que durante cuatro milenios ha constituido la idea de «Dios» no hay ninguna duda de que éste es un libro imprescindible. Siguiendo la gran tradición del ensayismo divulgativo anglosajón, Karen Armstrong, especialista en historia de las religiones, ha escrito un texto admirable, equilibrado entre la hondura y la claridad, entre las vastas perspectivas del escenario tratado y la concisión del estilo, entre el rigor analítico de un horizonte laico y el entusiasmo de la pasión por lo religioso. Gracias, tal vez, a este juego de equilibrios, *Una historia de Dios*, rezumando competencia teológica, desborda ampliamente el ámbito teológico para convertirse en una penetrante historia de la cultura.

Hay, como es notorio, una razón de fondo para que una «arqueología» del concepto de divinidad, que es sin tapujos el asunto del libro, pueda convertirse naturalmente en una «genealogía» de las ideas: Armstrong aborda la noción de «Dios» desde el ángulo más omniabarcador, decididamente antidogmático, que halla su fundamento en la convicción de que la experiencia religiosa es «unitaria» y en cierto sentido universal, más allá de los territorios particulares de las diversas religiones. Así entendido, «Dios» se convierte en el espejo ilimitado donde se mira el ansia, también ilimitada, del hombre en busca de respuestas al enigma del mundo y a su propio enigma. Es decir, una de las maneras más sólidas de comprender lo que denominamos «cultura».

El acierto de Armstrong en su libro es el haber hecho explícita esta relación de intercambio que vincula las preguntas esenciales con las grandes respuestas simbólicas y, de una manera más precisa, la razón interrogativa con todo aquello que no obtiene contestación desde la razón pragmática. «Dios», así, no es patrimonio exclusivo del «homo religiosus», ni por supuesto del sujeto de fe, sino que se perfila como el gigantesco interlocutor —explícito, intuido, escondido o improbable, según los casos— de la mayor aventura intelectual del hombre: aquella que pone en máxima tensión su emotividad al tiempo que le exige la más considerable capacidad imaginativa para hacer frente a las zonas insuperablemente oscuras de su destino. «Dios» es lo incomprendible, pero es también lo que excede al hombre, seduciéndolo y anonadándolo alternativamente con ofertas de belleza y reclamos de sacrificio.

En su libro, Karen Armstrong rastrea las manifestaciones de la divinidad a lo largo de la historia como si se trataran de variaciones alrededor de un tema inagotable,



ALFONSO RUANO

al que las distintas religiones y filosofías han dado sucesivas formas en una suerte de ciclo en el que casi todo se repite, dándose respuesta así a necesidades siempre insatisfechas y nunca agotadas. Las máscaras de «Dios», aunque aparentemente numerosas, son unos pocos arquetipos, a veces antagonicos, a veces complementarios: el «Dios» personal que facilita el diálogo con los humanos, si bien es propenso al autoritarismo y a la tiranía; el «Dios» impersonal que llama a la puerta de las grandes intuiciones; el «Dios» de los filósofos situado en la cima de la razón; el «Dios» principio cósmico, universal, que lo penetra todo misteriosamente mientras se camufla ante los sentidos humanos; el «Dios» de pasión, apenas distinto del hombre, pero inmensamente más noble y elevado; el «Dios» de perfección, un sueño geométrico de armonías.

Paralelamente también la experiencia de lo divino, tenida con justicia como única, irrepetible e incommunicable, distinta, por tanto, en cada hombre, reúne elementos comunes, identificables y en última instancia «culturizables». El hombre ha traducido lo íntimo en «cultural» y lo cultural en «cultural» y, a la inversa, desde la cultura, a través del culto, descendemos hacia la múltiple singularidad de la experiencia sagrada: el «mysterium terribile et fascinans» lleno de violencia y atracción; el camino de la luz y también su contrario, el abismo del dolor y la oscuridad; las ofrendas del canto y del silencio; los riquísimos itinerarios del ascetismo y el misticismo; el desprendimiento de

la «apatheia» y el «pathos» de la redención... Occidente y Oriente ofreciendo trayectos que divergen y convergen a través de los espacios de la historia.

El carácter ecuménico del estudio de Karen Armstrong facilita al lector un amplísimo viaje por las grandes propuestas de las civilizaciones orientales y occidentales. La ferviente defensa que la autora de *Una historia de Dios* hace de la unidad de la experiencia religiosa propicia las transiciones entre las diversas culturas mediante tres despliegues relativamente autónomos. El primero, dedicado a las grandes enunciaciones arcaicas; el segundo, al desarrollo de los monoteísmos; el tercero, al destino de la idea de divinidad en los siglos modernos.

## «Prehistoria de Dios»

En realidad, sin embargo, el apartado primero es presentado, más bien, como una «prehistoria de Dios», etapa de formulaciones cosmogónicas en la que se incubaba la imagen más madura de lo divino. A este escenario corresponden los orígenes de las religiones arcaicas mediorientales, hindúes y helénicas, pero también, significativamente, la de la religión hebraica cuando Yahveh todavía pugna, entre otros dioses, para hacerse con el monopolio adorativo del pueblo judío. Armstrong pone de relieve los perfiles que se insinúan hasta llegar a lo que los historiadores denominan «Edad Axial», período de inflexión entre los siglos VIII y II antes de nuestra era en el que se sedimentan las principales religiones. La práctica coincidencia cronológica de Zoroastro, Buda, Confucio y Sócrates resulta un azar maravillosamente aprovechable para destacar oposiciones y encrucijadas. No menos aprovechable resulta señalar la conexión temporal entre los siglos VIII y IV de tres recorridos culturales que sellarán el destino futuro de la civilización: la composición de los «Upanisads» en la India, la escritura del grueso de libros del Antiguo Testamento y, finalmente, la triple afirmación fundacional de la épica, tragedia y filosofía griegas.

La formación y el objetivo de Armstrong le llevan, no obstante, a empeñar las principales energías en un segundo escenario, abierto con la «moralización» del hosco Yahveh arcaico, iluminado por la prodigiosa metamorfosis del «logos» hecho carne en Cristo y que, finalmente, según la autora, parece llegar a su máximo esplendor con el islamismo o, al menos, con cierto islamismo. Son de agradecer, desde esta perspectiva, los capítulos que confrontan la tradición grecorromana y el judaísmo con el naciente cristianismo, así como el mosaico en el que se dibujan los variados caminos a través de los cuales éste avanza sus primeros pasos. La enorme virtud del enfoque de Armstrong es conseguir librarse del laberinto de herejías y ortodoxias del primer cristianismo mediante su permanente comparación con nociones de la divinidad y de la experiencia religiosa situadas al margen del propio cristianismo. Mención especial merece el estudio de las actitudes contrastadas entre los cristianismos oriental y occidental, así como el vigor de las influencias griegas, judías e incluso hindúes, pues todo ello va a determinar los futuros rumbos religiosos.

Con todo, los capítulos más brillantes corresponden a la parte central de *Una historia de Dios*, donde la autora trata con autoridad y precisión las mutuas donaciones entre la religión, la filosofía y el misticismo en el Islam clásico. Ejemplar, a este respecto, es la reivindicación de la importancia de los «faylasufs», los filósofos musulmanes que se esforzaron por integrar las distintas facetas de la existencia, incluida la «existencia de Dios», mientras paralelamente establecían el puente decisivo entre la antigüedad y la modernidad. Dentro del mismo horizonte, el libro llega a su mejor momento cuando analiza la maravillosa tradición mística del Islam y, de un modo muy particular, del sufismo. El vínculo entre el «Dios imaginado» y la imaginación creadora conduce, para la autora, a alguna de las formas más bellas y puras de lo divino.

El último escenario es un final para esta historia de «Dios», pero en cierta medida es también un principio. Sobre él se escenifica la agonía moderna de Dios, su «muerte», su salida, forzada o voluntaria, de la escena empujado en parte por la razón y la ciencia y, en parte, por ilusiones alternativas a un poder considerado envejecido. Karen Armstrong repasa las sucesivas subversiones modernas de la idea de «Dios», desde la frialdad del «ateísmo científico» hasta la pasión, demasiado atea para ser realmente atea, de un Nietzsche. Lentamente vamos acercándonos a nuestro paisaje contemporáneo, haciéndonos evidente que tampoco la agonía moderna de «Dios» ha conducido a extirparlo por completo de nuestras vidas. Es un compañero, criatura de la imaginación o de la necesidad, cercano o abismal, demasiado poderoso para desvanecerse, y así rebrota con suma celeridad, aunque sólo sea para suscitar el enigma del hombre. La historia de Dios es elocuente porque es una forma de expresar la historia del hombre. Por eso el libro de Karen Armstrong es un hito importante en esta dirección. □

## En el próximo número

Artículos de Alberto Galindo, Darío Villanueva, Antonio Domínguez Ortíz, Rodrigo Fernández-Carvajal, Elías Díaz y Olegario González de Cardedal. Índice 1995.

### RESUMEN

Rafael Argullol considera imprescindible el libro del que escribe, *Una historia de Dios*, que éste es el título y éste es el tema de que trata, para quien quiera introducirse en la entraña de lo que durante cuatro milenios ha consti-

tuido la idea de Dios. Con concisión, con rigor, con claridad, la autora ha conseguido de su ensayo que desborde ampliamente el ámbito teológico para convertirse en una penetrante historia de la cultura.

**Karen Armstrong**

*Una historia de Dios*

Paidós, Barcelona, 1995. 521 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-493-0070-3.

## Huellas en la historia

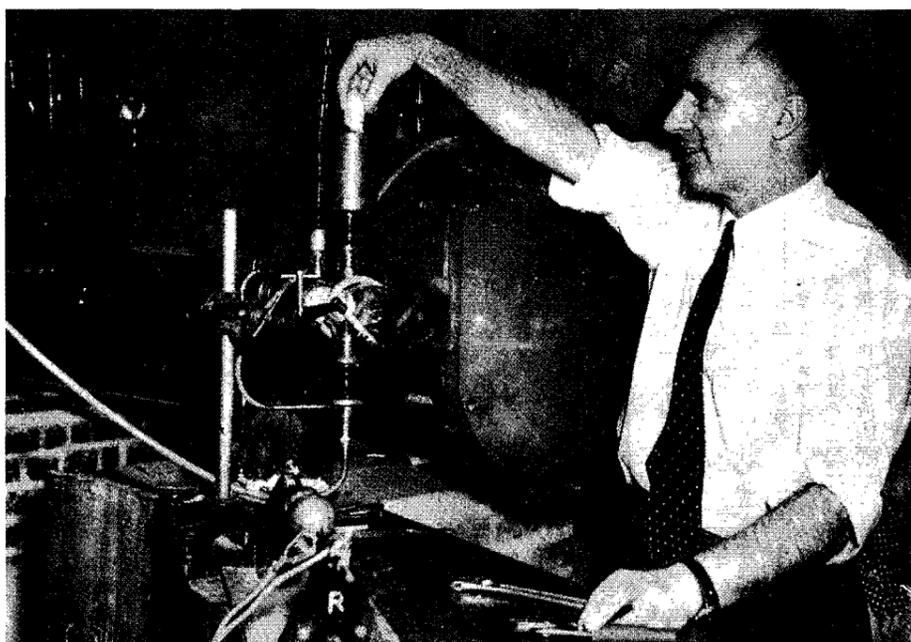
Por Alberto Galindo

**Alberto Galindo** (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico, catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense de Madrid y académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no-lineales y la física cuántica.

Los científicos españoles honraban hace un año la memoria de uno de sus hombres insignes: Miguel Antonio Catalán Sañudo (1894-1957). El centenario de su nacimiento no podía pasar inadvertido. Catalán está en las páginas del libro de la física, en el corazón del pueblo aragonés y en el recuerdo de sus alumnos y compañeros. Por encima de las conferencias y artículos que sobre su figura se pronunciaron y escribieron destaca la magnífica biografía de Catalán escrita por José Manuel Sánchez Ron, un físico teórico que ha convertido la historia de nuestra ciencia en objeto de primorosa dedicación.

Tendemos los de estas tierras a menospreciar lo nuestro; pero cuando uno se adentra en la obra de un Echegaray, de un Cabrera, de un Palacios, de un Plans o de un Terradas (por citar sólo los más próximos a mis aficiones), enseguida se percibe, con independencia de cuantas omisiones, deficiencias o incluso errores científicos cometieran, que sus cabezas fueron excepcionales y sembraron con generosidad para la cosecha de hoy. Vivieron épocas en que el apoyo institucional a la ciencia era prácticamente nulo, o muy escaso y localizado; no se habían inventado todavía los planes nacionales de investigación, ni los «quinquenios, sexenios» u otros minúsculos estímulos del momento, ni se «navegaba» por las autopistas de la información, ni se «desayunaba» uno buceando por el «e-mail», y aun así hicieron ciencia, poca o mucha, buena o regular, pero siempre por placer y vocación. Justo es que se diga, y que su recuerdo sea motivo de orgullo y estímulo de superación.

El libro que hoy nos reúne a ti, amable lector, y a mí, aprendiz de físico, es la historia de un insigne químico aragonés que alcanzó la fama por su inteligencia, esfuerzo y tenacidad en un mundo en que vivían esos míticos personajes de las fotografías del congreso Solvay, padres de la física y química modernas.



Miguel Catalán en los años 50.

¡No era fácil sorprender a quienes estaban desvelando la estructura atómica y creando la física cuántica! Miguel Catalán lo consiguió. El cómo, el cuándo y el «tempo» están magníficamente expuestos en el libro de Sánchez Ron.

Cayó esta obra en mis manos hace un año, recién salida de la imprenta; su lectura y mi compromiso de una conferencia sobre la aportación científica de Catalán en el Complejo Educativo que lleva su nombre en Zaragoza, invitado por varias instituciones aragonesas, me tentaron a «ver de cerca» los famosos multiplanes de Catalán. Desde mis años mozos, allá en las viejas facultades de Medicina y Ciencias de Zaragoza, inauguradas cuando Miguel contaba con un año de edad, y guardadas por las estatuas sedentes de Piquer, Servet, Jordán de Asso y Elhuyar, en piedra del Somontano, recordaba yo cómo en sus clases de física don Juan Cabrera nos contaba, henchido de satisfacción, la hazaña de Catalán. Fue mi primer contacto, aunque sólo verbal, con los multiplanes. En aquellos felices años no se nos enseñaba la mecánica cuántica en la Universidad, y por tanto ni entendíamos qué era aquello ni colegíamos su alcance; eso sí, nos enorgullecía la idea de que

otro de los nuestros había triunfado. Catalán había pasado por aquellas aulas cuatro décadas antes, cuando aún no presidía desde el descanso en la escalera principal la hermosa estatua de Santiago Ramón y Cajal, salida del cincel de Benlliure, flanqueada por las esculturas de Hipócrates y Arquímedes en sendas hornacinas, símbolos de la investigación para los de aquella casa.

Volvamos a nuestro libro. Sus ocho capítulos nos llevan desde la infancia de Miguel Catalán hasta su prematura muerte. En medio, años de trabajo y búsqueda, de gloria y de sufrimiento, narrados con seriedad delicada, inquebrantable rigor y claro dominio del ambiente científico y social. El autor, consciente de que muchos de sus lectores íbamos a ser científicos, no escatima esos detalles cuya exclusión hubiéramos lamentado, e incluye sendas reproducciones de la tesis doctoral de Catalán y del trabajo que le llevara a la fama. Consigue nuestro joven historiador hacernos aprender del recuerdo creando, y no recreando, ese nexo intelectual y profundo que, como ahora en su prólogo, sólo los herederos científicos son llamados a sentir. Leed el libro; lo que sigue son unas pocas pinceladas adicionales.

¡Qué certero diagnóstico el de nuestro don Santiago, cuando decía que «al carro de la cultura española le falta la rueda de la ciencia»! En la segunda mitad del siglo XX, el cultivo de la ciencia ha sido considerado asunto de Estado, alentado y promovido desde los poderes públicos, con recursos cada vez más voluminosos; pero también es cierto que antes estuvo la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE, 1907-1939), que, bajo la presidencia (hasta su muerte en 1934) de don Santiago, pensionó a lo largo de treinta años a un par de millares de jóvenes españoles para que completaran su formación en el extranjero. Es preciso conocer la situación real de las universidades y de las insti-

tuciones científicas de las primeras décadas de este siglo para valorar en justa medida la obra de sus científicos; y esto es lo que hace con detalle y autoridad el biógrafo de Catalán (aunque no pueda compartir y me duela alguna de sus conclusiones, como la referente al efecto paralizante que, según Sánchez Ron, parecía ejercer la Universidad de Zaragoza sobre quienes allí iban de profesores; tal afirmación es, cuando menos, aventurada).

Pertinente resulta en estos días recordar que entre las intenciones explícitas de la JAE destacaba la de «formar el personal docente futuro y dar al actual medios y facilidades para seguir de cerca el movimiento científico y pedagógico de las naciones más cultas». Porque «el pueblo que se aísla se estaciona y descompone». La preocupante situación actual de muchos de nuestros jóvenes científicos, a su regreso de estancias de investigación en el extranjero, sin puestos de trabajo a la vista ni en la Universidad ni en el CSIC, era ya motivo de inquietud para los legisladores que redactaron el decreto de creación de la JAE: «No olvida... el Ministro que suscribe que necesitan los pensionados, a su regreso, un campo de trabajo y una atmósfera favorable en que no se amortigüen poco a poco sus nuevas energías y donde pueda exigirse de ellos el esfuerzo y la cooperación en la obra colectiva a la que el país tiene derecho».

Miguel tuvo una de estas pensiones. En 1914 dejó su tierra natal y se vino a la Villa y Corte, decidido a doctorarse en Ciencias (sólo la Universidad Central podía conferir tal grado). Llamó a la puerta del Laboratorio de Investigaciones Físicas de la JAE, que dirigía don Blas Cabrera. Quería hacer investigación, y eligió el mejor sitio. Allí ingresó en 1915, estudió, se familiarizó con las técnicas experimentales e hizo su tesis doctoral, en la Sección Espectrográfica, bajo la batuta de don Angel del Campo. Dos años y medio tardó. El fruto es una memoria cuya introducción es todo un cántico a la modestia: «Cualquier estudio, por pequeño que sea, aunque a primera vista parezca de interés mediocre, creemos debe ser publicado para que otro investigador, de más inteligencia o de más suerte... Por eso yo, que he laborado con gran constancia, durante algún tiempo, presento aquí el modesto fruto de mi trabajo, en la seguridad de que él, en sí, no significa nada...».

Titulada *Electroquímica del magnesio. Nuevas líneas en su espectro y en el de la plata*, en su tesis doctoral Catalán presenta con rigor el estado del arte en ese tema y de su cosecha añade doce nuevas líneas al espectro conocido del magnesio, en cuatro tripletes que encajan en las series secundarias primera y segunda, y diez nuevas líneas al espectro de la plata, probando en éste la existencia de la serie principal.

Era aquella época la del átomo de Bohr-Rutherford y de la «vieja» mecánica cuántica, por un lado; del otro, la gravitación newtoniana, doscientos años incuestionada, dejaba paso al más bello constructo de la inteligencia humana: la gravitación como geometría, o la

### En este número

Artículos de			
Alberto Galindo	1-2	Eliás Díaz	8-9
Darío Villanueva	3	Olegario G. de Cardedal	10-11
Antonio Domínguez Ortiz	4-5	Índice 1995	12
Rodrigo Fernández-Carvajal	6-7		

SUMARIO en página 2





## Huellas en la historia

relatividad general einsteiniana. Como tantas otras veces, llegábamos tarde, y las modernas corrientes científicas no hallaban hueco natural en los planes de estudio (plan 1903 del ministro García Alix, vigente hasta bien entrada la década de los 40); de ahí el dolido recuerdo de Blas Cabrera en una conferencia radiofónica en 1936 titulada «La física que aprendió nuestra generación y la que hoy se enseña», donde habla de los «dramáticos trances» que había atravesado para «penetrar en la estructura del mundo atómico» y afirma que «ninguna generación se ha visto en esta situación obligada a profesar una ciencia que aparece más remota de la que aprendió en las aulas universitarias que la que separaba el saber de nuestros profesores de lo que enseñaban los filósofos griegos». Debí de serles muy duro quebrar lo aprendido en la «vieja ciencia» y resignarse a ignorar «media realidad». Aún hoy, grandes científicos educados plenamente en la física moderna confiesan su incapacidad para entender los misterios de la física cuántica, de la nueva doctrina que, por la juventud de sus progenitores, algunos

llamaron «Knabenphysik»; y así, dice Steven Weinberg en su reciente libro *Dreams of a Final Theory*: «I admit to some discomfort in working all my life in a theoretical framework that no one fully understands».

Dominaba el primero de los escenarios el físico matemático alemán Arnold Sommerfeld, quien con sus reglas de cuantificación para sistemas multiperiodicos («Was dem  $\psi$  recht ist, ist den  $r$  billig!») ponía algo de orden en aquel nuevo, discreto y abigarrado mundo de la luz atómica («lo que ahora escuchamos del lenguaje de los espectros es una verdadera "música de las esferas" dentro del átomo, acordes de relaciones enteras, un orden y una armonía que se hace siempre más perfecta a pesar de la rica variedad»). Pasados los primeros efectos del espectacular triunfo del modelo atómico de Bohr a principios de 1913 al explicar el espectro del hidrógeno (que haría exclamar un año después a Einstein: «¡Muy interesante! Algo tiene que haber detrás. No creo que sea meramente fortuita la deducción del valor absoluto de la constante de Rydberg», y que seguía maravillándole en su vejez: «Dies ist höchste Musikalität auf dem Gebiete des Gedankens»), y que los experimentos de Franck-Hertz remacharían entre 1914 y 1919, las cosas se habían complicado: los niveles de átomos con dos electrones no se prestaban al juego teórico, las intensidades de las líneas espectrales tampoco, y no digamos ya los procesos de colisión. De «Schnauze» hablaría Pauli (o adivinación diría Weyl) para referirse al proceso que los físicos seguían para desentrañar la complejidad de las líneas espectrales antes del advenimiento de la moderna teoría cuántica allá por 1925. En palabras del padre del magnetismo moderno, Van Vleck, extraídas de su contribución homenaje en 1979 a la memoria de Blas Cabrera, «quantitative accord with experiment could sometimes be achieved by doctoring the formulas in a rather arbitrary fashion». Bohr era el primer escéptico; su modelo explicaba la luz del hidrógeno, pero sus propias hipótesis eran insostenibles por la física conocida. ¿Cómo justificar la existencia de los estados estacionarios, de las «Holdeplader»? Para el tozudo danés no era cuestión de tender puentes clásicos que salvaran el abismo; había que construir «ex novo» la física del otro lado de la brecha.

El trabajo fundamental de Catalán es de febrero-marzo de 1922; se titula *Series and other regularities in the spectrum of manga-*

*nese*, fue presentado el 22 de febrero, leído el 23 de marzo y publicado el 20 de julio de ese año en las *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, 223, págs. 127-173 (1922). En la introducción justifica el autor esta investigación diciendo: «It seemed possible that the careful study of a spectrum rich in lines would lead to the discovery of new or more general laws», para advertir de inmediato y lacónicamente que «the results obtained have exceeded expectations».

Este trabajo desveló la existencia de términos espectrales de multiplicidad superior a tres (incluso septetes); los conjuntos de hasta catorce líneas espectrales procedentes de transiciones entre estos términos o niveles más complejos fueron bautizados por Catalán con el nombre de «multipletes». Este «terminus technicus» (como dice Jammer) se ha quedado en la física para siempre, y hoy se usa tanto en la física atómica como en la nuclear o de partículas. El hallazgo de Catalán produjo gran revuelo en los círculos especializados de espectroscopistas, astrofísicos y físicos teóricos, y la búsqueda general de multipletes en los espectros atómicos llegó a ser rutina en los protocolos de laboratorio. Ese mismo año, en junio, el gran Bohr comentaba los resultados de Catalán en sus conferencias sobre *Theory of atomic structure* desarrolladas en Gotinga frente a alumnos de la talla de Heisenberg y Pauli. Incluso antes de enviar a publicar su manuscrito, Catalán se lo dejó a Sommerfeld durante la visita de éste a Madrid a finales de febrero y principios de marzo de 1922. Su impresión fue fantástica; había estado aplicando sus ideas del número cuántico interno con los pocos datos experimentales que se tenían de los alcalinos y alcalino-térreos, y los resultados de Catalán le brindaban campo amplio para comprobar sus principios.

Comenzó de este modo entre ambos una estrecha relación que duró siempre. En agosto de 1922 Sommerfeld envía a publicar un trabajo titulado *Über die Deutung verwickelter Spektren (Mangan, Chrom, usw.) nach der Methode der inneren Quantenzahlen in Annalen der Physik*, 70, págs. 32-62 (1923), inspirado en los multipletes de Catalán, en el que demuestra cómo éstos encajan perfectamente en su método basado en los «inneren Quantenzahlen» y lo apoyan.

Sobre la mente de Miguel parecían ejercer los números una intensa fascinación («...separadas siempre por una distancia, ¡asómbrese!, de 10967,78. ¿No le recuerda a V. este número algo? Parece  $N/10$ , ¿verdad?...» [N era la notación entonces para la constante de Rydberg]), que inevitablemente nos recuerda a la de aquel maestro de escuela, Balmer, que, obsesionado con las proporciones en las catedrales, las cifras de la bestia, el número de escalones en las pirámides, etc., consiguió resumir las líneas espectrales del hidrógeno en una maravillosa fórmula. La muerte impidió que Miguel Catalán tomara posesión como académico de la Real de Ciencias. En el discurso que estaba preparando para la ocasión se deja llevar por una vena poética contrapunto a su otra pasión por los fríos números: «Vivimos en un mundo integrado por los más diversos materiales... Qué rica variedad en el color que encontramos, desde las amapolas rojas hasta el brillante azul del cielo; en la ligereza, desde el denso plomo hasta los sutiles aromas de las flores...». Como a más de uno, la hermosa visión abreña de las llanadas cerealistas a uno y otro lado de la sierra de Alcubierre, salpicadas de ababoles bajo el firmamento azul y un sol eternamente alto, debió de encenderle alguna vez el corazón. □

### Qué es

**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

Todavía vivo el eco de la conmemoración, el año pasado, del centenario del nacimiento de uno de los científicos españoles más insignes, Miguel Catalán, a su obra y a su mundo dedicó Sánchez Ron una biografía que, en este artículo,

recorre Alberto Galindo, deteniéndose en algunos de los hechos más notables de la actividad científica de este químico aragonés, que se codeó, en circunstancias nunca fáciles, con los padres de la física y de la química modernas.

José Manuel Sánchez Ron

Miguel Catalán. Su obra y su mundo

Fundación Ramón Menéndez Pidal/CSIC, Madrid, 1994. 550 páginas. 6.058 pesetas. ISBN: 84-00-07418-1.

### SUMARIO

	Págs.
«Huellas en la historia», por Alberto Galindo, sobre <i>Miguel Catalán. Su obra y su mundo</i> , de José Manuel Sánchez Ron	1-2
«La novela de la memoria», por Darío Villanueva, sobre <i>Tiempo de guerras perdidas</i> , de José Manuel Caballero Bonald	3
«Un caso de marginación social: los marranos», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Los marranos españoles según las fuentes hebreas de la época. Siglos XIV-XVI</i> , de Benzion Netanyahu	4-5
«Política nueva, Derecho nuevo», por Rodrigo Fernández-Carvajal, sobre <i>La lengua de los derechos</i> , de Eduardo García de Enterría	6-7
«Aranguren: la democracia como moral», por Elías Díaz, sobre <i>Obras Completas (III. Ética y Sociedad)</i> , de José Luis L. Aranguren	8-9
«Rahner o la teología del siglo XX», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Die Brüder Rahner. Eine Biographie</i> , de Karl H. Neufeld	10-11
Índice 1995	12

# La novela de la memoria

Por Darío Villanueva

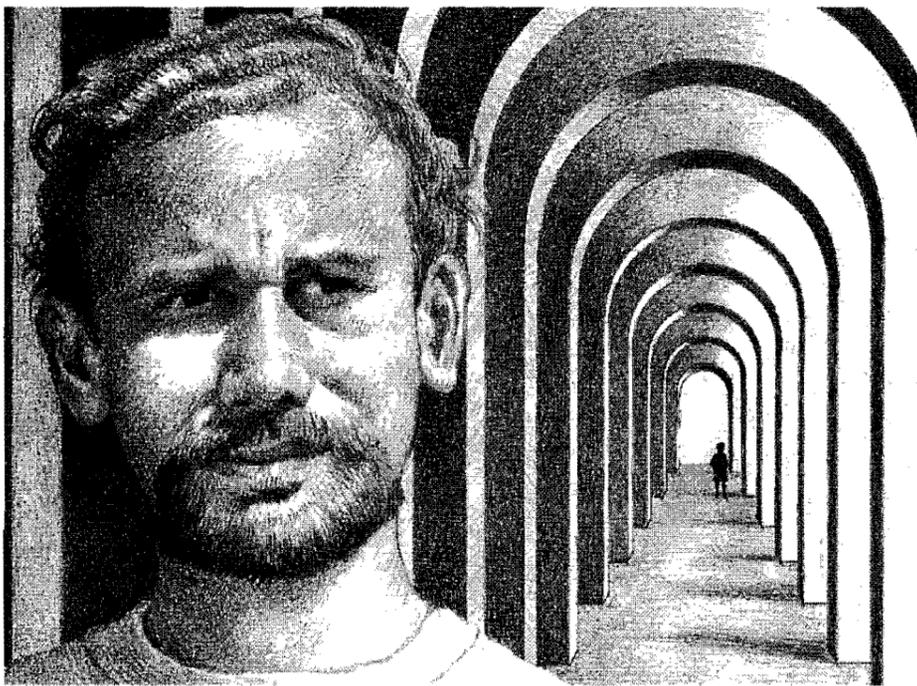
**Darío Villanueva** (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y rector de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre sus últimos libros se cuentan: *El polen de ideas* (Teoría, Crítica, Historia y Literatura comparada), *Teorías del realismo literario y dos volúmenes colectivos por él compilados: Avances en Teoría de la Literatura y Curso de Teoría de la Literatura*.

A principios de nuestro decenio se editaron diversos homenajes al grupo de escritores de la llamada «generación del medio siglo», que irrumpieron con nueva savia en la escena literaria española de los años 50. Carme Riera acababa de publicar, en 1988, su estudio sobre la llamada «escuela de Barcelona» —de la que ha seguido ocupándose, al igual que otros investigadores, como Laureano Bonet—, pero no dudo de que en aquel interés influyó la desaparición consecutiva de Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, a la que pronto se sumaron las de Juan Benet, Juan García Hortelano y, más recientemente, Alfonso Grosso, que, junto a las muertes previas y prematuras de Ignacio Aldecoa, Luis Martín Santos, Alfonso Costafreda, Juan Ferraté o Jesús Fernández Santos, diezmaron las filas de aquellos poetas, novelistas y dramaturgos que habían sido niños cuando la guerra.

Una de aquellas publicaciones conmemorativas correspondió a la *Revista de Occidente* (número 110-111, julio-agosto de 1990), que aportó entonces, precisamente, poemas, cartas y otros textos inéditos de Gil de Biedma y de Barral, y diversos escritos sobre ellos. Entre estos últimos destacaré la aportación de José Manuel Caballero Bonald, porque con la teoría del memorialismo que contiene, elaborada al hilo de los tres libros de este género escritos por Barral y de su novela autobiográfica *Penúltimos castigos*, estaba sentando las bases de la primera entrega de sus propias memorias: *Tiempo de guerras perdidas*.

Aludía entonces Caballero Bonald a «los desordenados almacenes del recuerdo» y a que, también en este género, lo que más «interesa y prevalece es el hecho estético consumado». Con una argumentación que viene a coincidir con la de los más modernos teóricos de la llamada «literatura del yo», desde Lejeune a Eakin, nuestro escritor afirmaba que «una autobiografía o acepta con mayor o menor astucia convertirse en un artificio literario o viene a consistir en un método de introspección donde con bastante frecuencia la sinceridad queda supeditada al lucimiento o la autocomplacencia» (pág. 75). En particular, repara en una de las objeciones que desde los primeros trabajos de Gusdorf se le han hecho a la posible veredición de memorias, autobiografías y confesiones: que, por mucho que partan de experiencias reales del autor, el texto, por su carácter de segunda lectura de lo vivido que posee, procura racionalizar y dar una coherencia artificial a lo que fue el flujo caótico de la existencia. De este modo, tiende siempre a atribuirle un sentido teleológico a la cadena de los acontecimientos vividos, que cuando acontecieron pudieron tener otros significados, o —lo que es más común— no encerrar ninguno. Caballero Bonald ponía un claro ejemplo de lo que decimos: las narraciones autobiográficas de Carlos Barral aparecen transidas de la percepción depresiva de una decadencia, de un «tránsito hacia el acabamiento» que obedece más al momento de la escritura que al de la vivencia real, a la par que se adornan de todos los recursos propios de lo novelístico, entre ellos la creación de un personaje central.

Por eso, es de destacar antes que otra cosa en *Tiempo de guerras perdidas* la perfecta



FUENCISLA DEL AMO

imbricación entre un relato de la vida de su autor, desde su nacimiento en Jerez de la Frontera en 1926 hasta su definitiva licencia militar obtenida en Cádiz veintisiete años después, y una reflexión implícita, al modo cervantino, sobre los entresijos teóricos de la literatura autobiográfica y memorialista. En primer lugar, el escritor rotula su libro, debajo del título, como parte inicial de una serie concebida como «La novela de la memoria», y no faltará a este respecto a lo largo del texto referencias a transformaciones previas de lo vivido y recordado en sustancia de sus novelas, sobre todo de *En la casa del padre*, que es de 1988. Por ejemplo, en la página 245 Caballero Bonald reconoce que está reiterando en clave memorialística «historias vividas por mí y aprovechadas como injertos ocasionales en mi obra novelística», pues «a fin de cuentas, el hecho de redactar unas memorias también equivale a montar una novela a partir de esa memoria».

## Dificultad para mirar de lejos

Se siente obligado, así, a poner en cuarentena el crédito que se pueda otorgar a semejantes evocaciones, y titula el primero de sus capítulos de este modo: «Serías dificultades para mirar de lejos». Reconoce, en especial, como muy cierta aquella contaminación del pasado por el presente y, haciendo suya la dialéctica ayaliana entre recuerdos y olvidos, empedra su texto de continuas cláusulas de inseguridad, duda o indeterminación. Su memoria es «borrosa»; posee «contusiones», «espacios vacíos», «subalternos resquicios», «cabos sueltos», «imágenes trucadas», una especie de «cortina interceptora» o de «cristales esmerilados» que entorpecen la visión; adolece de «fragmentación topográfica», «archivos descalabrados» y «almanaques inciertos». No oculta, sino todo lo contrario, que a veces «he olvidado —o me he defendido olvidando— los pormenores» (pág. 203), que en otras ocasiones ha sucumbido a la tentación de alimentar «la inventiva de mis propias jactancias» (pág. 65) y que, en definitiva, todo el proceso «es como si estuviese leyendo un texto que me he aprendido previamente de memoria» (pág. 263).

Mención aparte merece el valor que este libro encierra para contrastar hasta qué punto se puede admitir aquella «generación del medio siglo» como una realidad iluminadora de nuestra reciente historia literaria, y no como la aplicación mecánica de la controvertida teo-

ría de Petersen que, tras su éxito inicial entre nosotros gracias a Ortega, ha tenido que padecer una larga travesía del desierto. Los propios creadores la rechazan con frecuencia, porque parece desmerecer la personalidad individual, la originalidad irreplicable que cada uno de ellos se atribuye a sí mismo; pero, desde otro punto de vista, no cabe duda de que a través del concepto de generación o, mejor, de las «comunidades de edad» postuladas por Karl Mannheim, lo individual se incardina en lo colectivo, no para disminuir la identidad creativa de cada escritor, sino para reforzarla en cuanto voz privilegiada, intérprete del sentir de muchos que con su recepción anuente de la obra ratifican su vigencia artística y social.

Caballero Bonald adopta una postura realista y ecuánime a este respecto. No le duelen prendas en referirse a «los poetas de mi entorno generacional» (pág. 324), y el propio título de su libro se sitúa en la estela de los tiempos «de silencio» y «de destrucción» de Luis Martín Santos. Igualmente, se refiere a la antología «del grupo generacional del 50» (pág. 273) preparada por Juan García Hortelano, y quiero ver un a modo de homenaje al autor de *El gran momento de Mary Tribune* cuando, sin identificar su fuente, reproduce una expresión de aquella novela que se me quedó en la memoria: «...andaba por ahí bebiendo y “la noche comenzaba a no tener paredes”» (pág. 359).

En especial, la marca distintiva de los escritores del medio siglo nace de no haber participado activamente en la guerra civil, sino haberla padecido desde la perspectiva asombrada del niño, como recuerda el título de un poemario de Antonio Rabinad publicado en 1966. De este asombro han dejado cumplido testimonio poético Angel González, Carlos Barral, José Agustín Goytisolo, Jaime Gil de Biedma y José Angel Valente, entre otros, y

## RESUMEN

*José Manuel Caballero Bonald, al ocuparse de algunos libros autobiográficos de compañeros de su generación, la del medio siglo, hablaba, hace unos años, de «los desordenados almacenes del recuerdo», tal vez pensando ya en revolver en los suyos: el re-*

ahora José Manuel Caballero Bonald lo ratifica narrativamente en el segundo y excelente capítulo de su libro, bajo el título de «Regiones devastadas». En su conjunto, *Tiempo de guerras perdidas* confirma lo que ya sabíamos: que la guerra civil determinó la suerte histórica de todos los españoles, escritores o no, nacidos por aquel entonces, haciéndolos, primero, «niños asombrados»; luego, sujetos pasivos de la educación nacionalcatolicista de los cuarenta, universitarios autodidactas y rebeldes, y, finalmente, la primera generación adulta que, dentro de España, protagoniza el antifranquismo.

Ya cuando la publicación de la última novela de Caballero Bonald, tan próxima por múltiples motivos a *Tiempo de guerras perdidas*, se había hablado de un posible «déficit de sustancia narrativa» en ella, compensado con creces, no obstante, por el escrupuloso desarrollo formal de su discurso; y algo semejante se puede aducir en relación a esta «novela de la memoria» del escritor andaluz. Ambas comparten una semejante brillantez expresiva, fruto de su prosa demorada, en donde cada palabra está eficazmente escogida en sí misma y en cuanto elemento de una secuencia para que, sin dejar de cumplir con su función referencial, ostente valor en sí misma. El equilibrio alcanzado por Caballero Bonald a este respecto sigue siendo admirable, y le acredita de nuevo como uno de los más perspicaces valedores entre nosotros de un «grand style» para la narrativa, que con tanta energía dialéctica y oportunidad defendiera Juan Benet en contra del «faprestismo» de la literatura comprometida de los años 50 y 60.

En este sentido es de notar que en estas páginas Caballero Bonald aporta un interesante testimonio de lo que fue su formación literaria y su aprendizaje como poeta hasta la publicación en 1952 de su primer libro, *Las adivinaciones*, objeto aquí de una lúcida autocrítica (pág. 298 y siguientes). Amén de confesar sus filias y fobias de aquel entonces como lector, revela cómo comenzó a sentirse cabalmente escritor cuando sustituyó la primacía del «invento poético de la experiencia» por una «experiencia directamente coaligada con el lenguaje» (pág. 118), hasta el extremo de poder afirmar con toda rotundidad que «la poesía es esencialmente un “acto del lenguaje”» (pág. 227).

Estas mismas ideas, como la requisitoria de Juan Benet antes mencionada, deben seguir siendo esgrimidas en contra de esa otra inclinación tan posmoderna a olvidar lo esencial de la literariedad: la eminencia de la palabra que vence al tiempo. Cuando, ya en las páginas finales de su texto, José Manuel Caballero Bonald escribe que «la concordancia del recuerdo está plagada de anacolutos», no se está refiriendo, por supuesto, a defectos de escritura, sino a esa especie de «principio de indeterminación» que, inspirado en el de la física cuántica, le sirve ahora para indicar una de las características que hemos destacado más en la presente obra memorialística: la renuncia expresa por parte del autor a la quimera de una fidelidad absoluta, y probablemente imposible, hacia lo que el primer tramo de su vida fue en realidad. □

**José Manuel Caballero Bonald**

*Tiempo de guerras perdidas*

Anagrama, Barcelona, 1995. 365 páginas. 2.450 pesetas. ISBN: 84-339-0990-0.

# Un caso de marginación social: los marranos

Por Antonio Domínguez Ortiz

**Antonio Domínguez Ortiz** (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

Aunque la palabra «marginados», para designar a quienes por imposición externa o por propia voluntad se mantienen fuera del marco de la sociedad establecida, no se divulgó hasta los sucesos de 1968, la realidad es tan antigua como la historia humana. Los españoles tenemos el dudoso honor de haber albergado una riquísima colección de marginados: pícaros, gitanos, conversos, marginados sexuales... Muchas de estas categorías existen o han existido también en las demás naciones de Europa, pero en ninguna han dado origen a unos estudios tan completos, a una bibliografía que en algunos casos llega a ser abrumadora; en especial, la referente a los conversos islámicos («moriscos») y a los de procedencia hebraica se incrementa cada año con centenares de títulos, poseen revistas propias y su estudio rebasa mucho nuestras fronteras. Son estudios internacionales, que en el caso de los moriscos empalman con reivindicaciones actuales. No así en cuanto a los descendientes de judíos expulsados («sefarditas»), que son todavía un fenómeno actual, pero en vías de extinción.

El título de la obra *Los marranos españoles*, de B. Netanyahu, profesor de la Universidad de Jerusalem, sorprenderá a la mayoría de los lectores, porque la palabra «marrano», de incierta etimología, ya no designa entre nosotros a una clase social; en realidad, nunca se usó mucho en Castilla; eran más frecuentes las de «confeso», converso y actualmente judeoconverso, que es la más acertada, porque los moriscos también eran conversos. Los especialistas de estos estudios, sobre todo los extranjeros, siguen usando la palabra «marrano» para designar a los conversos de origen judío. Personalmente creo que sería acertado reservarla a los de origen portugués, que formaban, dentro del grupo, un subgrupo con características peculiares.

El destino de los judíos españoles fue decretado por los Reyes Católicos de forma

que no admitía medias tintas; los que no se bautizaran tendrían que marchar al exilio; en cuanto a los falsos conversos caerían bajo la jurisdicción del Santo Oficio. Frente a esta claridad brutal, los reyes portugueses adoptaron una política más tortuosa: ordenaron la expulsión de los judíos por presiones de sus parientes los reyes castellanos, pero, poco dispuestos a perder unos súbditos laboriosos, pusieron tantas dificultades a su salida que en la práctica la mayoría de los judíos portugueses fueron bautizados bajo presión. Nada tiene de extraño que los conversos lusitanos fueran mucho más sospechosos en cuanto a la autenticidad de su cristianismo que los españoles. A estos conversos portugueses hay que añadir bastantes judíos españoles que escogieron a Portugal como su segunda patria y sufrieron los mismos avatares que los nativos. En conjunto, su presencia era sobre todo visible y activa en Lisboa y en la región montuosa de Trás os Montes. Llegaron a controlar el comercio y las finanzas de Portugal hasta un punto que nunca consiguieron, ni de lejos, sus correligionarios de Castilla. La Inquisición lusitana (autónoma incluso después de la unión de 1580) los persiguió con dureza, pero cuidando de no matar la gallina de los huevos de oro. Al verificarse la unión de ambas coronas, los conversos portugueses emigraron en gran número a España, y desde aquí muchos se encaminaron después a Nantes, Ruán, Liorna, Amsterdam y otras ciudades comerciales.

## Una realidad varia y cambiante

Es a estos judíos de origen portugués, entre los que destacaron grandes personalidades de las letras, a los que con más propiedad conviene el nombre de «marranos», al menos mirando las cosas desde el punto de vista español y teniendo en cuenta la distinta evolución de los conversos españoles, de los cuales una notable proporción, quizás la mayoría, eran cristianos auténticos. Pero dicha palabra también refleja en su ambigüedad esa realidad varia y cambiante. Hace ya bastantes años, el hispanista italiano Arturo Farinelli (a quien nunca rendimos el tributo que merecía su devoción por nuestras cosas) publicó un folleto corto de páginas y largo de contenido: *Marrano (Storia di un vituperio)*. Cuenta en él que aparece por primera

vez tal palabra, con el significado de cerdo, en un documento del siglo X. En fecha indeterminada empezó a aplicarse a los judíos, con carácter despectivo y seguramente en alusión a los tabúes alimenticios legales. Se han propuesto otras etimologías, posibles pero no comprobadas. En 1380, el rey Juan I de Castilla prohibió que se aplicara a los judíos. En los cancioneros del siglo XV, en los que abundan las composiciones antijudías, aparece con frecuencia. La expulsión de 1492 y la contemporánea presencia en Italia del recién surgido imperialismo hispánico motivaron, como reacción, que se motejara a los españoles de moros y marranos, exagerando la participación de estas minorías en la etnia nacional. El mismo proceso se dio en Francia y, con efectos más débiles, en otros países europeos, pero desde fines del XVI decrece el uso de «marrano» como apodo denigrativo de los españoles en general y de los judíos de origen hispano en especial. Se mantuvo con más fuerza en relación con los judíos y judaizantes lusitanos.

Estas indicaciones preliminares eran necesarias para explicar la extrañeza que, como ya queda dicho, producirá en el público español el título de la obra del profesor Netanyahu.

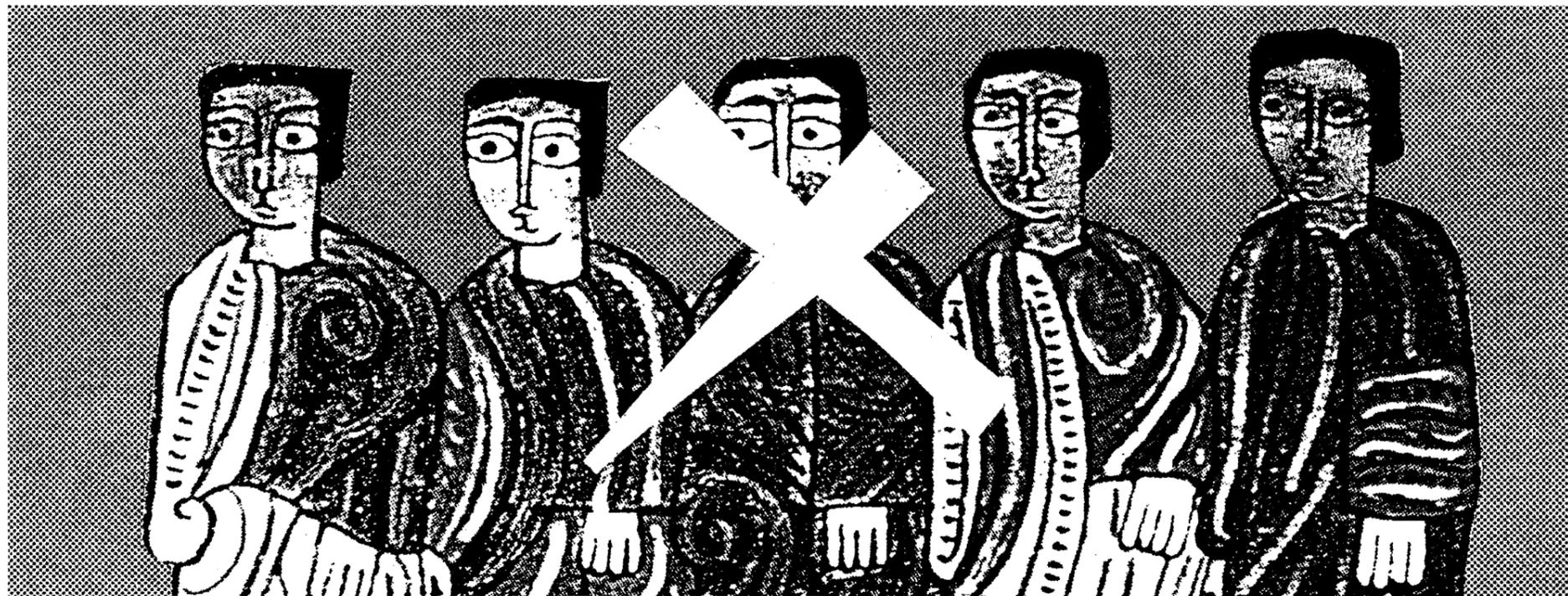
Benzion Netanyahu procede de una familia de hebreos lituanos que emigró a Palestina en 1920; su padre fue un ardiente defensor de los derechos del pueblo de Israel a recuperar su antigua patria, y Benzion también ha trabajado por este ideal a través de una intensa vida académica. Discípulo del eminente historiador Y. Baer, autor de una renombrada *Historia de los judíos en la España cristiana*, se graduó en la Universidad de Jerusalem, y desde entonces, unas veces en Israel, otras en Estados Unidos, con ocasionales estancias en España, ha trabajado en el libro, la prensa y la actividad política por la causa sionista. Sería muy largo detallar los frutos de esta labor, dirigida en buena parte al conocimiento de los judíos y conversos españoles; bastará recordar su primera obra, una biografía de don Isaac Abravanel, filósofo y estadista, hombre de confianza de los Reyes Católicos, que se mantuvo fiel a su pueblo y lo acompañó en el exilio; *The Marranos of Spain*, del que aquí damos cuenta; y, como broche de su carrera y resumen de sus teorías, *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain*. Son obras polémicas, por su propia naturaleza y por el temperamento de su autor,

documentadas, aunque de forma unilateral; Netanyahu no ha frecuentado los archivos españoles, y éste es, sin duda, un factor a tener en cuenta, pero ha leído muchas fuentes impresas de la Baja Edad Media (rara vez ha extendido más allá sus investigaciones) y conoce a la perfección una literatura rabínica que entre nosotros cuenta con pocos estudiosos, las «responsas» o pareceres jurídicos, la literatura homilética, etc. Constituye, por tanto, su obra un útil complemento a otras, más versadas en fuentes estatales o inquisitoriales, pero deficientes en cuanto a la literatura emanada de los propios hebreos en las épocas anteriores e inmediatamente posteriores a la expulsión.

La tesis central de Netanyahu, y la que más controversia provoca, puede resumirse así: la mayoría de los «marranos» habían roto por completo con su antigua religión; o eran cristianos sinceros, incluso ejemplares (recuérdense los casos de Juan de Avila, Teresa de Jesús, Luis de León y otros famosos escritores), o habían caído en el escepticismo religioso más absoluto. ¿Cómo se explica, entonces, la fundación de la Inquisición? No por motivos religiosos, sino políticos, sociales y raciales. La Inquisición española, más que al falso converso perseguía al miembro de una clase social que suscitaba odio y envidia por su capacidad para ascender, para triunfar, e incluso, en no poca medida, podría decirse que perseguía al judío en su identidad racial.

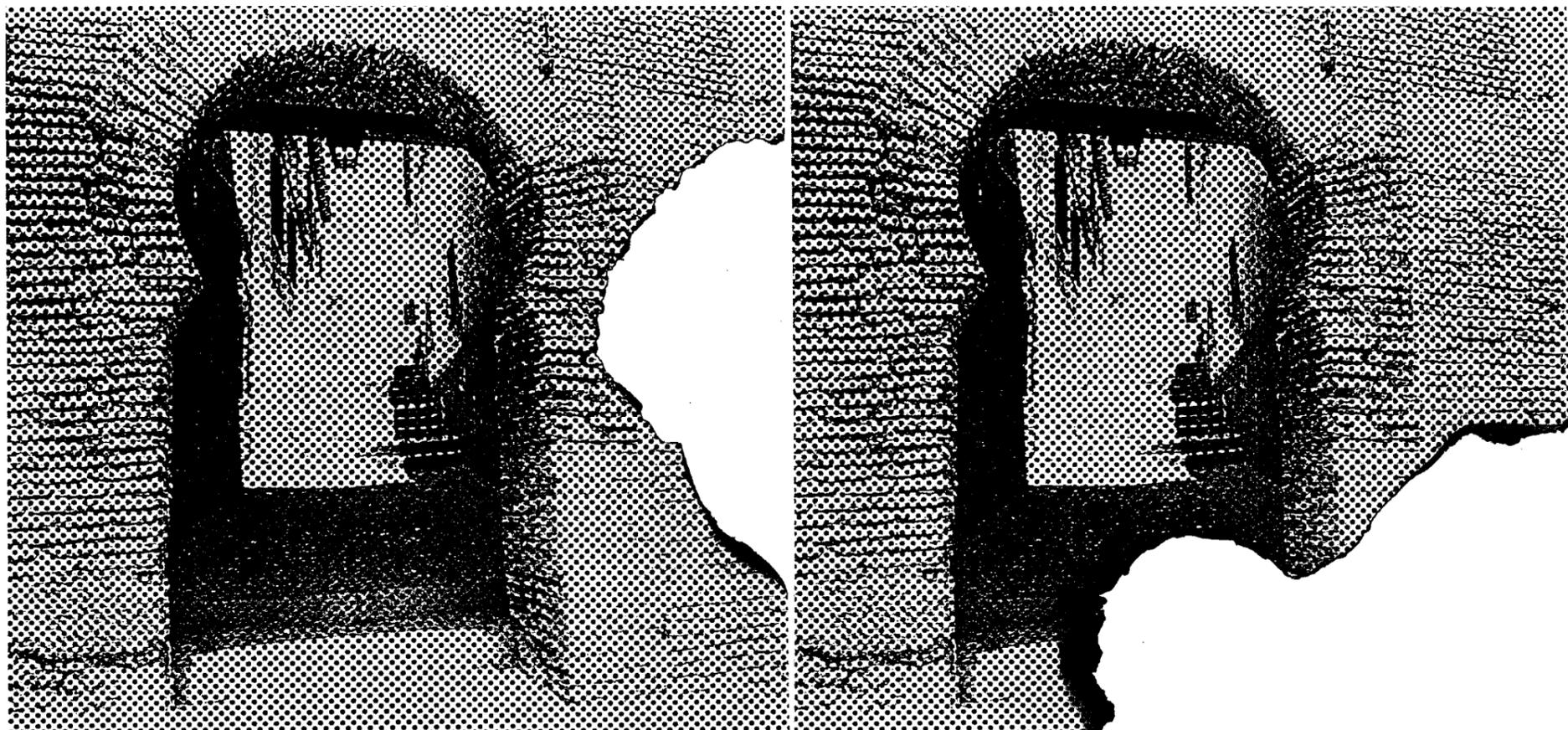
Hay que decir que alegaciones en pro del carácter político, económico, social, de la Inquisición han sido formuladas repetidas veces, y otras tantas rechazadas con razones que yo creo definitivas. La Inquisición fue un tribunal eclesiástico establecido por motivos religiosos. Que en el curso de su larga historia haya condenado a buenos cristianos, a conversos auténticos es indiscutible, no sólo porque en todos los tribunales se cometen errores judiciales, sino porque el procedimiento procesal de la Inquisición era de tal naturaleza que muchas veces convenía más al reo declararse culpable y recibir una sentencia suave que empeñarse en negar lo que los inquisidores consideraban pruebas suficientes, lo que acarrearía sentencias durísimas.

Hay también que tener muy en cuenta otro factor: la muy diversa actitud de las clases altas y las bajas acerca de judíos y conversos. Los reyes castellanos consideraban



ARTURO REQUIEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

a los judíos como algo de su propiedad, y por tanto los defendían de los furios populares. Los Reyes Católicos no se apartaron de esta política; hasta la víspera misma de la expulsión dictaron órdenes en su favor. La nobleza siguió este ejemplo; son innumerables los casos de protección de grandes señores a judíos y conversos, muchos de los cuales desempeñaban en sus palacios cargos de confianza. El exponente máximo de esta actitud fue la muerte del condestable Lucas de Iranzo en Jaén cuando trataba de oponerse a un «pogrom» anticonverso.

Este suceso ocurrió en 1473, a finales del reinado de Enrique IV. Fue un año terrible para los conversos en Andalucía; el pueblo los odiaba y perseguía a muerte, a la vez por motivos religiosos y sociales; eran allí numerosos los falsos conversos, con claro perjuicio de los auténticos, que se veían englobados en el odio general. Conocidos son los versos de Antón de Montoro, «ropero» (comerciante en prendas de confección) y poeta no desdenable de fines del siglo XV:

«Hice el Credo y adorar - Ollas de tocino grueso, Torreznos a medio asar - Oír misas y rezar, Y nunca pude matar - Este rastro de confeso».

Estos versos descubren una realidad patética: la de un converso que, a pesar de hacer alarde público de cumplir sus deberes de cristiano y comer tocino (quizás con íntima repugnancia), no consigue convencer a sus convecinos de su sinceridad. Pero ¡cuidado! No exageremos, no saquemos las cosas de quicio. Estos casos se daban en una época, el siglo XV, en un entorno, la Andalucía Baja, en un medio social: la plebe urbana. No fue igual en siglos anteriores, no era lo mismo en otros ambientes (Castilla-León) y, sobre todo, no se registraba igual comportamiento en las clases sociales altas y en la realeza. De ahí el peligro de las generalizaciones apresuradas, de las fórmulas que enuncian una verdad a medias.

De estos contrastes se dio cuenta la reina Isabel cuando llegó por primera vez a tierras andaluzas; apenas la victoria de Toro había despejado el panorama y asegurado en sus sienes la corona de Castilla, marchó hacia el sur, de donde llegaban noticias alarmantes. Su principal preocupación era asegurarse la fidelidad de los dos grandes magnates que se disputaban la posesión de Sevilla y de toda la región: el duque de Medinaceli y el marqués de Cádiz; resuelto el problema político, la reina tomó conciencia directa de otro, gravísimo: el número y potencia de los conversos, verdaderos y falsos, y las reacciones adversas que suscitaban. Sin duda debió de quedar muy

sorprendida y muy alarmada; ella procedía de Castilla la Vieja, donde el problema converso no existía, o no tenía gravedad; el principal núcleo «marrano» estaba centrado en la ciudad de Burgos, entonces en pleno apogeo económico; como en Toledo, Valladolid, Medina del Campo, etc., las familias conversas lo eran sin reticencias, su integración era casi total, y dieron nombres ilustres a las ciencias seculares y sagradas.

El panorama andaluz era totalmente distinto: había bastantes falsos conversos y la hostilidad que suscitaban era profunda. Ese fue el origen de la Inquisición y también el origen del decreto de expulsión de los judíos (1492), según se expresa en el propio decreto: mientras haya judíos y sinagogas en España tendrán los conversos una ocasión próxima de judaizar. Ninguna motivación racista, pues, ni en la fundación de la Inquisición ni en el decreto de expulsión; los reyes hicieron instancias para que se bautizaran, sobre todo los que se movían en su entorno; siguieron teniendo consejeros conversos; y mantuvieron durante mucho tiempo abiertas las puertas de España a los judíos que querían regresar y recuperar sus bienes.

### Un racismo «inducido»

Los toques racistas llegaron después; estaban ya latentes en el comportamiento de la plebe de la Baja Andalucía; se introdujo solapadamente en las clases medias y altas con los estatutos de limpieza de sangre. Pero ésta es otra historia en la que no podemos entrar. Hubo, pues, un racismo «inducido», de raíz no biológica, sino religiosa. Cualquier semejanza con el racismo nazi queda excluido de antemano. Pondré sólo un ejemplo como aclaración, como ilustración: ¿Podía ignorar Felipe II los antecedentes raciales de Santa Teresa de Jesús? Es poco probable. Tampoco podía ignorar los de Antonio Pérez y otros íntimos colaboradores suyos. Y añadiré otro hecho, hoy plenamente comprobado: la Inquisición no sólo no inventó los estatutos de limpieza de sangre, sino que mantuvo hacia ellos una actitud más bien hostil; los aplicó tarde y mal a sus ministros, y algunos influyentes inquisidores se mostraron abiertamente contrarios a ellos.

Los marranos españoles de Netanyahu apareció en su versión original en 1966; la versión que ahora se ofrece al público es la segunda, con algunas correcciones para la versión española. El contraste con la obra más antigua de análogo título de Cecil Roth es grande; la síntesis de Roth, apta para el

gran público, es más histórica y más completa: abarca el problema del marranismo hasta la época actual. El libro de Netanyahu que ahora se ofrece al público de lengua española se circunscribe a los orígenes del marranismo: las conversiones que siguieron al gran «pogrom» de 1391, sus consecuencias, la formación del espíritu marrano, el revulsivo que suscitó la Inquisición. Es una obra densa, de polémica más que de historia, basada en fuentes especializadas. Mi calificación sería: «Apta para lectores cultos e interesados en el tema». Esto no quiere decir que carezca de interés, e incluso de amenidad; las opiniones de los filósofos y rabinos sobre las creencias (o, más bien, la increencia) de la mayoría de los marranos, las encendidas diatribas de Abravanel acerca de aquellos tráfugas, a quienes, no obstante, se esforzaba en mantener integrados dentro de su nación, son de extraordinario interés. Según estos escritores, la mayoría de los conversos o eran cristianos o eran incrédulos. Las doctrinas de Averroes y de Maimónides, basadas en el aristotelismo, habían tenido un efecto devastador; habían propagado en las clases altas y medias ideas materialistas, dudas sobre la supervivencia del alma, sobre la existencia de premios y castigos de ultratumba, y esta desmoralización explica la facilidad con que grandes masas de judíos habían aceptado el cristianismo, unos bajo presión severa, pero otros muchos con poca o ninguna presión, buscando ventajas materiales.

Las conclusiones del autor, adelantadas ya en su *Isaac Abravanel*, son (págs. 16-17) las tres siguientes:

1.ª) Al instituirse la Inquisición, la inmensa mayoría de los marranos eran cristianos. Esta afirmación podría aceptarse en cuanto a las comunidades asentadas al norte del Tajo; pero precisamente en ellas la actividad antijudía de la Inquisición fue muy escasa; compárense, por ejemplo, el número de los procesos contra judaizantes de las

Inquisiciones de Valladolid, Logroño y Santiago con los de Sevilla o Córdoba.

2.ª) «Al identificar a todo el grupo marrano con una secreta herejía judaizante, la Inquisición operaba con una ficción». A esto se debe contestar que ni la Inquisición persiguió a todos los marranos ni era una ficción que muchos de ellos judaizaban. Cuando a un procesado se le pregunta cuántas son las personas de la Santísima Trinidad y contesta que cinco, y que fue el Padre Eterno el que se encarnó y murió en la cruz, hay derecho a creer que ese hombre no era cristiano. Cuando un detenido se escapa, cuando un sospechoso emigra y va a vivir públicamente como judío en país extranjero, hay derecho a creer que nunca fue cristiano. Lo que sí se puede conceder es que en bastantes casos esos hombres estaban desgarrados interiormente, vacilaban entre una y otra religión. Eran las «almas en litigio» que Van Praag analizó en un precioso artículo.

3.ª) «El motivo de ese modo de proceder fue el odio racial y consideraciones políticas más que celo religioso».

Motivos políticos aparecieron no en el origen, sino en el posterior desarrollo de la Inquisición; en los casos de Antonio Pérez, del protonotario Villanueva o de Melchor de Macanaz son bien conocidos, pero constituyen una minoría pequeña de los procesos. En cuanto a la motivación racial de la Inquisición es una conclusión que emana de premisas falsas. El autor quiere decir: puesto que las víctimas de la Inquisición no eran de religión judía, el motivo debía de ser su raza. Sospecho que Aristóteles no aprobaría que sus reglas del razonamiento lógico se utilizaran con tanta desenvoltura.

Por fortuna, no son indisolubles las polémicas conclusiones y el valioso texto; podemos quedarnos con éste y agradecer al profesor Netanyahu que nos haya dado a conocer un material poco accesible y de gran interés para conocer la mentalidad de la minoría marrana. □

### RESUMEN

Domínguez Ortiz comenta un libro de Ben Zion Netanyahu en el que éste, utilizando de forma primordial fuentes hebraicas poco conocidas (teológicas, jurídicas, históricas) y también crónicas cristianas, traza un cuadro muy completo de los «marranos»

o judeoconversos españoles y portugueses en la Baja Edad Media, deteniéndose en su difícil convivencia y su crisis espiritual, que desembocó, para la mayoría, en la aceptación del cristianismo o en su escepticismo total.

### Ben Zion Netanyahu

*Los marranos españoles según las fuentes hebreas de la época. Siglos XIV-XVI*

Junta de Castilla y León, Valladolid, 1994. 237 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-7846-238-4.

# Política nueva, Derecho nuevo

Por Rodrigo Fernández-Carvajal

**Rodrigo Fernández-Carvajal** (Gijón, 1924) es Profesor Emérito de Derecho Político de la Universidad de Murcia y miembro numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Ha escrito, entre otras, las siguientes obras: La Constitución española, El lugar de la Ciencia Política y Retorno de la Universidad a su esencia.

La secuencia entre los acontecimientos históricos, las ideas que los explican e interpretan y los vocablos que designan aquéllos y verbalizan éstas viene a formar como un tren que puede componerse de varios modos. Unas veces ocurre que los acontecimientos históricos van en la cabeza del convoy, y este primer vagón remolca a las ideas interpretativas y a las palabras denominadoras (a veces acuñadas expresamente y a veces de cuño antiguo, pero enriquecidas con acepciones nuevas surgidas para la ocasión). Otras veces las ideas abren marcha en estado todavía gaseoso, luego vienen las denominaciones que las perfilan y (ya en la cola) los acontecimientos que esas ideas alumbran o promueven.

Esta disquisición ferroviaria viene tan sólo a poner alerta al lector (o si se me permite la broma a «hacerle picar») sobre un libro excepcional; un denso libro de historia jurídica al que las circunstancias de su nacimiento dieron brillantez, en parte para bien y en parte para menos bien. Me refiero a *La lengua de los derechos*, obra de Eduardo García de Enterría, relevante cultivador de nuestro Derecho Público. Es tradición de la Real Academia Española (una tradición que se remonta al penalista Lardizábal, a Jovellanos, a Martínez Marina, etc.) acoger en su seno a algún jurista ilustre. Creo que debemos felicitarnos del acierto que ha presidido la elección, y tanto más cuanto que ella ha sido el estímulo del libro que comento.

## El legado jurídico de la Revolución francesa

El libro es, en efecto, un «exdiscurso» de recepción, y me parece que se resiente un poco de su origen. La palabra oral induce más que la escrita al uso de los adjetivos ditiámbicos, y cuando el suceso es tan importante como la Revolución francesa (adelante que el tema del libro es nada menos que la mostración de ella como origen del moderno Derecho Público europeo) el ditiámbico tiende a brotar por todas partes. La noche del 4 de agosto de 1789 es «famosa, mítica, mágica», la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, «formidable», y contrapuesta a las «oscuras y torpes» leyes del Antiguo Régimen, la obra de la Asamblea Nacional, «refulgente», etc.

Pero esta coherencia verbal no debe ofuscarnos; se trata sólo de un recurso pedagógico. García de Enterría no emite en ningún momento juicios globales (positivos o negativos) sobre la Revolución francesa. Igual que Manzoni hizo con Bonaparte (que fue, como es sabido, el tremendo epílogo de la Revolución) deja a los «pósteri» —a la posteridad— la «ardua sentencia» decisoria de si aquel suceso fue para la Humanidad útil o inútil, evitable o inevitable. El hecho es que la Revolución francesa fue, y García de Enterría se aplica a inventariar con un extraordinario don de síntesis su legado jurídico (no habla de España más que de soslayo, quizá porque esta cuestión adolece aún hoy de lagunas monográficas que harían prematura una apreciación de conjunto).

Aquí, y puesto que «SABER/Leer» aspira a reclutar sus lectores entre todo el pú-



ANTONIO LANCHO

blico culto, y no sólo entre los especialistas de cada particular disciplina, me permitiré intercalar una reflexión sobre la índole y naturaleza del tema abordado.

Todo cambio político profundo trae consigo (la cosa es muy lógica) un Derecho nuevo. Por ejemplo, la manera nueva de convivir que hoy llamamos «Estado nacional» es una invención española (precisamente española) que madura en las tres últimas décadas del siglo XV y tiene su primera expresión legal en el Ordenamiento de Montalvo; y la reducción y evangelización de América se plasma en las Leyes de Indias de 1512, y unos tres lustros después gana trasfondo doctrinal con las *Relecciones* de Fray Francisco de Vitoria. Toda empresa política entraña una apuesta a favor de un modo de organizar la vida común fundada en determinados criterios de oportunidad, y cristaliza luego en unas normas y en una téc-

nica jurídica fundadas en criterios de legalidad y en una Ética filosófica o teológica fundada en criterios de legitimidad (estas tres etapas tienen su más antigua expresión y distinción en los tres géneros de discursos que distingue la *Retórica* de Aristóteles: deliberativo, judicial y mostrativo). Mientras que el tiempo propio de la Política es el futuro, el tiempo propio del Derecho es el pasado, y el propio de la Ética es el presente sustraído al tiempo, intemporal.

## Dos conceptos-ejes: Derecho subjetivo y Ley

Aplicada a la Revolución francesa, y a todo o casi todo el continente europeo impactado por ella, la alquimia que extrae de la Política el nuevo Derecho utiliza, según García de Enterría, estos dos recursos o ins-

trumentos: el concepto de Derecho subjetivo y el concepto roussoniano de la Ley entendida como expresión de la «voluntad general», esto es, como expresión de la «voluntad de lo general», con lo que viene a erigirse en nota propia de la Ley precisamente su generalidad: consideración exclusiva de los asuntos de interés común, aprobada por la mayoría de los ciudadanos y sin acepción de personas (el «privilegio» pasa, pues, a ser por su propia naturaleza injusto, cosa que no ocurría en el Derecho del Antiguo Régimen, donde podía ser premio y correspondencia de la prestación de determinados servicios a la sociedad por parte de determinada corporación o persona).

a) Veamos cómo funciona el primero de ambos instrumentos (el desarrollo es parcialmente mío, y tiene el exclusivo propósito de ayudar al lector profano que quiera adentrarse en la apasionante lectura del libro).

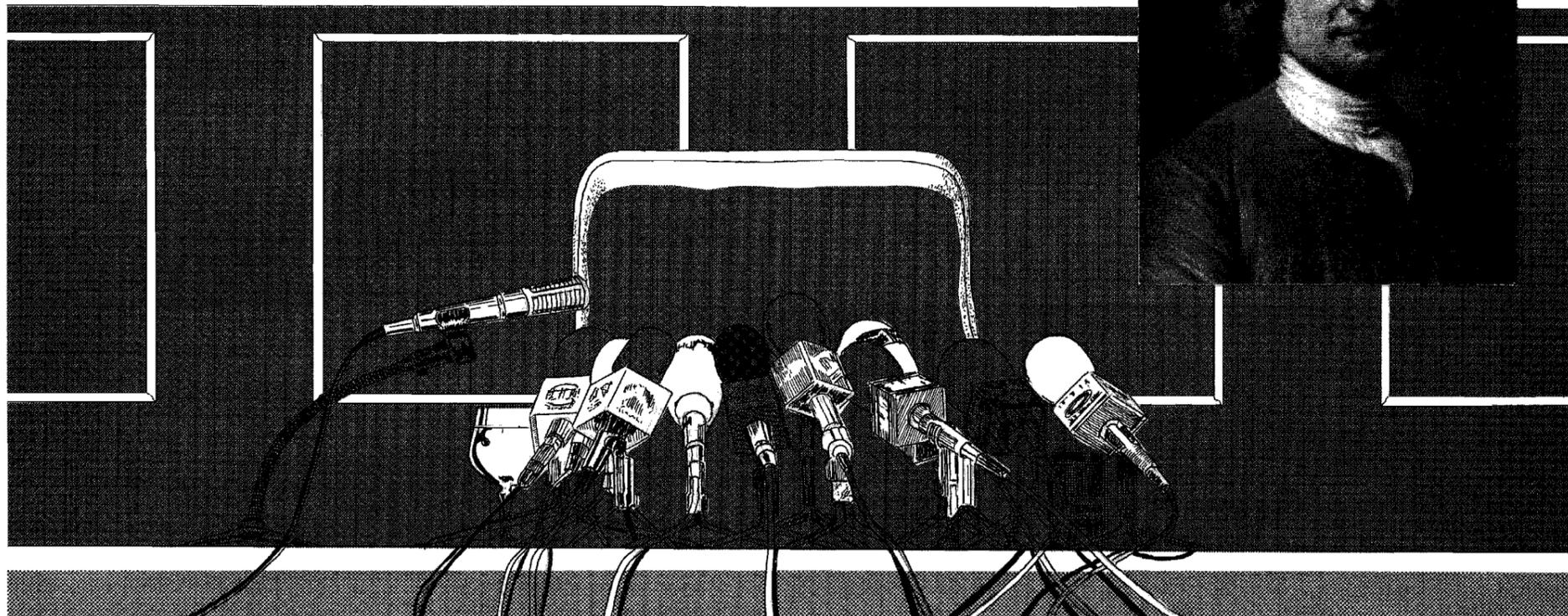
Ante todo, para aclararnos, conviene puntualizar que el término «Derecho subjetivo» no nace hasta la mitad del siglo XIX; es propio de la ciencia jurídica alemana y no tiene en sí nada de revolucionario ni de francés. Ahora bien, García de Enterría lo utiliza retrospectivamente (¿qué sería de la historia de las ideas sin estos anacronismos que conectan la actualidad con el pasado?) para designar lo que Francisco Suárez llamaba ya a principios del siglo XVII «Derecho dominativo», contrapuesto a «Derecho prescriptivo». Derecho entendido no ya como prescripción o mandato (que es la asociación de ideas que más espontáneamente nos sale al paso), sino como «dominio» (situación de poder conferida a determinado sujeto, al cual compete su ejercicio y defensa). Cuando decimos que «el príncipe Felipe tiene «derecho» a la sucesión de la Corona de España», entendemos la palabra en este segundo sentido; cuando decimos que la norma de «Derecho» que establece esta expectativa es el artículo 57 de nuestra Constitución, entendemos la palabra en el primero.

## Interrelación de «norma» y «facultad»

El lector comprenderá (por lego que sea en los no tan profundos arcanos de la jurisprudencia) que es prácticamente imposible concebir un sistema jurídico en el que no se otorguen estos o los otros poderes a los individuos —cuando menos a una parte de ellos— y que es prácticamente imposible también concebir un sistema que no contenga preceptos de una u otra índole. «Norma» y «facultad» son cara y cruz, anverso y reverso. Ahora bien, hay monedas de muy diversa acuñación, y en cada cultura jurídica de la humanidad occidental se interrelacionan la cara y la cruz de distinto modo. Los romanos veían ante todo el Derecho como un conjunto de reglas tradicionales y como un sistema de acciones, vale decir, de posibilidades de entablar demanda en juicio; los medievales como una ordenación fija del mundo social según una jerarquía de estamentos, cada uno de ellos con sus concretos privilegios y libertades que el Rey, en cuanto juez, debía amparar; los europeos súbditos de las Monarquías absolutas modernas, como la recopilación de las leyes emanadas de la voluntad del Rey, que ahora, sin dejar de ser «fuente de justicia», es legislador. Y, en fin, el liberalismo individualista de la Revolución francesa, como un gran haz de derechos subjetivos puestos al servicio de todos y de cada uno de los ciudadanos (otra cosa es, claro está, que el grado de riqueza y de cultura de los titulares determine en la prác-



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

tica muy variables niveles de efectividad a la hora de ejercerlos).

b) Pasemos ahora al segundo instrumento conceptual: el nuevo concepto de Ley. Si el combustible de las reformas jurídicas de la Revolución es el Derecho subjetivo, la Ley, entendida como expresión de la voluntad nacional o popular, es su motor. Bien es verdad que ya impulsados por la idea de que el hombre tiene derechos innatos y de que es misión del legislador traerlos del cielo de los conceptos racionales a la tierra del Derecho positivo, habían trabajado los primeros reformadores, los propios Reyes absolutos, y sobre todo la segunda generación dieciochesca de Reyes absolutos, a los que los historiadores alemanes del siglo XIX dieron en llamar «despotas ilustrados»: Federico el Grande de Prusia, José II de Austria, nuestro propio Carlos III sin demasiada radicalidad doctrinal. Estos y otros monarcas quieren, en definitiva, hacer de la norma arma; combatir con ella, en nombre de los derechos individuales innatos, las dos fuerzas sociales, Iglesia y alta nobleza, que todavía lograban contrarrestar su majestático poder. Todos aspiran, con mayor o menor éxito, ya no a «recopilar» la legislación producida por sus regios antecesores y por ellos mismos, sino a «codificar» las normas según ciertos principios de razón; crear, en suma, un derecho nuevo.

### Las tres ramas de la Ilustración

Pero desde el último cuarto del siglo XVIII se llaman a parte en la magna tarea otras instancias sociales; primero, los «ingleses de América» en ruptura con Jorge III y con el Parlamento de Londres (*Declaración de Independencia* de las trece colonias y *Declaración de Derechos* de Virginia de 1776), y luego la Asamblea Nacional Francesa de 1789 en ruptura con Luis XVI. El instrumento legal cambia así de manos; pasa del rey soberano a las de la nación o del pueblo soberanos. Y al cambiar de manos cambia también de propósito y de dirección: no se trata ya ahora de consolidar al Monarca frente a la nobleza y la Iglesia, sino de arrancar de cuajo la milenaria sociedad estamental (muy erosionada ya, por lo demás, entre los inmigrantes transatlánticos) y sus-

tituirlos por otra sociedad enrasada y homogénea, en la que pronto se iba a insinuar «de facto», a despecho de la teoría, un nuevo criterio diferenciador fundado en la capacidad económica: la clase.

Esta aventura es producto de la Ilustración, apelativo con que suele designarse el difuso entusiasmo por la virtualidad reformadora de la Razón que se apodera de Europa, redondeando fechas, entre 1650 y 1800.

Pero dentro de la Ilustración se distinguen tres ramas:

1.<sup>a</sup>) La germánica, que cuaja en innumerables y voluminosos mamotretos latinos de Derecho Natural, fruto de profesores universitarios.

2.<sup>a</sup>) La inglesa, más comprometida y menos escolar; nace al calor de las dos revoluciones metropolitanas del siglo XVII (la republicana y puritana contra la que escribe Hobbes, teórico del absolutismo, y la «gloriosa» que implanta la monarquía constitucional, a favor de la cual escribe Locke) y de otra tercera, colonial, protagonizada por los «ingleses de América» frente a su metrópoli. Revolución que constituye el primer intento habido en el mundo de fundar la convivencia de una nación nueva ya no sobre derechos históricos, sino sobre premisas racionales: derechos inalienables a la vida, a la libertad y a la prosecución de la felicidad.

3.<sup>a</sup>) En fin, la tercera rama es la francesa, que asimila y estiliza las otras dos, pero también las radicaliza al conectarlas con la doctrina roussoniana de la «voluntad general».

Interesa discernir estas tres ramas porque la intersección y respectiva importancia de ellas es desde una famosa monografía del jurista alemán Jellinek (publicada ahora hace justamente una centuria) un avispero polémico en el que el autor del libro que comenta pone pie con decisión. El problema es, digamos, de precedencias y «royalties». ¿Cuál de las tres ramas es la más vigorosa, la que más influye en la formación del Derecho Público moderno? García de Enterría reconoce, desde luego, la importancia de las tradiciones germánica y británica, pero su postura es, en saldo general, «profrancesa». Francia hace dos aportaciones al Derecho Público: ante todo, infunde a los «Derechos del Hombre y del Ciudadano» solemnidad, universalidad, lapidaria retórica;

y en segundo lugar los conecta al «règne de la Loi», que viene así a sustituir, sin componenda, al tradicional «reino del Rey». El Derecho brotará a partir de este momento de un proceso dialéctico; la «voluntas legislatoris» referida a un «legislator» abstracto, y pronto a una aún más abstracta «voluntas legis» en los países de régimen parlamentario.

### «Marginalia»

Planteo, para concluir, tres reflexiones que expresan (con dosificaciones imposibles de explicar en breve espacio) conformidad fundamental y leve discrepancia.

La primera concierne a la función del lenguaje en política. Que las palabras –las solas palabras– crean realidad es indudable, pero se trata de una realidad fantasmal y a veces malsana. Goethe dice en sus *Máximas y Reflexiones* que «los conceptos generales y la gran arrogancia son siempre potenciales portadores de catástrofes». ¿No habrá sido la Revolución francesa, tan abundosa en generalidades y en arrogantes discursos, el manantial originario del espíritu de abstracción que invade hasta hace poco nuestro mundo, y por ende de esa tosca premiosidad con que se recupera hoy el contrario espíritu de concreción, como avergonzado de sí mismo?

La segunda afecta a la valoración respectiva de las tres precitadas corrientes de la Ilustración. Cada país se muestra en ellas según su más tópica psicología colectiva, con lo cual deberíamos arribar a la conclusión de que *heterogenea non sunt comparanda*. Mientras que Alemania es sistemática y Gran Bretaña y su retoño colonial pragmáticos, Francia es, por encima de todo, didáctica; «maître à penser» y un tanto dómine

del vasto mundo. El popular ensayo de Ferdinand Brunetière (coetáneo de la monografía de Jellinek), sobre *Los caracteres esenciales de la literatura francesa* es, sin duda, perfectamente extensible y aplicable a los discursos y documentos revolucionarios; también ellos son expresión de un pensamiento racional siempre dirigido a «la consideración del público», en el que el arte de escribir «no se separa jamás del arte de agradar, persuadir y convencer».

Y la tercera, en fin, se cifra en recomendar al lector ponga atención especial a la página 124 de la monografía que comento. En ella están compensadas y reducidas a términos justos las hipérbolas a las que me referí al comienzo, y enunciado con diáfana claridad el tremendo dilema (el cascabel del gato) de nuestro orden (o desorden) jurídico contemporáneo. No tenemos hoy por hoy otra alternativa que «seguir rigiéndonos por leyes», pero hay que renunciar a que «los preceptos escritos puedan encerrar la totalidad de la casuística de la rica vida social» (ambas frases entrecuilladas son de García de Enterría). De aquí creo que debe seguirse, en buena lógica, esta consecuencia: el problema que la Revolución francesa trató de resolver con las panaceas de la Política y de la Jurisprudencia requiere hoy tratamientos de calado mucho más profundo: éticos, educativos, religiosos. Zubiri solía decir y repetir que toda renovación filosófica arranca siempre de móviles subyacentes al desarrollo de la filosofía misma. Puede pensarse, y con mayor razón, que lo mismo acontece en la Jurisprudencia y en la Política. Ni aquella ni ésta aciertan a ser hoy –como a la vista está– médicos de sí mismos. Se trata de actividades humanas esenciales, pero por su propia naturaleza alópatas, no homeópatas. □

### RESUMEN

Rodrigo Fernández-Carvajal analiza la última obra del profesor García de Enterría, transcripción retocada de su ingreso en la Real Academia Española, y que es, en su opinión,

una brillante descripción de cómo la Revolución francesa se abre, por decirlo así, en abanico y establece, no sólo en Francia, las bases del moderno Derecho Público europeo.

Eduardo García de Enterría

*La lengua de los derechos. La formación del Derecho Público europeo tras la Revolución francesa*

Alianza Editorial, Madrid, 1994. 226 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 84-206-2799-2.

# Aranguren: la democracia como moral

Por Elías Díaz

**Elías Díaz** (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía jurídica, ética y política de la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento Sistema. Autor de Estado de Derecho y sociedad democrática, De la maldad estatal y la soberanía popular, Ética contra política. Los intelectuales y el poder y Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón.

Tanto Alejandro Sierra (Editorial Trotta) como Feliciano Blázquez, quien se ha encargado de la preparación de estas *Obras Completas* del profesor José Luis L. Aranguren, están haciendo un gran esfuerzo económico y de trabajo para sacar adelante este ambicioso y necesario proyecto que bien merece el aliento de todos y la ayuda de instituciones públicas y privadas para su plena, y todavía abierta, consecución. El plan completo abarcará seis volúmenes: estamos ahora en el tercero de ellos –del que yo voy a ocuparme aquí–, rotulado como *Ética y Sociedad*, pero que comprende, como no podía por menos de ser, los principales escritos de la filosofía política de aquél a partir, con relevancia muy básica, de su *Ética y Política*, de 1963.

Dado este contenido, señalaré –como hipotética contribución a un mejor entendimiento de estos papeles– que los próximos volúmenes cuarto y quinto, los cuales explícitamente recogen en su título la voz «política», habrán por lo tanto de leerse, en buena medida, también como complemento de lo que en este volumen tercero aparece, en debate, como fondo y fundamento: el paso de una ética más individual a una ética más social y política, sin dejar de ser nunca ésta una cuestión prioritaria e irrenunciablemente personal. En la biografía de Aranguren se marcaría así la diferencia, sin reduccionismos unilaterales, entre los años 50 (su

*Ética*, de 1958) y los años 60, en los que radicaría (de 1963 a 1973) muy significativamente la ya citada *Ética y Política*, de 1963, pero también *El marxismo como moral*, de 1968, y *Moralidades de hoy y de mañana*, de 1973. Adelanto con todo que, junto a otros textos más o menos intermitentes de los años 70 y 80 –que ya formaban parte de libros como *España: una meditación política* (1983) y *Ética de la felicidad y otros lenguajes* (1988), asimismo incluidos aquí–, tal vez sea en su conferencia de 1985 en el Palacio del Congreso de los Diputados, a invitación de su entonces presidente, el profesor Gregorio Peces Barba (*La actitud ética y la actitud política*), donde de modo más coherente y ecuánime se prolonga y sintetiza, con validez –pienso– hasta hoy mismo, aquella filosofía política que se identifica en esa concepción de la democracia como moral.

## Religión y Ética

Para ahondar, con ocasión de esta publicación de sus obras completas, en el pensamiento de Aranguren, en su ética, en su filosofía, en su «ethos», en su talante y, en definitiva, en su actitud teórica y práctica en la España de todos estos difíciles y complicados tiempos, bueno será completar estas notas más sobre el volumen tercero con las importantes críticas ya aparecidas sobre los dos volúmenes precedentes: entre otras, para el primero, el trabajo de Pedro Cerezo, «Lecturas y contralecturas del catolicismo» («SABER/Leer», núm. 83, marzo 1995), y, para el segundo, Javier Muguerza, «El viaje ético de Aranguren. El nacimiento de la ética filosófica en España» (*El País*, 4 de marzo de 1995); ambos son profundos conocedores y autores de valiosos estudios sobre la obra y la personalidad de aquél. Y desde luego que, junto a exposiciones y análisis de conjunto como los de Abellán, Castellet, Guy, Mermall o yo mismo sobre el pensamiento

contemporáneo en nuestro país, convendrá asimismo tener en cuenta los más específicos y recientes libros de Enrique Bonete, *Aranguren: la ética entre la religión y la política* (1989), y de Feliciano Blázquez, *José Luis L. Aranguren. Medio siglo de la Historia de España* (1994). Todo este «material» nos servirá ahora, con mayores o menores discrepancias, para mejor comprender la actitud (crítica) del intelectual Aranguren sobre esa realidad (social) que es la política y las vías de su enjuiciamiento ético: valdrían incluso los parangones con el último Rawls o el último Habermas.

En el principio (desde 1945 a 1955, siempre sin rígidos límites de fechas) fue, en efecto, el tema religioso no sólo «el más abundante, reiterativo y característico», sino también –apunta Pedro Cerezo– «la clave inspiradora central de toda su obra. Para Aranguren –añade aquél–, la religión constituye, de forma positiva o defectiva, el suelo más profundo y originario de la experiencia humana». Pero se trataría, frente al dogmático y totalitario nacional-catolicismo de la España de la posguerra, de una religiosidad vivida con espíritu de apertura, de crítica y de contenida heterodoxia, propia de actitudes que podrían adscribirse en el entorno del denominado catolicismo (cristianismo) liberal. Tras esa etapa, de 1955 a 1956 vendrá su muy fructífero tiempo como catedrático de Ética y Sociología en la Universidad de Madrid: junto con Tierno Galván, quizás los dos intelectuales españoles de mayor prestigio e influencia entre los estudiantes universitarios y los jóvenes profesores de la época. Fue nombrado en 1955 y expulsado por el régimen franquista en 1965. Son éstos los años, primera mitad de ese decenio, que Javier Muguerza registra con buenas razones para «el nacimiento de la ética filosófica en España». Escribe así: «Aunque en la obra de Unamuno, Ortega o Zubiri [a estos nombres de Muguerza yo ahora añadiría, por lo menos, los de Julián Besteiro o Fer-

nando de los Ríos] no faltan, desde luego, preocupaciones de índole ética, la ética no había sido expresamente tematizada en nuestra filosofía clásica reciente hasta que un seguidor de todos ellos como José Luis Aranguren comenzó a hacerlo a mediados de los 50».

Sobre estas bases y en estas condiciones inciden los escritos de ética social y filosofía política que, enlazando con todo lo anterior y entrelazándolo para toda su obra posterior, surgen con fuerza crítica en la segunda mitad de ese decenio, desde el comienzo mismo de los años 60 (y que, como digo, son los que fundamentalmente se recopilan en este volumen tercero de sus obras completas). *Ética y política*, su libro inaugural y más representativo de este tiempo de mayor compromiso público de Aranguren, de más explícita preocupación política y social, de más directo acercamiento a los sectores y grupos de oposición democrática a la dictadura, aparece en los primeros meses de 1963; sus precedentes, él mismo los recuerda en el Prólogo, estaban ya en cursos y artículos desde 1960-1961; y también señala allí que «como resumen del sentido final del presente libro puede ser considerado el librito *Ética social y función moral del Estado*, número 1 de la colección de Conferencias del Ateneo de La Laguna». En efecto, en esta conferencia del 9 de enero de 1962 –su título y su contenido no pueden ser más expresivos– estaban ya adelantadas, incluso textualmente, las ideas básicas de la que es, sin duda, su obra más «estatalista», por supuesto que de un Estado formal y realmente democrático.

## La función moral del Estado

Hay, pues, cercanía también cronológica, junto a las significativas diferencias, con la fase y actitud anterior que lo era de menor aprecio hacia la reflexión propiamente política; era ésta una actitud que –hago observar– después en algún modo reaparecerá (tal vez con más llamativa que prevalente permanencia), pero ya en forma, no muy equilibrada, de una mucho mayor estima hacia los espacios pre, pos y parapolíticos (y los movimientos sociales alternativos –feministas, ecologistas–) que hacia las casi siempre denostadas instituciones jurídicas y políticas de la democracia representativa. Hablando de *Ética y Política*, Feliciano Blázquez subraya que «el libro enlaza directamente con el de *Ética*, pero cambia el acento, que se desplaza ahora de la ética individual a la reflexión política, no desde la afiliación partidista –añade aquél–, sino desde el distanciamiento del intelectual que no ha sentido jamás en su vida (son palabras del propio Aranguren) la menor apetencia política». Si se me permite sintetizarlo así, yo diría que *Ética y Política*, y los mejores trabajos concordantes con él, van más en su pensamiento en una dirección socialdemócrata (así, ética de la aliedad, «intervencionismo ético del Estado», democratización económico-social, Estado de Derecho como Estado de justicia, etc.), mientras que algunos de esos otros escritos suyos posteriores parecen condescender más con la que es –dice– «la tentación más propia del intelectual y del filósofo moderno», la que él mismo califica como «la tentación ácrata» (cfr. páginas 162, 526, 550 y 561, respectivamente, como válidas muestras).

En aquellos viejos tiempos, años 60, yo me ocupé por extenso y en detalle de esas y otras obras políticas (de teoría y filosofía políticas) de Aranguren, destacando algunas de estas propuestas que me parecían fundamentales: así, en mi artículo «Ética social



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



en el pensamiento de Aranguren» (*Revista de Estudios Políticos*, núm. 127, enero-marzo de 1963), y, sobre todo, en mis libros *Estado de Derecho y sociedad democrática* (Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1966) y *Notas para una historia del pensamiento español actual* (en la misma casa editora, en 1974). A ellos reenvío para testificar y «textificar» sobre estas abreviadas calificaciones de ahora. Y también me permitiría recordar que en mi libro mucho más reciente –y muy relacionado con estos temas– *Ética contra política. Los intelectuales y el poder* (Centro de Estudios Constitucionales, 1990), el apartado II, 3, sobre «El nuevo pacto social, instituciones políticas y movimientos sociales», se dedicaba precisamente a argumentar y a propugnar la no incompatibilidad, al contrario, la necesaria y fructífera complementariedad, de esas dos posiciones reconocidas aquí como socialdemócratas y libertarias.

Resulta evidente que es por estas vías (de dinámica coordinación), y creo que no sin buenas razones, por las que preferiría yo llevar e interpretar –a pesar de todo– al mejor Aranguren para esta tarea inacabable que exige la construcción y la, siempre abierta, reconstrucción de la democracia. Él, a veces, también lo dirá expresamente así –ya lo veremos–, aunque congraciándose asimismo, en excesivas ocasiones, con esa proclividad ácrata, connatural a su talante inconformista, crítico, de un radicalismo con frecuencia escéptico, evasivo y desencantado («amarguren», le llamaba la derecha cínica y/o beatífica en los tiempos del franquismo). Me parece, con todo, que apunta bien Enrique Bonete cuando, a propósito de estas evoluciones, señala que en los escritos últimos de índole socio-política de aquél «queda –dice– olvidado el programa de la ética de la aliedad defendido en *Ética y Política* (1963) y se vuelve de alguna manera a la consideración más personal de la ética» (...), o sea «el alejamiento o, mejor dicho, la evolución de Aranguren, al no volver a plantear el tema de la ética de la aliedad que posibilita un Estado de Justicia» (cap. VI y pág. 315 de su mencionado libro). El buen maestro contesta allí mismo (en el Epílogo) de manera –creo– no muy convincente, aduciendo (pág. 344) que no hay «olvido» de la ética de la aliedad, sino sólo postergación en su tratamiento por considerarlo un tema «más jurídico y ético administrativo (en la más amplia acepción del término “administración”) que estrictamente ético». Ello en cualquier caso –haría observar yo– sería muestra de su despreocupación libertaria por la institucionalización de la democracia o de sus menores exigencias (autoexigencias) de rigor en este campo de investigación.

### La fidelidad básica

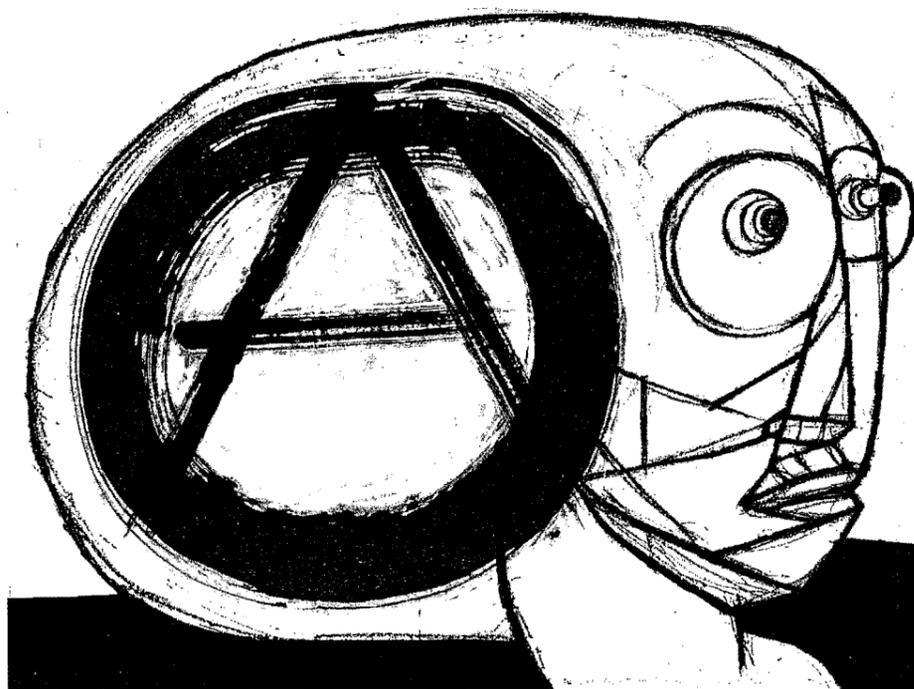
Consciente, cómo no, de la situación, el fiel, no acrítico, discípulo que es Javier Muguerza invoca allí mismo (en el Prólogo al libro de Bonete, pág. 14) un muy legítimo derecho a la infidelidad: «Más aún –escribe aquél–, el propio Aranguren ha jugado a veces a minimizar esa coherencia, mostrándose dispuesto a asumir sus contradicciones y hasta declarándose “infiel” a sí mismo». Pero en seguida subraya, y concuerdo plenamente con él, «la fidelidad básica de Aranguren a una serie de posiciones e incluso una perseverante tenacidad en la adhesión que les prodiga». Fidelidad básica –por resumirlo con las palabras que en momentos muy recientes y muy emotivos ha tenido que volver a recordar nuestro común maestro– en su «pasión por la libertad» y en su «afán de luchar en defensa de los derechos humanos». Sólo en momentos de tan interesada confusión y tan malévolamente perversión como los

actuales en nuestro país ha podido encontrar eco y acogida la absurda pero cruel idea de que el ácrata-libertario Aranguren, el ácido crítico de las instituciones (repátese el libro de Feliciano Blázquez y sus notas a estas *Obras Completas*), iba a venir ahora, a sus ochenta y seis años, a querer culminar su vida intelectual y su esforzada tarea ética de siempre nada menos que con la defensa y justificación de la trama terrorista de los GAL. Como mínimo, algo grave ha fallado en la comunicación –fácil de salvarse con adecuado conocimiento y buena fe– en tiempos tan fanática y «científicamente» comunicadores. Si Aranguren –que me perdono no apoya al Estado ni cuando lo hace bien, mucho menos iba a hacerlo cuando se le acusa de hacerlo mal. Y de que el terror, la violencia, el terrorismo de unos u otros es, para Aranguren, un mal, un gran mal, de eso –que hay mil testimonios escritos suyos– no me queda la menor duda. Por cierto que (aún a riesgo, seguro, de autocitarme en exceso) no renuncio a poner en relación algunas de las reacciones frente a Aranguren que denunciaba Javier Muguerza en su artículo «Un retrato moral de nuestra sociedad» (*El País*, 20 de agosto de 1995) con las que no hace mucho se manifestaron en Italia en ocasión formalmente similar frente a Norberto Bobbio: reenvío para esa significativa tipología a mi libro *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Alianza Editorial, 1994, pág. 156, nota 7.

### La tentación ácrata

No voy a demorarme aquí sobre las hipotéticas caídas de Aranguren en la mencionada «tentación ácrata»: posiblemente los auténticos anarquistas nos corregirían por ello a los dos. Pero, bajo ese u otro rótulo, podrían y deberían –creo– suscitarse algunas reservas y formularse algunas críticas (el problema es sobre todo de insistencia) en cuanto a la desproporción de sus, incluso justificados, reproches a las instituciones jurídico-políticas de la democracia representativa –hasta la complacencia y deleite en sus reprobaciones– comparada con la mayor comprensión, lenidad o mucho menor severidad mostrada, a veces muy poco mostrada, ante otras instancias y otros muy fuertes poderes sociales (véanse así, como expresiones de esa genérica actitud, las págs. 525, 527, 549, 550, etc.). Pero bien sé que resaltar esa –en sus juicios– tan tajante contraposición entre la democracia «realmente existente» y la «democracia como utopía» implica y exige siempre en Aranguren el firme propósito de avanzar en profundidad, removiendo tanto dimensiones personales como sociales, hacia la efectiva realización de la democracia como moral. Y esto es lo que, de manera preferente, a su vez me interesaba resaltar a mí.

Escribe así Aranguren en 1980 resumiendo y reasumiendo el sentido de fondo de esta que estoy considerando aquí como su mejor propuesta (pág. 549): «En el libro anteriormente citado ya, *Ética y Política*, establecí una tipología de los modos de relación entre la moral y la política, y distinguía allí las concepciones cínico-realista, trágica y dramática, a las cuales he agregado posteriormente la concepción utópica, referida directamente a la “democracia como moral”. Entiendo así la democracia –sigue aquél–, antes que como una forma política concreta, como la tarea, infinita, de democratización de la sociedad, de compromiso con ella, de “engagement total”, según la expresión de Sartre, de democratización a todos los niveles, el estrictamente político, por supuesto, pero también el económico e industrial –que, advierte Aranguren, se encuentra ahora en



VICTORIA MARTOS

un “impasse”–, el de la democracia cultural y el de la democratización de la vida y los comportamientos sociales y familiares, etc.» (véanse en el mismo sentido, por ejemplo, las págs. 524 y 428). Y en otra importante, simbólica, circunstancia de tiempo y de lugar, la mencionada conferencia de 1985 en la sede del Congreso de los Diputados sobre precisamente *La actitud ética y la actitud política*, clarificaba aún más, con cuidada mesura y ponderación, acerca de tan compleja y polémica relación. Bueno será, creo, ilustrar el final de estas notas más con las propias palabras de aquél (págs. 561-563).

### Un Estado democrático de Derecho

Decía allí, entre otras cosas de buen interés, el profesor Aranguren, tras referirse al «tipo ideal del hombre intelectual» y al «tipo ideal del “homo politicus”», así como a las weberianas ética de la convicción y ética de la responsabilidad: «La tendencia “ética” y la tendencia política se nos manifiestan siempre en tensión y, con frecuencia, en contradicción. Y, sin embargo –puntualiza–, es un imperativo el de la conjunción de la ética “y” la política». Y añade: «De cuanto llevamos dicho se desprende que el difícil –y necesario– equilibrio entre la actitud ética y la actitud política se pierde tan pronto como se absolutizan una u otra. La función moral del intelectual es doble, crítica y utópica. El político debe estar atento a la primera y sensible a la segunda, que, si tiene noble madera de estadista, aceptará en tanto que orientación o “idea regulativa”. Pero, evidentemente –advirtió también Aranguren–, gobernar es cosa diferente de criticar o de soñar. Mas el hombre político, al obs-

tinarse en realizar el tipo puro del “animal político”, rompería, por el otro lado, por el lado reduccionista, el estado de equilibrio, la inestable conjunción de la ética “y” la política en el gobierno de la sociedad humana».

Las conclusiones conducen, pues, de modo directo y coherente, a potenciar la rehabilitación, articulación y re inserción (no acríticas) de la política y de las instituciones en esa concepción utópica de la democracia como moral. Era, creo, necesario: la democracia no es sólo cuestión política, pero sin democracia política, y sin instituciones que la sostengan y la hagan funcionar, no hay democracia de ningún tipo, ni utópica ni moral. En ese contexto, señala Aranguren: «El hombre intelectual es parcial; el político también. Una vía de corrección de la tendencia a la sobreinstitucionalización es –dice, y concuerdo– la complementariedad de los partidos políticos por los movimientos alternativos, los cuales, por su parte –advierte bien aquél–, de ninguna manera pueden desempeñar por entero, y relevándolos, la función de aquéllos». Y lo que yo dejaría aquí, por el momento, como resolución final (siempre abierta y problemática, desde luego): «Este equilibrio –concreta Aranguren– puede, hasta cierto punto, institucionalizarse o, cuando menos, ser protegido por la vía de la institucionalización. La instancia intermedia fundamental –dice– es, a este respecto, el Derecho, y el respeto al Derecho, la juridicidad. En el plano estrictamente político –concluye–, el Estado de Derecho, el Estado democrático». Queda muy en claro cuál era, en el espacio público, ayer y hoy (pero, con gran fortuna para nuestros días, en muy diferentes regímenes políticos) la fidelidad básica a mantener y por la que luchar: la democracia, el Estado de Derecho, la ética, la igualdad, la libertad... □

### RESUMEN

A través de estos escritos de filosofía social y política se muestra aquí a Aranguren como intelectual crítico entre la tentación ácrata, libertaria, y su fidelidad básica y fundamental al Estado de Derecho y a la lucha por los derechos humanos. Desde esta interpre-

tación, la democracia moral y utópica de Aranguren exigiría, pues, la necesaria coordinación, como apunta Elías Díaz, entre instituciones políticas y movimientos sociales alternativos; en definitiva, la conjunción entre ética y política.

José Luis L. Aranguren

*Obras Completas (III. Ética y Sociedad)*

Trotta, Madrid, 1995. 755 páginas. 11.110 pesetas. ISBN: 84-8164-058-I.

# Rahner o la teología del siglo XX

Por Olegario González de Cardedal

**Olegario González de Cardedal** (*Lastra del Cano, Avila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Jesús de Nazaret, La gloria del hombre, Madre y muerte y Raíz de esperanza*.

No sé si la historia de la ciencia se puede identificar con la historia de los científicos. Seguramente no. La historia de la filosofía y de la teología ¿se puede identificar con la historia personal de los filósofos y teólogos? En la ciencia, las realidades se adensan, objetivan e independizan de la persona que las ha establecido y elaborado. Pueden subsistir por sí mismas al margen del proceso y del camino que han llevado a ellas. La filosofía y la teología, en cambio, sólo existen en el caminar, en la puesta en juego de una vida personal, que se hace y deshace como «amor de la sabiduría» en un caso y como «palabra de-hacia-sobre Dios» en el otro. Aquí camino y meta son inseparables. Por eso la filosofía y la teología nunca están concluidas.

Ningún teólogo comienza donde lo dejó su predecesor, sino que tiene que iniciar el proceso por sí mismo y desde sí mismo. No repetirá el mismo camino, ya que eso sería arcaísmo, pero tampoco olvida por agotadas anteriores posibilidades. Hay una extraña continuidad superadora, a la vez que un iniciar absoluto, como si nadie hubiera tenido antes «amor a la sabiduría» (filosofía) o una decisiva «palabra de-sobre-hacia Dios» (teología).

Por supuesto, entiendo por teólogo no al simple historiador de los hechos cristianos, ni al mero intérprete de los textos normativos o canónicos ni al expositor de las situaciones eclesiales en relación con la sociedad. Historiadores del cristianismo, exégetas y sociólogos se sitúan todos en aledaños necesarios para conocer la realidad teológica, pero si se quedan ahí no han traspasado la corteza hacia el tronco teológico que reclama ser pensado por sí mismo.

## Dos hermanos teólogos

El libro que presentamos es una biografía de dos hermanos: Hugo Rahner (1900-1968) y Karl Rahner (1904-1984). Procedentes de Baden, Selva Negra, crecidos en Friburgo dentro de una familia numerosa, formaron ambos parte de la Compañía de Jesús y tuvieron en la Universidad de Innsbruck el centro de su actividad. El mayor, Hugo, era patrólogo, historiador del dogma en su relación con la cultura griega y del universo simbólico como determinante de la conciencia humana y de la historia colectiva. A la vez es uno de los redescubridores de la figura de San Ignacio de Loyola como un auténtico místico, para quien la unión, obediencia y experiencia de Dios, reconocido en la vida, persona y cruz de Cristo, es el centro de su vida personal. Rompía de esta forma la imagen barroca que, dominando durante siglos, hacía del vasco Iñigo un capitán comandando huestes beligerantes al servicio del Papado contra el protestantismo.

Karl Rahner, en cambio, se orientó desde sus primeros años hacia la filosofía y fueron determinantes para su actividad posterior la neoescolástica renovada, la relectura del tomismo a la luz de Kant que había iniciado el jesuita belga Marechal y la actitud de pensamiento surgida con la fenomenología, tal como la personificaba Heidegger, cuyas clases siguió durante dos años en la Universidad de Friburgo. De hecho el libro se centra sobre todo en Karl Rahner.

Karl Rahner es el símbolo supremo de la «recuperación intelectual del catolicismo» en el siglo XX, de su afirmación en el concierto del pensamiento, de su voluntad de colaborar en la empresa común de humanidad, sin reclamar un estatuto diferente que le permita ser ajeno al destino común que se realiza en la búsqueda de la verdad, en la instauración de la justicia, en el descubrimiento y objetivación de la belleza, en la fundación siempre renovada de la esperanza, en la proposición de sentido y de futuro para el hombre individualmente y para la humanidad como unidad.

Hay que revivir la atmósfera espiritual e intelectual que dominaba en los tres últimos decenios del siglo pasado para medir la distancia que nos separa y la inmutación de fondo que ha tenido lugar. La lucha por la mantención de los Estados Pontificios con Pío IX, la afirmación de la infalibilidad, el choque frontal entre un positivismo científico y una teología que se remitía fundamentalmente a la tradición y a la autoridad, la sima abierta entre lectura crítica de la Biblia y lectura eclesial que desembocó en la crisis del modernismo: todo ello daba una faz del catolicismo vuelto hacia dentro de sí mismo, defendiéndose y acusando, con sensación de víctima y tentación de perseguidor, instaurando un mundo propio dentro del mundo general mediante la creación de instituciones cristianas (escuelas, hospitales, sindicatos, empresas...) que no sólo se comprendían como expresiones o destellos de lo que la creatividad nacida del evangelio puede ofrecer a este mundo, sino como una alternativa a las instituciones seculares.

La razón se comprendió a sí misma como una alternativa que hacía ilegítima, innecesaria e imposible cualquier revelación divina y consiguientemente dejaba sin legitimidad a una Iglesia que se funda sobre la revelación de Dios a la que corresponde la fe del hombre. El acoso exterior forzó a una comprensión defensiva y alternativa por parte de la Iglesia. La apología de lo propio y el menosprecio de lo ajeno endurecieron la valoración que desde fuera se hacía de la fe, del evangelio y de la Iglesia.

Ese proceso de recuperación intelectual del catolicismo, con la consiguiente cercanía y diálogo, colaboración y reconciliación con la conciencia moderna, ha durado prácticamente un siglo. El punto de partida fue, por reacción, el año 1870 en que tiene lugar la declaración de la infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano I. Ese dogma, en principio, no dice otra cosa sino que Jesús permanece fiel a su Iglesia manteniéndola en la verdad durante su peregrinación (indefectibilidad), y que esa cualidad, que es de la Iglesia como tal, se expresa en situaciones límite por la palabra de quien preside el colegio episcopal en cuanto obispo de Roma y maestro supremo de toda la Iglesia en cuestiones esenciales de fe y moral (infalibilidad personificada y ejercida por el Papa). Sin embargo, tal declaración dogmática fue percibida en clave científica, filosófica y política, como si la Iglesia tuviera un órgano personal para decidir sobre toda verdad, como si la búsqueda intelectual de ella ya no fuera necesaria, como si teniendo una autoridad pontificia última ya no fueran necesarias las instancias previas y las palabras intermedias, las autoridades episcopales y las comunidades locales. Frente a una ciencia que comenzaba a afirmarse de manera definitiva en la investigación positiva, frente a una sociedad que comenzaba a legitimarse democráticamente, frente a una razón filosófica que tras Kant no aceptaba otra palabra que prevaleciera sobre la autonomía de la razón, hablar de «infalibilidad» equivalía a reclamar un sacrificio de la razón filosófica, de la razón social y de la razón política. La Iglesia

católica aparecía así en los antípodas de la conciencia moderna. La recepción del Concilio Vaticano I en una atmósfera de acoso al Papa, que provocó una especie de compasión filial por él, acentuó las aristas de la definición conciliar, que objetivamente era matizada y coherente con las realidades cristianas y eclesiales primarias.

## El decenio 1960-1970

El decenio 1960-1970 es el punto cumbre de ese giro en la comprensión renovada de las realidades cristianas y en la relación de la Iglesia con la sociedad, la cultura y la esperanza humana vuelta hacia adelante. Dos grandes áreas lingüísticas han sido las protagonistas de esa que podríamos llamar reconversión-reconciliación entre catolicismo y conciencia moderna: Francia (+ Bélgica) y Alemania (+ Suiza). En la primera ha tenido lugar el encuentro de la Iglesia con lo que podríamos llamar universo de la revolución, liberalismo, modernidad, razón laica, diferencia o separación entre Iglesia y Estado. En la segunda ha tenido lugar la refundación interior del diálogo entre catolicismo y reforma protestante, entre principio dogmático de autoridad episcopal-pontificia y principio dogmático de la Sagrada Escritura, entre filosofía y teología, entre una razón que se cierra sobre el mundo que ella comprueba o crea y una razón que se comprende como capaz de recibir, de ser llamada, de oír y responder y, en consecuencia, capaz de gestar una verdad dialogal, agraciada, responsable, creadora desde la audición y no sólo desde los límites de su propia capacidad activa.

En ambos ámbitos culturales, dos órdenes religiosos han protagonizado ese proceso de apertura y diálogo entre catolicismo y modernidad: los jesuitas y los dominicos. El lector español hará bien en olvidarse de casi todo lo que a él le es conocido de su historia patria, tras un siglo XIX de integrismo, pietismo y escolasticismo, protagonizados por las mismas órdenes, con las evidentes excepciones que la más estricta justicia reclama. Esas dos órdenes han compartido el destino intelectual de España, y han sido especialmente responsables de él, al habernos retenido encerrados en una interpretación mesiánica de la propia historia, en una actitud numantina frente a mucho de lo que ocurría en el extranjero, defendiendo las realizaciones más endurecidas de la sociedad y de la política hasta los mismos días del Concilio Vaticano II.

## Cuatro grandes teólogos

Si yo tuviera que elegir dos teólogos de cada una de esas áreas culturales, y contemporáneos entre sí, elegiría a Lubac y Congar para Francia, a Rahner y Balthasar para Alemania, aclarando, sin embargo, que ellos no estuvieron aislados por las fronteras nacionales, sino que en una ósmosis cultural y eclesial vivieron alentados por una pasión intelectual común: la real Iglesia, su vocación misionera, su responsabilidad de hacer presente al mundo el tesoro y la perla del evangelio, decir una palabra antropológicamente significativa, convertir la fe en la casa del hombre y al mundo en el lugar en que se trasparece la realidad del Dios viviente.

¿Qué tenían en común estos hombres? Todos eran rigurosamente contemporáneos de los universos culturales en medio de los que habían crecido: la filosofía, el arte, la sociedad, la política, la música. Hablaban la misma lengua real, compartían los mismos métodos, alentaban las mismas aspiraciones, habitaban la misma tierra. Junto a esto, que podríamos llamar el bagaje de amor que la

tierra e historia de nuestro siglo les habían legado, ellos vivían la pasión del evangelio, la pasión de la Iglesia, la pasión por el hombre nuevo y posible a la luz de Dios. Todos ellos crecieron familiarizados con las grandes figuras creadoras de Iglesia e intérpretes del evangelio en otros siglos: la patrística (Orígenes, San Gregorio de Nisa, San Ireneo, San Juan Crisóstomo, Evagrio, San Basilio, San Agustín), la Edad Media (Santo Tomás, San Buenaventura, Eckardt), la era moderna (Lutero, San Ignacio, Santa Teresa y San Juan de la Cruz), el siglo XIX (Lacordaire, Newman, Blondel, Bergson). Y desde ellas percibieron cómo lo que se llamaba tradicionalismo eran arrastres de tiempos muy cercanos, que la verdadera tradición cristiana es mucho más ancha, rica, compleja, polimórfica y sinfónica en su sobrecogedora diversidad.

## El sentido de la historia

Podríamos sintetizar en dos cosas lo que unía a estos hombres y los diferenciaba de generaciones católicas anteriores: «sentido de la historia» y «primacía del hombre». Ellos, a su vez, eran fruto de unos movimientos anteriores que habían vuelto hacia las fuentes mismas de la experiencia cristiana: la «Biblia» como palabra fundante y perenne de un origen, a través de la cual sigue resonando para cada hombre la llamada y revelación de Dios (desde ahí acercamiento al protestantismo); la «liturgia» no como el mero conjunto de ritos o actos mediante los cuales el hombre se religa comunitariamente a Dios, sino como el conjunto de signos nacidos de la palabra y experiencia del origen a través de los cuales se actualiza y presencializa celebrativamente el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo (desde ahí acercamiento a la ortodoxia, más sensible al sentido del misterio, de la contemplación, del simbolismo frente a las radicalizaciones definitorias, conceptualistas y abstrayentes de la cultura occidental en la que ha arraigado el catolicismo); la «Patrística» como era creadora de la Iglesia en la que sus dirigentes, llevados por la convicción gozosa de la capacidad transformadora y sanadora del evangelio, hicieron de la cultura grecolatina el instrumento expresivo de la fe en orden a ofrecer la salvación a todos los hombres; el «ecumenismo» como voluntad convergente de las distintas iglesias en orden a reconstruir la unidad y la catolicidad queridas por Cristo, signo y garantía «para que el mundo crea», yendo, más allá de las propias tradiciones históricamente condicionadas, al núcleo crístico originario y a las estructuras eclesiales normativas.

Este sentido de la historia fue acentuado especialmente por la teología francesa. Aquí Lubac y Congar son los dos maestros fundadores, que nos han abierto los ojos a la historia de una Iglesia una y diversa, que ha buscado ser fiel a su misión en intentos, fragmentos y realizaciones aproximativas, desde una voluntad de ser en cada lugar signo y sacramento de Cristo para los hombres. A esa luz han mostrado la relatividad de muchas cosas, los procesos positivos y negativos que han influido en el curso de esa Iglesia, en la formulación de sus dogmas y en la cristalización de sus estructuras. No todo lo que ha acontecido ha sido necesario. Hay mucha gamba en la historia de la Iglesia frente a tanta santidad y eficacia, ejemplaridad moral y esperanza escatológica. Hemos aprendido a ver lo eterno en el tiempo, la totalidad en el fragmento, el Misterio reflejado en vidas humanas. Con ello hemos asistido a una diferenciación de muchas cosas en la Iglesia y sobre



Viene de la página anterior



todo a verlas a la luz del origen normativo, de la voluntad de Cristo, de la exigencia interna del evangelio. Para que la complejidad sea riqueza tiene que haber una jerarquización interna, orden y primacías. Sólo entonces hay organismo vivo y no montón físico. El Vaticano II recogió esta intuición al hablar de una «jerarquía de verdades» en el cristianismo, ya que no todas las afirmaciones, exigencias y valores tienen la misma cercanía al misterio. Todo es necesario, pero no todo es igualmente esencial y no todo requiere la misma atención. Esto llevó consigo una necesidad de encontrar lo esencial entre tanto follaje de historia exuberante, de llevar a cabo una especie de denudación de lo periférico y circunstancial para dejar el camino abierto hacia lo esencial. La pasión iconoclasta, que vació materialmente tantas iglesias de santos, altares, peanas, templetas, vírgenes, púlpitos y coros, nació de esa voluntad de redescubrir el centro: el altar de la celebración, la presencia del Señor resucitado, el anuncio de su palabra viva, la celebración del sacramento.

### La primacía del hombre

La «pasión por el hombre» tiene su heraldo supremo en Karl Rahner. Él había seguido históricamente lo que se ha llamado el giro antropológico de la modernidad, o actitud fundamental que valora la realidad desde el hombre y pone a éste como atalaya para todo lo que sea visible, como criterio para todo lo que sea recibibile, como medida de realidad y humanidad. Ningún poder, hecho o institución tiene de antemano garantizada su verdad o legitimidad si no es por la mediación de la razón y de la libertad del hombre. Desde Protágoras a Heidegger corre en Occidente esa pasión por hacer al hombre la medida de lo real, pastoreando el ser hacia los pastos que quiera, como su guía y cuidador al mismo tiempo. Esa actitud fue sentida desde el principio —testigo supremo, Platón— como una alternativa a la comprensión religiosa de la realidad y del propio hombre.

La desazón originaria y el aguijón permanente en la vida de Rahner fue superar esa visión alternativa entre el hombre y Dios como medida fundante. Desde sus primeros libros, *Espíritu en el mundo* y *Oyente de la Palabra*, hasta el último volumen que días antes de morir sintetiza sus empeños, *Entender al hombre a la luz del misterio de Dios* («Vor dem Geheimnis Gottes den Menschen verstehen»), la vida de Rahner está animada por este empeño: descubrir en el mismo hombre los hontanares de la verdad, de la justicia, de la fe misma, de la realidad de Dios. Desde sus primeros libros intenta mostrar que el hombre está abierto al Absoluto, que todo acto de conocimiento trasciende cada uno de los objetos conocidos, que es ese horizonte de universalidad y plenitud lo que le permite al conocimiento identificar cada cosa y relativizarla a la vez que conferirle dignidad individual.

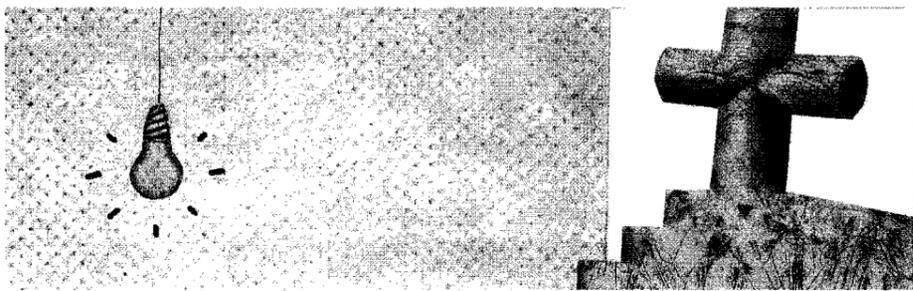
El hombre es el que espera tras cada palabra puntual, particular, ocasional una palabra definitiva, sanadora y plenificadora. El

hombre es el oyente de una posible Palabra, cuyo eco anticipado resuena en su interioridad. Tendrá que mirar a la historia para ver si en ella encuentra signos de esa presencia temporal del Eterno, fragmentos iluminadores del que es por sí mismo el Todo originario y finalizador del ser y del propio hombre. La trascendencia del hombre, abriéndole a una Plenitud que aspira y espera, le hace subir a todos los altozanos de la historia para ver si ve llegar al Absoluto. Y si éste se acerca inevitablemente tendrá que hacerlo en forma y figura humanas. De otra forma, ¿cómo le reconocería el hombre? Y, sin embargo, esa «forma y figura» humanas nunca podrán ser vulgarmente identificadas con el Eterno.

Rahner intenta una relectura antropológica de todo el cristianismo. Su obra cumbre *Introducción al concepto del cristianismo* (Barcelona, 1979) (por imposición del editor titulada *Curso básico de la fe*, contraviniendo la intención del autor) es la realización concreta de ese proyecto. No es que Rahner deduzca todo del hombre: incluido Dios, el misterio trinitario, la encarnación, la redención, la gracia, la Iglesia, la vida eterna. Pero sí pregunta por las preparaciones, esperas, anhelos y estructuras antropológicas que el Creador ha depositado en el hombre para que le busque, le necesite y le identifique cuando aparezca encarnado. Dios no adviene desde fuera impuesto al hombre, como un objeto, idea o realidad más del orden exterior, sino que emerge desde la misma entraña del hombre, en tan radical cercanía como radical diferencia.

El Verbo encarnado es el Hijo eterno hecho hombre; no es la conquista de una final aventura humana hacia lo divino. Pero ¿cómo habría sido posible la encarnación si el hombre no tuviera una receptividad, capacidad, y secreta esperanza de ser habitado, visitado y plenificado por Dios? Con ello estamos descubriendo que Dios es capaz de humanización y que el hombre es capaz de divinización; que la entraña de uno está habitada por el otro. Desde siempre Dios es encarnable y desde siempre el hombre es capaz de ser expresión de Dios encarnado. Jesucristo no es así un casual personaje de una historia nacional judía, al que hemos reconocido desde fuera como Dios, y del que esperamos salvación como podíamos esperarla de otro cualquiera. Él es aquel en quien Dios se ha dicho en hombre de una vez para siempre, religando su destino divino a nuestro destino humano y trasformando nuestro destino humano, tras haberlo padecido y ejercitado en vida y en muerte, para trascenderlo hasta el misterio divino que nos afirma para siempre con su vida y poder (resurrección).

El cristianismo queda así situado como un acontecimiento de suprema importancia antropológica, que reta al hombre a considerarse como destinatario de la palabra, de la presencia y de la encarnación de Dios. En esta línea el Vaticano II ha llegado a afirmar algo sobrecogedor, de lo que la teología todavía no ha dado razón completa: «Por la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierta manera con cada hombre». La encarnación es así un hecho perenne y universal,



G. MERINO

soteriológico y escatológico; porque está abierto mientras queda un hombre sin llegar a Dios por la muerte; porque afecta a todas las generaciones y a cada individuo y no sólo a los de aquel tiempo; porque es la suprema posibilidad y salvación del hombre, ya que ésta consiste en unirse al principio que nos funda, superando nuestro pecado y compartiendo su santidad; porque con ella llega la realidad a su meta y la historia a su fin, ya que se unen lo primero (Dios) y lo último (el hombre) en una unidad ya eternamente irrompible. Cristo no depone su humanidad y en ella hemos sido introducidos ya todos los hombres ante Dios, como la caravana es introducida en la meta una vez que llega el pionero. En este sentido decimos que Cristo nos abre los cielos, manera topológica de decir que Jesús, llegando como hombre y llevando consigo a todos sus hermanos hasta Dios, constituye el cielo. Cielo es la realidad de la reunificación de los hombres en la meta de su plenitud, que es Dios mismo.

### Experiencia de Dios y ateísmo

La libertad del hombre en esta perspectiva es su capacidad para instaurar lo definitivo, para querer lo eterno, para abrirse, encaminarse y lograrse definitivamente en aquel que es su origen, su plenitud posible y su anhelo último. La palabra Dios va así religada a las últimas cuestiones del origen, del sentido, de la verdad, de la libertad y de la consumación del hombre. Y mientras el hombre vive abierto a esas cuestiones, no sólo mediante la teoría, sino mediante el ateniimiento fiel a la existencia con sus luces y sombras, sus cumbres y sus abismos, sus deberes diarios y sus sobresaltos inesperados (en medio de todo ello: en el silencio de quien espera, en el anhelo de quien busca, en la actitud de quien perdona, en el sobreponerse al rencor o a la venganza, en el amor sencillo o en la compasión que reanima al prójimo), el hombre hace la experiencia de Dios. Y si se entrega humilde y confiadamente a él, desistiendo de poderíos, sobreponiéndose al ocultamiento que hacemos de nosotros mismos y dejándose caer esperanzadamente en ese abismo, está encontrándose con Dios. Dios no está a la caza del hombre como el cazador aguarda a una pieza para dispararla. Dios está a la espera amorosa del hombre, aun cuando éste desde la tierra lejana, olvidado de su casa de origen y de su real Padre, ya no sepa adónde dirigirse e incluso dude de que el Padre cuente con su vuelta y esté dispuesto a perdonarle. La parábola del Padre que espera cada día al hijo que se alejó contiene más teología que toda la metafísica de Aristóteles. Y el teólogo nunca pronunciará la palabra «Ser» con mayúscula si no añade la palabra «Padre» con amor.

La pasión por el hombre le ha llevado a Rahner a concentrar su atención en el fenómeno actual del ateísmo. No le preocupa tanto el viejo ateísmo militante, ni el anticlericalismo de corte clásico que se encendía y alimentaba de las limitaciones o pecados de la Iglesia, sino el ateísmo de la trivialidad, de una generación que no pregunta ni mira

más allá del horizonte de nuestra finitud, de gustación o aposentamiento. Rahner ha intentado mostrar cómo una vida humana vivida en la verdad limita siempre con Dios. Una inteligencia que no se suicida a sí misma, reduciéndose a lo verificable concreto, termina preguntando por Dios y siendo preguntada por él. Una libertad que no se reduce a las vulgares veleidades de elegir entre objetos variados, que son todos igualmente insignificantes en su diferencia, termina abocada a elegir el amor al Absoluto (salvación), o a preferirse a sí misma en su finitud, incapaz de saciar la capacidad de infinito (condenación).

Y todo esto lo ha expuesto Rahner en centenares de trabajos, sin pretender otra cosa que ser un cristiano que piensa su fe con toda la radicalidad de su ser. Ser buen cristiano, ser buen jesuita, revivir la trayectoria de San Ignacio abierto a Dios, dejándose hablar, visitar, impulsar, transformar, amar por él (a eso llama él experiencia de Dios), siendo profesor cada día: eso y nada más que eso intentó Rahner. Sin esas extrañas pretensiones de genialidad o novedad que todo lo esterilizan. Pensó todas y cada una de las realidades cristianas como posibilidad del Dios hombre, para el hombre llamado a participar de la plenitud de Dios. Léase como ejemplo su admirable *Carta de San Ignacio a un jesuita de hoy* (Santander, 1990).

Hemos querido ofrecer la entraña de un libro que narra paso a paso la vida de este jesuita, que fue profesor en Innsbruck, Munich, Münster y clave en la orientación de la Iglesia durante el decenio 1960-1970.

Ingenuo como un niño genial, utópico hasta el extremo, apasionado como Francisco de Asís o Ignacio de Loyola, fue admirado por todos los intelectuales de su generación. En España fue conocido por sus obras claves (de sus *Estudios de Teología*, Madrid, 1958-1970, se tradujeron sólo siete volúmenes de los 16 de que consta la obra). Se le cita más que se le lee, y más las obras polémicas y circunstanciales que las de fondo. Los intelectuales vigentes en la cultura vigente lo desconocen.

Si el catolicismo moderno puede presentarse hoy con dignidad intelectual a la vez que con coraje crítico, con humildad a la vez que con apertura a otras cosmovisiones y culturas, lo debe no en último lugar a este hijo de San Ignacio. A él y a su hermano Hugo les debemos las mejores interpretaciones históricas y teológicas del fundador de la Compañía de Jesús. Esta no es un accidente casual, ascético o político, de la historia hispánica, sino una expresión cimera (y por ello amenazada siempre) del propio cristianismo. □

### En el próximo número

Artículos de Antonio Fernández Alba, Javier Tusell, Josep Soler, José Jiménez Lozano, Francisco Tomás y Valiente, Juan Velarde Fuertes y Sixto Ríos.

#### RESUMEN

González de Cardedal se adentra en la obra de dos jesuitas alemanes, los hermanos Hugo y Karl Rahner, y lo hace a partir de una biografía aparecida en Alemania. Si al mayor, Hugo, se le debe, entre otras cosas, el redescubrimiento de la figura de Ig-

nacio de Loyola como un místico, el otro hermano, Karl, en quien se centra básicamente el libro y, por tanto, el comentario de Cardedal, es el símbolo supremo de la recuperación intelectual del catolicismo en el siglo XX.

Karl H. Neufeld

*Die Brüder Rahner. Eine Biographie*

Herder, Friburgo, 1994. 415 páginas. 78 DM. ISBN: 3-451-23466-1.

**ARTE**

BARRIO-GARAY, José Luis  
 «Teorías, estrategias y la modernidad "otra"», sobre *The Optical Unconscious*, de Rosalind E. Krauss. N.º 83. Marzo. Págs. 8-9.  
 GÁLLEGO, Julián  
 «Federico de Madrazo, pintor epistolar», sobre *Epistolario*, de Federico de Madrazo. N.º 86. Junio-julio. Págs. 8-9.  
 GUBERN, Román  
 «El arte como disciplina útil», sobre *Más que discutible*, de Oscar Tusquets. N.º 82. Febrero. Pág. 12.  
 MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José  
 «El cuerpo humano, entre la ciencia y el arte», sobre *Anatomía, Academia y dibujo clásico*, de Valerià Cortés. N.º 84. Abril. Págs. 4-5.  
 VAQUERO TURCIOS, Joaquín  
 «Enseñando a mirar», sobre *Karl Blossfeldt. Fotografías*, de Rolf Sächse, y *Gramática del arte*, de J. J. Beljón. N.º 84. Abril. Pág. 3.

**BIOLOGÍA**

CAMPOS-ORTEGA, José Antonio  
 «La mosca favorita de los biólogos», sobre *Lords of the Fly, Drosophila Genetics and the Experimental Life*, de Robert E. Kohler. N.º 83. Marzo. Págs. 10-11.  
 GANCEDO, Carlos  
 «El ascenso de la genética de la levadura», sobre *The Early Days of Yeast Genetics*, de Michael N. Hall y Patrick Linder (eds.). N.º 82. Febrero. Págs. 10-11.  
 MATO, José María  
 «Terapia génica: desafío del futuro», sobre *Correcting the Code: Inventing the Genetic Cure for the Human Body*, de Larry Thompson. N.º 84. Abril. Págs. 8-9.

**CIENCIA**

ALBERCH, Pere  
 «El cerebro y sus metáforas», sobre *Brainmakers: How Scientists are Moving beyond Computers to create a Rival to the Human Brain*, de David H. Freedman. N.º 88. Octubre. Págs. 4-5.  
 GALINDO, Alberto  
 «Huellas en la historia», sobre *Miguel Catalán. Su obra y su mundo*, de José Manuel Sánchez Ron. N.º 90. Diciembre. Págs. 1-2.  
 GARCÍA DONCEL, Manuel  
 «Cosmos, leyes, tiempo y Dios», sobre *Quantum Cosmology and the Laws of Nature: Scientific Perspectives on Divine Action*, de R. J. Russell, N. Murphy y C. J. Isham (eds.). N.º 81. Enero. Págs. 10-11.  
 GARCÍA OLMEDO, Francisco  
 «Con Krebs en el corazón del laberinto», sobre *Hans Krebs (I. The Formation of a Scientific Life, 1900-1933; II. Architect of Intermediary Metabolism, 1933-1937)*, de Frederic L. Holmes. N.º 83. Marzo. Pág. 12.  
 LÓPEZ PINERO, José María  
 «El imperialismo científico», sobre *Civilizing Mission: Exact Sciences and French Overseas Expansion, 1830-1940*, de Lewis Pyenson. N.º 81. Enero. Pág. 12.  
 ORTÍN, Juan  
 «Aspectos éticos de la actividad científica», sobre *Scientific Integrity. An Introductory Text with Cases*, de Francis L. Macrina (ed.). N.º 89. Noviembre. Págs. 10-11.  
 PASCUAL, Ramón  
 «Entender la inteligencia», sobre *Shadows of the Mind. A Search for the Missing Science of Consciousness*, de Roger Penrose. N.º 87. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.

**CINE**

CAMUS, Mario  
 «De la importancia de lo efímero», sobre *El libro del guión. (Fundamentos de la escritura de guiones)*, de Syd Field. N.º 87. Agosto-septiembre. Pág. 3.

**COMUNICACIÓN**

LLOVET, Enrique  
 «La televisión en libertad», sobre *El rapto de la televisión pública*, de Manuel Piedrahíta, y *Las relaciones entre el cine y la televisión en España y otros países de Europa*. N.º 86. Junio-julio. Págs. 10-11.

**DERECHO**

FERNÁNDEZ-CARVAJAL, Rodrigo  
 «Política nueva, Derecho nuevo», sobre *La lengua de los derechos*, de Eduardo García de Enterría. N.º 90. Diciembre. Págs. 6-7.  
 LÓPEZ PINA, Antonio  
 «La insobornable vigencia de un clásico», sobre *Gesammelte Schriften*, de Hermann Heller. N.º 84. Abril. Págs. 10-11.

**FILOLOGÍA**

LORENZO, Emilio  
 «Un diccionario de noble linaje», sobre *El Diccionario Oxford (Español-Inglés/Inglés-Español)*, de Beatriz Galimberti y Roy Russel (dirección editorial). N.º 82. Febrero. Págs. 4-5.  
 QUILIS, Antonio  
 «La nueva Gramática de la Academia Española», sobre *Gramática de la Lengua Española*, de Emilio Alarcos Llorach. N.º 84. Abril. Págs. 1-2.

**FILOSOFÍA**

CEREZO GALÁN, Pedro  
 «Lecturas y contralecturas del catolicismo», sobre *Obras Completas (I. Filosofía y Religión)*, de José Luis López Aranguren. N.º 83. Marzo. Págs. 4-5.  
 DÍAZ, Elías  
 «Aranguren: la democracia como moral», sobre *Obras Completas (III. Ética y Sociedad)*, de José Luis López Aranguren. N.º 90. Diciembre. Págs. 8-9.  
 MARICHAL, Juan  
 «El universo de Ferrater», sobre *José Ferrater Mora: el hombre y su obra*, de Salvador Giner y Esperanza Guisán (eds.). N.º 84. Abril. Pág. 12.  
 MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro  
 «Un importante pensador marroquí actual», sobre *Introduction à la critique de la raison arabe*, de Mohammed Abed al-Yabri. N.º 88. Octubre. Págs. 8-9.  
 MUGUERZA, Javier  
 «La razón y sus vértigos», sobre *Vértigos argumentales. (Una ética de la disputa)*, de Carlos Pereda. N.º 87. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.  
 PINILLOS, José Luis  
 «La objetividad bajo sospecha», sobre *Objectivity and Its Other*, de W. Natter, Th. R. Schatzki y J. P. Jones III (eds.). N.º 88. Octubre. Págs. 10-11.

**FÍSICA**

PASCUAL, Ramón  
 «La diosa de las partículas», sobre *The God Particle: If the Universe is the Answer, What's the Question?*, de Leon Lederman. N.º 81. Enero. Págs. 8-9.  
 SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos  
 «Einstein en sus cartas», sobre *Correspondencia*, de Albert Einstein y Michele Besso. N.º 85. Mayo. Pág. 12.  
 SÁNCHEZ RON, José Manuel  
 «La historia de la conservación de la energía», sobre *Robert Mayer and the Conservation of Energy*, de Kenneth L. Caneva. N.º 84. Abril. Págs. 6-7.

**GEOGRAFÍA**

LÓPEZ GÓMEZ, Antonio  
 «La Albufera de Valencia, un paisaje extraordinario», sobre *L'Albufera de València*, de Vicenç M. Rosselló i Verger. N.º 89. Noviembre. Págs. 8-9.

**HISTORIA**

BENITO RUANO, Eloy  
 «Actualidad de Alfonso X el Sabio», sobre *Alfonso X el Sabio. 1252-1284*, de Manuel González Jiménez. N.º 81. Enero. Págs. 6-7.  
 BRUNNER, Guido  
 «Intento de golpe de estado contra Hitler», sobre *Staatsstreich*, de Joachim Fest. N.º 83. Marzo. Págs. 6-7.  
 DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio  
 «Un caso de marginación social: los marranos», sobre *Los marranos españoles según las fuentes hebreas de la época. Siglos XIV-XVI*, de Benzion Netanyahu. N.º 90. Diciembre. Págs. 4-5.  
 MAINER, José-Carlos  
 «Un espejo de naturaleza moral», sobre *Europa ante el espejo*, de Josep Fontana. N.º 85. Mayo. Págs. 4-5.  
 PALACIO ATARD, Vicente  
 «El sombrío destino de Juana la Loca», sobre *Juana la Loca, 1479-1555*, de Manuel Fernández Álvarez. N.º 88. Octubre. Pág. 3.  
 SERNA, Alfonso de la  
 «Estrecho de Gibraltar: abismo y puente», sobre *Marruecos: Islam y nacionalismo*, de Abdallah Laroui. N.º 82. Febrero. Págs. 6-7.

**LITERATURA**

ALONSO MONTERO, Xesús  
 «Galicia en la literatura del Siglo de Oro», sobre *A imaxe de Galicia e os galegos na literatura castelá*, de Xesús Caramés Martínez. N.º 83. Marzo. Pág. 3.  
 ALVAR, Manuel  
 «De nuevo sobre la Biblia de Ferrara», sobre *La Bibbia di Ferrara. 450 anni dopo la sua pubblicazione*, de Margherita Morreale. N.º 83. Marzo. Págs. 1-2.  
 «El tiempo irreversible», sobre *Tintero de plomo*, de Eulogio Soriano. N.º 87. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.  
 CARNERO, Guillermo  
 «La sinfonía de los juguetes», sobre *Ludus. Gioco, sport, cinema nell'avanguardia spagnola*, de Gabriele Morelli (coord.). N.º 89. Noviembre. Págs. 4-5.  
 COLINAS, Antonio  
 «Prosa en libertad», sobre *Papeles que fueron vidas*, de Álvaro Cunqueiro. N.º 81. Enero. Pág. 3.  
 FRAILE, Medardo  
 «Cataluña en novelas y cuentos de Escocia», sobre *Teresa's decision*, de Mercedes Clarasó. N.º 86. Junio-julio. Pág. 3.  
 GARCÍA BERRIO, Antonio  
 «Recurso generacional a la memoria», sobre *Cargar la suerte*, de Antonio Martínez Sarrión. N.º 86. Junio-julio. Págs. 4-5.  
 LÓPEZ ESTRADA, Francisco  
 «Recordando a Goldoni en su bicentenario», sobre *Memorias*, de Carlo Goldoni. N.º 81. Enero. Págs. 4-5.  
 «Ejemplos de plurilingüismo literario», sobre *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)*, de Pedro M. Catedra García, y *Antonio Lo Frasso, militar de l'Alguer*, de María A. Roca Mussons. N.º 86. Junio-julio. Págs. 6-7.

MAINER, José-Carlos  
 «El visitante sospechoso», sobre *Visitas literarias de España (1925-1928)*, de Ernesto Giménez Caballero. N.º 89. Noviembre. Págs. 6-7.  
 MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco  
 «La floresta semiótica de Umberto Eco», sobre *Six Walks in the Fictional Woods*, de Umberto Eco. N.º 85. Mayo. Págs. 1-2-3.  
 MARTÍNEZ CACHERO, José María  
 «La obra poética de Carolina Coronado», sobre *Obra poética*, de Carolina Coronado. N.º 81. Enero. Págs. 1-2.  
 RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco  
 «Una ventana para el corazón femenino», sobre *Cantos de mujeres en Grecia*, de Elvira Gangutia. N.º 85. Junio-julio. Págs. 1-2.  
 RUIZ RAMÓN, Francisco  
 «Buero Vallejo: obra abierta», sobre *Obra Completa (I. Teatro. II. Poesía, narrativa, ensayos y artículos)*, de Antonio Buero Vallejo. N.º 88. Octubre. Págs. 1-2.  
 VILLANUEVA, Darío  
 «La realidad de la autobiografía», sobre *El contacto con el mundo*, de Paul John Eakin. N.º 85. Mayo. Págs. 6-7.  
 «La novela de la memoria», sobre *Tiempo de guerras perdidas*, de José Manuel Caballero Bonald. N.º 90. Diciembre. Pág. 3.  
 ZAMORA VICENTE, Alonso  
 «Solana callejea por el Madrid de 1923», sobre *Madrid callejero*, de José Gutiérrez Solana. N.º 88. Octubre. Págs. 6-7.

**MATEMÁTICAS**

RÍOS, Sixto  
 «Facetas no matemáticas de Rey Pastor», sobre *Julio Rey Pastor: escritos de las dos orillas*, de Luis Español González. N.º 85. Mayo. Págs. 10-11.

**MEDICINA**

VILARDELL, Francisco  
 «La "ciencia" de los trasplantes», sobre *El hombre puzzle. Memorias de un cirujano de trasplantes*, de Thomas E. Starzl. N.º 87. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.

**MÚSICA**

BARCE, Ramón  
 «África y España en la música cubana», sobre *Espadero, lo hispánico musical en Cuba*, de Cecilio Tiele Ferrer. N.º 88. Octubre. Pág. 12.  
 FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael  
 «Un eslabón en la historia del gregoriano», sobre *El canto gregoriano. Su historia y sus misterios*, de Katherine Le Méc. N.º 89. Noviembre. Págs. 1-2.

**POLÍTICA**

AYALA, Francisco  
 «A diestro y siniestro», sobre *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, de Norberto Bobbio. N.º 87. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.  
 LÓPEZ PINTOR, Rafael  
 «Sistemas electorales e ingeniería electoral», sobre *Electoral Systems and Party Systems. A Study of Twenty-Seven Democracies, 1945-1990*, de Arend Lijphart y otros. N.º 85. Mayo. Págs. 8-9.  
 RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco  
 «Teorías políticas antiguas y modernas», sobre *Der Idealstaat. Die politischen Theorien der Antike*, de Alexander Demandt. N.º 82. Febrero. Págs. 1-2.

**PSICOLOGÍA**

SIGUÁN, Miquel  
 «Ciencia universal y ciencia nacional», sobre *Historia de la Psicología en España*, de Helio Carpintero. N.º 87. Agosto-septiembre. Pág. 12.

**QUÍMICA**

ALARIO, Miguel Angel  
 «Lavoisier, un revolucionario de la química», sobre *Lavoisier*, de Bernardette Bensaude-Vincent. N.º 82. Febrero. Págs. 8-9.

**RELIGIÓN**

ARGULLOL, Rafael  
 «Dios como cultura humana», sobre *Una historia de Dios*, de Karen Armstrong. N.º 89. Noviembre. Pág. 12.  
 GÓMEZ CAFFARENA, José  
 «El misterio y los límites de la ciencia», sobre *Los científicos y Dios*, de Antonio Fernández-Rañada. N.º 86. Junio-julio. Pág. 12.

**SOCIEDAD**

GUBERN, Román  
 «El triunfo del simulacro», sobre *Le crime parfait*, de Jean Baudrillard. N.º 89. Noviembre. Pág. 3.  
 VERDÚ, Vicente  
 «La moda de lo menudo», sobre *Global Paradox*, de John Naisbitt. N.º 82. Febrero. Pág. 3.

**TEOLOGÍA**

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario  
 «Rahner o la teología del siglo XX», sobre *Die Brüder Rahner. Eine Biographie*, de Karl H. Neufeld. N.º 90. Diciembre. Págs. 10-11.